KEMPIS

AGUSTINIANO

"NOS HICISTE, SEÑOR, PARA TI"

Escaneado por el P. Donato Vargas

ORIGINAL

PROLOGO

Te ofrezco, lector piadoso, un libro de San Agustín. Tratándose de tal autor, huelga toda presentación y encomio; los cuales, además, si quisiera avalarlos con ajenas recomendaciones, sería pretensión casi imposible traer aquí, por lo muy numerosos, los testimonios de admiración que unánimemente han tributado los siglos cristianos al Doctor de la gracia y Padre de la espiritualidad de Occidente. Quizá, sin embargo, no estorbe una explicación sobre en qué sentido es del Santo; y a ello se enderezan estas líneas.

Es una obra de San Agustín porque es una selección de los pensamientos y de las sentencias más sublimes del Águila de los Doctores sobre la vida cristiana; la flor y nata, dice Su Santidad Pío XI, de la doctrina ascética del Santo reunida y extractada de su múltiple actividad literaria. Los diversos pensamientos sobre una materia han sido recopilados para formar un cuerpo de doctrina, limitándose el compilador a yuxtaponer lógicamente las sentencias, sin añadir glosa o comentario alguno. Para ello ha espigado en todas las obras, pero principalmente en los *Sermones, Cartas y Exposiciones de los Salmos y otros libros de la Sagrada Escritura;* pues si en todas las obras se encuentran sentencias, las de éstas, por ser homiléticas y de exposición sencilla, son más apropiadas a la generalidad de los lectores, y en ellas, valiéndose de comparaciones usuales, nos insinúa el santo Doctor profundidades divinas. Todas estas elevaciones, entresacadas de acá y allá, están dirigidas en el libro a proporcionarnos normas y consejos para pedir, acrecentar y consumar en nosotros esa vida sobrenatural que nos hace vivir de Dios y para Dios.

La selección está hecha magistralmente, pues el P. Tonna-Barthet es un experto conocedor de las obras de San Agustín. De tener que decir algo en su alabanza, yo le aplicaría el dicho escolástico: *Timeo hominem unius libri («Me da miedo el hombre de un solo libro»).* Ha concretado su enorme capacidad de trabajo a la herencia literaria de su Santo Fundador y nos ha regalado con varios extractos, a cual más valioso. Las obras principales son tres: *Máximas espirituales, o sea reglas para vivir cristianamente sacadas de las obras de San Agustín; Enseñanzas prácticas del Evangelio sacadas de las obras de San Agustín* (dos tomos); *y El Salterio comentado por San Agustín,* todas las cuales han sido traducidas a diversas lenguas. La primera de dichas obras es traducción libre y sin citas, hecha por el autor en 1912, de la publicada en latín en 1905, con el título *Sancti Patris Augustini doctrina ascética,* en cinco libros, siguiendo la distribución del Kempis. Posteriormente, en 1917, la refundió y amplió en siete libros, ordenando la doctrina del Santo Obispo según los dones del Espíritu Santo, y la publicó con el título *De vita christiana libri VII, quos ex genuinis operibus S. P. Augustini collegit* Fr. A. T.-B., siendo tan favorablemente acogida, que en 1927 hubo necesidad de repetir la edición, y que una y otra merecieron ser galardonadas con cartas laudatorias de S. S. Benedicto XV la primera edición y de S. S. Pío XI la segunda. Esta es la que hoy ofrecemos a los lectores de lengua española.

El libro, en cuanto al método general, no ofrece novedad alguna; pero supera en mucho a todos sus similares. Todos los lectores asiduos de las obras de San Agustín, en contacto con esta alma grande, se han sentido inflamados de esa fina caridad que nos hace

amar y desear que todos conozcan y amen lo que es digno de ser conocido y amado; por ello nos han obsequiado con algunas flores recogidas en su excursión. Desde San Próspero de Aquitania, discípulo del Santo, que ya compuso un *Libro de sentencias* extractadas de las obras de su maestro, hasta el presente, han sido legión los que en los distintos ramos del saber se han dedicado a este trabajo de síntesis, que, además de ser una necesidad impuesta por la extensión y variedad de los escritos del gran Doctor, está justificado por el carácter ocasional de la mayor parte de aquéllos.

Concretándonos a la doctrina ascética, son conocidos los *Soliloquios* (espurios), *Meditaciones*, *Manual y Suspiros*) que la alta Edad Media atribuyó al Santo; y en los siglos posteriores las obras de Boyero (*Flammulae amoris S. A.)* Mayr (*D. A. vitae spiritualis Magister)*) Chaves (*Comulgador agustiniano)* y *Las Veladas)* de autor anónimo; los tratados modernos de Goedert *(S. A. Lectures spiriruelles*), Martin *(Doctrine spirituelle de S. A.)* Nebreda *(De oratione secundum S. A.)* y Cayré (*Principes de la spirituaiite de S. A.)* y, en fin, los extractos de Zeller *(Flores quos in horto S. A discerpsit et in fasciculos redegit*), Betrand *(Le plus belles pages de Saint Augustin)* Pambianco (Monita S. A.) y Petrelli *(Annus mysticus augustinianus)* etc. A estas obras citadas por el P. Mier habría que añadir otras de más reciente aparición, como, por ejemplo: CAPÁNAGA, V., *Pensamientos de San Agustín* (BAC, Madrid 1977); CAPÁNAGA, V., *Buscando a Dios con San Agustín* (Edit. Augustinus, Ma- drid 1983); RUBIO, P., Recordar *(La respuesta agustiniana)* (Valladolid 1980); DE LUIS, P., *Comentarios de San Agustín a las lecturas litúrgicas* (NT)} 2 vals. (Valladolid 1986). Sólo citamos algunos aparecidos en nuestra lengua. Pues bien: entre todas estas obras, citadas al azar, el trabajo más metódico y útil es el del P. Tonna-Barthet. En efecto, prescindiendo de los autores que reproducen sentencias sin citar las fuentes, es indudable que glosar una sentencia o exponer un punto de doctrina y confirmarle con una cita de sus obras, más es doctrina del autor que del Santo; como el reproducir extractos o capitulas interesantes de sus obras es ofrecer incompleta la mente del Santo Obispo. El P. Tonna-Barthet ha querido obviar estos inconvenientes, y para ello, propuestos los principales puntos de vida ascética o enunciadas las virtudes cristianas, ha dejado hablar al Santo, recopilando lógicamente cuanto de sus obras se encuentra sobre la materia y avalando la doctrina con la cita crítica, a fin de que, en caso de duda, el lector pueda juzgar hasta qué punto es o no acomodaticia la interpretación, a la vez que estudiar más ampliamente la mente del Santo.

El libro, pues, del P. Tonna-Barthet, dice el P. Ceria, traductor de la obra al italiano, es una mina de oro, no sólo para las almas religiosas que buscan alimento para su piedad, sino también para aquellos que, sin facilidad para leer las obras del Santo Obispo, quieran conocer directamente el pensamiento ascético del gran Padre de la Iglesia. Claro es que quien entienda latín, debe .leer esta obra en el original, y así no se verá privado del encanto de la palabra del Santo. No para éstos, sino para los que no enciendan la lengua del Lacio o encuentren difícil que ciertamente lo es- el estilo de San Agustín, he hecho esta traducción. Mas aunque la he hecho con todo cariño y esmero, no me vanaglorio de haber conseguido una interpretación acabada. Ciertamente que es muy distinta de las que he hecho de las *Confesiones* y de las *Veladas,* ya que aquí me he atenido más a la letra, conservando inclusive la asonancia de muchas frases que, aunque resulte áspera al oído, graba mejor la enseñanza que contienen.

Con objeto de simplificar las numerosas citas, he adoptado una nomenclatura inteligible ciertamente para los que conocen las obras del canto y fácilmente asequible a los demás: he suprimido la indicación genérica de *Enarratio, Expo sitio o Tractatus;* así, In Ps. 111,8, quiere decir *Enarratio in Psalmum* CXI, c.8; I ve! II in Ps. 33,5 equivale a *Enarratio prima ue! secunda in Psalmum* XXXIII, e.5; LII in Joan. 9 significa *Tractatus* LII *in Ioannem* e.9. Los números designan el libro y el capítulo si la obra tiene varios, o el capítulo y el párrafo cuando no tiene más que un libro.

Confío en que el Señor bendecirá y espero que el público recibirá con benevolencia este mi no pequeño trabajo de traducción, cuyo fin no ha sido otro que facilitar al mayor número posible de personas el conocimiento de mi gran Padre San Agustín.

P. FRANCISCO MIER, O.S.A.

NOTA A LA PRESENTE EDICION

Después de muchos años de estar agotada, no podía permanecer en el olvido editorial, por más tiempo, esta joya, verdadero resumen de la doctrina espiritual agustiniana. Su actualidad es tan perenne como lo es el mismo San Agustín.

He revisado cuidadosamente la meritoria traducción del P. F. Mier, y me he permitido algunos retoques, siempre con el afán de una mayor fidelidad a San Agustín y, en lo posible, de una mayor fluidez. También he tratado de de- volver la puntuación del original latino, más apta para un libro de meditación como es éste. He preferido dejar las citas como están, sin distinguir entre citas literales y Citas referidas, porque continuamente se entremezclan pequeñas variaciones o supresiones que exige la uniformidad de esta obra, variaciones que no afectan en absoluto a la autenticidad del texto agustiniano ni a su pensamiento.

Ojalá que este florilegio agustiniano se di- funda entre aquellos aficionados a la reflexión profunda, que pase de mano en mano entre los que gustan del diálogo sereno con el Dios de la Verdad y sea compañero de tantos como buscan en la oración, incluso, y sobre todo, una oración llena de dificultades, el refugio y el descanso que nunca darán las cosas pasajeras. Encontrarán una preciosa ayuda en esta obra.

MIGUEL FUERTES LANERO, O.S.A.
Buenos Aires, septiembre 1990.

Si en la lectura de este libro te encuentras con alguna expresión poco literaria o menos feliz, incluso aunque todo él te parezca así, procura fijarte en el contenido y no en la forma.

(San Agustín, *Ep* 205,19.)

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS DE SAN AGUSTÍN CITADAS EN ESTE LIBRO

Conf., Confesiones.
Con. Acad., Contra los Académicos.
Con. Lit. Parm., Contra las cartas de Parmeniano.
Con. Lit. Pet., Contra la carta de Petiliano.
Con. Faus. manich., Contra Fausto el maniqueo.
Con. Jul., Contra Juliano.
Con. mend., Contra la mentira.
De ag. christ., Del combate cristiano.
De bap., Tratado sobre el bautismo.
De beata vita. De la vida feliz.
De bon. conj, Del bien del matrimonio.
De bon. vid., Del bien de la viudez.
De cat. rut., De la instrucción de los menos instruidos.
De civ. Dei,. La ciudad de Dios.
De conj. adul., De los matrimonios adulterinos.
De cons. evang., Del acuerdo entre los Evangelistas.
De div. quaest. 83, Sobre 83 cuestiones diferentes.
De doc. christ., De la doctrina cristiana.
De fide, spe et char., De la fe, la esperanza y la caridad.
De Gen. ad lit., Exposición literal del Génesis.
De Gen. con. manich., Exposición del Génesis contra los maniqueos.
De grat. et lib. arb., De la gracia y el libre albedrío.
De lib. arb.. Del libre albedrío.
De mag., El maestro.
De mor. Eccl. cath., De las costumbres de la Iglesia católica.
De mor. manich., De las costumbres de los maniqueos.
De mus. Tratado sobre la música.
De nat. et gratia, De la naturaleza y de la gracia.
De op. monach., Sobre el trabajo de los monjes.
De ord., Sobre el orden.
De pat. Sobre la paciencia.
De pec. mer. et rem., De los méritos y remisión de los pecados.
De quant. an., De la cuantidad del alma.

De sanc, vir., Sobre la santa virginidad.

De serm. Dom. in mon., Sobre el sermón de la montaña.

De spir. et lit., De la letra y el espíritu.

De Trin., Tratado sobre la Trinidad.

De ut. jej., Sobre la utilidad del ayuno.

De ver. rel., De la verdadera religión.

De vit. christ., Sobre la vida cristiana.

Epist., Cartas.

Ench., Enchiridion.

Epist. con. manich., Carta contra los maniqueos.

In epist. ad Gal., Comentario a la Epístola a los Gálatas.

In epist. ad Rom., Comentario a la Epístola a los Romanos.

In epist. Joan., Comentario a la Epístola de San Juan a los Partos.

In Joan., Comentario al Evangelio de San Juan.

In Ps., Discursos sobre los Salmos.

Op. imp. con. Jul., Tratado inacabado contra Juliano.

Quaest. in Dulcitium, Cuestiones sobre Dulcido.

Quaest. in Hep., Cuestiones sobre el Heptateuco.

Regula. Regla de san Agustín a los siervos de Dios.

Retract., Retractaciones.

Serm., Sermones.

Ser. Dennos. Serm.Caillou. Serm.Frangipana. Serm. Morin.

Serm. Wilmart. Serm.Guelf. Serm Mai. Etc.

La Vida de San Agustín, escrita por su discípulo Posidio.

Algunas Obras menores de San Agustín.

INDICE GENERAL

LIBRO SEXTO Purificación del corazón.

LIBRO SEPTIMO La sabiduría

INTRODUCCION

Fundamentos de la vida cristiana

Más que entretenernos en sutiles divagaciones acerca de nuestra vida pasada, sepultada ya en el olvido, lo verdaderamente interesante es averiguar la norma a que ha de ajustarse la vida actual para llegar a conseguir la eterna. (Ep.167, 2)

Al presente, la virtud consiste en amar aquello que debe ser amado.

Acertar en la elección de este objeto corresponde a la prudencia; permanecer unidos a él y vencer todas las contradicciones que a ello se opongan es obra de la fortaleza; moderar nuestros actos, de modo que no nos dejemos arrastrar por los atractivos del placer sensible, es propio de la templanza; y no dejarnos dominar por la parcialidad de la soberbia es objeto de la justicia.

Ahora bien, ¿qué es lo que debes amar con preferencia sino aquello cuya bondad es superior a todo lo existente? Esto es Dios; y si a este amor- antepones el de alguna cosa creada, o simplemente lo equiparas, muestras en esto que no sabes amarte a ti mismo ordenadamente.

Tanto mejor para ti cuanto más te acerques a aquél, que es lo mejor que existe. A él no se va caminando, sino amando.

Y más cerca estarás de Dios cuanto más puro sea el amor con que a él te diriges, pues por su inmensidad ni está limitado a un lugar ni hay espacio donde no esté.

Al Señor, pues, que está presente y esta todo en

todo lugar, se va no con pasos materiales, sino con nuestra conducta. Y esta conducta recibe su valor no de lo que sabes, sino de lo que amas. La conducta recibe su bondad o malicia de sus buenos o malos amores.

Por tanto, la maldad te separa de la rectitud de Dios; y para que puedas adherirte a la rectitud por esencia, tienes que empezar por corregirte y enderezarte, amando lo que es recto. (Ep.155.13)

Para expresar brevemente el concepto que yo tengo de la virtud en cuanto comprende la rectitud de vida, te diré que la virtud consiste en la práctica de la caridad, por la que amamos las cosas según merecen ser amadas.

De esta virtud participan diversamente los mortales; pues unos tienen más, otros menos y algunos nada; en toda su plenitud, sin posibilidad de aumento, nadie la posee en este mundo; cuando es susceptible de aumento, el ser menor de lo que debe hay que atribuirlo a defecto.

Por esta deficiencia humana resulta cierto el dicho de que no hay en esta tierra justo alguno que practique el bien y no tenga ninguna falta; lo mismo que aquella otra sentencia que dice que, por santo que sea el hombre, no podrá jamás justificarse en la presencia de Dios.

Por la misma razón, ninguno de los mortales podemos decir que no tenemos culpa alguna, ya que esto sería engañarnos a nosotros mismos,'faltando descaradamente a la verdad.

Y así también, aunque nos parecieran grandes nuestros aprovechamientos en la virtud, siempre tendremos que decir con verdad: Perdona nuestras ofensas, (Mt 22,37) *no obstante que en el bautismo nos han sido perdonados todos los anteriores pecados de pensamiento, palabra y obra.*

Reflexione, pues, y el que tenga inteligencia, aprenda dónde, cuándo y en qué debe procurar aquella perfección completa, incapaz de aumento.

Aunque es preciso reconocer que, si el Señor no nos hubiera dado los preceptos, ciertamente sería difícil al hombre poder determinar taxativamente qué era lo que debía evitar, cuál procurar, por qué dar gracias y para qué rogar. (Ep. 167,15)

No se puede, por tanto, poner en duda que la virtud ennoblece el alma, ni que el alma, progresando en la virtud, llega a conseguir la verdadera sabiduría.

Pero ¿cómo llegar a ver con claridad, cuando no sólo no somos más que hombres, sino hombres faltos de la verdadera sabiduría? Por ello, rectamente, acudimos a los preceptos divinos para saberlo.

Examina el Evangelio y aprende el modo con que el Señor te manda que vivas.

Escucha cuál es el fin supremo que Cristo asigna a todos los bienes de la tierra; éste será evidentemente aquel fin al cual quiere que aspires con todo el amor que te es posible.

Amarás, -dice-, al Señor Dios tuyo con todo tu corazón.

No basta con toda tu alma. Tampoco esto basta: es necesario que le ames con toda tu mente. (Mt,22,37)

Ya sabes qué cosa debes amar y cómo debes amarla; ésta debe ser el fin de todas tus aspiraciones y a la que debes referir todos tus pensamientos.

Evidentemente, para ti la plenitud de todos los bienes es Dios; y el Señor es para ti el bien sumo.

No debes contentarte con menos ni aspirar a más; lo primero es peligroso; lo segundo, sin provecho. (De Mor. Eccles. 6-8)

Pero tampoco esto basta: si en el amor de Dios has llegado a esa perfección, en que te amas también a ti mismo por Dios, debes hacer lo posible a fin de que se acerquen a Dios también aquellos a quienes amas como a ti mismo.

Cristo dice: *En estos dos mandamientos está cifrada la ley y los profetas: Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, éste es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo.* (Mt 22,40)

De estas palabras debes deducir que no hay más amor ordenado de ti mismo que aquel con que amas a Dios y al prójimo como a ti mismo por Dios

Por tanto, si con discreto y recto discernimiento eliges amar a Dios y al prójimo, obrarás prudentemente; si en llevarlo a cabo superas todas las dificultades que se te ofrezcan, darás muestras de fortaleza; si este amor no se drgenera con el deleite sensible, aparecerá la obra de la templanza; si no se mezcla ninguna acepción de personas, resplandecerá la justicia.

Si el Dador de todo don, por la gracia de nuestro Mediador, Dios como el Padre y hombre como nosotros, Jesucristo —que después de la caída nos reconcilió con Dios por puro amor— te concede estas virtudes, serás verdaderamente sabio. (Ep. 155,12-16)

En esta vida, la sabiduría consiste en el recto culto del verdadero Dios para conseguir después en la otra la posesión cierta e íntegra del mismo Dios.

Esta sabiduría te da testimonio de que si algo bueno tienes, de Dios lo has recibido, pues no te lo has podido procurar tú; por tanto, espera del Señor que complete y perfeccione en ti lo que con humildad reconoces que ha comenzado, sin desconfiar de conseguir aquello que aún no te ha dado ni mostrar ingratitud por lo que ya te ha concedido.

Si hay en ti algo bueno, no procede de tu ingenio ni es mérito propio, sino que por gracia del Señor tienes lo que de bueno tienes. (Ep. 155.5)

LIBRO PRIMERO

El temor

PRIMER GRADO DE LA PERFECCION CRISTIANA

En primer lugar, es necesario que por el temor de Dios lleguemos a conocer su santa voluntad, a fin de saber qué es lo que el Señor nos manda practicar y qué lo que debemos evitar. Este temor nos conducirá necesariamente a reflexionar sobre la caducidad de la vida presente y sobre el porvenir que nos aguarda más allá de la tumba. Y estas consideraciones tendrán a raya a los apetitos de la carne y reprimirán todos los movimientos de la soberbia. (De Doc. christ. 2,7).

CAPITULO I

El temor de Dios es el principio de la sabiduría

Reflexionemos acerca de la sabiduría; no de la sabiduría falsa, o del mundo, que es necedad, sino de la sabiduría verdadera a los ojos de Dios, y lo hagamos en su presencia.

Dios mismo es la sabiduría suma, y servir al Señor es la verdadera sabiduría del hombre.

Definen los filósofos la sabiduría diciendo que es el conocimiento de las cosas divinas y humanas. (De Tría. 14,1.)

Y son, por desgracia, muchos los que con afán se dedican a este estudio, más para conseguir un grado de cultura superior a los demás que para conocer y practicar sus máximas; de modo que en esta profesión, más que con aspirar a conseguir las virtudes que dicta la sabiduría como necesarias para llegar al conocimiento de Dios, se contentan con recibir como premio de sus afanes, las alabanzas de los hombres, lo que es vanagloria.

No, no buscan éstos sabiduría con la sana y verdadera intención que debieran, y por ello, aun cuando parece que la buscan, realmente no la están buscando; pues si así fuera, ajustarían la vida a sus preceptos. Lo que en realidad buscan es satisfacer su orgullo y hacer alarde de sus conocimientos; y cuanto más se engríen, tanto más se alejan de la verdadera sabiduría. (In Ps. 118,29,1)

A estos tales amonesta la Divina Escritura, diciéndoles que no podrán llegar a conseguir su intento si no practican antes fielmente aquello que desprecian.

Si deseas la sabiduría, dice, *practica la justicia, y Dios te la dará.* (Eccli 1,33)

¿Quién puede observar las reglas de la justicia si no tiene la virtud del santo temor de Dios? ¿No es igualmente cierto que *el que carece de temor no puede justificarse,* como afirma la misma Escritura? (Eccli. 18)

Por tanto, si el Señor da su sabiduría solamente a quien observa la justicia, y el que está sin temor no puede ser justo, debemos concluir que *el principio de la sabiduría es el temor de Dios.* (Eccli. 16)

Cuando el profeta Isaías enumera los siete dones del Espíritu Santo, empieza por la sabiduría y concluye por el temor; desciende del cielo hasta nosotros para enseñarnos a subir.

Empieza donde ha de terminar tu carrera y concluye por donde tú debes empezar. *Y reposará sobre él,* dice, *el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios.* (Is. 11,2-3)

Como el profeta, no por enumerar de más a menos, sino para enseñarnos, desciende desde la sabiduría hasta el temor, así tú, no para enorgullecerte, sino para adelantar en tu perfección, debes subir desde el temor a la sabiduría.

El humilde teme a Dios, y este temor engendra en su corazón la contrición, derramando lágrimas de agradecimiento y de dolor.

Y no temas que puedas quedar así desconocido y olvidado, porque en el corazón humillado y contrito, que Dios no desprecia, ha dispuesto el mismo Señor las ascensiones y grados por los cuales puedas subir hasta EL

Por tanto, para tu enseñanza es por lo que Isaías desciende, grado por grado, desde la sabiduría hasta el temor; desde la morada de la paz sempiterna hasta el valle de lágrimas; para que tú, en la confesión, el arrepentimiento y la penitencia, doliéndote, gimiendo y llorando, no permanezcas en el dolor, en el gemido y en el llanto, sino que, ascendiendo desde este valle al monte espiritual, donde está la santa ciudad de Jerusalén, madre nuestra eterna, goces allí de una imperturbable alegría.

Al colocar, pues, el profeta al principio la sabiduría, como luz indefectible de la mente, y poner después el entendimiento, parece que con ello quiere indicar a los que buscan la sabiduría que el camino a ella conducente es el entendimiento; como al entendimiento se va por el consejo; al consejo, por la fortaleza; a la fortaleza, por la ciencia; a la ciencia, por la piedad, y a la piedad, por el temor.

Por tanto, para llegar a la sabiduría, hay que partir del temor, porque *el principio de la sabiduría es el temor de Dios.* (Is.11,2-3)

Desde este valle de lágrimas hay que subir al monte de la paz. (Serm. 347,2)

Sean, pues, la humildad y la piedad el principio de tu sabiduría. (Enchir. 2)

* * *

¡Oh Señor! Teniendo en mi mano el principio, ¿por qué he de desesperar de llegar al fin?

Veo en mi corazón el temor, pero tu temor es el principio de la sabiduría.

He empezado a temer; ¡ojalá que el temor llegue a enmendarme de mis pecados y me haga vigilante contra mis enemigos! ¡Empiece, pues, de este modo mi resurrección espiritual y la mortificación de mis miembros! (In Ep. Jo. 9,2)

Tu temor hiere mi alma como el bisturí del médico el cuerpo del enfermo.

El médico, para quitar la gangrena, ensancha la llaga, y al aplicar los instrumentos, aumenta también el dolor.

Mucho más duele la llaga cauterizada que antes de la operación, pero es para que cese tal dolor al recuperar la salud.

¡Que tu temor se apodere de mi corazón para introducir en él el amor; cicatriza mis llagas con el luego de tu cauterio!

Aunque tú eres un médico tal, que sanas hasta nacer desaparecer las cicatrices. (In Ep.Jo. 9,4)

Hazme, Señor, temer hasta que la caridad perfecta destierre el temor; hazme conocer y penetrarme de mi condición de peregrino tuyo, mientras vivo en este cuerpo de muerte, en que pena el alma.

Tanto más débil será el temor cuanto más cercana esté la patria a la que nos dirigimos.

El temor es más fuerte en los que están lejos, menor en los que se acercan y nulo en los que llegan.

Haz, sí, que yo tema, no a los que pueden destruir el cuerpo y son incapaces de hacer más daño, sino a ti, que puedes mandar al fuego mi cuerpo y mi alma. (Serm. 348,4)

CAPITULO II

El temor

Hay dos clases de temor, uno casto y otro servil; el primero es el temor de perder la amistad de Dios; el segundo es el temor del castigo divino

Es servil el temor de ser castigado a arder con los demonios en el infierno, y casto el de ofender al Señor. (Serm. 161,9)

Poca cosa es, en verdad, obrar por temor al castigo: semejante sentimiento se encuentra en los malos servidores y hasta en los mismos criminales.

No es gran cosa huir del castigo; en cambio, amar la justicia es acto de gran virtud.

También teme el que busca la caridad; pero su temor no está influido por el temor del castigo, sino por la pérdida de la amistad de Dios. (In Jo. 42,7)

El ladrón teme al mal, y donde no puede robar impunemente, no roba; y, sin embargo, no deja de ser ladrón.

Dios mira los deseos del corazón, no las manos.

Cuando un lobo se acerca al rebaño, ansioso de entrar en el aprisco y devorar las ovejas que encuentre al paso, si por estar en vela los pastores y ladrar los perros no puede realizar sus intentos y se marcha sin matar oveja alguna, no por eso cambia su feroz condición; es lobo cuando viene y es lobo cuando se va.

¿Acaso por que no hizo presa alguna, vino lobo y vuelve cordero?

Vino lobo furioso y vuelve lobo medroso; tan lobo es cuando vino como cuando huyó. (Serm. 178, 10)

Nada destruyó, pero no por eso perdió su ferocidad.

Si tales son tus sentimientos, posees de algún modo la justicia; pero esta se limita a aconsejarte que evites el castigo.

Hay, sin embargo, una diferencia entre el miedo que tú tienes y el que tiene el ladrón; éste teme los efectos de las leyes de los hombres, y comete el robo, en cuanto tiene esperanza de burlarlas; tú, por el contrario, temes las leyes de Dios y temes sus castigos, convencido de que no puedes engañarle.

Pero si te fuera posible engañarle, ¿qué no harías?

Tus malas inclinaciones no están aún destruidas por el amor, sino reprimidas por el temor.

Ahora bien: el que obra impelido por sólo el temor, lobo es; y le es necesario cambiarse en oveja.

Para esta conversión es necesaria la gracia del Señor, con lo que tal cambio resulta justicia de Dios más que tuya. (Serm.169, 8)

Te haré una pregunta para descubrir lo que eres; pero atiende bien a mi pregunta, que suena en tus oídos, y pregúntate después a ti mismo en silencio.

Escucha lo que te digo: Si Dios no te viera cuando haces el mal, y nadie hubiera de convencerte de pecado en su juicio, ¿lo harías?

Mírate bien; y ya que no tendrías valor para dar una respuesta sincera a mi pregunta fija en ti la mirada y de nuevo pregúntate a ti mismo, ¿lo harías?

Si lo hicieras, demostrarías que temes el castigo, que temes la justicia, pero que no amas la caridad; que es servil tu temor; que te asustas de la presencia del mal, pero que no amas todavía el bien.

Teme de tal modo, que este miedo te guarde y conduzca al amor.

Por ello, el temor es un freno; es como una preparación al cumplimiento de la ley; es la letra que amenaza, pero no la gracia que ayuda.

Guárdate, sin embargo, este temor, porque, como a causa de él te abstengas, vendrá a ti la caridad y entrará en tu corazón, y a medida que ella entre, irá saliendo el temor.

El temor hacía que no practicaras el mal; la cariad hará que no lo quieras hacer, aun cuando pudieras ejecutarlo impunemente.

Procura adquirir la caridad, y quiera el Señor que reine ella en ti; ábrele la puerta con el temor de pecar, y después vendrá el amor que detesta el pecado, el amor que nos mueve a obrar el bien.

Con sólo entrar la caridad, empieza a salir el temor, y cuánto más haya entrado, tanto más disminuirá el temor; y cuando la caridad sea perfecta, habrá desaparecido el temor, porque escrito está: *la caridad perfecta destierra el temor.* (In Jo. 4, 1, 8)

Entra la caridad y expulsa el temor; pero la caridad no entra sola. Lleva consigo un temor que introduce ella en el alma; es el temor casto que ha de permanecer para siempre. (Serm. 181,8-9)

Lleva consigo un temor que introduce ella en el alma; es el temor casto que ha de permanecer para siempre.

El varón justo se deleita en la justicia por la sola justicia, y aun cuando pueda pecar sin testigos, se acuerda de la mirada de Dios; y aunque pudiera oír que Dios le dice: «Te veo cuando pecas, y con tus pecados me desagradas; pero no te condenaré», él, deseoso de no desagradar al que reconoce como Padre más que como Juez terrible, teme no porque le haya de condenar, sino porque no quiere turbar el gozo del Padre haciendo lo que desagrada a los ojos del que ama.

Si él ama de verdad a Dios, y sabe que es amado de él, ¿cómo ha de atreverse a hacer cosa alguna que cause disgusto al que le ama? (Serm. 181,8-9)

Hay algunos hombres que por debilidad de carácter o poquedad de ánimo se abstienen de obrar el mal. Estos tales no van guiados por el amor de la justicia, sino por el temor de ser condenados; sólo por esto no realizan acciones malas, pero se deleitan en pensamientos malos.

Si tú eres de éstos, aunque no hagas mal a nadie, te infieres a ti gran daño, dándote la muerte eterna con tus iniquidades.

No haces mal a los hombres porque temes sus juicios; pero, no obstante, Dios ve tus pecados y castigará tus malos pensamientos. (In Ps. 118, 24, 7)

Si sólo temes a Dios por los castigos, evidentemente no amas aún al que así temes. (In Ep. Jo. 9,5)

El ve tus ocultos deseos, que, aunque ocultos, no lo son a sus divinos ojos, que ven manifiestamente tu corazón.

Si, pues, sólo el temor del castigo te detiene, y presentándose la ocasión de pecar la deseas, no es que con esto te hagas malo, sino que solamente te manifiestas tal, ya que no

es cosa nueva esta maldad que ahora se manifiesta, sino que se descubre la iniquidad que antes estaba secreta y escondida. (In Ps. 93,1)

Está viva la voluntad de pecar, la que se manifiesta en las obras, cuando se cuenta con la impunidad de la culpa. Pero cuando se prevé que se ha de seguir el castigo, vive oculta, pero vive.

Preferiría que aquello fuese lícito, y se duele que no sea lícito o permitido lo que Dios prohíbe, porque no ama espiritualmente el bien de Dios, sino que carnalmente teme el mal con que Dios amenaza. (In Ps.118,24,7)

Si sólo temes a Dios por los castigos, evidentemente no amas aún al que así temes. (In Ep.Jo. 9,5)

Falsamente te figuras vencedor del pecado si no lo cometes por temor al castigo.

No ofender a Dios por temor al infierno no se llama temer el pecado, sino al fuego; el verdadero temor huye del pecado y del infierno. (Ep 145 4)

Ama la bondad de Dios pero teme también su severidad.

El amor te hará temer el peligro de inferir una ofensa grave a aquel a quien amas y de quien tú eres amado.

¿Y en quién debe tener lugar este amor casto con más razón que en ti, que, libre de los cuidados del mundo, sólo debes pensar en servir al Señor y esforzarte por agradarle?

Si no amas, teme tu perdición; si amas, teme desagradar a Dios. (De S,Virg.38)

Si por sólo el temor del castigo obras el bien, no puedes considerarte un verdadero hijo de Dios. Sin embargo, ¡ojalá conservaras siempre ese temor!

El temor es siervo, la caridad es libre, el temor es el esclavo de la caridad.

A fin de que el diablo no tome posesión de tu corazón, comienza por introducir el esclavo para que prepare el sitio a la caridad. Practica el bien; si no puedes por amor, hazlo aunque sea por temor.

Más tarde vendrá la señora y le cederá el esclavo su lugar, porque la caridad perfecta destierra el temor. (Serm. 156,14)

* * *

¡Oh Señor! Con huir del mal me corrijo; al corregirme, empezaré a desear el bien, y a este deseo seguirá el temor casto.

Quiero, pues, evitar el mal, no porque tema que me hayas de mandar al infierno con el diablo, sino para que tú no te apartes de mí.

Sé que el temor de arder con el diablo en el infierno no es aún un temor casto, puesto que no procede del amor a ti, sino del temor al castigo.

Con el deseo de que no te apartes de mí, sé que me uno a ti y deseo gozar de tu presencia.

Mi alma, Dios mío, se encuentra deforme por el pecado; pero amándote a ti recobrará su belleza.

Y es el amor casto el que la hace bella y semejante a ti, que siempre eres bello, nunca deforme, porque eres inmutable.

Tú, belleza suma, fuiste el primero en amarnos; pero ¿cuándo nos amaste sino cuando éramos manchados y deformes?

Y no nos has amado para abandonarnos en nuestra deformidad, sino con la intención de cambiarnos de feos en bellos.

¿Y cómo seré bello sino amándote a ti, que eres la belleza eterna? Cuanto más crezca en mí tu amor, tanto más aumentará la belleza, porque tu amor es la belleza de mi alma. (In Ep. Jo. 9,5-9)

¡Señor y Dios mío! No me canso jamás de hablar de tu caridad. Cuanto más vehementes deseos tengo de esta hermosa virtud, tanto más espero que ha de crecer en mí hasta desterrar totalmente el temor, a fin de que sólo quede en mí el amor casto que ha de permanecer en mí por los siglos de los siglos.

¡Haz, Señor, que me mantenga siempre firme contra el mundo en las tribulaciones y en los embates de las tentaciones!

Ayúdame para que no claudique y te posea siempre a ti, y reine en mí tu caridad.

Que no sea separado de los miembros de tu Esposa, la santa Iglesia; que no desfallezca en mí la fe, y que pueda gloriarme de esta victoria en tu presencia; a fin de que, permaneciendo en esta vida unido a ti por la fe, algún día te pueda ver cara a cara, según tus promesas, que has confirmado con la prenda de tu divino Espíritu. (In Ep. Jo. 11)

CAPITULO III

(No me gusta podría suprimirse.)

Las promesas de Dios y las del mundo

Hijo mío, no quiero que envidies la prosperidad de los que aquí gozan de una felicidad falsa y altamente seductora, con la que sólo fomentan su soberbia, mientras su corazón es de hielo para con Dios e insensible a la acción de la gracia; no produce fruto alguno. (In Ps. 124,1.)

Quiero que no atiendas a las cosas visibles, sino a las invisibles; pues las visibles son transitorias, y las invisibles, eternas.

Las promesas del mundo son siempre falaces; las de Dios no engañan jamás. Sin embargo, como parece que el mundo da lo que promete en esta tierra de los mortales, mientras que Dios reserva el cumplimiento de las promesas para la mansión de los vivientes, frecuentemente te cansas de esperar la dicha cierta y prefieres la engañosa.

Atiende a esta sentencia de la Escritura: *¡Ay de los que pierden la paciencia y se van por sendas torcidas!* (Eccli 2,16)

Pero si tú obras varonil y esforzadamente y esperas confiadamente en Dios, serás blanco de las risas de los hijos de la muerte sempiterna, de los que pregonan la dicha de los placeres temporales, que deleitan por un momento y se convierten después en crueles amarguras.

Frecuentemente oirás que te dicen: « ¿Dónde está lo que se te promete para después de esta vida? ¿Quién ha vuelto de allí para asegurarte que es cierto lo que crees?

Nosotros estamos alegres con el goce pleno de nuestros placeres, porque no esperamos más que lo que vemos; mientras que tú te torturas con las privaciones de la continencia y esperas lo que no ves».

Y hasta se apropian estas palabras de San Pablo: *Comamos y bebamos, que mañana moriremos.*

Pero fíjate cómo el mismo Apóstol te pone en guardia: *Las malas compañías,* dice, *corrompen las buenas costumbres*. Estad alerta, justos, y *guardaos del pecado.* (1Cor 15,32-33)

Alerta, pues, para que semejantes compañías no corrompan tus buenas costumbres, ni destruyan en ti la esperanza, ni debiliten tu paciencia, ni te arrastren por caminos torcidos.

Teniendo, pues, tal esperanza, vive confiado, y sean tus palabras la sal suficiente para responder en esta materia a cada uno según convenga.

Respóndeles: « ¿Dónde están vuestros placeres en cuyo seguimiento habéis caminado por caminos depravados? Fijaos que no os pregunto dónde estarán después de esta vida, sino ¿dónde están o qué son ahora?

Desapareció el día de ayer al empezar el de hoy, y el de hoy se extinguirá al nacer mañana.

¿Qué cosa, de cuantas amáis, no pasa y desaparece? ¿Qué hay que no huya veloz antes de poder apresarlo, si del espacio del día ni aun una hora se puede detener?

La segunda viene empujada por la tercera, como la primera lo fue por la segunda; y ni siquiera de una hora, que parece presente, nada hay presente, porque todas sus partes y todos sus momentos son fugaces.

¿Consentirá jamás el hombre en el pecado si no estuviera ciego o si reflexionara después de haberlo cometido? Bien pudiera ver que es suma imprudencia desear un deleite pasajero que sólo deja remordimientos en el alma».

«Vosotros os burláis de mí, porque he puesto mi confianza en las cosas eternas, que no veo, mientras vosotros, esclavos de los placeres que pasan, ignoráis lo que sucederá el día de mañana, en el que, en lugar del bien con que habéis soñado, acaso habéis de experimentar muchos males; y aunque disfrutéis de los bienes que esperáis, ¿os será dado retenerlos para que no huyan de vosotros?»

«Os burláis de mí porque espero los bienes eternos, los cuales, una vez que vengan, no pasarán, mejor dicho, permanecen siempre y no vienen, pues soy yo el que irá hacia ellos si sé andar por los caminos del Señor y pasar por encima de los placeres que pasan.

Vosotros no cesáis un momento siquiera de esperar en vuestros placeres, no obstante que muchas veces defraudan vuestras esperanzas: de continuo os inflaman los deseos, y cuando los deseos se cumplen, los placeres os corrompen, y luego que han pasado, os atormentan.

¿No son ésos, en verdad, los placeres que, deseados, enardecen; poseídos, envilecen; y perdidos, se desvanecen?»

«Yo también uso de ellos según las necesidades de mi peregrinación, pero no pongo en ellos mi felicidad para no ser privado de ella al desaparecer los bienes transitorios.

Uso, sí, de los bienes del mundo, pero como si no los usara, para encaminarme al Creador del mundo, permanecer en él y gozar de su eternidad».

« ¿Por qué osáis preguntarme quién ha venido a decirme lo que sucede más allá de la muerte?

Os ha impuesto silencio y respondido satisfactoriamente el que resucitó a un muerto de cuatro días, resucitó después él mismo al tercer día para no morir jamás, y, antes de morir, dando muestras de que no había nada oculto para él, nos instruyó sobre la vida que sucederá a la muerte, cuando nos refirió la historia del pobre que descansó en el seno de Abraham y la del rico que está ardiendo en los infiernos».

«Podéis, por tanto, decir: *Comamos y bebamos, que mañana moriremos*».

En verdad que en ellos se cumplirá su dicho: mañana morirán; aunque para la Verdad ya están muertos desde el instante en que hablan de ese modo.

Pero tu hijo de la resurrección, ciudadano de los santos ángeles, heredero de Dios, coheredero de Cristo, guárdate de imitarlos, guárdate de imitar a los que mañana, cuando exhalen su último aliento, morirán, y que están ya enterrados en el vino con que se embriagan.

Trae a la memoria la enseñanza del Apóstol: *No corrompan tus buenas costumbres las malas compañías; sé justamente sobrio y no peques.* Marchas por el camino estrecho, pero seguro, que conduce a la gran ciudad de la celestial Jerusalén, que es nuestra madre eterna. Espera con firmeza lo que no ves; espera con paciencia lo que aún no posees, confiado en que Cristo cumplirá fielmente sus promesas. (Serm. 157)

* * *

Escucha, Señor, la plegaria que, desde el fondo de las incertidumbres de esta vida, te dirige mi alma. ¿De qué cosas deberé alegrarme y por cuáles llorar? Me alegro de las cosas pasadas y gimo por lo que me resta.

¿Y será por haber experimentado tantas cosas y haber superado tantas otras por lo que no lloro? ¿Será porque cuanto más lejano esté el bien que anhelo tanto más debo llorar hasta que llegue?

¿Será que por haber visto tantos escándalos y *por el multiplicarse la iniquidad se ha resfriado en muchos la caridad?* (Mt 24,12)

¡Ah! ¿Quién diera agua a mi cabeza, e hiciera de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche esta desgracia? (Jr.9,1) *Oye, Señor, mi oración y escucha mi súplica; lleguen mis lágrimas a tus oídos: no guardéis silencio.* (Sal. 38,1-3)

No te hagas sordo a mi petición, no sea que mis oídos queden sordos por toda la eternidad. Habla, Señor, que te escucho. *Di a mi alma: yo soy tu salvación.* (Sal. 34,3)

Señor, invoco mi condición de inquilino tuyo. Lo era del diablo, cuando servía al mal y sufría un amo tan malvado; ahora estoy contigo, pero sólo como inquilino.

Y tal será mi condición hasta que vaya a la mansión donde he de permanecer para siempre; entonces tendré morada fija.

De ti espero esta habitación permanente, que no será terrena y temporal, sino celestial y eterna; cuando haya llegado a esta mansión será cuando dejaré de ser inquilino. (In Ps.38,20-21)

¡Oh Señor y Dios mío! Para que vaya a ti, hazme bienaventurado de ti.

Lejos de mí el oro, la plata y las riquezas; no quiero buscar la felicidad en estas cosas terrenas, vanísimas y transitorias como esta vida caduca.

Hazme bienaventurado de ti, porque eres el único a quien no perderé jamás. Una vez que te posea, no te perderé ni yo pereceré.

Hazme dichoso de ti, porque *bienaventurado el pueblo que tiene por Señor a su Dios.* (Sal 143,15 y Serm. 103,6.)

Date a mí, Dios mío; restitúyete a mí, porque te amo; y si mi amor es todavía débil, haz que te ame más intensamente.

No tengo medida para saber cuánto falta a mi amor para que pueda mi alma llegar a los místicos abrazos contigo, y no se separe jamás hasta que sea anegada en tu divina presencia.

Sólo sé una cosa: que me va muy mal fuera de ti, no sólo en lo que es exterior a mí, sino también en lo que soy yo mismo, y que toda riqueza que no sea mi Dios, no es más que pobreza. (Conf. 13,8)

IV

No ha de buscarse la felicidad en la tierra

Si quieres ser feliz, prefiere las promesas de Dios a todas las que te hace el mundo; tiembla ante las amenazas del primero y desprecia las del mundo. (Serm.32,14)

No esperes en este mundo lo que el Evangelio no te promete. (In Ps. 39.28)

No busques, la felicidad en la tierra. Gran cosa es la felicidad, pero no se encuentra aquí.

No es propia de esta baja región, y por ello no la hallarás en la tierra. Eleva tu corazón. (Serm.233, 4)

¿A qué se reduce esta vida? ¿Será menester referirlo? Tú sabes por experiencia propia cuán llena está de trabajos y de quejas: rodeada de temores, consumida por las pasiones; sujeta a mil contratiempos, afligida en la adversidad; orgullosa e insolente en las cosas prósperas, y torturada en las adversas.

Hasta la satisfacción misma de la prosperidad está mezclada con temores; tiemblas ante la idea de perder lo adquirido y de verte asediado con peticiones; cuando antes nadie se acordaba de ti.

Es realmente una desgracia la falsa felicidad: el humilde se afana por subir y el noble no quiere rebajarse; el pobre envidia al rico y el rico desprecia al pobre. (Serm.302, 2)

Y, no obstante, ¡qué desvarío!¡Tu esperas conseguir la felicidad en este mundo! ¿Cómo podrás llegar a conseguir todo lo que esperas?

Apenas posees una cosa, ya parece que pierde su mérito, y deseas nuevamente otros objetos más preciosos, los cuales perderán también su mérito en tu estimación por el mero hecho de poseerlos. (Serm.125,11)

Las riquezas, que crees llenas de placeres, más bien están llenas de peligros. El pobre duerme más tranquilo, y concilia más fácilmente el sueño el que yace sobre la dura tierra, que el rico acostado en dorada cama. (Serm. 14,6)

Reflexiona sobre los sinsabores de los ricos y compáralos con la tranquilidad de los pobres.

Repara si concilias pronto el sueño cuando piensas en aumentar tus riquezas. O yo me engaño, o enriquecerse es lo mismo que perder la tranquilidad: durante el día piensas en aumentarlas; durmiendo, sueñas con los ladrones; despierto, estás inquieto, y de noche te asalta el temor; en una palabra, siempre mendigo. (Serm.345, 5)

Observa qué amadores tiene la vida presente, esta vida temporal, esta vida breve, vida trabajosa; contempla a qué estado los reduce.

¡Cuántas veces gasta el hombre toda su fortuna hasta la mendicidad y la desnudez! Le preguntas por qué, y te contesta: «Por mi deseo de vivir».

Ahora bien, ¿te has dado cuenta de lo que quieres y adonde te lleva ese loco deseo? ¿Sabes lo que es esta vida que amas con tan loca pasión? Dirígele, si puedes, frases de cariño y de ternura. ¿Qué le podrías decir? «He gastado todos mis bienes y mírame pobre por gozar de tu hermosura».

Ella te grita: «Soy repulsiva, ¿y me amas?» «Soy insensible, ¿y me abrazas?» «Soy voluble, ¿y pretendes seguirme?»

Atiende la respuesta de tu amada: «No he de estar siempre contigo: después de breves momentos tenemos que separarnos. ¡Puedo hacerte pobre, pero me es imposible hacerte feliz!»

Puesto que eres cristiano, después de haber implorado, los auxilios de Dios nuestro Señor, ama la belleza de aquella vida que *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano pudo nunca presentir*. *(1Co.2,8)*

Esa es la que tiene Dios preparada para los que le aman, y que no es otra cosa que él mismo.

Ámala fuertemente; que el Señor te concede amarla.

Por llegar no solo a poseerla, sino también a amarla, suplica y llora en la divina paciencia.

¿Con qué otros argumentos, te podrías convencer? Fulano vivía ayer, y hoy no existe; hace poco lo veíamos: imposible verle ahora.

Fulano vivía ayer, y hoy no existe; ha poco lo veíamos: imposible verlo ahora.

Cuando se acompaña un duelo, todos los del cortejo aparecen tristes; pero bien pronto se olvidan del muerto. (Serm.302, 6-7)

No te desalientes; llegará un momento en que tendrán fin todas las grandezas de la tierra.

Pon tu esperanza en Dios anhelando los bienes eternos y confiando conseguirlos: a ello dirige tu intención. (Serm.105, 11)

Pon tu corazón donde los cuidados mundanos no pueden corromperle. (Serm.19, 6)

Elige, por tanto, la vida si amas la vida. ¿Qué es lo que más te agrada? La vida. En primer lugar, una vida buena aquí, y después de ésta, la eterna.

Primero una buena vida aquí, que no es aún la feliz; pero que nos prepara a ésta.

La vida humana es el trabajo; la bienaventurada será la recompensa. Sé bueno y serás dichoso.

¿Qué más justo o que más razonable? Quienquiera que seas tú que amas la vida, escoge la buena. Si buscaras esposa, la querrías buena. Amas la vida y ¿la escoges mala?

Dime si gustas de alguna cosa mala; porque al parecer todos los objetos de tus deseos y tus amores no te agradan a no ser buenos.

En modo alguno quieres un caballo malo, un criado malo, un vestido malo, una quinta mala, una esposa mala, unos hijos malos. Todo lo buscas bueno; sé bueno, pues, tú mismo.

¿Qué tienes contra ti cuando, no queriendo nada malo, sólo a ti te quieres malo? Amas la quinta de recreo, la esposa, el vestido y, para decirlo todo, amas tus sandalias, ¡sólo el alma la tienes en poco!

La Verdad nos promete una vida no sólo eterna; también feliz, donde no hay rastro de fatiga, dolor o temor, y se goza de plena e indeficiente seguridad. Una vida que transcurrirá a la sombra de Dios y en compañía de Dios; vida que fluye de Dios, vida que es el mismo Dios.

Así es la vida que se te promete. ¿Será posible que antepongas a ella la temporal, la infeliz, la miserable? (Serm.297, 8)

Buscas la vida, buscas días buenos. Bueno es lo que buscas; pero no está aquí. Esta piedra preciosa tiene su región propia, que no es este mundo, y por más que sudes cavando, no la hallarás, porque no está aquí. Pero cumple con lo mandado y recibirás lo que amas. (Serm. 297,8-9)

Ahora gime y ora; el llanto es propio de los desgraciados, y la oración de los indigentes.

Pasará el tiempo de la oración y sucederá la alabanza; pasará el del llanto y sucederá el gozo sin fin.

Entre tanto, y mientras se deslizan tus días rodeado de tribulaciones, no cese jamás tu oración al Señor, suplicándole una sola cosa, a saber: el morar en su casa; insiste en esta súplica hasta que, por su gracia y misericordia, veas cumplida esta petición. (In Ps.26, 2, 14)

* * *

Escucha, Señor, la oración de mi alma que te invoca. Ten misericordia de mí y óyeme; una cosa es la que te pido; con mis lágrimas y suspiros; una cosa solamente, Dios mío, es la que te pido. (In Ps. 26, 2, 14)

Un solo día en tu casa vale más que miles fuera de ella.

Si he suspirado por esos miles de días y preferido una vida larga, ahora desprecio esos miles por un solo día, para no desear más que aquel día eterno, sin amanecer y sin ocaso, sin un ayer ni un mañana. ¡Señor, que mi alma suspire solamente por ese día! (In Ps. 83, 14)

Pasará el trabajo y vendrá el descanso; pasarán los falsos placeres y vendrá el bien que desea mi alma; el bien por el que anhelo y suspiro mientras me encuentro como peregrino en este siglo; vendrá, sí, la patria buena, la patria celestial, la patria de la contemplación de los ángeles, la patria en que no muere ningún ciudadano y en la que no es admitido ningún enemigo; la patria en que tendré a Dios por amigo sempiterno y no tendré a nadie a quien temer. (Serm.38, 11)

¡Oh, ciudad santa, que te levantas como una auténtica ciudad, y que tienes a Dios mismo contigo: hágase la paz en tus murallas; hágase la paz en tu caridad; porque tus murallas son tu caridad! (In Ps. 121, 12)

No quiero ser amigo de este mundo, porque sé que ser amigo de este mundo es lo mismo que ser enemigo tuyo.

Tus enemigos son todos los amigos del mundo, todos los frívolos, todos los consultores de adivinos; vayan o no a la iglesia, todos éstos son tus enemigos.

Quizá momentáneamente prosperen como flor del campo; pero perecerán sin remedio en cuanto tú empieces a examinarlos y a hacer justicia a los hombres. (In Ps.91, 10)

Y en este momento supremo, ¿de qué me servirá haber adquirido el oro con la pérdida de mi inocencia? (In Ps. 36,3, 15). *¿De que le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? (Mt 16,26)*

¡Dios mío, te amo! Te amo y se inflama mi alma de fervor para despreciar todo lo que deleita, resuelta a ir más allá. ¡Oh, dichoso amar; oh, suspirado correr; oh, feliz morir; oh, anhelada llegada a ti! (Serm. 159,8.)

V

Dónde se encuentra la verdadera felicidad

Es evidente que deseas ser feliz. Y no hay nacido de mujer que no desee ser feliz aunque no lo diga.

Pero no puede ser dichoso el que no posee lo que ama, sea cual fuere el objeto de su voluntad; ni el que posee lo que desea si esto sabe que le es dañoso; ni tampoco el que no ama lo que posee, aunque fuera lo mejor.

El hombre que desea lo que no puede conseguir vive atormentado; el que logra lo que no debía desear, se equivoca; y considero como enfermo al que no se da cuenta de que le falta lo que necesita

Ahora bien: puesto que la felicidad y el sufrimiento no pueden estar a la vez en el mismo sujeto, se sigue que en ninguno de estos estados se encuentra la felicidad. (De Mor. Eccle. 1, 3, 4)

La felicidad es una cosa tan excelente, que la buscan todos, los buenos y los malos.

Nada tiene de extraño que los buenos intenten ser buenos para ser felices; lo que sorprende es que los malvados sean malos también para ser felices.

El que se deja dominar por sus pasiones y se enfanga en la lujuria, cree que encontrará la felicidad en el pecado; se considera infeliz cuando no logra gozar de las satisfacciones ilícitas, y dichoso cuando consigue el fin de sus deseos.

Y si el avaro, ávido de riquezas, emplea para alcanzarlas toda clase de medios, ¿qué quiere sino ser dichoso? Si el tirano derrama la sangre de sus enemigos, gozándose de su propia crueldad, ¿qué otra cosa desea con sus crímenes sino la misma felicidad?

A todos estos extraviados, que buscan la felicidad donde no hay más que miserias, dice el libro de la Sabiduría:" *"Bienaventurados los que proceden sin mancilla, los que caminan según la ley del Señor"*. (Sal 118,1. 1)

Que es lo mismo que decirles: «¿Adonde vais? Sirviendo al mundo, perecéis sin echarlo de ver; por ese camino no llegaréis adonde queréis llegar. Deseáis ser felices, pero lo procuráis en cosas miserables y siguiendo caminos que os conducirán a una desdicha mayor».

«No busquéis un bien tan grande por la senda del mal; si queréis llegar a él, venid acá, caminad por aquí.

Puesto que no podéis renunciar al deseo de ser felices, abandonad de una vez para siempre el camino de la perdición.

Os cansáis inútilmente, esforzándoos para llegar a la meta por un camino extraviado.

No, no son felices los salpicados del error, que corren tras las vías tortuosas del siglo. Son bienaventurados los que proceden sin mancilla y caminan por la ley del Señor; los que meditan los preceptos del Señor, y que todo corazón lo buscan»

Bienaventurados en esperanza, no en realidad; como son *bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*. (Mt 5,10) no porque lo sean ya ahora, cuando toleran las tribulaciones, sino por lo que se les promete para después, que es el reino de los cielos.

Como se dicen *bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* (Mt. 5, 6), que tampoco lo son por sufrir la privación por la comida y bebida, sino porque algún día serán hartos.

Y los que lloran, (Mt.5, 5) no por estar tristes, sino porque *algún día reirán.*

Así se dice que son bienaventurados los que meditan la ley de Dios, y la buscan de corazón; no en cuanto meditan y lo buscan, sino en cuanto han de llegar a conseguir lo que buscan.

Busca, pues, al Señor, búscale de todo corazón, no lo hagas con negligencia. Si la esperanza te hace feliz, también la esperanza quizá te conservará sin mancilla.

Pues en esta vida, aunque camines según la ley del Señor, medites en sus preceptos y lo busques con todo tu corazón, es cierto que si afirmas estar sin culpa, a ti mismo te engañas y no dirás verdad. (1Jn.1,8 e In Ps.118,1,1-3)

Serás, pues, bienaventurado si procuras ser justo; busca, por tanto, lo que debes tener para ser feliz.

Cuando consigas esta felicidad, serás ciertamente mejor que ahora, que eres desgraciado. Es imposible que una cosa peor te haga mejor. Eres hombre, y todo lo que ahora deseas para ser feliz es inferior a ti: el oro, la plata y todos los bienes materiales, cuya posesión y goce al presente anhelas, son inferiores a tu naturaleza.

Eres algo más excelente, vales más que todas esas cosas juntas; y cuando aspiras a la felicidad, es cierto que suspiras por algo mejor de lo que tú eres, porque ahora sientes tu propia miseria.

Si pretendes mejorar tu situación, no debes poner la mira en los bienes que son inferiores a ti. Y es cierto que cualquier cosa que busques en la tierra es siempre de menos valor que tú.

Escucha mi consejo de amigo: ¿quieres ser mejor? Busca lo que es más excelente que tú para con ello hacerte mejor de lo que eres.

Levanta la mirada al Creador; no desconfíes, diciendo que es alto el blanco propuesto; mucho más difícil te ha de ser la posición del oro por que suspiras.

Él oro, aunque con afán lo busques, quizá no llegues jamás a conseguirlo, y en el momento en que de corazón busques al Señor, lo poseerás, porque antes que de tu corazón salga esa petición, él vendrá a ti. Es el mismo que te llamó cuando te alejabas de él, el mismo que, cuando por vez primera te convertiste a él, te atemorizó, y después, cuando contrito, te consoló.

Es el Dios de quien has recibido todo lo que tienes, el Creador a quien debes la existencia, el Dios que, para ti y para todos cuantos te acompañan en este mundo, aunque sean malvados, hace salir el sol, envía la lluvia, produce frutos, conserva la vida y la salud y causa tantas comodidades; y aún te tiene reservado un don para ti solo.

¿Y sabes qué don es ése? Es el mismo Dios y Señor. ¡Mira a ver si hubieras soñado una cosa más excelente! ¡Dios mismo te está reservado!

Escucha, avaro, ¿por qué anhelas conseguir el cielo y la tierra? Mucho mejor es el que creó el cielo y la tierra; pues atiende que estás destinado a verlo y a poseerlo.

Esto es lo que debes amar; esta posesión es la que debes ansiar; y con sólo quererlo será tuyo y gratuitamente lo conseguirás. (In Ps. 32, 3, 15-16)

Si posees el oro, sé dueño y no siervo del oro. Dios ha creado el oro; pero a ti te ha dado una naturaleza mucho más noble que la del oro: ha destinado el oro para tu servicio, y a ti te ha hecho a su imagen. (In Ps.123, 9)

Busca lo necesario y conténtate con ello; lo demás es una carga pesada, más que alivio y honra. (Serm.85, 6)

Busca lo necesario y conténtate con ello; lo demás es una carga pesada, más que alivio y honra. (Serm.85, 6)

No se te manda vivir en la abundancia, sino que es un deber reconocerte pobre. Si posees las riquezas, reflexiona que no son verdaderas esas riquezas, que te hacen desear otras más preciosas.

No son, no, verdaderos bienes aquellos con cuya posesión se excitan tus deseos de poseer. (In Ps. 122,11-12)

Cuanto mayor sea tu apego a esos bienes, tanto más crueles serán las necesidades que te irás creando.

¿Y cómo han de ser verdaderas aquellas riquezas que, a medida que aumentan, crece también la indigencia; que cuanto más abundan, en vez de saciar los anhelos, más encienden deseos de sus amadores?

La experiencia de otros te convencerá. Habrás conocido a algunos que tenían una fortuna modesta y vivían muy satisfechos con pequeñas ganancias; y más tarde, habiéndose enriquecido extraordinariamente, si ahora les ofreces esos lucros, desprecian estas pequeñas cantidades.

¿Crees quizá que lo hacen por estar ya hartos? Nada de eso; la fortuna aumentó su avaricia, y en vez de apagar esta sed que los devoraba, desean las riquezas con mayor afán; desdeñan un vaso de agua porque necesitan un río para refrigerarse. (Serm 50,6)

Elige otra vida; ama a Dios y desprecia las riquezas temporales. Mira con indiferencia todas las cosas humanas, ya que debes abandonarlas cuando menos lo pienses; tu morada aquí no será perpetua, prepárate para la vida futura, menospreciando los bienes caducos de la vida presente.

Si tienes muchas riquezas, usa de ellas para hacer el bien; si no las tienes, no las desees con apasionamiento. Eleva tu pensamiento y mándalo delante de ti; lo que ahora tienes, empléalo útilmente para que vaya delante de ti adonde tienes necesariamente que ir.

Todos los días escuchas esa invitación en la santa Misa: ¡Levantemos el corazón!, y como si lo entendieras al revés, cada día te apegas más y enfangas tu corazón en la tierra.

¡Excelsior! ¿Tienes riquezas? Obra el bien. ¿No las tienes? Guárdate de murmurar contra Dios. Escúchame, pobre: ¿Qué te falta si tienes a Dios? Atiende, rico: ¿Qué tienes si te falta Dios?

Escúchame, pobre: ¿Qué te falta si tienes a Dios? Atiende, rico: ¿Qué tienes si te falta Dios? (Serm.311,14-15)

* * *

Señor y Dios mío, da alegría al alma de tu siervo, porque en ti ha puesto su esperanza y hazle sentir esa felicidad de haberse elevado a ti.

Vivía peregrina en la tierra, y sentía la amargura de este siglo; y a fin de que no se estragase con este amargor, y perdiese el suave gusto de tu gracia, la he elevado hasta ti.

Hazle sentir la felicidad de 'encontrarse a tu lado, tú eres sólo la verdadera alegría; el mundo está lleno de amargura. (In. Ps. 85,6)

Y ¿cómo es que amo la vanidad y voy en pos de la mentira? ¿Por qué espero la felicidad de estas cosas inferiores?

Sólo tú puedes hacerme feliz, porque solamente el bien que de ti procede es verdadero bien. Fuera de ti, vanidad de vanidosos y todo vanidad. (Eccli. 1,2)

¿Qué riqueza es la mía entre los trabajos y afanes de que estoy rodeado?

¿Cómo es que me dejo arrastrar del amor de las cosas presentes?

¿Por qué corro tras de esas cosas, que conozco ser las menos apreciables, cual si fuesen las más necesarias, sabiendo que esto es vanidad y mentira? (In PS.4, 3)

Sé tú, Señor, mi herencia, porque tú eres el que me sustentas y conservas; y que sea yo posesión tuya, a fin de que tú me gobiernes y dirijas. (In Ps. 5,1)

Te ofrezco todo mi corazón sobre el altar del holocausto, ofrendándolo a ti en sacrificio de alabanza.

Descienda el fuego de tu amor a inflamarlo y abrasarlo, para que nada quede en mí que me haga volver la vista a mí mismo; sino que todo se abrase, todo arda en amor tuyo; todo te ame, como inflamado en el fuego que de ti procede. (In Ps. 137,2)

CAPITULO VI

La vanidad de las cosas temporales

Aunque trabajosa y corta, la vida presente es en tal modo apetecible y dulce, que, ya que no puedes vencer a la muerte, procuras diferirla aun a costa de muchos y muy grandes sacrificios.

Nada cabe hacer para desterrar la muerte; pero se hace todo lo que se puede para diferir su llegada.

¿Que significan si no tantos afanes para ganarse el cotidiano sustento, y esa dura esclavitud, ya a las prescripciones de la medicina, ya a las precauciones dictadas por los amigos, que reclaman o se usan con los enfermos? ¿No tiran al blanco de alejar siquiera un poquito el advenimiento de la muerte?

¿Cuál, pues, no ha de ser la estima, y cuál el empeño en conquistar la vida futura, en absoluto exenta de muerte, cuando aquí abajo tanto se ama su sola dilación? (Serm. 280,3)

Aunque la gloria mundana parece que hace gran ruido, no es más que fragor de agua que cae sobre rocas; contémplala cómo fluye y cómo corre, y medita también que, al fluir y correr, atrae y arrastra. (In Ps. 136,3)

Desprecia ese torrente que se precipita y camina a su fin; déjalo que corra. *Toda carne es heno, y la gloria de la carne es como flor del heno. El heno se secó, la flor cayó en tierra.* (Is 40,6 y Serm. 119,3)

Contempla la existencia efímera de la hierba del campo: verdea pomposa en la primavera, y al llegar el verano, se seca. ¿Qué hay que pase más aprisa y, no obstante, qué cosa hay más verde y florida? Pues no te seduzca la lozanía de su verdor y teme lo triste de su aridez.

Los pecadores también tienen su eflorescencia como la hierba; pero sólo el mentecato admira esa primavera y desea imitarlos; desea florecer por un cierto tiempo y después perecer con ellos eternamente. (In Ps. 91,9)

¿Qué razón tiene para enorgullecerse la hierba, que a la mañana está verde y a la tarde se seca?

¿Por qué razón se enorgullece ese corto verdor que sabe que ha de concluir en una mañana, en cuanto el sol brille?

Sea tu plegaria rogar al Señor que con su misericordia se cambie de hierba en oro. (In Ps. 102,22)

¿Qué bien te acarrea la adquisición de los bienes temporales y transitorios, ya sean riquezas, ya sean los placeres de la gula, ya los honores de la fama?

¿No son viento y humo todas las cosas? ¿No las ves pasar y desaparecer? ¡Ay de ti si vas tras ellas, porque con ellas perecerás!

La vida es como un torrente que se precipita en el mar; ¡ay de ti si caes dentro de su curso: serás arrastrado al mar! (In Jo. 10,6)

Pero si la gloria de los pecadores pasa como el verdor del heno, ¿qué diremos de los justos? Dice la Escritura: *El justo florecerá como una palmera y se aleará como cedro del Líbano*. (Sal 91,13.)

La palmera tiene toda su belleza en la copa; aparece áspera por la parte que fija su raíz en la tierra y bella extendiendo su gracioso follaje bajo el cielo. También el justo tendrá su belleza al fin de su vida.

¿Acaso la palmera o el cedro se secan con el lucir del sol? No, la palmera y el cedro no se doblan ni en el fragor de la tempestad.

¡Oh, desdichado amador del mundo! No te dejes deslumbrar por la felicidad de los malvados, que gozan, como la flor del heno, brevísimo tiempo, para padecer después eternamente.

Procura estar plantado en la casa del Señor si quieres florecer como la palma y descollar en virtud como el cedro, y evitar el secarte como el heno bajo los abrasadores rayos del sol: como los que parecen florecer cuando el sol no brilla.

Si, pues, quieres ser palmera y cedro, y no heno, procura tranquilizarte y atiende a lo que te digo. Puesto que Dios es eterno, si al presente te parece que halaga a los malos, porque los espera a penitencia, y ves que muchas veces los buenos son probados con tribulaciones, a fin de prepararlos al reino de los cielos, no te turbes por esto, porque no hay injusticia posible en las decisiones de tu Señor.

No temas ni te perturbes: la esperanza sea el fundamento de tu tranquilidad. ¿Qué tienes que decir, por muchas tribulaciones que te envíe, si lo hace para librarte del fuego eterno?

¿Qué tienes que oponer, cuando permite que los malvados naden en la abundancia, si después de esa vida han de escuchar la terrible sentencia: *Id al fuego eterno?* (Mt 25,41)

No te turben estas aparentes injusticias presentes; al contrario, recobra tu confianza y di de corazón: *Recto eres, Señor y Dios mío, y no es posible maldad alguna en ti.* (In Ps. 91,13-14)

No te dejes seducir, y considera que todas las venturas del mundo no son más que ensueños de dormidos. Los amadores del siglo gozan en sus delirios; pero se despiertan cuando menos lo piensan; y si ahora que es tiempo no despiertan, entonces experimentarán que han sido vanos y sin provecho sus sueños, y que éstos se han esfumado, como dice la escritura: *Durmieron su sueño, y al final se hallaron con sus manos vacías estos hombres de las riquezas soñadas.* (Sal 75,6)

Sí, durmieron su sueño, y concluido el sueño, no encontraron nada en sus manos, porque veían solamente en sueño aquellas riquezas transitorias.

Hay otros que no duermen, sino que cabecean; se retraen algún tanto del amor de los bienes caducos, pero después se entregan a ellos; parece como si dormitasen, y cabecean constantemente.

¡Ea, despierta!, sacude la pereza; pues, dormitando, estás siempre en peligro de caer. (In Ps 131,8)

¿Por qué te asusta la desaparición de los reinos de la tierra? Para que no perecieras con esos reinos se te ha prometido el reino de los cielos. (Serm. 105,9)

Si la realidad te hace vacilar, agárrate firmemente a la esperanza, y si la práctica del bien te es dolorosa, piensa en los premios prometidos (Ser. 345.1)

* * *

¡Oh Señor! Tú me guardas en el cielo riquezas inmortales: a ti mismo. Y yo pretendía conseguir de ti en la tierra lo que hasta los impíos tienen, lo que también poseen los malvados y los malhechores: dinero, oro, plata, piedras preciosas, esclavos; lo que poseen muchos de los que obran mal, lo que gozan las mujeres de mal vivir: ¡Tal era el tesoro a que yo aspiraba; y lo esperaba de ti en la tierra, siendo así que tú me prometías tu posesión en el cielo! (In Ps. 72,31)

La carne no ha sido ni es otra cosa que heno, y la gloria del hombre ha sido como la flor del heno; pero no teniendo cuenta de ello, yo apreciaba mucho la flor del heno, y no solamente no la despreciaba, sino que la deseaba con ardor. (In Ps 71,18)

Despreciaré, pues, el heno y sus efímeras flores; porque se marchitará la hierba y caerá la flor.

Si me aficiono a la hierba y a sus flores, tú me aniquilarás al final de mi existencia, cuando sea sometido a aquella limpia en que el bieldo separará la paja del trigo:

Y entonces, ¿no irá el grano al granero y la paja al fuego?

El amador de la vanidad se encontrará aquel día a la mano izquierda, cuando tú pronuncies aquella sentencia: *Id al juego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles*. (Mt 25,41)

Sí, Dios mío, despreciaré el heno y su flor, a fin de que ese día no quede yo destruido, no me arranques y expulses de tu morada.

Fijaré mis raíces en la tierra, imitando al cedro; pero será en la tierra de los vivientes.

Que arraigue allí, en lo oculto, de modo que sólo sean visibles los frutos.

Sea mi raíz la caridad y mis frutos las buenas obras.

Si mis obras nacen de la caridad, entonces podré decir que mis raíces se alimentan de la tierra de los vivientes. (In Ps. 51,12)

CAPITULO VII

Los engaños del mundo

Lo que los impíos llaman gozar no es gozo verdadero. Escucha al profeta Isaías: *No hay gozo para los impíos,* dice el Señor Créelo. (In Ps 51,12. Is 57,21)

En efecto: ¿de qué se gozan los impíos? Se gozan en la maldad, se gozan en las torpezas, se gozan en la indecencia, se gozan en el vicio. Esos son los gozos de los impíos.

¿En qué consiste este gozo? Te lo diré brevemente: el gozo de los impíos es la impunidad de su mal obrar.

Poder entregarse a la malicia, a la fornicación, deleitarse en los espectáculos, recrearse con los placeres del vino y gozarse con toda clase de intemperancias, sin que el dolor se mezcle en ello; en esto consiste la felicidad de los mundanos.

Que no sea ninguno de los goces de estos vicios turbado por la amenaza del hambre, ni por el miedo a las guerras, ni por cualquier otro temor, ni por la enfermedad, ni por cualquiera otra contrariedad, sino gozando en la abundancia de todo, en la seguridad de la carne y al resguardo de los remordimientos; ése es el goce de los impíos.

Pero Dios no piensa como los hombres; uno es el pensamiento de Dios y otro muy distinto el de los hombres. (Serm. 171,4)

Los impíos empiezan sin reflexión y concluyen con dolor. (Ep. 203)

Todas sus obras perecerán y no darán fruto alguno. Al pronto, parece que sus cosas tienen importancia; pero si después van en su busca, no encontrarán traza de ellas.

La Escritura nos dice cuál ha de ser el lamento de los que han malgastado inútilmente su vida. *¿De qué nos ha servido la soberbia? ¿Qué provecho nos ha traído la ostentación de nuestras riquezas? ¡Pasarán como sombra todas aquellas cosas!* (Sal 5,8 y In Ps. 36, 3, 10)

Tal es el fin de todas las cosas que en esta miserable vida se desean con más afán que cordura; y, sin embargo, ¡cuánto ruido hace el mundo a tu espalda para hacerte volver la vista atrás!

¡Cuánto empeño en que pongas tu esperanza en los bienes caducos y busques tu felicidad en este mundo efímero!

¡Cuánto ruido y empeño, sí, para que dejes a un lado las promesas de Cristo!

¿Por qué alborotas, mundo inmundo? ¿Para qué tanto ruido? ¿Por qué ese empeño en que mire atrás? Si siendo caduco y perecedero prometes la permanencia, ¿qué no harías si fueras permanente? ¿A quién, si fueras dulce, no engañarías con tus dulzuras; si, amargo como eres falseas, tus manjares? (Serm. 105,7-8)

He aquí un fenómeno raro: conoces la turbulencia del mundo, y, sin embargo, lo amas. ¿Qué sucedería si todo fuese descanso y paz en él?

Si a pesar de ser tan feo lo abrazas, ¿qué harías si efectivamente fuese hermoso?

Si no apartas hoy tu mano de las espinas, ¿con qué afán recogerías sus flores?

No quieres abandonar el mundo. ¡El mundo es quien te abandona a ti, y tú corres tras él! (Serm. 38,11)

Conviértete al Señor, tu Dios, y di al mundo: « ¿Para qué me solicitas? Mucho más dulce que tus promesas es la dulzura que yo amo.

¿Me prometes carnales deleites? Mucho más deleitable es Dios.

¿Me prometes altos puestos y honores? El reino de Dios es más elevado que todo esto.

¿Me prometes vanas y reprobables curiosidades? Sólo la verdad de Dios no nos induce a error». (Serm. 284,4-5)

«Si eres grande, el Creador del mundo es mucho mayor.

Si eres hermoso, mucho más hermoso es el que te formó.

Si tienes atractivos, son mucho mayores los de tu Creador. Si eres malo, es bueno tu Creador». (Serm. 96,4)

Gran misericordia de Dios es no dejar sin castigo la maldad; pues para no verse obligado a condenar en el último día, tiene la dignación de castigar al presente. (Serm. 171,4)

* * *

¡Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa, porque te alabarán por siempre! (Sal 85,5)

Tal será el reposo eterno; nunca terminará; habrá gozo sin fin, alegría sempiterna, incorruptibilidad verdadera.

Señor, me prometes una vida eterna y un descanso sin fin, y para que pueda conseguirlo, has querido prepararme e instruirme, dándome preceptos, para que proceda con cautela y no ame otro objeto que me hiciese olvidarme de ti, que eres mi bien verdadero.

Si, Dios mío, eres la suma verdad; pero si providencialmente no hubieras salpicado de amarguras las felicidades del mundo, fácilmente me olvidaría de ti. (In Ps. 93,24)

De las cosas creadas quiero hacer una escalera para subir hasta ti; porque sé que, si las amo más que a ti, no llegaré a poseerte.

¿Y de qué me serviría la posesión de tus obras si me falsas Tú, el artífice de ellas? Es verdad que puedo amarlas; pero a ti más que a ellas, y a ellas por amor tuyo. (In Ps. 144,8)

Tú, Señor, eres mi esperanza. Has hecho todo lo creado, pero eres mejor que todo ello; las has hecho fuertes, pero eres más fuerte; las has hecho grandes, pero tú eres más grande. En cualquier cosa que ame, tú serás mi amor.

Quiero amar en las criaturas al Creador, den las obras a su Hacedor, no sea que me cautive lo que ha sido hecho por ti y te pueda perder a ti, por quien yo también he sido hecho. (In Ps. 39,8)

¡Oh, infeliz de mí! ¿Por qué me afano tanto para conseguir las riquezas? Con pena amo lo que amo; y a ti te puedo amar sin trabajo.

La avaricia impone fatigas, peligros, estrecheces y tribulaciones, y a todo esto me someto.

Me someto para llenar mis arcas, y con ello pierdo la tranquilidad.

Mas tranquilo me encontraba antes de poseer que no después de haber comenzado a tener riquezas. Ahora que tengo mi casa provista, me asalta el temor de los ladrones; por haber adquirido el oro, he perdido el sueño.

He aquí lo que me ha impuesto la avaricia; me ha dicho: haz esto, y lo he hecho.

Y tú, ¿qué me mandáis, Dios mío? Me mandas que te ame.

Al amar el oro, me he puesto a buscarlo sin saber si lo había de conseguir; pero cuando cualquiera te busque, Tú ya estás con él.

¿Hay nada más dulce que este amor a Dios? Que un amor semejante sea el premio de mis obras

He aquí el fin que persigo y el premio hacia el cual deseo correr. Conseguido este intento, gozaré del descanso. (In Ep. Jo 10.4).

CAPITULO VIII

Cómo se debe amar al mundo

Hay dos clases de amores: el amor de Dios y el amor del mundo. Donde mora el amor del mundo no es posible que entre el amor de Dios; salga el amor del mundo y ceda su lugar al amor de Dios pues es de razón que lo que es más excelente ocupé el lugar.

Si amabas el mundo, no lo ames ya más; a medida que vacíes tu corazón del amor mundano se llenará del amor divino, y comenzará a habitar en ti la caridad de la cual no procede mal alguno

Todas las cosas que existen, es Dios quien las ha creado: que el espíritu del Señor te ilumine para que conozcas que todas son buenas; pero, ¡ay de ti si amas las cosas creadas y abandonas al Creador!

Son hermosas a la vista; Pero ¡Cuánto más bello es el que las ha creado!

Dios no te prohíbe amarlas; lo que no quiere es que las ames con miras a la felicidad, sino que las consideres y alabes amando en ellas al Creador.

Si el esposo hiciera para su esposa un anillo y esta amase mas al anillo que a su esposo, ¿acaso no manifestaría en este amor su infidelidad, aunque ama un regalo de su esposo?

Amaría ciertamente un don de su esposo; pero si dijese: «me basta este anillo y ya no quiero ver mas a mi esposo», ¿qué amor sería éste?

¿Quién no reprobaría locura semejante? ¿Quién la excusaría de un afecto adulterino? Amas el oro en lugar de amar a la persona; amas el anillo en vez de al esposo; si tal es tu disposición de ánimo que amas el anillo más que al esposo, de modo que no deseas ya ver a éste, sería como si te hubiera dado un regalo, no de compromiso sino de repudio.

No; la razón por que el esposo te ha dado esa prenda es para que le ames en ella.

El Señor te ofrece las cosas de la tierra, ama en ellas al Creador.

Quiere además, darte algo mejor: es él mismo, que ha hecho todas estas cosas.

Y si tú amas estas cosas, aunque hechas por Dios, y antepones este afecto al amor de Dios, ¿no podremos decir que tu amor es adulterino?

No te digo: no ames los bienes de la tierra sino que los ames moderadamente y con relación al Creador, a fin de que este afecto no te sirva de lazo y no ames para gozar lo que sólo debes tener para usar.

Procura aplicarte a conseguir el amor de Dios, para que de este modo, como Dios es eterno, participes de su eternidad.

Cada uno es como aquello que ama: ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? No me atrevo yo a decirte lo que eres; escucha la Escritura: *Yo he dicho que vosotros sois dioses e hijos de! Altísimo todos.* (Sal 81,6)

Por tanto, si aspiras a ser como Dios e hijo del Altísimo, no debes amar el mundo ni las cosas que hay en el mundo. (In Ep. Jo.2, 8-14)

Observa las condiciones del amor humano. El amor se puede considerar como la mano del alma; cuando la mano estrecha un objeto cualquiera, no puede apoderarse de otro que se le ofrece; y si quiere tomar éste, es necesario que abandone aquél.

Si amas al mundo, no puedes amar a Dios, porque tienes la mano ocupada.

Dios te dice: «Toma y conserva lo que te doy. Si no abres la mano, dejando lo que ya tienes, te es imposible recibir lo que te ofrezco».

Si tus obligaciones no te permiten despojarte de los bienes de la tierra, consérvalos, pero sin hacerte esclavo suyo. Sé dueño, y no servidor de tus riquezas. (Serm. 125,7)

Te ruego y recomiendo que ames la vida eterna. Ámala con tanta vehemencia como los mundanos aman el mundo. (Serm. 302,2)

Ama y no ames; ama, algunas cosas, y no ames otras.

Te digo esto porque hay cosas que puedes amar sin perjuicio alguno, mientras que hay otras que sólo sirven de obstáculos.

No ames los obstáculos si no quieres acaparar tormentos.

Lo que se ama en la tierra es un obstáculo; es, por decirlo así, una especie de liga adhesiva que entorpece las alas del espíritu, impidiendo la práctica de las virtudes mediante las cuales podemos volar hasta Dios.

¿No quieres caer prisionero, pero tocas la viscosa liga con tus alas? ¿Acaso no es verdadera prisión porque sea amable la cárcel? Pues sabe que, cuanto más agradable, tanto son más estranguladoras las ligaduras. (Serm. 314,4)

¿Por qué insistir todavía en andar por caminos difíciles y penosos?

No está el descanso donde lo buscas. Busca lo que deseas, pero sabe que no está donde lo buscas.

Buscas la vida bienaventurada en la región de la muerte, y no está allí. ¿Cómo es posible que haya vida bienaventurada donde ni siquiera hay vida? (Conf. 4,12)

* * *

¡Oh Señor! La dulzura de la vida presente es un lazo.

Los enemigos de mi alma colocan cebo en sus redes para que yo, atraído por la dulzura de esta vida, me meta y quede atrapado en la red.

Ayúdame, Señor, para que no caiga en ella. Mira cómo clamo a ti, diciendo: «Bendito seas, Señor, que no has permitido que yo sea presa de sus dientes».

Mi alma ha sido librada como un pájaro de la trampa de los cazadores. Porque tú estabas conmigo, por eso mi alma se ha visto libre de los lazos de los cazadores.

Incautamente yo había caído en sus redes como pájaro volador; y porque por mi inestabilidad soy como ave inquieta, ayúdame, Señor, para que fije mi pie en tierra firme, de modo que no caiga en los lazos.

Permanece conmigo para evitar otros males mayores.

Quiero dirigir a ti mis súplicas, porque tú me has librado; quiero volar hasta ti y allí cantar la victoria de mi liberación, porque a ti debo atribuir no haber caído, ya que fuiste tú quien por estar en mí me ayudaste.

Me he visto libre, el lazo se rompió; y se rompió, porque busqué el auxilio en ti, que hiciste el cielo y la tierra.

De no haber sido ayudado con este auxilio, aunque el lazo no hubiera durado siempre, con su cautividad me hubiera reducido al estado de pájaro que ha caído en las redes.

Esta vida pasará, y los que se hayan entretenido con sus dulzuras, y por gustarlas te hayan ofendido, pasarán con esta vida.

El lazo se romperá, lo sé, como estoy cierto que desaparecerá la dulzura de esta vida, cuando le haya llegado su hora; lo que importa es que yo no me entregue ni me aficione a ella, y cuando el lazo se rompa, yo pueda cantar: «El lazo se ha roto, y yo me encuentro libre». (In Ps. 123,11-13)

CAPITULO IX

Este mundo es un lugar de tránsito

Tu condición en esta vida es de peregrino; y serás verdadero cristiano, si en tu propia casa y patria te consideras peregrino.

Tu patria verdadera está arriba; allí no serás huésped. Aquí, en cambio, cada uno es huésped en su casa. Si no fueses huésped, vivirías siempre en ella; pero si has de pasar a otra parte, verdaderamente eres huésped.

No te engañes creyendo otra cosa, porque quieras o no quieras, eres huésped en tu propia casa; de hecho, la dejarás a tus hijos, que también son peregrinos.

Cuando viajas y paras en un mesón, lo dejas después para otros; eres peregrino. Pues eso mismo haces en tu casa. A ti te la cedió tu padre, y tú la vas a ceder a tus hijos.

No puedes permanecer en la tierra, y das lo que tienes a los que tampoco se quedarán aquí. (Serm. 111,2)

¿Por qué trabajas y para quien edificas? Me respondes que para tus hijos. ¿Y ellos por que se afanan? También para sus hijos. Nadie pues trabaja para sí mismo. (In Ps. 125,3)

Te sirvan las riquezas de alivio en tu peregrinación y no de incentivo de tu avaricia; empléalas para satisfacer tus verdaderas necesidades y no tus caprichos. (In Jo. 40,10)

Gozar es adherirse a una cosa por sí misma; en cambio, usar es servirte de lo que encuentres a mano para conseguir el objeto amado, siempre que éste merezca ser amado.

El uso ilícito debe llamarse más bien abuso.

Usa de este mundo sin detenerte en el goce de él, y así, a cambio de bienes materiales y temporales, recibirás los espirituales y eternos. (De Doct. Chirst. 1, 4)

Usa del mundo, pero no te dejes dominar de él. Tu estancia en el mundo es un viaje que haces; has venido para marcharte, no para permanecer.

Usa de las riquezas como el viajero utiliza en la posada la mesa, el vaso, el cántaro y la cama, pensando en que debe abandonarlos y que no debe permanecer allí. (In Jo. 40,10)

Usa del mundo como si no usases, sabiendo que estás en camino. Repón tus fuerzas, ya que estás de viaje; descansa un poco y prosigue tu camino; contigo nada llevarás de lo que encuentras en la posada. Después de ti llegará otro viajero que se servirá de los mismos muebles, pero que tampoco los llevará consigo.

Desnudo viniste al mundo y desnudo volverás al seno de la tierra. (Sem. 14,6)

Si de este modo obras, levanta tu corazón y escúchame: Si de este modo procedes, llegarás a conseguir la felicidad prometida por Dios.

No es necesario gran esfuerzo de tu parte, porque es omnipotente la mano de aquel que te ha llamado.

Sí, él te ha llamado; invócale tú; dile: «Tú me has llamado y yo te invoco; condúceme adonde has prometido; lleva a cabo la obra empezada; no abandones, Señor, tus dones, ni desampares tu campo hasta que los frutos de tu sementera sean recogidos en el granero». (In Jo. 40,10)

¡Oh dichosa vida eterna! ¡Vida donde no habrá enemigos ni será posible perder amigo alguno!

Aquí se cantan las alabanzas del Señor; también se cantarán allí; pero aquí, en medio de temores; allí, en la seguridad y tranquilidad más completas. Aquí, como mortales; allí, como bienaventurados. Aquí, con la esperanza; allí, con el goce de la realidad. Aquí de camino; allí, en la patria.

Canta ahora, no para gozar del reposo, sino para aligerar un poco tus trabajos.

Canta, sí, como cantan los viajeros; pero canta y camina. Canta para recobrar fuerzas en medio de tus trabajos; pero ten mucho cuidado en no dejarte vencer por la pereza; canta y sigue caminando.

Camina adelante y avanza en el bien; si avanzas, camina; adelante en la recta fe, avanza en las buenas costumbres. Canta y camina.

No te equivoques en la elección del camino, no vuelvas hacia atrás, no te detengas. (Serm. 256,3)

* * *

¡Oh Señor! Aunque con el cuerpo esté en el mundo, con el afecto quiero salir de él.

Déjame que cante y suspire por aquella ciudad de la que soy ciudadano.

¿Cómo haré para reavivar en mi corazón el amor a la santa ciudad, de la que por lo largo de la peregrinación me he olvidado?

Desde allí me has escrito cartas con tus Santas Escrituras para que se encendiera en mí el deseo de volver a ti; porque, amando la permanencia en país extranjero, me había entregado a mis enemigos y vuelto la espalda a la patria.

Ahora dirijo ya mis deseos a la patria y he fijado en ella, a manera de áncora, mi esperanza, para no naufragar en este mar, víctima de alguna borrasca. (In Ps. 64,2-3)

Concluida nuestra peregrinación, todos a una voz, formando un solo pueblo y unidos como moradores de una misma patria, nos consolaremos, y millones formaremos un solo coro cantando con los Ángeles y los coros de las Potestades celestes, todos unidos en la única ciudad de los vivientes.

¿Quién gime allí? ¿Quién suspira? ¿Quién trabaja? ¿Quién tiene necesidades? ¿Quién muere?

Y ¿qué habrá allí? ¿Cuál será mi ocupación, cuáles mis actividades?

Una sola cosa: el amor tranquilo en la visión de tu rostro, meta soy de mis deseos y de mis suspiros. ¡Oh, y cómo me encenderá su vista!

Aquel por quien sin haberle visto tan ardientemente anhelo, ¡cómo me iluminará cuando me encuentre en su presencia; cómo me transformará!

¡Oh, dichosos los que moran en tu casa, porque te alabarán eternamente! (Sal 83,5 é In Ps. 85,24)

CAPITULO X

Brevedad e incertidumbre de la vida humana

¿Qué es la vida del hombre? La Escritura la define diciendo que es un poco de humo que se deja ver por un instante y al momento se desvanece. (1Sant 4,15 y Serm. 124,1)

Los años que a ti te parecen interminables son un instante para Dios; Dios no cuenta los días, como tú los cuentas. (In Ps. 102,22)

Hubo un día que se llamó hoy; y lo que entonces considerábamos como futuro, pasó a ser pretérito, y ya no es más que un recuerdo; se considera como si no hubiera existido; tal será la suerte de lo que resta hasta el fin del tiempo.

Porque supongamos que este espacio sea largo; todo lo largo que quieras, cuanto puedas expresar o imaginar: prolonga la vida cuanto te sugiera la fantasía o el deseo; pero ¿podrás acaso alargar el último día de tu vida, ese día postrero en que tendrás que abandonar tu cuerpo? (Serm. 8,2)

¿A qué se reduce una vida larga sino a llegar a la vejez?

Por muchos años que vivas, te tendrás que convencer de que tu vida ha sido muy breve, porque se acaba.

Todo lo que tiene fin, es siempre breve. (In Ps. 120,10)

Suponte que Adán viviese hoy y que mañana debiese morir, ¿qué importancia tendría para él su larga vida? (Serm. 17,7)

Mira a ver si hay alguna edad que sea permanente. Los niños desean crecer sin pensar en que, cuanto más crecen, tanto menos tiempo les queda de vida.

Con el crecer no se aumentan los años, sino que los pierde el que crece; son como la aguas que se precipitan río abajo, que cuanto más corren, más se separan de la fuente. (In Ps. 65,12)

Cuando una edad viene, muere la anterior; con la niñez muere la infancia; con la juventud, la niñez; la juventud, con la edad madura; ésta, con la ancianidad; y con la muerte desaparecen todas las edades.

El deseo de que se sucedan las edades es lo mismo que desear su muerte. (In Ps. 127,15)

No hay por tanto, estabilidad en la duración de la vida: continuo es el trabajo; incesante el cansancio, permanente la corrupción. (In Ps. 62,6)

Y sin embargo, tú anhelas una vida larga y no temes llevarla mala. Quieres vivir mucho y vivir mal. Desear un mal grande. ¿Por qué no prefieres un gran bien? (Serm.20,4)

Está lejano todavía el día de mi muerte, dices. ¿Quién te lo ha dicho? ¿En qué te fundas para afirmarlo? ¿Has olvidado que llevas el germen de la muerte en tu misma carne?

¿Acaso no eres más frágil que el vidrio? El vidrio, aunque frágil, puede durar mucho tiempo si se le trata con cuidado; quizá hayas visto vasos que vienen de abuelos y bisabuelos. En ellos beben nietos y bisnietos; el cuidado ha conservado su fragilidad tanto tiempo.

Pero tú, frágil también, estás expuesto todos los días a caer; y además, aunque no seas víctima de algún accidente repentino, no por eso podrás vivir indefinidamente.

Todos los días mueren hombres, y los vivos llevan los muertos a enterrar; celebran después exequias por ellos, y siguen prometiéndose vivir aún. Nadie dice: «Me enmendaré hoy, no sea que mañana me acontezca lo que al que he acompañado a la tumba». (Serm. 17,7)

Corrígete, pues, hijo mío, y procura estar preparado. Teme ahora que tienes tiempo para temer.

Si parece lejano el día del juicio, tu último día no puede estar lejano, porque la vida es breve.

Y como la brevedad de la vida va acompañada de la incertidumbre del fin, no puedes saber cuándo ha de ser tu último día.

Conviértete hoy por si no puedes hacerlo mañana (Serm. 82,12)

Temporal es el trabajo y perpetuo el descanso; tus penas pasarán pronto, y tu felicidad no acabará nunca; con el llanto de un día conquistarás goces eternos. (In Ps. 36, 2, 4)

Tu gozo es momentáneo, no te entregues a él; tu tristeza es pasajera, no te abandones a la desesperación. No te engría la prosperidad ni te deprima la adversidad. (In Ps. 93,24)

¿Cuánto tiempo padeció Lázaro su pobreza? ¿Y cuánto duraron las delicias del rico avariento, que a diario banqueteaba y se vestía de púrpura? Muy poco; y, en cambio, su destino futuro es eterno. (In Ps. 72,13)

Así, también tú tendrás algunos años de trabajos; pero en las mismas contradicciones de esta vida encontrarás consuelos; no te faltarán alegrías cotidianas.

No quieras, pues, gozar con el mundo; gózate en Cristo, alégrate con sus promesas, confía en el cumplimiento de los preceptos de su Ley. (In Ps 93,24)

Camina por la senda de la fe y ordena tu vida. Vive como peregrino; reflexiona que estás aquí de paso, y pecarás menos. (Serm. 301,9)

No seas perezoso en el breve trabajo y gozarás eternamente. (In Ps. 93,23)

* * *

¡Oh Señor! Te doy gracias porque quisiste que esta vida fuese breve e incierta su término.

Porque, ¿qué hay que pueda decirse duradero, si tiene fin? El día de ayer no puedo hacer que vuelva, y el de mañana empuja al de hoy hasta hacerlo desaparecer.

Señor, que en este corto espacio de tiempo viva de tal manera que consiga llegar al término, de donde no hay que pasar a otra parte. En este mismo momento en que hablo

sigo avanzando hacia el fin: las palabras pasan y se desvanecen en mis labios; así también mis actos, mis honores, mis padecimientos, mi felicidad. ¡Todo se acaba! (Serm. 301,9)

¡Ay de mí, Señor! Mis amigos me auguran que viva muchos años, y yo insensatamente deseo que se cumplan sus anhelos. Quiero que se sucedan unos años a otros y que no llegue el fin de ellos.

¡Oh Señor, cuan contradictorios son mis deseos! ¡Quiero caminar y no quiero llegar al término del viaje! (Serm. 108,3)

¡Señor, muéstrame tu rostro! En todos mis trabajos, sólo esto deseo: verte.

Correré tras la fragancia de tus perfumes.

Con tu venida has perfumado a todo el mundo.

Te seguiré hasta el cielo, para que no sea mentirosa mi respuesta cuando me dicen: « ¡Levantemos el corazón!», que es lo mismo que decir: eleva tus pensamientos, eleva tus afectos, eleva tu esperanza, para que no te corrompas en la tierra. (In Ps. 90, 2, 13)

CAPITULO XI

La muerte inevitable

La vida presente es un continuo correr a la muerte, sin que haya en esta carrera un momento de parada o disminución de marcha; todos son urgidos por igual fuerza, sin haber nadie que camine con distinta velocidad.

De hecho, para el que tuvo vida corta, no transcurrió el tiempo más aprisa que para el que la tiene larga, sino que, mientras los minutos pasaban igualmente rápidos para entrambos, el término, a que con igual velocidad se encaminaban, estuvo más próximo para uno que para otro.

Cosa muy distinta es vivir largo tiempo y haber caminado más despacio: el que llega a la muerte más tarde no es porque marche más lentamente, sino porque el camino es más largo. (De Cvv. Dei. 13,10)

Puesto que has nacido, es inevitable que tienes que morir: tal es el mal que te lleva inexorablemente a la tumba.

Cuando los médicos ven a un enfermo, dicen, poco más o menos: «Este padece de hidropesía; necesariamente morirá, porque se trata de una enfermedad incurable; éste tiene la lepra, y es incurable; aquél está atacado por la tisis y no hay quien lo cure, necesariamente perecerá, irremisiblemente ha de morir».

Asunto, pues, concluido: el enfermo padece de tisis, y no tiene más remedio que morir. Así lo ha dicho el médico, y, sin embargo, no siempre muere el tísico de su enfermedad, ni muere de la suya el hidrópico, ni acaba de lepra el que la padece. Pero es ley necesaria que todo el que ha nacido muera; de eso muere, y sin remedio. (Serm.77, 14)

¿Has nacido? Debes morir. Huye, toma precauciones, rechaza, compra; podrás diferir la muerte, nunca evitarla. Quieras o no, vendrá; y llegará cuando menos lo pienses.

¿Por qué temes lo que no puedes evitar? Con más razón deberías temer lo que no acontecerá si tú no quieres.

Compara estas dos cosas: muerte en un momento y penas eternas. Tienes miedo a la primera, que llegará sin remedio, ¿y no temes las penas eternas, de las que te puedes librar si así lo deseas?

Mucho más importante es aquello que debes temer y que de ti depende el que no suceda; mucho más importante sin comparación lo que debes temer, porque depende de ti el que no acontezca.

Vivas bien o vivas mal, has de morir: no escaparás a la muerte ni viviendo bien ni mal.

En cambio, si eliges vivir bien ahora, te librarás de las penas eternas. Ya que el no morir no lo puedes elegir, elige durante esta vida no morir eternamente. (Serm. 279,9)

¡Cuántos trabajos no emplea el hombre para alargar el tiempo de padecer! Y cuando la muerte está cercana, ¡cuántos sacrificios se impone para diferirla un poco de tiempo!

¡Qué de dolores soportan algunos enfermos en las manos del médico con curas y operaciones quirúrgicas! Y esto no para no morir, sino sólo para morir un poco más tarde. (Ep. 127,2)

Si, pues, se somete el hombre a tantas privaciones, a tantos padecimientos y a tantos cuidados para prolongar la vida unos cuantos días, ¿qué no deberá hacer para conseguir la vida eterna?

Y si son tenidos como prudentes los que emplean todos los medios para retrasar la muerte temporal y vivir unos días más, ¿no será insensato tu modo de obrar si vives mal, exponiéndote a perder el día eterno? (Serm. 127,2)

Ya que tanto haces para morir un poco más tarde, haz algo para no morir jamás. (Serm. 302,4)

¡Ay de ti! El mundo se derrumba. Y si está en ruina, ¿por qué no lo dejas? Si te avisara un arquitecto que tu casa amenaza ruina, ¿no te apresurarías a abandonarla, dando de mano a lamentos inútiles? El Creador te dice que el mundo se va a convertir en ruinas, ¿y no le prestas fe?

Escucha las advertencias que te hace y los avisos que te da: *El cielo y la tierra pasarán*. (Mt.24, 35) Esto es lo que te anuncia: *No amontonéis tesoros en la tierra*. (Mt.24, 35)

Si crees en las promesas de Dios, si no desprecias sus avisos, haz lo que te aconseja; porque no te engaña el que tal consejo te dio. No perderás lo que hayas dado, sino que seguirás el camino de lo que enviaste delante de ti.

He aquí mi consejo: *Da limosna a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos*. (Mt.24, 35) No perderás tu tesoro; lo que poseas inseguro en la tierra, lo gozarás tranquilamente en el cielo.

Desembarázate, pues. Mi consejo se dirige a que atesores, no a que pierdas lo que tienes. Tendrás un tesoro en el cielo; sigue a Cristo para que él te conduzca a tomar posesión del tesoro. No es esto un dispendio, sino una renta.

Siembras el trigo en la tierra, y viene un amigo tuyo, conocedor de la tierra y del trigo, y te dice: « ¿Qué has hecho? Esa tierra es muy baja y muy húmeda; perderás completamente tu trabajo y tu trigo; se pudrirá todo».

Pues, ¿cómo me arreglaré?, le respondes. «Vete a tierras más altas», te dice tu amigo.

Y tú, que atiendes a la indicación de tu amigo sobre la siembra del trigo, ¿desprecias la de Dios, que te aconseja lo que has de hacer con tu corazón?

¿Temes sembrar el trigo en tierra húmeda y de- jas pudrirse en la tierra tu corazón?

Escucha el consejo que el Señor te da sobre tu corazón: *Dónde está tu tesoro, allí estará tu corazón*. (Mt.6, 21)

Levanta tu corazón al cielo para que no se pudra en la tierra. Es éste un consejo de quien quiere salvarte, no perderte. (Serm. 60,6)

* * *

¡Oh Señor, libra mi alma de los trabajos y aflicciones de este mundo! La corrupción de la carne, con sus tribulaciones y tentaciones, es para mí dura cárcel. (In Ps. 141, 7)

Escucha mi suplica. Creo en ti, y en estos mis días te invoco y digo: « ¡Señor, libra a mi alma!»

Más propiamente que en mis días debería decir en los días de mi vida mortal; días caducos como los de Adán, llenos de fatigas y de sudor; días que se deslizan en la antigua putrefacción.

Son muy distintos mis días de los tuyos. Mis días son aquellos en que yo mismo me los he atribuido con arrogancia y te he abandonado.

Y como tú reinas en todo el mundo y eres omnipotente y Señor de todo lo que existe, he merecido ser encarcelado en esta prisión a que me has condenado: las tinieblas de la ignorancia y los grillos de mi mortalidad.

En estos días míos te invoco: libra mi alma de esta cárcel. (In Ps.114, 2-3)

¡Dios, Padre mío, que me exhortas a orar y concedes todo lo que se te pide! Escucha mis gemidos, a tientas en medio de estas tinieblas, y alárgame tu mano. Irradia sobre mí tu luz y saca mi alma de tamaños errores. Haz que, bajo tu protección, yo entre en mí y llegue hasta ti. Así sea. (Sal 11,6)

CAPITULO XII

Incertidumbre de la hora de la muerte

¿Qué cosa hay más cierta en este mundo sino la muerte?

Considera todos los bienes y males de la vida presente, lo mismo las justicias que las injusticias; ¿qué hay de seguro sino la muerte?

Has aprovechado en la virtud: sabes lo que hoy eres, pero ignoras lo que serás mañana.

Eres pecador: sabes tu estado de hoy, pero no sabes el del día próximo.

¿Buscas riquezas? Estás incierto si las conseguirás.

¿Tratas de elegir esposa? No sabes si la tendrás y cómo será.

¿Sueñas con tener hijos? Ignoras si te nacerán. ¿Te han nacido? No sabes si vivirán. ¿Viven? Es incierto si serán buenos o malos.

Adondequiera que te dirijas, todo es incierto. Sólo hay una cosa cierta: la muerte.

¿Eres pobre? No sabes si tendrás riquezas. ¿Ignorante? No sabes si llegarás a aprender. ¿Estás enfermo? Ignoras si te curarás.

¿Has nacido? Sabes ciertamente que morirás; pero junto a esta seguridad de la muerte conoces la incertidumbre del día en que esto ocurrirá. (In Ps. 38, 19)

¿Qué pretendo con este raciocinio? Procurar que, convencido de esta verdad, de la certeza del último día, y siéndote igualmente útil el conocimiento de este suceso y la ignorancia del cuándo, estés siempre a la expectativa de lo que sabes ha de llegar, aunque no sabes cuándo; y tengas tu corazón preparado con una vida buena. Así, lejos de temer ese momento, lo desearás.

La seguridad del día de la muerte, como aumenta la angustia de los impíos, así señala el fin de la de los justos.

Ahora tienes facultad para elegir una de estas dos condiciones; cuando llegue aquel día ya será tarde.

Elige ahora que estás a tiempo; que si Dios es misericordioso en ocultarte el término de la vida, también lo es en diferírtelo. (In Ps.36.1,1)

Y siendo esto así, ¿cómo vas dilatando de día en día tu conversión, no sabiendo cuál será tu último día? (Ep.259, 3)

¡Oh tú, cualquiera que seas, que rehúsas corregirte! ¿Qué te prometes para el futuro? ¿Qué respondes?

«Aún quiero por algún tiempo dar rienda suelta a mis pasiones, después me corregiré, y confío en las palabras del Profeta: *No quiero la muerte del impío, sino que se convierte y viva.* (Ez.33, 11)

Cuando me convierta al Señor, +el borrará todos mis delitos. ¿Por qué no gozar un poco más? ¿Por qué no satisfacer todavía mis apetitos? Más tarde me convertiré».

« ¿Cómo hablas así? ¿Cómo te atreves? Porque Dios me ha prometido ser indulgente conmigo cuando cambie de vida».

Ya sé que Dios ha prometido el perdón, que te lo ha prometido por el Profeta, que te lo promete también por medio de mí, el más indigno de sus siervos, y que es veraz su promesa; la ha confirmado por boca de su único Hijo.

Pero ¿por qué quieres añadir días malos a los malos días? Le basta a cada día su maldad; (Mt.6, 34) la tuvo, el de ayer, la tiene el de hoy y la tendrá el de mañana.

¿Piensas que son buenos los días que pasas dedicado a los placeres? ¿Te parece que sea bueno el día porque te sientas a una buena mesa? ¿Cómo es posible que pueda haber días buenos siendo el hombre malo? ¿Por qué te empeñas en añadir días malos a los malos días?

Es mucha verdad que Dios te ha prometido ser indulgente, pero también lo es que nadie te ha prometido vivir el día de mañana.

Y si no, como lees en el Profeta, en el Evangelio y en el Apóstol, que cuando te conviertas, Dios borrará tus iniquidades, dime, ¿dónde lees la promesa de que has de vivir mañana? Como seas capaz de eso, no tendré inconveniente en que sigas viviendo mal.

Pero no, no he debido hablarte así. Acaso llegue a ser muy larga tu vida, y si larga, quizá sea buena.

¿Por qué te empeñas en querer una vida larga y mala? Supongamos que no sea larga. En este caso debe agradarte la estabilidad de aquella que no tiene fin. O que ha de ser tan larga como esperas; pero entonces, ¿qué daño puede venirte de haber vivido bien?

¿Te agrada vivir mal por mucho tiempo? ¿Y vivir bien no? Pues ten presente que nadie te ha prometido el día de mañana.

Enmiéndate, y atiende a lo que te dice la Escritura: *No tardes en convertirte al Señor*. (Eccli. 5,8) No soy yo el autor de estas palabras, pero te declaro que son también mías. Si las amo, serán mías; ámalas y serán tuyas. Lo que te estoy diciendo es de las Santas Escrituras; si lo desprecias, serán tu enemigo.

Pero oye lo que te dice Cristo: Haz pronto las paces con tu enemigo. (Mt.5, 25)

Oigan esto todos; no hago más que leer las divinas Escrituras. ¡Oh retardador injusto oh insensato esperanzado en el día de mañana! Escucha, escucha, que Dios te habla; escucha lo que se lee en las Sagradas Escrituras.

Yo soy aquí su centinela: *No tardes en convertirte a Dios, dilatándolo de un día para otro.* Mira a ver si no se refiere y si no se dirige a los que dicen: «Mañana viviré bien, pero hoy he de vivir a mi capricho». Seguramente que cuando llegue el mañana dirás lo mismo.

No tardes, pues, en convertirte a Dios dejándolo de un día para otro. Porque llegará pronto la hora de su ira, y en el tiempo de la venganza te perderá. ¿Piensas por ventura, que he sido yo quien escribió esto? ¿Está en mi mano borrarlo? Si yo lo borrase, seria borrado también.

Puedo callarlo; pero me aterra hacerlo. Me veo obligado a predicar, y así, aterrado, trato de aterrarte.

Teme conmigo para conmigo alegrarte.

No tardes en convertirte a Dios. Señor, escucha lo que digo: «Señor, sabes que me aterraste con la lectura de tu Profeta.

Sabes también cuál fue mi temor en aquella cátedra mientras se leía tu Profeta. Quiero repetirlo: *No tardes en convertirte a Dios ni dilates de día en día tu penitencia, porque ha de venir de repente la hora de su ira y te perderá.* Pero yo no quiero que te pierdas».

No, no me digas: «quiero perecer», porque no quiero yo que perezcas. Vale más este «no quiero» mío que ese «quiero» tuyo. (Serm. 40,3-5)

Gran misericordia del Señor es recomendarte que vivas santamente, teniéndote incierto el último día de tu vida, a fin de que no confíes temerariamente en tu porvenir.

«Lo que hago hoy, que estoy vivo, mañana no lo haré». Pero ¿y si el mañana no llega para ti?

Grande también es esa misericordia del Señor de tenerte incierto tu último día para que, no sabiendo cuándo ocurrirá, el pensamiento de que puede ser cualquier día, te estimule a la conversión. En verdad que es gran misericordia divina.

Si hubiera manifestado a cada uno el día de su muerte, esta seguridad sería causa de que aumentase el número de los pecados. (In Ps, 144,11)

Sabiamente, pues, ha dispuesto Dios que sea incierta la hora de la muerte. Piensa con frecuencia en tu último día para tu bien.

Misericordia es esta ignorancia del último momento; Dios te lo ha ocultado, para que no te descuides un solo día y todos los días estés preparado. (Serm. 39,1)

* * *

¡Oh Señor! La hora es incierta, pero la pena es cierta; más aún, de todas las cosas humanas, es de esta pena de lo que tengo verdadera certeza.

Todo lo demás, bueno o malo, es inseguro; del hecho de la muerte nadie puede dudar. (Serm. 97,2-3)

Y si es incierta la hora, ¿por qué difiero mi conversión de día en día? ¿Cómo me atrevo a pecar en esta dilación, ignorando cuál ha de ser mi último día? (Ep. 259,3)

Supongamos que disfruto de todos los bienes, pero ignoro cuándo ha de venir una enfermedad. Puedo atesorar, adquirir, comprar guardar y gozar. Todos estos bienes, ¿a qué manos irán a parar? (Serm. 306,6)

Ayúdame, Señor, a velar y orar porque es incierta y breve la vida y no se cuándo, mi Dios y Señor, vas a venir. (Ep. 199,53)

Voy a velar con el corazón, con la, fe, con la caridad, con las obras; y así, cuando duerma con el cuerpo, vendrá la hora de levantarme y resucitar. (Serm. 93,17)

¡Oh Señor, vendido clamo a ti; escúchame tú mi Redentor!

Me vendí dominado por mi maldad, recibiendo como precio de mi venta el mezquino placer de comer del árbol prohibido.

He aquí mi clamor: «Endereza mis caminos, que yo mismo he torcido; dirige mis pasos según tu palabra.

Yo extravié mi camino oprimido por el peso de la iniquidad; pero tu palabra es regla de verdad. Por tanto, si yo mismo me he torcido, enderézame según tu regla.

Me he vendido por mi libre voluntad; redímeme tú con tu sangre. Se avergüence mi soberbia, y sea glorificada tu gracia.

Tú resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes». (St 4,6 y Serm. 30,2.

CAPITULO XIII

Qué hace buena o mala la muerte

¿Qué te importa el género de muerte que pondrá fin a tu vida, si nadie puede obligarte a morir de nuevo?

Una cosa es lo que el instinto carnal, débil y tímido, aborrece, y otra lo que la reflexión del alma, suficientemente esclarecida, la demuestra.

No se ha de tener por mala la muerte a que ha precedido una buena vida; lo que verdaderamente te hace mala es lo que sigue a la muerte.

El que está destinado a morir no tiene que preocuparse de las circunstancias de la muerte, sino del lugar adonde ha de ir después de morir. (De Civ. Del 1,11)

Acuérdate del pobre y del rico del Evangelio. El rico vestía púrpura y lino finísimo y estaba bien alimentado con banquetes cotidianos. El pobre, en cambio, se acostaba a la puerta de la morada del rico, famélico y ávido de las migajas que caían de su mesa, y cubierto de llagas que le lamían los perros.

Sucedió que murió el pobre, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno.

Estando allí bien atormentado, levantó los ojos y vio a Lázaro descansando en el seno de Abraham. Tan pronto como lo hubo visto, exclamó:

Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envíame a Lázaro que refresque mi lengua con su dedo mojado enagua, porque me consumo en estas llamas. (Lc. 16,19)

El que fue soberbio en esta vida, es mendigo en el infierno. El pobre no había logrado que le dieran unas migajas; el rico no consigue que le den una gota de agua.

Dime ahora: ¿cuál de estos dos hombres murió bien y cuál de ellos murió mal? No preguntes a los ojos; pregunta al corazón, porque si han de ser los ojos los que te den la respuesta, te la darán falsa. Grandes y espléndidas pudieron ser las pompas fúnebres a la muerte del rico.

¡Qué ejército de siervos y de siervas llorando su muerte! ¡Qué cortejo de amigos! ¡Qué funerales tan esplendorosos! ¡Qué fastuosidad de mausoleo! Me figuro que fue sepultado en un mar de perfumes.

¿Qué me dices ahora? Este hombre, ¿ha muerto bien o mal? Si lo preguntas al ojo, ha muerto bien; pero si interrogas a tu Maestro, te dirá que muy mal.

Si de esta manera mueren los soberbios, que son tenaces conservadores de sus riquezas, y no dan nada a los pobres, ¿cómo morirán los que roban?

Con razón te he dicho: Vive bien para no morir mal, como murió aquel rico; sólo teniendo en cuenta lo que sigue a la muerte se puede afirmar si ha sido mala.

Por el contrario, fija tus ojos en aquel pobre, recostado sobre la tierra, cubierto de úlceras, que manan podredumbre que los perros lamen. Tan pronto como te lo representas en esta forma, escupes, vuelves la cara y te tapas las narices; pero mírale con los ojos del corazón.

Murió este pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham.

Se veía llorosa a la familia del rico y no se ve a los ángeles alegres.

Pero ¿qué respondió Abraham al rico? «Acuérdate, hijo, que tú recibiste bienes en tu vida. Nada pareció bueno que no pudiera ser gozado en el mundo. Ya recibiste lo tuyo en abundancia; pero pasaron los días y todo lo perdiste; sólo te resta ser atormentado en el infierno». (Serm». 102,3-5)

Quizá te confunda el ver que son felices los que viven mal, porque nadan en la abundancia, gozan de buena salud, brillan en las más altas dignidades, tienen la casa en óptimo estado, reciben consuelos de los amigos y obsequios de sus clientes, tienen grandes influencias en el gobierno y, en fin, nada desagradable perturba la tranquilidad de su vida; en una palabra: porque ves en ellos los mayores vicios acompañados de todas las venturas de fortuna, te turbas.

«Si Dios, piensas inconsideradamente, tiene cuenta y gobierna las cosas humanas, ¿podría verse en triunfo la iniquidad de éstos y oprimida mi inocencia?»

Todas las enfermedades del espíritu tienen en la Sagrada Escritura su medicamento correspondiente, y tú, que así discurres y padeces tal enfermedad en tu corazón, escucha lo que el Señor te dice: *No quieras imitar a ios malvados ni tener envidia a los que obran mal. Porque los impíos, como la flor del heno, se secarán pronto, y como la tierna hierba del prado, se marchitarán pronto*. (Sal 36,1-2)

Lo que te parece largo es un breve instante para Dios; únete con Dios y verás que también es corto dicho espacio para ti.

Las yerbecillas del prado son cosa de poca importancia; germinan en la superficie y son poco profundas sus raíces; por esto adquieren verdor y lozanía en invierno; pero apenas brilla el sol del verano, se secan, se marchitan.

Ahora estamos en el invierno de nuestra existencia y no se manifiesta el esplendor de tu gloria; pero si tu caridad tiene raíces profundas, como las de los árboles, pasará el frío y después vendrá el verano, o sea, el día del juicio, y entonces se secará el verdor de la hierba y sólo permanecerá la frondosidad de los árboles. (In Ps. 36,3)

No te importe que el impío prospere en su camino; tú trabaja en el camino del Señor.

El impío tiene durante su camino prosperidad; pero al llegar encontrará la infelicidad. Tú, a lo largo del camino, experimentarás las molestias de la fatiga; pero al llegar al fin, entrarás en posesión de la felicidad; porque el camino de los impíos lleva a la perdición.

Tú caminas por las vías del justo, que el Señor aprueba como suyas; y si en ellas tienes que sufrir, al final no te dejarán desilusionado.

Al contrario, los caminos de los impíos ofrecen una felicidad pasajera; pero, concluido el camino, termina su felicidad.

El camino de los impíos es ancho; pero su término conduce al infierno.

La senda del justo, en cambio, es estrecha, y son pocos los que caminan por ella; pero debes animarte pensando a qué horizontes conduce.

La senda del justo, en cambio, es estrecha, y son pocos los que caminan por ella; pero debes animarte pensando a qué horizontes conduce.

Si es que Cristo te ha prometido la felicidad en este mundo, tienes motivos para murmurar de Cristo; murmura, pues, porque ves felices a los impíos.

Pero ¿qué felicidad es la que te ha prometido Cristo? ¿Qué otra sino la que conseguirás en la resurrección de los muertos? Y para esta vida, ¿qué te ha prometido? La misma que él tuvo, te diré.

Y ¿tienes razón tú, que eres discípulo y siervo, para desdeñar lo que vivió el que es tu Señor y Maestro? ¿No paras mientes en que el mismo Señor te advierte que no ha de ser el siervo de mejor condición que el Señor, ni el discípulo superior al Maestro? (Jn 13,16)

El por tu bien padeció dolores, azotes, oprobios, crucifixión y muerte. ¿Y cuál de estas penas tenía merecida él, que era justo? ¿Y cuan no merecerás tú, pecador?

Confía en la palabra del Señor, que dice: *los malvados serán exterminados*. (In Ps. 36,9)

Cree en su palabra, porque ve y conoce mejor que tú.

Espera pacientemente al Señor; porque escrito está que los que tengan paciencia serán los herederos de las promesas. Espera con paciencia este corto espacio de tiempo, y recibirás después por una eternidad el objeto de tu paciente esperanza. (In Ps. 36,9-10)

* * *

Cualquier día que te invoque, Señor, dígnate atender prontamente mi súplica. Despacha prontamente mi petición, porque tú has prometido: *no habrás concluido de hablar y yo te diré: aquí estoy*. (Is 58,9)

Escucha mi súplica; no te pido la felicidad terrena: no pido tierra, ni salud corporal, ni riquezas, ni honores, nada de esto pido; por eso escucha mi súplica.

Ya que tú me has enseñado lo que debo pedir, concédeme lo que te pido.

Te pido la vida eterna, en la que sólo se encuentran bienes verdaderos, no bienes mezclados con males; aquella vida donde se encuentra toda suerte de seguridad y en cuyo seno gozaré hasta la saciedad, sin que nadie pueda decirme: «usa con moderación».

En este mundo, en cambio, el goce de los bienes terrenos es molesto y peligroso. Haz que yo los use sin adherirme a ellos de modo que causen mi ruina.

¿Y por qué otro motivo mezcláis tribulaciones en los placeres terrenos sino para que, sintiendo la amargura de las tribulaciones, aprenda yo a suspirar por las dulzuras eternas? (In Ps. 137,7)

Lo que de momento me conviene, yo lo ignoro; pero hágase en esto tu voluntad. (In Ps. 59,7)

Dame ya en esta vida, si quieres, aquello que te pido; y si no es de tu agrado, haz que tú seas mi vida, por quien continuamente suspiro. (In Ps. 34, 1, 14)

Quisiera que tu gracia me librase de la cautividad, y por ello clamo a ti. Líbrame de las manos del pecador, a fin de que ni con violencia me arrastre al consentimiento, ni con sus insidias me induzca a la maldad. (In Ps. 70,8)

Sálvame por tu misericordia y no atiendas a mi justicia ni a mis méritos. Así lo espero, no porque yo sea digno de ello, sino porque tú eres misericordioso.

No me juzgues según exige el rigor de tus juicios, sino atendiendo a tu bondad misericordiosa. ¡Sálvame, Señor, por tu misericordia! (In Ps. 30, 4, 3)

CAPITULO XIV

Cómo prepararse para el juicio de Dios con una vida cristiana

El Señor te ha recomendado insistentemente que pienses en el día del juicio, a fin de que estuvieses atento y vigilante esperando la venida del Juez, y ha procurado con varios elementos infundirte temor, para no tener que condenarse en su tribunal

La advertencia del Señor mira no a que conozcas con exactitud el término de tus días, sino a que estés dispuesto en todo tiempo a practicar el bien, precisamente porque ignoras cuándo será el fin.

No quiere que discutas y averigües la naturaleza del tiempo, sino te manda que, como no sabes cuándo vendrá a juzgarte, medites en lo caduco del tiempo, y que, como han hecho los santos, te prepares espiritualmente para recibirle cuando venga. Ep. 199,6)

Prepárate para cuando venga. ¿Qué te importa el saber cuándo esto ocurrirá?

¡Menos curiosidad y más piedad! Debes vivir siempre como si llegase la muerte hoy mismo, y así, cuando venga, no tendrás motivos para temer su venida. (Serm. 265,4)

¡Qué consuelo es saber que el Señor es misericordioso y compasivo! Pero si te complaces en la misericordia del Señor, teme su justo juicio.

Mientras calla, perdona; pero no te fijes en su silencio de ahora, porque no ha de callar para siempre. Préstale atención ahora cuando te habla, no sea que te falte tiempo cuando tenga que sentenciarte el día del juicio.

Ahora estás a tiempo para arreglar tu causa; procura disponerla antes que venga el juicio de Dios

El ahora es testigo de tus acciones, el mismo testigo de la verdad de mis palabras: que no caigan en el vacío y te muevan a penitencia.

Ahora es tiempo de hacer las paces con tu enemigo.

Es Dios benigno porque no castiga las iniquidades en el momento de ser cometidas; pero no está lejos para él el día de la cuenta.

Para él es muy breve la más larga vida humana. ¿Puede acaso servirte de consuelo el pensar que está lejano el fin del mundo y de la humanidad?

Suponiendo que esto te consuele, déjame que te pregunte: ¿Qué tiene eso que ver con el último día de tu vida? (Serm. 9,1-2)

Vendrá el día del juicio final; alégrate con la promesa de que *el Señor juzgará con justicia al mundo y con rectitud a los pueblos.* (In Ps. 97,9)

Es absurdo temer la venida de aquel a quien amas; decir todos los días: *Venga a nosotros tu reino* (Mt 6,10) y temer que se cumpla nuestra petición.

Y ¿qué motivo puede haber para temer? ¿Será porque ha de venir como juez? ¿Será el miedo a una sentencia injusta, o a un juicio apasionado, o influido por la envidia? ¿Será, finalmente, porque necesitas de otros para informarle convenientemente de tu causa, y pudiera ocurrir que tu defensor te haga traición, o falto de elocuencia o de capacidad no supiese con su alegato probar la inocencia de tu causa? Sabes que nada de esto puede suceder. (In Ps. 147,1)

Si amas a Cristo, debes alegrarte y gozarte en esta esperanza: cuando venga no serás condenado, sino iluminado.

Gózate, si eres hombre justo; teme, si eres malo; porque el Señor juzgará con justicia al mundo y con rectitud a los pueblos.

En tu mano está el espirar debidamente la venida de Cristo. Ten presente que si difiere su venida lo hace para no tener que condenarte cuando venga.

Mientras viene, medita que él está en el cielo y tú en la tierra. Si él tarda en venir, tú no retrases tu conversión.

Su venida será terrible para los malignos y de consuelo para los piadosos; examina a cuáles perteneces, y si estás endurecido, vete ablandando tu corazón; y si ya caminas por la vía de la docilidad, alégrate de su venida. (In Ps.97,9)

Adelántate a presentarte ante Dios, ofreciéndole el arrepentimiento de tus culpas; sí, anticípate a Dios y no dejes que se te adelante el *Juez*.

No castiga después de la confesión como no vuelvas a caer en tus males.

Anticípate, para no ser sorprendido,

¿Sientes hoy remordimiento de conciencia?, confiésate hoy mismo, purifícate hoy mismo de él; vence tu ansiedad y recobra la tranquilidad.

No esperes para aplicarte la medicina. ¿Hay algo que atormente tu conciencia? Arroja inmediatamente ese peso que te oprime.

Si hubiera en tu casa algún objeto desagradable a la vista, pronto lo harías desaparecer, y mucho más pronto si tuvieras que recibir a algún huésped de importancia.

Cuando invocas a Dios, lo haces para que venga a ti; pero ¿cómo quieres que venga si no has purificado la morada de tu interior?

¿Es acaso porque no te sientes capaz de quitar aquello que tú mismo te has hecho? Invoca al Señor para que te purifique; invítale a que entre en ti; que como tú hagas ahora lo que debes hacer, ya veras cómo te habla Dios para amonestarte, y cómo guarda silencio en el día del juicio. (Serm. 47,8)

* * *

Acuérdate de mí, Dios mío, según tu misericordia. Acuérdate, sí, de mí, pero no según tu justicia, que yo me merezco, sino atendiendo a la misericordia que te caracteriza. (In Ps. 24,7)

No me vanaglorio de mis obras, ni las alabo. Temo fundadamente que cuando tú las examines, encuentres más pecados que méritos.

Una cosa te suplico, una sola te pido, y una sola es la que de ti deseo conseguir: *No desprecies, Señor, la obra de tus manos.* (In Ps. 137,18)

Mira en mí tu obra, no la mía; porque si atiendes a mis actos, me condenarás; pero si atiendes a tu gracia, me coronarás; ya que cuanto de bueno en mí halles, de ti me viene, y es, por tanto, más tuyo que mío.

Gratuitamente he sido salvado por la fe, que no es mérito mío, sino don tuyo; esta gracia no es debida a mis obras, no puedo vanagloriarme de ella.

Soy obra tuya; tu gracia es la que me ha creado y dado fuerzas para obrar el bien. (Sal 137,8)

Mis pecados fueron la causa de mi perdición; pero tu sangre lo fue de mi rescate, como tu resurrección es fundamento de mi esperanza y tu venida la realidad de ésta.

Que mi espíritu, sediento de ti, diga: « ¿Cuándo vendrás?» Sí, suspiro porque llegues y ¡ojalá me halles preparado! (Serm. 265,2

CAPITULO XV

El juicio particular

Llegará un día en que todo será presentado a juicio; y este día, si para el mundo está lejos, para cada hombre en particular, por coincidir con la muerte, está cercano.

Dios, sin embargo, ha querido que permanezca oculto uno y otro, tanto el día final del mundo como el de cada uno en particular.

Si quieres no temer ese día desconocido, vive prevenido para cuando llegue. (Serm. 46,2)

Cuando Dios venga a juzgarte, entre ti y el juez no habrá más testigo que tu conciencia.

En presencia del justo Juez y tu conciencia, sólo tienes que preocuparte del estado de tu causa. Si tu causa no es mala, no tendrás que temer a los acusadores, ni rebatir testigos falsos, ni buscar testimonios veraces. (In Ps. 37,21)

Elige a Dios por tu juez y testigo; porque no se desdeña de hacer de testigo el que ha de ser juez ni gana algo con ser juez; testigo y juez es uno mismo.

Es testigo, porque no necesita de nadie para conocer quién eres; es juez, porque tiene verdadero poder de vida o muerte, de condenar y de absolver, de arrojar al infierno o de premiar con el paraíso, de enviarte en compañía del diablo o de coronarte juntamente con los ángeles.

Aquel que te ha de juzgar entonces, ahora conoce y ve todas tus intenciones y no habrá medio de engañarle u ocultar cosa alguna cuando te llame a juicio.

Escucha lo que Dios te advierte: «Cuando despreciabas mi ley, yo lo veía; cuando negabas la fe, yo no anulaba mi sentencia; era una dilación misericordiosa, no una transacción.

Como no quisiste escuchar mis mandamientos, experimentarás el cumplimiento de mis amenazas. Si prestas oído a mis preceptos, no recibirás los castigos que te anuncié, sino los bienes que te prometí. (In Jo.36, 11)

El Señor se abstiene ahora de castigar y difiere su severidad; usa contigo de paciencia a fin de atraerte a penitencia. (In Ps. 49,28)

¿Qué debes hacer? Pregúntate ahora; pregúntate en tu interior; mírate a ti mismo y examínate por dentro; siéntate delante de ti; constitúyete juez de ti mismo; extiéndete sobre el potro del precepto divino; atorméntate con el temor, y sin adularte, contéstate a ti mismo. (Serm. 107,9)

Ahora es tiempo de examinarte y verte cual eres; sí, ahora es tiempo de examinarte, porque si no el Señor te acusará en el día de su venida.

Y ¿cómo te acusará?, ¿qué te dirá? Si al presente no te ves a ti mismo, entonces él hará que te conozcas tal cual eres.

Si ahora te vieses y te desagradases a ti mismo, le agradarías a él; pero si no quieres verte, y te complaces en tus obras malas, entonces serás motivo de desagrado para ti y para él; para él, en el juicio, y para ti, en el fuego del infierno.

¿Qué hará contigo? Te pondrá frente a ti mismo. ¿Por qué, pues, quieres esconderte de ti? Vuelves la cabeza para no verte, pero él hará que te veas, poniendo ante tu vista lo que tú has puesto a tus espaldas. Verás tu fealdad, no ya para poner remedio, sino para avergonzarte.

Escúchale ahora que puedes oír su voz, aunque calle; porque vendrá un día que no callará ya, y te acusará, sin que haya posibilidad de remediar tu mal.

Haz tú ahora lo que el Señor te amenaza que hará entonces.

Quita a un lado todos estos subterfugios con que miserablemente te engañas; quita de las espaldas tus obras, que allí ocultas para engañarte a ti mismo, y ponías delante de ti.

Constituye un tribunal en tu interior; siéntate como juez de tu causa; sea el temor la tortura que arranque de tu boca una confesión sincera, y di a tu Dios: *porque yo reconozco mi culpa tengo siempre presente mi pecado.* (Sal 50.5)

Lo que tenías a tus espaldas, ponlo delante de ti si no quieres que después Dios como juez te lo ponga ante tu vista, cuando ya no puedas huir de ti. (In Ps. 49, 28)

Y aunque tu vida sea tal que suscite alabanzas de los hombres, porque éstos no encuentran en ella materia de justa represión, piensa que el examen final lo han de hacer los ojos de Dios, y que según su regla infalible debes ser juzgado; pudiendo suceder que el Señor encuentre en ti cosas reprensibles, a las cuales no alcanzan a ver los hombres. Más aún: quizá te descubrirá cosas que tú mismo, el reo, ignorabas.

Quizás te turba este temor; pero escucha lo que tu razón te dice: ¿A qué este temor imaginario de los pecados inevitables?

Confía en el Señor y acúsate en su presencia. Hay defectos cuyo remedio es la oración; otros se purifican con una sincera confesión». (In Ps. 42,7)

* * *

¡Oh Señor! Nada encuentro que turbe mi conciencia; pero quizá lo encuentres tú, que ves mejor y penetras en las cosas más ocultas. Sin duda ves algo que yo no descubro; quizá encuentres alguna falta donde yo no encuentro ninguna.

Por ello te digo: *No llames, Señor, a juicio a tu siervo*. (Sal 142,2)

También te digo: perdona mis deudas. Tengo necesidad de tu misericordia. (Serm. 93,14)

¿Qué sería de mí si me juzgases sin misericordia?

Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? (Sal 129,3)

No llames a juicio a tu siervo, pues ningún hombre vivo, es inocente frente a ti. (Salm.49,5)

No quiero, no, entrar contigo en juicio: mi intención es ser justo ahora, y después, como quiera que me encuentre, declararme pecador, esperando siempre en tu misericordia.

Sí, en ti, Señor, esperaré, y no en mis méritos; esperaré en ti, porque eres la salud de mi alma; tú me sanarás.

Enfermo estoy y a ti me dirijo, porque reconozco en ti a mi verdadero médico; no me vanaglorio de estar sano.

Ten piedad de mí, sana mi alma porque he pecado contra ti. (Sal 49,5)

Dame tu gracia para estar vigilando en el bien. Quiero tocar el salterio de la obediencia a tus preceptos y la cítara de la paciencia en las tribulaciones.

Meditando en aquellas palabras del profeta Isaías: *Parte tu pan con el hambriento* (Is 58,7) descubro que no basta ayunar.

El ayuno es una mortificación para mí, pero no alivio para otros hermanos hambrientos.

Mis mortificaciones serán provechosas, si procuro transformarlas en bienestar para otros.

Debo ayunar de modo que haga participante a otro de mi comida; así mis súplicas serán oídas en tu presencia.

Hay veces que, al dar limosna, se hace con cara hosca y refunfuñando, y se da más para quitarse de encima un importuno que para remediar a un necesitado.

Tú, en cambio, amas al que da con alegría. Dando de mal humor mi limosna, pierdo el pan y el mérito.

Obraré de buen grado a fin de que tu, que ves el interior, me digas que antes de que yo termine de hablar: "Aquí estoy"

¡Cuán prontamente acoges la súplica del que hace obras buenas! Tal ha de ser mi virtud en este mundo: ayuno, limosna, oración.

Procuraré a mi oración dos alas: el ayuno y la limosna.

¡Que así me encuentre ahora tu verdad, para que tranquilo me encuentre después tu luz, cuando vengas a librarme de la muerte, tú, que ya viniste a padecer por nosotros la muerte! Amén. (In Ps. 42,7-8)

CAPITULO XVI

No hay que abusar de la paciencia del Señor

Nadie se lisonjee de impunidad fundado en la misericordia de Dios, porque habrá juicio; así como nadie, después de convertido, debe temer el juicio de Dios, pues éste viene precedido de la misericordia.

Los hombres, cuando tienen que juzgar a otro, algunas veces, por una mal entendida misericordia, obran contra la justicia y pretenden aparecer como misericordiosos, cuando lo que demuestran es que no saben juzgar rectamente; otras veces, llevándolo todo a rigor de justicia, se olvidan de lo que pide la misericordia.

Pero el Señor, al juzgar, ni la bondad de su misericordia perturba la recta severidad del juicio, ni la severidad del juicio es con menoscabo de la bondad de su misericordia.

Aunque observes que los justos e injustos disfrutan un mismo sol, son iluminados por la misma luz, beben de las mismas fuentes, se benefician con la lluvia común, recogen igualmente los frutos de la tierra, respiran el aire y poseen bienes, no por eso debes creer que Dios sea injusto, porque concede estas cosas lo mismo a unos que a otros.

Ahora es el tiempo de la misericordia y no del juicio. Si no obrase así, concediendo largamente su misericordia, no tendría después ocasión de coronar a los justos el día del juicio. (Sal 100,1)

Piensa en tus pecados y enmiéndate, mientras te queda tiempo; sea fructuoso tu dolor para que no sea estéril el castigo.

Escucha lo que dice Dios: «He anunciado el tenor de la sentencia, pero todavía no la he pronunciado; la he predicho, no fijado».

¿Por qué desalentarte porque te he dicho: «Si tú cambias, se cambiará la sentencia»? Al enmendarse el reo, cambiaré también mi sentencia. Es mi sentencia la que se cambia, pero no la justicia.

Sí, la justicia permanece íntegra, porque al que se arrepiente, Dios, que es justo, debe conceder el perdón.

Como no perdona al obstinado, así perdona al arrepentido.

Es árbitro de la indulgencia el que es autor de la ley: deja a un lado la ley y te ofrece su clemencia.

La ley te declaraba reo, pero el que dio la ley te absuelve; o mejor, no te absuelve, porque absolver es declarar inocente, sino que perdona los pecados al que se convierte. (Serm. 22,6)

Te explicaré la razón de la dilación: no quiere Dios condenar a nadie, sino que su deseo es salvar; y por ello es paciente contigo para cambiarte de malo en bueno.

Y porque es bueno contigo, y te hace objeto de su magnanimidad, y sufre con paciencia tus pecados, y difiere el juicio, y no te castiga; ¿lo desprecias? *¿Ignoras acaso que la paciencia de Dios es para ti una invitación a la penitencia?*

Pues bien, *entiende que con la dureza de tu corazón estás atesorando ira para el día de la ira y del justo juicio de Dios, en que dará a cada uno según sus obras.* (Rm 2,4-5)

Todo lo que haces ahora va a aumentar tu tesoro; si obras el bien, depositas en el tesoro del cielo todas las obras de misericordia que haces socorriendo a los necesitados; y ya sabes que es Dios un depositario fiel, que te guarda todo lo que atesoras.

Tú no ves este tesoro; pero estás cierto de la existencia de tu tesoro, que ni el ladrón puede robártelo, ni asaltártelo el enemigo, ni arrebatártelo el conquistador más poderoso, sino que permanecerá intacto siempre, porque está bajo la custodia de Dios omnipotente.

Si eres malo, también envías a ese tesoro todas tus obras malas, y Dios las guarda también.

Cuando llegue el día del juicio, el Señor mismo se encargará de descubrirte ese tesoro para que entres en posesión de lo que has atesorado. (Serm. 18,24)

Escucha la palabra de Dios: *Yo juzgaré entre oveja y oveja, entre carneros y cabritos.* (Ez.34, 17)

Yo juzgaré, dice el Señor. ¡Qué seguridad! Puedes vivir tranquilo si eres bueno, pues tienes un juez que no ha de ser corrompido por ninguno de tus enemigos, ni será confundido por ningún abogado, ni sorprendido por ningún testigo falso.

Pero tan grande como es esta seguridad si eres bueno, tanto debe ser el temor si eres malo; porque al Juez, ante quien hay que presentarse, no hay medio de ocultarle cosa alguna.

No necesita preguntar a nadie por ti; le basta con preguntarte a ti mismo; y no te preguntará para enterarse de tu vida, sino para confundirte.

Con un Juez como éste, al que nadie puede engañar para tu daño, y ante quien nadie puede interceder por ti, debes conducirte de tal suerte que no le tengas miedo en el día del juicio, sino que estés dispuesto a esperarle con gozo.

¿Acaso teme el trigo ser llevado al granero? Lo que ansia es que se haga cuanto antes.

Aquellos cuya disposición de ánimo es buena, rueguen con toda sencillez y con todas las fuerzas del alma: *Venga tu reino*. (Mt 6,1)

Los malos, en cambio, no pueden pronunciar estas palabras sin que el corazón palpite y la lengua titubee; porque ¿cómo podrán decir: *Venga tu reino*?

El reino ha de venir sin duda alguna; pero ¿cómo te encontrará? Condúcete de tal modo que puedas decir tus oraciones con paz. (Serm. 47,7)

Si, pues, amas a Cristo, debes desear su venida. ¿Qué motivo tienes para temer? ¿Será acaso la majestad del que ha de venir como juez? Más bien debes alegrarte. ¿Quién vendrá para juzgarte sino aquel mismo que vino al mundo por tu amor para ser juzgado?

No tienes que temer las deficiencias de un mal abogado; pues el mismo que se te ofrece ahora como abogado será entonces el juez. (In Ps. 147,1)

Supongamos que te hallas en la necesidad de sostener un proceso delante de cualquier juez, y que nombras abogado, el cual te acoge benévolo, y ventila tu causa lo mejor que puede; y que con anterioridad al fallo sabes que este abogado va a ser nombrado juez: ¿no te alegrarías con razón de tener por juez a tu defensor?

Ahora es Jesucristo quien ruega e interpela por ti; es tu abogado. ¿Puedes temerle como juez? De ningún modo; pues habiéndole tú enviado anteriormente para interceder, puedes esperar tranquilamente que venga a ser tu Juez. (Serm. 213,5)

Si le temes como juez futuro, procura enmendar al presente el estado de tu conciencia; ¿acaso te parece poco que no te exija la rectitud de lo pasado?

Por tanto, corrígete ahora, porque entonces no habrá tiempo de enmienda; pero ahora, ¿quién te lo impide? (In Ps. 147, 1)

* * *

Tendría motivo, Señor, para temer tu justicia y tu juicio si no les precediese tu misericordia.

Porque ¿cómo he de temer tu juicio si con tu antecedente misericordia borras mis pecados y cumples con toda fidelidad tus promesas? (In Ps. 88,15)

Ya no temo, porque en ti hay clemencia. Si no existiese en ti la clemencia y te contentases con ser justo juez, y rehusases hacer de abogado y te propusieras a escudriñar todas mis maldades, ¿cómo podría soportar este examen?

¿Quién podría asistir a tu tribunal? Mi única esperanza es la clemencia que en ti hay. (In Ps. 129, 3)

Ayúdame, pues, Dios mío, a hacer una conversión perfecta. Sálvame, no por mis méritos, sino por tu misericordia. (In Ps. 6, 5)

CAPITULO XVII

La venida visible de Cristo al fin del mundo

Como la fe nos atestigua de dos venidas de Cristo, una realizada por la Encarnación, que no entendieron los judíos, y otra futura que nosotros esperamos, así también dos son los juicios anunciados en las Sagradas Escrituras: uno secreto (particular) y otro público (universal).

El secreto tiene lugar ahora y es del que habla San Pedro cuando dice: *Ha llegado el tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios.* (1Pe 4,17)

Consiste este juicio secreto en el sufrimiento de las penalidades de esta vida, que para todo hombre pueden ser instrumento de purificación o invitación a la conversión, o, si no hace caso de esta amonestación secreta del Señor, será causa de endurecimiento y condenación.

Juicio público es aquel en que el Señor vendrá con majestad a juzgar a los vivos y a los muertos, de modo que todos reconozcan que él es quien premiará a los buenos y castigará a los malos. (In Ps. 9, 1)

Jesucristo es Señor y Salvador nuestro, ya pendiente de la cruz, ya reinante en el cielo. Pendiente de la cruz, pagó el precio de nuestro rescate; ahora que está sentado en el cielo, reúne lo que ha comprado.

Y una vez que los congregue a todos a través de las edades, vendrá, no inadvertido como antes, sino manifiestamente.

Era de necesidad que viniera disfrazado para poder ser juzgado; mas para juzgar vendrá a las claras. ¿Quién se hubiera atrevido a juzgarlo en su majestad? (Serm,263,1)

Convenía, pues, que callase en la Pasión para no tener que callar después en el Juicio; y juzgará con majestad y poderío precisamente porque sufrió ser juzgado con grande humildad. (In Ps.37, 20)

Cuando vino secretamente, sólo se dio a conocer a sus siervos; después, cuando venga manifiestamente, será conocido de buenos y malos.

Cuando fue juzgado, guardó silencio; pero si entonces calló, no callará cuando venga a juzgar.

Hablará, sí, para que le conozcan los que ahora le desprecian.

Hay quienes, al oír la predicación, ahora se burlan de los preceptos divinos, porque no se cumplen al presente los premios que Dios promete ni los castigos con que amenaza. (Serm. 18,1)

Vendrá, pues, cuando llegue su hora y juzgará en la misma forma en que fue juzgado

Cuando lleno de majestad le vieron subir los Apóstoles al cielo, escucharon también los labios de un Ángel que había de volver otra vez: *Galileos, les dijo, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que de vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá como le habéis visto subir al cielo*. (Hech 1,11)

Esta venida será manifiesta a vivos y muertos; a buenos y malos; en figura de hombre han de verlos unos a aquel en quien creyeron, y los otros al que despreciaron. (Sem. 214,9)

Aquellos a quienes ahora tolera como pecadores, serán después juzgados de este desprecio. (In Jo. 33,7)

La primera vez vino humilde; después vendrá majestuoso.

La primera vez dio ejemplo de paciencia; después vendrá a juzgar a buenos y malos según sus méritos. (In Ps. 62,11)

La primera vez vino a llamar; después vendrá a separar. (In Ps. 63,11)

Y si no temió a nadie en su humillación, ¿temerá a alguno cuando venga rodeado de majestad?

El que no temió a nadie siendo pobre y humilde, ¿a quién temerá en los esplendores de su gloria?

Y si entonces, siendo pasible, no escatimó palabras, ¿cuáles usará de juez al pronunciar la sentencia? (In Ps. 93,7)

En el Huerto, cuando preguntó a sus enemigos: *¿A quién buscáis?*, y ellos respondieron: *A Jesús Nazareno, al decir Jesús: Yo soy, retrocedieron todos y cayeron a tierra.* (Jn 18,6)

Ahora bien, los que rodaron por tierra al oír una voz de Cristo mortal, ¿qué harán al oír la voz del Señor como Juez? (In Jo. 47,7)

Aparecerá terrible el que primero apareció despreciable.

Hará visible su poder el que fue modelo de paciencia.

En la cruz manifestó su paciencia; pero en el juicio manifestará su potencia. (In Ps. 85,21)

Aunque, bien observado, la cruz también fue tribunal, puesto que, estando el allí como juez entre los dos ladrones, uno que creyó en él fue absuelto y otro que le insultó fue condenado.

Aun en aquellos momentos quiso darnos a entender lo que hará al juzgar a los vivos y a los muertos, poniendo unos a su diestra y otros a su izquierda, pues el primer ladrón representaba a los buenos, que irán a la derecha, y el otro a los malos, que colocará a su izquierda.

En el momento mismo en que era juzgado insinuaba la amenaza del juicio final. (In Jo. 31,11)

* * *

Hazme, Señor, conocer tu humildad para que no tema tu exaltación: concédeme abrazarte humilde, para que desee verte glorioso, ya que a quien desee tu venida te manifestarás propicio.

Quiera yo o no, has de venir; haz que yo desee tu venida, puesto que has de venir, aunque yo no quiera.

¿Y cómo demostraré que anhelo tu vuelta? Con la bondad de vida y con la rectitud de mis acciones.

A un lado, pues, las complacencias del pasado; lejos los impedimentos del presente, y que mi juventud se renueve como la del águila.

Sé bien, Dios mío, que mi juventud no puede renovarse, a no ser que tú me ayudes a despojarme del hombre viejo.

Tú me auxilias con tu gracia para que las dulzuras de mi vida pasada no me hagan sordo a tus palabras. (In Ps. 66,10)

No murmuro ni protesto contra ti, porque perdonas a los malos. Ayúdame, Dios mío, a ser bueno; y haz que no me impaciente cuando, para perdonarme en el juicio, consientes ahora el azote para mi corrección. (In Ps. 93,7)

Señor y Dios mío, no me juzgues con severidad, pues por santo y justo que yo me considere, si comparas mis obras con la regla de tu ley, me encontrarás deficiente.

Señor, aunque te dignes llamarme amigo, yo me confieso tu siervo.

Necesito misericordia, vuelvo a ti como un fugitivo, busco solamente la paz; no soy digno de llamarme hijo tuyo. (In Ps. 142,6)

No quiero echar a la espalda lo que he hecho; no quiero preocuparme de los demás, olvidando lo que yo soy; no quiero descubrir la paja en el ojo de mi hermano y no atender a la viga que hay en el mío. Aquí delante está mi pecado, no quiero esconderlo.

Escucha mi súplica y no me sometas a juicio, exigiéndome todo lo que me mandaste, porque si lo haces así me encontrarás indefectiblemente culpable.

Necesito más de tu misericordia que de tu juicio. Aplícame tu misericordia, porque ningún hombre vivo es inocente frente a ti. (Serm. 170,6)

CAPITULO XVIII

La sentencia del juicio final

Sabemos que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir cada uno, según lo que merezcan sus obras, premio o castigo. (Ep. 117,16)

Cada cual resucitará con sus propios méritos o deméritos, que no serán otros que los que tenía al bajar al sepulcro; y con ellos se presentará al juicio.

Es necesario, pues, que arregles ahora tu causa, porque en el sepulcro te será imposible hacerlo. (Serm. 328,5)

Escucha lo que se lee en el Evangelio: *Velad, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si a la tarde, o a la media noche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que viniendo de repente os encuentre dormidos. Un fin, lo que a vosotros os digo, a todos los digo: Velad*. (Mc 13,35)

El Salvador no dijo esto solamente a aquellos que le escuchaban entonces, sino a todos los que habían de venir, lo mismo a nuestros antepasados que a nosotros, que a los que vengan después hasta su última venida.

Vela, pues, si no quieres que la venida del Señor te encuentre sin estar preparado. (Ep. 199,3)

A la venida del Hijo del hombre, según el mismo Jesucristo enseña, ocurrirá lo que en tiempo de Noé: seguían entonces los hombres la vida ordinaria en todo: comían, bebían, se casaban, plantaban y edificaban, hasta que entró Noé en el arca, vino el diluvio y todos perecieron. (In Ps. 120,3)

Vendrá el Señor; vendrá sin duda alguna para juzgar a todos los obstinados en su maldad, a los que no se han aprovechado de los avisos de su misericordia, a los que hayan abusado de su paciencia. Y cuando el Señor reúna a todas las gentes para juzgarlas, ¿qué ocurrirá entonces? (In Ps. 33,7; 36,7)

Como dice el Evangelio, convocará a todas las naciones y hará la separación, colocando unos a su derecha y otros a su izquierda.

Venid, benditos de mi Padre, dirá a los que están a su derecha, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. (Mt 25,34)

Recibid el reino de los cielos, el reino sempiterno, la compañía de los ángeles, la vida eterna, donde no se nace ni se muere.

Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui peregrino y me hospedasteis; estuve desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis a verme.

Y ellos le contestarán: *Señor, ¿cuándo te vimos nosotros en estas necesidades y te ayudamos? Y él responderá: Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*.

Porque lo que hicisteis a mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis; por eso, recibid lo que habéis depositado en mis tesoros; entrad en posesión de lo que habéis adquirido, pues para eso me lo habéis entregado.

Se volverá después a los de su izquierda, y enseñándoles sus tesoros vacíos de obras buenas: Id al fuego eterno, les dirá, que fue destinado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer.

Si habéis depositado algo en mis tesoros, buscadlo; y si encontráis algo, gustoso os lo devolveré.

Pero ellos, por toda contestación, le dirán: *Pero si nosotros no recordamos haberte visto hambriento*. Y él les contestará: *Siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos mis pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo.* (Mt 25,44-45)

Quizá no me lo hicisteis, porque no me visteis ni conversasteis conmigo en la tierra; pero vuestra malicia es tal, que si me hubierais visto me habríais crucificado como los judíos.

Y, de hecho, los hombres malvados, que hoy hacen todo lo que pueden para que, si fuese posible, no existiesen iglesias en que se les predicasen los preceptos del Señor, ¿acaso no darían muerte a Cristo si lo encontrasen vivo en la tierra?

Y aun éstos quizá se atreverán a replicar, como si Dios no penetrara lo más íntimo de los corazones, con aquella pregunta: *Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento?*

También a éstos dirá el Señor: *Lo que habéis negado a uno de estos más insignificantes, me lo habéis negado a mí.* Yo os dejé en la tierra a mis pobres necesitados; y si yo, como cabeza de ellos, estaba a la diestra del Padre, los pobres, miembros de mi cuerpo, sufrían en la tierra, carecían de lo necesario. Sí, pues, vosotros hubierais socorrido a mis miembros, también la cabeza hubiera participado de vuestras dádivas.

Y debíais haberos enterado de que, al dejar en la tierra a mis pobres necesitados, lo hice para que fueran vuestros recaudadores, a fin de que fuesen depositando vuestras obras en mi tesoro; pero no quisisteis confiarles nada, y nada podéis esperar de mí.

Entonces, bajo la impresión de un arrepentimiento tardío y estéril, exclamarán los réprobos: «¡Oh, si pudiéramos volver atrás, y escuchar y practicar fielmente lo que hemos despreciado!»

Entonces estos enemigos de Dios, teniendo presente sus iniquidades, repetirán lo que está escrito en el Libro de la Sabiduría: *¿De qué nos ha servido nuestro orgullo? ¿O qué provecho nos ha traído el presumir de ricos? Pasaron como sombra todas aquellas cosas*. (Sab 5,8 y Serm. 18,4-5)

* * *

Oh Señor, bien veo que entonces los malos se arrepentirán; pero será con una tardía e infructuosa penitencia, que les atormentará más que les sanará.

Quiero, por tanto, arrepentirme ahora, de modo que me sea útil la penitencia; quiero hacerla pronto. Si la hago ahora me servirá de enmienda, y una vez enmendado, habré dejado vacío aquel depósito en que ibas almacenando mis obras malas, y empezará a llenarse aquel otro en que se guardarán mis obras buenas.

Sálvame con tu mano derecha, Señor; sálvame de modo que en aquel día yo esté a tu derecha.

No te pido bienes temporales, sólo te suplico que, pasada esta vida temporal, pueda encontrarme a tu diestra entre las ovejas y no a la izquierda entre los cabritos. (In Ps. 59,7)

Cuando te sientes como Juez en tu trono, ¿quién se vanagloriará de estar limpio de todo pecado si la misericordia no triunfa en este juicio? (Ep. 140,79)

Tú eres justo y darás a cada cual según lo que merezcan sus obras.

Eres fuerte, y para nuestro bien has soportado, a pesar de ser omnipotente, las persecuciones de los impíos.

Tienes paciencia, y por ello, a los que te persiguieron, no les infligiste el castigo inmediatamente después de tu resurrección, sino que los sufriste a fin de concederles tiempo de convertirse y salvarse; y al presente te manifiestas tolerante, difiriendo para el juicio final imponer la última pena y no cesando de invitar a los pecadores a que hagan penitencia

Nunca cesan tus preceptos, pero suspendes ahora el suplicio y difieres el castigo, no pronunciando la sentencia contra el condenado. (In Ps. 7,12)

Ya que añades paciencia a paciencia, haz que yo no añada iniquidades a iniquidades. (In Ps. 33,9)

Ves mis pecados y callas, dando muestra de tu paciencia, misericordia y veracidad; pero ¿callarás siempre? (Conf. 1,18)

¡Ay de la vida, incluso honrada, si Dios la juzgase sin misericordia!

Pero como no escudriñas con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente espero de tu piedad el perdón.

Y a la verdad, Señor, cualquiera que delante de ti alegara sus verdaderos méritos, ¿qué haría sino enumerar tus dones?

Por eso ahora te pido el perdón de mis pecados. Concédemelo, Señor, por los méritos de quien murió pendiente de la cruz y fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora, sentado a tu derecha, no cesa de interceder por nosotros.

¡Perdóname, Señor, te lo ruego, y no te enfrentes en juicio conmigo! (Conf. 9, 13)

CAPITULO XIX

Las penas eternas

He aquí con lo que Dios amenaza: con el fuego eterno. *Id al fuego eterno, que fue destinado para el diablo y sus ángeles.* (Mt 10,28)

¿No has logrado amar la vida eterna? Teme al menos el fuego eterno. (In Jo.3, 11)

Así como ningún goce temporal puede darnos idea de la felicidad de la vida eterna, reservada a los santos, tampoco tormento alguno de este mundo puede compararse con los suplicios eternos. (De Catech. Rud. 24,25)

Pero aún serán mayores las penas que sufrirán los condenados después de su resurrección. En comparación de ellas, las sufridas por los malvados después de la muerte son como las torturas soñadas respecto de los mismos suplicios inferidos en la vigilia. En el sueño padecen las almas, pero no la carne; en la vigilia, el tormento es mayor. (Serm. 338,5)

Piensa que terror se apoderaría de ti si por alguna calumnia estuvieses a punto de ser encarcelado. ¿Y eres tan enemigo de tu alma que haces lo posible para ser arrojado al fuego eterno?

Tienes horror a una cárcel, y ¿no te horrorizan los tormentos infernales?

Escucha lo que el Señor te dice: *No temáis a los que dan muerte al cuerpo y no pueden matar el alma.* (Mt 10,28

Y, sin embargo, ¡tú temes a los que aquí atormentan y no temes a los verdugos infernales!

¡Te asusta un dolor pasajero y no te impresionan las penas del fuego eterno!

¡Tienes miedo a la muerte temporal y no tiemblas ante la muerte eterna! (Serm. 161,5)

¿Qué deberás, pues, hacer ahora que dispones de tiempo sino cambiar de vida y enmendarte de tus malos pasos si has obrado mal?

Por eso, solamente por eso, amenaza el Juez que ha de venir, a fin de que cuando venga no encuentre qué castigar.

Si quisiera condenar, le bastaría callar: nadie avisa a su víctima, cuando va a herirla, diciendo: «Ponte en guardia».

Todas las tribulaciones de esta vida son como un azote de que Dios se sirve para corregirnos y no condenarnos al final. (Serm. 22,3)

Corrígete ahora mismo, no sea que después quieras hacerlo y no puedas, pues la muerte vendrá de improviso, y entonces no habrá quien te corrija; sólo quien te arroje al fuego. (Serm. 224,4)

Para nada te servirá lo que no hayas hecho; sólo las obras realizadas servirán a cada uno de alivio o de suplicio. (Serm. 37,1)

Si no llegas victorioso al último día, llega por lo menos luchando, y no prisionero o siervo de tus enemigos.

¿Eres miembro de Cristo? Pues espera su herencia. Después que haya pasado todo esto, recibirás la vida que no se ha de acabar, y te verás libre del mal, que tampoco se acabará, ya que una y otro son eternos. No se ha prometido una felicidad pasajera para los buenos ni un castigo temporal para los malos.

Así como ha prometido sin fin la vida, la bienaventuranza, el reino y la herencia sempiterna a los santos, así amenaza también a los impíos con un fuego eterno.

Si no amamos todavía por lo que nos ha prometido, temamos, al menos, por los castigos que nos amenaza. (Serm. 22,8)

* * *

Señor, no arrebates mi alma con los pecadores; (Sal 25,3) haz que el precio de tu sangre complete mi liberación, y que en los peligros de esta vida no me abandone tu misericordia. (In Ps. 25,11)

Soy pequeño, protégeme bajo el amparo de tus alas; protégeme, sí, porque si tú no me proteges, avecilla como soy, vendrá el milano y me arrebatará. (In Ps. 62,16)

Líbrame de mis pecados antes que llegue mi última hora y tenga que presentarme con ellos ante ti.

Perdóname; quiero vivir en paz con mi conciencia, aligerada de la ansiedad del remordimiento, que me tiene intranquilo por mis pecados.

Perdóname; porque si no, tendré que estar siempre separado de ti. Y ¿adonde iré por toda la eternidad? Lejos de ti, que has dicho: *Yo soy el que soy.* (Ex. 3,14 e In Ps. 38,22)

Mi alma sin ti es como tierra sin agua. Sí, mi alma está sedienta de ti, como tierra sin agua. Sin esta sed no estaría en disposición de ser regada. (In Ps. 103,17)

Acuérdate de mí, que soy polvo. ¿Qué otra cosa es la tierra sin agua?

Acepta, Señor, favorablemente mi petición; envía la lluvia bienhechora que me dé fortaleza; no sea yo como polvo que el viento arrastra de una parte a otra.

Puedo tener sed de ti, pero no puedo regarme Riégame tu, escucha en seguida mi súplica Ya que me ves así sediento, ¿por qué retrasas el remedio aumentando con ello mi sed?

Si hasta ahora has diferido la lluvia, concédemela, porque mi alma es como tierra sedienta

Atiende a mi súplica, Señor, descienda sobre mí tu Espíritu, porque el mío desfallece. (In Ps. 142,11-12)

LIBRO SEGUNDO

La piedad

SEGUNDO GRADO DE LA PERFECCION CRISTIANA

En segundo lugar, debes conseguir la mansedumbre y humildad por la piedad. Para ello, conviene tengas presente que todas aquellas cosas que no entiendas y que los ignorantes e inexpertos rechazan como absurdas y contradictorias, no debes rechazarlas con animosidad, y menos pretender que prevalezca tu opinión sobre los dichos de la Sagrada Escritura; sino que tu deber es aceptar con rendimiento de juicio dichas verdades, difiriendo para más tarde la inteligencia completa de aquello que, por tu inexperiencia e ignorancia, te parece absurdo e impenetrable (Ep. 171 A,1).

CAPITULO I

Docilidad del alma a la palabra de Dios

Escucha la voz del Señor: *Si alguno me ama, cumplirá mis preceptos; y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él moraremos.* (1Jn 14,23)

Edifica en tu corazón una casa a la que pueda venir Cristo a enseñarte y a conversar contigo.

Cuando Cristo, Señor nuestro, descubrió a sus discípulos dónde habitaba, dos de ellos se fueron allá y estuvieron con él.

Y ¡qué día más feliz, qué noche tan dichosa en su compañía!

¿Quién podría contar debidamente las cosas que oyeron de labios del Señor? (In Jo. 7,9)

Busca la paz, y Dios te hablará interiormente cuando nadie se encuentre en tu interior.

Busca la paz, y Cristo morará en tu corazón; suavidad divina le inundará, y en la soledad tu alma no estará sedienta, a pesar de no tener fuentes donde regarse.

Donde no existe la inspiración y unción divinas es inútil el ruido exterior de las palabras.

Yo, que exteriormente hablo, soy como el agricultor respecto a la planta. El labrador puede trabajar por fuera, regando y cultivando con cuidado; pero, por mucha que sea su solicitud, ¿acaso forma él el fruto y cubre de follaje las ramas? ¿Puede llegar su actividad a lo interior?

Escucha al Apóstol, que nos descubre el cometido del predicador; pero atiende a lo que al mismo tiempo te sugiere el Maestro interior: *Yo planté; Apolo regó; pero el Señor fue el que dio el crecimiento; nada es el que planta ni el que riega; es el Señor el que hace crecer*. (1Co 3,6)

Atiende, pues, a lo que te digo: ya plante, ya riegue con mi palabra, nada soy; es el Señor quien da el crecimiento, esto es, la unción benéfica que te enseña todas las cosas. (In Ep.Jo. 3,13)

Yo predico, pero es Dios el que instruye; hablo yo, pero el Señor enseña.

En ningún lugar de la Escritura se llama bienaventurado al que recibe instrucción de otro hombre, sino a aquel a quien el Señor instruye y enseña los preceptos de su ley. (Salm. 93,12)

Yo puedo plantar y regar; pero a Dios pertenece dar el crecimiento.

El que planta o riega trabaja por fuera; el que hace crecer obra interiormente. (Serm.153,1)

No me digas: « ¿Dónde está la abundancia de las dulzuras del Señor?» Porque, ¿cómo podré hacerte conocer esta dulcedumbre si has perdido el paladar con la fiebre del pecado?

No dirías que sabe bien la miel si no conocieras su sabor delicioso por haberla gustado.

Y a ti que no tienes gusto en el corazón para saborear la dulcedumbre de Dios, ¿qué te haré? ¿Cómo mostrártela?

Yo no tengo aquí uno a quien pueda decir: «Gusta y prueba cuán agradable es el Señor».(Sal 33,8 e In Ps. 30, 4, 6)

Si oyes y no entiendes lo que se te dice es porque no te habla Dios al interior.

El Señor habla a aquellos que le preparan un lugar en su corazón, excluyendo de allí al demonio.

El demonio se esfuerza por introducirse en el corazón de los hombres y habla allí todo cuanto conduce a la seducción. (In Ep. Io. 4,1)

Si has dado entrada en tu corazón al enemigo, no puedes entender lo que Dios te habla; careces de entendimiento apropiado para ello.

Dios habla según el espíritu, y tú escuchas según la carne.

Lo que Dios te dice, no da placer a los oídos, ni encanto a los ojos, ni regalo al olfato, ni dulzura al gusto, ni suavidad al tacto; sólo con la mente se percibe, sólo con el entendimiento se gusta; y si esta inteligencia te falta, ¿cómo has de poder comprender lo que Dios te habla?

Dios te habla de sus dones; tú sólo piensas en la carne y tus deseos son según la carne; en una palabra: careces de entendimiento apropiado. (In Jo. 15,19)

¿Tienes cerrado el corazón, y le echas la culpa a la llave? (Serm. 153,3)

Alguien, a quien has aposentado en tu corazón y es enemigo de Cristo, te llena totalmente. (In Ps. 136,9-11)

Te ocupa, te posee, te nutre y te habla la Babilonia del mundo. No puedes comprender sino lo que temporalmente brilla, no sabes meditar las cosas eternas, no percibes el gusto de las espirituales.

¡Insensato! Si estás lleno de malos deseos, ¿cómo pretendes comprender los bienes de la Jerusalén del cielo?

Es necesario que te despojes de lo que estás colmado para que puedas ser lleno de lo que estás vacío. (In Ps.136,9-11)

Entra en lo más íntimo de tu corazón y purifícalo. Purifica tu conciencia, y entonces encontrarás allí a Cristo, y él te hablará.

Yo te hablo fuerte, pero él enseña mucho más en silencio.

Yo hablo mediante el sonido material de mis palabras; el Señor habla al interior por el santo temor que imprime a nuestros pensamientos.

¡Que él imprima estas advertencias en tu corazón! (Serm. 102,2)

* * *

¡Señor! Mientras tengo luz y puedo usar de la razón, quiero conducirme de tal manera que merezca ser iluminado de tu Palabra, luz verdadera, para que así, vuelto a ti, no me sorprendan las tinieblas. (De Ver. Relig. c.42)

Porque si me alejo de ti, ¿a quién iré? Sólo tú tienes palabras de vida eterna. (In Jo. 27,9)

¡Ay de aquellos que te abandonan a ti, el guía seguro!

¡Oh dulcísima luz, Sabiduría del alma purificada! Constantemente me estás diciendo lo que eres y lo que vales.

¡Ay de aquellos que cierran los ojos a tu luz y se encuentran alegres y confiados en medio de sus tinieblas! (De Lib. arb. 2,16)

Tus palabras son más dulces que panal de miel. Para poder gustar cuán dulces son tus palabras, yo quiero hacer experiencia viviéndolas más que hablando de ellas. (In Ps. 18,12)

CAPITULO II

Docilidad a la Iglesia

En el Credo, regla fundamental de la fe, después del Espíritu Santo se hace mención de la Santa Iglesia.

En la profesión de fe la recta razón exige que a la Trinidad siga la Iglesia, lo mismo que al inquilino la casa; a Dios, su santo templo; y su ciudad al fundador.

Por la Iglesia entendemos aquí no sólo la sociedad militante que camina por este valle de destierro, y del Oriente al Occidente alaba el santo nombre del Señor, para cantarle, después de concluido su largo cautiverio, un cántico nuevo, sino también aquella otra sociedad de justos que mora en el cielo y vive indefectiblemente unida a su Creador, sin tener que temer ya las tristes caídas de la fragilidad.

Esta sociedad, que comprende los santos ángeles que permanecieron siempre fieles, presta la ayuda conveniente a la parte que todavía peregrina por la tierra, y ambas serán una por consorcio de eternidad, como al presente son una por el vínculo de la caridad, y persiguen el mismo fin, que es honrar al único Dios.

De aquí que ni toda la Iglesia universal, ni parte alguna de ella, debe pretender recibir los honores al Señor debidos, ni considerar como Dios a alguno de los que pertenecen al templo de Dios, formado de dioses, que crea el Dios increado.

Por tanto, si el Espíritu Santo fuese criatura y no creador, sería necesariamente criatura racional, la criatura más noble entre todas.

Y en el Credo no sería mencionado antes que la Iglesia, porque pertenecería y sería parte de ella, aunque de la parte que vive triunfante en el cielo.

Ni estaría en nosotros como en templo, sino que seria el templo, contra lo que establece el Apóstol cuando dice: *¿Ignoráis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1Co.3,16)

Dios, pues, habita en nosotros como en su templo; y no solamente el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo; el cual, refiriéndose a su propio cuerpo —por el que es cabeza de la Iglesia que existe entre los hombres, y por el que es primogénito de todo lo creado— dice: *Destruid este templo, y yo en tres días lo reedificaré.* (Jn 2,19)

La Iglesia, en cuanto comprende a los moradores del cielo y de la tierra, es templo de Dios, que es lo mismo que decir de la Santísima Trinidad. (Enchir. c.56)

Ama, pues, a la Iglesia católica, ama a la Iglesia de Cristo, porque amando a la Iglesia de Cristo recibes el Espíritu Santo, con tal que estés a él unido mediante la caridad y tengas, juntamente con el nombre de católico, la verdadera fe.

Sí, confía en que lo recibirás; pero recuerda que cuanto mayor sea el cántaro de tu fe que llevas a la fuente tanto más recibirás. (In Jo. 23,7)

Ama a tu Dios y Señor y ama a su Iglesia: ama a Dios como a Padre y a la Iglesia como a madre; a Dios como a Señor, a la Iglesia como a su sierva; porque tú eres hijo de su sierva.

El vínculo de este matrimonio es una gran caridad.

No es posible despreciar a una parte y congraciarse con otra; y así nadie puede decir con verdad: «Es cierto que cometo pecados, pero no me separo de la Iglesia de Dios». ¿Es posible que juzgues que estás en amistad con la madre si ofendes al Padre?

Tampoco se puede decir: «Soy justo, pero no pertenezco a la Iglesia».

¿De qué te aprovecha no enemistarte con el Padre si es él el que ha de vengar las ofensas hechas a la madre?

¿Qué vas a conseguir con confesar al Señor, honrar a Dios, alabarle, reconocer a Cristo Jesús como Hijo de Dios y proclamarle sentado a la diestra del Padre si al mismo tiempo blasfemas de la Iglesia? (In Ps. 88, 2, 14)

¿No echas de ver la inconsecuencia refiriendo estos casos al matrimonio humano? Dime: si tuvieras un señor, a quien rendidamente ofrecieras homenajes todos los días, y hasta gastases el umbral de sus puertas para servirle, y le visitases frecuentemente, y te deshicieses en protestas de sumisión, y, no obstante, te permitieses lanzar una insidia contra su esposa, ¿te atreverías a volver a poner los pies en aquella casa? (In Ps.88,2,14)

¡Ah, cuántos hay que por el deseo de conseguir honores y ocupar puestos elevados fuera de la Iglesia católica cierran voluntariamente los ojos a la verdad!

Si en su corazón reinase el Espíritu Santo, ¿no se apresurarían a renunciar a sus honores y correrían a someterse a la Iglesia, para ampliar sus ascensiones espirituales y progresar de virtud en virtud, con la esperanza puesta en Cristo, más que en los hombres engañosos. (In Ps. 83,15)

Estando separado de la Iglesia católica, aunque procures con todas tus fuerzas llevar una vida laudable, por sólo este crimen de estar separado de la unidad de Cristo no conseguirás jamás la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre tu cabeza.

Vive honradamente dentro de la Iglesia, pues viviendo bien en esta Iglesia, ningún daño te acarrearán los pecados de otros miembros, porque en ella, no obstante esta unidad, cada uno responderá de sus actos y sufrirá el castigo por ellos merecido. (Ep. 141,5)

Conserva tu unión con la Iglesia, porque fuera de ella aun el poder de hacer milagros no sirve de nada.

Los israelitas, pueblo escogido de Dios, pertenecían a esta unidad y no hacían milagros; en cambio, sin pertenecer a la unidad, los magos de faraón realizaban prodigios semejantes a los de Moisés.

Como San Pedro resucitó a un muerto, también Simón Mago realizó muchos portentos; y también hubo entonces muchos cristianos que, aunque no tuvieron poder para hacer los milagros de San Pedro ni los prodigios de Simón Mago, tenían motivo para una gran alegría. ¿Cuál? Que sus nombres estaban escritos en el cielo.

Si San Pedro arrojó a los demonios, y una viuda anciana o un laico cualquiera, que pueden tener la misma integridad de fe e idéntica candad, no hacen esto, es por el diverso ministerio que a cada uno corresponde.

Con relación al cuerpo de la Iglesia, Pedro es ojo, como el simple fiel es dedo; pero ambos son miembros de un mismo cuerpo; y aunque no sea igual la importancia del dedo que la del ojo, no por eso se corta el dedo y se desprecia.

Es preferible ser dedo en el cuerpo de la Iglesia que ser ojo y tener que ser arrancado del cuerpo. (In Jo. 13,10)

* * *

APOLOGIA DE LA IGLESIA

¡Oh Señor!, yo no prestaría fe a tu Evangelio si no me moviese a ello la autoridad de la Iglesia. (Cont. Ep. Manich. 5)

¡Oh santa y católica Iglesia, madre verdadera de los cristianos! Tú sola enseñas la práctica del amor puro y el casto culto de Dios, en cuya posesión consiste la verdadera felicidad. Tú sola niegas a las demás criaturas esta adoración y obediencia sólo al Señor debidas. Tú sola excluyes todo lo que ha sido hecho, todo lo que está sujeto a cambio, todo lo que está sometido a las vicisitudes del tiempo, sin confundir lo que la eternidad, la verdad y la misma paz distingue, ni separar jamás lo que una identidad soberana tiene unido. Y de tal manera posees el amor y la caridad para con el prójimo, que en ti se encuentran todos los remedios para las enfermedades que padecen las almas por sus pecados.

En tus prácticas y en tus enseñanzas tú te acomodas a todos: te haces sencilla con los pequeños, fuerte con los jóvenes, suave con los ancianos, tratando a cada uno según su edad y progreso, no sólo corporal, sino también espiritual.

Tú inculcas a las mujeres la obediencia debida a sus esposos, a fin de que, observando la castidad conyugal y fidelidad prometida, prefieran a la satisfacción de su liviandad la multiplicación de su descendencia y la paz de la vida doméstica.

Tú consagras la autoridad del marido sobre sus esposas, que más que en el abuso del sexo débil, debe tener su fundamento en las leyes de un amor sincero.

Tú impones a los hijos una libre sumisión a sus padres, y a los padres recomiendas un cariñoso dominio sobre sus hijos.

Tú estableces entre los hermanos, con los preceptos de tu religión, un vínculo más estrecho y más firme que el de la sangre.

Tú, manteniendo intactas las relaciones naturales y voluntarias, estrechas, con el precepto de la mutua caridad, los vínculos de parentesco y afinidad.

Tú enseñas a los criados la dependencia de sus señores, fundada en el sentimiento del deber más que en la obligación de su condición.

Tú haces que los señores sean clementes con sus empleados por temor de Dios, Señor de todos, y los haces propensos, más que al rigor, a la benignidad.

Tú estrechas, no con vínculos de sociedad, sino también con una especie de fraternidad, ciudadanos con ciudadanos, pueblos con pueblos, recordándoles el primitivo y común origen que todos los hombres tenemos.

Tú enseñas a los gobernantes que deben atender al bien de sus súbditos, y a los pueblos que deben obedecer a sus gobernantes.

Tú enseñas con celo admirable a quién se debe honor, a quién afecto, a quién reverencia, a quién temor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién corrección, a quién rigor, a quién reproche, a quién castigo, haciendo ver cómo no todo es debido a todos, pero sí que con todos se debe usar la caridad y con nadie la injusticia. (De Mor. Eccl. 30)

Tu Esposo y Redentor es nuestra cabeza.

Y como toda cabeza supone un cuerpo, este cuerpo eres Tú, que eres también su esposa. (In Ps. 138,2)

La cabeza está en el cielo y el cuerpo en la tierra.

El varón y la mujer son dos en una carne: *Este sacramento es grande, dice el Apóstol, y yo hablo con respecto a Cristo y a la Iglesia.* (12 Ef 5,31-32)

Si sois dos en una carne, sois dos en una voz, idénticas vuestras enseñanzas. (Serm. 129,4)

Tú eres el templo del Rey eterno, cuyo fundamento es la unidad: templo sin ruina, sin desgarradura, sin división alguna.

Tus materiales son piedras vivas, los fieles de Dios, y el cemento de estas piedras vivas, la caridad.

Has sido engendrada por los Apóstoles. Para eso fueron enviados, por eso predicaron y por la misma razón son tus padres.

Pero como éstos no podían estar contigo perpetuamente, no por eso has quedado huérfana; en su lugar te han nacido hijos, que son los obispos.

A éstos das el nombre de padres, pero eres tú la que los has engendrado y colocado en el lugar de los padres.

No estás, pues, abandonada porque no viva Pedro, porque no viva Pablo, porque no vivan ya aquellos por los cuales fuiste fundada; de tu misma descendencia te han nacido nuevos padres.

En lugar de tus padres, te han nacido hijos, a quienes has constituido príncipes por toda la tierra. Sí, tus hijos han ocupado el puesto de sus padres.

¡Que te reconozcan los que se han separado de ti; que vuelvan a la unidad, que entren de nuevo en el templo del Rey! (In Ps. 44,32)

A ti, oh Iglesia católica, verdadera esposa de Cristo, dirijo mis palabras, y por ti, según mi corto entender, hablo en público; yo, el último de tus hijos y servidores, he sido constituido dispensador de tus misterios a mis hermanos.

Yo, que durante algún tiempo estuve separado de tu regazo a causa de mis errores y extravíos, en los que nunca debí caer y de los que, al fin me vi libre. (Contr. Faust. 15)

Aunque también para ti fueron provechosos mis extravíos, porque ahora te sirvo con más experiencia y agradecimiento, y reconozco que si tu auténtico y veraz esposo, de cuyo costado fuiste engendrada, no me hubiera perdonado por los méritos de su sangre mis pecados, hubiera permanecido envuelto en el torbellino del error, y, tierra como era, la serpiente enemiga me hubiera irreparablemente devorado. (Contr.Faust.15,3)

CAPITULO III

El estudio de la Sagrada Escritura

Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre perfecto, es cabeza y cuerpo.

Cuerpo de esta cabeza es la Iglesia universal, que comprende desde Abel hasta los últimos fieles de Cristo, que creerán en él al fin del mundo. Todo este pueblo de santos, moradores de la misma y única ciudad, forma el cuerpo de Cristo y reconoce a Cristo por su Cabeza.

Allí son también nuestros conciudadanos los santos ángeles. Nosotros, como peregrinos que somos, vivimos sujetos a mil penalidades, mientras ellos, seguros y tranquilos, esperan nuestra llegada a la patria.

De aquella ciudad, a la que aspiramos, nos han llegado cartas: son las Escrituras, cuyo fin es inculcarnos que vivamos una vida santa.

El mismo Rey de esa ciudad ha descendido hasta nosotros, y se ha hecho nuestro camino en esta peregrinación, a fin de que, caminando guiados por él y siguiendo sus pasos, no equivoquemos el camino, ni desfallezcamos, ni demos en manos de los ladrones, ni caigamos en los lazos y asechanzas que encontremos en el viaje.

Con la vista puesta en este Rey, escuchemos la Sagrada Escritura.

Teniendo presente la regla indicada y la doctrina propia de esta escuela, podremos entender no sólo algún libro, sino gran número de ellos.

Unas veces la Escritura habla de Cristo, considerándole únicamente como cabeza, otras de la cabeza pasa al cuerpo, esto es, a la Iglesia, sin indicar que cambie de persona, pues, no estando separado el cuerpo de la cabeza, puede hablar de uno y otro como de un mismo sujeto. (In Ps. 90, 2, 1)

Lee, pues, la Sagrada Escritura, puesta en lo más elevado y divino de la autoridad, con la seguridad y convicción de que todo lo que lees es verdad inconcusa, y aprende en ella qué cosas deben aprobarse y admitirse y qué cosas condenarse. (Ep. 82,5)

La Escritura no sólo comprende las verdades fundamentales, sino que también se encuentran allí las instrucciones más apropiadas para reformar y renovar el espíritu; y de tal manera dichas, que es imposible que, leyéndola, no encuentres todo lo que necesitas, con tal que piadosa y devotamente la leas, según la verdadera religiosidad exige. (De Util, cred,c.6)

En todo esto quiero que tengas presente una advertencia: cuando leas las Sagradas Escrituras no te turbes si no las entiendes en algún punto, ni te envanezcas cuando las hayas entendido. Difiere con honor para más tarde lo que ahora no entiendas y retén con caridad lo que entiendes. (Serm. 51,35)

La profundidad de la palabra de Dios excita nuestro celo para entenderla; no es impenetrable.

Si todo en la Escritura fuera impenetrable no habría medio de traspasar el velo y entrar en sus misterios; es más, si todo fuera impenetrable, no tendría el alma de dónde tomar sus alimentos ni de dónde sacar fuerzas para llamar a esa puerta que aparece cerrada. (Serm. 156,1)

Si el Señor rodeó de misterios la Sagrada Escritura, lo hizo no para ocultar a los fieles sus tesoros, sino para excitar el deseo de conseguirlos. He ahí la utilidad del secreto.

Venera lo que todavía no entiendes, y venéralo tanto más cuanto más numerosos y tupidos sean los velos que te lo ocultan.

Cuanto más elevada es una persona tanto son más abundantes los velos que penden en su casa.

Estos cortinajes hacen honor al secreto. Y así como esas cortinas se descorren a los que vienen a honrarlos, asimismo alejan de sí a los que se mofan de ellos. (Serm. 51,5)

El mismo estilo de la Sagrada Escritura, aunque presenta dificultades que pocos pueden superar, en general es asequible a todos.

En aquellas cosas que claramente dice, habla con la sencillez e intimidad de un amigo, y sin fingimiento alguno, al corazón, lo mismo de los doctos que de los ignorantes.

Y en las que deja envueltas en el misterio, tampoco lo hace de manera que use un lenguaje altisonante, que infunda temor a una mente poco instruida o tarda, como ocurre al pobre con relación al rico, sino que con lenguaje sencillo invita a todos a que se apacienten de la verdad manifiesta, al mismo tiempo que excita a reflexionar para descubrir lo escondido; si bien es el mismo contenido en las cosas evidentes que en las ocultas.

Pero, a fin de que el conocimiento de las cosas claras no engendre hastío, he aquí que estas mismas cosas aparecen alguna vez ocultas, para que su dificultad excite la curiosidad, la curiosidad las haga en cierto modo aparecer como nuevas y la novedad nos la haga más agradables.

Esto hace que los entendimientos torcidos se enderecen, los débiles se alimenten, los robustos se deleiten con lo descubierto.

De esta doctrina sólo es enemigo el que a causa de sus errores no sabe apreciar cuán saludable es o el que, en su enfermedad, aborrece la medicina. (Ep. 137,18. 3)

Nunca eches la culpa a la Escritura cuando, por no haberla entendido, quizá te apartes del recto camino.

Aunque la escritura es espiritual, muchas veces se acomoda a nuestra inteligencia carnal.

Pro no quiere por eso que permanezcas carnal. Es como la madre que ama a su pequeñuelo y con amor le amamanta, pero no por ello quiere que sea siempre niño.

Le recuesta en su regazo, llevándole en sus brazos, le cubre de caricias, lo nutre con su leche, le presta, en fin, toda clase de cuidados como a niño. Pero su deseo es que crezca para no tener que seguir tratándole de este modo. (Serm. 23,3-4)

Si todavía no te sientes dispuesto para tomar el alimento sólido de la palabra de Dios, nútrete con la leche de la fe, creyendo en la palabra que por tu debilidad no puedes aún entender. (In Jo. 48,1)

Además, si pretendes estudiar a fondo las Sagradas Escrituras, ten presente aquel dicho del Apóstol*: La ciencia hincha y la caridad edifica.* (1Co 8,1. De Doct. Chis. 2,41.)

Si crees que has entendido los Libros santos y no procuras crecer en la caridad de Dios y del prójimo, no los has entendido aún. (De Doct. Chis. 1,34)

Cuando pongas tus ojos en las páginas de la Sagrada Escritura, levántalos a Dios, del cual te vendrá el auxilio que necesitas.

Eleva a él tu corazón para que entiendas lo que lees. No digas: «Las Escrituras nos están más presentes que Dios». Al contrario; mucho más cerca de nosotros está Dios que las Escrituras; porque si ellas aparecen a nuestra vista, el Señor está presente en nuestra conciencia.

Tus ojos en las páginas santas, y tu corazón en Dios, a fin de que ambos se sacien; pero hazlo reflexionando qué es lo que elevas y a quién.

Examina qué corazón es el que elevas, considerando que lo elevas a Dios; no sea que, agravado por el peso de tus liviandades, caiga antes de elevarse.

Aplícate a purificarlo por medio de la continencia antes de elevarlo hasta Dios. (Serm.41,6)

* * *

¡Oh Señor! La Escritura es verdadera, porque la has dictado tú, que eres veraz; más aún, la verdad misma.

Tú, mi Dios, cuya voz es tan fuerte y penetrante, que llega al interior oído de tu siervo hasta vencer su sordera, me dices: « ¡Oh hombre! Lo que la Escritura dice, yo lo digo». (Conf. 13,29)

Hubo tiempo, Señor, en que yo fui víctima de mi engaño. En mi juventud quería discutir las Sagradas Escrituras con sutileza antes que interrogarlas con espíritu de piedad, llegando yo mismo, con mis malas costumbres, a cerrar tu puerta; pues debiendo llamar para que se me abriera, me acercaba a ella para que se me cerrara.

Osaba buscar con soberbia lo que sólo se puede encontrar con humildad.

¡Cuánto más felices son y con cuánta mayor seguridad aprenden los que, como niños en el nido de la fe, reciben el alimento espiritual!

En cambio, yo, juzgándome capaz de volar, abandoné miserablemente el nido; y caí antes de levantar el vuelo.

Pero tú, Señor, te compadeciste de mí, y me recogiste y devolviste al nido, para que no muriera aplastado por los transeúntes. (Serm. 41,6)

Saca, Dios mío, una alabanza perfecta de la boca de los niños de pecho.

Yo no conozco otros libros más eficaces para humillar al soberbio y destruir al enemigo y a sus abogados que, por oponerse a la reconciliación que les ofrecéis, defienden sus propios pecados.

En verdad, Señor, que no he conocido palabras tan castas para persuadirme a confesarte y obligarme a doblar la cerviz a tu yugo, e invitarme a reverenciarte graciosamente sin más interés que el de darte culto.

Haz, pues, Padre bueno, que yo las entienda bien; concédeme la inteligencia de tus Escrituras, pues para los sometidos a ti las has redactado. (Conf. 13,15)

CAPITULO IV

La piedad

La verdadera sabiduría del hombre es la virtud de la piedad. Así lo testifica el libro de Job, donde se lee que la Sabiduría eterna dijo al hombre: *Mira, la sabiduría consiste en la piedad.* (Job 28,28 y Henchir. C.2)

Y la piedad consiste en servir a Dios, y a Dios se le sirve amándole.

La plenitud, pues, de la verdadera piedad está en el cumplimiento de aquel primer precepto: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma.* (Mt 22,37)

La piedad, pues, es el amor a Dios, que se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. (Ep. 140, 45)

La piedad, o lo que es lo mismo, el culto del verdadero Dios, es útil para todo; ella es la que hace desaparecer o alivia las penas de esta vida y la que conduce a la vida y salvación eterna. En ella no padeceremos mal alguno y disfrutaremos del sumo y sempiterno bien.

A conseguir lo más perfectamente posible esta virtud y a conservarla perseverantemente te exhorto como a mí mismo. (Ep.155, 17)

A la casa de Dios se llama se llama con la vida piadosa; es como el llamador o aldaba del cielo, porque a nuestra buena vida es a quien Dios abre la puerta.

Pide con el corazón, busca con el corazón y con el corazón llama, porque al corazón es al que Dios abre la puerta.

Mas el corazón, que pide rectamente y rectamente llama y busca, debe ser piadoso.

En primer lugar, ha de amar gratuitamente a Dios, porque en esto consiste la piedad, y no debe esperar recompensa alguna para sí, fuera del Señor mismo.

Mejor que Dios no hay nada, ¿qué cosa grande puede pedirle aquel para quien Dios es despreciable?

Te da tierra, y tú, amador de la tierra, convertido en tierra, te alegras.

Si te gozas de que te dé tierra, ¿cuánto más debes gozarte cuando se te da a sí mismo el que hizo el cielo y la tierra? (Serm. 91,3)

¿Buscas cómo agradar a Dios? ¿Buscas qué ofrecerle? Ofrécete a ti mismo.

¿Qué te pide el Señor sino a ti mismo?

Entre todas las cosas de la tierra, tú eres la mejor. Te busca a ti de ti mismo, puesto que tú mismo te perdiste.

Desprecia en ti lo que eres, para que puedas llegar a lo que no eres.

Corrígete; alaba a Dios por tus bienes y confiesa tus males

Cuando, conociéndote malo, te desagrades y con la ayuda del que te creó te corrijas, entonces serás bueno y conseguirás la piedad de la justicia. (Serm.48)

Si sirves a Dios por los bienes temporales, no le sirves con verdadero corazón.

Al ver cómo los que no sirven a Dios disfrutan de las cosas por las que quisieras servir a Dios, dices en tu corazón: « ¿De qué me aprovecha servir a Dios? ¿Acaso tengo tanto como ese que blasfema diariamente? Yo rezo y paso hambre; él blasfema y eructa de saciedad.

Si atiendes a estas cosas es señal de que no te has despojado del hombre viejo. Si fueses hombre nuevo, otra herencia, la nueva, debías esperar y no la vieja.

Si esperas la nueva, desprecia la tierra y ten en nada la fortuna de los soberbios.

Pero al mismo tiempo que desprecias las humanas dignidades no te olvides de ser humilde para que no caigas desde la altura.

¡Arriba el corazón!, pero hacia Dios, no contra él.

Los soberbios tienen el corazón en alto, pero lo tienen contra el Señor.

Si quieres realmente tener en alto tu corazón, tenlo levantado hacia el Señor.

Porque si lo tienes elevado a Dios, él lo sostendrá para que no caiga en tierra». (Serm.25.2)

Da culto a Dios, trabaja por él, para que él te trabaje a ti. Sí, tú trabajas para él y él te trabaja a ti. Pero tu trabajo al darle culto no lo mejora en nada. Se trata de adorarlo, no de cultivarlo como a un campo.

El, en cambio, sí te trabaja a ti, como el labrador a su campo. El trabajo de Dios te mejora, como mejora el campo con el trabajo del labrador Y precisamente el fruto que va buscando en tí es que trabajes en darle culto.

El trabajo que Dios realiza en ti, y que ni por un momento cesa, consiste en extirpar con su palabra las malas raíces que hay en tu corazón abriéndolo con el arado de sus sentencias para plantar en él la semilla de sus mandamientos y esperar el fruto de la piedad.

Y cuando hayas recibido este cultivo en tu corazón, de modo que hayas llegado a dar a Dios el culto debido, entonces serás una tierra agradecida a los trabajos del agricultor, a quien alegrarás con tus frutos.

Con ellos no enriqueces a Dios, sino que te haces feliz tú mismo. (Serm. 87,1)

Todas estas cosas las entenderás perfectamente si amas a Dios con amor verdadero.

No sería verdadero tal amor si te agradase poner la felicidad inmortal en la satisfacción de las pasiones terrenas, y sólo por esto, es decir, por disfrutarla, sirvieses a Dios, y le rogases la gracia de vivir por largo tiempo en la tierra, rodeado de tus comodidades, gozando de tu oro y de tu plata de la amenidad de tus quintas, y de la amistad y el carino de tus amigos, de tus hijos, de tu consorte o de tus servidores; en una palabra: vivir siempre rodeado de tales delicias.

Pero como no puedes tener siempre tus bienes pues sabes que no vivirás siempre, quizá lo que té mueve a honrar a Dios y por lo que gimes en presencia del Señor es porque puedas conservar todos estos bienes hasta la ancianidad.

Pero si por un imposible te dijese el Señor- «Ea quiero que puedas disfrutar de ellos sin morir jamás», lo recibirías como un gran honor, y el júbilo te inundaría de modo que no cabrías en ti mismo.

No es el deseo del hombre piadoso, pues si sirve a Dios por puro amor, no desea otra cosa que contemplar el gozo de su Señor por todos los días de su vida. (In Ps. 26,16)

No esperes, pues, que el Señor te dé los mismos bienes que te manda despreciar en la tierra. (In Ps. 43,16)

El premio de la piedad es la vida eterna.

Y no debes diferir la conversión al Señor porque tengas la seguridad de que, a cualquier hora que te vuelvas a él, recibirás el mismo premio.

Puedes, sí, estar seguro de que se te promete el premio; pero no se te manda que te demores.

¿Por ventura los trabajadores que fueron invitados para trabajar en la viña, cuando el dueño salió a contratarlos de mañana, se atrevieron a decirle: «Espera un poco; no iremos hasta el mediodía»? Y los que encontró al mediodía, ¿se excusaron diciendo que irían a la tarde? Ni los que encontró en la tarde pidieron que les esperase hasta la caída del sol.

Puesto que a todos ha de dar lo mismo, ¿para qué nos hemos de fatigar durante tanto tiempo?

Lo que ha de dar y lo que ha de hacer es un secreto suyo; tú, en cuanto seas llamado, vete.

Es cierto también que los elegidos resplandecerán, quién más, quién menos, según sus méritos; si bien aquello que es esencial en la vida eterna será igual para todos.

Así no habrá para uno mayor o menor duración en lo que para todos es eterno; pues lo que no tiene fin, no lo tendrá ni para ti ni para mí.

A todos se promete la misma paga; pero la gran cuestión es acerca de la hora de comenzar el trabajo.

Si tú has sido llamado, por ejemplo, a las doce, esto es, en aquel período de la vida en que la sangre juvenil hierve como el sol de mediodía, y dijeses a Dios: «Espera aún; he oído en el Evangelio que todos han de recibir la misma recompensa; iré al atardecer, cuando sea anciano; ¿por qué trabajar más para recibir la misma paga?»

Seguramente te daría esta respuesta: « ¿Es posible que rehúses comenzar al momento el trabajo, cuando no tienes seguridad alguna de llegar a la ancianidad?»

Por tanto, ¿se te llama al mediodía? Vete en seguida.

El dueño de la casa te ha prometido el premio, aunque hubieras venido al caer la tarde; pero nadie te ha prometido que llegarás a la una de la tarde.

Fíjate que no te digo al caer, sino quizá al comenzar la tarde. ¿Por qué, pues, dilatas el venir cuando se te llama, estando cierto de la paga e ignorante del día?

Míralo bien; no sea que con tu tardanza pierdas lo que el Padre te promete.

Y si esto se dice con verdad de los niños, que vienen al amanecer; de los adolescentes, que llegan de mañana, y de los jóvenes, que llegan al mediodía, ¿con cuánta mayor razón no podrá decirse a los ancianos decrépitos: «Mira que ya cae la tarde, y aún estás ahí mano sobre mano, dominado por la pereza»? (Serm. 87,6-8)

* * *

¡Qué bien me hace, Señor, unirme a ti! Quiero servirte gratuitamente; deseo servirte lo mismo cuando me colmas de bienes que cuando me los niegas; nada temo tanto como verme privado de ti.

Quítame lo que quieras, con tal que no me prives de ti mismo. (Serm. 32,28)

Heredad tuya soy y heredad mía eres tú: yo trabajo para ti y tú me trabajas a mí. No te rebajas al trabajarme. Yo trabajo dándote culto como a mi Dios que eres, y tú me trabajas como a tu campo que soy.

Tú dijiste: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, y mi Padre el labrador.* (Jn 15,1)

Luego tú me cultivas, y si doy fruto preparas el granero.

Pero si con la mano de tan excelso agricultor- permanezco estéril y en vez de trigo produjera abrojos, no quiero decir lo que ha de suceder; prefiero concluir con un pensamiento más consolador " (Serm. 113,6)

fe.

CAPITULO V

La fe, principio de La vida espiritual

El principio de una vida recta, cuya recompensa será la vida eterna, es la verdadera fe.

Fe es creer aquellas cosas que todavía no ves, y cuya recompensa será llegar a la visión de lo que has creído.

El tiempo de la fe es como la época de la siembra; no te canses de hacer bien; sigue luchando con valor y persevera hasta recoger el fruto de lo que has sembrado. (Serm. 43,1)

Cree en Dios; éste es el primer mandato; he aquí el punto de partida de tu religión, más aún, de tu vida: tener tu corazón bien firme en la fe y unir a esta firmeza en la fe una vida santa, absteniéndote de todas las seducciones y soportando con valor las cosas adversas. Sé fuerte para resistir las amenazas de los unos y los alicientes de los otros. Este es el mejor medio de no dejarte vencer por los placeres ni abatir por las tribulaciones. (Serm.38,5)

Nadie puede comenzar el camino de la perfección si carece de fe; cuando la fe está firme, todo lo demás es posible. (In Ps. 134,18)

Hay muchos que se glorían de sus obras, y hasta encontrarás infieles que no quieren hacerse cristianos porque están satisfechos de su buena vida.

«Es necesario vivir bien, dicen, ¿y qué nos va a mandar Cristo? ¿Que llevemos una vida laudable? Si ya practicamos la virtud, ¿qué necesidad tenemos de Cristo?

No matamos, no robamos, no cometemos injusticia alguna, no deseamos los bienes del prójimo, no nos manchamos con el adulterio.

Nada encontramos, pues, reprensible en nuestra vida; si alguno lo encuentra, que nos haga cristianos». (In Ps. 32,2,2)

Todo lo que el hombre hace, o cree hacer de bueno, si no tiene por blanco la piedad para con Dios, no merece el nombre de bueno; por tanto, si el hombre no tiene fe, su vida no puede ser santa. (De Fid. et oper. 7,11)

Escucha la doctrina del Apóstol: *Sin la fe es imposible agradar a Dios.* (Heb 11,6)

Aunque esas obras restas te parezcan buenas como árboles sanos basta que en la presencia de Dios sean estériles para que ya no las podamos llamar buenas. (Cont.Juli. 1,4,3)

No cuentes entre tus méritos aquellas obras realizadas antes de poseer la verdadera fe, porque donde no hay fe no hay obra buena.

Como la recta intención es la que da el mérito a las obras, así la fe es que la endereza la misma intención.

No atiendas demasiado a aquello que haces; atiende más bien a la mira que te propones al obrar, hacia dónde te esfuerzas en dirigir la nave.

Imagínate que un piloto dirige hábilmente la nave, pero que no sabe adonde se dirige; ¿de qué le sirve gobernar bien el timón, moverlo con pericia; desplegar las velas de modo que pueda dirigir la proa a las olas, para evitar los golpes de lado; llegar con su maestría hasta volver la nave hacia donde se le antoje; de qué, repito, le sirve todo esto si cuando se le pregunta: «Adonde navegas», responde: «No lo sé»; o bien te dice que se dirige a tal puerto, y no va a tal puerto, sino a estrellarse en los escollos?

¿No podremos decir que cuanto mayor es la destreza y confianza que éste tiene para dirigir la nave tanto mayor es el peligro de que con sus esfuerzos la lleve derechamente al naufragio?

Tal es el caso de aquel que corre mucho, pero fuera de su camino.

Si ese piloto hubiera sido menos hábil, de modo que hasta con el timón hubiera tenido dificultad de sacar adelante la nave, ¿no hubiera sido esto mejor y su trabajo más

aceptable? Y aunque hubiese caminado más despacio, pero siguiendo la verdadera dirección, ¿no hubiera sido preferible esto al mucho correr, pero fuera de la ruta?

El mejor andador de todos es el que va por el camino debido y camina más aprisa; en segundo lugar, viene el que tropieza algunas veces, pero que no por ello se sale del camino ni tiene que detenerse en la marcha, sino que, aunque más despació camine, puede seguir avanzando; pues, si bien con más lentitud, hay esperanza de que llegará al término de la jornada. (In Ps.31,2,4)

Escucha otra semejanza. La fe es para el alma como para el árbol es la raíz sana, que absorbe la humedad y le hace fructificar.

La infidelidad, por el contrario, es la raíz de todos los males; es como la raíz de la zarza que presta jugo a la rama, pero sólo es para producir espinas. (In Ps. 139,1)

La raíz del árbol tampoco tiene nada de agradable a la vista, pero dentro tiene el principio de su belleza.

He aquí un árbol magnífico, cubierto de hojas y de frutos; es tan hermoso, que no encuentras palabras para ponderarlo.

Mucho te gusta saborear sus frutos y sentarte a su sombra para descansar; con razón alabas toda esta hermosura.

Si se te mostrase la raíz, no encontrarías en ella belleza alguna. No desprecies la humildad de las raíces, pues de ellas procede toda la hermosura que admiras en el árbol 10.

Grande es todo lo que tiene su principio en la fe; mas ¡cuántos son, por desgracia, los que hacen poco aprecio de esta virtud! También los que no entienden de edificación tienen en poco los cimientos del edificio.

Se abre una zanja, que se llena de piedras toscas y sin labrar; ni están pulimentadas ni hermosura allí aparece.

Contemplas los cimientos y no te llaman la atención, y, en cambio, te produce admiración el edificio levantado. ¡Insensato! Lo que admiras procede de aquello ante lo que has permanecido indiferente. (In Jo.40,8)

Sin fe no te es posible orar, porque no puedes pedir aquello en que no crees.

Para demostrar esta verdad, es decir, que la fe es la fuente de la oración, y que el río no puede correr si se agota el manantial, añade el Apóstol: *¿Cómo invocarán a alguien en quien no creen?* (Rm 10,14)

Por consiguiente, para orar es necesario creer, y además es indispensable que ores para que la fe, base y principio de la oración, no desfallezca.

La fe engendra la oración, y ésta, a su vez, obtiene la firmeza de la fe.

Y para que la luz de la fe no se apague o venga a menos en las tentaciones nos dejó Nuestro Señor escrito: *"Vigilad y orad para no caer en la tentación" (*Lc. 22,46)

Entrar en la tentación es como salir de la fe; y tanto prospera la tentación cuanto desfallece la fe, así como tanto la tentación pierde fuerza cuanto la fe la gana. (Serm. 115,1)

Una fe piadosa vive aun en medio de las tentaciones y borrascas del siglo. Aunque el mundo arrecie en sus golpes, la fe permanece intacta y firme. (Serm. 105,6)

Si quieres merecer el don de la inteligencia, empieza por creer, porque la fe debe preceder a la inteligencia, para que ésta sea el premio de la fe.

Lo ha dicho explícitamente el Profeta: *Si no creéis, no entenderéis.* (Is 7,9)

Es necesario, por tanto, creer en la predicación sencilla y esperar a entender después mediante la discusión. (Serm. 139,1)

Hay hombres que no creen, y dicen que no entienden muchas cosas: es precisamente por faltarles la fe por lo que no entienden.

Adhiérete a la verdad por medio de la fe, para que puedas ser vivificado por la inteligencia.

Si no aceptas, resistes; y si resistes, no crees.

¿Cómo podrás ser vivificado, si existe en ti esa resistencia?

Rechazas el rayo de luz que te debe iluminar; y esto no es apartar la vista, sino cerrar los ojos. (In Jo. 37,7)

Quizá tú digas: «Todos quieren entender y no hay nadie que no lo quiera; pero es menester que yo entienda para creer».

Y yo te respondo: «Comienza por creer, y después entenderás». (Serm. 43,4) porque la fe es una disposición para entender, y el entender es mérito de la fe.

Las Escrituras, los Profetas, los Evangelios y los escritos de los Apóstoles dan alguna luz sobre los misterios de la fe.

Todos estos escritos, que periódicamente oyes leer en la iglesia, son como antorchas que lucen en un lugar oscuro para enseñarte el camino, y alimentarnos el espíritu hasta que luzca el día.

¡Insensato! ¿Deseas subir y no quieres hacer uso de la escalera?

Si te pudiera mostrar todo lo que has de ver, no te exhortaría a creer. *La fe es garantía de las cosas que se esperan y prueba de las que no se ven.* (Heb 11,1)

Dios te ha dado los ojos para gobernar el cuerpo y la razón para dirigir tu espíritu. Despierta, pues, la razón de tu interior; haz que se levante aquel que es el habitador de tus ojos interiores, para que utilice sus ventanas y contemple las obras del Señor.

Dentro de ti hay alguien que ve por tus ojos; pero si diriges a otra parte tus pensamientos, haciendo que tu habitador se repliegue al interior, no ves lo que tienes delante de tus ojos.

Es inútil en este caso que las ventanas estén abiertas, toda vez que se halla ausente el que ha de mirar por ellas.

No son los ojos los que ven; hay otro que ve por ellos; despiértalo y levántalo.

Abre los ojos de tu entendimiento y usa de ellos como hombre que eres; contempla el cielo y la tierra, el esplendor de aquél y la fecundidad de ésta; el vuelo de las aves, el nadar de los peces, la virtualidad de las semillas, el orden de los tiempos. Examina los hechos y busca el Hacedor. Mira lo que ves y busca lo que no ves.

Cree en el que no ves por las maravillas que ves. (Serm. 126,1-3)

¿Quién niega que es trabajoso el tiempo de la fe? En verdad que es trabajoso, pero a esta fatiga es proporcionada la recompensa prometida.

No seas perezoso en el trabajo cuya recompensa tanto deseas. (Serm. 38,4)

Adonde no llega la razón humana llega la fe; donde la razón se pierde sigue avanzando la fe. (Serm.190,2)

Donde la razón no sirve, allí edifica la fe. (Serm.247,2)

* * *

¡Oh Señor! Comenzaré por la fe para llegar a la visión: soy caminante en busca de la patria.

Que durante mi peregrinación diga mi alma: *Todas mis ansias están en tu presencia, y no se te ocultan mis gemidos.* (Sal 37,10)

Pero en la Patria, por lo mismo que nada necesitaremos, no tendremos por qué orar, sino que nuestra ocupación será cantar alabanzas.

Lo que aquí creo, lo veré allí; lo que aquí espero, allí lo poseeré; lo que aquí pido, allí se me dará. (Serm, 159,1)

Ahora considero lo que veo, y creo lo que no veo.

No me abandonaste, Dios mío, tú que me llamaste para que creyera. Aunque me mandaste creer lo que no puedo entender, no me has dejado sin algún indicio por donde pudiera creer lo que no veo.

Si me era imposible ver tu divinidad, podía ver tu humanidad; te hiciste hombre para que en una sola persona yo tuviese lo que podía ver y lo que debía creer. (Serm.126, 5)

CAPITULO VI

Necesidad de la humildad para creer

La medicina contra la hinchazón de tu soberbia es la humildad de Cristo. No te habrías perdido si no te hubieras hinchado por el orgullo.

La soberbia es el principio de todo pecado.

Si el principio del pecado es la soberbia, ¿de qué otra manera que haciéndose Dios humilde podía venir el remedio para sanar la soberbia?

He aquí por qué se dignó humillarse en todo nuestro Señor Jesucristo, mostrándote el camino que has de seguir, si es que aceptas caminar por él. (Serm. 123,1)

Al soberbio le parece indigna la humildad del Señor; por eso está la salud muy lejos de él.

Tú no te ensoberbezcas; si quieres sanar, humíllate. (Serm. 124,3)

Si quieres llegar a la sublimidad de Dios, desciende primero hasta su humildad.

Tu interés pide que seas humilde, puesto que Dios se dignó ser humilde por tu bien, no por él.

Aplícate a copiar en ti la humildad de Cristo; aprende a ser humilde y no te ensoberbezcas nunca.

Cuando hayas logrado ser humilde a semejanza de él, te levantarás con él; no como si él también se levantara, sino que te levantarás tú: te acercarás más a él y le conocerás mejor.

Primero tenías de él una idea vaga y dudabas; después le entenderás con mayor precisión y claridad.

No es que haya crecido él en ti, es que has adelantado tú y parece como si él se levantara contigo.

Cree en los mandamientos de Dios y cúmplelos, y él robustecerá tu inteligencia.

No tengas pretensiones ni antepongas tu ciencia a los preceptos de Dios, porque te empequeñecerías y quedarías sin apoyo.

Fíjate en el árbol. Antes de elevarse se introduce en la tierra; fija bien su raíz en el suelo para extender luego sus ramas hasta el cielo. ¿No se apoya en la tierra antes de subir?

Tú, al contrario, querrías llegar a comprender las cosas más elevadas sin la humildad y sin la caridad.

¿Pretenderías lanzarte a los aires sin tener raíz? Proceder así no es crecimiento, es la ruina.

Habilitando Cristo por la fe en tu corazón, procura radicarte y fundarte en la caridad, para que recibas toda la plenitud de Dios. (Serm. 117,17)

Escucha a Cristo, que dice: *Yo te glorifico, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes de la tierra y las has revelado a los pequeñuelos*. (Mt 9,25)

Entiéndelo bien: de la contraposición de términos debes deducir el sentido de las palabras. Estas cosas que Dios ha escondido a los sabios y prudentes no se las reveló a los necios e imprudentes, sino que las ha manifestado a los pequeñuelos.

A los doctos y sabios, que se mofan, ha contrapuesto no los ignorantes ni los imprudentes, sino los niños.

Pues ¿acaso no nos insinúa el mismo Señor, que se refirió a los soberbios, con las palabras *"sabios y prudentes"* cuando dijo.*"y se las ha revelado a los pequeñuelos"*.

Dice que se las escondió a los que no son pequeñuelos, que es lo mismo que los no humildes. Y los no humildes, ¿quiénes son sino los soberbios?

Sé pequeño; porque si quisieras ser grande, como los sabios y prudentes, no se te manifestará el camino del Señor.

Escucha al Apóstol: *Los que se jactan de ser sabios terminaron siendo unos necios*. (Rm 1,22)

En lo contrario tienes el remedio. Si diciendo que eres sabio te haces necio, llámate necio y serás sabio.

Dilo así. Pero dilo con el corazón, porque así es en realidad.

Si lo dices, no lo digas solamente delante de los hombres, sino nen presencia de Dios. (Serm. 68,8)

La doctrina cristiana se reduce al precepto de la humildad y a recomendar su práctica, para que no te gloríes más que en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. (Gál 6,14;Serm. 160,5)

No es gran cosa gloriarse en la sabiduría de Cristo, pero es cosa extraordinaria gloriarse de su Cruz, De lo que toma motivo en impío, para mofarse. Lo toma para gloriarse el piadoso; y de lo que para el soberbio es ocasión de ultraje, sea de gloria para el cristiano. (Gál.6,14)

El Apóstol dice no saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado. (1Co 2,1-2)

Y con esto todo lo sabía, nada le quedaba por saber.

Gran cosa es saber a Cristo crucificado; pero Dios lo ha puesto ante los ojos de los humildes como un tesoro escondido en una envoltura.

¡Cuántas bellezas no encierra este tesoro! Cuida bien de que nadie te engañe con seductoras filosofías, conformes con el mundo, no con Cristo, en quien se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. (Col 2,8.3)

No quieras, pues, engañarte con 'el nombre de sabio.

Procura acercarte a esa envoltura y ora para que se te desenvuelva.

¡Necio filósofo de este mundo! Lo que buscas nada es; tu verdadero tesoro es lo que no buscas.

¿Qué te aprovecha, cuando tengas sed, si pasas adelante y pisas la fuente al pasar?

Desprecias la humildad porque no sabes en qué consiste la verdadera grandeza.

Lo que no quiere oír tu soberbia, que lo escuche tu sabiduría.

Busca no lo que pueda subir hasta tu corazón, sino hasta dónde deberá subir tu corazón.

Merecerás gloriarte con el Resucitado si aprendes a gloriarte con el Crucificado.

Ha habido muchos que conocieron el fin, pero ignoraron cómo lograrlo; amaron la grandeza y la eternidad del Cielo, pero no aprendieron el camino de la humildad que conduce al Cielo.

Busca tu tesoro allí donde se avergüenza la orgullosa filosofía; llegarás a conseguir ese tesoro escondido si no desprecias la envoltura humilde que lo esconde.

Donde está la humildad está también la grandeza; donde está la debilidad está el poder; donde la muerte, la vida.

Si quieres llegar a estas, no desprecies aquellas. (Serm. 160, 3, 4)

No aspires a saber cosas profundas; la fe es una gracia de Dios, y la gracia, para ser tal, debe concederse gratuitamente. Esto quiere decir que no es fruto de los méritos del que la recibe, sino don de la generosidad del que la da.

La fe, pues, no es mérito tuyo, es beneficio de Dios. (Ep. 140,48-51)

Escucha al Señor, que dice: *Nadie viene a mí si mi Padre no se lo concede.* (Jn 6,66)

Nadie viene a mí si mi Padre, que me envió, no lo trae. (Jn 6,44)

Hay aquí una violación al corazón no a la carne.

Cree y te estás acercando, ama y eres atraído.

Es una violencia dulce, una violencia suave; es la misma dulzura la que te atrae.

¿No has visto cómo se atrae a la oveja hambrienta mostrándole un poco de hierba?

Así también tú: vete a Cristo; no creas que hay que hacer largos viajes; en el momento que crees, llegas a él.

Puesto que está en todo lugar, a Jesús se llega amando, no navegando.

Mas como en este camino abunda el oleaje y las tempestades de diversas tentaciones, necesitas creer en el Crucificado, a fin de que tu fe tenga en los peligros un madero en que apoyarse.

No habrá cuidado de naufragio, porque este madero te sostendrá a flote.

Si ya crees, alégrate de este don. Da gracias al que te lo ha dado con humildad de corazón, no con arrogancia; no sea que lo que has merecido con la humildad lo pierdas por la soberbia. (Serm. 131,2-3)

* * *

¡Señor! Reconozco que no soy luz para mí mismo; a lo más seré ojo, pero no luz.

Y de ¿qué sirve un ojo sano si falta la luz?

Yo clamo y te digo: *Tú iluminas mi lámpara, Señor; con tu propia luz alumbras mis tinieblas.* (Sal 17,29)

Yo no soy más que tinieblas. Tú eres la luz que las disipa y me ilumina, no con la luz que existe en mí, que no tengo ninguna, sino con la que me viene de ti.

Tú eres la Luz; yo, lámpara encendida por ti; y lo que se puede encender, se puede también apagar.

Que no me apague, que no sople en mí el viento de la soberbia.

Los sabios y los prudentes también son tinieblas aunque se creen luz; y por eso, porque se creen luz, no pueden ser iluminados.

En cambio, yo, que soy tinieblas, y como tinieblas me confieso ante ti, quiero ser pequeño y no grande; deseo ser humilde y no soberbio.

Haz, Dios mío, que me reconozca como soy y te alabe; ayúdame, que no me desvíe ni retroceda en el camino que conduce a la salud.

Convertido a ti con un corazón puro y según me lo permite mi pequeñez, te doy gracias sin cesar, suplicando con todas las fuerzas de mi alma a tu suprema bondad que te dignes escuchar benévolamente mis oraciones. Con tu sumo poder aparta al enemigo de mis pensamientos y acciones; acrecienta mi fe y gobierna mi mente; infúndeme pensamientos espirituales y condúceme a la posesión de la bienaventuranza, por Jesucristo, tu Hijo. Amén. (Sem. 67,8-10)

CAPITULO VII

Jamás debemos avergonzarnos de la fe de Cristo

Hay una frente en la cara y otra en la conciencia.

Y algunas veces, cuando se turba la frente interior, se altera también la externa, la cual, o se ruboriza por el pudor, o palidece a causa del miedo.

Importa mucho saber dónde llevas la señal de Cristo, si sólo en el corazón o en la frente y en el corazón. (Serm. 107,7)

Si llevas en tu corazón la imitación de la humildad de Cristo, debes llevar sobre tu frente la señal de las humillaciones de Cristo. (Serm. 32,13)

Te advierto esto porque hay muchos que tienen la fe dentro de su corazón, pero no se atreven a confesarla de palabra.

¿De qué te sirve creer interiormente para ser justificado, si después no tienes valor para manifestar tus convicciones?

Es verdad que Dios ve tu fe interior, pero esto no basta.

No te atreves por miedo a los soberbios a confesarte discípulo de aquel que se hizo humilde. Antepones los soberbios al que por tu amor los condenó.

Tienes reparo en confesar la humillación del Hijo de Dios, que nació, fue crucificado y murió; y no te avergüenzas de confesarle como Verbo, Fuerza y Sabiduría de Dios.

Reflexiona que el Hijo del Altísimo es igual al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas y por quien tú mismo fuiste creado; se hizo hombre por ti, y por amor a ti nació y murió.

¡Pobre enfermo! ¿Cómo sanarás si te avergüenzas de tomar la medicina que te conviene?

Aprovecha la ocasión, ahora que es tiempo; porque el que ha sido despreciado vendrá para ser respetado; el que ha sido juzgado vendrá a juzgar; el que murió en la cruz vendrá a resucitar; el que fue cubierto de oprobios volverá al mundo cubierto de gloria.

Hay un ahora y un después. Ahora es tiempo de elegir la parte de gloria que te ha de tocar después; al presente es el tiempo de la fe; más tarde se manifestará el objeto de esa fe.

¿Te avergüenzas de confesar en público el nombre de Cristo? Si así obras, has de saber que será grande tu confusión cuando venga el justo Juez a dar a cada uno el premio o el castigo que merezca.

¿A qué lado estarás entonces? ¿Qué harás cuando el Altísimo, mirándote, te diga: «Porque te has avergonzado de mis humillaciones no tendrás parte conmigo en la gloria»?

Fuera, fuera de ti ese culpable rubor; venga un saludable descaro, si descaro hay que llamarlo.

No te ruborices del nombre de Cristo; no te importe que se burlen de que crees en un crucificado, en un ajusticiado.

¡Ajusticiado! Esta es la palabra exacta. Pero fíjate bien que de no haber corrido su sangre subsistiría intacta la nota de cargo donde constaban tus culpas.

Ciertamente que en un ajusticiado crees; pero lo muerto en él es lo que tomó de ti, no lo que fue causa de tu creación.

Murió, sí, en su forma de siervo, en esta naturaleza que tomó de ti y por ti; en esa naturaleza en que nació y padeció, resucitó y subió a los cielos.

Cuatro cosas he mencionado: Nacimiento y Muerte, Resurrección y Ascensión. Dos primero y dos después; las dos primeras, su Nacimiento y su Muerte; las dos últimas, su Resurrección y Ascensión.

En las dos primeras te mostró lo que eres, tu verdadera condición; las dos últimas son una muestra de lo que serás cuando llegue la hora del galardón.

El nacer y el morir bien los conoces ya; lo que todavía ignoras es el resucitar y el subir a los cielos.

Tomó aquello que sabías y te ha mostrado lo que ignorabas; sobrelleva, pues, con paciencia lo que ha tomado y espera lo que te ha mostrado. (Serm. 279,7-8)

Es necesario que lleves alta la frente y no te avergüences cuando recibes insultos por Cristo; porque si te avergüenzas de que te llamen discípulo de un crucificado, o adorador del que murió en un patíbulo, o servidor de un ajusticiado, estás perdido.

Escucha la sentencia de aquel que no engaña a nadie: *Quien se avergüence de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él en presencia de los Ángeles de Dios*. (Mt. 10,23)

Camina con la frente alta; saca la cara cuando oigas algún insulto contra Cristo.

¿Qué puedes temer? ¿No llevas tu frente armada con la señal de la cruz? (In Ps.68,12)

Cristo murió por ti, pecador.

Cuando eras enemigo de Dios fuiste reconciliado con él por la muerte de su Hijo.

En Cristo hallas el grado mayor de amor, porque dio la vida por ti, que no eras su amigo, sino su enemigo.

¡Cuan ardiente amor el de Dios para contigo! ¡Qué afecto el suyo para contigo, que le lleva a morir por amor tuyo!

Así lo crees tú, y ¿es posible que te avergüences de confesarlo?

Créelo, sí; y para tu salvación no te ruborice hacer esta profesión de fe.

Escucha lo que dice el Apóstol: La fe del corazón obtiene la justificación, y la confesión pública obtiene la salvación. (Rm 10,10)

En fin, para desvanecer toda duda y sonrojo, recuerda que, cuando abrazaste la fe, recibiste la señal de la cruz sobre la frente; como si dijéramos, allí donde tiene su asiento la vergüenza.

Piensa en esto y no te infundirá miedo la lengua ajena.

No te ruborices, pues, de la ignominia de la cruz, ignominia que todo un Dios no vaciló en tomarla sobre sus hombros por ti, y di con el Apóstol: *Líbreme Dios de gloriarme sino de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo*. (Gál 6,14)

Aquel a quien un pueblo clavó en la cruz, vive hoy en el corazón de todos los fíeles. (Serm. 215,5)

* * *

¡Oh Señor! Prometo llevar sobre mi frente la señal de la santa Cruz. Jamás me ruborizaré de ella mientras la lleve grabada en mi corazón.

Tu distintivo, Señor, es la humildad. Los Magos conocieron por la estrella tu nacimiento. Te plugo darles una señal celeste y luminosa; sobre mi frente has puesto también un distintivo, que no es la estrella, sino tu cruz.

Por la humillación has conseguido la glorificación; has ensalzado a los humildes con el mismo medio que usaste para humillarte y empequeñecerte. (In Jo. 3,2)

Tu cruz, Señor, es como un gran candelabro; y si yo quiero lucir, no debo avergonzarme de este candelabro, aunque sea de leño.

Para ser antorcha, no he podido encenderme ni colocarme por mí mismo sobre el candelabro; brilla, pues, tú, que me lo has concedido.

Mi gloria eres tú, mi gloria es el candelabro; si el candelabro me niega su apoyo, me vengo al suelo.

Líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que no sea tu cruz; que el mundo esté crucificado para mí y yo para el mundo.

Ayúdame a no buscar la felicidad en el mundo; más aún, a huir de la felicidad que el mundo me brinda.

Si el mundo me halaga, huiré de ese corruptor; si me amenaza, no temeré a tal enemigo.

Haz que me gloríe en el candelero, y que mientras sea antorcha me conserve siempre en la humildad, para que la soberbia no apague mi luz. (Serm. 289,6)

CAPITULO VIII

La fe sin las obras es muerta

La fe es de gran valor; pero de nada sirve sin la claridad. (In Jo. 6, 21)

Quita la fe, y desaparece lo que crees; quita la caridad, y desaparece lo que haces. A la primera pertenece lo que crees; a la segunda pertenece lo que haces.

Si crees y no amas, no te sentirás movido a practicar las buenas obras; y en caso de que te determines a ello, lo harás como un esclavo, no como un hijo; lo harás como quien teme el castigo, no como quien ama el bien.

Te diré, en conclusión, que la única fe purificadora del corazón es la que obra por amor. (Serm. 53,2)

Si crees que por haber abrazado la fe de Cristo puedes impunemente cometer toda suerte de pecados, estás en un error lamentable.

De nada te servirá invocar el nombre de Cristo cuando empiece a juzgar con severidad aquel justo Juez que primero usó contigo de larga misericordia.

No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará en el reino de los cielos.

Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, en tu nombre hemos comido y bebido». (Mt. 7,21)

Todos aquellos que juzgan que les basta obrar de este modo concluirán condenándose.

Y aun cuando veas que muchos obran asi, y hasta tratan de defender y aconsejar tal conducta, atente a la ley de Dios y no hagas caso de los transgresores de ella.

Tú serás juzgado no según sus opiniones, sino según la verdad y las promesas de Cristo. (De Cat.rud.25)

No te den gran cuidado las obras de la fe; procura que vayan unidas a ella la esperanza y la caridad, y después no te preocupes de tus obras.

La caridad no puede permanecer inactiva; no encontrarás jamás un amor que esté ocioso y sin obras. ¿Acaso los crímenes, maldades, homicidios y lascivias de toda especie no son obras del amor?

Purifica tu amor; encauza al jardín el agua que debía verterse en la cloaca, y así obtendrás flores; los anhelos mundanos dirígelos al Creador del mundo. (In Ps.31,2,5)

¿Qué te aprovecha predicar la verdad si existe desacuerdo entre la lengua y el corazón?

¿De qué te sirve escuchar la verdad si no edificas sobre roca?

Escuchando y practicando es como edificas sobre la roca. Si escuchas y no practicas, cimientas tu edificio en la arena movediza, que es lo mismo que levantar una ruina.

En verdad, que si no edificas sobre roca, la primera avenida del río te arrastrará a ti y a la casa. (In Ps. 57,23)

El que oye la palabra de Dios sin poner en práctica sus enseñanzas, se parece al enfermo que come mucho sin poder digerir los alimentos; porque, tomados en estas condiciones, en vez de fortalecer el organismo ocasionan náuseas. (Serm.28,2)

¿Qué provecho puede tener creer y blasfemar? Pues esto hace el que adora a Cristo en su cabeza y le deshonra en el cuerpo.

Si tú te has separado de su cuerpo, no por eso la cabeza se ha separado de su cuerpo.

Sin provecho tuyo me honras; inútilmente me adoras, te grita la cabeza desde su puesto. (In Ep..Jo. 10,8)

Una cosa es confesar a Cristo, de modo que estés unido con él, y otra confesarle de modo que alejes de ti a Cristo.

Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo. (Mt 16,16) ésa fue la confesión de Pedro, mostrando su deseo de unirse con él.

Sabemos quién eres tú: el hijo de Dios. (Mc 3,12) dijeron también los demonios para que Cristo se alejase de ellos.

La fe del cristiano es con amor. La fe sin amor es fe de los demonios; el que no cree es peor que los demonios, pues tiene su corazón más endurecido que ellos. (In Ep.Jo. 10,1-2)

¿Y qué? ¿Por haber hecho esta profesión de fe: *Sabemos quién eres tú*: *el Hijo de Dios,* reinarán los demonios con el Hijo de Dios? De ninguna manera.

Cuando a Pedro se le hizo esta pregunta: *¿Quién decís vosotros que soy yo?*, respondió: *Tú eres Cristo*, *Hijo de Dios vivo*. Y el Señor le dijo: *Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás*. (Mt 16,15)

¡Oh Dios mío! ¿No te dijeron eso mismo los demonios? ¿Por qué no los llamas bienaventurados? ¿Por qué? Porque los demonios hicieron esa confesión por temor, y el discípulo la hizo por amor. (Serm. 168,2)

Es la misma confesión, pero no es idéntico el amor. (In Ps. 49,2.)

El mismo es el sonido de las palabras, pero el Señor no se fija en la flor solamente, sino que va a la raíz. (Serm. 158,6)

Escucha al Apóstol Santiago: *¿Qué galardón puede esperar aquel que dice que cree si le faltan las obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarle? La fe sin obras es una fe muerta*. (St. 2,14-20)

Y siendo esto así, ¿cuándo caerá la venda de los ciegos voluntarios, que se imaginan poder salvarse prescindiendo de las buenas obras, como si bastara la fe muerta para conseguir la vida eterna? (De Fid. et oper. 14)

Yo te pregunto si crees. Y me contestas: «Creo». Practica lo que crees y tu fe será verdadera. (Serm. 49,2)

No alabes a Dios sólo con la boca; pon en armonía tu lengua con tus costumbres.

Cuando cantas, guardas silencio a veces. Cuando cantas con la vida, no calles nunca. (In Ps. 146,2)

En las obras es donde debe resonar tu voz. Empieza a despreciar al mundo, a repartir tus bienes entre los necesitados, a tener en nada lo que aman los hombres, a perdonar las injurias, a desechar el espíritu de venganza, a preparar la otra mejilla al que te haya herido, a orar por los enemigos, a no reclamar lo que te hayan robado, a devolver el cuádruplo de lo que hayas robado tú. (Serm. 88,12)

El fin de todas tus buenas obras sea un amor desinteresado para con Dios y benéfico para con el prójimo.

Nada podemos dar a Dios que sea nuestro; pero sí podemos dar al prójimo. Dando al menesteroso granjearás para ti la abundancia.

Por eso cada uno debe dar de lo que tiene y distribuir lo superfluo de su hacienda al indigente.

¿Tienes una gran fortuna? Da de comer al hambriento, viste al desnudo, edifica iglesias, emplea tu dinero en hacer todo el bien que puedas.

¿Tienes el don de consejo? Sírvete de la prudencia para dirigir a tu prójimo, disipar las tinieblas de su espíritu con la luz de la piedad.

¿Eres instruido? Da de los tesoros del Señor, distribuye alimentos a tus colegas en el servicio de Dios, conforta a los fieles en la fe, desengaña a los que viven en el error y busca a los extraviados. Haz todo el bien que puedas.

Hay algo que también los pobres pueden ofrecer: prestar sus pies a los impedidos, sus ojos a los ciegos, visitar a los enfermos y enterrar a los muertos.

Todos, en fin, pueden prestar algún servicio, y es casi imposible encontrar quien no pueda hacer algo en favor de su prójimo.

En todo caso, todos pueden practicar este gran mandamiento del Apóstol: *Llevad mutuamente vuestras cargas, y con eso cumpliréis 1a ley de Cristo.* (Gál 6,2 y Serm. 91,9)

Si ésta es la fe que hay en ti, eres ya del número de los predestinados, de los llamados y justificados: sólo te resta aumentar esta fe. (Serm. 158,7)

* * *

Señor mío Jesucristo, yo creo en ti, pero haz que crea de tal modo que también te ame.

La verdadera fe consiste en amarte. No basta creer como los demonios, que no amaban, y a pesar de que creían, clamaban: *¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús, hijo de Dios?* (Mt 8,29)

Haz, Señor, que yo crea de modo que, creyendo, te ame, y no te diga: « ¿Qué tengo que ver contigo?», sino más bien: «Tú me has redimido, y yo quiero ser todo tuyo». (In Ps. 130,1)

Quiero invocarte, Dios mío; ayúdame tú para que mi alabanza no sea sólo ruido de voces y mudo de obras.

Te invocaré despreciando al mundo.

Te invocaré pisoteando todos los placeres de la tierra.

Os invocaré diciendo, no con la lengua, sino con la vida: El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. (Gál 6,14)

Clamaré a ti distribuyendo y dando a los pobres. (Serm. 88,12)

Uniré a mi fe recta una vida recta, para alabarte confesando la verdad con las palabras, y llevando una vida buena con las obras. (Serm. 183,13)

CAPITULO IX

La esperanza compañera de la fe

Si posees ya la fe viva que va unida a la caridad, es necesario que esperes en las promesas de Dios; porque la esperanza es compañera de la fe.

Hasta que no veas el objeto de tu fe, es necesaria la esperanza para que no desalientes y te desesperes.

Estás triste porque todavía no ves, pero te sostiene la esperanza al asegurarte que verás algún día. He aquí por qué la fe y la esperanza deben ir siempre en amigable consorcio. (Serm. 53,11)

En este mundo tendrás tribulaciones, pero con la esperanza posees ya lo futuro; y si en las tribulaciones de la vida presente no te consolases con la esperanza de lo que esperas, ciertamente perecerías.

Tu alegría no procede de una cosa ya poseída, sino del objeto de la esperanza.

Pero tu esperanza es tan cierta como la misma realidad; no puede haber razón alguna para dudar de las promesas divinas cuando es la verdad la que promete, la verdad misma, que no puede engañarse ni engañarte.

Mucho te importa, pues, no separarte de ella; ella te libertará, pero con la condición de que has de atenerte a su palabra.

Ahora crees; después verás. Mientras dura la fe, te sostiene la esperanza en la peregrinación por el mundo; cuando veas, estarás en posesión de la realidad, la verás cara a cara.

Ahora, mientras vivimos en el cuerpo, estamos lejos del Señor, caminamos apoyados en la fe, no vemos. Si vas viajando apoyado en la fe, es señal de que todavía no has llegado a la patria, pero te encuentras en el camino que a ella conduce; en Cambio se no crees, no estás en la patria ni en el camino.

Camina, pues, como quien está de viaje; porque el mismo Rey de la patria se ha hecho camino. (In Ps. 132,2)

Atente a los mandatos del Señor, a fin de que, cuando venga, no seas castigado.

Al presente tu salvación es en esperanza, no en posesión de la realidad; pero, aunque no estén en posesión de lo que se te ha prometido, esperas firmemente que así se realizará.

El que te ha hecho las promesas es fiel cumplidor de su palabra; no te engaña. No te desalientes; consérvate fiel y espera con paciencia su cumplimiento.

Procura no mentir diciendo una cosa de palabra y otra con tus acciones; permanece firme en la fe y él cumplirá sus promesas.

Si no te mantienes en la fe eres tú mismo la causa de tu engaño, no tienes que culpar al autor de las promesas. (In Ep.Jo 4,2)

Escucha la voz de Dios, que te hace promesas, como si te hablara de esta manera:

HABLA CRISTO

Yo cumpliré las promesas que te he hecho; la esperanza de los impíos mira sólo al presente: tú debes poner tu blanco en el futuro; la de ellos es insegura, la tuya cierta; la de ellos es falsa, la tuya verdadera.

Cuando quieres conseguir alguna cosa, la pides con empeño; ahora bien: si con confianza me invocases, yo vendría a ti y sería tu riqueza.

¿Por qué anhelas tener ahora la casa llena y el alma vacía?

Yo lleno el corazón, no las arcas. ¿Para qué te sirven las riquezas exteriores, si tu corazón está lleno de miserias?

Los que invocan mi nombre para conseguir intereses temporales, para tener bienes de la tierra, para disfrutar de una vida desahogada o ser felices en este mundo, no me invocan ni me buscan a mí. (In Ps. 52,8)

Aspira de nuevo a la unción del Espíritu Santo; atiende a aquella inspiración que interiormente te enseña aquello que los hombres no saben expresar; y ya que al presente no puedes verla, tu afán sea desearla siempre.

Toda la vida del buen cristiano se reduce a un santo deseo. Lo que deseas no lo ves aún, pero con el deseo te dilatas para poder ser colmado cuando venga la visión.

Así como cuando tienes que llenar un saco, un odre u otro recipiente de algo grande que te dan al ver la estrechez del recipiente y la cantidad que se te ofrece, lo estiras y ensanchas para que quepa más cantidad, así también con la espera se agranda el deseo, y con el deseo el ánimo, de modo que aumente su capacidad.

Tal debe ser tu vida: una preparación por el deseo.

Este santo deseo será en ti tanto más vivo cuanto más alejados del amor del mundo estén sus anhelos.

Para ser colmado de bienes, vacíate del mal. Si yo quisiera llenarte de miel y estuvieras tú ya henchido de vinagre, ¿dónde recogerías la miel?

Vacía primero el recipiente, limpia y purifica tu corazón. (In Ep. 4,6)

Mucho más increíble es que yo me haya entregado por ti a la muerte. ¿Cómo has de dudar de mis promesas, garantizadas con prenda tan preciosa? (Serm. 342,5)

Levanta en alto tu corazón; aspira el aura vital de la libertad, que da una confianza perfecta, porque se te ha concedido llegar a ser hijo de Dios.

Grande en verdad es mi promesa; tiene algo de increíble; parece imposible al hombre llegar a ser hijo de Dios.

Pero ¡arriba la esperanza! Arroja de tu corazón la incredulidad; mucho más increíble que mis promesas es lo mucho que por ti he hecho.

¿Te admiras de poder gozar de una vida eterna? ¿Tienes reparo en admitir que has de llegar a poder conseguirla?

Mucho más increíble es que yo me haya entregado por ti a la muerte. ¿Cómo has de dudar de mis promesas, garantizadas con prenda tan preciosa? (Serm.342,5)

* * *

¡Oh Señor! haz que, fundado en tus promesas, crea en lo pasado, conozca lo presente y espere en lo que vendrá.

Que el enemigo no me haga perder el camino, para que tú, que me has acogido como pajarillo bajo tus alas, me conserves en ellas salvo, a fin de que, avecilla y sin plumas como soy, no sea presa del gavilán. (In Ps. 58, 2, 14)

Señor, tú eres ahora mi esperanza; mi esperanza digo y no mi herencia; serás mi posesión cuando llegue a la tierra feliz de los que viven.

Esta es morada de muertos, y yo estoy como de paso; lo que importa es la meta.

Todos, justos e injustos, están de paso, pues no pasa sólo el bueno y el malo permanece; unos y otros tendrán que salir de aquí, pero no llegarán al mismo término.

Cada uno llegará a su fin según los méritos respectivos, y los unos quedarán separados de los otros por un abismo infranqueable.

Verdad es que aquí hay gemidos, tentaciones, angustias, tristezas y peligros; todo esto es propio de este estado de peregrino en que estoy.

Estar unido a ti es la vida; alejarse de ti es la muerte segura. (In Ps. 145,7)

Me cobijo bajo tus alas protectoras: ampárame y llévame contigo. Sí, tú también llevas a los pequeñuelos. Los conducirás hasta su vejez. Sólo apoyándome en ti soy fuerte; de mí sólo tengo enfermedad y flaqueza.

Todo mi bien está en ti; por eso cuando me he separado de ti me he perdido.

Quiero ya volver, Señor, para no perderme; en ti vive sin defecto alguno todo mi bien, que eres tú mismo, y ya no temo que me falte lugar donde volver mis ojos si de ahí he caído, pues con mi caída no se arruinó mi casa, que es tu eternidad. (Conf. 4,16)

CAPITULO X

La esperanza, consuelo en este destierro

Te es necesaria la esperanza porque te consuela durante la peregrinación.

Si sufres con paciencia las molestias del viaje es porque esperas llegar al término; sin esta esperanza, desfallecerás en el camino. (Serm. 158,8)

Para tener la seguridad de llegar al fin, procura tener tranquila tu conciencia.

Si te remuerde de algo tu conciencia, desfallece tu esperanza y no puedes esperar más que la condenación.

Para que puedas esperar confiadamente el reino, purifica primero tu conciencia, ten fe y practica buenas obras. (In Ps, 31,2,5)

Pero, ante todo, sé humilde. Dios conforta a los humildes con la esperanza, haciendo que no presuman soberbiamente de sí y que en su miseria no desesperen.

La promesa que el Señor ha hecho para consolar a los afligidos es auténtica, segura, firme, inconcusa, y su fidelidad no puede ponerse en duda.

Toda la vida del hombre es una continua tentación; pero en cualquier condición en que se desenvuelva tu vida en este mundo, no busques refugio sino en Dios ni contento fuera de sus promesas.

Pues esta vida, aunque rebose de felicidad, deja desengañados a muchos; Dios, a ninguno.

Con tu conversión al Señor se cambia en ti el amor, se cambian tus gustos; no que se te quitan, sino que quedan sustituidos por otros. Todas las delicias que goces en este mundo no son la real posesión del objeto; pero la esperanza es tan cierta que, con razón, se puede anteponer a los deleites de este mundo, según lo que está escrito: *Pon tus delicias en el Señor*. (Sal 36,4)

Y para que no te engañes, creyendo que ya posees todo lo que te ha prometido, añade a continuación: *Y él te otorgará todos los deseos de tu corazón*. (Salm. 36,4)

Ahora bien: no poseyendo aún lo que tu corazón desea, ¿cómo puedes encontrar en el Señor todo tu deleite sino pensando que cuentas con la promesa firme de quien con su promesa se ha hecho tu deudor?

Gloríense los soberbios en medio de la felicidad de que disfrutan; envanézcanse con sus honores, con su oro y con sus ejércitos de esclavos; siéntanse verdaderamente felices al verse rodeados del cariño y homenajes de sus deudos y amigos, pero tengan presente que todas estas cosas pasarán, y pasarán con la rapidez de la sombra.

Y al llegar el día final, los que al presente viven de la esperanza se regocijarán, mientras que para los otros comenzará una tristeza sin fin.

Cuando los humildes reciban el premio, del cual hacen befa los soberbios, la arrogancia de los soberbios se convertirá en llanto.

Entonces se escuchará aquel lamento tardío, que has leído en el libro de la Sabiduría; porque al ver la gloria de los Santos, de aquellos que en las humillaciones tuvieron paciencia y en sus alegrías no se envanecieron, entonces es cuando exclamarán: *Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios. ¿De qué nos ha servido la soberbia? O ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? ¡Todo se desvaneció como la sombra!* (Sab 5,3)

Porque colocaron su confianza en las cosas caducas, su esperanza perecerá; tu esperanza, en cambio, se convertirá en realidad. (In Ps. 74,1)

Teme al Señor y sigue sus caminos; no envidies a aquellos que caminan según sus caprichos, aunque les veas que están contentos con su felicidad infeliz.

Los hombres de mundo gozan de una infeliz felicidad; los mártires, por el contrario, fueron felizmente infelices.

Sus atormentadores sólo atendían a las cosas visibles; pero los mártires corrían a la posesión de los bienes invisibles; y por eso toda dilación en aplicarles el tormento, la consideraban como una tregua forzada.

Así también tú: al presente experimentas trabajos; los gozos vendrán después; pero aun los mismos trabajos no están desprovistos de consuelos si el sufrimiento va unido a la esperanza.

Ahora se come el pan del dolor; y es claro que si este pan no tuviera alguna dulzura, nadie lo comería.

¡Cuán grande es la dulzura del que llora y gime rogando!

Las lágrimas de los que ruegan son más dulces que las locas alegrías de los espectáculos públicos.

Llora en presencia del Señor, suspira por él antes que llegues a verle y gime por el deseo que sientes de llegar a poseerle. El llorar con este anhelo endulzará tus lágrimas.

Porque vendrá el Señor y enjugará tus lágrimas, y se te dará él en lugar del pan de lágrimas y te hartará por toda la eternidad.

Ahora tienes sólo los trabajos de tus frutos; después, los frutos de tus trabajos.

Eres ya feliz en los trabajos de tus frutos, pero cuando llegues a recoger el fruto de tus trabajos, conseguirás la felicidad suma.

Si la esperanza ya es tan dulce, ¿cuánto más lo será la realidad? (In Ps. 127,2-10)

* * *

¡Oh Señor! Por lo que me has concedido ya, te alabo como a dador, y por lo que todavía no poseo, te considero como mi deudor.

Te has hecho mi deudor no porque hayas recibido algo de mí, sino porque así lo has querido con tus promesas.

Cuando digo a un hombre: «Soy tu acreedor, porque me debes lo que te he dado; te he hecho un beneficio, pero no ha sido de gracia, sino en préstamo». En cambio, cuando digo: «Me debes lo prometido», yo no he dado nada, y, sin embargo, exijo el cumplimiento de la promesa.

La bondad del que hizo la promesa es garantía de su cumplimiento, siquiera para que su fidelidad no quede convertida en malicia, porque el que engaña es malo.

¿Por ventura puedo decirte: «Devuélveme lo que te he dado»?

¿Qué te he podido dar, cuando lo que soy y todo lo bueno que tengo de ti lo he recibido? Nada, absolutamente nada te he podido dar.

No puedo, pues, alegar este título de deudor para exigirte alguna cosa; es otro el título que podemos invocar: «Dame lo que me has prometido, porque hice lo que me mandaste; aunque reconozco que, más que obra mía, es obra tuya, porque me ayudaste cuando la realizaba». (Serm. 158,2)

Muéstrame Señor tu misericordia. ¡Cuán feliz sería yo si comprendiese esta tu misericordia! Teniendo esto presente, no puedo ensoberbecerme, porque me demuestra que lo que tengo de bueno de ti lo he recibido, de ti, que eres todo mi bien.

Reflexionando después que todo el bien que tengo no es cosa mía, sino tuya, comprendo que todo lo que merece alabanza es efecto de tu misericordia y no mérito mío.

Meditando en estas cosas, no me ensoberbezco; no ensoberbeciéndome, no me envanezco; no envaneciéndome, no caigo; no cayendo, permanezco firme; estando levantado, estoy unido a ti, y unido a ti permanezco firme, y permaneciendo firme, puedo gozar y alegrarme en ti, que eres mi Dios y Señor.

Mi delicia eres tú, que me has hecho; delicia que nadie puede turbar, nadie interrumpir, nadie quitar.

Muéstrame tu misericordia y dame tu salvación, es decir, dame a Cristo, en quien está tu misericordia.

Yo me renuevo esperando la perfecta adopción de tus hijos, con que seré verdaderamente hijo tuyo. Hijo ya soy, pero sólo por la fe; soy hijo tuyo por la esperanza, no en la realidad.

La esperanza es la que me ha salvado. ¡Cuán feliz soy con ella! ¿Quién me arrebatará esta felicidad? (In Ps. 74,9)

CAPITULO XI

La presunción

HABLA CRISTO

Si caminas por la senda de la justicia no lo atribuyas a tus propias fuerzas si no quieres desviarte de ella.

Por eso te recomiendo la humildad en la Escritura cuando dice: *Con temor y temblor trabaja en tu salvación.* Fil. 2,12)

Y para que nadie se engañe interpretando en sentido propio la palabra trabajar, como si fuera el hombre sólo el que hace buenas obras, añade: *Porque yo soy quien hace en ti que quieras y que obres, según me parece*. (Fil.2,13) Yo soy, pues, quien obra en ti.

Por consiguiente, recibe con temor y con temblor la lluvia del cielo, que cuando cae se inundan los valles y quedan secas las alturas. La gracia de Dios es como la lluvia.

¿Por qué te admiras *si yo resisto a los soberbios y doy mi gracia a los humildes?* (Snt.6,6)

No te engrías, al contrario, vive con temor. (Rm.11,20) Teme para que seas regado; no te eleves si no quieres quedar seco. (Serm.131,3)

Muchos pierden su firmeza por la presunción de estar firmes.

Nadie recibirá de mí la firmeza si no se convence de que en sí mismo es débil.

Yo no miro los méritos de los hombres, sino a mi gracia y misericordia.

Cuando te crees flaco, yo te doy fuerza; reconoce tu debilidad para tener la estabilidad en mí.

Anda con cuidado, no pierdas por tu presunción lo que mereciste con la humildad. (Serm.76,6-7)

Hay muchos que no perseveran, y es precisamente porque presumen de sí y tienen excesiva confianza en sus propias fuerzas.

Muchos blasonan que juzgarán conmigo al mundo porque han abandonado todas las cosas y me han seguido; pero en su interior son presuntuosos. Los veo devorados por una fiebre de soberbia que sólo yo sé diagnosticar. (In Ps. 90 ,1 ,8-9)

Por tanto, no presumas de tus fuerzas, porque todos tus medios son falaces. (In Ps. 49,22)

Si en ti mismo confías, caerás por efecto de la misma presunción en aquello en que te vanagloriabas. (In Ps. 34, 1, 15)

Recuerda el ejemplo de Pedro: se manifestó primero atrevido en su presunción, y después concluyó tímido y negando conocer a Cristo.

Había prometido dar la vida por mí cuando debía darla primero yo por él. (Serm. 147,1)

Se lo dije: « *¿De verdad entregarás tu vida por mí?* (Jo3,38) ¿Te entregarás por mí cuando aún no he dado yo mi vida por ti?

¿Presumes de ir adelante tú, que ni seguirme puedes? ¿Por qué tanto presumir? ¿En qué fundas tus propósitos? ¿Qué has pensado que eres?

Escucha lo que verdaderamente eres: Te lo aseguro: *no cantará, el gallo antes de que me hayas negado tres veces*». (Jn 3,38; In Jo.56, 1)

Pedro sabía cuáles eran los anhelos de su corazón, pero ignoraba lo que sus débiles fuerzas podían.

¡Pobre enfermo! Se vanagloriaba de sus propósitos; pero yo, su médico, veía sus pocas fuerzas.

El prometía y yo preveía; él, sin darse cuenta, hacía de atrevido; pero yo, que conocía el futuro, le ponía en guardia del peligro que corría. (In Jo. 56, 1)

Sucedió después todo, conforme al pronóstico del médico, no según la presunción del enfermo

De hecho, bastó que le interpelase la portera: *¿No eres tú de los discípulos de ese hombre?* Y Pedro respondió: *No, no lo soy.* (Jn 18,15-17)

¡He aquí aquella columna, que parecía tan firme, desplomarse al primer golpe de viento!

¿Dónde está aquel atrevimiento que mostraba, cuando prometía con tanta confianza que moriría por mí?

¡Cuántos después, no sólo hombres y mujeres de edad, sino jóvenes y aun niños y niñas fueron capaces de hacer aquello que no pudo entonces Pedro, el santo portero de mi reino! (In Jo 113,2)

Después de su presuntuosa promesa de dar su vida por mí, negó tres veces al que era su vida.

Tal será tu suerte si prometes cosas grandes olvidando que eres muy pequeño. (In Jo. 66,1)

Por consiguiente, no confíes en ti, sino únicamente en mí, de quien proceden todas tus fuerzas; triunfarás merced a mis auxilios, no a tu presunción.

Si reconoces tu debilidad, huye a refugiarte como polluelo bajo las alas de la madre para no ser presa del milano.

Milanos rapaces son las potestades aéreas, esto es, el diablo y sus ángeles, deseosos de apresarte, aprovechando tu debilidad.

Huye bajo las maternales alas de la Sabiduría; porque yo, Sabiduría increada, he participado por ti de tu debilidad.

Como en la gallina sube la fiebre cuando tiene polluelos, para cobijarlos bajo sus alas, así también yo, siendo igual a Dios y no haciendo alarde de mi categoría divina, he tomado todas tus debilidades para protegerte bajo mis alas; por ello me anonadé tomando la forma de siervo, y me hice semejante a los hombres, pasando por uno de tantos. (Flp 2,6-7 e In Ps. 90,2,2)

* * *

Tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza; pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado. (Sal. 29,8)

Me enseñaste que aquello en que yo abundaba era tuyo.

Me enseñaste a quién debía pedir y a quién debía atribuir lo recibido; a quién debía ser agradecido, a quién debía correr, cuando tuviera sed, para apagarla, y por quién debía conservar el tesoro que tenía mi alma.

Que tu generosidad me dé la abundancia, y tu protección haga que no la pierda.

En ti, Señor, conservaré mi fortaleza. Para que yo aprendiera esto, *me escondiste tu rostro y quedé desconcertado*. (Sal 58,10)

Quedé desconcertado porque me sequé; y me sequé, porque me elevé ensoberbecido.

Seco y árido, como me reconozco, para ser nuevamente regado, diré: *Mi alma te desea, como la tierra agostada, sin agua*. (Sal 143,6 y Serm. 131,4)

Te estoy llamando, escúchame. Con sincera confianza y ardiente afecto dirijo a ti mi oración; no me deseches, dígnate escucharme; presta oído a mi poquedad. *Guárdame como a las niñas de tus ojos; ampárame bajo la sombra de tus alas*. (Sal 16,8)

Ampárame bajo la segura defensa de tu amor y de tu misericordia. (In Ps. 14,6-8)

Haz que espere siempre bajo la sombra de tus alas. Con esta defensa me mantendré siempre en humildad, siempre confiado, siempre esperando en ti, nunca presumiendo de mí.

Que sea embriagado con la abundancia de tu casa, dándome a beber del torrente de tus delicias. (Sal.35,9)

Estoy sediento, y quiero beber; no tengo de mí la bebida adecuada, ni puedo ser fuente para mí; es en ti donde está la fuente de la vida.

Los montes no pueden regarse por sí mismos ni tampoco pueden iluminarse.

Tu luz me hará ver la luz. Si pretendo ser luz para mí, tropezaré e iré a caer lejos de la luz que me puede iluminar.

Y, siendo ésta la suerte de todo el que pretende ser luz para sí mismo, siendo en realidad tinieblas, te suplico que no me pisotee la soberbia ni me descarríe la mano de los pecadores.

No, no me influya el mal ejemplo de los pecadores, no vaya a caer lejos de ti. (In Ps. 120,5)

CAPITULO XII

Debemos huir de la presunción y de la desesperación

Dudoso y vacilante entre el reconocimiento de tu debilidad y la temeridad de tu presunción, te encontrarás frecuentemente amenazado por ambas partes, y de tal manera te estrecharán que, a cualquiera que te inclines, allí encontrarás el precipicio.

Pues si te abandonas al pensamiento de tu debilidad, te parecerá que todos los pecadores, obstinados en cualquier género de culpas con que crean que Dios los absuelve, que el Señor los perdona, en una palabra: que la misericordia divina exige que no se condene ninguno de los fieles, por malo que sea; con creer esto, repito, caerás infaliblemente en el precipicio.

Si, por el contrario, ensoberbeciéndote audazmente, y confiando excesivamente en tus fuerzas y en tu rectitud, te propusieras practicar la virtud y cumplir fielmente todo lo que prescribe la ley de Dios, y blasonaras de un dominio tal sobre tus actos que te creyeras a salvo de las caídas, relajaciones y tentativas, y hasta atribuyeses todo esto a mérito tuyo y dominio de tu voluntad, tampoco estarías en lo cierto; porque, aunque realizases con perfección todas estas cosas, y todo lo hicieses de modo que los hombres no descubran nada reprensible, incurrirías en otro precipicio. Esta vana presunción y jactancia también la condena el Señor.

¿Qué ocurrirá si blasonas de justo y presumes de tu rectitud? Que infaliblemente caerás.

Y si, penetrándote del conocimiento de tu flaqueza y presumiendo de la misericordia de Dios, descuidaras purificar tu conciencia de los pecados, más aún, te enfangarás en toda suerte de vicios también caerás.

Debes caminar entre dos precipicios: la presunción de tu rectitud está a la derecha; la vana confianza de la impunidad de los pecados, a tu izquierda.

A ello se refiere la advertencia del Señor: *No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda.* (Prov 4,27)

No confíes en tu virtud para llegar al reino, ni presumas de la misericordia de Dios para pecar más libremente.

De uno y otro extremo, esto es, de elevarte tan alto y de colocarte tan bajo, te avisa el precepto divino.

Si mucho te elevas, caerás al precipicio; y si mucho te abajas, te amenaza el naufragio.

Una vez más te lo repito para que lo fijes bien en tu mente: no te fíes de tu rectitud para llegar al reino, ni te fíes tampoco demasiado de la misericordia de Dios para seguir pecando.

Si descubres que te has extraviado, vuelve al camino; y si ya estás en él, camina animoso hasta el fin.

Ponte en guardia contra la soberbia si estás fuera del camino, y contra la pereza si ya estás en él.

Perfecciona y endereza tu fe, y procura seguir el camino derecho. Si tienes bien sentados tus pies, marcha decidido; más bien, corre; porque si estás en el buen camino, cuanto más corras, mas pronto llegarás al fin.

Quizá tropieces alguna vez, pero no te salgas del camino; aun caminando despacio, llegarás; sólo procura no volver atrás ni descarriarte.

Para ser feliz no es necesario que no hayas cometido pecados, pues todos somos pecadores y estamos privados de la gloria de Dios. (Rm. 3,23); es, sí, indispensable que Dios te los haya perdonado.

El premio que se te promete se dice gracia, y si es gracia, se da gratuitamente y graciosamente se conserva.

Nada has hecho tú que merezca la remisión de los pecados: si se examinan tus obras, todas aparecen malas.

Si Dios te diera lo que tus obras merecen, ciertamente que tendría que condenarte: *la paga del pecado es la muerte*. (Rm. 6,3)

Dios no te condena a la pena merecida, sino que te ha concedido la gracia inmerecida; debería haberte castigado y usa contigo de misericordia.

Cuando empiezas a creer es por la misericordia divina; la fe, unida a la esperanza y a la caridad, empieza a realizar obras buenas; pero de ello no debes vanagloriarte ni ensoberbecerte.

Trae a la memoria por quién has sido colocado en el camino; recuerda que aun con pies sanos y ligeros caminabas fuera del camino verdadero; no olvides que cuando yacías maltrecho en el camino, fuiste misericordiosamente recogido, colocado sobre un jumento y conducido al mesón.

Si quieres verte abandonado de la gracia de Dios, pregona tus méritos. (In Ps. 31,2,1-7)

Es absolutamente cierto, y como cierto lo has de tener, que cuando te conviertes a la fe y apartas de los caminos de la iniquidad, el Señor perdona todo lo pasado, de tal suerte que hace como una escritura nueva.

Todo se perdona sin restricción alguna, y sin que nadie tenga motivos para temer que se le ha de pedir nueva cuenta; pero vuelvo a repetirte que nada puede repetirte que nadie puede prometerse una confianza como apoyo de su maldad.

Tanto la desesperación como la perversa esperanza son dos espadas que matan al alma.

Como la esperanza verdadera nos da libertad, así nos traiciona la mala.

Hay hombres que, al pensar en el mal que han hecho, al punto son asaltados del temor de que no puede haber perdón para ellos, y, considerándose ya perdidos, perecen por causa de la desesperación: «Ya no hay esperanza para nosotros, dicen, porque no es posible que se nos perdonen tantos y tan graves delitos como hemos cometido. Y entonces, ¿por qué no hemos de dar cumplida satisfacción a nuestras pasiones?»

«Deleitémonos con toda amplitud mientras vivimos, toda vez que no hemos de recibir otra recompensa. Hagamos lo que nos venga en gana, sin atender a lo que sea lícito o no; busquemos delicias temporales, ya que no hemos de disfrutar las eternas dulzuras». Diciendo así, dominados por la desesperación, se echan a perder.

Otros proponen raciocinios diametralmente opuestos, pero no menos perniciosos, y así discurren en su corazón: «En el instante que me aparte del mal camino, Dios misericordioso se olvidará de todos mis pecados; ¿para qué, pues, voy a cambiar de vida

hoy pudiendo hacerlo mañana? Pase el día de hoy, como pasó el día de ayer, en medio de las más desenfrenadas pasiones, entregado a las torpezas, arrebatado por el torbellino de mortíferos placeres; mañana me convertiré, y se acabó».

Está bien; pero ¿qué sucederá si antes que tus iniquidades te acabas tú? (Serm. 87,10-11)

Escucha lo que a los cegados por la presunción dice el Señor: *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día, porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo del castigo te perderá*. (Eclo 5,8-9)

Y a ti, que estás abatido por la desesperación, ¿qué te dice?: *Si el impío hace penitencia de todos sus pecados, no me acordaré de sus maldades.* (Ez 18,21)

Contra el peligro de la desesperación te ha abierto el puerto de la misericordia y del perdón; y para los que difieren su conversión, guarda incierto el día de la muerte.

Cuándo esto sucederá, tú no lo sabes; pero disponiendo del día de hoy para convertirte, diferir tu conversión sería una ingratitud más.

Seguro del pasado, ponte en guardia para el futuro; haz lo que el Señor te manda para conseguir lo que te promete. (In Jo. 33,8)

No quieras, por consiguiente, dilatar tu conversión; no te empeñes en cerrar contra ti lo que tienes abierto.

El Dios de las misericordias te abre la puerta del perdón. ¿Por qué tardas en entrar?

Deberías alegrarte si te abriera después de mucho llamar; pero ni siquiera has llamado y ya te abre, ¿y aún permaneces fuera? (Serm. 87,11)

¿Por qué no te decides a entrar? El que tuvo misericordia de ti cuando eras todavía un malvado, ¿te abandonará ahora que vuelves a él?

El que entregó a la muerte a su Hijo unigénito para salvar al pecador, ¿te desamparará ahora que ya estás redimido por la muerte de este mismo Hijo suyo?

Tranquilízate; se ha hecho Dios deudor tuyo porque has creído en sus promesas. (In Ps. 83,17)

* * *

Me encuentro, Señor, entre dos peligros por dos causas contrarias y dos opuestos sentimientos: la excesiva esperanza y la desesperación.

Me engaño cuando equivocadamente espero y digo: «Señor, eres bueno, eres misericordioso; quiero hacer lo que me deleita y agrada; dejaré rienda suelta a mis pasiones y satisfaré todos los deseos de mi alma. Y esto ¿por qué? Porque eres misericordioso, eres bueno, eres la mansedumbre misma».

Caigo en el abismo de la desesperación, y miserablemente me engaño si juzgo que, aun haciendo penitencia y arrepintiéndome de mis pecados, no podré obtener el perdón de ellos, y, por tanto, considerándome ya destinado al infierno, me digo: «Si me he de condenar, ¿por qué no hacer mi capricho?» (In Jo. 33,8)

Pero yo, Señor, no quiero pecar desesperando, como tampoco quiero pecar esperando infundadamente. ¡Ay de mí si me entrego a la desesperación! ¡Miserable de mí si descaradamente espero!

Contra este doble peligro, contra estos dos abismos, está tu misericordia.

Son para mí motivo de esperanza, aquellas tus palabras: *No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva.* (Ez 33,11)

Sí, me dan alientos, pero temo caer en el lazo opuesto, en continuar pecando por una mal entendida esperanza, pues mi malicia me insinúa: «Cuando te conviertas a Dios, te perdonará todos tus pecados; así que ahora haz lo que se te antoje».

También sobre esto oigo tu voz misericordiosa: «No tardes en convertirte, no difieras de un día para otro tu vuelta a mí; porque repentinamente caerá sobre ti mi ira, y en el tiempo del castigo te condenaré».

No diré nunca: «Mañana me convertiré; desde mañana empezaré a cumplir tu voluntad, y entonces todas mis iniquidades anteriores me serán perdonadas».

Tú dices en verdad que has prometido usar conmigo de indulgencia si me convierto; pero no me has dado la seguridad de que dispondré del día de mañana si difiero mi conversión. (In Ps. 146,11)

Me volveré a ti y tú serás para mí el dulce perdonador de mis pecados; tú serás la recompensa de mi conversión.

Oh Señor y Dios mío, conviérteme a ti, muéstrame tu rostro y seré salvo. (In Ps. 79,14)

CAPITULO XIII

Elogio de la caridad

No creo que pueda hacerse mejor elogio de la caridad que el contenido en esta sentencia: *Dios es caridad.* (In Jo. 4,16)

He aquí un elogio breve y grande a la vez. Las palabras son pocas, pero el sentido es profundo.

Se dice pronto: ¡Dios es amor! En verdad que es breve; una sola palabra; pero ¡qué valor tan grande!

Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él. (In Jo. 4,16)

Sea Dios tu morada y sé tú la morada de Dios; permanece en Dios para que él permanezca en ti.

Mora en ti Dios para sostenerte; mora tú en Dios para no caer, porque, hablando de esta virtud, dice el Apóstol: *La caridad no pasa nunca.* (1Co 13,8)

Y ¿cómo podrá caer aquel a quien Dios sostiene? (In Ep. Io. 9,1)

Tres cosas nos recomienda el mismo Apóstol cuando dice: *Permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; la mayor de éstas es la caridad.* (1Co 13,13)

Y aunque en la caridad, o sea, el amor, se resumen los dos primeros preceptos, sin embargo, no dice San Pablo que queda sola la caridad, sino que es la mayor. ¿Qué inteligencia humana sería capaz de reunir todos los preceptos y contar todas las alabanzas tributadas a la fe y a la esperanza?

Veamos ahora lo que el mismo Apóstol nos dice: *La caridad es la plenitud de la Ley.* (Rm.13,10)

Donde está el amor, ¿qué puede faltar? Y si el amor no está, ¿qué puede valer? (In Jo. 83,3)

Esta virtud, por la que amamos a Dios y al prójimo, resume en sí toda la perfección y sublimidad de los demás preceptos divinos.

He aquí lo que te dice el divino Maestro: *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas.* (Mt 22,37)

Por consiguiente, si te falta tiempo para estudiar página por página todas las Escritura, o leer todos los volúmenes en que se contiene la palabra divina, y ni puedes penetrar los misterios de las Sagradas Letras, practica la caridad que lo comprende todo.

Poseerás lo que has aprendido y lo que no has alcanzado a descifrar.

Porque si tienes la caridad, sabes ya un principio que en sí contiene aquello que quizá no entiendes.

Si vives esta virtud, posees todos los divinos oráculos, los entiendas o no.

Practica la caridad, dulce y saludable vínculo de los corazones; sin ella, el más rico es pobre, y con ella el pobre es rico.

La caridad es la que nos da paciencia en las aflicciones, moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las obras buenas; ella nos ofrece un asilo seguro en

las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderos hermanos y presta paciencia para sufrir a los traidores.

Ofreció la caridad agradables sacrificios en la persona de Abel; dio a Noé un refugio seguro durante el diluvio; fue la fiel compañera de Abraham en todos los viajes, inspiró a Moisés suave dulzura en medio de las injurias y gran mansedumbre a David en sus tribulaciones.

Amortiguó las llamas devoradoras de los tres jóvenes hebreos en el horno y dio valor a los Macabeos en las torturas del fuego.

Fue casta en el matrimonio de Susana, casta con Ana en su viudez y casta con María en su virginidad.

Fue causa de santa libertad en Pablo para corregir y de humildad en Pedro para obedecer; humana en los cristianos para arrepentirse de sus culpas, divina en Cristo para perdonárselas.

Pero ¿qué elogio puedo hacer yo de la caridad, después de haberlo hecho el mismo Señor, enseñándonos por boca de su Apóstol que es la más excelente de todas las virtudes? Mostrándonos un camino de sublime perfección, dice: *Aunque yo hablara lenguaje de hombres y de ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.*

Y aunque tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tuviera tal fe que trasladara los montes, si no tengo caridad, nada soy.

Y aunque distribuyera todos mis bienes entre los pobres y entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente; es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su interés, irrita no piensa mal, no se goza del mal, sino de la verdad.

Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no acaba nunca. (1Co 13,1-8)

¡Cuántos tesoros encierra! Es el alma de la Escritura, la virtud de las profecías, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los moribundos.

¿Se puede imaginar mayor magnanimidad que la de morir por los impíos, o mayor generosidad que la de amar a los enemigos?

La caridad es la única que no se entristece por la felicidad ajena, porque no es envidiosa.

Es la única que no se ensoberbece en la prosperidad, porque no es vanidosa.

Es la única que no sufre el remordimiento de la mala conciencia, porque no obra irreflexivamente.

Permanece tranquila en los insultos; en medio del odio hace el bien; en la cólera tiene calma; en los artificios de los enemigos es inocente y sencilla; gime en las injusticias y se expansiona con la verdad.

Imagina, si puedes, una cosa con más fortaleza que la caridad, no para vengar injurias, sino más bien para restañarlas.

Imagina una cosa más fiel, no por vanidad, sino por motivos sobrenaturales, que miran a la vida eterna.

Porque todo lo que sufre en la vida presente es porque cree con firmeza en lo que está revelado de la vida futura: si tolera los males, es porque espera los bienes que Dios promete en el cielo; por eso la caridad no se acaba nunca.

Busca, pues, la caridad, y meditando santamente en ella, procura producir frutos de santidad.

Y todo cuanto encuentres de más excelente en ella y que yo no haya notado, que se manifieste en tus costumbres.

Razonable es que el discurso de un anciano no sólo sea profundo, sino breve. (Serm. 350,2-3)

CAPITULO XIV

La caridad hace suave el yugo de Cristo

HABLA CRISTO

Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, carga con tu cruz y sígueme. (Mt.16, 24)

Toma mi yugo sobre ti, *porque mi yugo es suave y ligera mi carga.* (Mt. 11,29-30)

¿Te parece duro y difícil mi mandato cuando te digo que te niegues a ti mismo si deseas ir en pos de mí? No; no es duro ni pesado mi mandato, porque yo mismo te ayudo a cumplir lo que te mando.

Lo que pudiera haber de áspero y desabrido en los preceptos, lo suaviza la caridad.

Por experiencia sabes de cuánto es capaz el amor; ¡qué de fatigas has soportado; cuántos trabajos sufrido, para llegar a conseguir el objeto de tu amor!

Con frecuencia se trata de un amor reprobable, y, no obstante, ¡cuántas calamidades no pasan los hombres y apenas lo sienten! Y tanto más soportan cuanto mayores son los impedimentos para soportar estos trabajos.

¿Quién puede imaginar lo que soporta voluntariamente el avaro por amor al dinero? ¿Lo que padece el ambicioso por amor a los honores? Y el lascivo ¿por amor a la hermosura corporal?

Como los hombres suelen ser lo que sean sus amores, y el único verdadero negocio de esta vida es el saber escoger lo que se ha de amar, ¿qué tiene de particular que si me amas y deseas seguirme renuncies a ti mismo por amor?

Si te pierdes cuando te amas a ti mismo, no hay duda que te encuentras cuando te niegas.

La primera perdición del hombre fue por amarse a sí mismo; de no haberse amado, y de haberme antepuesto a mí y hubiera querido estarme sumiso, no se le habría ocurrido traspasar la divina voluntad para vivir según la suya propia.

En esto consiste el amarse a sí propio: hacer la propia voluntad.

Antepón a todos tus actos la voluntad divina y aprende a amarte no amándote. (Serm.96,1. 2)

RESPONDE EL ALMA

Bien sé, Señor, que tú no me puedes engañar; pero he observado a los que llevan con ánimo esforzado tu yugo y toman tu carga sobre mansos hombros, y los veo en tal agitación y sometidos a pruebas tan rigurosas, que más bien que de los trabajos al descanso parecen llamados del descanso a los trabajos.

Además, el Apóstol me advierte: «Todos los que quieren vivir piadosamente en ti, padecerán persecución». (2Tim.3, 12)

¿Cómo, pues, puede ser suave ese yugo y ligera esa carga, no significando otra cosa que la vida piadosa en ti?

¿Y por qué me dices: «Ven a mí, tú que trabajas y estás agobiado, que yo te aliviaré»? ¿Por qué no me dices: «Ven a mí, tú que estás descansado para que trabajes»?

De hecho, en una ocasión, a los que encontraste ociosos, los llevaste a la viña para que allí sufrieran el calor del día.

HABLA CRISTO

Muchas y duras han sido las pruebas soportadas por mis fieles; pero tenían la asistencia del Espíritu Santo, que les hacía gustar las dulzuras de una santa quietud por la renovación del hombre interior, que, a pesar de la corrupción del hombre exterior, de día en día se verificaba, y por la esperanza de las cosas futuras, mediante la cual se les hacían suaves las ásperas y ligeras las pesadas.

Duras y crueles fueron las pruebas que mis santos debieron sostener; pero ellos las tuvieron como ligeras tribulaciones, porque las juzgaban con los -ojos interiores de la fe, y con ellos veían a qué alto precio debía comprarse la vida futura para estar exentos de los eternos suplicios prometidos a los impíos, y gozar sin temor de la eterna felicidad de los justos.

Sufren los hombres el bisturí y el cauterio por librarse de dolores temporales, producidos por una herida enconada, a costa de otros más fuertes, pero menos duraderos.

¿Y a qué tempestades y peligros no se ven sujetos los mercaderes, amenazados muchas veces por las nubes y por el mar, para adquirir unas frívolas riquezas que han de ser origen de mayores agitaciones que las soportadas para adquirirlas?

¿Qué calores, qué fríos, qué peligros de caídas de caballos, de fosos, de precipicios y acometida de fieras no afrontan los cazadores para cobrar una pieza?

¿A cuántos suplicios de molestias cotidianas no está expuesta la tierna edad de los niños?

¿A cuántas mortificaciones, a cuántas abstinencias y vigilias no se les somete en las escuelas, y no para que adquieran sabiduría, sino para poder satisfacer la vanidad de poder aspirar a los humanos honores, haciéndoles aprender las matemáticas, y la literatura, y el arte de mentir con elegancia?

Los que hacen todas esas cosas sin amor, necesariamente las encuentran duras, al contrario de los que las aman, que también las padecen, pero no les parecen trabajosas.

El amor salva las mayores dificultades y considera como nada las crueldades más inhumanas. ¿Con cuánta mayor seguridad y facilidad no impulsará la caridad a la bienaventuranza, que impele la pasión a lo que es verdadera infelicidad?

¡Qué fácil es soportar cualquier trabajo temporal a fin de evitar la pena eterna y conseguir la eterna dicha!

Ve ahí en qué se funda la suavidad de mi yugo y la ligereza de mi carga.

Yugo y carga penosa para algunos de los pocos que la escogen, pero muy fácil de llevar por todos los que la aman.

Lo que es duro para los que sienten el peso de las dificultades, es soportable para el que ama. (Serm. 70,1-3)

Busco amorosos hombros cuando digo: Mi yugo es suave y ligera mi carga.

Hay cargas que te oprimen y aplastan con su peso; pero mi carga no sólo no oprime, sino que te levanta; no oprime con su peso, sino que da alas al que la lleva.

También al pájaro, cuando le quitas las alas, le aligeras de peso; pero cuanto más lo aligeres, tanto más asido quedará a la tierra.

Tratabas de aliviarle, y le dejas cosido a la tierra; no puede volar, porque le has quitado su peso; devuélvele ese peso y se remontará a las nubes.

Así es mi carga: sacúdete la pereza; llévala sin hacer caso de aquellos que rehúsan llevarla; llévala de buen ánimo y experimentarás lo ligera que es; cuán suave, cuán agradable y cuánto vale para levantarte de la tierra y elevarte hasta el cielo. (In Ps. 59,8)

RESPONDE EL ALMA

¡Oh Señor! ¿Quién me dará alas como de paloma para volar y conseguir el verdadero reposo?

Hay ocasiones en que me encuentro sin alas; otras veces parece que las tengo atadas; cuando no las tenga, dámelas; cuando las tenga atadas, desátamelas; las alas atadas son pesadas. (In Ps. 54,8)

Las alas son los dos preceptos de la caridad de que depende la Ley y los Profetas.

Carga liviana es la caridad que tiene su cumplimiento pleno en la observancia de los dos preceptos.

Señor, si lo que tienen de dificultoso tus preceptos, se hace llevadero para los que aman, acrecienta en mí tu amor, de modo que me haga cumplirlos.

Si tu carga se alivia por la gracia del Espíritu Santo, que difunde la caridad en nuestros corazones, (Rm.5, 5) dame este don a fin de que haga, guiado del amor, aquello que haría servilmente por el temor. (In Ps,67,18)

De buen grado, Dios mío, yo recibo sobre mis hombros tu yugo y tu carga. Desde ahora te considero como dueño y guía, y así te digo: «dirige mis pasos según tu palabra».

Guíame y dirígeme bajo tu yugo y cargado con tu peso; y a fin de que el yugo me resulte suave y no sienta el peso de la carga, infúndeme el amor. Tu yugo es suave para el que ama, y duro y pesado para quien no tiene amor. (Serm. 30,10)

CAPITULO XV

El orden en el amor

Vive justa y santamente aquel que sabe dar el justo valor a cada cosa.

Tendrá un amor ordenado:

-el que no ame lo que no se debe amar,

-ni deje de amar lo que se debe amar,

-ni ame más lo que se debe amar menos,

-ni ame igualmente lo que se debe amar más o menos,

-ni ame menos o más lo que se debe amar con igualdad. (De Doct. Christ. 1,25)

La definición más breve y exacta de virtud, me parece, es decir sencillamente que es *el orden del amor.* (De Civ. Dei. 15,22)

Esto es lo que nos enseña el Cantar de los Cantares, según la interpretación de la Iglesia, cuando dice: *Ordenad en mí la caridad.* (Cant. 2,4)

Practica, pues, metódicamente sus grados; da a cada uno lo suyo.

No subordines lo superior a lo inferior. Ama a tus padres; pero no les prefieras a Dios.

Acuérdate de las palabras de la madre de los Macabeos: «*Hijos míos*, les decía, *pude concebiros, pude daros a luz, pero no sacaros de la nada; escuchad, pues, la voz del Creador, preferible a mí, y nada os importe que me dejéis sola en el mundo*». (2Mac 6,22) Estas fueron las palabras de la madre que obedecieron sus hijos.

Estas mismas palabras fueron enseñadas por Jesucristo cuando dijo al joven: *Sígueme.* (Serm. 100,2)

Ten siempre presentes estos dos preceptos de la caridad: *Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y al prójimo, como a ti mismo.* (Mt 22,37-39)

Esto ha de ser el objeto constante de tus pensamientos, de tus meditaciones, de tus recuerdos, de tus actos y de tus esfuerzos.

El primer precepto consiste en el amor de Dios, pero en tus actos debes comenzar por el amor del prójimo.

El que te impuso los dos preceptos no podía mandarte que amases primero al prójimo y después a Dios, sino primero a Dios y después al prójimo.

Pero como no te es posible ver a Dios, amando a tu prójimo te haces digno de verlo, porque el amor a tu prójimo purifica tus ojos para ver a Dios, como lo enseña San Juan: *Si no amas a tu hermano, a quien ves, ¿cómo amarás a Dios, a quien no ves?* (1Jn 4,20)

Ama, pues, al prójimo; y si consideras detenidamente cuál es en ti la razón de este amor, descubrirás, en el modo que te es posible, a Dios. (In Jo. 17,8)

No se debe amar, sin embargo, al pecador como pecador; pero considerado como hombre, se le debe querer por amor de Dios, y a Dios por sí mismo. (Doct. Christ. 1,25)

A todos hay que amar igualmente; pero como no a todos puedes hacerlo con amor provechoso, debes dar preferencia a aquellos con quienes, por razón de lugar, tiempo u otras circunstancias, estás más estrechamente unido. (Doct. Christ. 26)

Debes también querer que todos contigo sirvan a Dios, y a este fin deben tender todos los servicios que prestes a tu prójimo y los que recibas de él. (Doct. Christ. 27)

Debes proponerte diversos grados y por ellos ir subiendo; progresa en este amor utilizando la oración y la práctica de buenas obras, para que, ayudado con la gracia de aquel que te ha impuesto esta virtud, crezca y se perfeccione, hasta que la perfección de ella te haga perfecto y santo.

Por la práctica de este amor agradaron al Señor nuestros Santos Padres, los Patriarcas, Profetas y Apóstoles.

Este amor sostenía a los Mártires que lucharon contra el enemigo hasta derramar su sangre; y porque este amor ni se resfrió ni debilitó, por esto mismo consiguieron la victoria.

Por este amor los buenos cristianos hacen cada día progresos en la virtud, deseosos de conseguir no un reino mortal, sino el reino de los cielos; no una herencia temporal, sino la eterna bienaventuranza, puesta la mira no en cosas temporales, sino en la visión y posesión de Dios, cuya suave dulzura supera todo cuanto se puede decir y pensar. (Ep.189,2-3)

Ponte, no obstante, en guardia, porque hay muchas cosas que se hacen y tienen apariencia de buenas y no proceden de la raíz de la caridad.

Como hay plantas espinosas que llevan flores, así también hay cosas que parecen ásperas, que hasta ofrecen un aspecto terrible, pero que pueden hacerse conforme al dictamen de la caridad.

El precepto de la caridad se reduce a estas pocas palabras: *ama y haz lo que quieras.*

Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si reprendes, reprende por amor; si perdonas, perdona por amor. Que la raíz de la caridad permanezca en tu corazón, pues de esta raíz sólo puede originarse el bien. (In Ep. Jo. 7,8)

* * *

Oh Dios mío, siempre inmutable: que me conozca a mí y te conozca a ti. (Sol. 2,1)

Enséñame lo que debo enseñar e indícame lo que debo practicar. (Ep. 166,19)

Enséñame, sí, para que lo cumpla; enséñame a cumplir tu voluntad.

Pues cuando estoy oyendo, aunque lo aprenda de memoria, no podrá decirse que lo he comprendido si no lo pongo en práctica.

Vuélvete a mí y ten misericordia, como es tu norma con los que aman tu nombre, ya que para que yo me determine a amarte, tú me has amado antes a mí. Amándote a ti, me amo a mí mismo, y así podré amar también meritoriamente al prójimo como a mí mismo.

Con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente deseo ardientemente amarte, y amar también al prójimo como a mí mismo. (In Ps. 118, 27, 6-8)

Dame vida no según mi justicia, sino según la tuya, llenándome de la caridad que tanto deseo.

Ayúdame a cumplir lo que me mandas; dame tú mismo la gracia de cumplir lo que mandas.

Dame vida con tu justicia, porque de mí no tengo más que gérmenes de muerte. Sólo en ti está el principio de la vida.

¡Oh Cristo Jesús! Mi justicia eres tú, a quien el Padre ha hecho sabiduría para mí, mi justicia, mi santificación y mi redención.

En ti encuentro lo que me mandas y que tanto deseo, a fin de que me comuniques la vida. Tú eres el Verbo, Dios, que te hiciste carne para ser también mi prójimo. (In Ps.118,12,5)

CAPITULO XVI

El amor a Dios

Dulce es la palabra amor, pero mucho más dulce es amar.

No podrás ciertamente hablar siempre del amor, porque tienes otras muchas ocupaciones que te distraen, y tu lengua no está libre para hablar continuamente del amor, lo cual sería lo mejor que ella podría hacer; mas si no siempre es posible hablar de él, siempre es posible ponerlo en práctica.

¿Acaso es posible cantar las alabanzas divinas sin interrupción? Apenas te ocupas en ello una hora, y después atiendes a las demás ocupaciones.

Pero si no puedes alabar a Dios continuamente con la lengua, sí puedes con tus obras.

Las obras de misericordia, los sentimientos que inspiran la caridad, una piedad sólida, una castidad inviolable, una templanza bien entendida, son otros tantos ejercicios que debes practicar sin interrupción.

En público y en privado, en tu casa y en la calle, cuando hables o cuando calles, en tus deberes como en tus tiempos libres, debes observarlos; porque estas virtudes que acabo de enumerar, radican en el interior del hombre. (In Ep. 8,1)

Arraiga el amor en tu corazón, porque, como todo amor tiene una fuerza propia, y no puede permanecer inactivo en el alma del que ama, necesariamente el amor te llevará a la acción.

Como el amor vaciado inflama el alma, e impulsa a desear cosas terrenas y a buscar bienes efímeros, y la llena de bajos anhelos y la sepulta en el fango, así también el amor santo la enciende en anhelos de las cosas eternas y la estimula hacia los bienes inmutables y desde el fondo del infierno la eleva hasta el cielo.

¿Quieres saber qué amor es el tuyo? Observa a qué cosas se dirige.

No te digo que no ames nada; lo que te inculco es que no debes amar al mundo para poder más libremente amar a Dios, que ha hecho el mundo. (In Ps. 121,1)

Ama a Dios, si, porque él fue primero en amarte. Y especialmente te mostró este amor cuando murió por ti, que eras pecador, cuando murió por ti, injusto, él, que era justo. (In Ep. Io. 9,9)

Al tomar la naturaleza humana, tomó también tu fealdad, esto es, tu mortalidad, para adaptarse y acomodarse a ti, y de este modo estimularte a amar la belleza interior.

Le has visto clavado en la cruz, herido y afeado; se quedó sin su integridad y hermosura, para darte a ti hermosura e integridad.

Belleza y hermosura son el amor de caridad para que amando corras y corriendo ames.

¿Has conseguido ya esta belleza? No vuelvas a mirarte a ti, no vayas a perder lo que has recibido; atiende a Dios que te ha hecho bello.

Conserva la belleza para que Dios te ame. (In Ep.Jo. 9,9)

Dios se te ofrece como una ganancia; ámalo y lo poseerás, pues no puedes amarlo sin poseerlo. Es verdad que a Dios no lo ves. Ámalo y ya lo posees. (Serm. 34,5)

No busques cosa alguna fuera de Dios; búscale a él solo, y cuando lo estás invocando, te dirá: «Heme aquí; aquí estoy junto a ti; ¿qué quieres?, ¿qué deseas de mí?»

No; no busques más que a Dios, porque cualquier otra cosa que te diera, valdrá menos que él busca solamente la posesión de Dios, gózate en él, abrázate a él.

No puedes poseer aún totalmente a Dios, pero tócale con la fe, y estarás unido a él, y él te aliviará todas tus cargas; así, esa unión será total cuando haya trocado la mortalidad por la inmortalidad. Serás igual que sus ángeles, y gozarás continuamente de su vista. Entonces nadie te arrebatará aquel gozo, porque el Señor, escuchando tus súplicas, te habrá librado de todas tus tribulaciones. (In Ps.33,2,9)

Si, pues, amas a Dios, ámale con amor de gratuidad. El verdadero amor no desea otra recompensa más que el mismo Dios a quien ama. (Serm. 165,4)

Si encuentras algo mejor que él mismo, pídeselo. (In Ps 53.10)

Ama a Dios por sí mismo y ámate a ti en él, y siempre por él.

Te amarás con amor ordenado cuando ames a Dios en ti, o sea para que esté en ti o venga a ti.(Serm.336,2)

Sube hasta Dios; amándolo subes; cuanto más lo amas, más subes. (In Ps. 83,10)

¿Buscas el camino? Únete a Cristo, que, como sabes, bajó y volvió a subir y se hizo él mismo camino.

¿Quieres subir? Únete a Dios que sube. (Serm. 91.7)

Para subir con seguridad no sirvas a Dios con amor interesado.

No te faltará la debida recompensa: es el mismo Señor a quien sirves.

El será tu galardón, porque le verás como es, y él te saciará.

Por muy avaro que seas, Dios te bastará: porque, aunque con tu avaricia puedas poseer la tierra entera, incluso el cielo, vale más el que ha hecho el cielo y la tierra. (In Ps. 55,17)

Ama a Dios; ámalo de tal modo que, si fuera posible, te olvidaras de ti mismo. (Serm. 142,3)

Muchos son los que buscan a Dios para conseguir bienes temporales.

¡Cuán pocos son los que buscan a Jesús por Jesús! (In Jo. 25,10)

Te pregunto qué provechos has hecho en la caridad para que veas cuales son tus adelantas.

Supón que Dios se acerca a ti y te dice: «Si quieres pecar, peca; haz todo lo que te agrade; que todo lo que hay en la tierra sea tuyo; que tu ira destruya al que te sea molesto; que arrestes a quien se te antoje; que mates a quien quieras dar muerte; que condenes a quien se te antoje; que sometas a esclavitud a quien te convenga; en una palabra: que no haya cosa que se resista a tus deseos, y nadie pueda increparte, preguntando: ¿qué haces?, ni decirte: ¡no hagas eso!, ni pedirte razón por qué lo haces. Que tengas, según tus deseos, todos los bienes de la tierra, y que los disfrutes, no temporalmente, sino para siempre, con sola la limitación de que no llegarás a ver mi rostro».

Si al oír esta proposición: «No verás mi rostro jamás», experimentas un escalofrío, y con gemidos clamas desde el fondo de tu corazón: «No, Dios mío, no quiero nada de esto si es que para ello tengo que renunciar a verte; sólo uno es el anhelo de mi corazón, una sola cosa busco en este mundo, que es el poder morar en tu casa todos los días de mi vida». (Sal

25,4); si tal es, digo, tu respuesta, entonces ten la seguridad de que verdaderamente amas a Dios. (In Ps. 127,8-9)

Si al oír que Dios te negará la vista de su rostro tiembla tu corazón, porque considera que esto es un gran mal, es señal de que amas a Dios con amor desinteresado.

Y si ya tienes en tu corazón una centella de este amor gratuito a Dios, aliméntala y procura que aumente. Para ello ora, sé humilde, haz penitencia, ten amor a la justicia, haz obras buenas, derrama lágrimas sinceras, observa una conducta irreprochable y respeta los vínculos de amistad.

Sopla esa centella de amor bueno que hay en ti; aliméntala para que crezca, que una vez que haya crecido y produzca una llama grande y pura, consumirá el heno de todas las codicias carnales. (Serm. 178,11)

* * *

He aquí, Señor, que tú me incitas a amarte.

¿Y podría yo amarte si antes tú no me hubieses amado?

Si hasta el presente he sido perezoso para corresponder a este amor, ¡que no lo sea en adelante!

Has sido el primero en amarme, y ¡ni aun así te amo!

Amaste, Dios mío, a un malvado y aniquilaste mi maldad; me amaste siendo pecador, pero te uniste a mi pecado.

Me amaste estando enfermo y me visitaste para sanarme.

En esto se manifiesta tu amor para conmigo: en venir a este mundo para que yo consiga por ti la vida. (In Ep Jo. 7,7)

Señor no quiero yo publicar tus grandezas, no quiero yo solo amarte, no quiero solo abrazarte. Pues no porque no te abrace faltará espacio para los brazos de otro.

Avergüénceme si te amara de modo que tuviera celos de los demás.

Dios mío, si te amo de veras, encenderé en tu amor a todos mis allegados y a todos los que viven en mi casa.

Traeré a ti a todos los que pueda con mis exhortaciones, con mis ruegos, con mis discusiones, con mis raciocinios, siempre con mansedumbre y dulzura.

A todos los traeré al amor, para que, si ellos te glorifican, todos juntos podamos glorificarte. (In Ps. 33,2,7)

¿Qué puede haber más dulce que este amor? Amándote a ti, me hago bien a mí, y no a ti; como me hago mal a mí, y no a ti, no amándote a ti.

Pues en nada disminuye tu divinidad, aunque yo no tenga tu caridad.

Yo crezco por ti, no tú por mí; y no obstante, tú fuiste el primero en amarme, antes que yo te amase; y me amaste hasta el punto de venir al mundo para morir por mí.

Tú que nos has creado, te hiciste uno de nosotros. (In Ps. 149,4)

CAPITULO XVII

Cómo hay que amarse a uno mismo

El amor a ti mismo será saludable y recto si amas a Dios más que a ti.

¿Y cómo ha de ser el amor de Dios para amarle más que a ti mismo?

Escucha qué fue lo que escucharon los mártires, lo que bebieron con ansia, lo que se arraigó en lo más íntimo de sus corazones y lo que en cierto modo grabaron en sus entrañas, que fue aquella sentencia del Señor: *Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo. Niéguese,* dice, *a sí mismo, tome su cruz y sígame.* (Mt 16,24)

¿Cómo se niega a sí mismo el que se ama? Este es un razonamiento humano. El hombre pregunta: « ¿Como se niega el que se ama?»

Pero Dios dice al hombre: «Niéguese si se ama. Pues, amándose, se pierde; negándose, se encuentra. *El que ama su vida, dice, la pierde*». (Jn 12,25)

Esto lo ordenó el que sabe lo que manda, porque sabe aconsejar el que sabe instruir y tiene que saber reparar el que se dignó crear.

Doloroso es perder lo que amas; pero también el agricultor de momento pierde lo que siembra. Arroja los granos a la tierra, esparce la semilla y después la cubre. ¿De qué te admiras? Este despreciador y destructor es un segador avaro.

El invierno y el estío te demuestran su propósito, y el júbilo que experimenta durante la recolección te manifiesta qué es lo que se proponía al sembrar.

Por tanto, el que ama su vida, la pierde; el que busque el fruto en su vida, que la siembre; es decir, que te niegues, no sea que, amándote mal, te pierdas. (Serm. 330, 1-2)

Busca, pues, el amor recto y evita el perverso, porque, amando la iniquidad, alejas de ti a Dios.

Si, además, te amas con exclusión de Dios, y alejas a Dios con el amor a ti, ni siquiera permaneces en ti mismo, sino que te excluyes de ti mismo.

Sales desterrado de tu pecho porque no aprecias las cosas interiores por amor a las exteriores.

¿En dónde estás tú, que te amabas a ti mismo? Estás fuera.

Te ruego me digas: ¿acaso eres tú el dinero? Pues bien: si por amarte abandonas a Dios, amando el dinero te alejas de ti mismo.

Primero te alejaste, después te perdiste.

Trae una balanza, pero la de la verdad, no la de la ambición; tráela, te ruego, y coloca en un platillo el dinero y en otro tu alma.

Te vas a pesar a ti mismo, y la ambición pone tus dedos en el platillo; quisieras que se inclinase el que tiene el dinero.

Carga los platillos y no los bajes. ¡Ah! quieres cometer fraude contra ti mismo; comprendo lo que haces.

Coloca tú los platillos, que Dios les dará peso. El que no puede engañarse ni engañar, ése pesará.

Ya toma la balanza y está pesando; escucha su fallo: *¿Qué te aprovecha incluso ganar todo el mundo?* (Mt 16,26)

Esta es la palabra divina, la palabra del que pesa y no engaña, del que dice las cosas como son y habla para tu bien.

Tú colocabas en una parte el dinero y en otra el alma; mira dónde pusiste el dinero.

¿Qué responde el que pesó? Tú colocaste el dinero, y él dice: *¿Qué te aprovecha ganar todo el mundo si pierdes tu alma?*

Querías pesar tu alma y tus ganancias; compárala con el mundo.

Querías sacrificarla para ganar la tierra; pero ella pesa más que el cielo y la tierra.

Pero haces esto porque, abandonando a Dios y amándote a ti mismo, saliste de ti, y de este modo aprecias las cosas que están fuera, más que a ti mismo.

Vuelve a ti; más cuando hayas vuelto a ti, mira a lo alto, no permanezcas en ti.

Primero, desde las cosas exteriores vuelve a ti, y después vuélvete al que te hizo, al que te buscó cuando estabas perdido, al que te encontró cuando ibas fugitivo y al que te volvió a si cuando te separabas de él.

Vuelve, pues, a ti, y vete al que te hizo.

Imita a aquel hijo pródigo, que quizás seas tú. (Serm 330,3)

Tan pronto como se encaminó hacia lo que estaba fuera de él, saliéndose de su interior, comenzó a disiparse en vanidades y a malgastar sus fuerzas como un pródigo.

Se empobrece y apacienta puercos, y en su triste ocupación, algunas veces reflexiona y dice: *¡Cuántos obreros se hartan de pan en la casa de mi padre, mientras que yo muero aquí de hambre!* (Lc.15, 17)

Y entró en sí mismo. Si entró en sí mismo es porque había salido.

El que de sí mismo cayó y de sí mismo había salido es preciso que volviera a sí para volver a aquel de quien se separó.

Cayendo de sí mismo, permaneció en sí, y al volver a sí, no debe permanecer en sí mismo si no quiere volver a salir de sí.

Vuelto a sí mismo, ¿qué dijo, para no permanecer en sí mismo?: *Me levantaré y marcharé a la casa de mi padre.* (Lc.15,8)

He ahí cómo había caído de sí. ¡Había marchado de la casa de su padre! Había caído de sí y salió de sí, yendo hacia lo que estaba fuera de él.

Volvió a sí, encaminándose a la casa del padre, donde podría protegerse con toda seguridad.

Si salió de sí mismo y se separó de Dios, para volver a Dios es preciso que, saliendo de sí, se niegue a sí mismo. (Serm.96,2)

Se negó a sí mismo cuando dijo: Pequé contra el cielo y contra ti. *Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.* (Serm. 96,19)

Esto es lo que hicieron los santos: despreciaron las cosas exteriores, todos los atractivos de este siglo, todos los errores y terrores, lo que agradaba y lo que atemorizaba; todo lo despreciaron, todo lo pisotearon.

Penetraron en sí mismos y miraron hacia sí; se encontraron dentro de si y se desagradaron a sí mismos; corrieron hacia aquel que debía reformarlos y devolverles la

vida, a aquel en el cual debían colocar su morada y en el que debía perecer lo que habían formado por sí mismos y permanecer lo que él en ellos había creado.

Esto es negarse a sí mismo; esto es amarse a sí mismo rectamente.

Por consiguiente, niégate a ti mismo; no quieras vivir en ti; no quieras hacer tu voluntad, sino la de aquel que mora en ti. (Serm.330, 3-4)

* * *

Oh Señor, tú me has rescatado y yo no quiero contradecir al que me compró.

No quiero enseñar a mi maestro, sino que me llego a su costado buscando el precio de mi redención.

Quiero ir en pos de ti, no delante de ti. Si voy detrás de ti, te sigo; si te sigo y llevo mi cruz, no seré tu consejero, sino tu discípulo. (Serm. 330,3-4)

No quiero amar mi vida, no sea que la pierda. Quiero perderla por ti, para encontrarla después.

¿Qué aprovecha poseer la vida en la tierra y perderla en el cielo?

Si la guardo, la perderé; si la pierdo, la encontraré en ti. (Serm. 331,1)

Si no te tengo a ti, ¿qué tengo? No quiero esperar de ti otra cosa que a ti mismo. Te amo gratuitamente y no deseo más que a ti.

No puedo temer la escasez, porque te me das a ti mismo, y esto me basta. (Serm. 331,4)

CAPITULO XVIII

El amor al prójimo

Sobre el amor recíproco Jesús dio a sus discípulos un mandamiento nuevo en estas palabras: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros.* (Jn 13,34)

Pero ¿acaso no estaba ya expresamente mandado en la Antigua Ley, donde encontramos escrito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo?* (Lev.19, 18)

¿Por qué le llama nuevo el Señor, cuando en realidad es tan antiguo? Le dirá nuevo el Señor, para distinguirlo del amor carnal, y por eso añadió: *Como yo os he amado.* (Jn 13,34)

Es verdad que renueva al que le escucha y más aún al que le practica; pero no todo amor lo cumple, sino aquel amor del que el Señor, para distinguirlo del amor carnal, añadió: *Como yo os he amado.*

Pues mutuamente se aman los maridos y sus esposas, los padres y los hijos, así como los unidos por cualquiera otro vínculo de parentesco o afinidad. Esto, sin contar con esos otros lazos y vínculos de pecado por los que mutuamente se aman los pecadores y los demás, a quienes, más que los vínculos de sociedad humana, tiene unidos las relaciones culpables y reprobables.

Lo nuevo en el mandato de Cristo está en que debemos amarnos mutuamente *como él mismo nos amó.* (In Jo. 65, 1)

Este amor te renueva haciendo de ti un hombre nuevo, heredero del nuevo testamento, cantor del cántico nuevo.

Esta caridad fue la que renovó también a los antiguos justos, primeramente a los Patriarcas y Profetas, más tarde a los bienaventurados Apóstoles.

Este amor es el que regenera hoy a los pueblos, haciendo de todo el género humano, esparcido sobre la haz de la tierra, un pueblo nuevo, que es el cuerpo de la nueva esposa del Hijo de Dios, esposa también del Unigénito.

Dice el Señor: *Un mandamiento nuevo os doy*: *que os améis los unos a los otros;* pero no como se aman los corruptores, ni tampoco como se aman los hombres en cuanto hombres, sino *como yo os he amado.* (Jn 13,34)

Amémonos, pues, como se aman los hombres que son hijos del Altísimo, de modo que seamos hermanos del Hijo unigénito de Dios.

Amémonos con el mismo amor con que Dios nos amó a nosotros, para conducirnos a aquel final descanso en que todos nuestros deseos quedarán saciados.

En virtud de este amor, y aun viviendo sometidos al cautiverio del cuerpo mortal, podemos morir al mundo, de modo que nuestra vida se oculte con Jesucristo en Dios, o, mejor dicho, poseyendo este amor, estarás muerto al mundo y vivirás con Dios.

Pues si cuando el alma sale del cuerpo se verifica la muerte, ¿por qué no hemos de decir muerte al mundo, cuando nuestro amor sale de él?

El que ama a Dios, no puede menos de tener presente el mandato del amor al prójimo; y el que ama al prójimo con un amor santo y espiritual, ¿qué ama en el prójimo sino a Dios?

¿Qué amó Cristo en nosotros sino a su Padre?

Y lo amó no porque ya le poseíamos, sino para que pudiéramos llegar a poseerle, para conducirnos adonde Dios será todo en todas las cosas.

También se dice que el médico ama a los enfermos. Ahora bien, ¿qué otra cosa ama en ellos sino la salud, que trata de hacer recobrar al enfermo, y no la enfermedad, que trata de ahuyentar del organismo?

Así también debemos amarnos recíprocamente, a fin de conseguir atraer a nosotros al Señor con la práctica de este amor.

Por este fin, Cristo nos amó para que nos amásemos mutuamente, y con su amor nos mereció la gracia para poder estrecharnos en un vínculo de mutuo afecto, y, por la dulce unión de los miembros con tan dulce nudo, llegar a formar el cuerpo de una cabeza tan noble. (In Jo 65,1-2)

Hermano mío, practica este amor y vive tranquilo.

¿Tendrás entonces temor de hacer mal a otros? ¿Quién le hace mal a una persona amada?

Ama y verás que no puedes hacer otra cosa que bien.

¿Tienes que reprender a alguno? Esto lo hace el amor, no la crueldad.

¿Te ves obligado a castigar? Lo harás únicamente para conseguir la corrección, ya que la sinceridad de tu afecto no te permite abandonar a sus caprichos al incorrecto.

Pongamos un ejemplo: hay uno que odia a su enemigo y, sin embargo, finge amistad con él; y cuando le ve cometer el mal, le alaba, a fin de que, rodando por el precipicio, vaya a dar al fondo del abismo, corriendo ciego tras sus pasiones desordenadas, de modo que no pueda volver atrás. Para esto le alaba y emborracha con sus adulaciones. Es decir, le odia y le alaba.

Tú, al contrario, cuando veas a tu amigo conducirse de modo semejante, debes amonestarle; si no te escucha, emplea palabras graves y severas; grítale, incrépale y, si es necesario, procésale.

He aquí cómo el odio halaga y la caridad reprende.

No atiendas a las palabras suaves que te adulan ni te fijes en la crueldad del que te corrige. Considera más bien el motivo, busca la raíz de donde procede.

Uno halaga para engañar; tú reprendes para corregir. (In Ep. Io. 10,7)

Que tu caridad sea celosa del bien del prójimo, para corregir y para enmendarle. Si las costumbres de tu prójimo son intachables, ámale y alégrate; si son malas, no tengas reparo en hacerle las reflexiones convenientes para corregirle.

No debes amar el error en el hombre, sino al hombre; el hombre es criatura de Dios, el error es obra del hombre.

Ama la obra de Dios y no del hombre.

Amando una, eliminas la otra; amando aquélla, corriges ésta. (In Ep. Io. 7,11)

Ensancha tu amor, de modo que no quede limitado a la esposa y a los hijos; que comprenda a todos.

Pon tu fe en el Señor y ámale a él primero; vete a Dios y arrastra a Dios a todos los que puedas.

¿Tienes algún enemigo? Arrástralo hacia Dios.

¿Es tu hijo, tu esposa, tu criado? Arrástralos hacia Dios.

¿Es un forastero, algún desconocido? Arrástralo a Dios.

¿Es un enemigo? Róbale para Dios; que, robándole, no será más enemigo tuyo. (Serm. 90,10)

Aumente en esta forma, nútrase así la caridad para que se perfeccione; y así aparecerá de nuevo la imagen de Dios, según la cual has sido creado.

En esto conocerán todos —continúa Cristo— *que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros.* (Jn 13,35) Como si dijese: «Hay algunos otros que no son mis discípulos, y que como vosotros tienen algunos de mis dones, y no sólo los naturales, como la vida, la sensibilidad y la razón, sino también el don de lenguas, el conocimiento de los misterios, el espíritu de profecía, el don de ciencia, de la fe, un desprendimiento tal, que dan todas sus riquezas a los pobres, hasta ofrecer sus cuerpos como holocausto; pero todos éstos, como no tienen la caridad, son como bronces que suenan, son nada y a quienes de nada aprovechan estos dones. (1Co 13,1)

No es, pues, por éstos, aunque muy excelentes dones, y que pueden tener también los que no son del número de mis discípulos, sino por el amor que mutuamente os tengáis, conocerán todos que sois mis discípulos.

* * *

¡Señor! Enséñame cómo debo tolerar los pecados del prójimo. Hay algunos que creen soportar los pecados porque guardan silencio ante los pecadores; pero éste es un disimulo detestable.

Haz que yo tolere al pecador, no de modo que ame el pecado en él, sino haciéndole comprender que persigo al pecado por amor del que lo comete.

Amaré al pecador no por lo que tiene de pecador, sino por ser hombre.

Si amo al enfermo, haré por matar la fiebre que lo consume; pero si consiento la fiebre, no podré decir que amo al que la padece.

Hablaré siempre con verdad a mi hermano; no callaré.

Diré la verdad llanamente, pero hasta que se corrija seré paciente con él.

Cuando el justo reprende al pecador, al mismo tiempo tolera misericordiosamente sus pecados. (Serm. 4,20)

Reprenderé, Señor, sí, reprenderé. Pero si por caridad tengo que imponer la ley, debo hacerlo de modo que la blandura no se ausente de mi corazón.

Seré cruel con la llaga para que el enfermo sane, porque con acariciar la herida se pierde el hombre. (Serm. 83)

CAPITULO XIX

El cuidado con los difuntos

(No está muy claro)

Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que haya hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo. (2Co. 5,10)

En estas palabras del Apóstol, se contiene una advertencia para que hagamos ahora lo que nos pueda ser útil para después de la muerte; y no esperemos a hacerlo a aquel momento en que solamente se recogerá lo que hayamos hecho antes de morir.

Mientras vives en este cuerpo, te es posible adquirir méritos que te podrán servir de alivio para cuando seas difunto; y así sucederá que, según aquello que hayas hecho mediante el cuerpo, recibirás ayuda también de las obras que en tu sufragio sean hechas después que hayas abandonado el cuerpo.

Hay, pues, algunos a quienes los sufragios no sirven de provecho porque tienen tales deméritos que los hacen indignos de esta ayuda; como también hay otros que, por sus grandes méritos, no la necesitarán.

Depende, por tanto, del género de vida que uno haya llevado en este mundo, la utilidad o inutilidad de todo cuanto la caridad haga por las almas separadas de los cuerpos.

Mejor hubiera sido haber merecido gozar de este auxilio durante la vida, porque después de la muerte ya no se puede merecer este alivio.

Y no por ello puede decirse que en vano la Iglesia aplica a los fieles difuntos las obras de piedad que le es posible, aunque sea Dios el que dé a cada uno según el mérito de sus obras, y reciba, por tanto, cada uno según a lo que en vida se hizo acreedor, practicando el bien o malgastando el tiempo en la iniquidad.

Pues el merecer que vuelva útil cuanto sea aplicado en su sufragio después de abandonar el cuerpo responde a la conducta observada durante la vida.

Ya en los libros de los Macabeos. (2Mac 12,43), leemos que fue ofrecido un sacrificio por los muertos; pero aun cuando en ningun lugar del Antiguo Testamento tuviéramos testimonio de ello, bastaría la autoridad de la Iglesia universal, cuya costumbre aparece manifiesta; pues, entre las oraciones que los sacerdotes ofrecen a Dios en el altar, se cuenta la plegaria por los difuntos.

El cuidado de celebrar funerales, la solicitud por la sepultura, la pompa de las exequias, más son consuelo para los vivos que ayuda a los muertos.

Si fuese de algún provecho para el impío una sepultura espléndida, ¿tendríamos que concluir que es nociva para el piadoso tenerla pobre o quizá carecer de ella?

Al rico del Evangelio, que vestía de púrpura en vida, también en muerte sus siervos ofrendaron funerales espléndidos a juicio de los hombres; pero en la presencia del Señor fueron más magníficas las exequias hechas por los ángeles al mendigo pobre y cubierto de

llagas, no obstante que no depositaron su cuerpo en mausoleo de mármol, sino que le llevaron al seno de Abraham.

Esto no quiere decir que han de descuidarse o despreciarse los cuerpos de los difuntos, especialmente los de los justos y fieles, de los cuales usó el alma como de instrumentos y vasos para la ejecución de buenas obras.

Pues si un vestido o el anillo del padre, o cualquiera otra cosa que le haya pertenecido, son tanto más estimables a sus hijos cuanto mayor haya sido el amor que hayan profesado a sus padres, de ningún modo pueden despreciarse los cuerpos, que llevamos más amigable e íntimamente unidos a nosotros que cualquier vestido.

Porque el cuerpo no es simplemente un ornamento o protección exterior, sino que pertenece a la misma naturaleza del hombre.

Pero siendo todas estas manifestaciones medios de consuelo para los vivos y demostración de afecto a la memoria de sus difuntos, son también de auxilio para sus caros finados, porque al visitar los lugares donde reposan los cuerpos de sus difuntos, toman motivo para encomendar su alma a los Santos, invocando el patrocinio de éstos para que los ayuden en la presencia del Señor, que los ha recibido en su seno.

Esto mismo da a entender el nombre de memorias o monumentos (aviso, recuerdo) con que designamos los lugares o sepulcros de los fieles, o sea, que sirven de recuerdo a la memoria y de aviso a la inteligencia: recuerdo de aquellos que la muerte ha arrebatado a nuestra vista, a fin de que no desaparezca también su memoria de los corazones, y aviso porque nos avisa de lo que tenemos que hacer.

Pero aun en el caso de que no fuera posible enterrar a los muertos ni darles cristiana sepultura en los lugares a esto destinados, no por eso deben omitirse las plegarias por los difuntos. De ello nos da ejemplo la Iglesia católica, que ruega de un modo general por todos los muertos en la comunión cristiana, sin especificar sus nombres; de modo que cuantos no tienen hijos, padres o parientes que por ellos ofrezcan este tributo, lo reciban en común de esta buena madre.

Faltando estas plegarias, hechas con verdadera fe y piedad por los difuntos, yo creo que a sus almas de poco provecho les será el haber recibido sus despojos mortales, la sepultura en lugar sagrado.

Sea, pues, para ti especial el cuidado por los difuntos, porque si descuidas del todo estas atenciones, no es fácil que ruegues por ellos al Señor.

Debes, por tanto, tener presente que a los muertos, cuya memoria veneras, nada les sirve de auxilio más que el suplicar devotamente por ellos, sea en el altar, sea en las limosnas u obras de misericordia; pues aunque estos sufragios no aprovechen a todas las almas por las cuales se hacen, son beneficiosos ciertamente para aquellos que en vida han merecido este socorro.

Pero no sabiendo tú a quién pueden aprovechar, debes ofrecer plegarias por todos los bautizados, a fin de que no quede excluido ninguno de aquellos a quienes pueden y deben auxiliar estos sufragios.

Y es preferible que sobren a aquellos a quienes no pueden servir ni de provecho ni de daño que falte a uno a quien pudieran ser útiles.

Si bien es verdad que cada cual ruega con más fervor y diligencia por sus propios difuntos, en la esperanza de que a su vez sus parientes harán otro tanto por ellos.

Todo lo que se hace para dar sepultura al cuerpo, si bien no aprovecha directamente a la salud del alma, es un acto de humanidad conforme con la natural inclinación, por la que nadie odia a su propia carne.

Y así es necesario, que cuide de los mortales despojos del prójimo, aquel que estaba unido con él antes de la muerte.

Y si estos cuidados se toman aquellos que no creen en la resurrección, con más razón deben cumplirlos escrupulosamente aquellos que creen en la resurrección de los cuerpos, de modo que los cuidados prestados al cuerpo muerto, pero destinado a resucitar y a ser compañero del espíritu por toda la eternidad, más que un acto de piedad sean como una profesión solemne de la fe en la resurrección (De cura pro mort. Ger. 1-18)

* * *

Concédeme, Señor, que en la muerte de mis seres amados experimente una aflicción racional, derramando lágrimas resignadas por su mortal condición; pero haciendo también que tales lágrimas sean pronto reprimidas por el gozo de la fe, en virtud de la cual creo que los que mueren se separan de nosotros por muy poco tiempo, y que pasan a vida mejor.

Sírvanme de consuelo también las muestras de caridad que dan mis hermanos en la fe, ya sea a los muertos con la asistencia a los funerales, ya acompañándome en mi justo dolor. No dé jamás motivo para que pueda escuchar justamente la queja de los que dicen: *Esperé que alguien tomase parte en mi dolor y no lo hubo; esperaba quien me consolase y no lo hallé.* (Sal 68,21)

Enterremos a los muertos y construyámosles sepulturas según nos sea posible. En las Sagradas Escrituras se llaman buenas a estas obras, y no sólo se alaba a los que con ellas honraron los cuerpos de los Patriarcas y de otros Santos, o dieron tierra a los cadáveres que yacían insepultos, sino que también encontramos recomendados con alabanza a los que procuraron estos mismos cuidados para tu propio cuerpo.

Cumpliré, pues, todos estos oficios de piedad para con mis allegados y, encontraré en ellos lenitivo mi amor.

Y si amo no sólo carnalmente, sino también espiritualmente a aquellos que han muerto según el cuerpo y no en cuanto al espíritu, aplicaré con gran diligencia, perseverancia y generosidad lo que puede ser indudablemente útil a sus almas: sacrificios, oraciones y limosnas. (Serm. 1732,3)

Lejos de mí, pues, entristecerme a la manera de los gentiles, que no tienen esperanza; es natural que me contriste, pero también lo es que encuentre mi consuelo en la esperanza.

Desaparezca, sí, la tristeza, puesto que tenemos tan gran motivo para consolarnos. Séquese el llanto y sea el dolor alejado por la fe.

En medio de tanta esperanza no es conveniente que continúe estando triste el templo de Dios.

Habitas en él tú, que eres el buen Consolador, el que nos haces grandes promesas y nunca nos engañas. (Serm.173, 3)

LIBRO TERCERO

De la ciencia

TERCER GRADO DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA

Conseguirás el tercer grado, cuando por la flaqueza humana te hayas dado cuenta del estado en que te encuentras y los lazos de muerte con que estás sujeto, como descendiente de Adán, y apreciado cuan lejos te encuentras del Señor; y experimentando en tus miembros una ley que se opone a la ley de tu espíritu, que te arrastra al pecado, y te hace exclamar: ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal? (Rm 7, 24), buscarás consuelo en la gracia de Dios, que ha prometido devolvernos la libertad por Jesucristo, Nuestro Señor (Ep, 171, A,1).

CAPITULO I

La ley y la gracia

La voluntad de Dios es la misma ley de Dios (In Ps. 36,6, 5) que todas las almas piadosas consultan para, en conformidad con ella, obrar, mandar o prohibir, según los límites prescritos por aquella inmutable verdad. (Quaest. in Hept. 2,67)

Esta ley fue dada para que tú, hombre, te encontraras a ti; no para hacer desaparecer el mal que en ti hubiera, sino para que, creciendo la enfermedad a causa de las caídas, te vieras necesitado del médico y lo buscaras.

Y ¿qué médico es éste sino el que dijo: *No son los sanos los que necesitan el médico, sino los enfermos?* (Mt. 9,12)

Si no confiesas la existencia del Creador, niegas con soberbia al autor de tu propia existencia.

Si no reconoces tu enfermedad, juzgarás cosa superflua tener un Salvador.

Alaba, pues, al Creador en la naturaleza que te ha dado y recurre al Salvador para que te sane de la enfermedad que has contraído.

No basta acudir al Salvador para que dé la ley: eso sería muy poco, a no ser que hubiera dado una ley que pudiera dar vida; entonces la ley bastaría para conseguir la justificación. (Gál 3,21)

Pero la ley es sólo una ayuda, se dio como un socorro a la enfermedad para que no te tuvieras por sano.

Tú pudiste herirte en virtud de tu libre albedrío; pero una vez herido y llagado, no eres capaz de curarte con tu libre albedrío.

Puedes tú mismo buscarte la enfermedad viviendo desarregladamente, para lo cual no necesitas del médico: para enfermar te bastas a ti mismo.

Pero necesitas del médico para recobrar la salud perdida; porque, obrando intemperadamente, una vez contraída la enfermedad no puedes librarte de ella con la misma facilidad con que por tus destemplanzas has enfermado.

No obstante, también el buen médico te aconseja la moderación y la templanza cuando estás sano.

El buen médico prefiere curar en salud y no hacer uso de su ciencia.

Y así es como obró Dios, nuestro Señor. Creó al hombre sin imperfección alguna, y además le preceptuó que fuera moderado en sus tendencias, lo cual, si él lo hubiera cumplido, no necesitara de los oficios del médico.

Pero porque no observó este orden, se debilitó y enfermó; cayó y, enfermo, engendró enfermos.

En consecuencia, el género humano fue condenado por justo juicio de Dios: mas no lo quiso abandonar a muerte eterna, sino que, para librarle de este mal, envió al Médico, envió al Salvador, envió a quien lo sanase gratuitamente; y por si el curarle por puro amor fuera poco, da recompensa a los que recuperan la salud.

Nada se puede añadir a tanta benevolencia.

¿Quién te dijo jamás: «Deja que te cure y después te daré una recompensa»?

La conducta del Salvador, por consiguiente, no puede ser más admirable. Sabía que era rico y que venía al pobre; sana a los enfermos y luego les hace un regalo; pero el regalo es nada menos que darse a sí mismo.

Es, pues, el Salvador el socorro del enfermo y la recompensa del que ha sanado.

Usa, pues, de la ley como legítimamente se debe. Este buen uso consiste en conocer por medio de ella la propia enfermedad, y en pedir el auxilio divino para recuperar la salud.

La ley no puede dar vida, porque si la ley pudiera vivificar, de la ley vendría nuestra santificación, y no sería necesario buscar un Salvador, ni fuera preciso que viniera Cristo, ni que rescatase con su sangre la oveja perdida.

La ley, por consiguiente, fue nuestra niñera para conducirnos a Cristo Jesús. (Gal. 3,24)

La niñera no conduce a sí misma al niño, sino el maestro; y cuando el niño, ya crecido, da por concluida su instrucción, deja de estar bajo la niñera.

Al darse la ley fue ocasión de que abundase el pecado; pero donde, abundó el pecado sobreabundó la gracia. (Rm. 5,20)

Mientras la enfermedad fue ligera, despreciaste el auxilio de la medicina; pero cuando ésta se agravó, recurriste al médico.

La ley fue impuesta para remediar las caídas, de modo que se humillasen los soberbios, que se creían valer mucho y atribuían tanto a su propia voluntad, que juzgaban tener bastante con el libre albedrío para conseguir la justificación. La voluntad humana, cuando el hombre gozaba de entera libertad, o sea, en el Paraíso, ya dio pruebas de su valer: demostró, sí, de qué fuese capaz, y fue no de levantarse, sino de caer.

Estabas caído. Si no estuvieras caído no tendrías necesidad de que nadie te auxiliara; mas porque has caído y por ti mismo no te puedes levantar, te extiende Dios, en cierto modo, su propio brazo, constituyéndose tu Mediador.

No digas: «Ya que no estoy bajo la ley y sí bajo la gracia, puedo pecar y hacer lo que se me antoje».

Si hablas así, amas la enfermedad y no la salud; pues la gracia es la medicina.

El que ama la enfermedad es ingrato para con la medicina.

Recibo el auxilio divino, venido de lo alto merced al brazo de Dios, y recibido el mismo brazo de Dios, o sea, el Espíritu Santo, no tienes motivos para ensoberbecerte cuando haces alguna cosa buena; porque entonces obras, pero al mismo tiempo eres impulsado a obrar; y tu obrar es bueno cuando bueno es el impulso que te hace obrar.

El Espíritu de Dios, que obra en ti, es el que te ayuda cuando tú obras.

El mismo nombre de ayuda te dice que tú también haces algo.

Atiende bien a lo que pides y manifiestas, cuando dices: *Ayúdame, Señor, y no me abandones.* (Sal.26,9)

Invocas el auxilio de Dios, pero nadie puede ser auxiliado mientras por su parte no hace algún esfuerzo.

Sabemos, -dice el Apóstol-, que todo coopera al bien de los que aman a Dios. (Rm.8,28) Si obraras tú solo, Dios no podía ser tu cooperador.

No digas: «Si me falta la cooperación de Dios, me basto yo para hacer esto, aunque me cueste más trabajo y en ello encuentre dificultad».

«La nave, aunque navega más fácilmente a velas desplegadas que con el remo, sin embargo también a remo puede hacer su camino».

«Más difícil es caminar a pie que a caballo; pero también a pie se llega». No sirve la comparación.

No, no es así el auxilio de Dios, el auxilio de Cristo, el auxilio del Espíritu Santo.

Si absolutamente te faltara, nada bueno podrías hacer.

Obrarías ciertamente y por tu propia voluntad, pero obrarías el mal. Para eso sí sirve tu libre voluntad: para convertirse en esclava culpable.

El Maestro verdadero, que a nadie lisonjea, que a nadie engaña, no dijo: «Sin mí algo puedes hacer, pero lo haréis más fácilmente con mi auxilio»; ni tampoco: «Sin mí puedes dar frutos de vida eterna, pero más abundantes los haréis con mi cooperación». No, no es así como habló el Maestro de la Verdad.

Escucha sus palabras: Sin mi nada podéis hacer. (Jn.15,5. Serm.656,2-13)

A la ley, pues, debes añadir el Espíritu de Dios; porque si recibieras la ley y te faltara la ayuda del Espíritu, no podrás cumplir con lo que se te manda, y serás trasgresor. (Serm.251, 6)

La ley manda y no obra; porque la carne, faltando la gracia, resiste invenciblemente. (Serm.155, 7)

Venga, pues, el Espíritu a ayudarte, y entonces cumplirás lo que se te manda.

Puesto que has recibido la ley, no te puedes excusar por ignorancia. Ya sabes lo que debes hacer; la ignorancia no te disculpa; y si te falta el auxilio del Espíritu y cumplirás con alegría, con verdadero placer, lo que Dios ordena. (Serm. 251,7)

Pero no temas: si no puedes cumplir la ley, acógete a la misericordia.

Si es para ti muy dificultoso cumplir la ley, usa las súplicas que para ti compuso el celestial jurisconsulto. (In Jo.7,10)

Ruega, por tanto, con perseverancia, y podrás cumplir la ley. Podrás ciertamente cumplirla si acudes al Señor en demanda de auxilio; pero no previniéndole, como Pedro, que en su presunción quiso ir delante del Señor, sino siguiéndole y orando, como Pedro después de su conversión.

Contempla a Pedro presuntuoso y encontrarás a Pedro renegado; considérale ayudado por Dios y le hallarás predicador del Evangelio.

Por un momento vaciló su flaqueza para derrocar su presunción, no para destruir su piedad.

Le llenó Dios de su Espíritu y le mudó en invencible Apóstol de aquel que, cuando presumió, le predijo: *Tres veces me negarás.* (Lc.22, 61)

Confió en sus fuerzas, en su libre albedrío, y no en la gracia de Dios 15. Le miró el Señor, y empezó a llorar amargamente

Tan amargo fue para él el recuerdo de su negación, que le fue dulce la gracia de su rescate.

A no haber sido dejado a sus propias fuerzas, no le hubiera negado; a no haberle Cristo mirado, no lloraría.

Después de resucitado, el Señor encomienda sus ovejas al mismo Pedro, que le había negado; porque si antes, por presuntuoso, le negó, ahora, por amante fervoroso, merece ser el Pastor de su rebaño. (Sem.285,3)

No quieras, pues, presumir nunca jamás de tus fuerzas.

Te llama Dios y te manda que cumplas su ley; pero al mismo tiempo te da las fuerzas necesarias para que puedas cumplir lo que te manda.

Por tanto, es necesario que tengas una gran fe para humillarte bajo el influjo de la gracia, para orar a Dios, para no presumir de tus fuerzas, y así, despojarte del hombre viejo, y vestirte del nuevo. (Serm.32,8)

* * *

Señor, dame vida para que la letra no me mate.

Dame que quiera; mas como no es bastante querer, ayúdame para que plenamente quiera y cumpla lo que quiero. (Serm. 163.10)

No te escogí yo a ti, Señor, sino que tú me has escogido a mí. ¡Qué gracia tan inefable!

¿Qué era yo cuando no te había escogido y aún no te amaba? ¿Qué era yo sino un infeliz pecador? (In Jo. 86,2)

Y ¿qué había hecho yo de bueno para merecer esta gracia? O ¿qué obras buenas precedieron de mi parte para que tú me regalases tu gracia?

¿Por ventura hallaste en mí obras buenas que premiar y no delitos que perdonar?

En verdad que no hubieras obrado injustamente si hubieras querido castigar los delitos que me perdonaste, porque, ¿habrá cosa más puesta en razón que castigar al pecador?

Y siendo justo castigar al pecador, obra es de tu misericordia el que me hayas justificado y no castigado, y hecho de pecador justo y de impío religioso.

No te alabarían, Señor, mis labios si no se hubiera adelantado tu misericordia.

Don tuyo es el que yo te alabe, y por tu misericordia te alabo.

Por eso *toda mi vida te bendeciré y aLearé mis manos en tu nombre*. (Sal. 62,5)

A tu misericordia y no a mis méritos atribuyo mi vida, con la que te alabo. En tu nombre alzaré mis manos y las elevaré a ti por la oración.

Tú, Señor Dios mío, extendiste primero por mí tus manos en la cruz, para que yo extendiera las mías a hacer obras buenas, en virtud de la misericordia que para mí alcanzaste en la cruz.

Tú alzaste las manos en la cruz y ofreciste al Señor por mí el sacrificio de ti mismo, y con ello borraste todos mis pecados.

Justo es que yo levante mis manos hacia ti en la oración; y no serán confundidas así alzadas a ti si se ejercitan en buenas obras.

Además, mientras levanto a ti mis manos, tendré presente que mis obras buenas son efecto de tu misericordia más que galardón de mis esfuerzos. (In Ps. 62,12-13)

No a mí, Señor, no a mí, sino a tu nombre daré gloria.

Dame vida por tu nombre; según tu bondad, no según la mía; no porque yo tenga algún mérito, sino porque tú eres misericordioso.

Pues si yo quisiera ostentar mis méritos, nada merecería de ti sino el suplicio. Por eso los dejaste a un lado y has introducido en mí tus dones. (In Ps.142,18)

CAPÏTULO II

El pecado

Pecado es un decir, hacer o desear algo contra la ley eterna.

Ley eterna es la ordenación divina o voluntad de Dios, que manda observar el orden natural y prohíbe quebrantarlo. (Contra. Fausto 22,27)

Es, pues, todo pecado, por parte del hombre, un desorden y una perversidad; un apartarse de su supremo Hacedor y un volverse a las criaturas inferiores. (De div. quaest. 2)

Todo lo que Dios ha hecho para ti es bueno. Hay unos bienes que son grandes y otros pequeños, unos espirituales y otros temporales; todos, sin embargo, son bienes por la bondad del que los hizo buenos.

Por eso se dice en un lugar de la Escritura: *Poned orden en mi amor.* (Cant 2,4)

Uno de los bienes que el Señor ha hecho ha sido crearte a ti. Ha hecho también otros bienes inferiores a él y a ti; a unos tú eres inferior y a otros superior; no abandones, pues, el bien superior para inclinarte al inferior.

¿Por qué pecas sino porque utilizas mal aquellas cosas de las cuales sólo se te ha concedido el uso? Usa bien de las cosas inferiores a ti y podrás gozar cumplidamente del bien superior. (Serm. 21,3)

Faltas, por tanto, no porque uses cosas malas, sino más bien porque usas mal de ellas; es decir, no porque las cosas sean de suyo malas, sino por cuanto, usando mal de ellas, perviertes el orden establecido en la naturaleza, abandonando el bien supremo por gozar de los bienes inferiores.

La avaricia, por ejemplo, no es vicio del oro, sino del hombre, que ama desmedidamente el oro y abandona la virtud, que debe ser antepuesta al oro.

Tampoco la lujuria es algún vicio que existe en los cuerpos hermosos y deleitables, sino que reside en el alma que ama perversamente los goces corporales, sin tener presente lo que exige la templanza, que nos hace desear los bienes espirituales hermosos e incorruptiblemente más deleitables.

La vanagloria no es algo intrínseco a la alabanza humana, sino vicio del alma que desea inmoderadamente ser alabada, despreciando el testimonio de la propia conciencia.

Ni la soberbia está en el que confiere poderíos ni en esos mismos honores, sino en el que ama con desorden su propio poder, despreciando la justa potestad del que es superior. (De Civ. Dei 12,8)

Así pues, el que de este modo ama el bien de cualquier criatura, aunque lo consiga, se hace malo con el mismo bien y miserable por quedar privado de mejores bienes.

Teme, por tanto, el mal que se halla en ti mismo; esto es, en tus pasiones desordenadas; no lo que ha hecho en ti Dios, sino lo que tú has hecho en ti mismo.

El Señor te hizo buen siervo suyo, y tú hiciste mal amo en tu corazón.

Con razón, pues, te hallas sujeto a la maldad, con razón estás bajo el domino de ese amo que tú mismo creaste, ya que no has querido servir al que te ha hecho. (In Ps. 18, 2, 14)

Escucha la voz de Dios, tu Señor.

HABLA CRISTO

Hijo, odio tus cosas, pero a ti te amo; odio lo que tú has hecho, y amo lo que yo hice.

¿Qué eres tú, sino lo que yo he hecho, criatura a mi imagen y semejanza? No atiendes a lo que has sido hecho, y amas aquello que has hecho tú; amas las cosas que están fuera de ti, y desprecias mis obras, que llevas dentro de ti mismo; no es extraño que resbales y caigas, y hasta que inclusive te alejes de ti mismo.

Escucha mi invitación: **Vuélvete a mí, y yo me volveré a ti**. (Zac. 1,3) No me marcho y vuelvo, sino que, quedándome siempre en el mismo lugar, te corrijo; sin moverme nunca, te reprendo.

Me alejé de ti porque tú me volviste las espaldas; te alejaste tú de mí, no fui yo el que me marché. Pues escúchame: *Vuélvete a mí, yo me volveré a ti.* Que quiere decir: mi vuelta a ti es efecto de tu vuelta a mí.

Yo voy siguiendo al que huye e ilumino al que vuelve. (Serm.142, 4)

¿Adonde te diriges huyendo de mí? ¿Adonde huirás, huyendo de mí, que ningún lugar puede contenerme y de ninguno estoy ausente?

Yo libro al que a mí se convierte y castigo al que se aparta de mí; yo soy juez para el que huye de mí y padre para el que vuelve. (In Jo. 48,1)

RESPONDE EL ALMA

Abundantísima es, Señor, tu misericordia y grande en benevolencia, hasta el extremo de redimirnos con tu sangre, no obstante que éramos nada por nuestros pecados.

Obra grande fue crear al hombre a tu imagen y semejanza.

Pero, como nosotros hemos querido ser nada por el pecado, y hemos heredado de nuestros primeros padres el germen de muerte, y nos hemos convertido en masa condenada, en masa de ira, hubiste de redimimos con infinita misericordia, entregando por nosotros a tu Hijo, inocente en su nacimiento, inocente en su vida e inocente en su muerte.

Habiéndonos comprado a tanta costa, no quieres que perezcamos.

No nos compraste para perdernos, sino para vivificarnos.

Si estamos cubiertos de pecados, tú no te olvidas del precio a que nos compraste.

¡En verdad que te hemos costado mucho! (Serm. 22,9)

CAPITULO III

El pecado, ceguera del alma

El primer tormento con que Dios castiga el alma que de él se aparta es la ceguera, principio de las eternas penas

Pues el que se aparta de Dios, que es la luz verdadera, se vuelve ciego. Todavía no siente la pena, pero ya la lleva consigo. (Serm.171,5)

¿Te parece pequeña esta pena? ¿Es cosa baladí el endurecimiento del corazón y la ceguera del entendimiento?

Si en el acto de robar perdieras de repente la vista, ¿no lo considerarían todos como un castigo de Dios? Has sido privado de la luz de tu corazón, ¿y te imaginas que Dios no le ha dado importancia? (In Ps.57,18)

No pienses que la luz está ausente, porque tú no la puedes ver; pues de la misma manera que un hombre ciego, que está al sol, el sol está presente a él, aunque, debido a su ceguera, él está alejado del sol, así también tú, cuando pecas, eres ciego de corazón.

Cercana está la sabiduría; mas, como está cercana a un ciego, de tus ojos está ausente; no porque ella se halle lejos de ti, sino porque tú lo estás de ella.

¿Qué debes hacer? Purificarte para que puedas ver a Dios. (In Jo.19)

Todas las cosas por las que ofendes a Dios, cuando mueras, aquí las has de dejar, y sólo el pecado llevarás contigo.

¿Pecas por dinero? Pues aquí lo has de dejar.

¿Pecas por el deseo de una suntuosa mansión? Aquí la dejarás también.

¿Es por un amor desordenado a una mujer? Pues aquí la has de dejar. Cualquiera que sea el motivo por el que ofendes a Dios, cuando la muerte cierre tus ojos, todo lo dejarás; mas te llevas contigo los pecados cometidos. (Serm. 58,9)

¡Y, sin embargo, pecas! La avaricia es enemiga de Cristo, ¿por qué te haces esclavo suyo?

Jesucristo manda pocas cosas, y no las haces; en cambio, te manda la avaricia cosas dificultosas, y, no obstante, las cumples.

Cristo te manda vestir al pobre, y no lo haces; en cambio, te dice la avaricia que cometas fraudes, y esto sí lo haces de buen grado. (In Ps. 96,15)

Si no te has dado cuenta del pecado antes de cometerlo, considéralo por lo menos después de cometido.

Los placeres de este mundo endulzan por breve tiempo nuestros sentidos para después convertir la dulcedumbre en cruel amargura.

Supongamos que hayas faltado a la justicia, apropiándote lo ajeno; ¿crees que has hecho un gran negocio? Aumentaste tu fortuna, es verdad; pero a medida que iban aumentando tus caudales, disminuía tu amistad con Dios.

¿Qué perdiste y qué has adquirido? Lo que adquiriste, se llama oro, y lo que has perdido, amistad con Dios. Pon en parangón esa amistad y el oro: si se pudiera comprar esta amistad, estaría a la venta en los mercados públicos y tendría un precio.

Sólo te preocupas de tus ganancias y no te cuidas de tus pérdidas. ¿Te alegras al contemplar tus arcas y no lloras al ver tu corazón?

Prescindiré de lo que haya en tus arcas; pero examina en qué ha disminuido tu corazón.

Al abrir el arca, la encuentras repleta de monedas de oro, que antes no contenía: bien está que te alegres, porque encuentras allí lo que antes no se hallaba.

Pero fíjate en el arca de tu corazón: había en ella amistad de Dios, y ya no la hay. Pues bien: si te alegras por lo anterior, ¿por qué no lloras por esta pérdida? Convéncete de que son mucho mayores tus pérdidas que tus ganancias.

¿Qué es lo que debes hacer? El oro, adquirido con la pérdida de la amistad de Dios, no lo podrás llevar contigo, y tu corazón, vacío de la amistad de Dios, irá a sufrir los castigos; mientras que, de haber conservado la amistad de Dios, sería galardonado.

Parece que no has hecho nada, y por esa nada ofendiste gravemente a tu Dios.

Tú no te das cuenta de ello. ¡Tan ciego te tiene tu ambición! (In Ps.123,9-10)

¡Hijo querido! No seas tinieblas; no seas infiel, injusto, inicuo, rapaz, avaro, ni amador del mundo; que esto es ser tinieblas.

La luz no está ausente; eres tú el que te has apartado de la luz. No, no seas tinieblas. (In Jo.3,5)

* * *

¡Oh Señor! He sido hecho a imagen tuya, pero me perdí!

¿Y qué hiciste tú entonces? Encendiste una lámpara.

La lámpara es de barro, pero proyecta una luz que me hace encontrar mi alma.

Lámpara de sabiduría es tu carne, que fue hecha de barro; pero resplandece con la luz del Verbo, y me ha iluminado para encontrarla.

Salvador mío, tú eres mis delicias. Y ¿por qué sino porque iluminaste mis tinieblas y porque estás conmigo?

Tú me has buscado a mí antes que yo te buscase a ti, y me has encontrado para que yo te encontrase a ti.

Da luz a mi lámpara, Dios y Señor mío; ilumina mis tinieblas.

Antes de amarte yo era realmente tinieblas, porque no sólo no confesaba entonces mis pecados, sino que también los defendía, oscureciendo aún más mis tinieblas.

Me encontraba, sí, en tinieblas, pero, confesándolas, han sido iluminadas.

No quiero aumentar más mis tinieblas defendiendo mis malos actos; y espero que mi noche resplandezca con luz deliciosa, porque tú olvidarás mis tinieblas. (Jn.8,34 y Serm.134,3)

CAPITULO IV

Esclavitud del pecador

Todo hombre, judío o griego, rico o pobre, honrado o vilipendiado, emperador o mendigo, *cualquiera que comete pecado es esclavo del pecado*. (Jn. 8, 34 y Serm. 134,3)

Esclavo es, pues, y ¡ojalá fuese esclavo de un hombre y no del pecado! ¿Quién no tiembla ante estas palabras? El Señor nos asista a ti y a mí con su santa gracia, a fin de que yo hable con provecho de la huida de esta detestable esclavitud. (In Jo.41, 2)

Oye lo que dice el Profeta: ¡Ay de los que arrastráis los pecados como una soga larga! (Is. 5,8)

Por la soga se significan los pecados: los que arrastran los pecados como una gran soga son los que añaden pecados a pecados, es decir, aquellos que, habiendo cometido pecado, tratan de encubrirlo con otro nuevo pecado.

Pues lo mismo que para hacer una soga se van añadiendo fibras de esparto unas a otras, procurando retorcerlas para que se enlacen entre sí, así también, cuando se suceden los pecados, uno arrastra a otro detrás de sí, y de tal suerte se unen los unos a los otros, que forman una gran soga.

¿Y para qué sirve esta soga sino para atar las manos y los pies del pecador y precipitarle así en las tinieblas exteriores?

Acuérdate de lo que se dice en el Evangelio de cierto pecador: Atadlo de pies j manos y arrojadlo a las tinieblas exteriores; *allí será el llorar y crujir de dientes.* (Mt.22,13) No habría modo de atarle los pies y manos si él no se hubiera hecho la soga.

Por eso se dice muy claramente en otra parte: Cada uno está atado con las ligaduras de sus propios pecados. (Prov.5,22. In Ps.130,2)

No te entregues al deleite del pecado, porque es mayor el dolor que deja que la suavidad que procura. (In Ps. 131,9)

Suspiras por la felicidad, pero suspiras atado, y no con ajenas ligaduras, sino con tu misma férrea voluntad.

Tu voluntad se halla en manos del enemigo, que hace de ella una cadena, con la que te oprime.

En efecto, de la perversión de la voluntad nace la liviandad, y sirviendo a la liviandad se engendra la costumbre, y con no resistir a la costumbre, se crea la necesidad.

He aquí cómo, a manera de eslabones unidos entre sí, se forma la cadena que te tiene sometido a dura servidumbre. (Conf, 8,5)

¡Oh, miserable esclavitud del pecado! Muchas veces los hombres, cuando no pueden soportar a sus amos, reclaman que se les ponga en venta, no para quedar libres de la esclavitud, sino para cambiar de amo. Pero ¿qué hará el pecador? ¿De quién reclamará la libertad? ¿Ante quién interpondrá sus ruegos? ¿A quién se querrá vender?

Además, el que es siervo de un hombre, si se cansa de sufrirle, puede verse libre de su esclavitud huyendo de su señor; pero el siervo del pecado, ¿adonde podrá huir?

A sí mismo se lleva adondequiera que huya. Porque la mala conciencia nunca huye de sí misma, pues no tiene adonde ir, ya que siempre va consigo misma; más aún, ni puede apartarse de sí, porqué el pecado que ha cometido lo lleva dentro.

Cometió el pecado por gozar de un pequeño deleite corporal, pasó aquel pequeño gusto, y el pecado permanece; pasó lo que deleitaba, y queda lo que atormenta. ¡Oh, qué pésima esclavitud! (In Jo 41,4)

Te agrada seguir el camino de los pecadores porque es espacioso y son muchos los que por él caminan, pero tú sólo ves su anchura y no el fin a que va a parar.

Pues he aquí que termina en un gran precipicio; su fin es la profundidad del abismo, y en él se van a precipitar los que alegres corren solazándose por semejantes caminos.

Pero ya que no te es posible descubrir con los ojos del cuerpo ese término funesto, cree en la palabra del que lo ha visto.

¿Tendrás reparo en prestar fe a tu Dios y Señor, que te dice: *Ancho es el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que caminan por él?* (Mt. 7,13)

Este es el camino que destruirá el Señor, porque es el camino de los pecadores (In Ps. 145,19)

Acógete a Cristo; recurre al Señor para que te libre del pecado, interpón recurso para ser vendido, a fin de poder ser comprado con su sangre.

El Señor te dice: Gratis has sido vendido y sin dinero serás comprado. (Is. 52,13)

Se entiende sin dinero tuyo, porque es mío.

Esto es lo que dice el Señor: El fue el que dio el precio: que no fue ni oro ni plata, sino su sangre. Tú de tuyo no tenías más que esclavitud y miseria. (In Jo. 41,4)

* * *

Como el médico detesta la enfermedad del enfermo y procura con sus cuidados expulsar el mal para curar al enfermo, así tú, Señor y Dios mío, procuras destruir en mí el pecado para que goce de verdadera libertad; pues la verdadera libertad consiste en estar exento de culpa.

Por tanto, cuando me vea libre de culpas, empezaré a levantar mi cabeza para disfrutar de verdadera libertad, si bien esto es un principio de libertad, pero no libertad perfecta; porque *descubro en mis miembros una ley que se opone a la ley de mi espíritu, por la que obro, no aquello que quiero, sino lo que odio.* (Rm.7,23 y19)

La carne tiene deseos contrarios a los de mi espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne, de modo que muchas veces soy arrastrado a lo que no quiero. (Ga 5,17)

Gozo de libertad a medias y sufro la esclavitud a medias.

No es, pues, una libertad total, pura y perfecta, porque no tengo aún la eternidad.

Tengo parte de debilidad y parte de libertad.

En medio de esta debilidad, soy libre cuando te sirvo a ti, y continúo siendo esclavo en cuanto sirvo a la ley del pecado.

No porque existan en mí dos sujetos contrarios y procedentes de principios opuestos, sino que soy un solo sujeto que con el espíritu obedezco a tu ley, y con la carne sirvo a la ley del pecado, mientras que la enfermedad se oponga y luche contra la salud.

¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Sólo tu gracia por los méritos de Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro. (Rm.7,24-25 y In Jo 41,9-12)

CAPITULO V

Se ha de llorar más la muerte del alma que la del cuerpo

Como el cuerpo muere cuando le falta el alma, así el alma muere cuando pierde a Dios.

Mas hay una diferencia: la muerte del cuerpo sucede necesariamente, pero la del alma es voluntaria. (Serm. 62,2)

Cuando el alma abandona al cuerpo, éste muere y queda convertido en cadáver, y el que antes era apetecible es ahora despreciable, a pesar de que allí está con todos sus miembros, con sus ojos y oídos; pero éstos son ya solamente las ventanas de una casa que su dueño ha abandonado.

El que llora a un muerto junto a la ventana de su antigua morada, gime en vano, puesto que no hay habitante dentro que le pueda escuchar.

¡Cuántas cosas dice el sentimiento al que llora! ¡Qué de circunstancias enumera! ¡Cuántos recuerdos! ¡Y, fuera de sí por la intensidad de su dolor, le habla como si le estuviera oyendo, cuando en verdad habla a un ausente!

Le trae a la memoria sus buenas cualidades, le recuerda las señales de benevolencia recibidas: «Tú eres el que me hiciste aquellos regalos; tú el que me hiciste tales y tales favores; tú el que me amabas tanto y cuanto».

Pero si te fijas, si quieres entender, si reprimes estas manifestaciones de dolor, reconocerás que el que tanto te amó, se apartó ya de ti, y en vano te entretienes en llamar a la puerta de una casa donde ya nadie habita.

Fíjate ahora en un hombre con salud, pero impío, disoluto, sin fe, incorregible y empedernido en sus vicios: vive en cuanto al cuerpo, pero tiene muerta el alma, que da la vida al cuerpo.

El alma es cosa tan excelente que, aunque muerta, sostiene la vida del cuerpo. Sí, el alma es una criatura maravilosa, que, aunque muerta, puede animar la carne.

¿Lloras por un difunto? Con mayor razón debes derramar lágrimas por el pecador, por el impío, por el infiel; porque escrito está: *El luto del muerto es siete días; mas el del impío y el del fatuo dura todos los días de su vida.* (Eclo.22,13)

Por tanto, ¿qué misericordia cristiana es la tuya, que lloras por un cuerpo de que se ausentó el alma, mientras permaneces insensible ante un alma de la cual se ha apartado Dios? (Serm.63,5-7)

Haces todo lo que puedes para evitar la muerte del cuerpo, que necesariamente vendrá; a esto se reducen tus afanes. ¡Cuántos esfuerzos inútiles se hacen para alejar la muerte, siendo el destino natural del cuerpo, y qué pocos para no pecar, estando destinado a vivir eternamente!

Cuando trabajas para no morir, en vano te esfuerzas, pues sólo puedes llegar a conseguir que la muerte se retrase; mas no librarte de ella; pero si te decides a no pecar, no te costará trabajo alguno y vivirás eternamente.

¡Oh si pudiesen mis palabras despertarte, y con ellas también ser yo despertado a amar la vida que dura siempre con el mismo ardor con que los mundanos aman los bienes de esta vida transitoria! (In.Jo.92,2)

Teme, pues, la muerte de tu alma y no te dé cuidado la muerte del cuerpo; pues, temiendo la muerte del alma y viviendo en la amistad de Dios y sin ofenderle, merecerás como premio final la unión con el cuerpo, no para castigo eterno, como los impíos, sino para gozar de la vida eterna con él, como los justos.

Temiendo aquella muerte y amando aquella vida, los santos, esperando en las divinas promesas y no haciendo caso de las amenazas de los perseguidos ni de las delicias del mundo, fue como merecieron ser coronados en el reino de Dios y nos dejaron estas solemnes fiestas que conmemoramos. (Serm.65,8)

* * *

¡Señor, compadécete de mí; guarda el alma de tu siervo! Ya sé que la custodias, porque dices: *No temáis a los que pueden destruir el cuerpo j no pueden matar el alma*. (Mt.10,58)

Mi cuerpo puede ser destruido por un prepotente, pero el que tal haga, ¿qué es lo que me puede hacer? Lo que hicieron contigo, Dios y Señor mío.

¿Por qué anhelo poseer lo que tú posees, si rehúso padecer lo que tú, Dios y Señor mío, has padecido?

Tú, Señor, has venido a soportar la enfermedad propia de la vida temporal, que está sujeta a la muerte.

En verdad que debería temer morir si fuera posible vivir siempre; pero ¿por qué no acepto por amor tuyo aquello que naturalmente no puedo esquivar?

Quíteme esta vida el enemigo que me persigue, y tú, Señor Dios mío, me darás otra vida. También tú me has dado ésta, y si tal no fuera tu voluntad, nadie podría quitármela; pero si permites que me vea privado de ella, poderoso eres para que yo gane con el cambio; no debo temer ser despojado por amor a ti.

¿Cómo he de sentir el despojo de una vestidura andrajosa por la que tú me has prometido un traje de gloria?

Mi enemigo podrá atormentarme hasta la muerte corporal; su poder, sin embargo, ya no se extiende más allá ni contra el alma ni contra el cuerpo; pues aunque haga a éste pedazos, no podrá con ello impedir mi resurrección.

Temía, en efecto, por mi vida, pero tú me dijiste: Hasta los cabellos de tu cabeza los tengo contados. (Mt.10,30) ¿Habrá motivo para temer por mi vida cuando ni un cabello de mi cabeza puedo perder sin tu permiso?

Tú tienes contadas todas las cosas, y, como las criaste, las restituirás a su primer estado.

Nadie me atemorice, porque más poderoso eres tú que me has llamado; puesto que eres omnipotente, eres más fuerte que todos los prepotentes y superior a todos los soberanos.

Has muerto por mí; estoy seguro de recibir de ti la vida contando con una prenda como tu muerte.

En efecto, ¿por quién has muerto? ¿Fue sólo por los justos? San Pablo me contesta: Cristo murió por los pecadores. (Rm 5,6)

Cuando era impío, tú te entregaste a la muerte por mí, y ahora que soy justo, ¿me vas a abandonar? Tú, que justificas al pecador, ¿abandonarás al justo? (In Ps. 96,17)

CAPITULO VI

La fuerza de la mala costumbre

La costumbre se llama ordinariamente segunda naturaleza, porque es como una naturaleza añadida (De Mus 6,7)

Es tanta la fuerza de la costumbre, que cuando ésta es inveterada, constituye tu mayor enemigo. (De Mis. 5,5)

Una cosa es pecar y otra hacerlo por costumbre.

Si uno ha cometido algún pecado y se ha enmendado inmediatamente, pronto revive; porque, aunque muerto, no está sepultado, no está atenazado por la costumbre.

Pero si ha caído en la mala costumbre, ya le considero enterrado, y con razón puedo decir que despide mal olor, porque empieza a tener mala fama, que es como un olor pestilencial.

Gastas miserablemente el tiempo cuando le dices: «No debes obrar así». Porque, ¿cómo quieres que te haga caso el que está como enterrado y en estado de putrefacción, y hasta oprimido por la lápida sepulcral de la mala costumbre?

En los tres muertos resucitados corporalmente por el Señor puedes descubrir un símbolo y una figura de las resurrecciones espirituales.

Resucitó la hija del jefe de la sinagoga cuando ésta estaba aún en casa. Volvió a la vida al hijo de la viuda cuando le llevaban ya fuera de la ciudad, camino de la sepultura, y resucitó a Lázaro después de estar cuatro días en el sepulcro.

Aplica esto a tu alma, porque tú, cuando pecas, mueres, pues el pecado es la muerte del alma.

A veces pecas de pensamiento, te deleitas advertidamente en lo que es malo: ese consentimiento te mata, pero la muerte es interior, porque el mal pensamiento no se ha traducido en actos.

La resurrección de esta alma está simbolizada en la muerte de aquella niña que no había sido aún sacada de casa, aunque ya estaba muerta: estaba oculta, como el pecado de pensamiento.

Si además de consentir en el mal pensamiento has realizado la maldad, se puede decir que has sacado ya el muerto fuera de la puerta; le tienes ya fuera de casa, camino del cementerio.

También el Señor resucitó a este muerto y le devolvió con vida a su madre. Si has pecado, arrepiéntete; el Señor te resucitará y te devolverá a tu santa Madre la Iglesia.

El tercer resucitado fue Lázaro. He aquí el último grado de muerte, que es lo que se llama la fuerza de la mala costumbre. (In Jo. 49,3)

La piedra que cerraba el sepulcro es la opresora fuerza de la costumbre que oprime el alma, impidiéndola levantarse y aun respirar.

Vino el Señor, para quien todo es fácil, y aun encontró alguna dificultad. Se afligió su espíritu, exhaló un suspiro ante el sepulcro y clamó, para indicar que se requieren grandes motivos para despertar a los hombres endurecidos en la mala costumbre.

Sin embargo, a la voz del Señor se rompen los vínculos de una tiránica costumbre. Tiemblan a esa voz las potestades del infierno, y sale Lázaro vivo del sepulcro.

Fíjate en los detalles de la resurrección: salió vivo del sepulcro y no podía andar. Entonces el Señor ordenó a los Apóstoles: *Desatadle y dejadle que marche.* (Jn 11,44) Resucitó Cristo al muerto, y los discípulos desligaron las ataduras.

Es necesario, por consiguiente, que el muerto resucitado pueda verse libre de estos lazos y obtenga permiso para andar. Esta misión encomendó Cristo a sus discípulos, cuando les dijo: *Todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo.* (Mt. 17,18)

Como consecuencia de este discurso, aprende a conservar la vida si estás vivo, y a resucitar si estás muerto.

Si el pecado sólo ha sido concebido en el corazón, y no se ha ejecutado lo que se pensó, arrepiéntete de modo que con este remedio resucite el muerto dentro de la casa de tu conciencia.

Si se ha realizado aquello que el pensamiento concibió, no hay que desesperar; el muerto que no resucitó en secreto resucita en público mientras le llevan a enterrar.

Arrepiéntete de la mala acción para recuperar pronto la vida, sin dar tiempo a caer en el sepulcro, donde te verás oprimido por la gran piedra de la costumbre.

Mas si acaso hablo con quien está aprisionado bajo la dura losa de su costumbre y oprimido por su peso, si acaso me escucha alguno que, muerto de cuatro días ya, hiede, le diré que tampoco desespere.

Cierto es que se halla el muerto muy abajo; pero está Cristo arriba. Está Cristo arriba, que con un grito puede destruir todas las ligaduras terrenas y sabe vivificar interiormente, aunque después entregue el muerto a sus discípulos para que le quiten las ligaduras. Sí; que también éste haga penitencia.

Lázaro, resucitado después de estar cuatro días en el sepulcro, no conservó ningún mal olor en su nueva vida.

Por tanto, los que están con vida, que la conserven; y los que hayan muerto, sea cualquiera el género de estas tres muertes, procuren resucitar sin tardanza. (Serm. 98,5-6)

* * *

¡Señor! ¡Con qué dificultad se levanta el que se encuentra oprimido bajo la losa de la mala costumbre!

Pero siempre puede levantarse vivificado por la acción interior de tu gracia si tú, Señor, le gritas al corazón. (In Jo. 49,24)

En efecto, he visto hombres de costumbres corrompidas que, convertidos, viven más piadosamente que sus murmuradores.

No desconfío de la salud de ninguno, y me confirmo en ello con el caso de la hermana de Lázaro, si es que ella fue la misma que ungió tus pies, y, después de bañarlos con lágrimas, los secó con sus cabellos; ésta, digo, recibió mejor resurrección que su hermano, cuando fue librada de la pesada piedra de la mala costumbre.

Era pública pecadora, y, no obstante dijiste de ella: *Le fueron perdonados muchos pecados porque amó mucho.* (Lc 7,47)

No quiero, pues, ni presumir ni desesperar de mí, ya que tan malo es lo uno como lo otro.

Y para no desesperar, quiero dirigirme a aquel en quien debe fundarse toda presunción. (In Jo 49,3) N*o he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*. (Mt. 9,13) Ciertamente que si no hubiera amado a los pecadores no habrías descendido del cielo a la tierra. (In Jo 49,5)

CAPITULO VII

La costumbre de pecar disminuye el horror al pecado

Por grandes y vergonzosos que sean los pecados cuando se hacen costumbre, se consideran como pequeñeces o cosas baladíes, hasta tal punto que se considera como inútil el ocultarlos, y se llega hasta publicarlos con vanagloria.

Así ocurrió con los habitantes de Sodoma y Gomorra, que no sólo no se ruborizaban de sus deshonestidades, sino que tenían a gala hacer ostentación de ellas, como si fuera permitido por las leyes. (Inquiridium 80)

Por eso, cuando les reprendían, se enojaban de tal modo que, cuando un hombre justo les increpaba por sus infamias, le contestaban: *Has venido a morar con nosotros, no a darnos leyes.* (Gn 19, 9)

Era de tal naturaleza la costumbre que tenían de pecar, que la iniquidad les parecía virtud, ya que más digno de reprensión que ellos debía serlo quien les prohibía continuar en su pecado.

Lo mismo te ocurrirá a ti si caes en el hábito de pecar; la costumbre de obrar el mal no te deja apreciar ya la maldad de tus actos, de modo que hasta intentas defender tus inicuas acciones. (Serm. 98,5)

No quites, pues, importancia a los pecados que quizás cometes ya por costumbre.

La costumbre rebaja, incluso anula, la gravedad del pecado; se ha endurecido tu conciencia, y tu alma ha dejado de sentir el dolor del pecado.

No se siente el dolor en un miembro corrompido, pero no por eso se puede decir que esté sano; antes al contrario, se le debe considerar muerto.

Cuando se causa una herida en alguna parte del cuerpo y se siente dolor, es que está sana, o por lo menos queda alguna esperanza de curación; pero cuando se la comprime, hiere, punza, y ya no duele, désela por muerta, debe amputarse. (Serm. 17,3)

Enmiéndate: la mala costumbre se vence con la buena; no sigas la corriente de sus malos hábitos ni pretendas aplacar tus pasiones siendo indulgente con ellas, sino destrúyelas, oponiéndoles enérgica resistencia.

Sin embargo, mientras existe, considérala como enemigo; si no la secundas, irá debilitándose de día en día. Ten presente que su fuerza no es otra que tu debilidad, y que si condesciendes, le proporcionas nuevas fuerzas. (Serm. 151,4)

Por el contrario, cuando se resiste a la mala costumbre, su poder disminuye; reprimida, se debilita; debilitada, muere; y a la mala costumbre le sigue la buena.

Hablo por experiencia; véncete hoy, y mañana te será más fácil la victoria. Si trabajas por vencerte mañana también, apenas encontrarás apoyo en el esfuerzo del día anterior. (Serm. 180,10-13)

Las dificultades que experimentas provienen de haber dado fuerzas a tu enemigo mediante la mala costumbre. No te costó trabajo el alimentarla: esfuérzate ahora para vencerla; y si con tus fuerzas no puedes conseguir la victoria, acude al Señor. (Serm. 151,4)

Corrígete ahora, hijo mío; enmiéndate ahora. ¿Quién te lo impide? Te espera el Señor pacientemente; le ofendes y te perdona; vuelves a pecar, y vuelve a perdonarte. Y todavía sigues pecando. ¿Hasta cuándo tendrá Dios paciencia? Reflexiona seriamente sobre esto, porque Dios también es justo.

Porque temo, me acerco a ti; tanto más cuanto que descubro la buena voluntad que tienes de escuchar mis súplicas; veo los deseos con que me reclamas y comprendo tus afectuosos sentimientos hacia mí.

La tierra recibe la lluvia benéfica: produzca, pues, trigo y no espinas; para el trigo hay graneros preparados, como fuego para los espinos.

Tú sabes lo que debes hacer con tu campo, y ¿no sabrá Dios lo que debe hacer con su siervo? La lluvia que cae en un campo fértil es buena. ¿Se la podrá inculpar que nazcan también con ella los cardos?

¿No podrá la lluvia asistir tranquilamente al tribunal de Dios y responder que ella ha descendido fértil sobre todo?

Atiende y fíjate qué es lo que produces y sabrás que es lo que se te reserva.

Si produces trigo, irás al granero; si produces espinas, serás destinado al fuego.

Pero no ha llegado aún ni el tiempo de la cosecha del trigo ni el de quemar las espinas; prepárate ahora para no tener entonces motivos de temor.

Por el Nombre de Cristo te conjuro que contestes; puesto que vives tú, a quien hablo, y yo, que pregunto, vivo; ¿acaso no hay tiempo para arrepentirse y para cambiar en buena la mala vida?

¿No puedes hacerlo hoy mismo si así lo deseas? ¿Qué te impide el realizarlo ahora? ¡Ea! Mientras yo hablo cambia tu corazón, y con ello habrá concluido lo que desde hace tanto tiempo se te viene inculcando para que lo hagas y cuya omisión te hace digno de una pena eterna. (In Ps. 63,19)

Esfuérzate ahora por no pecar; y si por flaqueza incurres en alguna falta, no te descuides: arrepiéntete inmediatamente, llórala con sinceridad, y no temas, pues, en virtud del arrepentimiento, podrás comparecer tranquilamente ante el juez.

Tienes un buen abogado y no debes temer perder la causa de tu acusación. (In Ep. Jo. 1,7)

* * *

¡Oh Señor! Grandes son mis enfermedades, pero ninguna es incurable para ti, médico omnipotente.

Quiero ser curado, no rechazo tus manos, porque tú sabes qué es lo que debes hacer conmigo.

No sólo encuentro alivio cuando me aplicas calmantes, sino que soporto también el dolor de la amputación cuando sea necesaria. Sufro con agrado el dolor de la cura, pensando en la salud que gozaré después.

Estoy cierto de mi esperanza: tú has prometido la salud y eres infalible.

Se equivoca el médico a veces cuando promete la salud a un cuerpo humano que él no ha formado.

Pero tú has hecho mi cuerpo y creado mi alma, y sabes cómo debes rehacer lo que has hecho y reformar lo que has formado. Mi cometido es ponerme en tus manos, porque odias a quien rechaza tu auxilio.

Pero he aquí que el cuerpo corruptible es lastre del alma; y yo me siento cargado y sobrecargado.

¡Cuántas cosas me impiden pensar en ti, principalmente las debilidades humanas! ¡Cuántas divagaciones! ¡Cuántas distracciones al meditar las sublimes verdades! ¡Qué de interrupciones! ¡Qué tropel de imaginaciones!

Todo esto germina en mi corazón, como los gusanos proceden de la carroña.

He hablado, Señor, de la gravedad de mi mal; ahora quiero alabarte a ti, que eres mi médico. ¿Acaso no me curarás porque me hiciste tal que, de no haber despreciado tus cautelas, no habría caído enfermo?

¿No me ordenaste qué debía comer y de qué debía abstenerme para conservar la salud?

No quise escucharte cuando se trataba de conservarla; te escucharé ahora para poder recobrarla.

Mis miserias me han hecho conocer la rectitud de tus prescripciones.

Que al menos, después de haber traspasado tus advertencias, te preste atención tras una penosa experiencia.

¿Qué terquedad no será la que ni aun a los hechos de la experiencia se doblega? (In Ps. 102,5-6)

Dame, Señor, la gracia de llorar para no ser insensible al dolor. (Serm. 152,2)

CAPITULO VIII

No se deben despreciar los pecados veniales

Muy difícil es que el cambio de vida sea tal, que no encuentres en ti algo digno de reprensión. (In Ps. 99. 16)

Aunque adelantes mucho en el camino de la virtud, mientras vivas en este mundo no te librarás del pecado.

Porque pecado son no sólo las transgresiones graves, como los hurtos, los sacrilegios y los falsos testimonios.

También lo son una mirada imprudente, escuchar algo improcedente, un pensamiento sobre cosas prohibidas. (Serm.261, 9)

¡Cuántos pecados comete la lengua! Muchas son las frivolidades y cosas inconvenientes que se dicen.

Supongamos que tus manos no hagan cosas malas ni que el pie se dirija a ejecutar acciones prohibidas, ni el ojo se deleite en cosas deshonestas, ni la lengua profiera palabras indecentes; dime, ¿quién es el que puede poner freno al tropel de imaginaciones?

Hasta en la oración te sorprenden las distracciones, haciéndote olvidar delante de quién estás o ante quién te has postrado en el suelo. (Serm.56,12)

También en las cosas permitidas se mezclan los pecados. Así, en el comer, que es cosa permitida, fácilmente te excedes en el modo o en la cantidad conveniente, y pecas.

Son cosas ordinarias de todos los días, pero son pecados; no las consideres como leves porque se cometen con demasiada frecuencia.

Precisamente, porque son cotidianas y frecuentes, ten cuidado no te aplasten con su número, ya que no con su gravedad.

No las desprecies diciendo que son cosas leves; témelas por ser muchas.

¿Qué cosa más exigua que un grano de arena? Y, sin embargo, si echas demasiada en un barco, llega a sumergirlo.

Pequeñas, en verdad, son las gotas de agua de lluvia, y ¿acaso no hacen salir de madre los ríos y destruyen las casas? (Serm. 9,17-18)

Si dejas que se acumulen contra ti, con pretexto de que son leves, ¿no llegarán a oprimirte bajo su peso?

¿Qué más te da sucumbir bajo una masa de plomo que bajo un montón de arena? El plomo forma un solo cuerpo; la arena se compone de innumerables granillos que, en gran cantidad, bastan para aplastarte. (Serm. 56,12)

Todas estas cosas pequeñas acumuladas forman un gran montón, como los granos de trigo, que, siendo pequeños, reunidos colman los graneros. (In Ps.129,5)

Acumulando cada día pequeñas cantidades, te encontrarás delante de un montón: un poco hoy y otro poco mañana constituyen un mucho. (In Ps. 93,3)

No desprecies, pues, estas cosas por pequeñas: cuéntalas, si puedes, y te aterrorizará su número. (In Jo. 1,6)

Tienes cuidado de las cosas grandes y no te preocupas de las pequeñas. ¿No las temes porque son pequeñas? Después de haber evitado una gran mole, ten cuidado no quedes sepultado bajo la arena. (In Ps. 39,22)

Por tanto, si estos pecados, aunque pequeños, por su muchedumbre forman un montón capaz dé aplastarte, pondera cuán bueno es Dios que te perdona también estas faltas inherentes e inseparables de la vida presente.

Si por falta de moderación ofendes a Dios y eres reo en su presencia, aun sin que los hombres puedan inculparte cosa alguna, justo es que perdones a tu prójimo cuando falta contra ti, para que el Señor te perdone lo que faltas contra él.

Si no recurres a este antídoto, no te queda esperanza de salvación.

El Señor no te perdonará si tú no perdonas de corazón las ofensas de tus hermanos.

Esta sentencia evangélica es para el corazón del hombre como el jarro de achique en el agua de los barcos. Porque no es posible que deje de penetrar el agua por las rendijas de sus ensambladuras.

Infiltrándose poco a poco, termina por juntarse en tanta cantidad que, de no achicarla, daría con el navío en el fondo del mar.

De igual manera, en el curso de la vida presente, por los resquicios de nuestra fragilidad de mortales, se filtra el pecado de entre las ondas del siglo.

Recurre a esta sentencia como a un cántaro y achica el agua de tu barca en riesgo de naufragar.

Perdona a tus ofensores para que Dios te perdone tus ofensas.

Aplicando esta fórmula lograrás vaciar cuanto había penetrado en tu barca.

Sé precavido, sin embargo, porque aún vas navegando. No es bastante haber perdonado una vez; es necesario, después de haber atravesado este mar, arribar al puerto seguro, a la tierra firme de aquella patria, donde las olas no son ya de temer y donde no habrá qué perdonar, porque nadie será agraviado, ni tampoco tendrás que solicitar perdón, porque no agraviarás a nadie. (Serm.278, 10-13)

* * *

¡Oh Señor! Mi oración cotidiana, dicha de corazón y lealmente practicada, será: «perdóname mis ofensas como yo perdono a quienes me ofenden».

De ello hago ahora promesa, que será como un pacto entre los dos. Tú me dices: «perdona y te perdonaré». Si yo no perdono, seré yo el culpable, que falto a la palabra; no tú. (Serm. 56, 13)

Tú, Señor, vendrás y descubrirás mis pecados. Si hubiere vivido bien, no encontrarás pecados graves; no encontrarás hurtos, ni pillajes, ni daños; nada de esto encontrarás. Pero ¿es que no encontrarás otras cosas?

Al considerar las muchas debilidades de cada día, aunque no fueren más que palabras ociosas y pensamientos vanos, me doy cuenta de que su número es enorme, y que de estas cosas pequeñas se forma un gran montón.

Esta consideración de mi miseria y fragilidad me hace volverme a ti y exclamar: *Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz*

Estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? (Sal 139, 1-3)

Sí, Dios mío, con tu gracia podré evitar los homicidios, los pillajes, los perjurios, los daños; pero ¿podré evitar los pecados de la lengua? ¿Seré capaz de evitar los pecados de pensamiento?

¿Quién podrá resistir llevar cuenta de nuestras maldades? Si quieres proceder conmigo como juez severo y no como padre misericordioso, ¿cómo podré permanecer en tu presencia?

¿Qué ley es ésta? Llevemos unos las cargas de los otros, y así cumpliremos tu ley. Llevaremos fácilmente las cargas de los demás si decimos con sinceridad: *Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* (Mt. 6,12)

Para cuando me haya sido concedida la remisión de los pecados me has prometido el reino de los cielos. Pues bien: mis pecados han sido borrados, pero la recompensa no ha llegado aún; recibí el perdón, pero no poseo aún la vida eterna. Pero tú, que me diste el perdón, me has prometido la vida eterna. Si fuera ésta una promesa de hombre, debería temer; pero por ser promesa tuya, estoy seguro de que no puede haber engaño.

Confiado, espero en tu palabra, que no puede engañar. (In Ps. 129, 5-6)

CAPITULO IX

El remordimiento del pecado es la mayor de las tribulaciones

Muchas son las tribulaciones que te pueden sorprender. En cualquiera de ellas recurre al Señor, ora provenga de desavenencias familiares, ora de la salud corporal, ora de pérdida de personas queridas, ora de privación de cosas necesarias para la vida: en cualquier cosa que sea, no debes buscar otro refugio que tu Salvador, que el de tu Dios, en el cual encontrarás fuerza para sobrellevarlas.

De todos los tormentos humanos no lo hay tan grande como el remordimiento de la conciencia.

Mientras permanece invulnerable y sano el interior, o sea, mientras tu conciencia está tranquila, cualquier pena que te aflija, tienes dónde refugiarte: basta que te recojas en tu interior, y allí encontrarás a tu Dios.

Pero si, por el número de tus pecados, Dios y la paz han huido de tu alma, ¿qué podrás hacer? ¿Dónde buscarás asilo cuando comiencen tus sufrimientos?

Aunque huyas del campo a la ciudad, o de la calle a tu casa, para buscar incluso en ella algún lugar retirado, allí te seguirán tus penas.

De tu habitación no te queda otro lugar adonde huir sino a tu corazón.

Pero si allí anida el alboroto, si lo llena el humo de la maldad o arden las llamas del crimen, no hay refugio para ti: serás echado de allí, serás expulsado de ti mismo.

Has encontrado a tu enemigo en el lugar de tu refugio; ¿adonde huirás de ti mismo? Adondequiera que te dirijas, arrastras tu yo, y él te atormentará a ti mismo.

Hay sufrimientos que ciertamente pueden molestarte, pero no son tan penosos; y lo son tanto menos cuanto menos penetran en tu interior.

Cuando el carpintero arroja al suelo las vigas para cerciorarse de su resistencia, a veces aparece carcomido el exterior, pero al carpintero lo que le interesa es su interior, y cuando éste está sano, el carpintero las coloca en la edificación, seguro de que resistirán, sin preocuparse de la carcoma exterior.

Así también, cuando no gozas de buena conciencia, ¿qué te importa que aparezca en buen estado lo exterior, si está carcomida la médula de tu conciencia? (In Ps.45,3)

Tu conciencia es tu casa interior, y cuando ésta es mala, te ves obligado a salir fuera por no poder habitar en ella tranquilo.

Sales de ti mismo con la intención cuando vas a caza de placeres en las cosas que te rodean, buscando satisfacciones en las frivolidades y espectáculos, en las lascivias y maldades de todo género.

Te esfuerzas por estar bien fuera, porque no tienes dentro aquella paz que te hace permanecer tranquilo en tu conciencia. (In Ps. 100,4)

¿Y qué es lo que haces tú, hombre malvado, cuando te asalta la tribulación?

Dentro y fuera de ti no encuentras refugio: no encuentras alivio fuera, porque todo es trabajoso; no encuentras descanso dentro, porque te atormentan los remordimientos.

No; no puedes encontrar descanso dentro ni fuera; porque no hay cosa externa que no lleve consigo tribulaciones; ni encuentras alivio en la conciencia, porque ésta está en desacuerdo consigo misma; no puede tener paz el que obra mal.

El malo lleva el mal consigo mismo y es para sí atormentador y atormentado.

A sí mismo se castiga el que no tiene paz con su conciencia. (In Ps. 36,2.10)

Si son verdaderamente desgraciados los que, al volver a su hogar, temen ser molestados por sus familiares, ¡cuánto más desgraciados serán los que no se atreven a penetrar en el santuario de su conciencia, porque la sienten alterada por el remordimiento! (In Ps 33, 2 ,8)

Trabaja por tu santificación en el temor de Dios. Santifica el cuerpo; santifica el espíritu.

La santificación del cuerpo sin la del espíritu es imperfecta.

Hay algunos que huyen de las malas acciones, pero no tiene reparo en tener malos pensamientos: procuran la santidad del cuerpo y no la del espíritu.

¿Qué importa que la carne esté limpia si quien habita en ella está manchado? (Serm. 45,8)

Si vives mal, aun cuando tu lengua calle, con tu vida maldices al Señor. No habrá paz para los impíos, dice el Señor. (Is 48,22).

¿De qué te sirve cantar las alabanzas al Señor con la lengua si tu vida es un continuo sacrilegio? (In Ps. 102,28)

Alaba al Señor con la vida y con la lengua, con el corazón y con la boca, con las palabras y con la conducta; alaba al Señor de modo que no haya disonancia en tu alabanza.

Procura que haya armonía entre tu lengua y tu vida, entre tu boca y tu conciencia, a fin de que no suceda que tus buenas palabras sean un testigo acusador de tu mala conducta. (Serm. 256,1)

* * *

¡Qué miserias y engaños he experimentado, Dios y Señor mío! (Conf. 1,9)

Deseando amar, buscaba a quién amar, que era lo mismo que odiar mi paz y seguridad, y me afanaba por abandonar el camino que estaba libre de trampas.

Interiormente sentía hambre, por estar falto de aquel interior alimento que eres tú, Dios mío, pero no apetito de él; antes bien, estaba sin deseo alguno de los alimentos incorruptibles; no porque estuviese harto de ellos, sino porque me causaban tanto mayor fastidio cuanto más vacío y falto de ellos estaba.

Por esto mi alma no gozaba de buena salud; y toda llagada se salía fuera de sí, miserablemente ansiosa de rozarse con las criaturas sensibles.

Me atraían los espectáculos del teatro, en los cuales yo veía como en un espejo mis miserias, y los incentivos de mi propia fogosidad.

Me complacía con los amantes cuando conseguían el fin de sus depravados amores, aunque allí no lo ejecutasen más que en apariencia y representación. Mas cuando los amantes padecían la pena de verse privados uno de otro, yo también me contristaba, como que tenía compasión, y no obstante me deleitaba lo uno y lo otro.

¿Qué maravilla es, pues, que yo, oveja descarriada de tu rebaño, y que rehusaba tu custodia, estuviese lleno de roña y asquerosos males?

¡Ay de mí, en cuántas maldades consumí mi vida siguiendo los impulsos de mi sacrílega curiosidad!

Pero a mí alrededor, Señor, volaba sobre mí tu misericordia, siempre fiel, y disponías que en todos mis desórdenes hallase mi castigo.

¡Dios mío, misericordia mía! ¡Cuánta hiel había en aquellas dulzuras y qué bueno fuiste al rociármelas de amargura! (Conf. 3,1-3)

¡Oh, qué tarde llegaste a ser todo mi gozo! Callabas entonces, y yo, soberbio en mi placer e inquieto en mi hastío, me alejaba cada vez más de ti, corriendo ansioso tras de tantas cosas, tan estériles en gozos verdaderos como fecundas en miserias y dolores. (Conf. 2,2)

¡Oh, torcidos caminos de los hombres! ¡Desdichada alma, que se atrevió a esperar que se hallara mejor alejándose de ti!

Por más vueltas que dé, atrás y adelante, a cualquier lado y parte que se vuelva, cuanto halle será tormento, y sólo en ti encontrará descanso.

Pero ahora estás aquí, siempre presente y dispuesto a librarnos de nuestros lamentables extravíos; y nos pones en tu camino y nos consuelas y animas, diciendo: «Ea, corred por este camino, que yo os iré llevando; yo os conduciré hasta el fin y allí yo seguiré llevándoos». (Conf. 6,16)

CAPITULO X

Paciencia del Señor con los pecadores

Aunque debes confiar mucho en la misericordia de Dios, debes también tener presente a toda hora su justicia.

Con justicia ha de juzgarte el que te redimió con misericordia.

El que durante tanto tiempo te haya perdonado tantas veces no es señal de indiferencia, sino de paciencia.

Ni ha sufrido menoscabo su poder, antes bien te ha proporcionado tiempo para hacer penitencia.

Teme, pues, su justicia si deseas alcanzar su misericordia. Ahora perdona, pero no calla; y si acaso calla, no será para siempre.

Escucha su voz cuando te habla por sus mandamientos si quieres que te perdone cuando no quiera callar en su juicio. (Serm. 44,8)

Ahora es el tiempo de la misericordia; por eso, si cuando le vuelves las espaldas te llama y cuando te conviertes te concede el perdón de los pecados, todo esto es paciencia que usa contigo en espera de tu conversión. En cualquier momento que te conviertas, está siempre dispuesto a olvidar lo pasado y a prometer bienes futuros: te exhorta si eres perezoso, te consuela cuando estás afligido, instruye a los diligentes, ayuda a los que luchan, no abandona a los que esperan, a todos da las gracias necesarias para que detesten el pecado y le amen únicamente a él; no te abandona cuando en el peligro clamas al Señor Dios tuyo.

No dejes, pues, pasar este tiempo precioso de la misericordia; no, no lo dejes pasar. (In Ps.32, 10)

Medita en cómo te alarga el Señor el tiempo para corregirte; pero tú prefieres la dilación a la enmienda.

¿Fuiste malo ayer? Sé bueno hoy. ¿Has pasado también en pecado el día de hoy? Pues al menos mañana cambia de vida.

Siempre lo dejas para más adelante, abusando de la misericordia divina, como si el que te ofrece el perdón te prometiera al mismo tiempo una vida larga.

¿Sabes acaso lo que te sucederá mañana? (In Jo 33,7)

Algún día serás confundido para tu castigo si no quieres humillarte ahora para tu provecho.

Humíllate ahora, confiesa haber andado por malos derroteros y sigue el camino recto; porque en la otra vida serán confundidos todos los que no se humillaren para recobrar la vida espiritual.

Dios te facilita ahora este camino de saludable confusión, con tal que no desprecies el remedio de la confesión.

Si ahora no quieres humillarte, serás confundido cuando tus iniquidades te acusen ante el juez. Serás confundido cuando te veas forzado a decir: *Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de mis escarnios y a quienes proponía como objetos de oprobio. ¡Insensato! ¡Su tenor de vida me parecía una necedad; y son contados en el número de los hijos de Dios! ¿De qué me ha servido la soberbia?* (Sab 5,3-5)

Así dirás entonces. Pues bien dilo ahora que puedes decirlo con provecho; di de corazón: "¿de qué me está sirviendo la soberbia?"

Comprendes, pues, cómo también ahora, mientras te encuentras en el lugar de expiación, se da una humillación saludable; por el contrario, entonces será tardía, inútil y sin provecho. (In Ps. 85,23)

Acércate a Dios confesando tus pecados; procura que te desagrade lo que a él le desagrada.

Le desagrada la mala vida; si a ti te gusta, te separas de él; si te desagrada, por la confesión te unes a él.

Medita cuán desemejante eres con él cuando por esta desemejanza precisamente le desagradas.

Habiendo sido hecho a imagen de Dios, con tu vida desarreglada y mala, afeas y hasta borras la imagen de tu Creador.

Si, a pesar de tu desemejanza te miras y te arrepientes de tus culpas, este mismo arrepentimiento te asemeja en cierto modo a Dios, porque ya odias lo que él detesta. (In PS. 75,3)

En cuanto empieces a disgustarte de ti mismo, te ayudará Dios con su misericordia; y al verte deseoso de castigarte, te concederá el perdón.

Haciendo bien la penitencia, te haces vengador de ti mismo: sé severo contigo para que Dios se te muestre misericordioso.

El reconocimiento de tu iniquidad te trae la indulgencia divina. (Serm.278,12)

Cambia de vida ahora que puedes hacerlo; echa mano al arado para cultivar tu tierra endurecida; arranca las piedras y destruye las malezas.

No sea tu corazón como tierra endurecida, en que no penetra la semilla de la palabra de Dios.

No seas tierra demasiado pobre en que no llega a echar raíces la caridad.

No ahoguen las ambiciones del mundo la buena semilla que mis manos esparcen en tu alma.

No digas jamás: «He pecado y nada desagradable me ha ocurrido». Dios sigue siendo omnipotente y te exige que hagas penitencia. (Serm. 23,3)

* * *

¡Oh, alma ingrata! Alma a quien tú, Dios y Señor mío, ha dado aliento de vida, a quien has llamado, infundido la esperanza y purificado de sus pecados! ¡Y yo no te presto atención!

¡Tu paciencia es verdaderamente grande! ¿Por qué no me humillo ante ti? ¿Por qué no desgarro mis carnes? ¿Por qué me sostiene la tierra y no se abre bajo mis pies? ¿Por qué no desciende y me abrasa el fuego del cielo? ¡Qué grande, Señor, es tu paciencia!

¿Gozaré siempre de esta impunidad? De ninguna manera. ¿Acaso ignoro que tu paciencia me llama a penitencia? Pero yo, al contrario, con mi dureza y corazón impenitente, voy atesorando ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios, el cual ha de pagar a cada uno según sus obras

Por lo demás, si no pagas ahora, pagarás entonces; pagando ahora, la pena será temporal; pero para el que no se convierte y corrige, el castigo será eterno. (In Ps.80,16)

Al presente vuestra paciencia, Señor, me invita a penitencia; pero al fin de los tiempos la justicia blandirá su espada.

Ayúdame, Señor, para que te agrade en la tierra de los vivientes. (In Ps.80,16)

CAPITULO XI
La caída de David
Puede suprimirse

Empezó el Salvador la predicación de su evangelio diciendo: Convertíos, porque el reino de los cielos está cercano. (Mt. 4,17)

Con las mismas palabras había empezado el Precursor su divina misión: *Convertíos,* -decía- *porque se acerca el reino de los cielos.* (Mt. 3,2)

También ahora el Señor, si no quieres convertirte, te reprende diciendo que el reino de los cielos está cercano.

Y porque este reino, según él mismo afirma, no se presenta con signos visibles, añade: *El reino de los cielos está dentro de vosotros.* (Lc.17,12)

Escucha con prudencia las amonestaciones del Maestro si no quieres perder el tiempo de la misericordia del Salvador, que te concede ahora, mientras dura el tiempo del perdón.

Para esto se te concede, para que te conviertas y no tengas que condenarte. (Serm.109,1)

Sabes qué es lo que debes evitar; pero si has caído, escucha lo que te digo: muchos son los que imitan a David en su caída, pero no le siguen en su conversión.

Cuenta este caso la Escritura no para que imites su mal ejemplo, sino para que si has caído sigas su penitencia. Está alerta para no caer.

La caída de los grandes no debe servir de disculpa, sino de temor para los pequeños.

Para esto se recuerda este caso, por ello fue escrito, y a lo mismo se dirige la lectura frecuente de este suceso en la Iglesia. Escúchalo, para no caer, si eres inocente; y si pecador, medítalo para levantarte.

La Iglesia no oculta, sino que frecuentemente recuerda el pecado de este rey; pero tú lo entiendes al revés cuando lo oyes leer, porque buscas en él una excusa para pecar. Te fijas en el caso para argumentar y defender la culpa que deseas cometer y no como escarmiento para no cometer el pecado; y por eso dices: «Si lo hizo David, ¿por qué no lo he de hacer yo?»

Esta disposición de ánimo es más culpable, porque el que obra así, porque David lo hizo, procede más malvadamente que David cuando lo cometió.

David no se propuso imitar ejemplo alguno, como haces tú; el cayó arrastrado por la pasión, no escudado con algún santo patrono; tú, en cambio, al pecar, imita el ejemplo de un santo, no para copiar la santidad, sino para imitarle en la ruina.

Tú amas en David lo que él odió en sí; tu te preparas para pecar con premonición; para ello consultas los libros divinos y lees las Sagradas Escrituras, a fin de hacer más

exactamente lo que a Dios desagrada. Este no es el caso de David, que recibió la reprensión del profeta, pero no tomó motivo del profeta para su falta.

Si has tenido la desgracia de pecar, mira la gravedad de la herida; pero no de modo que desesperes de la majestad del médico.

Pecado y desesperación llevan a la muerte segura.

No digas: «Como yo he pecado, seguramente estoy condenado. Dios no me perdona ya; ¿qué importa, pues, acumular pecados a pecados?»

«Gozaré de los placeres de la vida; daré satisfacción a la lujuria y demás pasiones; perdida ya la esperanza de la felicidad eterna, quiero disfrutar de lo presente que veo, ya que no puedo llegar a conseguir la posesión de lo que creo».

Si has pecado y te retraes de hacer penitencia de tus culpas, porque desesperas de tu salvación, escucha los gemidos de David.

A ti, fiel profeta Natán no se te envía. Es el mismo David el que es enviado.

Oye sus lamentos y laméntate con él; escucha sus gemidos y gime con él; contempla tus lágrimas, y mezcla con ellas las tuyas; atiende a cómo fue reprendido y toma para ti esa corrección.

Si no pusiste obstáculos al pecado, menos debes ponerlos al perdón. (In Ps. 50,3,45)

Haz penitencia. No busques compañeros de suplicio ni te ilusiones con tener mucha compañía.

No sufrirás menos tormentos por ser quemado con muchos. Este raciocinio no es de hombre sensato, sino inútil consuelo de quien tiene mala voluntad. (Serm. 371, 11)

Ahora es tiempo de misericordia para enmendarte; tienes comodidad para ello y dispones del tiempo necesario.

¿Ofendiste a Dios? Arrepiéntete pronto. No has concluido aún tu peregrinación; aún te queda tiempo para hacerlo. No desesperes, porque éste sería el mayor mal de los males; más bien clama al Señor con David: (Serm. 17,5)

Piedad de mí, Dios mío, por tu gran misericordia. (Sal. 50,3)

* * *

Señor, yo imploro tu bondad sin límites, porque reconozco mi inmensa miseria.

Conténtense con poca misericordia aquellos que pecaron por ignorancia.

Pero a mi grave dolencia, socorre con tu omnipotente medicina. Grave es mi mal, pero omnipotente es a quien acudo.

Podría desesperar de mi mortal herida si no dispusiese de un médico tan competente

Bastará conseguir una parte de tu misericordia a los que pecaron por ignorancia; pero a mí, que he pecado con pleno conocimiento, no me basta una parte, necesito toda tu indulgencia.

Lava, Señor, una y otra vez los pecados que yo cometí advertidamente; tú, que limpias los del que pecó sin advertencia.

Tú cauterizas con hierro la llaga del crimen y haces cesar el dolor de la herida.

Aparta tu vista no de mí, sino de mis pecados, y borra en mí toda culpa. (Sal. 11)

Aparta tu vista de ellos es como borrarlos; mientras mirarlos detenidamente es como escribirlos; porque *tu rostro se enfrenta con los malhechores para borrar de la tierra su memoria.* (Sal.33, 17)

No me arrojes lejos de tu rostro; tu rostro lo invoco y lo temo a la vez: *no me quites tu santo Espíritu.* (Sal. 50,13)

Tu Espíritu está en el que se arrepiente, y en el momento en que me arrepiento me hago participante del don del Espíritu Santo, porque repruebo lo que he hecho.

Devuélveme la alegría de tu salvación, la que tenía y la que perdí pecando, *y afiánzame con espíritu generoso.* (Sal.50,15)

Conseguido el perdón, estoy seguro de que no me será ya imputado a culpa lo que me ha sido perdonado, y seguro de esto, y fortalecido con tu gracia, no seré ingrato a tal beneficio.

¿Y qué haré? *Enseñaré a los malvados tus caminos j los pecadores volverán a ti.* (Sal. 50,15)

Tú, Señor, tienes tales entrañas de misericordia, que los convertidos, no sólo pecadores ordinarios, sino los impíos, no deben jamás desesperar.

Señor, .me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza. (Sal. 50,17) Sí, tu alabanza, porque be sido creado por ti; porque después de haber pecado no me has abandonado; porque me has estimulado al arrepentimiento; porque has borrado mis pecados para mi tranquilidad.

Si quisieras un holocausto, te lo ofrecería; pero los sacrificios tío te satisfacen.

Dentro de mí tengo lo que debo ofrecer; no tengo necesidad de ir fuera, en busca de una res que inmolar; en mí tengo la víctima que debo sacrificar. (Sal. 50, 18)

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. (Sal. 50,19)

Ya no es época de hacerte ofrendas de toros, chivos ni carneros. No te agradan.

Ahora el sacrificio por el pecado es un espíritu compungido y un corazón humillado. Le siguen tus alabanzas como único sacrificio de justicia. Porque *dichosos los que viven en tu casa, porque siempre te alabarán.* (Sal 83,5 e In Ps, 50,1-24)

CAPITULO XII

Las obras de penitencia

Resumir o suprimir

Mientras observas el ayuno corporal, quiero que se nutra tu corazón con estas lecturas, para que, vigorizado y nutrido el hombre interior con alimento espiritual, pueda mortificar al hombre exterior y sobrellevarle con más energía.

La piedad misma exige, que ya que llevas en tu cuerpo la mortificación de nuestro Señor Crucificado, te labres también ana cruz con los deseos carnales que debes mortificar.

Esta cruz, de la que no se avergüenza, sino antes se ufana el Apóstol, cuando dice: *No permita Dios que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo;* (Gál. 6,14); esta cruz, digo, dura, no sólo los cuarenta días de la Cuaresma, sino la vida entera.

En los demás días del año, los excesos y la bebida no emboten tu corazón, pero durante la Cuaresma, además de eso, ayuna.

Jamás debes contaminarte con el adulterio, fornicación y abusos semejantes; pero en Cuaresma abstente incluso de muchas satisfacciones lícitas.

El tiempo que quizá se gastaba en bagatelas debe ser empleado en la oración.

El cuerpo que se deleitaba en los halagos de la sensualidad, póstrese en tierra para elevar al Señor castas plegarias.

Se alcen al cielo suplicantes, las manos que se entrelazaban en lícitos abrazos.

Si en otros tiempos del año ya practicas el ayuno, auméntalo ahora.

Si en otros días tienes crucificada la carne por la ordinaria continencia, elévate estos días a Dios en alas de una más frecuente y fervorosa oración.

Vivid en unanimidad todos, sed mutuamente fieles, fundidos durante la peregrinación en el santo deseo de la patria y abrasados de amor.

Nadie envidie ni tome a burla favores divinos que otro tenga.

En punto a dones espirituales, mira como tuyo lo que amas en el hermano, y él tenga por propio aquello que en ti le agrada.

Nadie, bajo pretexto de guardar abstinencia, tome motivo para cambiar más bien que reprimir los placeres; y así, dejando la carne, se vaya tras bocados más exquisitos. Esto sería halagar los malos apetitos con ocasión de refrenar tu carne.

Sí, todos los alimentos son puros para los puros, mas para nadie resulta puro el refinamiento.

Los ahorros del ayuno inviértelos en aumentar tus limosnas. (Serm. 205,1-2)

Para que tus oraciones suban más fácilmente hasta Dios, dales las alas de la caridad con ayunos y limosnas. Entonces comprenderás cuánta es la obligación de no usurpar lo

ajeno cuando te percates que es una especie de robo negarle al menesteroso lo que te sobra.

Dad y se os dará —dice el Señor—; *perdonad y se os perdonará*. (Lc.36-37)

A estos dos géneros de limosna: dar y perdonar, entrégate clemente y fervoroso, ya que pides a Dios te dé sus bienes y no te pida cuenta de tus males.

Si de descarado acusarías al labriego que buscara cosecha en el terreno que no sembró, ¿cuánto más descarado no será el que extiende las manos al Dios de las riquezas, haciéndose sordo a las súplicas del pobre?

Quiere ser alimentado en el pobre quien no puede pasar hambre.

No desdeñes en el indigente las necesidades de Dios, para que un día se vean las tuyas satisfechas por este divino rico.

Vives entre mendigos, y también tú lo eres; da, pues, a fin de recibir.

Da, sí; y por estas cosas de menguado valor, por esa minucia terrena, visible y fugaz, ¿qué piensas recibir? Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha podido presentir siquiera el corazón humano. (1Co 2,9 y Serm.206, 2)

Lo que ahorras viviendo parcamente colócalo en el tesoro del cielo.

Reciba Cristo hambriento lo que, ayunando, tomas de menos.

La mortificación voluntaria sirva para aliviar a quienes no tienen.

La voluntaria frugalidad del que abunda inviértase en la necesaria provisión del pobre.

Vuélvase el alma blanda y humilde y misericordiosamente dispuesta al perdón.

Solicítalo del ofendido, si inferiste agravio; concédelo si has sido ofendido, para que no seas juguete de Satanás, cuyo triunfo está en las disensiones de los cristianos.

Provechosa limosna es, sin duda, condonarle las deudas al hermano; Dios, por ello, te condonará las tuyas.

El divino Maestro recomendó a sus discípulos esta doble obligación: *perdonad,* -les dijo-, *y se os perdonará; dad y se os dará.*

Acuérdate de aquel siervo a quien su señor reclamó cuanto le había perdonado por no usar con otro siervo, deudor suyo en cien denarios, de la blandura usada con él por el señor de ambos, que le había perdonado su deuda de diez mil talentos.

Y para este modo de bien obrar no existe excusa alguna; todo es querer.

Quizá digas: «No puedo ayunar, porque padezco del estómago».

O también: «Deseos tengo de aliviar al necesitado, mas no tengo con qué, o tengo tan poco, que temo me falte después a mí lo imprescindible».

Muchas veces estas excusas no son sinceras.

Pero ¿podrá alguno decir: «Yo no perdono al hermano, cuando me pide perdón, porque ando mal de salud, o me falta la mano con que debía estrechar la suya»?

Perdona para ser perdonado. Para ello no es necesario esfuerzo alguno corporal ni tienes que poner en movimiento miembro alguno para que el alma realice lo que se te pide.

Hazlo sin miedo; concédelo sin miedo, que para ello no experimentarás dolor alguno en el cuerpo ni merma alguna en la hacienda.

Pondera detenidamente cuánta malicia envuelve no perdonar al hermano arrepentido, siendo así que te ha sido preceptuado amar aun a los enemigos.

Y pues la verdad es ésta, y la Escritura dice: *No se ponga el sol sobre la vuestra cólera*. (Ef. 4, 26) échate a pensar si merece llamarse cristiano quien, a lo menos en estos

días dedicados al ayuno, no apacigüe resentimientos que nunca debió permitirse. (Serm. 210,12)

* * *

Señor, ayudado de tu misericordia, y dispuesto con ayunos y oraciones, espero vencer las tentaciones del mundo, las asechanzas del diablo, las fatigas de esta vida, los halagos de la carne, los trastornos sociales y cualquiera otra contradicción que me sobrevenga, sea de alma o de cuerpo.

Mientras me entrego al ayuno, despierta, Señor, en mi memoria todo cuanto por mí has hecho misericordiosamente, ayunando y rogando por mí.

¿Qué mayor misericordia ha podido venir sobre mí, desgraciado, que aquella que a ti, Creador del cielo, te hizo descender del cielo? En ti, verdadero pan del cielo, sufrió hambre el pan, sed la plenitud, la fortaleza debilidad, padecimiento la salud y muerte la vida. ¿Qué mayor misericordia puede uno imaginarse que hacerse criatura el Criador, y esclavo el Señor, y ser vendido el Redentor, y humillado el glorificados, y muerto el que a los muertos resucita?

Entre las limosnas que debo hacer, tú me ordenas dar pan al que sufre hambre, como tú para darte en comida a mí, hambriento, te entregaste a tus verdugos.

Me mandas hospedar al peregrino, tú por mí viniste a tu propia casa y los tuyos no te recibieron.

Te bendiga mi alma, porque me perdonas todas mis maldades, porque curas mis dolencias, porque libras de la corrupción mi vida, porque la rodeas de bondad y misericordia y porque colmas de bienes mis deseos.

Haz, Señor, que mientras ayuno mi alma se humille, meditando cómo tú, Maestro de humildad, te humillaste a ti mismo y te hiciste obediente hasta la muerte de cruz.

Quiero imitar tu cruz, clavando con los clavos de la abstinencia mis domadas pasiones.

Haz que yo mortifique mi cuerpo y lo tenga sujeto; y para no ser arrastrado por la carne rebelde a ilícitos placeres, ayúdame a domarla, mermando al gusto algo de lo permitido. (Serm.207, 1-2)

En estas prácticas arda el fervor de la devoción y sea reprimida mi vanidad.

Haz que no me vanaglorie del mérito de tus dádivas, de modo que pierda el mérito de la humildad.

Pues todas tus gracias no son de provecho cuando les falta el vínculo de la caridad. (Serm.209, 3)

CAPITULO XIII

Frutos de la penitencia

Acortarlo o suprimirlo

Esta es tu tarea durante esta vida: mortificar con el espíritu las obras de la carne, debilitarlas, refrenarlas, destruirlas.

He aquí tu deber y el fin de todos tus combates. Dios está como espectador y a él puedes acudir si te sientes desfallecer.

Cuenta con su ayuda; sin ella no podrás vencer, ni siquiera pelear. (Serm.156, 9)

Si verdaderamente eres discípulo de Cristo, crucifica tu carne con sus vicios y tendencias.

Tu deber es permanecer siempre pendiente de esta cruz mientras te dure la vida.

No es ahora la hora de arrancarse aquellos clavos mencionados por el salmista: *Clava mis carnes con los clavos de temor.* (Sal 118,120)

La palabra carne es aquí sinónima de codicias sensuales; los clavos son los divinos mandamientos; con ellos el temor de Dios clava a aquéllas, crucificándote a ti cual víctima agradable al Señor.

Crucifica al hombre viejo viviendo *no en glotonerías y embriagueces, no en lujurias y disoluciones, no en pendencias y envidias, sino revistiéndote de nuestro Señor Jesucristo, sin hacer caso de los apetitos de la carne.* (Rm. 13,13-14)

Tal debe ser tu vida: no desciendas de esa cruz, so pena de hundirte en el fango de la tierra. (Serm.205, 1)

Te he visto algunas veces herirte el pecho; pero debes atender a arrojar de allí el pecado; golpearse el pecho y volver a cometer los mismos pecados no es otra cosa que hacer un pavimento con tus pecados. (Serm.332,4)

Golpea bien tu pecho; pero ¿qué significa darse golpes de pecho sino manifestar lo que allí está escondido, y con golpes visibles castigar el pecado oculto en él? (Serm.67,1)

Haz penitencia, es decir, enójate contra ti mismo por tus pecados pasados y cesa de pecar. (In Ps. 40,6)

Haz penitencia mientras gozas de salud. Si haces penitencia estando sano, cuando sobrevenga el último día podrás fácilmente reconciliarte con Dios. Obrando así, podrás estar tranquilo.

Es verdad que el mejor motivo para estar tranquilo será el haber hecho penitencia en el tiempo en que aún podías pecar.

Si difieres el hacer penitencia para el tiempo en que no puedas pecar, no serás tú el que dejas los pecados, serán ellos los que te dejan a ti.

¿Esperas a hacer penitencia para cuando estás en trance de muerte? La experiencia testifica que muchos han muerto con la esperanza de reconciliarse. (Serm.393)

La penitencia de los pecados, ciertamente, te convierte en mejor, pero de nada te serviría si no fuese acompañada de las obras de misericordia.

Escucha a San Juan Bautista: *Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced frutos dignos de penitencia. Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.* (Lc. 3,7)

Si no produces estos buenos frutos, en vano confías con una penitencia estéril merecer el perdón de tus pecados.

¿Qué frutos son éstos? El mismo Precursor los indica: *El que tenga dos túnicas, dé una al que no tenga y el que tenga abundancia de alimentos, haga lo mismo*. (Lc. 6,37)

¿Puede decirse con más claridad, más expresamente, con mayor precisión? ¿Qué otra cosa pueden significar las palabras anteriores: *Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego, sino lo que han de oír los que estén a la izquierda, es decir: id al fuego, porque tuve hambre y no me disteis de comer?* (Mt.25, 35)

Poco importa separarse del pecado si no te ocupas de reparar el pasado, según está escrito: *Hijo, ¿pecaste? Pues no vuelvas a pecar. Y para que no se considere seguro con esto, añade: ruega por tu pasado para que se te perdone.* (Eclo. 21, 1)

Pero ¿de qué te servirá rogar si eres indigno de ser oído, por no dar los frutos dignos de penitencia? Por mucho que ores, si no cumples esta condición, no dejarás de ser cortado como árbol estéril y arrojado al fuego.

Luego si quieres ser escuchado, cuando ruegas por tus delitos pasados, *perdona y se te perdonará, da y se te dará.* (Lc.6, 37)

Se lee en las Sagradas Escrituras: *Lo mismo que el agua apaga el fuego, así la limosna anula el pecado. (Eclo. 3,33)*

Y en otro lugar*: Esconde tu limosna en el seno del pobre, y ella rogará al Señor por ti*. (Eclo. 15)

Escucha además otra sentencia: *Oye mi consejo, rey: redime tus pecados con limosna*. (Dan. 4, 24)

Muchos otros testimonios encontramos en las santas Escrituras que demuestran cuánto vale la limosna para perdonar y borrar los pecados.

De ahí es que a todos los que se han de condenar, y más aún a todos los que se ha de dar el reino de los cielos, solamente se les imputará como mérito la limosna. Como quien dice: «Será muy difícil que no encontrara en vosotros, si examinara todas vuestras obras, y escudriñara con rigor vuestro corazón, razones bastantes para condenaros; pero entrad en el reino, porque tuve hambre y me disteis de comer. No vais, por tanto, al reino porque no hayáis pecado, sino porque habéis redimido vuestros pecados con limosnas».

Id al fuego eterno, dirá a su vez a los otros, *preparado para el diablo y sus ángeles.*

Y ellos, conociéndose culpables, su tardía penitencia y sus muchos pecados, ¿cómo se han de atrever a decir que es injusta la pena e injusta la sentencia lanzada contra ellos por un juez tan justo?

Y si examinan el estado de su conciencia y las muchas llagas que afean sus almas, ¿se atreverán a decir: «Injustamente somos condenados»?

Verán que son justísimamente condenados por sus propios crímenes y delitos; pero parece como si el Juez les dijera: «No, no sois condenados por eso que vosotros creéis, sino porque tuve hambre y no me disteis de comer».

«Si arrepentidos de todas vuestras iniquidades, y convertidos a mí, las hubierais redimido con limosnas, por ellas os veríais libres y absueltos de tanto crimen; porque *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos serán tratados con misericordia.* (Mt.5, 7) Ahora, id al fuego eterno, porque se hará juicio sin misericordia a los que no quisieron tenerla». (St. 2,13 y Serm. 60,10-12)

* * *

Tú eres, Señor, el depositario de todas mis riquezas; lo que yo doy en la tierra, tú me lo guardas en el cielo.

Si me hubieras dicho: «Dame a mí lo que te pido, que yo te lo guardaré en el cielo», no repararía en dártelo, mi Señor y buen Maestro; pues lo mismo debo hacer cuando me dices que lo dé a los pobres.

Estoy cierto de que quien recibe no es la mano que veo, sino tú que me has mandado dar.

No recibís de mi mano directamente, sino a través de las tuyas.

Pide el pobre, pero recibes tú, que eres rico; se lo doy al pobre para que lo consuma, y lo recibes tú para devolvérmelo.

Y no sólo me devolverás lo que has recibido, sino que lo devolverás con intereses, porque prometes dar más.

Quiero, pues, prestarte para negociar, ya que no me lo prohíbes. Por medio del pobre, negociaré contigo, que eres buen pagador, y además me exhortas a que ansíe lo que me prometes.

Te doy tierra, y recibiré cielo, recibes lo temporal, y me pagarás con lo eterno; recibes pan, y me darás vida.

Recibes hospitalidad y me darás casa; visito al enfermo y me darás salud; consuelo al encarcelado y me darás la libertad.

El pan que di a tus pobres se consumió; pero el pan que tú me darás no se acabará.

Dadme, Señor, este pan, pues con él te darás a ti mismo. (Serm.86, 2-4)

Tú ves, Señor, que mis plegarias al cielo no son en demanda de las cosas de este mundo, pasajeras, transitorias y que se desvanecen como el humo, sino para que se cumpla la justicia y consiga la santificación; no para la salud corporal, sino para dominar la avaricia.

Tales son mis votos. Ayúdame, Señor, interiormente en mis luchas, a fin de que puedas coronarme victorioso. (Serm.40, 7)

CAPITULO XIV

Alegría de la buena conciencia

No importante

Si eres verdaderamente piadoso, el Señor te ayudará, pero interiormente, donde nadie llega a verlo.

La conciencia, como es gran tormento para los pecadores, así es fuente de alegría para los justos. (In Ps. 53,8)

¿Por qué vas en pos de los bienes de este mundo, que halagan a los sentidos?

Escoge más bien aquella clase de bienes que debes poseer en tu corazón, llénalo de esas riquezas espirituales, que Dios ve, aunque no las vean los hombres. (Serm.36, 8)

El Señor te dice: *Guárdate de obrar la justicia en presencia de los hombres para ser de ellos visto.* (Mt.6, 1)

No busques, pues, tu gloria en las obras buenas que haces en público, sino la gloria de Dios.

Sea suficiente la aprobación del que te ve lo interior. Como interno es su amor por ti, así también interior sea tu amor a aquel que en lo interior hace surgir la verdadera belleza.

Cristo ve tu conciencia; allí es donde Cristo ama, donde Cristo habla, donde Cristo castiga y donde Cristo corona.

Todo lo demás, ¿de qué te sirve si tu belleza no es interior? (In Ps.44, 29)

Sé hombre virtuoso y disfrutarás en tu interior de tranquilidad y paz; pero a condición de que sea vigilante tu fe; porque si tu fe duerme, estás en peligro.

Mientras dormía Cristo, la barca fluctuaba; pero apenas Grito se despertó, apaciguó los vientos, cesaron las olas, pasó el peligro y reinó la bonanza.

Bajo la mirada vigilante de Cristo, tranquilícese tu corazón, de modo que puedas llegar al puerto. (In Ps. 93,25)

¡Dichoso tú si al recogerte en tu corazón no encuentras nada reprensible en él!

Si quieres entrar con gusto en el interior de tu alma, purifícala. *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* (Mt.5, 8)

Arroja de tu alma las inmundicias de la codicia, lava las manchas de la avaricia y de las supersticiones; arrepiéntete de los sacrilegios y de los malos pensamientos; perdona a tus enemigos, y, hecho esto, entra en tu corazón y gózate allí.

Apenas empieces a deleitarte con este gozo, la misma pureza te alegrará y te dispondrá para la oración. Si has entrado alguna vez en un lugar retirado y silencioso, seguramente que, encantado del recogimiento, habrás dicho: « ¡Qué bien se ora aquí!»,

porque te agrada lo retirado del lugar y hasta juzgas que Dios te escucha más benévolamente.

Pues bien: si te agrada la belleza del lugar material, ¿por qué no te disgusta la inmundicia de tu corazón?

Ea, entra en tu interior, purifícalo, levanta tus ojos al Señor y al punto te escuchará.

Pero aun disfrutando de tranquilidad de conciencia, restan siempre inquietudes, porque queda siempre alguna *debilidad hasta tanto que la muerte haya sido absorbida por la victoria, j este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad.* (1Cor 15,54).

El padecer en este mundo tentaciones y sufrir temores es cosa inevitable; pero Dios purificará todo y te librará de las tribulaciones; recurre a él. (In Ps.33,2,8)

Puede el calumniador privarte de tu buena fama, pero ¿podrá alguien arrebatarte tu buena conciencia? (Serm. 343,2)

Preferible es la tristeza del que sufre la injusticia a la alegría del que obra la iniquidad. (In Ps. 56,14)

No debes sentirte rebajado porque seas pobre en vivienda si eres rico de conciencia.

Más seguro dormirá sobre la tierra el que es rico en tranquilidad de conciencia que el rico en oro sobre lecho de púrpura.

No le despertará la inquietante solicitud del remordimiento del pecado, que traspasa el corazón.

Guarda dentro de tu corazón las riquezas que te conquistó la pobreza de tu Dios; más te diré: pon por guarda de ellas al mismo Señor. Para evitar la pérdida de sus dones, que los custodie el mismo donador. (Serm.36,4)

* * *

¡Oh Señor! Sé para mí un Dios protector y un alcázar de refugio para ponerme a salvo. (Sal.30, 3)

Sí, sé tú mi lugar de refugio, Dios mío; mi protector y mi refugio.

A veces me veo en peligro y quiero huir. Pero ¿adonde huiré? ¿A qué lugar seguro? ¿A qué monte? ¿A qué cueva? ¿Bajo qué muro fortificado? ¿En qué fortaleza me encerraré? ¿De qué muros me rodearé? Adondequiera que vaya, soy yo mismo el que voy conmigo.

Puedo huir de todo lo que se me antoje, menos de mi conciencia. Entro en mi casa, me acuesto en el lecho, puedo esconderme; pero no hay ángulo tan escondido donde yo pueda huir de mi conciencia cuando la atormenta el remordimiento de mis delitos.

Ven pronto a librarme, Señor; sálvame tú, que eres justo, perdóname los pecados y edificando en mí tu justicia, tú serás para mí el asilo; en ti busco refugio.

Lejos de ti, ¿adonde podré huir? *Si escalo el cielo, allí estás tú; si desciendo a los abismos, allí te encuentro.* (Sal. 138,7)

Adondequiera que vaya te encuentro; pronto a castigarme si te tengo irritado, y dispuesto a ayudarme si estoy en paz contigo.

No me resta otro recurso que huir hacia ti, no de ti.

Para escaparme de un hombre huyo a los lugares donde no está; para huir de ti voy a ti, porque no hay como escapar de ti.

Sé para mí un refugio. Si tú no me salvas, ¿cómo podré yo librarme?

Cúrame, e iré a ti. Si tú no me curas, me será imposible caminar. ¿Y cómo podré huir? (In Ps. 30, 2,8)

CAPITULO XV

La servidumbre de los hijos de Dios es verdadera libertad

Quieras o no, estás sujeto al único Dios y Señor. Por ello se te recomienda que sirvas con toda libertad al Señor.

El justo sirve de buena gana; el pecador, arrastrando cadenas con los pies; ambos, empero, sirven a los fines de la divina Providencia: los unos obedecen con amor de hijos y obran con su auxilio la justicia; los otros, obligados como siervos a hacer aquello que es justo.

Los buenos sirven a Dios con todo corazón, y los malos le sirven por fuerza; pero ninguno puede burlar las leyes dadas por el Omnipotente.

Una cosa es hacer lo que la ley manda y otra sufrir lo que ordena la ley. Por tanto, los buenos obran según la ley, los inicuos sufren en conformidad con la ley. (De Ag.chist.7)

Te conviene, pues, servir con buena voluntad: rehusando servir a Cristo no consigues ser libre, sino servir, aunque no a un Señor bueno.

Si no quieres servir a la bondad, serás irremediablemente siervo de la maldad. (In Ps. 18,2,15)

Si eres bueno, aunque siervo, eres verdaderamente libre; mas si eres pecador, aunque te sientes en un trono, eres esclavo, y no de un solo hombre, sino de tantos tiranos cuantos son tus vicios. (De Civ. Dei 4,3)

Encontrarás dificultad en observar los preceptos divinos si te esfuerzas en cumplirlos por temor. *Pero la caridad perfecta expulsa el temor*, (1Jn.4, 18) y hace que el peso del precepto no sólo no oprima, sino que se convierta en alas que le ayuden a volar.

Si te resultan penosos los preceptos, entiende que no has recibido aún las fuerzas con las que encontrarías fáciles los mandamientos, que son suaves y ligeros, según la expresión de la Escritura. Por tanto, ruega con gemidos sinceros para obtener la gracia de conseguir esa facilidad. (De perf. just. 10)

Si quieres ir tras Cristo y no puedes por el gran peso que sobre ti llevas, escucha la voz de tu Dios y Señor.

HABLA CRISTO

Ven a mí, tú que estás cansado y oprimido, que yo te aliviaré.

Te concederé el perdón de todos los delitos pasados, te quitaré la venda que cubre tus ojos y te sanaré de las heridas de tus hombros.

Te libraré de las cargas que llevas, pero no te dejaré marchar sin ellas; te quitaré las malas y te impondré las buenas.

Ya que te subyugó perniciosamente la codicia, te subyugue saludablemente la caridad.

¿Por qué dudas en llevar mi carga? ¿Es acaso muy pesado ser humilde y piadoso?

¿Es muy pesada la carga de la fe, de la esperanza y de la caridad?

Pues estas cargas hacen al hombre humilde y manso.

Entiende que no sentirás tal peso si escuchas mis palabras: *Es suave mi yugo y ligera mi carga.* (Mt. 11,20)

Mi carga no es un peso que oprime; es el peso de las alas para el que quiera volar.

También para las aves son un peso las alas, pero las llevan y son llevadas por ellas. Las llevan en la tierra y son llevadas por ellas en el cielo.

Si te diera por ser misericordioso con un pájaro, especialmente en el verano, y dijeras: « ¡Pobre pajarillo, no puede con el peso de las alas!», y se las cortaras, le condenarías a tener que andar por la tierra.

Carga, pues, tú con las plumas de la paz y recibe las alas de la caridad. (Serm. 164,6-7)

RESPONDE EL ALMA

¡Oh Señor! No podré salvarme sino en ti; si tú no eres mi reposo, no podré curar mi enfermedad.

Levántame de la tierra; me refugiaré en ti para estar en seguro; pues, si me recojo en esta fortaleza, ¿a qué enemigos podré temer? ¿Quién conseguirá sorprenderme con sus asechanzas?

Sé tú, Señor, mi Dios protector y mi baluarte donde me salve. (Sal. 70,3) Si escojo otro refugio, no podré salvarme.

Al tratar de huir de ti, no tengo donde poder hacerlo fuera de ti; para huir de tu ira, me acogeré a tu perdón.

Porque tú eres mi fortaleza y mi alcázar; (Sal. 70,3) para conseguir tu fortaleza, cuando me encuentre debilitado huiré a ti.

Sea para mí fortaleza tu gracia, haciéndome invulnerable ante cualquiera tentación del enemigo.

Mas yo llevo conmigo la fragilidad humana; llevo aún en mí la antigua esclavitud; en mis miembros encuentro una ley que contradice la ley de mi espíritu e intenta arrastrarme a la esclavitud del pecado; el cuerpo corruptible es rémora del alma.

Y por mucho que yo esté firme por tu gracia, sin embargo, mientras lleve en este vaso terreno tu tesoro, debo temer cualquier peligro de este vaso de arcilla.

Mi fortaleza contra todas las tentaciones eres tú; y si las tentaciones aumentan, y su gravedad y su número me perturban, entonces tú eres mi refugio.

Al presente debo proclamar mi debilidad, para que me mantenga tímido como la liebre, ya que estoy lleno de espinas como el erizo. (In Ps. 70. 1, 5)

CAPITULO XVI

La humilde confesión de los pecados

La palabra confesión se emplea con dos significados en la Sagrada Escritura: una es la confesión del que alaba y otra la del que gime.

La primera se dirige a honrar al alabado; la segunda tiene por objeto manifestar el arrepentimiento del que se confiesa.

Con aquélla alabas a Dios; con ésta te acusas a ti mismo, que es lo más excelente que puede hacer tu lengua.

Nada más importante que esta distinción, tanto especulativa como prácticamente.

Alaba al Señor, acúsate a ti; porque es acto de su misericordia el perdón de tus pecados, pues, si quisiera obrar y juzgarte según tus méritos, no encontraría en ti más que motivos de condenación.

Huye del pecado y que el Señor no te tome cuenta de los cometidos, sino que, destruidas todas las facturas de tus deudas anteriores, te abra, por decirlo así, nueva cuenta.

Apresúrate a ofrecerle tu arrepentimiento, antes de que venga como juez, para que, confesándote culpable y detestando lo que has hecho, no encuentre en ti materia de condena, sino de premio.

¿No es auténtica alabanza de Dios el que reconozcas tus pecados? Sin duda que sí. Más aún, es una de las mejores alabanzas a Dios.

Tanto más se alaba al médico cuanto más desesperada era la situación del enfermo.

Confiesa tus pecados, mucho más si han sido numerosas tus iniquidades.

Tanto mayor será la gloria del que te perdona, cuanto más graves sean los delitos de quien los reconoce arrepentido. (In Ps. 94,4)

Mientras no confieses tus pecados, te encuentras, por decirlo así, reñido con Dios.

Y ¿cómo no has de estar en litigo con él, si lo que tú alabas y practicas es lo que a él le desagrada?

El condena al ladrón, y tú te dedicas a robar; reprueba la borrachera, y tú ensalzas la embriaguez. (In Ps. 75,3)

Mas en cuanto reconoces tus culpas y te acusas de tus pecados, vuelves a estar en paz con Dios.

El Señor te inculpa tus pecados, y si tú también los acusas, eres de la misma opinión y te unes con Dios.

Podemos considerar como dos cosas distintas el hombre y el pecador: el hombre es obra de Dios, el pecador es cosa tuya.

Destruye tú lo que has hecho para que el Señor salve lo que él ha creado.

Es, pues, necesario que detestes en ti lo que es obra tuya y ames lo que es obra de Dios.

En el momento mismo en que empiecen a desagradarte tus malos actos, y te acuses de ellos, empieza la serie de obras buenas.

El principio de las buenas obras es el arrepentimiento de tus obras malas.

No te adules, ni te ilusiones, ni te engañes, diciendo: «Soy justo».

Si amas de verdad la luz, debes acusarte de lo malo que has hecho, sin compadecerte ni disculparte, para que te perdone Dios. Lo que quieres que Dios te perdone, debes empezar por reconocerlo tú

Si no reconoces tu pecado, no sé con que cara podrás decir a Dios: *Aparta tú vista de mi pecado, pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.* (Sal. 50,11 e In Jo. 12,13)

Constitúyete juez, no abogado, de tus culpas. Sube al tribunal de tu conciencia y convócate a juicio en calidad de reo.

No te pongas detrás de ti mismo para que no te ponga Dios en su presencia.

Advierte que todo pecado ha de ser castigado por Dios o por ti: o por ti sin ti, o por Dios contigo.

Por tanto, sé tú el vengador de tus culpas y tendrás por defensor a Dios.

No busques excusas para tu pecado, discurriendo sobre lo que en ti pecó o quién fue el que te impulsó a cometerlo.

No inculpes a otro, no sea que te salga un acusador del que no puedas defenderte.

El diablo se alegra cuando tú le echas la culpa; todo su empeño es que le acuses a él. Con tal que tú no reconozcas tu pecado, no le importan las recriminaciones que le hagas. (Serm. 20,2)

Cuando pretendes disculparte, tu acusador consigue victoria sobre ti. (Serm. 29,3)

Incúlpate, pues, a ti mismo, para que Dios use contigo de indulgencia. (Serm. 100,4)

El curará todas tus dolencias; pero es necesario que tú quieras ser curado, porque aunque sana toda clase de enfermedades, no cura al que no quiere la salud. (In Ps. 102,6)

Sin tu consentimiento no te justificará el Señor. La voluntad es cosa tuya, como la justificación es obra toda de Dios.

La justicia de Dios puede existir sin tu voluntad.

El que hizo sin ti, no te justifica sin ti. (Serm. 169,13)

Dios no quiere la inmolación de sangrientas víctimas; lo que quiere de ti es el sacrificio de un corazón contrito. (De Civ. Dei 10,5)

Humilla tu corazón, quebrántale con la contrición, y practicarás contigo una obra de misericordia.

No es odiarte cuando te enojas contra ti.

En cuanto procuras tu enmienda, eres casi justo, aunque en parte pecador. (In Ps. 140,14)

Sé riguroso y hasta cruel contigo mismo para que Dios se apiade de ti y no te condene. (In Ps. 140,13)

Elévate hasta el Señor, no contra el Señor.

Si te humillas ante Dios, serás exaltado por él; pero si te levantas contra él, serás arrojado a lo profundo.

Si en el exterior te engríes, es señal cierta de putrefacción interna. (In Ps. 147,5-6)

No te digo: «Sé menos de lo que eres», sino: «Reconoce lo que en realidad eres».

Reconoce que estás enfermo, que eres pecador; y confiesa que Dios sólo es el que justifica y que tú estás manchado.

Manifiéstese por tu confesión lo que mancha tu corazón, y así podrás formar parte de la grey del Señor (In Ps. 147,11)

* * *

Recibe, Señor, el sacrificio de mis confesiones que os ofrece mi lengua, que tú mismo has modelado y estimulado para que bendiga tu nombre. Sana todos mis huesos, y que digan: «Señor, ¿quién semejante a ti?»

El que te confiesa lo que pasa en su interior, no te dice cosa alguna que no sepas, ya que, por cerrado que esté el corazón humano, no puede impedir que lo penetre tu mirada. Ni la dureza de los hombres será capaz de hacer frente a tu mano. Por eso eres tú quien abre la mano cuando quieres, tanto para apiadarte como para castigar. Nadie se libra de tu calor.

Que mi alma te alabe para amarte y publique tus misericordias para alabarte. Todas tus criaturas no cesan de cantar tus alabanzas: no cesa el espíritu humano de hacerlo, por las palabras de su boca, cuando se dirige a ti; todo el que contempla los seres animados e inanimados no puede menos de alabarte. De este modo nuestra alma, extenuada, se levanta hasta ti: apoyada en tus obras, las trasciende hasta llegar al que maravillosamente las creó. He ahí su sustento y su auténtica fortaleza. (Conf. 5,1)

CAPITULO XVII

Ejemplo de Santa María Magdalena

Toda culpa, grave o leve, tiene que ser necesariamente expiada, o por la penitencia o por el castigo divino.

El arrepentimiento es ya un castigo. Castiga, pues, tus pecados si buscas la misericordia de Dios.

No hay medio: o los castigas tú o los castigará él. ¿Quieres que no los castigue Dios? Castígalos tú. (In Ps. 58, 1, 13)

Muchos hay que no se avergüenzan de pecar y, en cambio, se avergüenzan de hacer penitencia. ¡Qué locura! ¡No tienes pudor por tu llaga y te avergüenzas de la venda!

¿Acaso no es más repugnante la llaga cuando se muestra descubierta? Corre, pues, en busca del médico. (In Ps. 50,8)

Muy conveniente hubiera sido para ti observar las prescripciones del médico cuando estabas sano, a fin de no necesitar sus servicios.

Mucho mejor aún gozar siempre de buena salud; pero ya que por abandono y a causa de tus abusos e intemperancias has caído enfermo, atiende al menos ahora los consejos del médico, a fin de poder salir del estado en que te postró la culpa. (Serm. 278,2)

Vete en busca del médico, no te avergüences. Cuanto mayor es la llaga de tu corazón, con tanto más anhelo debes buscar al médico. (In Ps. 94,7)

Sea Dios quien vende tus llagas, no tú; si por vergüenza pretendes ocultarlas tú, no te las curará el médico.

Y el médico es el que debe vendarlas y curarlas con sus medicamentos. Cuando es el médico el que venda las llagas, se curan. ¿Y a quién tratas de ocultarlas? ¡Al que lo sabe todo! (In Ps. 31,2, 12)

Los fariseos, que se tenían por justos, reprendían al Señor, que venía como médico, porque se mezclaba con los enfermos, y decían: « ¡He aquí con quiénes come vuestro Maestro: con los pecadores y publícanos!»

Y el médico respondió, dirigiéndose a los enfermos: *Los sanos no tienen necesidad del médico, los que le necesitan son los enfermos; y yo he venido no para llamar a los justos, sino a los pecadores.* (Mt 11,12)

Que fue como decir: «Porque vosotros os vanagloriáis de vuestra justicia, cuando en realidad sois pecadores, y blasonáis de salud, estando enfermos, por ello rechazáis la medicina y no conseguís la salud».

Y así también, el fariseo que había invitado a comer al Señor se creía sano; por el contrario aquella mujer enferma, que entró en su casa sin estar invitada, y a quien el deseo de salud hizo aparecer descortés, se acercó al Señor, y no lo hizo a la cabeza o a las

manos, sino a los pies, que lavó con sus lagrimas y enjugó con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos; y de este modo volvió a los pasos del Señor aquella pecadora.

El fariseo, que estaba sentado a la mesa y se creía sano tomó de esto motivo para decir consigo mismo: «Si éste fuera profeta, sabría qué mujer es la que toca sus pies».

La duda de que la conociera provino de que no la rechazo al tocarle con sus manos impuras; el Señor, sin embargo, la conocía bien, y permitió que le tocara para que con su contacto sanase.

Entonces el Señor, que leía también en el corazón del fariseo, le propuso una parábola: *Cierto acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más?*

Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que lavarme los pies; está, en cambio, los ha lavado con sus lagrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero esta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza; y esta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. En cambio, ama menos aquel a quien menos se le perdona. (Lc. 7,41)

Que fue como decirle: «Tú estás más enfermo que ésta y te juzgas sano; crees que tienes poco de qué pedir perdón, cuando eres más deudor de ella». (In Jo. 7,19)

¡Oh fariseo, que invitas al Señor y te ríes de él! Das de comer al Señor y no sabes de quién debes alimentarte tú.

¿De dónde sabes que Jesús no conoce a esa mujer? Crees que lo ignora porque le permite acercarse a él, porque consiente que le bese los pies, que se los seque y que se los unja. ¿No debió permitir que hiciera esto en los pies limpios la mujer manchada?

Si en vez de acercarse a los pies de Cristo, la pecadora se hubiera acercado a los pies del fariseo, es indudable que le hubiera dicho lo que en labios de los soberbios pone el Profeta: *Apártate de mí y no me toques, porque estoy limpio.* (Is.65,5)

Pero esa mujer inmunda se acercó al Señor, y se retiró purificada; se acercó enferma, y se retiró sana; se acercó confesando sus delitos, y se retiró de allí haciendo profesión de fe. (Serm. 99,10)

Si quieres verte libre, por la gracia del Señor, de tus numerosos y grandes pecados, y deseas purificarte en la Iglesia de tu inmunda prostitución, cree, acércate a los pies de Jesús, busca sus huellas, riégalos con tus lágrimas, y límpidos con tus cabellos.

Los pies del Señor son los predicadores del Evangelio. Los cabellos de la mujer, los bienes superfluos.

Limpia, pues, los pies de Jesús, sécalos totalmente, haciendo obras de misericordia, y después de secarlos, bésalos; recibe la paz y conseguirás la caridad. (Serm. 92,13)

No te avergüences; haz penitencia. El corazón contrito será curado; el soberbio será burlado.

El Señor sana a los contritos y a los humildes de corazón, da su gracia a los arrepentidos, a los castigadores de sí mismos y a todos los que se juzgan con severidad, a fin de conseguir su misericordia.

Por tanto, obtendrás la salud si tu corazón está contrito. No te avergüences de manifestar tu contrición; humíllate; es a los humildes a quienes cura el Señor. (In Ps. 147,5-6)

Busca el remedio en tu Redentor. El unirá las partes rotas y vendará las fracturas, dándote al mismo tiempo la salud. De este modo te resultará posible lo que al presente te parece imposible.

Es necesario que confieses tu debilidad si deseas acercarte a la divinidad. (In Ps. 147,11)

Si recusas humillarte confesando tu iniquidad, serás humillado bajo el peso de la mano de Dios. Tú no ocultes nada. Será el Señor quien lo oculte. (In Ps. 31,2 14)

Arrójate en los brazos del Señor; no temas que él se retire y caigas; abandónate con confianza, que él te recibirá y te sanará. (Conf. 8,11)

* * *

¡Oh Señor! Ya que no he querido obedecerte a ti, mi médico, para no enfermar, que te obedezca para verme libre de la enfermedad.

Tú, como médico, me has dado prescripciones cuando estaba sano, para no tener necesidad del médico.

Cuando gozaba de salud, desprecié tus prescripciones, tocándome la triste suerte de tener que experimentar la miseria a que he sido reducido por haber despreciado tales avisos.

He empezado a enfermar, y ahora en medio de mis sufrimientos, tendido en el lecho del dolor, no desespero.

Siendo yo impotente para acudir al médico, tú, Señor, te has dignado venir a mí; no quisiste abandonarme enfermo, a pesar de que sano te había despreciado.

Y aún más, has seguido dando prescripciones para que no desfallezca el que no quiso sujetarse a las que le dieron para que no enfermara.

Aquel menosprecio fue el principio de mi mal, y ahora no puedo sanar sin beber el amargo cáliz, el cáliz de las tentaciones, en que abunda la vida, el cáliz de las tribulaciones, de las angustias, de los padecimientos.

«Bebe, me dijiste, bebe para que puedas seguir con vida». Y para que no te respondiera, presa ya de gran languidez: «No puedo, no lo soporto, no bebo», bebiste primero tú, siendo el médico y sano, a fin de que me animara yo, enfermo, a beber también.

¿Qué amargura hubo en aquel cáliz que no bebieras tú? Si son amargos los dolores, tú fuiste atado, y azotado, y crucificado.

Si es amarga la muerte, también pasaste por ella.

Si mi flaqueza se estremece ante la muerte, nada había entonces tan ignominioso como la muerte de cruz. (Serm. 88,7)

¿Qué habría sido de mí sin tu socorro? ¡Grande habría sido mi desesperación, si tú no me hubieses curado! ¡En verdad que era bien triste mi situación, si tú no hubieras venido!

Tu misericordia se ha adelantado conmigo. Todo lo que soy, lo debo a tu misericordia. (In Ps. 58, 2, 11)

CAPITULO XVIII

El fariseo y el publicano

Por la puerta se entra; así tú también empieza por arrepentirte.

Venga del Señor tu bien, porque, por alejarte de él, provino tu mal.

Como oveja del Señor, tu Dios, entra por la puerta para no quedar fuera, expuesta a los lobos. (In Ps. 99,16)

Confiesa tus pecados. Si eres bueno, confiesa de dónde se te comunica esta bondad; si eres malo, confiésalo también a aquel del cual te tiene que venir el cambiarte en bueno.

Si eres bueno, gracia es del Señor; si malo, es obra tuya.

Huye de ti mismo y acércate a Dios, tu creador; porque, huyendo de ti, te sigues; y siguiéndote, llegarás a unirte con Dios, que te crió. (Serm. 29,4)

¿Recelas confesar tus pecados porque temes que, como reo confeso, te condene el Señor? Desecha este temor; esta confesión no conduce al suplicio.

Tu condenación será tu silencio, cuando la confesión podría ser el camino para la absolución.

Dios exige la confesión únicamente para absolver al que es humilde, y condena la que no confiesa: castiga al soberbio.

Entristécete antes de la confesión, pero alégrate después, porque has conseguido la salud. (In Ps.66, 6-7)

Atiende a la sentencia justa dada en el caso del publicano y el fariseo. (Lc. 18,14)

¿Qué se dice del fariseo? Que fue humillado.

¿Qué del publicano? Que fue exaltado.

Aquél fue humillado porque se exaltó; éste fue exaltado porque se humilló.

Para humillar al que se exalta, el Señor hace caer sobre él su mano. No quiso humillarse confesando su culpa, y quedó humillado bajo el peso de la mano divina.

Cuanto fue pesada la mano para humillar, tanto fue poderosa para exaltar.

Poderosa en los dos casos: para aplastar al primero y para exaltar al segundo. (In Ps.31, 2-14)

Confesaba el publicano su pobreza, su necesidad, y no se atrevía a levantar sus ojos al cielo.

Como pecador que era, no tenía mérito alguno para alzar sus ojos.

Reconocía, sí, su profunda miseria; pero conocía también las riquezas del Señor, y sabía que estaba sediento delante de la fuente.

Mostraba su boca seca, y clamaba con ansias de llenar su pecho: *Señor,* -decía, hiriendo su pecho y con los ojos en tierra-, *ten piedad de mí, que soy un pecador.* (Serm. 36, 11)

Estaba lejos; no obstante, se acercaba a Dios.

Le alejaba la conciencia de sus pecados, pero le acercaba su piedad.

Se mantenía alejado, mas el Señor le atendía como si estuviera cerca.

Poco significaba el que estuviere a lo lejos y no se atreviera a levantar los ojos al cielo. Para merecer que Dios le mirase, no levantaba su vista.

No se atrevía a mirar a lo alto, pero si la conciencia le humillaba, la esperanza le levantaba.

Hería su pecho; se exigía a sí mismo el castigo de sus pecados, y por eso el Señor perdonaba al que hacía confesión de pecador.

Hería su pecho, diciendo: Señor, ten piedad de mí, que soy un pecador. (Serm. 115,2)

La confesión le había enriquecido; pues si fuera aún completamente pobre, ¿de dónde hubiera podido sacar la perla de tal confesión?

Sin embargo, todavía era más rico al bajar del templo, pues salió justificado.

Con el publicano subió también al fariseo a orar, pero no hizo petición alguna.

Hay quienes se creen ricos, aunque en realidad están necesitados de todo. Señor, -dijo,- *te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, que son injustos, ladrones, adúlteros, ni tampoco como este publicano.* (Serm. 36,11)

Menos mal si hubiera dicho: «No soy como muchos hombres», pero no; dijo: *Como los demás hombres.* ¿Quiénes son los demás sino todos menos él?

Yo, dice, soy justo; todos los demás son pecadores. *No soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros.*

Y el ver cerca de sí postrado al publicano fue causa de mayor engreimiento: como este publicano, añade. Yo soy único; éste es como los otros. No soy como éste, porque hago obras justas, que me separan de los perversos entre los que él está.

Ayuno dos veces por semana; pago el diezmo de todo lo que poseo.

Si buscas en sus palabras qué súplica ha hecho el fariseo a Dios, no la encontrarás. Subió a orar, pero, en lugar de alabar al Señor, lo que hizo fue alabarse a sí mismo.

Y no le basta no rogar a Dios y alabarse a sí mismo, sino que por añadidura insulta al que humilde pedía la misericordia divina.

Esta es la parábola del fariseo y del publicano.

Ahora escucha la sentencia. Has oído al soberbio acusador, has oído al humilde reo; escucha ahora al juez.

Os aseguro —y lo dice la Verdad, lo dice Dios, lo dice el Juez—, *os aseguro que el publicano bajó del templo más justificado que el fariseo.*

Dime, Señor, el motivo. Creo ciertamente que el publicano volvió del templo más justificado que el fariseo, pero quisiera saber la causa.

¿Quieres saber la razón? Porque *todo el que se ensalma será humillado, y el que se humilla será ensalzado.*

Ya has oído la sentencia, guárdate de la mala causa de ella; o en otras palabras: guárdate de la soberbia.

¿Alardeas de tus fuerzas? Pues eres peor que el mismo fariseo.

El fariseo soberbiamente se creía justo; pero daba gracias a Dios por ello: *Gracias te doy, Señor, porque no soy como los demás hombres.*

Te doy gracias, Señor. Da gracias a Dios porque no es como los demás hombres; y, sin embargo, es reprendido por el Señor como soberbio e inflado; no porque da gracias, sino porque ya no quería recibir más.

Y ¿tú confías en tus fuerzas? Es decir: ¿Ya no tienes nada que pedir, ya estás lleno de todo lo que puedes desear; ya eres justo, y la vida sobre la tierra no es para ti una tentación; ya lo tienes todo, y ni necesidad tienes de decir: *Perdonad, Señor, mis ofensas?* (Serm.115,2-9)

* * *

¡Oh Señor! No puedo menos de confesar mis culpas. De corazón digo: «Confieso que he pecado: Señor, *ten misericordia de mí, pecador*».

Sin esta confesión no hay lugar a la misericordia, porque, convirtiéndome en defensor de mi pecado, ¿cómo podrás tú ser mi libertador?

Para que tú seas mi libertador yo seré mi acusador. (In Ps. 68,19)

Lo mío es invocarte, gemir, confesar, humillarme, sin engreírme, ni jactarme ni vanagloriarme de mis méritos; porque, aunque tenga algún motivo para alegrarme, ¿qué tengo que no haya recibido? (In Ps. 39,20)

Señor, reconozco mi fealdad; ayúdame a confesar mis pecados para lograr la hermosura; que soy pecador; confesaré mis pecados a fin de ser justo.

En mí estuvo el afearme, pero soy incapaz para devolverme la belleza perdida.

Haz, pues, que mediante la confesión de mis pecados arroje el veneno que vorazmente había ingerido y dame la gracia de que no vuelva, como perro asqueroso, al vómito. (2Pe.2,22)

¡Sí, ame yo la verdadera belleza; pero hazme amar antes la confesión y seguirá esta belleza! (In Ps. 95,7)

Debo ser justo conmigo, castigándome; porque mi justicia debe empezar por castigarme a mí mismo, ya que he sido malo, y así tú me convertirás en bueno.

Siendo, por tanto, éste el principio de mi justicia, es al mismo tiempo el camino por donde tú vienes a mí; te prepararé este camino mediante la confesión de mis culpas.

Antes vivía contento con mis pecados; ahora debe disgustarme lo que fui para poder llegar a sello que no era.

Ayúdame a prepararte el camino, enviando delante la justicia de la confesión de mis culpas.

Entonces vendrás a visitarme, porque estarás allanando el camino; porque ésta es la vía por donde andas y por donde vienes a mí.

Antes de confesar mis pecados tenía yo cerrado el camino por donde debías venir a mí.

Yo confesaré mi vida y tú abre el camino para venir, y por el cual marcharás para indicarme con tus pasos el camino que debo seguir. (In Ps. 84,16)

LIBRO CUARTO

La fortaleza

CUARTO GRADO DE LA PERFECCION CRISTIANA

El cuarto grado de perfección consiste en desear practicar la virtud con más intensidad y empeño que los hombres malvados suelen emplear para procurarse los placeres de la carne; es de notar que la esperanza del auxilio divino templa la intensidad de estos deseos, haciendo que el alma se inflame con santo y tranquilo ardor. La ocupación preferente de este grado es la asiduidad en la oración, para conseguir que sea concedida perfecta hartura a los que tienen hambre y sed de justicia; de modo que, en vez de afligir, más bien agrade el privarse de todo placer hijo de la propia o ajena corrupción, aun cuando sea preciso luchar contra sus atractivos. *(Ep. 171 A, 1).*

CAPITULO I

Importancia de la oración y su constancia

No pudo Dios otorgar regalo más precioso a los hombres que darles por cabeza a su Verbo, por quien hizo todas las cosas, y unirles a él a manera de miembros. El Hijo del Hombre, mientras como Dios era una sola cosa con el Padre, así también como hombre era una sola cosa con los hombres. Y así es que, cuando hablamos con Dios en la oración, no lo separamos del Hijo; y cuando el cuerpo del Hijo ruega, no lo hace separado de la cabeza: el mismo y único Salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ruega por nosotros y en nosotros, y al mismo tiempo nosotros le rogamos a él.

Ruega por nosotros como nuestro Sacerdote; ruega en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros le rogamos a él como a nuestro Dios.

Nosotros oramos por su boca y él ora por la nuestra.

Le rogamos como a Dios y él ruega bajo la forma de siervo: en el primer caso, como Creador; en el segundo, como criatura, puesto que, sin cambio alguno de su divinidad, tomó, para transformarla, la naturaleza humana, constituyendo con nosotros un solo hombre, cabeza y cuerpo.

A él, pues, dirigimos nuestras súplicas; por él (por su mediación), y en él (en su compañía), oramos con él y él ora con nosotros.

Por tanto, nada digas sin contar con él, como él nada dice sin contar contigo. (In Ps. 85,1)

El que te escucha con el Padre es el mismo que se dignó orar por ti al Padre.

¿Qué mayor certeza tener de acogida favorable, desde el momento que ruega por ti tu Maestro, el mismo que da lo que pide?

Ruega como hombre y da como Dios aquello que pide.(Serm. 217,1)

Le has visto orar: aprende de él cómo se ora; pues para enseñarnos a orar oró él, de igual modo que, para enseñarte a sufrir, sufrió él, y para confirmar la esperanza de tu propia resurrección, él resucitó. (In Ps. 56,5)

Dios quiere que ores. En su Evangelio te exhorta a hacerlo.

Pedid, dice, *y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.*

Todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abre.

¿Quién de vosotros se atrevería a dar a su hijo una piedra cuando le pide, pan?

¿Quién se atrevería a darle una serpiente cuando le pide pescado?

Si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos de lo que habéis recibido, ¿cuánto más sabrá vuestro Padre, que está en los cielos, dar cosas buenas a ios que se las piden? (Mt 7,7-11)

¡Qué admirable! Eres malo, y tienes un Padre bueno. Pero tienes un Padre bueno para no ser malo siempre.

Si quieres conseguir la santidad, hazte mendigo de Dios, que en el Evangelio te recomienda pedir, buscar, llamar.

El conoce a su mendigo, y como Padre de familia y magnánimo, rico en bienes espirituales y eternos, te exhorta así: *«pide, busca, llama»: el que pide recibe; el que busca encuentra; al que llama se le abre.*

Te manda que le pidas, y ¿habrá de negarte lo que le pides?

Fíjate en aquella semejanza o comparación de sentido contrario. Es la que el mismo Señor, para exhortarnos a orar, refiere del juez injusto: *En una ciudad había un juez que ni tenía temor de Dios ni respeto a hombre alguno.*

Vivía en la misma ciudad una viuda, que solía ir a él diciendo: Ha^me justicia de mi enemigo. (Lc.18,2-3)

Durante bastante tiempo no quiso hacerle caso; pero ella no cesó de importunarle, hasta que el juez terminó haciendo por fastidio lo que no quería por favor.

Y esto mismo, o sea, que debes pedir, te lo inculca con otro ejemplo opuesto.

Un hombre, dice el Señor, recibió un huésped, y, como no tenía pan en su casa, fue a la de un amigo suyo; llamó a la puerta y le dijo: Acaba de llegar un hombre a mi casa, préstame por favor tres panes. Estoy acostado, respondió, y también mis criados. (Lc 11,5)

Pero no por eso desistió: se quedó allí llamando e insistiendo, como un amigo que mendiga de otro amigo.

¿Cómo concluye el Señor este ejemplo? «Os digo que si no se levanta a dárselo por ser amigo, se levantará por ser importuno». De hecho, no cesó de pedir, y aunque el otro se lo negaba, no quiso retirarse.

El que no quería dar lo que se le pedía, concluyó por dárselo porque el otro no se cansó de pedir.

¡Cuánto más te dará Dios, infinitamente bueno, que te exhorta a pedir, y hasta se declara ofendido cuando no lo pides!

Si a veces tarda en dar, es que desea que aprecies sus dones, no que te los niegues.

Lo que por mucho tiempo se desea, resulta más grato cuando se consigue; y se suele apreciar menos lo que en seguida se concede.

Pide, busca, insiste; este pedir y buscar es como un crecer para alcanzar.

Dios tiene guardados para ti grandes tesoros, que no quiere darte pronto; y también porque quiere que aprendas a desear grandemente las cosas grandes.

Por eso hay que orar siempre y no desfallecer. (Lc 18,1 y Serm. 61,1-6)

Mendigo tuyo me has hecho, Dios y Señor mío, avisándome, exhortándome y hasta mandándome que pida, busque y llame. Aprenderé a mi vez de aquellos que me piden a mí.

Yo pido. Pero ¿a quién pido? ¿Quién soy yo, el que pide? ¿Qué es lo que pido? pido a ti, Dios de bondad; pido yo, hombre malo; y pido la virtud que me ha de hacer bueno.

Pido, por tanto, lo que deseo poseer eternamente; pido lo que, una vez recibido, me dejará satisfecho, de modo que no tenga ya necesidad alguna.

Mas para ser saciado, tengo que tener hambre y sed. Acuciado, pues, de esta hambre y sed, pediré, buscaré, llamaré, ya que bienaventurados son los que tienen hambre y sed de justicia. (8 Mt 5,6)

¿Bienaventurado, teniendo hambre y sed? ¿Pudo ser nunca la necesidad feliz?

No seré feliz porque tengo hambre y sed, sino porque seré harto. Consistirá mi felicidad en la hartura, no en el hambre.

Pero es necesario que preceda el hambre a la hartura, no sea que la falta de apetito me aleje del alimento.

Mendigo tuyo soy; y para que mejor reconozcas a tu mendigo, procuraré yo también conocer a mis mendigos.

¿Quiénes son los que a mí me piden? Son hombres. ¿A quién piden? A un hombre. ¿Cómo son los que piden? Son mortales. ¿Y a quién piden? A un mortal. ¿Cómo son los que piden? Son débiles. ¿A quién piden? A un débil. ¿Quiénes son los que piden? Los miserables. Y ¿a quién piden? A un miserable.

Es decir: que si exceptuamos las riquezas que poseo, los que me piden son iguales que yo. ¿Tendría vergüenza para pedirte a ti, que eres mi Señor, si yo no quiero reconocer al que es igual a mí?

Tú, Señor, no preguntas a hombres vestidos de seda, sino que lo haces en su desnudez; no vestidos como ahora estamos, sino desnudos, como cuando nacimos.

Pobres y ricos venimos al mundo igualmente desnudos; todos .débiles, y todos comenzamos la vida entre desdichas, y por eso unos y otros lloramos.

Aprenderé a vivir la verdadera vida; pondré mis riquezas donde está la verdadera vida, de modo que encuentre después allí lo que he dado aquí.

Cámbialas tú que nos cambias también a nosotros.

Espera el pobre de mí, y yo espero de ti; el pobre espera socorro de una mano que, como él, ha sido hecha; y yo espero socorro de la mano que me hizo a mí.

Pero no sólo a mí me ha hecho aquella mano, sino también al pobre lo mismo que a mi.

Nos diste a los dos un mismo camino, que es esta vida; y nosotros nos hemos encontrado como compañeros de camino. El pobre nada lleva, y yo voy cargado en demasía; él nada lleva consigo, y yo llevo más de lo que necesito.

Voy cargado; daré a él de lo que tengo, y socorriéndole a él, aligero mi carga. (Serm. 61,7-12)

CAPITULO II

La oración

¿Has oído cómo te anima nuestro Señor Jesucristo, celestial Maestro y fidelísimo Consejero, a que le pidas, siendo el mismo que te exhorta a pedir, el dispensador que te da cuando le pides?

Ya has visto cómo te exhorta en su Evangelio a que le pidas con insistencia y a que llames hasta parecer importuno.

Y con la parábola del amigo importuno y del juez injusto, (Lc 11,5; 18,2) que el Señor añadió a su exhortación, destruyó la razón de toda disculpa que te pudiera retraer de pedir, buscar y llamar hasta obtener lo que pides, buscas o deseas llamando.

El mismo Jesucristo, Señor nuestro, que con los hombres pide y con el Padre concede, no te insistiría tanto a que pidieras si no estuviera dispuesto a dar.

¡Avergüénzate, indolente! Tiene él mayor deseo de dar que tú de recibir; más desea él usar contigo de misericordia que tú verte libre de tu miseria; y si él mismo no te librara de ella, nunca dejarías de ser desdichado.

Si él te exhorta así, lo hace únicamente por tu bien.

Despierta, pues, y da oídos al que te anima, obedece al que te promete, y alégrate cuando te dé. (Serm. 105,1-2)

Dios quiere dar; pero no da sino a quien le pide, no sea que dé al que no quiere recibir. (In Ps. 102,10)

¿Quieres que tu oración llegue hasta Dios? Humíllate.

Si en tu corazón habita la humildad, Dios vendrá a ti, y en tu propia morada habitará contigo. (Serm. 45,7)

Sé humilde; salgan de tus labios gritos del dolor, no de impaciencia. (In Ps. 18,18)

Llora, porque ¿qué justo no ha llorado con estas lágrimas?

El que no llora, no tiene pena de ser peregrino.

¿Con qué cara podrás llegar a la Patria, si nunca suspiraste por ella estando ausente? (Serm.31,5)

Por amor de la eterna vida, considérate desconsolado en este mundo, por cumplida que sea la felicidad en que vives.

Considérate, sí, como inconsolable, y no desistas de orar.

Donde no hay tentación no hay oración. (Ep.130,3-5)

Tu oración, por tanto, que Dios escuchará y que conseguirá lo que pides, es la que va acompañada de la caridad y la humildad, del ayuno y la limosna, de la templanza y del perdón, del deseo de hacer bien al prójimo y no devolverle mal por mal, y del propósito de evitar el pecado y realizar obras buenas.

Porque apoyada en las alas de estas virtudes, la oración se eleva más fácilmente y se remonta hasta el cielo, adonde Cristo penetró el primero. (Serm.206,3)

Sea, pues, pura tu oración, de modo que desees lo que la caridad busca y no lo que la codicia anhela; guárdate de desear en ella mal alguno a tus enemigos o de desear mal a aquellos a quienes no puedes hacer daño o de ellos vengarte.

Y ten en cuenta que, así como la limosna y el ayuno son medios para disponerte a la oración, así también la oración es un medio de hacer limosna cuando se eleva al cielo con la intención de conquistar gracias, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos, de modo que sin que jamás se nutra de la ira y del odio, se alimente del amor. (Serm. 207,3)

Ora en todo tiempo con un deseo continuo del corazón, fundado en la fe, sostenido por la esperanza e inflamado por la caridad.

Pero en horas y tiempos determinados invoca al Señor también con la boca, a fin de que las mismas palabras te sirvan de estímulo, y con ello puedas conocer tus progresos en este espíritu de oración, y procures con toda diligencia acrecentarlo.

Tanto más apreciable será el efecto cuanto proceda de más fervoroso afecto.

Y así, en medio de los cuidados y ocupaciones que frecuentemente distraen y amenguan el deseo de la vida eterna, debes en horas determinadas volver tu atención al negocio importante de la oración; procurando con las oraciones vocales fijar tu pensamiento en el objeto de tus deseos a fin de que la disminución del fervor no se convierta en frío de muerte, y hasta se extinga totalmente el fuego sin este avivamiento frecuente de la llama. (Ep. 130,18)

No se reduzca tu oración a vana palabrería, que nuestro Señor fue el primero en cercenar, enseñándote que no debes presentarte ante Dios con prolongados discursos, como si con ellos quisieras enseñar algo a Dios.

Cuando oras, lo que se requiere es piedad, no verbosidad. *En la oración, -dice-, no habléis mucho, como hacen los paganos, que se imaginan ser oídos a fuerza de palabras.*

No los imitéis: que bien sabe vuestro Padre lo que os hace falta antes de pedírselo. (Mt 6,7-8)

Y no digas: «Si él ya conoce de qué tengo necesidad, ¿para qué decir ni esas pocas palabras? ¿Para qué orar?

El quiere que ores, porque quiere dar a quien tiene deseo de recibir y no se tenga por vil lo que da, puesto que es él quien inspira este deseo. (Serm. 56,4)

Con el deseo continuo de obtener del Señor la vida bienaventurada estarás en continua oración.

Es útil y laudable, cuando hay tiempo para una oración prolongada, hacerlo con este deseo.

Orar con muchas palabras no es, como algunos creen, orar mucho.

Una cosa es un largo discurso, y otra un afecto duradero.

De Nuestro Señor Jesucristo está escrito que pasó noches orando, y que alguna vez su oración fue más larga de lo ordinario. (Lc 6,12)

Y ¿qué otra cosa pretendió con ello sino darnos ejemplo de cómo debíamos orar, según las diversas circunstancias, aquel que con el Padre escucha benignamente nuestras plegarias?

Se dice que los monjes de Egipto oraban frecuentemente con plegarias muy cortas, que llevan el nombre de jaculatorias; y lo practicaban así temiendo que la atención necesaria para orar, prolongándose demasiado, terminara en distracción y pérdida de afecto.

Con ello nos enseñan también estos santos varones que la atención en la oración no debe fatigar cuando no es posible orar mucho tiempo; así tampoco se debe interrumpir bruscamente cuando pueda prolongarse.

Se deseche, pues, de la oración la palabrería; pero sin desistir de una intensa súplica, mientras el fervor de la atención dure.

Hablar mucho en la oración es tratar un asunto necesario utilizando palabras superfluas.

Orar mucho es llamar con sostenidos y piadosos movimientos del corazón a la puerta de aquel a quien oramos.

En esta materia se trata más bien de gemidos que de palabras, más de lágrimas que de discursos.

Dios recoge nuestras lágrimas; y nuestros gemidos no pueden ser desconocidos por aquel que por medio del Verbo lo creó todo, y que no da importancia al ruido de palabras.

(Ep. 130,19-20) Ora con brevedad; pero con toda la perfección posible. Daría la impresión que este consejo de San Agustín de ser breves en la oración contradice lo dicho por él anteriormente, si tomamos esta frase fuera de su contexto. Agustín se la dice a sí mismo al reanudar un trabajo de investigación, y en esa circunstancia era preciso orar brevemente. Al comienzo de ese trabajo había orado largamente: véase la Oración a Dios al final de los siete libros de esta misma obra. (Sol. 2,1)

Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en tas sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; os digo que ya recibieron su recompensa.

Tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará. (Mt 6,7-8)

De poco te sirve retirarte a la soledad de tu aposento si permanece abierta la puerta a las importunidades, y por ella entran a deshora las cosas de fuera y asaltan tu interior.

Fuera están las cosas temporales y visibles, que penetran por la puerta, es decir, por los sentidos corporales, en tus pensamientos y aturden tu oración con una multitud de vanos fantasmas.

Cierra la puerta; resiste a los bajos instintos para elevar al Padre la oración del espíritu, que se hace en el santuario del corazón, donde oras al Padre en secreto. (De serm. Dm. 6,11)

Pero a veces las distracciones te importunan y alejan tu espíritu de la oración; y frecuentemente te aquejan hasta mientras estás arrodillado orando.

Postras, sí, el cuerpo, doblas el cuello, confiesas tus pecados, adoras a Dios. Veo, sí, dónde está tu cuerpo postrado; pero quisiera saber por dónde anda revoloteando tu espíritu.

En verdad que te veo con los miembros postrados, pero es cuestión de saber si está erguida la atención; si el pensamiento está fijo en aquel a quien adoras o si, por el contrario, frecuentemente las distracciones lo llevan como las aguas de la marea, que tan pronto se fija en un objeto como en otro, como nave azotada por la tempestad.

Supongamos que estás hablando conmigo y me abandonas de pronto para dirigir la palabra a un siervo tuyo, y, dejándome solo, te vas con él: aunque no me pidieras algo, sino que tu conversación fuese de pura amistad, ¿no se debería considerar esta falta como una ofensa que me hacías?

He aquí cuál es tu conducta ordinaria con Dios. (In Ps. 140,18) Sin embargo, Dios sufre al que ora con corazón distraído y pensando en mil cosas, no diré culpables, ni perversas y contrarias a Dios, sino en cosas, que por ser inútiles, constituyen una injuria para aquel con quien habían empezado a platicar.

Con el corazón en la mano examínate a ti mismo sin adularte ni disculparte; sería una necedad sin nombre querer adularte y engañarte a ti mismo.

Examínate, pues, con atención y observa lo que ocurre en tu corazón durante la oración; cómo las más de las veces tus oraciones quedan sin fruto por las distracciones de pensamientos tontos que te hacen difícil el mantener el corazón en la presencia de Dios. Quisieras estar fijo y en cierto modo huyes de ti mismo, pero no encuentras puertas ni vallas para encerrarte, ni obstáculo que oponer a las divagaciones que van y vienen a tontas y a locas, a fin de estar recogido, disfrutando de la dulzura de tu Dios.

Entre tantas oraciones como haces, ¿hay alguna que tenga estas condiciones? (In Ps.85,7)

Mientras vives en este mundo, ruega al Señor que no te abandone el espíritu de oración ni te niegue el Señor su misericordia, es decir, que perseveres en la oración y él continúe usando contigo de misericordia.

No te desanimes. Hay muchos que se cansan de orar. En los primeros días de su conversión oran con mucho fervor; luego caen en la tibieza, después se enfrían y, finalmente, la abandonan. Ya no se sienten necesitados de nada.

Vigila el enemigo, ¿y tú duermes?

Persevera, pues, en la oración; confía en las promesas divinas y no te canses de pedir; reconoce que esto es una gracia del Señor.

Y mientras veas que Dios no te ha quitado la gracia de la oración, ten también por cierto que no se ha apartado de ti la misericordia divina. (In Ps. 65,24)

* * *

¡Oh Señor! Si tus ojos me miran, y tus oídos están dispuestos para oír mis súplicas, ¿qué más puedo desear?

Tengo que sufrir muchas cosas en esta vida; pero tú me escuchas, y por eso clamo a ti en medio de las tribulaciones.

¡Que no me aparte jamás de tus caminos, y escúchame en mis tribulaciones!

Eres médico, y en mí hay algo que no va bien.

Yo me quejo, pero tú sigues cortando, y no desistes hasta no haber cortado todo lo que juzgas necesario.

Es crueldad del médico escuchar los lamentos del paciente y no sajar la llaga para extraer la infección.

¡Oh Dios y Señor mío! Tú eres todo amor, pero te haces sordo a mis quejas, porque quieres sanarme y perdonarme en la eternidad.

Ayúdame a hacer lo que mandas, y después, si no me sacas de la miseria corporalmente, me sacarás espiritualmente.

Los tres jóvenes de Babilonia, desde el horno elevaron a ti sus súplicas, y mientras ellos cantaban, las llamas perdieron su ardor. (Dan. 5,49)

La voracidad de las llamas no pudo dañar a los jóvenes inocentes y justos que te alababan: Tú los libraste del fuego.

Preservaste a los tres jóvenes del fuego, pero ¿acaso preservaste del fuego a los Macabeos? (2Mc.6, 3) ¿No cantaban también éstos y, sin embargo, expiraron en las llamas?

Libraste a unos y no libraste a otros, o mejor, libraste a los dos; pero salvaste a los jóvenes de modo que hasta los paganos quedaron admirados; y no salvaste a los Macabeos, a fin de que sus perseguidores se hicieran acreedores a mayores castigos, ellos que pensaban haber vencido ensañándose con tus mártires.

Igualmente cuando te plugo salvar a Pedro, enviaste un ángel a la cárcel que le dijo: «Levántate y sal fuera»; y al punto se rompieron sus cadenas, y siguió al ángel, que le puso a salvo. (Hch. 12,7)

¿Diremos que Pedro había dejado de ser justo porque no le libraste de la cruz? No; porque también entonces le libraste.

Entonces verdaderamente lo escuchaste, puesto que lo libraste de todas las miserias de esta vida.

Después de la primera liberación, ¿cuánto no tuvo que sufrir? En cambio, en la segunda liberación, lo mandaste adonde nada tenía ya que sufrir. (In Ps. 33.2,20-22)

Clamaba la cananea con gran deseo de obtener el favor que pedía, y llamaba fuertemente; y tú aparentabas que no la oías para encender más su deseo; diferías la misericordia para podernos mostrar un ejemplo vivo de humildad.

Gritaba ella como si tú no la oyeses, siendo así que en silencio disponías lo que habías de hacer con ella. (Serm. 77,1)

Es gran cosa que yo te pueda alabar, pero es pobre mi alabanza.

Frecuentemente, es verdad, oro, pero si mis labios procuran pronunciar las palabras, mi pensamiento está distraído con mil deseos de todo género.

Algunas veces mi atención está como fija en la oración, mientras mi alma anda errante agitada de diversos deseos y pensamientos de ocupaciones.

¿Por qué es mi oración tan imperfecta y con tan poca constancia? Porque el cuerpo corruptible entorpece el alma, y esta morada terrena deprime la mente, ocupada en muchas cosas. (Sab 11,15)

Despójame del cuerpo que entorpece al alma, y te alabaré; quítame esta morada terrena que obstaculiza la mente con tantas distracciones, para que me concentre en una sola cosa, y yo te alabaré mientras me quede un hálito de vida. (In Ps. 145,6)

CAPITULO III

Cómo orar al Señor

Has oído cómo te amonesta nuestro Señor Jesucristo, celestial Maestro y fidelísimo Consejero, que le pidas, siendo de notar que el mismo que te exhorta a pedir, es también el dispensador que te da cuando pides. Ya has visto que te exhorta en su Evangelio a que le pidas con instancia y a que llames hasta parecer importuno. Y con la parábola del amigo importuno y del juez inicuo, (Lc 11,5;18,12) que el Señor añadió a su exhortación, destruyó la

razón de toda disculpa que te pudiera retraer de pedir, buscar y llamar hasta obtener lo que pides, buscas o deseas conseguir llamando.

El mismo Jesucristo, Señor nuestro, que con los hombres pide y con el Padre concede, no te instaría tanto a que pidieras, si no estuviera dispuesto a dar. ¡Avergüénzate, indolente! Tiene Él mayor deseo de dar, que tú de recibir; más desea Él usar contigo de misericordia, que tú verte libre de miseria; y en verdad que, si el Él mismo no te librara de ella, nunca dejarías de ser miserable. Y si El te exhorta así, lo hace únicamente por tu bien. Despierta, por tanto, y da oídos al que te exhorta, obedece al que te promete, y recibirás contento cuando te diere (Serm 105, 1-2)

Dios quiere dar; pero no da sino a quien le pide, por no dar al que no quiere recibir. (In Ps, 102,10)

¿Quieres que tu oración llegue hasta Dios? Sé humilde. Si en tu corazón habita la humildad, Dios vendrá a él y, como en propia morada, habitará en él juntamente contigo (Serm. 45,7)

Sé humilde; salga de tus labios el grito del dolor, no voces de impaciencia (In Ps. 18, 18)

La oración, por tanto, que Dios escucha y que consigue lo que pide, es la que va acompañada de la caridad y la humildad, del ayuno y la limosna, de la templanza y del perdón, del deseo de hacer bien al prójimo y no devolverle mal por mal, y del propósito de evitar el pecado y realizar obras buenas. Porque apoyada en las alas de estas virtudes, la oración se eleva más fácilmente y se remonta hasta el cielo, adonde Cristo penetró el primero. (Serm. 206,3)

Sea, pues, pura tu oración, de modo que desees lo que la caridad busca, y no lo que la codicia anhela; guárdate de desear en ella mal alguno a tus enemigos, o de airarte y desear mal a aquellos a quienes no puedes hacer daño o de ellos vengarte.

Y ten en cuenta que, así como la limosna y el ayuno son medios para disponerte a la oración, así también la oración es un medio de hacer limosna, cuando se eleva al cielo con la intención de conquistar gracias, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos, de modo que sin que jamás se nutra de la ira y del odio, se alimente del amor. (Serm, 207, 3).

En medio de los cuidados y negocios que frecuentemente distraen y amenguan el deseo de la vida eterna, debes en horas determinadas volver tu atención al negocio importante de la oración; procurando con las oraciones vocales fijar tu pensamiento en el objeto de tus deseos a fin de que la disminución del fervor no se convierta en frío de muerte, y hasta se extinga totalmente el fuego sin este avivamiento frecuente de la llama. (Ep. 130, 18)

No se reduzca tu oración a vana palabrería, que nuestro Señor fue el primero en cercenar, enseñándote que no debes presentarte ante Dios con prolongados discursos, como si con ellos quisieras enseñar algo a Dios. Cuando oras, lo que se requiere es piedad, no verbosidad. *En la oración, dice, no habléis mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber sido oídos a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos: que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes de pedírselo.* (Mt. 6, 7-8)

Y no arguyas: «Si El conoce de qué tengo necesidad, ¿para qué decir ni esas pocas palabras? ¿Para qué orar? El quiere que ores, porque quiere dar a quien tiene deseo de recibir, y no se tenga por vil lo que da, puesto que es El quien inspira este deseo. (Serm 56, 49).

El deseo continuo de obtener del Señor la vida bienaventurada será para ti una continua oración. Ya que no puedes ni tienes tiempo disponible para orar largamente, es

necesario hacerlo siempre con este deseo que no es cosa penosa ni inútil. Orar con muchas palabras no es, como algunos creen, orar mucho: una cosa es un largo discurso, y otra un sentimiento duradero.

De Nuestro Señor Jesucristo está escrito que pasó todas las noches orando, y que alguna vez su oración fue mas larga que lo ordinario. (Lc 6,12) Y ¿qué otra cosa pretendió con ello, sino darnos ejemplo de cómo debíamos orar, según las diversas circunstancias, Aquel que con el Padre escucha benignamente nuestras plegarias?

Se dice que los monjes de Egipto oraban frecuentemente con plegarias muy cortas, que llevan el nombre de jaculatorias; y lo practicaban así, temiendo que la atención necesaria para orar, prolongándose demasiado, terminara en distracción y pérdida de afecto. Con ello nos enseñan también estos santos varones que tal atención, como no se debe fatigar, cuando no es posible orar mucho tiempo, así tampoco, aunque dure algún tanto, se debe interrumpir bruscamente.

Deséchese, pues, de la oración la vana palabrería; pero sin desistir del mucho orar, mientras el fervor de la intención dure. Porque hablar mucho en la oración es hacer una cosa necesaria utilizando palabras superfluas, mientras orar mucho es llamar con frecuentes y piadosos movimientos de! corazón a la puerta de Aquel a quien oramos.

La oración fervorosa consiste más bien en lágrimas y gemidos, que en largos y bien dispuestos discursos Dios recoge nuestras lágrimas; y nuestros gemidos no pueden ser desconocidos por Aquel que por medio del Verbo lo creó todo, y que no aprecia el ruido materia! de las palabras. (Ep. i30, 19-20) Por consiguiente, ora con brevedad: pero con toda la intensidad posible de tu fervor. (Sol. 2, 1)

Cuando oráis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las- sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Tú al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre que ve lo secreto te premiará. (Mt. 6 7-8)

Poco es retirarse a la soledad del aposento, si permanece abierta la puerta a los importunos, y por ella entran malamente las cosas de fuera y asaltan tu interior. Fuera están las cosas temporales y visibles, que penetran por la puerta, esto es, por los sentidos corporales, en tus pensamientos y te distraen con una multitud de vanos fantasmas mientras oras. Es menester cerrar la puerta, es decir, resistir a las voces de la concupiscencia, para elevar al Padre la oración del espíritu, que se hace en el santuario del corazón, donde oras al Padre en secreto. (De serm. Dni. 6, 11).

Pero a veces las distracciones te importunan y alejan tu espíritu del asunto de tu oración; frecuentemente te aquejan hasta mientras estás arrodillado orando. Pos tras, en efecto, el cuerpo, doblas el cuello, confiesas tus pecados, adoras a Dios. Veo, sí, dónde está tu cuerpo postrado; pero quisiera saber por dónde anda revoloteando tu espíritu.

En verdad que te veo con los miembros compuestos, pero es cuestión de saber si está también en su lugar la atención; si el pensamiento está fijo en aquel a quien adoras, o si, por el contrario, frecuentemente, a pesar de la calma exterior, el alma está agitada como el mar en día de borrasca, y tan pronto se fija en un objeto como en otro, como nave azotada por la tempestad.

Supongamos que estando hablando conmigo, me abandonas de pronto para dirigir la palabra a un siervo tuyo, y, dejándome solo, te vas con él: aunque no me pidieras servicio

alguno, sino que tu conversación fuese de pura amistad, ¿no se debería considerar esta falta como una ofensa que me hacías? He aquí cuál es tu conducta ordinaria con Dios. (In Ps. 140,18. 19)

Sin embargo, Dios sufre al que ora con corazón distraído y pensando en mil cosas, no diré culpables, ni perversas y contrarias a Dios, sino en cosas, que por ser inútiles, constituyen una injuria para aquel con quien habías empezado a platicar.

Con el corazón en la mano examínate a ti mismo sin adularte ni disculparte; sería una necedad sin nombre querer adularte y engañarte a ti mismo.

Examínate, pues, con atención y observa lo que ocurre en tu corazón durante la oración; repara cómo las más de las veces tus oraciones quedan sin fruto por las distracciones de vanos pensamientos, que te hacen difícil el mantener el corazón en la presencia de Dios. Quisieras estar fijo y en cierto modo huyes de ti mismo, pero no encuentras puertas ni vallas para encerrarte, ni obstáculo que oponer a ias divagaciones que van y vienen a tontas y a locas, a fin de estar recogido, disfrutando de las consolaciones del Señor. Entre tantas oraciones como haces, ¿se encuentra una sola que tenga estas condiciones? (In Ps. 85, 7)

Mientras vivas en este mundo, ruega al Señor que no te abandone el espíritu de oración, ni te niegue el Señor su misericordia, de suerte que, mientras tú perseveres en la oración, El continúe usando Contigo de su misericordia.

No ceses jamás de orar. Hay muchos que se cansan en la oración. En los primeros días de su conversión oran con mucho fervor; mas luego caen en la tibieza, después se enfrían, y, finalmente, dominados de la pereza, duermen tranquilos, como si no tuvieran necesidad alguna.

Persevera, pues, en la oración; confiado en la infabilidad de las promesas divinas, no te canses de pedir, y reconoce que esto es una gracia del Señor. Y mientras veas que Dios no te ha quitado la gracia de la oración, ten también por cierto que no se ha apartado de ti la misericordia divina. (In Ps. 65, 24)

La oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, es el Señor el que te habla; cuando oras, eres tú el que hablas a Dios (In Ps. 85,7)

Cuando al hablar diriges tu boca a los oídos del que escucha, así también debes dirigir tu corazón a los de Dios. ¡Cuantos, por desgracia, profieren palabras con la boca y son mudos de corazón! ¡Y cuántos también hay cuyos labios están cerrados, y claman con el afecto! Por eso hay muchos que obtienen lo que piden sin pronunciar palabra, mientras otros, que claman sin cesar, no obtienen nada. Ruega con los afectos (InPs. 119, 9)

Si ruegas con aspiraciones internas, aunque con la lengua calles, cantas con el corazón; y si no oras con estos afectos internos, aunque sean grandes tus voces ante los hombres, eres realmente mudo en la presencia de Dios Ib.86, 1.

Ora en voz alta, si alguno debe escuchar lo que dices; hazlo en silencio, cuando nadie te escucha; nunca faltará oyente para tus afectos internos.

La oración vocal tendrá sus tiempos según la oportunidad; pero la plegaria interior debe ser continua

Cuando vas a la Iglesia a cantar salmos, es tu boca la que alaba al Señor; has cumplido así un deber; pero cuando te retiras del templo, tu alma debe repetir continuamente esas mismas alabanzas.

Dios quiere ser alabado; pero, no porque con ello aumente su gloria, sino porque sirva para tu provecho. Nada tuyo propio puedes ofrecerle; y esto que te exige, lo hace, no por Él, sino por ti. A ti es a quien aprovecha; ganancia tuya es. No manda cosa que redunde en aumento de Él, sino aquello que te conduce a ti a Él.

¿Qué podrás tú ofrecer al Señor por todos los dones que te ha concedido? Piensa en todas las gracias que Dios te ha dispensado, teniendo también presentes todas tus malas obras. Cuantas son tus obras malas, tantos son los dones del Señor. Por ello no debes atender a ofrecer al Señor cosas tuyas; porque no quiere Dios lo que es tuyo, pues, si le das lo que de ti tienes le ofrecerás pecados. Todo lo que de bueno tienes, de Dios lo has recibido; propio tuyo no tienes más que el pecado.

No quiere, por tanto, el Señor que le des de lo tuyo, te exige que le des de lo suyo. Si haces al agricultor un obsequio de los frutos de la tierra que el sembró, al ofrecer tal cosecha, le ofrecerías algo que es fruto suyo; si le ofreces las espinas y cardos, le ofrecerías

Ofrece al Señor tributo de verdad, alabándole con sinceridad de corazón; si pretendes ofrecerle cosa tuya, te declaras mentiroso. Preséntale tus ofrendas confesando que de Él has recibido lo que le ofreces. *¡Que tu alma bendiga al Señor de tal modo, que no olvide ninguno de sus beneficios!* (In Ps. 102, 2-4. 5)

Si piensas que vales algo, no alabas sinceramente al Señor. Es a ti a quien alabas, no a Dios, si juzgas que verdaderamente eres útil para algo.

Si has empezado a alabar al Señor, que jamás se interrumpa este cántico. Te engañas si dices: "Le alabaré ahora porque soy niño, pero cuando crezca y sea alguna cosa, podré alabarme a mi misino" Tu ancianidad debe estar aureolada con la sabiduría de las canas, y no aparecer marchita con las arrugas de la carne. Tu ancianidad sea una verdadera infancia, y tu niñez una ancianidad, para lo cual, tu gravedad de anciano sea sin soberbia, y tu humildad de niño no carezca de sabiduría. (In Ps. 112,1-2)

Procura no perder jamás la serenidad de ánimo: en las cosas prósperas bendice la misericordia; en las adversas bendice la justicia.

Rodeado de tribulaciones estaba Daniel cuando oraba, pues Jerusalén era cautiva y estaba bajo el yugo de los enemigos. Muchos eran los males que los israelitas debían sufrir: entonces fue cuando acaeció que él fue arrojado al foso de ios leones y los tres niños al horno encendido. Pero en medio de todas estas tribulaciones. Daniel alababa la justicia divina, cuando en su oración decía: *Nosotros hemos pecado, obrando con impiedad y cometiendo iniquidades* (Dn 9,5;3,29); a Vos, Señor, corresponde la alabanza; a nosotros ia confusión.

Debes alabar al Señor pulsando el salterio de diez cuerdas (mandamientos) y procurando acompañar tu canto con ia cítara (perfección). No basta llevar el salterio; es necesario pulsarle. Si tienes solamente el conocimiento de la ley, tienes el salterio a mano, pero no le pulsas. Es necesario poner en práctica las enseñanzas de la ley, y cumplirlas con alegría, porque si io haces con tristeza, no puede resultar canto agra dable.

Si al cantar atiendes sólo a las palabras, es como cantar sin cítara o acompañamiento; si obras y no cantas, es como si solamente tocases la cítara. Por tanto, sean rectas tus palabras y perfectas tus obras, si quieres conseguir un canto acompañado con la cítara (In Ps,91,4-5)

Pon en armonía tu lengua con tus costumbres, y no quieras desafinar tu canto acompañándole con malas costumbres. Cantando la alabanza del Señor, procura vivir virtuosamente: *No es agradable la alabanza en la boca del pecador* (Eccl 15,9). El Señor atiende más a tu vida que a tu canto.

¿Tienes entre manos un negocio, y planeas un fraude? Cesaste de alabar al Señor; más aun, y esto es más grave, no sólo cesaste en la alabanza, sino que cometiste verdadera blasfemia. Porque si, obrando el bien, alabas a Dios en tus obras, así, obrando el mal, blasfemas de Dios con tus acciones.

Hasta el comer y el beber puede resultar un cántico armónico, siempre que no los acompañes de melodías que recreen al oído, sino de la frugalidad y la templanza debidas. Si en el comer y beber te conduces de modo que tomes lo necesario para la conservación del cuerpo y de los miembros, y lo haces dando gracias a Aquel que te hizo mortal y necesitado y te ofrece tales viandas, al hacerlo así, alabas al Señor. Pero si, por el contrario, seducido por la voracidad natural, excedes los límites marcados por la necesidad y te cargas de vino, aunque tu lengua cante las alabanzas divinas, con tal tenor de vida injurias al Señor,

Después de haber comido y bebido te entregas al reposo; y ¿si viene el sueño? Si mientras duermes, la intranquilidad de conciencia no perturba tu sueño, también durante el descanso tu inocencia de vida canta al Señor.

Por tanto, al alabar al Señor, no te contentes con cantar sólo con la lengua, toma también en la mano el salterio de las buenas obras.

Si, pues, alabas al Señor cuando resuelves un asunto, cuando comes y bebes, cuando descansas en tu lecho y mientras duermes, ¿qué tiempo hay en que no puedas alabarle?

Esta alabanza será perfecta cuando hayas entrado en la ciudad celestial, en que, hecho semejante a los Ángeles, no sientas más las presentes necesidades físicas, ni seas importunado por el hambre o la sed, ni molestado con las diferencias de temperatura, y te veas libre de la fiebre y exento de la muerte. Para esta alabanza perpetua y continua debes prepararte, alabando al presente al Señor con la práctica de buenas abras (In Ps. 146, 2-3).

* * *

¡Oh, Señor! Si vuestros ojos me miran con misericordia y vuestros oídos están dispuestos para oír mis súplicas, ¿qué más puedo desear?

En verdad que tengo que sufrir muchas cosas en esta vida; pero Vos me escucháis, y por eso clamo a Vos en medio de las tribulaciones. ¡Que no me aparte jamás de vuestros caminos, y escuchadme benigno en mis tribulaciones!

Vos eres médico, y yo aun tengo mucho gangrenado; yo clamo y me quejo, pero Vos seguís cortando, y no desistís hasta no haber cortado todo lo que juzgáis necesario; pues es crueldad del médico escuchar los lamentos del paciente y no sajar la llaga para extraer la podredumbre.

¡Oh, Dios y Señor mío! Vos sois todo caridad, pero os hacéis sordo a mis quejas, porque queréis sanarme y perdonarme en 1a eternidad. Ayudadme a hacer lo que mandáis, y después, si no me sacáis de la miseria corporalmente, me sacaréis espiritualmente.

Los tres jóvenes de Babilonia desde el horno elevaron a Vos sus suplicas, y mientras ellos cantaban vuestras alabanzas, las llamas perdieron su natural ardor. (Dan. 5, 49)

La voracidad de las llamas no pudo dañar a los niños inocentes y justos que os alababan: Vos los librasteis del fuego.

Vos preservasteis a los tres niños del fuego, ¿pero acaso preservasteis del fuego a los Macabeos? (2Mac. 6, 3.)

¿Por ventura no cantaban también éstos y, sin embargo, expiraron en las llamas? Librasteis a unos y no librasteis a otros, o mejor, librasteis a los dos; pero salvasteis a los niños de modo que hasta los hombres carnales quedaran admirados; y no salvasteis a los Macabeos, a fin de que sus perseguidores se hicieran acreedores a mayores castigos, mientras pensaban que sólo atormentaban a vuestros mártires.

Igualmente cuando os plugo salvar a Pedro, enviasteis un ángel a la cárcel que le dijo: *«Levántate y sal fuera»;* y al punto se rompieron sus cadenas, y salió siguiendo al ángel, que le puso a salvo (Hch. 12, 7). ¿Diremos que Pedro había perdido la gracia de su Señor, porque no le libró de la cruz? No; porque también entonces le librasteis; entonces verdaderamente le escuchasteis, puesto que le librasteis de todas las miserias de esta vida. Después de la primera liberación, ¿cuánto no tuvo que sufrir? En cambio, en la segunda liberación, le mandasteis a donde nada tenía ya que sufrir. (In Ps, 33. 20-22)

Clamaba la cananea con grande deseo de obtener el beneficio que pedía, y llamaba fuertemente; y Vos aparentabais, Señor, que no la oíais; diferíais la misericordia, para podernos mostrar un ejemplo vivo de humildad. Gritaba como si Vos no la oyeseis, siendo así que en silencio disponíais lo que habíais de hacer con ella. (Serm. 77, 1)

Es gran cosa que yo os pueda alabar, pero es deficiente mi modo de hacerlo. Frecuentemente, es verdad, oro, pero mientras ruego, si mis labios procuran pronunciar las palabras, mi pensamiento está distraído con mil fantasmas de todo género. Algunas veces mi atención está como fija en la oración, mientras mi alma anda errante agitada de diversos deseos y pensamientos de negocios.

¿Por qué es mi oración tan imperfecta y con tan poca constancia? *Porque el cuerpo corruptible agrava al alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada en muchas cosas* (Sb. 11, 15)

Haced, Señor, que mi cuerpo no oprima a mi alma, y os alabaré; impedid que este vaso de tierra oprima a la mente con tantas distracciones, y yo os alabare mientras me quede un hálito de vida. (In Ps. l45, 6)

¡Oh, Señor! Vuestros oídos están atentos al corazón más que a la boca; no se fijan tanto en lo que la lengua canta, cuanto en lo que dicen las obras del que te alaba. (In Ps. 146, 3).

Yo os canto con mi voz para excitar en mí la piedad; y canto con el corazón para agradaros. (I. Ps 147,5)

Pulsaré el salterio y la cítara, a fin de que, no sólo os alabe con la voz, sino que mi alabanza sea perfecta con las obras.

Cuando entone himnos en vuestro loor, procuraré dar pan al que tiene hambre, vestido al desnudo y hospedaje al peregrino, para que no sea sola mi boca la que cante, sino que mis manos estén en conformidad con las voces y mis obras sean conformes con mis palabras. (In Ps 149, 8.)

Haced, Señor, que mi vida sea sin tacha, para poder alabaros continuamente. Y cuando mi boca tenga que callar, que mi vida sea un cántico agradable a Vos; de modo que vuestros oídos estén atentos a los gemidos de mi corazón. Con la misma solicitud con que

los hombres se disponen para escuchar mis palabras, así Vos aplicad vuestros oídos a mi corazón.

Cuando os alabo, quiero alabaros con todo mi ser. No me satisface la sola alabanza de la boca; que os cante mi lengua, que os alabe mi vida, que os glorifiquen mis obras. Y aunque en este mundo tenga aún que gemir, sufrir tribulaciones y vencer tentaciones, espero firmemente que todo esto pasara y al fin llegará el día feliz en que mi alabanza será sin interrupción y sin fin. (In Ps.148,2)

¡Señor, aunque me falte la lengua, no disminuya jamás el afecto! (In Ps 102,8) Haced que aunque desfallezca en mí, jamás desfallezca en Vos. Mucho mejor es para mí venir a menos, alabándoos a Vos, que progresar alabándome a mí. (Ib. 145, 4. Bien es verdad que no es posible venir a menos alabándoos a Vos; porque alabaros a Vos es como tomar alimento, y cuanto más os alabo, tanto mayor será mi fortaleza, porque tanto más Vos me comunicaréis vuestra dulzura, Vos, que sois el objeto de mis alabanzas.(In Ps. 99, 17

Ayudadme, pues, Señor, para que os alabe con la boca, con la mente y con las buenas obras, a fin de poder, como me exhortáis en vuestras Escrituras, cantaros un cántico nuevo. Al hombre viejo corresponde un cántico viejo, como al nuevo, un cántico nuevo. Si amo las cosas terrenas, mi cántico será viejo; para cantar un cántico nuevo, quiero amar las cosas eternas.

Vuestro amor, Dios mío, es por sí mismo un cántico nuevo y eterno; siempre es nuevo, porque no envejece jamás. El pecado es el que me ha hecho envejecer; renovadme Vos, Señor, con vuestra gracia. (In Ps. 149, 1)

CAPITULO IV

Qué pedir en la oración

La oración es algo espiritual, y, por ende, es tanto más acepta a Dios cuanto mejor responde a su naturaleza. (In Ps. 149,1)

Dos clases hay de bienes: los temporales y los eternos.

Los primeros consisten en la salud, en las riquezas, en los honores, en las amistades, en la casa y en todo lo que es propio de nuestra peregrinación en esta vida.

Los bienes eternos son: la vida eterna, la incorruptibilidad e inmortalidad del alma y del cuerpo, la compañía de los ángeles, la ciudadanía del cielo, la dignidad indeficiente de hijos de Dios; un Padre y una Patria; el Padre sin muerte y la Patria sin enemigos. (Serm. 210,9)

Te aconsejo y exhorto en nombre del Señor que, tratándose de los bienes temporales, no le pidas nada en concreto, sino lo que él sabe que te conviene.

Tú ignoras por completo lo que te conviene.

Muchas veces juzgas útil lo que es nocivo y nocivo lo que es útil.

Estás enfermo; no debes sugerir al médico los remedios que debe suministrarte.

¿Has pedido riquezas? ¡Cuántos han encontrado su perdición en ellas!

¿De dónde sabes tú que las riquezas te han de servir de provecho?

¿No es manifiesto que muchos pobres, que vivían tranquilos y desconocidos, en cuanto mejoraron de fortuna empezaron a ser notados y fueron víctimas de otros más poderosos?

¡Cuánto más les valiera haber permanecido olvidados e ignorados a aquellos que empezaron a ser tenidos en algo, no por lo que eran, sino por lo tenían!

Tal suele ser para la mayor parte la posesión de los bienes temporales. Si bien ruegas a Dios, te persuadirás de que es él quien sabe lo que te conviene. (In Ps. 53,4)

Desea, en cambio, con todo el fervor posible, los bienes espirituales, y pídelos con toda perseverancia, con pocas palabras y sinceros gemidos.

Siempre ora el deseo, aunque calle la lengua; y si siempre deseas, siempre estás orando.

¿Cuándo duerme la oración? Cuando se enfría el deseo.

Debes, por tanto, suplicar aquellos bienes eternos con todo el ardor; búscalos con toda tu alma, y pídelos con la seguridad de alcanzarlos.

Pero si quieres pedir cosas temporales, pídelas con moderación, en la seguridad de que, si las consigues, es porque te las da el que sabe qué cosa puede serte útil.

Las pediste y ¿no te fueron concedidas? Cree al Padre, y estate seguro de que, si te convinieran, te las habría dado.

Lo que es tu hijo, por su inexperiencia de las cosas materiales, con relación a ti, eso eres tú con relación a Dios, por tu ignorancia de las cosas divinas.

Se te presenta tu hijo llorando todo el día y te pide un cuchillo o una espada, y tú te niegas a dárselo con desprecio de sus lágrimas para no tener que llorar su muerte.

Llora, gime, y se revuelca por el suelo para que le dejes montar a caballo, y no se lo concedes porque sabes que no lo gobierna bien y se expone a que le arroje por tierra y lo mate.

Le niegas una parte y le reservas el todo. Para que crezca y pueda disfrutar tranquilamente de todo, le niegas esto poco, que sería peligroso para él. (Serm. 80,7)

No es de gran importancia ser escuchados de Dios según nuestra voluntad; no, no es esto lo importante; lo importante para ti es ser escuchado según tu utilidad.

Fueron escuchados los demonios, según su voluntad, cuando, según su petición, obtuvieron licencia para entrar en una piara de cerdos. (Mt 8,32)

El mismo príncipe de los demonios obtuvo alguna vez lo que deseaba: pidió permiso para tentar a Job, y no le fue negado: Job fue probado y él confundido. (Job 1.2)

También los israelitas obtuvieron lo que pedían, y ya sabes el castigo que recibieron cuando todavía estaban comiendo lo que habían recibido del cielo. (Núm. 11,33)

No te consideres dichoso porque Dios te concede lo que pides.

Quizá Dios, enojado, te concederá lo que pides, y otras veces, misericordioso, te lo negará.

Cuando pides lo que Dios recomienda, o lo que manda o promete para la vida eterna, esa petición viene de Dios; pídelo con confianza, insistiendo en la súplica hasta recibir lo que pides.

Estas son gracias que el Señor concede en su misericordia; son dones de su bondad, no castigos de su justicia.

Pero cuando pides a Dios bienes temporales, hazlo con moderación y con temor, y deja que Dios te los conceda o niegue, según los juzgue útiles o nocivos para ti.

El médico, y no el enfermo, es el que sabe lo que conviene a la salud o no. (Serm. 351,7)

Y si pides con demasiado ardor los bienes temporales, manifiestas que eres aún esclavo de la ley, y que no la vas a cumplir.

Por ello, cuando ves que estos bienes abundan en los que ofenden al Señor, vacilan tus pies y dices: «Sirvo a Dios lo mejor que puedo, voy a la iglesia todos los días, estoy cansado de estar de rodillas; y, sin embargo, estoy siempre enfermo; mientras que otros, cuya conciencia está gravada con el peso de homicidios, rapiñas y otros crímenes nadan alegres en la abundancia, y todo les sale bien».

¿Y son éstos los bienes que con tanto afán pedías a Dios? Vas equivocado: ama a Dios gratuitamente, y él mismo será tu recompensa. (In Jo. 3,21)

¿Qué otra cosa mejor podrías anhelar? Si el Señor te dijera: «Pídeme lo que quieras», ¿qué le pedirías?

Estruja tu ingenio; pon en juego toda tu avaricia, ensancha y dilata cuanto sea posible tu ambición; fíjate que no es un cualquiera, sino el Omnipotente quien te dice: «Pide lo que quieras».

Si te seduce el deseo de poseer, puedes anhelar la posesión de toda la tierra, y que todos los que en ella existen y nazcan sean colonos y siervos tuyos.

Ya eres señor de toda la tierra. Querrás también ser dueño del mar, mas como en él no puedes vivir, resulta que en esto te llevan ventaja los peces.

Pero podrás dominar en las islas. Extiende más tus deseos y domina en el aire; dilata tu dominio hasta el cielo, de modo que puedas decir que son propiedad tuya el sol, la luna y las estrellas, puesto que el que hizo todas estas cosas te ha dicho: «Pídeme lo que quieras». Pues bien: aun con todo esto, no encontrarás nada más precioso, nada mejor que el mismo que hizo todas esas cosas.

Pide la posesión del que hizo todo lo existente, y en él y de él poseerás todo lo que ha hecho.

Todas las cosas son agradables, porque todas son bellas; pero ¿qué hay más bello que él?

En ellas hay poder; pero ¿qué hay más poderoso que el Señor?

Por eso nada te concede con más agrado que a sí mismo; si encuentras algo superior, pídelo.

Pero, cuidado, que si pides otra cosa, haces a Dios una injuria y a ti mismo te causas un perjuicio, porque prefieres la criatura, cuando el mismo Creador desea entregarse a ti. (In Ps. 34,12)

* * *

Escucha, Señor, mi oración; inclina benigno tus oídos a las palabras de mi boca.

Lleguen hasta ti mis súplicas: yo no deseo de ti los bienes de este mundo.

Escúchame tú, pues los que aman este mundo, aunque oigan mis palabras, es como si no las oyeran, porque, distraídos como andan con el goce de los bienes temporales, ni codician los eternos ni entienden otro lenguaje.

Llegue hasta ti mi súplica, que sale del corazón impulsada por el deseo de tus bienes eternos. A tus oídos la dirijo; acógela benigno, para que no se quede en el camino ni se apague y se desvanezca.

Aunque no me sean concedidos ahora los bienes que pido, estoy seguro de conseguirlos más tarde. (Serm. 53,5)

Prefieran para sí los mundanos la posesión de cuanto les agrade; se distribuyan los bienes de este mundo; el bien mío eres tú; yo te he escogido para mí.

Poséeme a mí, Señor, para que yo te posea a ti. Yo seré tu propiedad, yo seré tu casa.

Tú posees y eres poseído siempre para mi bien, porque ¿puede ser de algún provecho para ti el poseerme?

Por ello te digo: «Tú eres mi Dios, que para nada necesitas de mis bienes; mi alma se alegra en ti y se complace en tu salvación». (In Ps. 34,1, 12)

CAPITULO V

La oración dominical

Las palabras enseñadas por nuestro Señor Jesucristo en su oración deben servir de norma para todo cuanto puedes y debes desear. No te es lícito pedir lo que no esté incluido en esta oración (Serm. 56,5)

En todas las demás palabras que tú puedas expresar, sugeridas por el sentimiento que informa tu oración, sea al principio, para que éste se manifieste, o durante ella, para que aparezca más claro, no podrás expresar más de cuanto se halla ya incluido en la oración dominical, siempre que tu oración se haga bien y en modo conveniente. (Ep.130,22)

Si tuvieras un asunto de suma importancia y quisieras dirigir una súplica al emperador, por cierto que acudirías a un abogado o jurisconsulto para que te la redactara en términos convenientes, a fin' de evitar el peligro de exponerte, por no estar adecuadamente redactada, no sólo a no conseguir la gracia, sino a atraerte la desgracia o un castigo en lugar del beneficio que pedías.

Pues bien: cuando los Apóstoles quisieron dirigir a Dios sus oraciones, no sabiendo cómo dirigirse a su Divina Majestad, dijeron a Cristo: «Señor, enséñanos a orar». Fue como si dijeran: «Señor, tú, que eres nuestro abogado, asesor, o mejor dicho, tú, que te sientas en el mismo trono de Dios, redáctanos la forma de nuestra súplica».

Jesucristo, con sus tesoros de ciencia divina, redactó esa sublime fórmula de la oración cuando respondió a sus discípulos: *Así debéis orar*. (In Jo.7, 11)

1. *Padre nuestro, que estás en el cielo.* En toda súplica es necesario primeramente conciliarse la benevolencia de aquel a quien se dirige, y después indicar el objeto de ella. La benevolencia de la persona a quien se suplica, se consigue ordinariamente con la alabanza de la misma; y esto es lo que se debe procurar ya en las primeras palabras. Jesucristo nos enseño sobre esto que bastaba decir: *Padre nuestro, que estás en el cielo.*

Y porque el ser llamado a la herencia eterna, es decir, a ser coheredero de Cristo, mediante la adopción de hijo, no es efecto de tus méritos, sino de la gracia de Dios, de ello también se hace mención en las primeras palabras de la oración dominical, cuando dices: *Padre nuestro.*

Este nombre es un estímulo del amor, porque ¿qué hay más dulce para un hijo que su padre? Al decir: Padre nuestro, nuestro corazón se enfervoriza por la oración. Más aún: el haber recibido, antes de empezar a pedir una merced tan señalada como la de poder llamar a Dios Padre nuestro, infunde también en el ánimo una cierta seguridad de conseguir lo que se va a pedir.

¿Qué cosa podrá negar al hijo aquel que graciosamente le ha concedido la merced de la filiación?

Además, ¡cuánto no estimula la solicitud y atención del que dice: Padre nuestro, para no mostrarse indigno de tal Padre! (De Serm. Dni. 2,16)

El es Dios y Padre a la vez: Dios en el poder y Padre en la bondad.

¡Dichoso tú por haber encontrado un Padre en el Señor!

Cree en él y espéralo todo de su misericordia, pues es Omnipotente. (Serm. 213,1)

No te aficiones a las cosas terrenas, puesto que has encontrado un Padre en el cielo.

Has empezado a pertenecer a una gran familia, que preside este Padre celestial, un Padre bajo cuya potestad son hermanos el señor y el siervo, el general y el soldado, el rico y el pobre.

Todos los cristianos tienen sus padres respectivos, según su condición, unos nobles y otros plebeyos, y, sin embargo, todos invocan a este único y verdadero Padre, que está en los cielos.

Si en el cielo está, allí es donde se prepara tu heredad.

Y es tal la condición de este Padre, que, juntamente con él, hemos de gozar lo que nos da.

No muere para hacernos sus herederos ni se ha de separar de nosotros, sino que permanecerá siempre el mismo, en espera de que nosotros vayamos a él.

Si ya sabes a quién has de pedir, considera ahora lo que has de pedir, no sea que ofendas a tal Padre con importunas peticiones. (Serm. 59,2)

2. *Santificado sea tu Nombre.* Con esta petición no expresas el deseo de que el Señor sea santificado mediante tus súplicas, sino quieres que su Santo Nombre sea santificado en ti.

Y en verdad, ¿quién podrá santificar al Dios que es el autor de la santidad?

Pero, como él ha dicho: *Sed santos, porque Yo soy santo*, (Lev 19,2) tú pides en tu oración la perseverancia en aquella santidad que tuvo principio en ti, cuando recibiste el santo bautismo.

El que es santo, al pedir a Dios la santidad lo que realmente pide es la perseverancia en la santidad; así también el que es casto pide la castidad; y el justo, la justicia; y el piadoso, la piedad; y todos, al pedir las demás gracias, que sabemos son dones de Dios, pedimos la perseverancia en aquellas gracias que sabemos haberlas recibido de él.

Con la consecución de todas estas gracias se obtiene también otro gran don de Dios, que es la perseverancia, con la que se conservan todos los demás dones. (De dono persev. 2,4)

Cuando diriges al Señor estas palabras, el Señor- te bendice, y su bendición te hace más santo y más feliz; cuando glorificas a Dios, él es el que te colma de gloria y de honor; por tanto, hacer esto es de provecho para ti, no para él. (In Ps. 39,4)

Además, con esta petición, expresas el deseo de que el Santo Nombre de Dios sea glorificado como tal por todos los hombres, es decir, pides que los hombres tengan una idea tal de Dios que confiesen no existir una santidad mayor y teman ofenderla.

Se glorifica el Santo Nombre de Dios cuando se pronuncia con todo el respeto debido a la majestad divina. Se le engrandece cuando se pronuncia con veneración y con temor de ofenderle. (De Serm. Dni. 2,19)

Con esta petición también deseamos sea glorificado el Nombre de Dios por aquellos que, a causa de su infidelidad, no reconocen la santidad de aquel que en sí mismo y en sus santos es santo.

Ruegas, en fin, por todo el género humano y por todo el mundo; ruegas también por aquellos soberbios descontentos, que continuamente se entregan a disputas sobre la injusticia divina y sobre la falta de rectitud de sus juicios; ruegas, sí, para que se conviertan y procuren ajustar la rectitud de su corazón a la del Señor, de modo que unidos a él, conformados con él, cesen de vituperarle, y, además, amen de corazón al que es la rectitud por esencia, porque el Dios de Israel es bueno, pero para los rectos de corazón

3. *Venga a nosotros tu reino.* Pidas esto o no lo pidas, el reino de Dios vendrá indefectiblemente.

¿Por qué, pues, lo pides? Para que venga también a ti lo que ha de venir para todos los santos, para que Dios te cuente en el número de sus santos, a los cuales ha de venir el reino de Dios

Pides aquel reino que tendrá lugar al fin del mundo, y del cual está escrito en el Evangelio: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. (Mt 25,34)

He aquí por qué dices: Venga a nosotros tu reino. Deseas que venga para ti, y pides ser contado en él.

Porque venir, vendrá; pero ¿de qué te sirve si aquel día estás a la izquierda?

Cuando así oras, para ti lo pides y por ti oras. Deseas este reino, y lo deseas orando, para que vivas de tal suerte que merezcas pertenecer al reino que ha de darse a todos los santos.

Es, por tanto, la gracia de vivir bien lo que pides cuando dices: Venga a nosotros tu reino.

¡Haz, Señor, que pertenezcamos a tu reino y que venga él a nosotros como ha de venir a tus santos y justos! (Serm. 56,6)

¡Que cuando decimos estas palabras perseveremos en la justicia que nos ha dado! (De dono persev. 2,5)

4. *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*. También con estas palabras pides una gracia para ti, ya que la voluntad de Dios infaliblemente se ha de cumplir.

Voluntad de Dios es que reinen los buenos y sean condenados los malos; ¿puede acaso dejar de tener cumplimiento esta voluntad?

Pero ¿qué deseas para ti cuando dices: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo?

Oye lo que pides: «Señor, como no te ofenden los ángeles en el cielo, tampoco te ofenda yo sobre la tierra».

Los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles y todos los hombres de espíritu son a modo de cielo en la presencia de Dios; tú, en cambio, al lado de ellos, eres tierra. Hágase, pues, la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo quiere decir que, como se cumple en ellos, así se cumpla en ti la voluntad divina.

La Iglesia de Dios es cielo, sus enemigos son tierra; obras bien al desear que los enemigos de tu fe crean y se hagan cristianos, para que de este modo se cumpla también la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.

Tu espíritu es cielo y tu carne es tierra; lo mismo que se renueva tu espíritu por la fe, así debe ser renovada tu carne por la resurrección: cúmplase la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo.

Además, tu entendimiento, mediante el cual conoces la verdad con que te deleitas, es cielo, según lo que dice San Pablo: *Me deleito con la Ley de Dios según el hombre interior*. (Rm 7,22) Y ¿dónde está la tierra? *Veo*, -dice,- *otra ley en mis miembros que rechaza la ley de mi espíritu*. Rm.7, 23)

Cuando haya cesado esta lucha y empiece a haber perfecta armonía entre la carne y el espíritu, se hará la voluntad de Dios en la tierra como se cumple en el cielo.

Piensa en estas cosas y pídeselas al Padre, cuando pronuncias esta petición. (Serm. 57,6)

Siempre que ores di: «Cúmplase, Señor, tu voluntad en mí; que no me oponga a ella; cúmplala yo, como le dan cumplimiento tus ángeles y tus santos. (Serm. 56.7-8)

5. *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Aquí bien claro está que oras por ti mismo.

Cuando dices: Santificado sea tu nombre, es preciso explicarte que oras por ti y no por Dios.

Cuando dices: Hágase tu voluntad, necesitas que se te explique que no deseas que se cumpla la voluntad de Dios para bien de él, sino para provecho tuyo.

Y cuando dices: Venga a nosotros tu reino, hay que explicarte, de igual modo, que no deseas a Dios algún bien, al desearle que reine.

Pero desde este punto de la oración en adelante está bien patente que ruegas a Dios por ti.

Al decir: *Danos hoy nuestro pan de cada día*, te declaras mendigo de Dios.

Pero no te avergüences por ello. Por muy rico que seas un hombre en la tierra, siempre será mendigo en la presencia de Dios.

Espera el pobre a la puerta del rico, y el mismo rico espera a las puertas del gran Rico.

Pide el pobre al rico, y el rico le pide a Dios.

Si no necesitase nada, no acudiría a Dios por la oración.

Y ¿qué necesita el rico? Lo diré claramente: necesita el pan de cada día.

¿Por qué vive en la abundancia de bienes terrenos sino porque los ha recibido de Dios? ¿Con qué se quedaría si Dios le retirase su mano?

¿No es manifiesto que muchos se acostaron ricos y despertaron pobres? Lo que el rico tiene, a la misericordia de Dios se lo debe, no a su propia potestad.

Pero este pan con que se sacia el hambre y se reponen las fuerzas del cuerpo, este pan, digo, tú observas que lo da Dios no sólo a los que le bendicen, sino también a aquellos que de él blasfeman, como hace que nazca el sol todos los días sobre los buenos y sobre los malos, sobre los justos y sobre los injustos. (Mt 5,45)

Dios te alimenta si le alabas, y si le injurias te alimenta también.

Te espera para que hagas penitencia, y te condena si no te conviertes. (Serm. 56,9-10)

De dos maneras se ha de entender esta petición del pan cotidiano: por la necesidad para el sostenimiento del cuerpo y por el necesario alimento del espíritu.

Lo necesario para la vida material exige reparación cotidiana, y sin ello no se puede vivir; comprende alimento y vestido; pero en la parte va incluido el todo.

Basta pedir el pan, porque con éste se recibe todo lo demás.

Pero también se ha de entender de alimento espiritual, que has de recibir del altar de Dios; pan cotidiano igualmente y necesario para la vida presente.

¿Por ventura sólo habrás de recibir la Eucaristía cuando llegues en persona a Cristo y empieces a reinar con él?

Sí, la Eucaristía es también tu pan cotidiano; pero lo has de recibir con tales disposiciones que no sólo repares con él las fuerzas del cuerpo, sino también las del alma.

El dinamismo que este Pan encierra es la unidad, por la cual, incorporado a él y hecho miembro suyo, eres una sola cosa con lo que recibes. De este modo será verdaderamente tu pan cotidiano.

Pan cotidiano es también mi discurso; como lo son las lecturas santas que todos los días oyes en la iglesia, como lo son los himnos que escuchas y cantas.

Pan cotidiano es todo esto, necesario durante tu peregrinación. (Serm. 57,7)

6. *Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* ¿Quién hay que, viviendo en carne en el mundo, no incurra en alguna ofensa?

¿Cuál es el hombre que vive de tal modo que no tenga necesidad de orar?

El hombre puede envanecerse, pero no justificarse.

Mejor será para él imitar al publicano y no ensoberbecerse como el fariseo, que subió al templo a jactarse de sus méritos y a ocultar sus llagas.

Mucho mejor entendía la razón de subir al templo el que decía: Señor, apiádate de mí, pecador. (Lc 18,15)

Y esto es lo que enseñó el Señor Jesús a sus discípulos en aquella petición: Perdona nuestras ofensas.

El Señor, al mandarnos decir: Como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, ha estipulado con nosotros un convenio que es compromiso y decreto inmutable.

Si quieres, pues, que resulten eficaces siempre estas palabras: «perdona mis ofensas», es preciso que digas con toda verdad: «como también yo perdono a los que me ofenden».

Y si callas esto, o lo dices con mentira, es inútil que digas lo que antecede.

Perdona, y perdona de corazón cuantos resentimientos tengas con el prójimo; perdona en tu interior, donde el Señor ve.

Una vez que hayas perdonado a tus ofensores, haz tranquilamente tu oración. (Serm. 58,6-7)

Sí, perdona, pero perdona de verdad: es tu obligación, y si no la cumples, será tu perdición.

Cuando el que te ha ofendido te pide perdón, concédeselo al instante; de lo contrario no solamente borras en tu corazón la oración, sino que serás tú borrado del libro de Dios. (Serm. 56,12)

7. No nos dejes caer en la tentación. El Señor no nos tienta directamente, aunque algunas veces permite que algunos caigan en ella por haberlos privado de su gracia, por secreta disposición y como pena de sus deméritos.

Frecuentemente son manifiestas las causas pollas que el Señor permite que alguno quede abandonado y sea juguete de la tentación.

Una cosa es ser inducido a tentación y otra ser tentado.

Sin la prueba de la tentación, nadie demuestra lo que es, ni a sí mismo ni a los otros; no a sí mismo, porque está escrito: *Quien no ha pasado pruebas, poco sabe 2f'; no a los otros, como dice el Apóstol: No me despreciasteis, a pesar de la prueba ¿pie fue para vosotros mi enfermedad.* (Gál 4,13-14)

Quedó, pues, testificada la firmeza de los Gálatas, al ver que las contrariedades que el Apóstol padecía en su carne no les hicieron disminuir su caridad.

En cuanto a Dios, bien te conoce sin que seas tentado, porque sabe todas las cosas antes que ocurran.

Por tanto, no pides el no ser tentado, sino que no te deje el Señor caer en la tentación, como si uno debiera ser sometido a la prueba del fuego y no suplicase que no le tocara el fuego, sino que no se quemase.

En el horno se prueban las vasijas de barro; j en la tentación de las adversidades los hombres justos. (Eclo 27,6 y De Serm. Dni. 2,30-32)

Cuando dices: No nos dejes caer en la tentación, ¿qué otra cosa pides sino que el que te pone trampas y te combate exteriormente de ningún modo consiga vencerte con su astucia y su fuerza?

Sin embargo, ten presente que por muchas insidias que te ponga, mientras no consiga adueñarse de tu corazón, que es donde reside tu fe, tu enemigo está fuera de ti.

Pero, *si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas*. (Sal.126, 1) No presumas, pues, de tu valentía si no quieres que vuelva a entrar en ti el demonio después de haberle arrojado fuera. (In Jo.42,9)

8. *Y líbranos del mal.* Aquí no sólo pides verte libre de los males futuros, objeto de la anterior petición, sino también de aquellos a que estás ya sometido.

Si consigues el fruto de tu oración, nada tendrás ya de qué temer ni habrá peligro de verte vencido por tentación alguna. (De Serm. Dni. 2,35)

Las tres primeras peticiones: Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, y hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, son peticiones que se refieren a la vida eterna.

Las cuatro siguientes se refieren a la vida presente.

Danos hoy nuestro pan de cada día: ¿Por ventura necesitarás pan diariamente cuando hayas gustado la plenitud del cielo?

Perdona nuestras ofensas: ¿Necesitarás decir esto cuando no incurras ya en ofensa alguna?

No nos dejes caer en la tentación: ¿Tendrás necesidad de decir esto cuando no existan ya tentaciones?

Líbranos de mal: ¿Acaso lo dirás donde no hay mal del que ser librado?

Estas cuatro peticiones son necesarias para la vida presente; las otras tres son con vistas a la vida eterna.

Pero ora con todas las peticiones para llegar a la vida eterna. Sí, ruega aquí, para que no seas excluido allá de ella.

Debes decir todos los días la oración dominical, como todos los días se reza por la Iglesia en el altar de Dios, y se dice de tal modo que la oigan los fieles

No tengas temor de no saberla bien; porque lo falto que seas de memoria, a fuerza de oírla todos los días la aprenderás. (Serm.58,12)

A ti alzo mi voz, Señor, para que me escuches. Con resolución y confianza te dirijo mis súplicas, puesto que, para darme aliento, tú me escucharás incluso cuando oro con menos fervor.

Presta atención y acoge mis palabras: que tu acogida no desdeñe a mi pequeñez. (In Ps.16, 6)

Tú, Dios mío, has impreso en mí tu rostro, me has formado a tu imagen y semejanza, has hecho, por decirlo así, que yo sea como una moneda tuya; y no está bien que tu imagen permanezca entre tinieblas.

Envía un rayo de la luz de tu sabiduría que ahuyente mis tinieblas y haga brillar en mí tu imagen, porque tú eres mi Padre. (In Ps. 66.6)

Protégeme para que no me abrase el ardor de la maldad. Sé tú como sombra defensora, porque eres mi Padre. (In Ps. 56,6)

Tú eres mi Padre; tú eres mi Dios.

¿Busco al Padre para llegar a la posesión de la herencia? Tú eres mi Dios.

¿Busco un abogado para que defienda mi libertad? Tú eres mi Dios.

Finalmente, ¿anhelo ser una nueva criatura, yo, que ya he sido creado? Tú eres mi Dios, eres mi Creador, que después de haberme creado por me io de tu Palabra, por ella misma me has creado de nuevo.

Me creaste por tu Palabra, que es Dios inseparable de ti, y me volviste a dar vida de nuevo polla Palabra, hecha carne por mí.

Enséñame, Señor, a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios.

Si no me instruyes, haré mi voluntad, y tú, Dios mío, me abandonarás.

Enséñame, sí, a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios; instrúyeme tú: no puede ser que tú seas mi Dios y yo sea mi maestro. (In Ps. 142,17)

Enséñame a buscar ante todo tu reino y tu justicia, y todas las demás cosas se me darán por añadidura.

Danos hoy nuestro pan de cada día: el alimento cotidiano de la Eucaristía.

Que sepa qué es lo que recibo, pues me es necesario ese pan para vivir la vida presente.

Te suplico que me ayudes a ser bueno y perseverante en una vida santa.

Esto deseo y esto pido; porque si no persevero en una vida de bien, me veré separado del que aquí es el Pan de mi alma.

Dame, pues, Señor, tu Eucaristía en el día de hoy, y concédeme que viva de tal modo, que nunca me vea alejado de tu altar. (Serm. 58,5)

Perdóname mis pecados como yo perdono a los que me han ofendido. ¿Cómo podré tener deseos de venganza? Te veo pendiente del madero de la Cruz, como en un tribunal en que me enseñas lo que debo hacer.

Te veo pendiente del madero, haciendo de tu sangre una medicina para mi debilidad.

Te veo, sí, pendiente del madero; y si me asalta deseo de venganza, haz que mire a la cruz y escuche tu súplica: ¡Padre, perdónalos; no saben lo que hacen! (Lc. 23, y Serm. 49,9)

Haz que yo atienda a tu mandato y reciba tu auxilio: al mandato en que me intimas lo que debo hacer y el auxilio con que me ayudas a cumplirlo.

Hay algunos que, por excesiva confianza en sus propias fuerzas, se ensoberbecen; como hay también otros que, por falta de confianza en sí mismos, se abandonan a la pereza.

Los primeros dicen: « ¿Para qué acudimos al Señor, a fin de no ser vencidos en la tentación, si es cosa que depende de nosotros?»

Los segundos dicen: « ¿Por qué nos esforzamos para vivir bien si es cosa que depende de Dios?»

¡Oh Señor, oh Padre, que estás en el cielo! No nos dejes caer en ninguna tentación y líbranos del mal. (In Jo. 43,8)

CAPITULO VI

Marta y María

Sabes que nuestro Señor Jesucristo fue recibido como huésped por una mujer piadosa, llamada Marta.

Mientras ella se ocupaba en los quehaceres domésticos, María, su hermana, estaba a los pies del Señor, escuchando su palabra.

Aquélla trabajaba y ésta descansaba; la una daba y la otra se enriquecía.

Hasta que Marta, cansada ya de servir tanto al Señor, se dirige a él, quejándose de su hermana, porque no le ayudaba en el trabajo.

Pero el Señor responde a Marta defendiendo a María y constituyéndose abogado de ella, siendo así que había sido interpelado como juez.

Marta, -dijo-, *andas inquieta y afanosa en Muchas cosas, y sólo una es necesaria. María escogió la mejor parte, que no le será quitada.* (Lc 10,41-43)

Has oído la interpelación de la querellante y la sentencia del Juez. Esta sentencia es a la vez la respuesta a la interpelante y la defensa de la acusada.

María, pues, estaba toda atenta a gustar la dulzura de la palabra divina.

Mientras Marta se afanaba para preparar de comer al Señor, María procuraba recibir de él el alimento.

Marta preparaba un banquete al Señor, y María, sentada a la mesa del Señor, gozaba ya del convite divino.

Estando María oyendo con delicia aquella dulcísima palabra y saboreándola con la más viva atención, al escuchar la protesta que su hermana dirige al Señor, muy bien puede pensarse que temió que el Señor le dijera: «Levántate y vete a ayudar a tu hermana». Estaba en realidad anegada en un amor de dulzura espiritual, cuya suavidad y delicia son muy superiores a las que proceden del estómago.

Pero fue defendida, quedó sentada más tranquilamente.

¿Cómo fue defendida? Entiende, mira y escudriña, en cuanto te sea posible, para que seas tú también su invitado.

Atiende a lo que dijo el Señor a Marta: *«Estás ocupada en muchas cosas, cuando sólo una es necesaria. María escogió la mejor parte.*

No es mala la que tú has escogido; pero la de ella es mejor; tú te ocupas de muchas cosas, y ella solamente de una».

No reprueba el Señor la ocupación; solamente establece la distinción que hay entre una y otra. (Serm. 104,1-3)

Buenos son los ministerios que se ejercen con los pobres, y especialmente el prestar los servicios debidos y los caritativos cuidados a los siervos de Dios.

Buenas son estas cosas; y te exhorto a practicarlas, y te lo confirmo con la palabra del Señor; no sea perezoso para recibir a los pobres y peregrinos.

Buenas son estas cosas; pero mejor es la que escogió María. En aquéllas, la necesidad impone la ocupación; en ésta, la caridad es la fuente de dulzura. (Serm. 103,5)

Es pasajero el trabajo que dispersa, y permanece por siempre el amor a la unidad.

Por consiguiente, no se le quitará a María lo que escogió; a Marta, sin embargo, se le quitará lo que eligió; aunque se le quitará para su bien, para darle lo mejor.

Se le quitará el trabajo para darle el descanso. Marta navega cuando María está ya en el puerto.

En estas dos mujeres has de entender que están figuradas las dos vidas: la presente y la futura, la trabajosa y la tranquila, la calamitosa y la bienaventurada, la temporal y la eterna.

Piensa lo que es la vida presente, no por lo que tiene de mala, perversa, viciosa e impía, sino en cuanto es trabajosa y llena de enfermedades, castigada con temores, rodeada de tentaciones; a ella me refiero, considerándola inocente, como era la que ciertamente llevaba Marta.

La vida desarreglada había desaparecido de aquella casa; no la llevaba ni Marta ni María; y si alguna vez fue así, huyó tan pronto como entró el Señor.

Permanecieron en aquella casa, en que fue recibido Jesús, dos vidas, representadas en dos mujeres, ambas inocentes y dignas de ser alabadas, una activa y la otra contemplativa, ninguna extraviada, ninguna perezosa.

Las dos inocentes, ambas laudables; pero una activa y la otra contemplativa; ninguna culpable, de lo que ha de guardarse mucho la activa; ninguna; perezosa, como es razón que no lo sea la contemplativa.

Estaban, por tanto, estas dos vidas en aquella casa y las acompañaba el que es la Fuente de la Vida.

En Marta está la imagen de las cosas presentes; María representa las futuras.

Lo que Marta hacía es nuestra vida de ahora; la que hacía María es la vida que esperamos.

Vivamos aquélla bien para que podamos esperar ésta en toda su plenitud. (Serm. 104,3-4)

* * *

Marta y María eran hermanas, no sólo por la sangre, sino también por la religión. Ambas abrazaron tus enseñanzas, Señor, y ambas te sirvieron de común acuerdo, cuando andaban por la tierra.

Te recibió Marta como se suele recibir a los peregrinos; pero ella lo hizo como sierva que recibe a su Señor, como enferma a su Salvador, como criatura a su Creador.

Quisiste tomar la forma de siervo y ser alimentado a la manera que lo son los siervos, pero no por tu calidad de siervo, sino por dignación misericordiosa.

Así fuiste recibido como huésped, cuando viniste a tu propia casa y los tuyos no te quisieron recibir; pero a los que te recibieron les diste posibilidad de ser hijos de Dios (Jn. 1,11) adoptando a los siervos y haciéndolos hermanos; redimiendo a los cautivos y constituyéndolos coherederos tuyos.

Y obraste así para que yo no pudiera decir: « ¡Bienaventurados los que merecieron recibir a Cristo en su casa!»

No tengo pesar ni murmuro por haber nacido en tiempos en que ya no anda el Señor en carne mortal por la tierra, pues no me ha privado de la dicha de recibirle: *«Lo que hagas con uno cualquiera de mis más pequeños hermanos, conmigo lo haces»*, (Mat. 25,40)

Marta, ansiosa de darte alimento y hospedaje, se hallaba muy ocupada; María, su hermana, prefirió ser alimentada por ti.

Marta andaba agitada, y María ya estaba comiendo; aquélla se ocupaba en muchas cosas, ésta en una sola; no única, como si no tuviésemos otras ocupaciones, sino única en cuanto es la sola necesaria.

Una cosa es la única necesaria, que es también la suprema de todas; aquella que constituye tu unidad con el Padre y con el Espíritu Santo. (Serm. 103,2-3)

Tal es el objeto de mi amor: la contemplación de lo que constituye tu gozo. He aquí por qué quiero habitar en tu casa todos los días de mi vida.

Ahora no puedo contemplarte porque estoy caído; pero ya me levantaré, y a tu lado contemplaré.

Estaré a tu lado, porque me darás la mano, pues para ello descendiste hasta el que estaba caído. En tu presencia estaré, sí, y te contemplaré, y ello constituirá mis delicias.

Que mi corazón se eleve sobre todas las cosas vulgares; que mis aspiraciones se eleven sobre todos los afanes carnales, sugeridos por los sentidos y causa de extrañas imaginaciones.

Que yo libere totalmente mi espíritu de estas preocupaciones, que las rechace inmediatamente. Hazme conocer las debilidades de mi corazón; y porque pudiera ocurrir que alguna cosa solicitase que fije en ella mi pensamiento, dame valor para decir: «No es esto lo único necesario, pues, de serlo, antes habría solicitado mi atención».

Tú, Dios mío, eres el bien sumo y simple, el bien mismo, de donde todas las demás cosas toman su propia bondad. Esta bondad esencial que forma tus delicias, será el objeto de mi contemplación.

Oh Señor, si ahora me deleitan los así llamados bienes de este mundo; si me agradan los que no son propiamente bienes, ¿cuál será mi deleite al contemplar el bien inmutable, eterno y siempre idéntico a si mismo?

He aquí por qué quiero habitar en tu casa todos los días de mi vida.

Pero a fin de que yo pueda contemplar siempre lo que es el objeto de tu gozo, y para que molestia alguna no me aparte de esta contemplación, ni sugestión me distraiga, ni violencia me separe, ni enemigo me combata; y para que pueda gozar de estas delicias con seguridad, protégeme.

Así, mientras que abismo; en las delicias de la contemplación, encontraré mi salvación en tu protección. (In Ps. 26,2, 8-9)

CAPITULO VII

El combate espiritual

En cada tentación que padecemos en esta vida luchan dos amores opuestos: el del mundo y el de Dios. Cualquiera de éstos que triunfe atrae por su propio peso al que ama.

Jesucristo vino para transformar nuestro amor, sustituyendo el terreno por el de la vida celestial.

Tal es el combate que tienes que sostener: una lucha continua contra la carne, el demonio y el mundo.

Pero no temas; porque aquel que nos manda pelear no es un espectador indiferente, ni tampoco te ha dicho que confíes en tus solas fuerzas. (Serm. 344,1)

Lucha: La corona de la victoria se ha prometido únicamente a los que combaten.

En las Sagradas Escrituras encontrarás mil veces repetida la promesa de la corona, si sales vencedor en esta lucha.

El apóstol San Pablo nos dice claramente: *He terminado mi obra, he concluido mi carrera, he guardado la fe; nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada.* (Tim 4,7)

Conoce a tu enemigo, y si sales vencedor, serás coronado. (De ag. christ. 1)

Tu enemigo es tu propio deseo: eres tentado, cuando eres atraído y halagado por tu propio deseo; después, tu deseo, llegando a concebir, pare el pecado, el cual, una vez consumado, engendra la muerte. (Sant 1,14-15)

Lucha contra tus malos deseos. En el bautismo se te borraron los pecados, pero quedó la concupiscencia, y por ello, aunque regenerado, debes luchar contra ella.

La lucha está dentro de ti mismo; no temas a enemigos venidos de fuera; véncete a ti mismo y tendrás vencido al mundo.

¿Qué te podrá hacer cualquier enemigo exterior, sea el diablo o alguno de sus aliados?

Muchas veces no eres tentado por el demonio; es tu apetencia la que te tienta.

Nunca viste al diablo; lo que ves son las cosas que te agradan.

Lucha, lucha con esfuerzo: El mismo que te regeneró es el juez de la lucha; y el mismo que te ha hecho descender a la arena está dispuesto para coronarte si obtienes la victoria. (Serm. 57,9)

Una cosa es, sin combatir, disfrutar de paz verdadera y perpetua; otra, combatir y conseguir victoria; otra, combatir y ser vencido; y otra, sin pelear, ser juguete del enemigo.

Si la razón de no luchar es porque no detestas el mal, ya eres víctima de tu malicia.

Si entras a la lucha confiado en tus propias fuerzas, por este acto de soberbia saldrás mal parado. Combatiste, es cierto; pero fuiste vencido.

Luchas y obtienes victoria cuando, al ver en tus miembros una ley que es contraria a las aspiraciones del espíritu, desconfiando de tus fuerzas, dices con el Apóstol: *¡Infeliz de mi! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo, Señor nuestro.* (Rm.7,23)

Para vencer, coloca tu esperanza en aquel que te ha mandado combatir, y con el auxilio del que te ha ordenado que combatas, conseguirás el triunfo de tu enemigo. (In Ps. 35,6)

Pero una cosa es no sentir los aguijones del deseo y otra no dejarse arrastrar por sus impulsos. No sentir los malos deseos es del hombre perfecto; no seguir sus inclinaciones es propio del que lucha, del que combate y se afianza en su posición.

Mientras dura el combate, ¿por qué desesperar de la victoria? (Serm. 154,8)

Bien sé que tú desearías no tener deseo alguno que te solicitase a malos o ilícitos placeres.

¿Qué santo no deseó esto mismo? Pero éste es un deseo inútil: mientras se vive en este mundo ello será una aspiración irrealizable.

La carne tiene tendencias contrarias al espíritu, y el espíritu aspiraciones opuestas a la carne, y siendo éstas las dos partes combatientes, muchas veces no puedes hacer aquello que quisieras. (Gál 5,17)

Por eso camina guiado por la ley del espíritu, y ya que no puedes destruir en ti los deseos del hombre carnal, ponte en guardia para no secundarlos.

Sin embargo, debes fomentar en ti el firme deseo de que llegarás a dominarlos, y hasta a extirpar sus raíces; pero reconociendo que, mientras vivas, existe en tus miembros una ley que es contraria a las aspiraciones de tu alma, pon todo empeño en no seguir esas inclinaciones.

¿Cuál sería tu deseo? Que no existiesen en ti los malos deseos.

Te queda un recurso contra ellos: si no te permiten hacer lo que quieres, tenias a raya y no les dejes hacer lo que se les antoje.

Vuelvo a preguntarte: ¿Cuál será tu deseo? Ciertamente, que no existiesen las pasiones. Pero, una vez que existen, a mano tienes el remedio: si la carne tiene deseos contrarios al espíritu, que el espíritu estimule sus aspiraciones contrarias a las carnales.

Si ella no quiere darse por vencida, no te des tú tampoco por vencido; es necesario combatir con igualdad de armas; algún día llegará la victoria. (Serm. 163,6)

¿No experimentas en ti esta lucha? ¿No sientes rebelarse la carne contra el espíritu?

Si no notas en ti contraste alguno entre una parte y otra, examina cuál es la causa.

Si tu espíritu no ha entablado lucha con las pasiones, mira si esto procede de haber pactado con el enemigo una paz vergonzosa.

¿Qué esperanza de conseguir victoria final puedes abrigar no habiendo aún comenzado a pelear?

Si, por el contrario, te deleitas interiormente en el cumplimiento de la ley de Dios, a pesar de sentir en tus miembros otra ley que repugna a la ley de tu espíritu, y en ésta te deleitas y a ésta te abrazas, entonces podrá tu hombre terreno ser esclavo, pero será libre tu espíritu. (Serm. 30,4)

Resiste a las tentaciones. Con no consentir ya has obtenido victoria.

Siempre mejor no tener enemigos que obtener de ellos victoria, y lo mismo hay que decir de las pasiones: es preferible no tenerlas que hacerles resistencia; sin embargo, puesto que las llevas contigo, lucha por combatirlas.

¿No quieren obedecer tus mandatos? Pues no secundes tú sus inclinaciones.

Si consintieran en someterse, dejarían de existir, y entonces no se sublevarían contra tu espíritu.

¿Se sublevan? Sublévate. ¿Luchan? Lucha tú también. ¿Te atacan? Ataca tú. Atiende sólo a que no te venzan nunca.

Este combate durará siempre; pues si bien las pasiones pueden debilitarse con el tiempo, jamás desaparecen. (Sem. 151,3-5)

Tu Espíritu, Señor, es el que lucha en mí contra mí, contra los enemigos que dentro de mí tengo.

No quise permanecer junto a ti; he caído y me he destrozado, como se rompe el vaso cuando se cae de la mano del hombre.

Y al destrozarme, me he hecho enemigo de mí mismo y lucho en contra mía.

¡Oh Redentor mío! Tú me has dado el Espíritu para poder mortificar las obras de mi hombre viejo. Yo obro cuando alguien me mueve, y obro bien cuando es bueno el principio que me mueve.

Si tu Espíritu me lleva, yo lucho; pero no polla fuerza que haya en mí, sino por la ayuda que tu Espíritu me presta.

Mi propio pecado me ha golpeado, me ha herido, me ha arrojado en la tierra. Pero tú me has formado, sufriste mis heridas, y con tu muerte venciste mi propia muerte.

Ahora, que la carne tiene apetencias contra el espíritu y el espíritu contra la carne, ya sé que en una lucha a muerte. No hago lo que sería mi deseo. Quisiera no tener tentaciones, pero esto no puede ser.

Quiera o no, las tengo; quiera o no, me solicitan, me adulan, me estimulan, me importunan, continuamente intentan levantar cabeza. Pueden, sí, reprimirse, pero no extinguirse.

Tus preceptos, Señor y Dios mío, serán mis armas. Haz que escuche tu voz, a fin de armarme con lo que voy oyendo.

Con la ayuda de tu Espíritu seré dueño de mí mismo.

Si las bajas pasiones se encienden, y tú me ayudas a dominarme, ¿qué podrán contra mí?

Sujeta mis pies para que no caminen hacia lo prohibido; refrena mis ojos para que no se vuelvan a lo malo; cierra mis oídos para que no escuchen voluntariamente palabras lascivas; sujeta todo mi cuerpo, de uno a otro costado y desde la cabeza a los pies

¿Qué puede hacer la lujuria? Sabe rebelarse, pero no vencer; y después de haberse rebelado inútilmente muchas veces, aprenderá también a no rebelarse. (Serm. 128,9-12)

Toda mi esperanza está depositada sólo en tu grande, inmensa misericordia.

Dame lo que mandas y mándame lo que quieras.

Me mandas guardar la continencia. Y dándome cuenta de que nadie puede ser continente si tú no se lo concedes, una señal de sabiduría es ya saber de dónde procede ese don.

A través de la continencia nos reajustamos y volvemos a aquella unidad de la cual hemos caído dispersándonos en multitud de cosas.

No te ama del todo quien ama también otras cosas, pero no por ti.

¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Dios mío, que eres el mismo amor: enciéndeme!

¿Me mandas la continencia? Dame lo que mandas y mándame lo que quieras. (Conf. 10,29)

CAPITULO VIII

Las virtudes son las armas en el combate espiritual

Uno solo es el cántico que el Señor te enseña a cantar: es el himno de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Sea firme tu fe en el Señor mientras no te es posible verle. Cree en él ahora que no le ves, para poder gozar de él cuando le veas, cuando a las sombras de la fe suceda la visión de aquella luz indeficiente, cuando no se te diga ya más: «Cree lo que no ves», sino: «Goza lo que ves».

Que tu esperanza sea inconmovible, fundada en Dios, sin titubeos ni fluctuaciones, sin alteración alguna, como inalterable es el Señor en quien tiene su principio. Ahora es necesario tener paciencia hasta que se consiga el premio prometido.

Pero la paciencia no tiene lugar en la prosperidad; cuando debes practicarla es cuando estás rodeado de tribulaciones.

Cuando se te dice: «Sé paciente, tolera y sufre», se te pide que en cualquier contratiempo que te sobrevenga el Señor quiere que seas fuerte, tolerante, sufrido, generoso y paciente.

Es como el médico que prepara el bisturí para sajar la llaga, y, al comenzar a operar, te dice: «Un poco de paciencia; sufrir un poco, y después curado». Exige la paciencia para soportar los dolores, pero después de éstos promete la salud.

Ahora bien: aunque estés dispuesto a soportar los dolores de la operación, si no se sobrepone el pensamiento de la salud deseada, desfallecerías en cuanto empezaras a sentirlos.

Son tantos los males en este mundo, y tantos los escándalos, ya internos ya externos, que continuamente se suceden y jamás terminan, que solamente el que anda por los caminos del Señor es el que no se resiente de ellos.

En cada página de la Escritura encuentras la advertencia de sobrellevar los males de este mundo con la esperanza de los bienes futuros, amando al que no ves, para que seas digno de gozar de su presencia, cuando le veas cara a cara.

La caridad, que viene en tercer lugar, después de la fe y de la esperanza, es superior a las dos anteriores. La fe tiene por objeto creer lo que no se ve, y cuando consigamos verlo, cesará; la esperanza aspira a la posesión de lo que ahora no se tiene en realidad, pero una vez que lo consiga, cesará el motivo de esperar. La caridad, en cambio, siempre puede crecer indefinidamente. (In Ps. 91,1)

Si de verdad amas ahora a Dios, a quien no ves, ¿cuál será tu amor al verle cara a cara? Vaya, por tanto, creciendo cada día más tu deseo

Al presente no puedes prometerte una paz perfecta. Si así piensas, serás sorprendido por el enemigo cuando menos lo pienses. (In Ps. 230,2, 10)

Estás navegando en un mar en que nunca faltan vientos y tempestades; habrás visto muchas veces zozobrar y casi sumergirse tu navecilla bajo las olas enfurecidas de las tentaciones. (In Ps. 25,4)

Si tienes fe, tienes también contigo a Cristo, porque Cristo habita en nuestros corazones por la fe. De aquí resulta que tener fe en Cristo es tener a Cristo en tu corazón. (In lo. 49,9)

Dormía Cristo en la barca y temblaban los apóstoles; rugía el viento, se embravecían las olas y se sumergía la nave porque Jesús dormía.

Lo mismo te ocurre a ti cuando te combaten los vientos de la tentación en este mundo: tu corazón se agita como la nave. (Serm. 38,10)

Tu barca se agita y amenaza naufragio, porque Cristo duerme dentro de ti.

Cuando en el mar de este mundo descubres que los buenos son perseguidos y los malos triunfan, surge la tentación, se encrespan las olas.

Tu alma dice: «Oh Dios, ¿es ésta tu justicia, por la que los malos triunfan, y los buenos sufren?»

Y el Señor te responde: « ¿Y ésta es tu fe? ¿Son éstas las promesas que yo te he hecho? ¿Te has hecho cristiano para triunfar en el mundo? ¿Te turbas porque los malos disfrutan aquí, cuando sabes que después serán atormentados con el diablo?»

¿Por qué hablas así? ¿Por qué te asustan las olas y las tempestades de este mar del mundo?

Porque a Jesús lo tienes dormido, porque tu fe en Cristo Jesús dormita en tu corazón.

Despierta a Jesús en ti y dile de corazón: « ¡Maestro, que perezco! Me aterran los peligros del mundo; ¡estoy perdido!»

Entonces él despertará, y volverá la fe a tu corazón, y con su gracia reflexionarás y entenderás que las prosperidades que disfrutan los malos no son duraderas; terminarán durante esta vida o concluirán con la muerte.

Las promesas, en cambio, que a ti se te han hecho, se cumplirán para siempre.

Muy pronto es arrebatada a los vicios la felicidad temporal; dura lo que la flor del heno.

Vuelve las espaldas a lo que es caduco y atiende a lo que es duradero.

Al despertar Cristo, cesará la tempestad de agitar tu corazón y las olas desistirán de anegar la nave, porque tu fe dominará los vientos y las olas y se alejará el peligro. (In Ps. 25,4)

Por tanto, piensa en Cristo cuando tienes que soportar algún trabajo. Si la paciencia te falta al sufrir alguna tribulación, es porque no consideras lo que Cristo sufrió por ti.

Duerme Cristo en ti cuando te olvidas de los padecimientos de Cristo; Cristo vela en ti si tienes presentes en tu memoria los tormentos de su pasión.

Por tanto, si con detenimiento reflexionas sobre lo mucho que él ha padecido por ti, ¿no será motivo suficiente para sufrir con paz interior? Más aún, quizá llegues a sufrir con alegría por descubrir en ti una semejanza con tu Rey y Señor en el padecer.

En cuanto este pensamiento empiece a servirte de alivio y alegría, Cristo se ha despertado, ha mandado con imperio a los vientos y reina la bonanza. (In Ps. 54,10)

¿Escuchas un insulto y te encolerizas? Pues aquel insulto es como el viento, y la ira como una ola; estás en peligro si te dispones a contestar y devolver injuria por injuria; tu barca amenaza naufragio; despierta a Cristo que duerme en ti.

¿Quieres vengarte? Despierta a Cristo, que te dirá: « ¿Qué vas a hacer? ¡Yo nunca me he vengado!»

Esta advertencia de tu fe es como el imperar a los vientos y a las olas; luego viene la bonanza. (In Jo, 49,19)

* * *

¡Oh Señor! La vida presente está combatida por las olas de las tentaciones, agitada por las tempestades de las tribulaciones y turbada por las borrascas de las pasiones; pero no hay otro camino.

Aunque el mar se agite, se embravezcan las olas y rujan las tempestades, por él hay que pasar; para lo cual me has dado un madero en que pueda hacer la travesía.

Mientras peregrino en esta tierra de los que mueren, elevo a ti mis clamores y digo: «Tú eres mi esperanza, tú mi herencia en la tierra de los vivientes».

Sí, eres mi esperanza en la tierra de los que mueren, y mi herencia en la patria de los que viven.

En la tierra de los que mueren surgen peligros y emboscadas que sorprenden de improviso a los incautos.

¿Quién será capaz ele enumerar los asaltos imprevistos de las tentaciones? Aunque se infiltran con astucia, quiero estar alerta para no ser sorprendido.

Estando alerta y apoyado en el santo madero, aunque me encuentre en medio del mar y agitado por las olas, me considero seguro. No te duermas, Señor; y si te duermes, te despertaré para que des orden a los vientos, calmes el mar y yo pueda gozar en el arribo a la patria.

A la patria me encamino por mar, y aunque apoyado en un madero, no debo temer peligro alguno, porque este madero santo en que navego es el mismo que sostiene a la humanidad. (In Ps. 103.4,4)

CAPITULO IX

La lucha contra las tentaciones

Hay declarada Una guerra no sólo contra las sugestiones del espíritu del mal, contra el príncipe que domina en los aires, contra el diablo y sus ángeles, invisibles agentes de la iniquidad, sino también contra ti mismo.

Debes, sí, declarar guerra a tus malas costumbres y contra las inclinaciones inveteradas de la mala vida que te arrastran al pecado habitual e impiden renovarte.

Se te impone, por tanto, una vida nueva, y tú eres hombre viejo.

Te elevas con la alegría de la renovación y desciendes con el peso de tus antiguas costumbres; y aquí comienza la guerra contra ti mismo.

Pero desde el momento en que empiezas a sentir disgusto de ti mismo, estás ya en el principio de la unión con Dios, y por esta parcial unión te haces apto para vencerte a ti mismo, pues vive en ti el que triunfa de todos los obstáculos. (In Ps. 75,4)

La vida de los santos ha consistido en esta lucha continua; y en esta guerra tendrás que luchar tú hasta que mueras. (Serm. 151,7)

La sugerencia del diablo puede llegar a vencerte si tú consientes; pero no puede rendir al que no consiente. (Serm. 32,11)

El diablo está en acecho para ver cuándo resbala tu pie, a fin de hacerte caer en tierra. El observa tu talón; tú atiende a su cabeza.

Su cabeza es el principio de la mala insinuación. Por tanto, apenas empiece a sugerirte malos deseos, recházale pronto, antes de experimentar algún agrado que pueda arrastrar tras de sí el consentimiento. De este modo tú esquivarás su cabeza y él no podrá apresar tu talón. (In Ps. 48,6)

Siempre que te venga a la mente el deseo de algo ilícito, aparta de él tu atención, para no consentir.

Esta imaginación es la cabeza de la serpiente: aplástala y te librarás de otros movimientos pecaminosos.

Te sugiere, por ejemplo, la idea de lucro y te presenta una ocasión en que fácilmente podrías obtener grandes ganancias; basta que uses del fraude para tener el oro a montones y ser rico. He aquí la cabeza de la serpiente: pisotéala; desprecia su instigación.

Te ha deslumbrado con gran tal cantidad de oro, pero ¿de qué te sirve ser dueño del mundo, si tu alma sufre daño? (Mt. 16,26)

¡ Se pierda el mundo entero con tal que el alma no sufra daño alguno!

Si hablas así, has descubierto la cabeza de la serpiente y la has aplastado.

Resiste desde el principio a la insinuación porque el diablo está atento a tu talón, a tu tropiezo.

Si tropiezas, caerás, y en cuanto caigas, serás su posesión.

Para no caer, procura no salirte del camino. Estrecho es el sendero que el Señor te ha trazado, pero fuera de él no hay más que tropiezos.

Cristo es la verdadera luz y Cristo es el camino. Caminas por Cristo y vas a Cristo.

Si te separas de Cristo, te escondes de la luz y te apartas del camino.

No repitas esta objeción: « ¿Por qué el diablo ha recibido tanta libertad para dominar al mundo y hacer alarde de tanta fuerza y poder?»

¿Cuánta es en realidad esta fuerza, este poder? Sin el permiso divino no puede hacer nada.

Condúcete de modo que no tenga potestad alguna sobre ti, pues aunque la tuviera para tentarte, sea para su confusión, no te dejes dominar. (In Ps. 103,4,6-7).

Procura estar siempre en guardia, porque continuamente tiene dispuesto el lazo tu enemigo, y ¡ay de ti, si caes en él!

Es un engaño que el enemigo prepara con error y terror: con el error engaña y con el terror acobarda y caza.

Cierra la puerta de tus apetencias y no entrará el error; cierra la de la desconfianza y no sentirás el terror; así no caerás en su trampa.

No se te ocurra jamás decir: «Ahora no es tiempo de tentación». Discurrir así es prometerte una paz falsa; pues cuando crees vivir tranquilo, te asalta el enemigo. (In Ps. 30,2,10)

Hay otra tentación, que es la de del tedio espiritual. Hay circunstancias en que no tienes gusto, ni en la lectura ni en la oración. Es una tentación contraria a la anterior. En aquélla, el peligro consistía en estar hambriento de la verdad; en ésta es el fastidio de la misma.

Esta tentación consiste en un decaimiento del alma. No te solicita el pecado, pero tampoco te deleita la palabra divina.

Habiendo salido libre de otros peligros, cuida de que no sea causa de tu ruina el tedio y fastidio de las cosas espirituales.

No es cosa de despreciar esta tentación; examina si te domina, y si te encuentras en ella, clama al Señor para que te libre también de estas tus miserias, y en cuanto te veas libre, alaba al Señor por todas sus misericordias. (In Ps. 106,6)

No te prometas seguridad completa durante este destierro; y si algún día llegas a pretenderla, convéncete de que es un apego de tu corazón más que auténtica seguridad. (In Ps. 85,16)

No te prometas esta tranquilidad. El enemigo no cesa de perseguirte; y si muchas veces no lo hace descaradamente, no deja nunca de tender lazos ocultos.

Por eso se le llama león y dragón; león, cuando ataca con violencia, y dragón, cuando se pone en acecho para engañar.

No juzgues que el diablo haya perdido contigo su furor. Cuando te adula, entonces debes principalmente recelar de él. (In Jo. 1)

Si no tienes valor para despreciar sus promesas, ¿cómo pretendes triunfar de sus amenazas?

Te adula con promesas de honores, de riquezas y de placeres; te amenaza anunciándote dolores, miserias y humillaciones. (Serm. 335,1)

La serpiente no cesa de aconsejarte el mal; te dice: « ¿Por qué vives así? ¿Acaso eres tú el único cristiano? ¿Por qué no haces lo que hacen otros?»

El enemigo no ceja nunca: insistirá y procurará vencerte, invocando el ejemplo de los malos cristianos. (In Ps. 93,20)

Examina tu modo de obrar y no imites a los malos cristianos.

No digas: «Haré esto, porque son muchos los fieles que lo hacen».

Esto no es preparar las defensas del alma, sino más bien buscar compañeros para el infierno.

Procura crecer en el campo del Señor, donde encontrarás buenos cristianos que te llenarán de gozo si es que tú eres bueno también. (Serm. 146,2)

Desprecia la soberbia del tentador. Si rechazas sus insinuaciones y descubres su cabeza, no podrás entrar en tu corazón.

Ataca desde fuera la ciudad amurallada, pero no puede rendirla. (In Ps. 103,4,7)

El tentador no cesa de llamar una y otra vez para entrar; pero si una y otra vez la encuentra cerrada, sigue su camino. (In Ps.141,3)

Supongamos que el fuego de la tentación arde dentro de tu alma: si en ella encuentra oro y no paja, te purificará en vez de reducirte a cenizas. (Serm. 91,4)

Aunque te parezca que la fortuna te sonríe, no presumas de tus fuerzas ni entres en diálogo con tus pasiones.

Funda sobre Cristo tu edificio, a fin de que no seas arrastrado por las aguas, el viento o las lluvias.

Si quieres estar armado para resistir las tentaciones, haz que el deseo sincero de la Jerusalén celestial eche raíces en tu corazón y se fortalezca.

Pasará el cautiverio, llegará la felicidad, será confundido tu enemigo y habrás triunfado para siempre con Dios. (In Ps. 136,22)

* * *

¡Qué suave vida sería no tener deseos desordenados! ¡Oh, dulce vida!

Dulce es también el placer del pecado; de lo contrario, los hombres no lo seguirían.

Los teatros, los espectáculos, las torpes canciones, dulzuras son de la concupiscencia, que realmente deleitan, pero no según tu ley, oh Señor.

¡Dichosa el alma que se complace en las dulzuras de tu ley, en la que no la contamina torpeza alguna, sino que la purifica el aire sereno de la verdad!

Tú eres suave, oh Señor; con tu suavidad enséñame tus bondades.

Sí, amaéstrame con tu dulzura, porque así me harás aprender.

Yo aprendo a obrar siempre que tú me enseñes con tu suavidad.

Cierto que cuando el mal me solicita y es dulce me resulta amarga la verdad.

Amaéstrame con tu suavidad, de modo que me sea agradable la verdad y tu dulzura me haga despreciar la iniquidad.

Mucho mayor y más suave es la verdad; pero, como sucede con el pan, no es agradable más que para los sanos.

¿Qué cosa mejor y más excelente que el pan del cielo? Nada, en verdad, pero sólo para el que no padezca la dentera de la maldad.

Como las uvas agraces perjudican a los dientes y el humo a los ojos, así la maldad para el que la comete.

¿De qué me sirve alabar el pan, si vivo mal? No me nutro de lo que alabo.

Escucho la palabra de la justicia y de la verdad, y la alabo; pero la mejor alabanza sería practicarla.

¡Ayúdame, Señor, a practicar lo que alabo! (Serm. 153,10)

Socórreme, porque tengo declarada guerra implacable al diablo y a sus ángeles, con los que no es posible concordia alguna, porque tratan de arrebatarme el reino de los cielos.

Mucho más alerta están ellos para engañarme que yo para preservarme de sus asechanzas.

Cuando el decaimiento invade mi alma, debo temer no me ahogue la tristeza; así como cuando la alegría rebosa en mi corazón tengo que precaverme para que mi espíritu no se disipe en huecas palabrerías. (In Ps. 76,7)

Todos los días me combaten algunas tentaciones. El atractivo de los placeres me hace guerra continua; y aunque no consienta, sin embargo, me molesta esta lucha y corro peligro de quedar vencido.

Y cuando por no consentir quedo triunfante, me cuesta todavía resistir a los atractivos del placer. (In Ps. 148,4)

Escúchame, te ruego, Señor; clamo a ti, que estás dentro de mí para escucharme.

Purifica la morada íntima de mi corazón, ya que dondequiera que esté y en cualquier parte que ore, tú, que escuchas, estas dentro de mí, sí, dentro, en lo más secreto; porque tú que me oyes, no estás fuera de mí. (In Jo. 10,2)

Pero si me molestan las tentaciones, dirigiré una mirada a ti, pendiente de la cruz. (In Ps. 104,40)

CAPITULO X

Utilidad de las tentaciones

La tentación es una prueba, y el efecto de toda prueba es siempre provechoso.

A veces no te conoces a ti mismo, ignorando qué es lo que puedes y lo que no puedes sobrellevar. Desconociendo el alcance de tus fuerzas, a veces presumes de sobrellevar lo que no puedes, y a veces te desesperas porque no puedes llevar aquello con lo que en realidad puedes.

Viene la tentación como a preguntarte, y con ello descubres por ti mismo lo que ignorabas de ti mismo. (In Ps., 55.2)

Hay dos clases de tentaciones: una es de engaño; otra, de prueba. El autor de la primera no puede ser otro que el espíritu del mal; el de la segunda, en cambio, es el Señor. (Ep. 205,16)

Dios no tienta porque quiera saber alguna cosa que antes ignoraba, sino que lo hace para que, por medio de la tentación o la interrogación, se manifieste lo que hay oculto en ti.

Pues hay en ti cosas que están ocultas a ti mismo, y las tienes; y no se manifiestan, ni se descubren, ni se conocen más que por medio de la tentación.

Si Dios dejara de tentar, dejaría el maestro de enseñar.

Quiero decir con esto que no te conoces a ti mismo mientras no te estudies en la tentación. Cuando te hayas conocido, no seas negligente contigo.

Si te descuidaste cuando no te conocías, no te descuides ahora que ya te conoces. (Serm. 2,3)

El diablo está encadenado para que no haga todo el mal que puede, todo el que fuera su deseo hacer. Se le permite tentar solamente en la medida en que pueda servir para nuestro aprovechamiento.

No te conviene estar sin tentaciones; por tanto, no debes pedir a Dios que las aleje de ti, sino simplemente que no te deje caer en ellas. (In Ps. 63,1)

Se lee en el Evangelio que nuestro Señor Jesucristo fue tentando por el diablo en el desierto. (Mt 6,1)

El tentado en Cristo fuiste tú, porque Cristo tuvo en ti para sí la carne, y de sí para ti la salvación; de ti para sí la muerte, y de sí para ti la vida; de ti para sí las afrentas, y de sí para ti los honores; de ti para sí la tentación, y de sí para ti la victoria.

En él fuiste tentado y en él vences al diablo.

Meditas en la tentación de Cristo: piensa también en su victoria.

Reconoce que en él fuiste tentado, pero repara también que en él has quedado vencedor.

Cristo hubiera podido no permitir ser tentado por el diablo, pero si él no hubiera sido tentado, no podría haberte enseñado a vencer las tentaciones.

Tú has sido edificado sobre Cristo, que es la roca firme; considera sobre cuán sólido fundamento quiso establecerte. (In Ps. 60,3)

Quizá ha llegado el momento terrible en que se te propone la elección, o de realizar el mal o de sufrir trabajos, y tu alma se turba.

Mira a tu Maestro: él te enseñó lo que debes pensar, lo que debes decir, lo que debes pedir y lo que debes esperar.

Cuando permitió ser tentado, dio al diablo aquella respuesta que debes dar también tú en las tentaciones.

El, sí, fue tentado, pero sin peligro de consentir, para enseñarte cómo debes responder tú al enemigo cuando te encuentres en peligro, o sea, no secundando las sugestiones del tentador, sino procurando sacar provecho del peligro de la tentación. (In Jo. 52,3)

Pero quizá te turba de tal modo la tentación que, si bien asegurado con tantas promesas de Dios, te turban la multitud de los escándalos del mundo.

Ningún mal pueden causarte, porque el Señor les ha determinado su medida.

El mundo es como un mar, y en el mar las olas, por furiosas que sean, no pueden traspasar la orilla, donde el Señor les ha señalado su fin.

Por tanto, que vengan las tentaciones, que vengan las tribulaciones; con ellas serás aquilatado, pero no aniquilado.

Mira a ver si las tentaciones no te sirven de provecho. Dice el Apóstol: *Fiel es Dios, y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis resistir.* (1Co 10,13)

No dice: «No seréis nunca tentados»; porque rehusando la prueba, rehusarías la perfección.

Por tanto, la tentación te perfecciona; ya que puede decirse que durante ella estás en las manos del artífice.

El quita, corrige, limpia y allana, sirviéndose para eso de ciertas herramientas, que son precisamente los escándalos del mundo. Cuida tú de una sola cosa: de no desprenderte de las manos del artífice.

El grado de tentación a que serás sometido no sobrepasará jamás la medida de tus fuerzas.

La tentación es permisión divina para tu provecho, a fin de que puedas aprovechar la virtud. (In Ps. 94,9)

Tanto los hombres como el diablo y cualquier otro tentador no tienen virtud para dañar si no es por permisión divina; pero a los que trabajan en su perfección nunca les dañan. (In Ps. 103.3, 22)

La potestad del diablo es limitada; si pudiera hacer mal en la medida de su deseo, no habría justo ni creyente sobre esta tierra.

El diablo tienta en la medida que le es permitido; pero a ti el Señor te sostendrá, para que no caigas, porque el que permite usar de su poder al tentador es el mismo que usa contigo de misericordia.

No te preocupes, pues, del poder concedido al tentador, teniendo de tu parte el auxilio misericordioso del Salvador.

El poder concedido es limitado, y sólo se le concede tentar en cuanto a ti pueda serte de provecho, ejercitándote en la virtud, y siendo probado; de este modo, si te ignorabas, descubrirás lo que vales. (In Ps. 61,20)

La uva pende de la vid y la aceituna del olivo, y mientras permanecen unidas al sarmiento y a la rama, gozan, por decirlo así, de su libertad; pero ni la uva se convierte en vino ni la aceituna en aceite; para ello es necesario que sean exprimidas.

Así también hemos de decir de los hombres que el Señor, desde la eternidad, ha destinado para ser conformes con la imagen de su unigénito Hijo, el cual, especialmente durante su Pasión, fue verdadero racimo exprimido.

Si tú eres uno de éstos, antes de entrar al servicio divino, disfrutarás en el mundo de una deliciosa libertad, como las uvas y las aceitunas en sus ramas.

Pero está escrito: *Hijo, al entrar en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación;* (Eclo 2,1) por tanto, si entras al servicio del Señor, es como si entraras en el lagar, donde serás desgranado, pisoteado, exprimido; no para destruirte, sino para que tu licor sea conservado en las bodegas divinas.

Quedarás despojado del orujo y de las heces, que representan las envolturas de los deseos carnales. De este despojo de tus deseos carnales debe entenderse la advertencia del Apóstol: *Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo.* (Col 10,13)

Y todo esto no se consigue si no es exprimiéndote.

Cuando te encuentres rodeado de tribulaciones, debes meditar que te encuentras como estrujado' a fin de que con el mismo amor con que primero anhelabas los bienes mundanos, profanos, temporales, pasajeros y perecederos, después, habiendo padecido en esta vida los tormentos y tribulaciones de la aflicción y gran número de tentaciones, empieces a desear aquella paz feliz que no es de esta vida ni de este mundo. (In Ps. 83,1-3)

* * *

Te ensalmaré, Dios mío, mi Rey, y bendeciré tu nombre por siempre jamás. (Sal 144,1)

Te alabaré y bendeciré todos los días, para que, cuando haya concluido el continuo sucederse de los días y llegue aquel día único y perpetuo, pueda pasar de las sucesivas alabanzas a la alabanza perenne, como de las pequeñas virtudes a la única que permanecerá por toda la eternidad.

Te bendeciré en el día de la felicidad, lo mismo que en el día de la tristeza, según vayan sucediéndose los humanos acontecimientos, en que no faltarán peligros y habrá abundancia de tentaciones.

Te bendeciré, porque ni aun en los momentos de tristeza me abandonas.

Te bendeciré, finalmente, porque no permites que me suceda cosa alguna que mis fuerzas no puedan soportar.

Estoy devoto cuando todas las cosas me salen bien; pero sé que no puedo prometerme esto siempre, como si nunca fuera ya tentado.

Sin tentaciones no seré probado, y es mejor ser tentado y probado que carecer de tentaciones y ser condenado. (In Ps. 144,1-4)

Que se enfurezcan mis enemigos contra mí; ¿qué mal podrán hacerme? Podrán arrebatarme las riquezas, despojarme de mis cosas, confiscar mis bienes, desterrarme, afligirme con castigos y tormentos; podrán, si se les permite, inclusive matarme; pero ¿podrán hacer más?

Pero tú, Señor, tú extiendes tu mano más allá de donde puede llegar la ira de mis enemigos; tu puedes llegar con tu diestra más allá de donde alcancen mis más crueles enemigos.

No podrán nunca mis enemigos separarme de ti, si bien tú, al retardar mi unión contigo, prolongas mi defensa.

Que el enemigo se enfurezca cuanto quiera contra mi con tal que no me separe de ti.

Pero tú, Señor, no me quieres aún contigo, aún me pruebas en este destierro y aún difieres el concederme tu gozo y tu dulzura; todavía no me has embriagado con la

abundancia de tu casa, ni saciado en el torrente de tus delicias. Pues en ti se encuentra la fuente de la vida y en tu luz veré la luz.

Por ello te he ofrecido las primicias de mi espíritu, creyendo en ti y cumpliendo de corazón su ley; pero aún continúo suspirando dentro de mí y esperando la adopción de que me harás objeto al despojarme del cuerpo.

Me has dado a mí, pecador, esta vida, en que es necesario que con la fatiga y el sudor de su rostro se abata el viejo Adán, al mismo tiempo que la tierra le produce espinas y cardos.

¿Podría haberme hecho más daño un enemigo?

Sí; más allá de la ira de los enemigos puede llegar tu diestra; si bien no para hacerme desesperar, porque tu mano es la que me salva de los peligros. (In Ps. 137,13)

CAPITULO XI

La mortificación de la lengua

La lengua se mueve con extremada agilidad. Por lo mismo que se encuentra en lugar húmedo, resbala con facilidad.

Pero cuanto más fácil y más rápidamente se mueve ella, tanto más firme has de estar tú para controlar sus movimientos.

Llegarás a domarla si la vigilas, y la vigilarás si vives en el temor, si meditas seriamente que eres cristiano. (Serm. 180,12)

Consigues domar una fiera, y dices que no puedes contener tu lengua; domas al león, y eres incapaz de moderar una conversación; eres un domador de fieras, y no sabes domarte a ti mismo; domas una bestia, a la que temes, y, para domarte a ti mismo, no te mueve el temor de lo que deberías temer.

Si no puedes domar tu lengua, recurre al Señor para que le ponga freno.

Dices bien: «No puedo domar mi lengua»; eres hombre.

Atiende a lo que se deduce del modo como se doman las bestias. El caballo no se doma a sí mismo, como tú tampoco te domas. Para poder domar el caballo, el toro, el camello, el elefante, el león, la serpiente, buscamos el hombre. Así también, para domar tú al hombre, buscas a Dios.

Di: «Señor, tú eres mi refugio; a ti me acojo, y me irá bien contigo, pues de mí mismo sólo puedo prometerme el mal.

Porque te abandoné, me has abandonado a mí mismo; haz que me encuentre en ti, ya que por haberme quedado en mí, estoy en ruinas».

Sí, ruega a Dios y no dudes que te hará manso si te entregas a él para que te dome.

Domas tú al león, que no has creado, y ¿no podrá Dios domar lo que salió de sus manos?

La imagen de Dios doma a las fieras, y ¿Dios no podrá domar su propia imagen? (Serm. 55,1-3)

Refrena tu lengua, porque el que es locuaz no tendrá estabilidad en la tierra.

El hombre hablador ama la mentira. ¿Cuál es su gusto sino hablar constantemente? Con tal de hablar, lo demás no le importa. (In Ps. 139,15)

Cuanto menos medita en sus propios pecados, tanto más curiosea las faltas de los demás.

Las busca no para corregirlas, sino para murmurar. No puede disculparse a sí mismo, pero siempre está dispuesto a acusar a los demás. (Serm. 152)

La lengua del hablador destila veneno mortal, más nocivo que el de las serpientes; pues si éste puede matar el cuerpo, aquél mata el alma. Porque escrito está: *La boca mentirosa da muerte al alma.* (Sab. 1,11)

Procura, pues, domar tu lengua, y al intentarlo, pide el auxilio divino. Pide con tu lengua que puedas refrenarla por mediación de aquel que dijo a sus discípulos: *No sois vosotros los que habláis; es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros.* (Mt. 10,20)

Este precepto divino te advierte que debes pedir en tus oraciones el auxilio necesario para hacer aquello que, ni aun esforzándote, puedes conseguir con tus fuerzas. (De nat. Et grat. 15)

Ante ti tienes la justicia y la maldad; tienes una lengua sola con la que puedes escoger una u otra; ¿por qué has de elegir el mal y preferirlo al bien!

Pones gran cuidado en no tomar manjares que puedan ser nocivos para tu estómago, y ¿te atreves a dar a tu lengua alimentos de iniquidad?

El mismo cuidado que pones en elegir lo que has de comer debes también emplearlo para lo que has de hablar. (In Ps. 51,11)

No peques, pues, con tu lengua; pesa bien lo que vas a decir, examinando y considerando si está en conformidad con tu verdad interior, y después, exprésalo así al que te escucha.

Frecuentemente, impulsado por el prurito de hablar, te ocurrirá que pones poca atención a lo que dices, y se te escapan palabras que no quisieras haber pronunciado.

El mejor remedio contra este defecto es el silencio. (In Ps. 38,3)

Escucha un consejo: Debes preferir escuchar a hablar, según lo que está escrito: *Todo hombre sea pronto para oír, pero tardo para hablar*. (St 1,19)

En cuanto ser pueda, debes desear no verte precisado a hablar ni enseñar.

Te lo digo yo, que ahora hablo para enseñarte esto. Mucho mejor sería si todos fuésemos instruidos y nadie tuviera necesidad de ser enseñado por otro, y ni hubiera quien hablase ni quien escuchase, sino que todos escucháramos a uno solo, a aquel a quien se dice: *Hazme oír el gozo y la alegría.* (Sal 50,10)

Así, pues, el apóstol San Juan no se alegraba tanto de hablar predicando cuanto de escuchar; dice: *El amigo del esposo, que está para asistirle y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo.* (Jn 3,29)

Cada cual se examine no ya para no hablar, sino para ponderar si tiene obligación de hablar, de modo que de su voluntad callaría, pero, atendiendo a la necesidad, abre su boca para enseñar.

Si tienes prurito de hacer siempre de maestro, deseas asimismo que haya siempre algún ignorante a quien enseñar.

Y si, por el contrario, el amor al prójimo te hace desear que todos sean sabios, no puedes desear que haya alguno a quien instruir, y entonces, no por genio de tu voluntad, sino atendiendo a la necesidad, es como te dispondrás a exponer tu saber.

Pon tu gozo en escuchar a Dios, y sea únicamente la necesidad la que te mueva a hablar.

¿Por qué tienes deseos de hablar y no de escuchar? Esto es andar siempre por fuera sin querer volver a tu interior. Tu maestro está dentro de ti; pero cuando el maestro eres tú, en cierto modo sales de ti para ir a los que están fuera de ti.

Del interior escuchas la verdad; y a los que están fuera de ti son a quienes tú diriges la palabra.

Pero si te agrada tanto esta acción exterior, procura no engreírte estando fuera, no sea que no puedas volver por la vía estrecha ni tu Dios decirte: *Entra en el gozo de tu Señor*. (Mt 25,29)

No prefieras, pues lo externo a lo interno.

Pon tu gozo en permanecer en tu interior, y de las cosas externas no te ocupes por voluntad, sino por necesidad. (In Ps. 139,15)

Si deseas gozar de días buenos en este mundo, escucha el consejo del que sabe dónde podrás encontrar los días buenos.

Dice la Escritura: ¿Quién es el hombre que quiere vivir y desea ver días dichosos?

Guarda tu lengua del mal y no profieran tus labios ningún embuste. (Sal 33,13-14)

Te indica también cuál ha de ser el premio. ¿Cuál es la recompensa? Vida buena y días dichosos; vida sin fin, descanso sin trabajo.

Por tan gran merced no te exige Dios una cosa muy trabajosa; tan sólo te exige que mortifiques uno solo de tus miembros, el que con tanta facilidad mueves.

Guarda tu lengua del mal. ¿Te cuesta poco edificar una casa, y te parece difícil poner freno a la lengua?

Guarda tu lengua del mal. No digas mentiras, no acuses, no seas calumniador, no hables falsos testimonios, no seas blasfemo.

Guarda tu lengua del mal. ¿Te disgusta cuando alguien habla mal de ti? Pues haz esto contigo mismo cuando hablas mal de otro.

Y no profieran tus labios embuste alguno. Habla siempre con sinceridad y nunca digas lo contrario de lo que sientes: no oculte el pecho una cosa y la lengua diga otra distinta.

Apártate del mal y obra el bien. Y como cumplas todas estas cosas, espera con tranquilidad la vida y los días buenos.

¿Para recibir la recompensa estás pronto, y perezoso para el trabajo? Pues al que nada hace, nada se le debe. (Serm. 108,4-7)

* * *

Pon, Señor, una guardia a mi boca y un candado que cierre enteramente mis labios; no permitas que se deslice mi corazón a palabras maliciosas para pretextar excusas de los pecados. (Sal 140,3-4)

Escucha mi plegaria y atienda tu misericordia los deseos de mi corazón.

Recibe el sacrificio de mis pensamientos y palabras y dame tú aquello que debo ofrecerte.

Soy pobre y menesteroso; pero tú eres rico con los que te invocan, pues aunque libre de toda solicitud, te dignas tenerla de nosotros.

Purifica mis labios interiores y exteriores de toda temeridad y de toda mentira. (Conf. 11,2)

Soy probado todos los días, y tan continuamente, que no me dejan reposo alguno: mi lengua es el horno de la prueba.

Y pues tú me has mandado que también en esta especie de tentación sea continente, dadme lo que me mandas y mándame lo que quieras. (Conf. 10,37)

CAPITULO XII

La paciencia en las tribulaciones

Si eres verdadero discípulo de Cristo, disponte para sufrir tribulaciones en este mundo y no te prometas una vida feliz y tranquila.

No puedes esperar lo que Cristo no te promete.

Dice el Evangelio que al fin del mundo habrá muchos males, muchos escándalos, muchas penalidades y muchas injusticias; pero añade que el que persevere hasta el fin se salvará. (Mt 24,13)

Cosa puesta en razón es que escuches lo que te dice Cristo, que no se engaña ni ha engañado jamás a nadie. Pues bien: Cristo te ha prometido la felicidad, no en este mundo, sino en él.

Cuando hayan pasado todas estas cosas reinarás con él por toda la eternidad. No aspires, pues, a reinar en este mundo, no te suceda que ni en la tierra ni en la eternidad encuentres la felicidad. (In Ps. 96,20)

Toma tu cruz; sufre con paciencia los trabajos, y asi seguirás a Cristo.

Cuando comiences a seguir a Cristo, imitando sus virtudes y practicando sus preceptos, tendrás muchos contradictores, muchos que se te opondrán y muchos que te disuadirán de tal propósito, y esto hasta entre los mismos que sirven a Cristo.

En compañía de Cristo andaban los que prohibían a los ciegos que le llamasen. Pues bien, si quieres seguir a Cristo, convierte en tu cruz las amenazas, los halagos y todo género de prohibiciones; súfrelas, toléralas y no sucumbas.

Si te odia el mundo, recuerda que primero odió a Cristo. (Jn 15,18)

Que todos lo oigan: porque no se ha dicho esto sólo para las vírgenes y no para las casadas; o para las viudas y no para las novias; o para los clérigos y no para los laicos; se ha dicho a la Iglesia entera, a todo su cuerpo y a cada uno de sus miembros, sean cualesquiera su profesión, edad y estado, pues todos deben seguir a Cristo.

En el cuerpo de Cristo tiene su puesto la integridad virginal, la continencia de las viudas y la castidad conyugal.

Estos miembros que tienen en Cristo su lugar propio, según su estado y dignidad y conforme a su destino, sigan a Cristo, tomen la propia cruz y sufran por Cristo todo cuanto el mundo les haga padecer.

Amen al único que no engaña, al único que no es engañado; ámenle, porque es verdad todo lo que promete; pero como no lo da inmediatamente, vacila nuestra fe.

Ten paciencia, sé perseverante, soporta los trabajos, sufre la tardanza en ser premiado, y con ello habrás llevado tu cruz. (Serm. 96,4-9)

No busques a Cristo en otra parte sino allí donde te ha sido predicado. Entiéndelo así y grábalo en tu corazón.

Su doctrina es un muro de defensa contra todos los asaltos y contra todas las asechanzas del enemigo.

No tengas miedo, porque el diablo no tienta si no le es permitido; es cosa demostrada que él no puede hacer más que aquello que le ha sido permitido o para lo que ha sido enviado.

Se le encomiendan misiones como ángel malo; obtiene permisos cuando los pide; pero esto sólo es para probar a los buenos y castigar a los malos.

¿Por qué temes? Camina sobre los pasos del Señor Dios tuyo, y ten por seguro que no padecerás cosa alguna que no sea su voluntad.

La voluntad con que permite que sufras es vara de corrección, no pena de condenación.

¿Se te enseña cómo conseguir la herencia eterna y desprecias la vara del Maestro?

Si algún niño dijese que no está dispuesto a sufrir correctivos ni castigos de su padre, con razón sería tachado de soberbio, mal educado y desagradecido a los desvelos paternales.

Ahora bien, ¿para qué sirve la educación que da el padre-hombre a su hijo-hombre sino para procurar que el hijo no malgaste los bienes temporales que el padre ha adquirido y reunido para él? No quiere el padre que pierda el hijo la hacienda que él le deja, porque no la puede conservar siempre.

No instruye, pues, a su hijo para hacerle participante de sus bienes, sino para que los posea después de él.

Si el padre instruye al hijo, que le ha de suceder, y que igualmente pasará por todas las vicisitudes por que ha atravesado el que le instruía, ¿por qué no has de aceptar la instrucción de tu Padre, al cual no has de suceder, sino unirte para poseer la herencia con él por toda la eternidad, y una herencia que no se marchita ni tiene fin?

El mismo es a la vez el Padre y la herencia. A él tienes que poseer, y ¿te mostrarás retraído en aprender el modo de poseerle? Sométete, por consiguiente, a la disciplina paterna. (In Jo. 7,7)

Sigue, pues, a Cristo a través de las tribulaciones, de las ignominias, de las falsas acusaciones, de la cruz y de la muerte.

Es inevitable para ti sufrir ignominias y recibir desprecios de aquellos que no viven piadosamente y esperan solamente la felicidad terrena. (In Ps. 122,8)

También por medio de éstos te prueba Dios, y mediante sus persecuciones te instruye; pues la perversidad del malvado es un látigo para el bueno, como por mano del siervo se azota al hijo para corregirle. (In Ps. 93,25)

Dios ahora se sirve de los pecadores para probarte, como se valió del diablo para probar a Job y de Judas para entregar a Cristo.

Por tanto, enfurézcase contra ti el impío para que sea probada tu virtud; pasado el tiempo de tu prueba, cuando ya no tengas motivo de ser probado, tampoco habrá pecadores para probarte.

Si buscas ahora el lugar del pecador, lo encontrarás; el Señor ha hecho del pecador como un látigo, al que ha dado honor y autoridad.

Lo hace así por tiempo limitado, y da poder al pecador para que sufran perturbaciones las cosas humanas y se perfeccionen los buenos.

Pero dará al pecador lo que le corresponde; entre tanto, por él se ha conseguido que aprovechen los justos y se condenen los impíos. Pasado esto, si vuelves a buscar el lugar del pecador, no lo encontrarás. (In Ps. 36,1,11)

¿Qué motivo, pues, tiene el malvado para vanagloriarse, porque tu Padre se sirve de él como de un látigo?

Se vale de él como de un instrumento para enseñarte tus deberes, o sea, para que llegues a conseguir la posesión de la herencia paternal.

"No te preocupes de lo que Dios permite a los malos; piensa solamente en lo mucho que reserva a los buenos. (In Ps. 36,2,4)

En todo esto el Señor procede como sueles hacer también tú. Ocurre que muchas veces, impulsado de la ira, tomas una vara, o quizá un sarmiento que encuentras a mano, y con ella castigas a tu hijo para corregirle, y después tiras la vara al fuego y reservas la herencia para tu hijo. Así también Dios, por medio de los malvados, enseña a los buenos, y con el poder temporal que concede a los que después condenará, tiene a raya y prueba a los que debe premiar y salvar.

Una cosa es la paja y otra el trigo; sobre una y otro pasa el trillo, y con unos mismos golpes la paja se quiebra y el grano se limpia.

¡Cuan grande bien te proporcionó el Señor con la traición de Judas!

Y con la crueldad de los judíos, ¿cuántos bienes no ocasionó a los fieles?

Se dejó crucificar para que le pudieras mirar sobre la cruz tú, que habías sido mordido por la serpiente. (In Ps. 73,8)

El Señor conoce a los suyos; y aunque en la trilla los granos quedan ocultos entre la paja, no se equivocan los ojos de tu aventador.

No tengas miedo de que la tempestad de golpes te mezcle y arrastre con la paja; cierto que será fuerte esta tempestad; pero, por violento que sea el viento, no ha de llevar ningún grano al montón de la paja, porque el que vela en la era y maneja el bieldo no es un gañán cualquiera, sino el mismo Dios, Trinidad adorable, es el que preside la operación. (In Ps. 49,43)

* * *

¡Oh Señor! Bien pocos son los hombres que conocen la fuerza de tu cólera; pero como con muchos la ejercitas, principalmente cuando no los castigas, es necesario descubrir un acto no de tu ira, sino de tu misericordia, en los trabajos y dolores con que afliges para su provecho e instrucción a aquellos que amas, para no condenarlos después por toda la eternidad. (In Ps. 89,11)

De la malicia de los injustos te has servido para atribularme, y bajo el peso de la tribulación me he vuelto a ti, buscando el refugio, que, adormecido por la felicidad temporal, no buscaba ya.

¿Quién es, Señor, el que se acuerda fácilmente de ti cuando la felicidad le sonríe y encuentra satisfechas todas sus expectativas presentes?

Lejos de mi los cálculos mundanos; y reine en mí la esperanza en ti, de modo que pueda decir: *Tú, Dios mió, eres mi refugio.* (In Ps. 93,27)

La causa por que has permitido que llegase para mí el día de la tribulación hela aquí: es probable que si no hubiera sido herido de la adversidad no te hubiera invocado; mas ahora que siento el aprieto, te invoco; y porque te invoco me libras de mis penas, y porque me veo libre de ellas, te glorificaré y me uniré a ti de modo que jamás me aleje de ti.

Siempre que al fervor de la oración sucedió la tibieza y la desgana, dije: «Caí en tristeza y angustia e invoqué tu nombre». (In Ps. 114,3)

Siempre la adversidad me sirvió de provecho, porque corrompido con mis pecados y perdida ya casi la sensibilidad, encontré en la tribulación el cauterio y la amputación. (In Ps. 49,22)

No me quejaré de ti si algún mal me sucediera en este siglo, sino que bendeciré el castigo del Padre, cuya herencia espero

Me acojo al amparo de la mano que me corrige; no huyo de la corrección, porque tú, que me corriges, no puedes errar.

Tú sabes bien lo que has de hacer conmigo, puesto que soy hechura tuya. ¿Puedo siquiera pensar que eres un artífice tan inepto que, después de haberme hecho, te hayas olvidado de lo que debes hacer conmigo?

Antes de que yo existiese, tú pensabas en mí, pues de lo contrario nunca hubiese existido.

Si pensaste en mí antes de existir para que existiese, ahora que existo, que soy algo, que vivo y te sirvo, ¿no tendrás más que indiferencia y desprecio para mí? (Serm. 21,8)

CAPITULO XIII

Las tribulaciones son salud para los justos y castigo para los impíos

Ea, cristiano, semilla celestial, peregrino en la tierra, que buscas tu patria en el cielo y que deseas asociarte a los santos ángeles, procura entender que has venido a este mundo para abandonarlo.

Pasas por el mundo con la mirada fija en aquel que lo ha creado.

No te perturben los amadores del mundo, que quisieran permanecer en él, y que, quieran o no, se verán obligados a levantar sus tiendas. No, no te dejes seducir ni engañar por ellos.

Las aflicciones de este mundo no pueden ser para ti piedra de escándalo. Por lo contrario, sé justo y te servirán de prueba.

Sobrevendrá la tribulación, pero será para ti lo que tú quieras, o ejercicio de la virtud, o motivo de condenación. Como te encuentre, así será contigo.

La tribulación es fuego; ¿te encuentra oro? Purificará tus inmundicias. ¿Te encuentra paja? Te convertirá en ceniza. (Serm. 81,7)

Considera este mundo como el crisol de un orfebre. En poco espacio se encierran estas tres cosas: el oro, la paja y el fuego. (Serm. 62,12)

Allí están los justos como oro, los impíos como paja, la tribulación como fuego y Dios como el orfebre. El justo que alaba a Dios es oro puro; el impío, que le blasfema, es paja humeante.

Por una misma tribulación, es decir, dentro de un mismo fuego, el uno es purificado y el otro consumido; pero Dios, orfebre sumo, en ambos es glorificado. (Serm. 301,7)

Poderosa materia de purificación para los buenos es el gran número de los malos; pues en la multitud de los malos, aunque no aparezcan los buenos que en ella están mezclados, el Señor conoce a los que son suyos.

Bajo la mano de tan excelente orfebre ni una partícula de oro perecerá entre el montón de la paja.

¡Qué montón de paja y qué escasez de oro! Pero no temas: el orfebre es tan hábil, que sabe separar y limpiar sin perder nada.

A ti, quienquiera que sea el que escuchas, no a mí, sino a lo que el Señor te habla por mí, te digo: Sé bueno y tolera al malo. Sé bueno simplemente, pero doblemente tolerante con el malo.

Bueno has de serlo interiormente, pues si no eres bueno en tu interior, no eres bueno de ningún modo.

Sé, pues, bueno interiormente, pero sufre a los malos interior y exteriormente.

En lo exterior tolera al hereje, tolera al infiel, pero tolera también interiormente al mal cristiano.

Al sufrir las molestias de los malos, te indignas interiormente y te enojas, como si hubiese llegado ya el tiempo de beldar.

No; estás aún tendido en la era para ser trillado y la trilla continúa: mientras vivimos de la fe, es la hora de segar el trigo y de hacer los haces para llevarlos a la era.

¿Te crees que puedes ser trigo limpio en la era? Te equivocas.

Gime ahora en la era para que puedas después gozar en el granero. (Serm. 15,5-6)

Soporta, pues, la prueba en medio de los malos, y no me digas: «Bien que sea necesaria para probarme la existencia de los malos; pero al menos que éstos fueran pocos y los buenos muchos».

No discurras así; pues si los malos fueran pocos, 110 podrían molestar a los muchos.

A poco que reflexiones, concluirás que, si los buenos fueran muchos y los malos pocos, estos pocos no se atreverían a atentar contra los muchos buenos, y si no se atrevían, no serían probados.

Por el contrario, como los malos son muchos, ya tienen los pocos buenos ocasión de trabajar; y cuando se trabaja se suda; y con este trabajo y sudor el oro se purifica.

Tú contribuye, pues, al decoro de la Casa de Dios. (Serm.9)

Si la tribulación es fuego, la felicidad es agua; el fuego quema, el agua corrompe; dos cosas igualmente temibles; la quemadura de la tribulación y la corrupción de la alegría.

En las estrecheces y en las llamadas adversidades de este mundo hay fuego; en las prosperidades y afluencia de bienes terrenos hay agua.

Procura que el fuego no te consuma ni que el agua te corrompa.

Sé valiente y sufre el fuego, porque tienes necesidad de ser horneado, como el vaso de arcilla, que es puesto en el horno, para endurecerse después de modelado.

La vajilla, que ha pasado por el fuego, resiste la acción del agua, mientras que la que no ha pasado por él se disuelve y se convierte en barro.

No tengas prisa por las aguas de la felicidad; atraviesa por el fuego para ir al agua, y así podrás atravesar también el agua.

Es necesario que en el fuego no te resquebrajes y no te sumerjas en el agua, sino que te mantengas a flote: que por el rigor de la corrección camines a la paz, que es lo mismo que si por el fuego y el agua pasases al lugar de refrigerio.

Juzgas que Dios obra despiadadamente cuando quiere endurecer lo que modeló; no es así, porque Dios es siempre Padre y nunca te castiga para perderte.

Si cuando vives mal no te castiga, entonces sí que es grande su ira.

En una palabra: las tribulaciones de este mundo es el castigo de quien quiere tu corrección para no verse obligado a dar sentencia de condenación. (In Ps. 65,16-17)

Mientras la uva permanece en la vid no sufre la presión del lagar, y parece bella e intacta; pero no se transforma en vino; es necesario llevarla al lagar, pisarla y exprimirla. Parece una injuria a la uva- pero este mal trato no es estéril; más aún, si no fuese sometida a este trabajo quedaría estéril.

Si no sufres con resignación las persecuciones por Cristo, examínate bien, no sea que aún no hayas empezado a vivir el amor a Cristo.

Al dar cabida a Cristo en tu vida, entras en el lagar, y debes estar preparado para ser exprimido; y no estés seco, no sea que, cuando seas exprimido no destiles nada. (In Ps. 55.1,3-4)

Has nacido para vivir bajo el látigo; basta ser hijo de Adán para no poder librarte de esta carga.

Algunas veces los pecadores no son castigados en esta vida, o lo son menos que los demás, es porque desesperan de conseguir la recompensa final.

Tú, por el contrario, esperando la vida eterna, debes resignarte ahora a las pruebas en conformidad con aquel dicho: *No, hijo mío, te desanimes ante la corrección del Señor; ni desmayes cuando él te reprende; porque el Señor corrige a quien ama, y castiga al hijo que vive en su casa.* (Prov 3,11)

¿Aborreces el látigo? No tendrás parte en la herencia, porque es necesario que todo hijo sea castigado.

Y es tan general esta ley, que Dios no dispensó de su cumplimiento ni siquiera a aquel que no tuvo pecado. (In Ps. 37,29)

Prepárate, por tanto, para las pruebas o renuncia a ser reconocido como hijo de Dios.

Si somete a prueba a todos los que adopta por hijos, ¿cómo pretendes que haga contigo una excepción?

Si al presente quieres ser excluido de los trabajos, no serás contado en el número de los hijos. (Serm. 46,11)

* * *

Hazme, Señor, todas las correcciones que quieras con tal de que no me falte tu misericordia. Castígame por rebelde, pero consérvame la herencia eterna.

Conociendo bien cuáles son tus promesas, no temo el castigo, sino el ser desheredado.

Siendo pecador, ¿cómo me lamento de tus correcciones, cuando veo azotado y herido a tu unigénito Hijo, que no tuvo pecado?

Más prefiero ser víctima del azote paterno que perecer víctima de los halagos del traidor. (In Ps. 28.2,2)

Cuando sometido a la cura del médico siento el fuego del cauterio y el corte del bisturí, grito; pero no hagas caso, Señor, de mis lamentos; cuida mi curación.

Por su provecho no fue oído San Pablo, y para su castigo fue atendida la petición del diablo.

Clamó San Pablo para que le fuera quitado el aguijón de su carne, y no le oíste, sino que le dijiste: *te basta mi gracia; el valor se prueba en la debilidad.* (2Co 12,9)

Pidió el diablo tentar a Job, y se lo permitiste; pidieron los demonios entrar en una manada de puercos, y se lo concediste. (Job 1,11; Mt 8,31.)

Escuchaste a los demonios y no a tu Apóstol; pero a aquéllos les oíste para su escarnio; y al Apóstol no lo escuchaste para su salvación. (In Ps. 21.2,4-5)

También yo he gemido ante ti, Señor, Dios mío, y no me has oído. ¡Oh, insensato de mí!

¿Por qué he suspirado? Por la felicidad temporal, por la felicidad terrena.

¿Y quién me asegura que esta felicidad, objeto de mis deseos y suplicada con lágrimas, no habría sido causa de mi ruina?

No me escuchabas porque pedía cosas inconvenientes; convenía que las privaciones me sirvieran de escuela, mientras que las riquezas podían corromper mi corazón.

Te dejo a ti el cuidado de lo que debes darme y de lo que debes quitarme; porque si me das lo que pido mal, quizá me lo concederías airado contra mí. (Serm. 21,8)

Llena de sufrimientos mi alma, Señor, para que, agobiado por ellos recurra a ti y no me deje seducir por los vanos deleites y la seguridad aparente.

Parece que en ti se da la ira; pero es paterna y benévola. ¡Cuántos hay que entraron a formar parte de tu casa, porque, atribulados por la adversidad estaban llenos de fe?

Me afliges, sí, con las penalidades, pero es para vaciar el vaso lleno de iniquidad y llenarlo después con tu gracia. (In Ps. 55,13)

Ahora vivo de la esperanza, porque no estoy aún en posesión de la realidad; mas para no desmayar en la esperanza tú me asistes con tus promesas, ayudándome y sosteniéndome en los males que tengo que sufrir.

Tú eres fiel y no permites que la tentación sea superior a mis fuerzas, sino que lo dispones de modo que obtenga provecho, dándome fuerzas para vencer. (1Co. 10,13)

Pruébame en el horno de la tribulación de modo que su fuego no rompa sino endurezca el vaso de mi fragilidad. (In Ps. 93,27)

CAPITULO XIV

Utilidad de las tribulaciones

¡Cuántos consuelos trae consigo la tribulación! ¡Cuán necesaria es! (In Ps. 65,20)

Cuando la adversidad te cerque, apártate del ruido exterior y entra en el secreto santuario del espíritu, y aquí, cerrada la puerta a toda distracción del exterior, humíllate con la confesión de tus pecados, engrandece y alaba al Señor que te corrige. Esa ha de ser siempre tu conducta. (In Ps. 32,2,3)

Créeme: hablo por experiencia propia: he tenido tribulaciones, he invocado al Señor, y jamás he sido defraudado; he esperado en Dios, y no he sido nunca confundido, el Señor iluminó las dudas de mi mente y calmó mis ansiedades. (In Ps, 30,4, 11)

No te consideres nunca solo, porque Cristo está presente en tu corazón mediante la fe. (Ep. 92,1)

Quizá algunas veces creas que estás abandonado porque el Señor no atiende tu súplica de librarte cuando tú deseas.

Sabes que libró del fuego a los tres jóvenes de Babilonia. Pero, porque libró a éstos, ¿podremos decir que abandonó a los Macabeos? De ningún modo: libró a unos y a otros. (In Ps. 90, 2,11)

En modo visible no abandonó a los tres jóvenes; en modo invisible tampoco desamparó a los Macabeos.

A los primeros conservó la vida temporal para confusión de los infieles; a los otros, en cambio, les dio invisiblemente la corona de la gloria para que fuesen después jueces de su impío perseguidor. (In Ps. 36,3,9)

Considera que toda la miseria humana en que gimes es dolor medicinal, no castigo sin recompensa. (In Ps. 138,13)

En el tiempo en que David, viviendo santamente, sufría las persecuciones de Saúl, y para eludirlas huía de una parte a otra, no deseó la mujer ajena, ni cometió el adulterio, ni hizo matar al marido de la adúltera.

En su condición de víctima estaba tanto más unido a Dios cuanta mayor era su infelicidad. (In Ps, 50,4)

Quizá me digas: «¡Es tanto lo que sufro!» Sea así, pero el Señor te aflige fuertemente porque es grande el premio que has de recibir.

Por lo demás, ¿qué cosa es lo que sufres? Supongamos que desde tu nacimiento hasta la muerte, de edad en edad hasta la ancianidad, y hasta el fin de tu vida, padeces los trabajos del santo Job, sufriendo desde la infancia todo lo que él sufrió durante aquellos pocos días. Pues bien: tus sufrimientos pasan y se acabarán, mientras que el premio que recibirás no tendrá fin.

No quiero con esto decirte que juzgues iguales las aflicciones a la recompensa, no; compara, si puedes, el tiempo con la eternidad. (In Ps.48,2,9)

¿Qué son un millón de años de sufrimientos? Este millón de años pasará, mientras el premio, que el Señor te dará, no acabará jamás. ¡Que gran misericordia la de Dios! No te dice: «Sufre durante un millón de años»; ni siquiera: «Ten paciencia por quinientos años»; sino que te dice: «Sufre un poco durante estos pocos años que tienes de vida, después vendrá el descanso, y éste será sin fin». (In Ps. 93,24)

Gracias, Señor, por los golpes con que has azotado mis espaldas, porque con este castigo me has salvado de la ruina.

Me castigas porque no quieres que queden impunes mis pecados, y con ello me vas instruyendo.

Si al afligirme tienes presente esta lección, yo me someto humildemente al flagelo y te bendigo por la amargura que mezclas con la dulzura de la vida temporal, para que yo, obcecado con los deleites temporales, no pierda el anhelo de las delicias eternas.

Tú, Señor, iluminas mis tinieblas siempre que castigas con adversidades mis pecados y con amarguras mi perversas dulzuras. (In Ps. 138,14-15)

¡Cuán bueno eres, Dios mío! Si dejases de mezclar amarguras en mis dulcedumbres terrenas, me olvidaría completamente de ti. (In Ps. 93,24)

Persíganme los pecadores cuanto quieran y cuanto les sea permitido; nada temeré si tú me das fuerzas.

Meditaré continuamente cuánto has sufrido tú por mí, que no tenías motivo para sufrir.

Por graves que sean mis trabajos, no igualarán jamás a los insultos inferidos a ti, a la flagelación, la ignominia del manto de púrpura, la corona de espinas, y, finalmente, la cruz. (In Ps. 36,4)

Beberé, Señor, este amargo cáliz para recobrar la salud; lo apuraré sin temblar, porque, para animarme, lo bebiste tú primero.

Lo bebiste tú, que, no teniendo pecado alguno, no tenías enfermedad que necesitase este medicamento.

Beberé este cáliz hasta que pase toda la amargura de este mundo y llegue la otra vida, en la cual no habrá escándalos, ni iras, ni corrupción, ni amargura, ni fiebres, ni doblez, ni enemistades, ni vejez, ni muerte, ni disensiones.

Sufra yo aquí abajo mientras llega el fin de mis padecimientos; sufra ahora para que no me suceda que, habiendo llegado al fin de la vida sin haber querido sufrir en este mundo, no pueda llegar jamás al término de mi sufrir. (In Ps. 48,11)

LIBRO QUINTO

El don de consejo

QUINTO GRADO DE LA PERFECCION CRISTIAN

Para conseguir del Señor la gracia de huir de todo deleite prohibido, es necesario dar un paso más, que es cumplir el consejo de practicar la misericordia, ayudando en lo que puedas al necesitado; porque también tú, en lo que excede a tus fuerzas, quieres ser ayudado por el Omnipotente. Doble, por tanto, es el oficio de la misericordia: renunciar al deseo de venganza y hacer bien al prójimo. Brevemente nos lo expresa el Señor, cuando nos dice: Perdonad y seréis perdonados; dad y recibirás (Lc 6,37-38). Esta práctica ayuda en gran manera a la purificación del corazón, ya que, en cuanto es posible en esta vida mortal, por ella llegamos a ver claramente la esencia inmutable de Dios. Al presente un velo, que es necesario hacer caer, cubre nuestra vista e impide que la luz indeficiente hiera nuestra pupila. Pues bien, el mismo Señor nos advierte: Sobre todo', dad limosna, y con eso alcanzaréis de Dios que todo lo tengáis limpio (Lc 11,41) (Ep. 171 ,A,1)

CAPITULO I

El perdón de las ofensas

Cualquiera que seas tú, que crees en Cristo y deseas recibir lo que ha prometido, no seas perezoso en hacer lo que te ha mandado.

Ha prometido la vida eterna y ha mandado que perdones a tu hermano.

Como si te dijera: «Tú, hombre, perdona al hombre, para que yo, Dios, pueda llegar a ti».

¿No quieres recibir de tu Dios y Señor lo mismo que se te manda dar a tu hermano?

Dime si no quieres y no lo hagas. Pero ¿qué significa esto sino que perdonas al que te pide perdón, si pides también tú ser perdonado?

Solamente si no tienes nada de qué ser perdonado, me atrevería a decirte: no perdones.

Pero no, no he debido decir esto. Aunque no tengas nada de qué ser perdonado, perdona.

Porque, seas ahora lo que seas, eres hombre. Aun cuando seas justo, eres hombre, ni dejas de serlo porque seas laico, o monje, o clérigo, u obispo, o apóstol.

Oye, si no, la voz de un Apóstol: *Si dijeras que no tienes pecado, tú mismo te engañas y no estás en la verdad.*

Pero si confiesas tus pecados, es Dios fiel y justo para perdonarte j purificarte de toda maldad. (In Io. 1,8-9)

Y nos limpia perdonando, no ya porque no encuentra qué castigar, sino porque halla qué perdonar.

Luego si eres pecador, sé indulgente con los que te piden perdón.

No retengas en tu interior enemistad alguna contra nadie, porque mucho más grande es el mal que estas enemistades inveteradas causan a tu corazón.

Quiero que perdones, porque te sorprendo pidiendo perdón.

Cuando se te suplica que perdones, perdona; ahora te lo piden a ti, después serás tú el que pidas.

Por tanto, si te suplican, perdona, pues tú también suplicarás ser perdonado.

En efecto, va a llegar la hora de la oración y vas a quedar apresado en las mismas palabras que vas a decir.

Dirás: *Padre nuestro, que estás en el cielo.* No podrás ser contado en el número de los hijos si no dices: *Padre nuestro.* Por tanto, deberás decir: *Padre nuestro que estás en el cielo.*

Sigue: *Santificado sea tu nombre.*

Sigue adelante: *Venga a nosotros tu reino.*

Sigue un poco más: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

Fíjate en lo que vas a añadir ahora: Danos hoy nuestro pan de cada día.

¿Dónde están tus riquezas? ¡Ya estás mendigando!

Y di aún lo que sigue: *Perdona nuestras ofensas.*

¿Con qué derecho? ¿Por qué contrato?

Aquí es donde quena yo que llegaras: *Perdona*, -dices-, *nuestras ofensas*. ¿Con qué derecho? ¿Por qué contrato? ¿En virtud de qué ley? ¿Qué escritura has firmado para que se te perdone? *Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.*

No te contentas con no perdonar, sino que además mientes a Dios. Pues bien: has puesto una condición; tú mismo has dado la ley: «Perdóname como yo perdono». Por eso él no perdona si tú no perdonas.

«Perdóname como yo perdono». Si quieres que tu súplica de perdón sea acogida, perdona tú al que te pide perdón.

Estas preces las ha dictado el Abogado celestial; él no te engaña. Pide tú con sus celestiales palabras: *Perdónanos como nosotros perdonamos*, y actúa según lo que dices.

El que miente en sus oraciones no consigue la gracia; el que miente en sus oraciones no sólo pierde la causa, sino que se hace merecedor de castigo.

El que te dictó las oraciones es tu Abogado; pero si mientes, actuará de testigo; y si no te enmiendas, hará uso de sus derechos de juez. Conforma, por consiguiente, tus obras con tus palabras.

Porque si no dices esas palabras en tus oraciones, ruegas contra derecho y no conseguirás nada; y si las dices y no haces lo que ellas te mandan, serás reo de mentira.

Perdona para recibir lo que no tienes y para que se te perdone aquello en que has pecado.

Si quieres recibir, da; si quieres que se te perdone, perdona. He aquí el resumen de todo el razonamiento. (Serm. 114,2-5)

¿Has ofendido a alguno de tus hermanos? No te disculpes, diciendo: «¿Qué importancia tiene lo que he hecho? Al fin no he ofendido más que a un hombre».

No lo desprecies: has ofendido a un hombre. ¿Quieres saber que, ofendiendo a un hombre, te has atraído tu perdición? Escucha la voz de tu Señor:

HABLA CRISTO

«Si llamas a tu hermano: imbécil, eres reo del fuego del infierno» (Mt 5,22) porque todos sois miembros de mi cuerpo.

Pecando contra tu hermano, contra mí pecas. ¿Cómo no vas a pecar contra mí si has pecado contra uno de mis miembros?

No digas: «Es una cosa de poco, porque pronto se remedia».

Ofendiste a tu hermano, le das satisfacción de ello y quedas sano.

Es verdad, en un instante realizaste una cosa mortífera; pero con toda rapidez también encontraste el remedio conveniente.

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar. (Serm. 5,23)

No me enojo porque difieras la oblación de tu sacrificio, porque más que tu sacrificio te quiero a ti.

¿Qué me has de ofrecer que me sea aceptable si tú has perecido? Me ofreces tu sacrificio, y tú no eres mi ofrenda.

Más te quiero a ti, redimido con mi sangre, que todo lo que tú has encontrado en tu granero.

Deja, por consiguiente, *tu ofrenda en el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano*. *(Serm. 82,4-5)*

RESPONDE EL ALMA

¿Quién hay, Señor, que no sea deudor tuyo sino aquel que no puede tener pecado alguno?

¿Quién habrá que no tenga por deudor a su hermano, fuera de aquel que jamás haya recibido ofensa alguna?

Por ello en tus designios has determinado que tu regla de conducta para conmigo, que soy deudor tuyo, fuese la misma seguida por mí con quien es deudor mío.

Dos breves sentencias son las que has dado en el Evangelio: *Perdonad y se os perdonará; dad y se os dará.* (Lc 6,37)

Tal es mi súplica: yo te pido perdón de mis pecados, y tú quieres que haya alguno a quien yo pueda perdonar.

Como el pobre me pide limosna, así yo soy mendigo tuyo.

Estoy a la puerta del gran Padre de familia; más aún: me postro ante ella y suplico gimiendo con el deseo de recibir algo, y este algo eres tú mismo.

El pobre me pide pan, y yo, ¿qué te pido sino a ti mismo, que dijiste: *Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo?* (Jo. 6,51)

Quiero ser perdonado. Perdonaré. Olvidaré y serán olvidados mis delitos. Quiero recibir. Daré y se me dará. (Serm. 83,2)

CAPITULO II

La corrección fraterna

Según el consejo del Señor, debes preocuparte de las faltas de tu hermano, no buscando qué echarle en cara, sino mirando qué puedas corregirle. (Serm. 82,1)

La corrección es una manifestación del amor, porque el que corrige quiere encaminar al prójimo al bien, y con tanto más empeño quiere que sea corregido cuanto más le ama. (Serm. 5,2)

No corrijas a tu prójimo porque te disgustan sus faltas contra ti; si le corriges por amor tuyo, no conseguirás nada; mas si lo haces por amor a él, realizarás una obra meritoria.

Cuando alguno te ofenda, no debes preocuparte de la falta en cuanto es injuria contra ti, pues es una gloria saber olvidar las ofensas recibidas; olvida, sí, la injuria, pero procura curar la herida de tu hermano.

Si peca tu hermano contra ti, -dice el Señor-, *corrígele a solas; si te oye, has ganado a tu hermano* (Mt. 18,15) porque habría perecido si no lo hubieras hecho.

Corrígele a solas, buscando su enmienda y procurando evitarle la vergüenza; pues si sólo tú conoces su pecado, y, no obstante, lo corriges en público, más que corregirle lo delatas.

Fíjate con cuánta benignidad San José, a pesar de la gravedad y vehemencia de la sospecha, trató a su esposa antes de saber la verdadera explicación de su embarazo. La veía encinta y él estaba seguro de no haberla tocado.

Tenía sobrados motivos para pensar mal; era manifiesto el adulterio; pero, como nadie más que él había advertido aquello, y él solo lo sabía, determinó callarse para no difamarla.

El dolor del marido ofendido no le indujo a la venganza; antes procuró hacer bien a la que creía culpable sin castigar a la pecadora.

Para evitar la infamia, resolvió separarse de ella ocultamente. Y cuando más preocupado estaba con estos pensamientos, se le apareció el ángel del Señor y le explicó lo ocurrido, diciendo que por obra del Espíritu Santo su esposa seria madre del Señor de ambos. (Serm. 1,19)

Demos que haya pecado tu hermano contra ti. Si solamente tú lo sabes, se puede decir que solamente contra ti ha pecado; quede, pues, sepultado el mal donde se cometió. (Serm. 82,7-11)

Primero mira a ver si es posible corregirle con su vergüenza y tu generosidad; y si a esto se mostrase indiferente, entonces debes recurrir a la severidad.

Muchos se corrigen por el amor, otros por el temor; pero porque el temor los hizo llegar hasta el amor.

No debes, pues, pretender disculpar las faltas por omitir el castigo.

Si menosprecias el castigo, eres un desventurado; si lo suprimes, eres cruel.

Te pondré un ejemplo: supone un niño que no haya sido jamás castigado, y que, por no haber sido tratado con severidad, viva de modo que camine a la perdición; y un padre que disimule sus faltas; un padre que las perdone, un padre que por temor de disgustar al hijo licencioso, no usa con el de rigor: ¿no sería una crueldad esta indulgencia? (Serm. 13,9)

El seductor, que quiere engañar, emplea lisonjas venenosas; en cambio, el padre que desea sinceramente la corrección, castiga sin acritud.

Por tanto, si no usas de severidad con tu hijo no es por verdadera caridad, es por pura debilidad. (In Ep. Jo. 7,11)

¿Podemos decir que Dios no nos ama? Y, sin embargo, ¿acaso no nos castiga y corrige?

Si no nos castiga, ¿qué explicación pueden tener el hambre, las enfermedades, las pestes y tantos otros males como nos afligen?

Todo esto son correctivos de Dios.

Ahora bien: como Dios ama y, no obstante, corrige, así también tú, si tienes algún hombre bajo tu potestad, por muy afectuosos que sean tus sentimientos para con él, no dejes de aplicarle, cuando fuere necesario, gj látigo, de la corrección.

Sin la corrección morirá impenitente de los pecados, de que quizá, corregido, huiría; y tú serías inculpado de verdadero odio. (Serm. 5,2)

f La piedra de toque del provecho espiritual del hombre consiste en su conducta respecto de los pecados ajenos, es decir, cuando piensa más bien en la enmienda del prójimo que no en su humillación y castigo; y cuando prefiere socorrerle en sus debilidades, en el modo que sus posibilidades lo permiten, en vez de echarle en cara sus defectos.

Reprende con espíritu de mansedumbre, mirando a ti mismo, a fin de que no seas tú también tentado, pues nada inclina tanto a la misericordia como la consideración del propio peligro. (In Ep. ad Gal. 56)

Por tanto, vela con piadosa cautela, y cuando la necesidad te obligue a corregir o reprender a tu hermano, examínate previamente y hazte a ti mismo esta pregunta: ¿He cometido alguna vez esta misma falta? ¿Estoy libre actualmente de ella? Si no la has cometido nunca, piensa que eres hombre y que podías haberla cometido.

Si la has cometido alguna vez y te has enmendado, acuérdate de tus debilidades, a fin de que tú corrección o reprensión vaya informada no del odio, sino de la compasión.

Si, por el contrario, reflexionando descubrieres en ti que eres esclavo de la misma pasión, abstente de echar en cara al prójimo sus faltas; mezcla tus lágrimas con las suyas e invítale no a obedecerte, sino a unir sus esfuerzos a los tuyos para la enmienda. (De Serm. Dni. 2,19)

Que el pensamiento del común peligro engendre en tu corazón sentimientos de paz y de benevolencia; y en cuanto a las palabras, sean fuertes o quizá dulces, según lo requiera el bien del que corriges, observa siempre gran moderación. (In Ep. ad Cal. 56)

Si no hace caso de ti, llama a una o dos personas, a fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos o tres testigos.

Y si no los escucha, díselo a la comunidad; pero si ni a la misma comunidad oye, tenlo por gentil y publicarlo. (Mt 18,16-17)

Mas no por eso has de descuidar su salvación, porque, aunque no cuentes a los gentiles y paganos en ei número de tus hermanos, debes, sin embargo, procurar siempre su salvación.

Sobre esta materia ya has oído la sentencia de Cristo, o mejor, su precepto, puesto que a continuación añadió: *Todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatéis aquí desatado será en el cielo.* (In Ep.ad Gál.18)

Cuando empiezas a considerar a tu hermano como publicano, lo atas en la tierra; pero considera lo que debes tener en cuenta para atarle justamente, porque si los vínculos son injustos, los romperá la justicia.

En cambio, cuando le corriges y haces las paces con él, desatas en la tierra a tu hermano, quien será desatado también en el cielo.

Esto es causa de mucho bien, no para ti, sino para él; porque antes él había hecho mal, pero no a ti, sino a sí mismo. (Serm. 82,7)

* * *

¡Oh Señor! Jamás me adelantaré a reprender el pecado del prójimo hasta haber reflexionado y haberme examinado interiormente; así podré asegurar en tu presencia que obro únicamente por motivos de caridad.

Y si las injurias, los insultos e inclusive las persecuciones de aquel a quien deseo corregir me hubieran herido, aunque me parezca que puedo tratar de su enmienda, nada diré hasta que yo no esté totalmente curado. De esta suerte, no habrá que temer que los movimientos espontáneos de un corazón herido me excite a molestarle y mi lengua

se convierta en un instrumento de iniquidad, devolviendo mal por mal o ultraje por ultraje.

Todo lo que diga estando el corazón herido no puede ser más que impulso de venganza y no acto de amor.

Dame la caridad con la cual amaré al prójimo, y podré decirle lo que quiero.

Una palabra severa en las apariencias perderá toda su dureza, si mis intenciones son rectas, porque reflexionaré y tendré presente que con la espada de tu palabra pretendo ser libertador de un hombre a quien esclavizan sus vicios.

Podría suceder, sin embargo, que yo pudiera realizar este acto, inspirándome en la caridad y hasta movido de puro amor, pero que en la práctica, al encontrar resistencia, se insinúe en el ánimo algún bastardo sentimiento, por el que mis palabras, más que al defecto, hieran a la persona. Si llegara este caso, lavaré con lágrimas este mi polvo, y, además, grabaré en mi memoria la estricta obligación que tengo de no airarme contra los pecados ajenos, desde el momento que en la reprensión de los mismos peco, puesto que más fácilmente me torna airado la ira del pecador que misericordioso su miseria. (In Ep. Ad Gal. 57)

CAPITULO III

El recto uso de las riquezas

Aunque el Señor, como justo Juez, condena siempre la avaricia, también, como perfecto Maestro, nos enseña el buen uso de las terrenas riquezas. (Serm. 50,8)

Reflexiona qué empleo has de dar a tus riquezas, a fin de que no tengas infructuoso lo que el Señor te ha dado. (Serm. 39,4)

¿Posees oro y plata? Cosa buena es, con tal que hagas buen uso de ella; pero no usarás bien si eres malo.

El oro y la plata son un mal para los malos y un bien para los buenos; no porque estos metales los hagan buenos, sino porque el oro y la plata se emplean en usos buenos porque han caído en manos buenas.

¿Aspiras a cargos honoríficos? También esto es un bien si sabes utilizarlos debidamente.

¿Para cuántos no ha sido el honor causa de ruina irreparable?

¿Y para cuántos no ha sido el honor motivo de buenas obras?

Sé árbol bueno y no te lisonjees de poder dar buenos frutos si eres árbol malo: el buen fruto no puede venir más que de un buen árbol.

Haz bueno tu corazón y buena será la obra que de él proceda. Para ello, extirpa la codicia y planta en él la caridad.

Pues, como la codicia es raíz de todos los males, (1Tim 6,10) así la caridad es raíz de todos los bienes.

¡Si supieras lo que es el bien! No es bien completo lo que deseas tener; el bien está en lo que no quieres ser.

Vuelve los ojos a ti mismo, ponte a ti mismo como objeto de estudio, de examen, de experiencia, de indagación, de investigación: lo que te disguste, suprímelo; y lo que te agrade, deséalo y búscalo.

Si te encuentras vacío de buenas obras, ¿qué provecho sacas de desear los bienes exteriores?

¿De qué te vale tener el arca llena si está vacía la conciencia?

¿De qué te sirve todo lo que tienes si te falta el que te lo ha dado? (Serm. 72,4-5)

No pongas tu esperanza en lo incierto de las riquezas: pon tu esperanza en el Dios vivo que da a todos abundantemente para nuestro disfrute; (1Tim 6,17) las cosas temporales, para que uses de ellas, y los bienes eternos, para que los goces.

Si pensaras serenamente en lo veleidosas que son las riquezas desaparecería tu orgullo al poseerlas y sería reemplazado por el temor; y cuanto más rico fueras, tanto te harías más solícito, no sólo por lo que se refiere a la vida futura, sino también por lo que te puede acontecer en la presente.

Muchos, sin duda, vivieron como pobres más seguros en medio de las perturbaciones del mundo.

No pocos fueron buscados y sometidos a tormento, precisamente por causa de sus riquezas.

Muchos se lamentaron de haber poseído lo que no pudieron poseer siempre.

Muchos otros se arrepintieron de no haber escuchado el consejo de su Señor, que les decía: *No acumuléis tesoros en la tierra, porque estáis expuestos a que la polilla y la carcoma os los corrompan y a que los ladrones os los arrebaten; acumulad más bien tesoros en el cielo.* (Mt 6,19-20)

Muchos, en fin, son los que no quisieron obrar así, y después tuvieron que arrepentirse de no haber obedecido; porque no sólo perdieron lo que poseían, sino que por causa de sus riquezas perecieron hasta ellos mismos. (Serm. 36,5)

Acerca de las riquezas, cuya posesión tanto aprecias, te daré un consejo sobre lo que debes hacer: ámalas, si te place, pero de modo que no las pierdas, porque si las amas para este mundo, seguramente perecerán contigo.

Si, pues, las estimas, envíalas adonde tú las puedas seguir; no sea que por amarlas sólo para la tierra llegues a perderlas en vida o en muerte.

Entiende bien lo que te aconsejo: No te digo: «despójate de ellas»; sino «guárdalas».

¿Quieres acaparar riquezas? Está bien; no te digo que no lo quieras; pero te diré dónde debes guardarlas. Considérame como un consejero, no como un interesado que quiere tu ruina.

Entrégaselas confiadamente a Dios; ponte en las manos del Señor, que te guardará en el cielo las riquezas como, mientras vives, te gobierna en la tierra.

¿Quieres conservar tu dinero? Guárdalo como te parezca, y si encuentras uno que te lo pueda custodiar más seguramente que Cristo, entrégaselo con toda confianza.

Desperézate y acepta mi consejo: Da tus riquezas a Cristo hambriento, y atesorarás para el cielo.

Le constituye depositario de tus tesoros. Si te preocupa el temor de que puedas ser víctima de algún fraude o buscas alguien que te lleve a allá, Cristo está a tu disposición, tanto para lo uno como para lo otro, y no sólo no te defraudará, sino que además cubrirá a los gastos de transporte. (Serm. 345,3)

No te digo que lo des todo. Quédate con lo que necesites, y aún más de lo que necesites.

Pero da alguna parte. ¿Cuánto has de dar? ¿La décima parte?

El diezmo lo daban los escribas y fariseos.

¡Avergüénzate de tal ruindad! La décima parte la daban aquellos por quienes Cristo no había derramado su sangre.

Si los escribas y fariseos daban la décima parte, ¿crees que haces tú cosa notable porque das al pobre un pedazo de pan, que apenas ni representa la milésima parte de lo que tienes?

Sin embargo, no te reprendo por esto; haz eso siquiera; pero no dejaré de recordarte lo que dijo el Señor: Si no es mayor vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 5,20)

El Señor dice las cosas claras: como médico, va directamente a la herida.

Pregúntate a ti mismo; examina lo que das y de cuánto lo tomas; lo que das y lo que te queda; cuánto distribuyes en limosnas y cuánto te reservas.

Da con facilidad, distribuye con largueza de lo que tienes, y atesora un buen depósito para lo futuro, a fin de que consigas la vida eterna. (Serm. 85,5)

HABLA CRISTO

Acerca de tus riquezas, yo, que soy tu Señor, te hablo y te doy un consejo sobre lo que has de hacer. ¿Amas las riquezas? «Las amo», me contestas. Pues mándalas allá delante de ti; y cuando las hayas enviado, síguelas ahora, mientras vives, con el corazón, y así, donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón.

Si en la tierra sepultas tu corazón, avergüénzate, porque me mientes cuando se te invita: ¡Levantemos el corazón!, y contestas: Lo tenemos levantado hacia el Señor.

Ni aun en la Iglesia dices verdad, y me engañas, como sueles hacer a los hombres.

Dices: «Lo tengo levantado hacia el Señor», y lo tienes sepultado en la tierra. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.

RESPONDE EL ALMA

Señor, seguiré tu consejo en orden a las riquezas. No quiero ensoberbecerme ni esperar en la incertidumbre de las riquezas, a fin de poder atesorar un buen fundamento para el futuro y asegurar la vida eterna.

Ya he enviado por delante al cielo lo que tengo; o lo que tengo, lo poseo como si no lo tuviera.

¿Y valdrá tanto el reino de los cielos como mi patrimonio? Mucho más; ni siquiera admite comparación.

Ahora viviré por un poco de tiempo y después moriré; en tu reino nunca moriré, viviré eternamente.

Allí seré verdaderamente rico, donde no tendré necesidad alguna. (Serm. 345, 4-5)

Te haré, Señor, un lugar entre mis hijos; serás uno de mi familia, Dios y Señor mío; serás parte de mi prole, mi Dios y mi Creador; contaré en el número de mis hijos a ti, que eres mi Creador y también mi hermano.

A pesar de la distancia que hay entre tú y yo, te has dignado hacerte mi hermano.

Y siendo el Unigénito del Padre, has querido tener coherederos.

¡Con cuánta generosidad te has portado conmigo y con cuánta mezquindad te he correspondido!

Lo que doy a ti, que eres mi Dueño, será provechoso para mí y para mis hijos; mientras que lo que malamente conservo para mis hijos no aprovechará ni a ellos ni a mí. (Serm. 86,13)

CAPITULO IV

Los que escuchan la palabra de Dios

HABLA EL ALMA

Ábreme, Señor, la puerta, que te estoy llamando, y revélame, como te plazca, los secretos de tus misterios. ((In Ps, 67,10)

Haz que entienda y devotamente acepte lo que es claro para que se me manifieste lo que es oscuro.

¿Cómo he de poder llegar a penetrar lo que es oscuro si desprecio lo que es claro? (Serm.46,35)

Todo lo que te has dignado revelarme, yo lo creo; porque quieres que llegue a entenderlo.

Pero en aquello que excede mi inteligencia, dame, por favor, que lo entienda, tú que me diste tu Palabra sin habértela pedido. (In Jo.22,1)

Has descendido hasta nosotros, y con ello, lo que antes hablabas como Dios, empezaste a hablarlo como hombre.

Eres, no obstante, Dios y hombre, porque eres el Dios hecho hombre, y te has hecho lo que no eras sin dejar de ser lo que eras.

Uniste a ti la naturaleza humana, para que fuese también hombre el que era Dios, pero no de tal modo que se convirtiese en puro hombre y dejase de ser Dios

Te oiré, pues, también como a hermano, después de haberte escuchado como a Creador. Eres Creador, porque eres el principio; la Palabra desde el principio; eres hermano, porque naciste de la Virgen María.

Creador, antes de Abraham, antes de Adán, antes de que fueran el cielo y la tierra, los seres materiales y los espirituales; hermano, en cuanto descendiente de Abraham, de la tribu de Judá, nacido de una virgen de Israel.

Si en ti, que me hablas, reconozco a Dios y al hombre, entenderé el lenguaje de Dios y el del hombre, pues unas veces me hablas cosas que se refieren a tu majestad y otras las que se refieren a tu humildad. (In Jo. 21,7)

¡Cuán maravillosa es la profundidad de tus palabras! ¡Grande es, Dios mío; admirable es su profundidad!

¡Sólo el contemplarlas da vértigo, pero un vértigo nacido del respeto y un temblor nacido del amor!

Mucho aborrezco a sus enemigos: ¡Oh, si tú, Señor, con aquella tu espada misteriosa de dos filos los traspasaras de modo que dejaran de ser enemigos suyos! Deseo que mueran para sí, a fin de que vivan para ti. (Conf.12,14)

HABLA CRISTO

Si andas de día, no tropezarás: Yo soy la luz del mundo; (Jn. 8,2) sígueme, si no quieres tropezar.

No pretendas aconsejarme a mí, de quien tú debes tomar consejo. (In Jo. 49,8)

Si tienes tus ojos fijos en mí, no andarás fuera del camino, porque soy la verdad que tanto buscas, y soy el camino por el cual debes caminar. (In Ps. 84,2)

Si deseas un medio de santificación, yo soy el Santo de los santos; si buscas un rebaño fiel, yo soy el Pastor de los pastores; si quieres edificar una casa, yo soy el fundamento de todos los cimientos. (In Ps. 86,3)

Si meditas el Sermón de la Montaña con atención y espíritu sobrenatural, en él encontrarás todo lo que se refiere a la perfección de la conducta: una regla perfecta de vida cristiana.

Para que aprecies cómo en él se contienen todos los elementos necesarios para la vida, escucha lo que dije:

Cualquiera que escucha estas mis palabras y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra; cayeron las lluvias y los ríos se salieron de madre, y soplaron los vientos, y aunque dieron con gran ímpetu contra la casa, no fue destruida porque estaba fundada sobre piedra.

Pero cualquiera que oye estas mis palabras y no las pone por obra, será semejante a un hombre poco avisado que fabricó su casa sobre arena: cayeron las lluvias y los ríos se salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, y se desplomó, y su ruina fue grande. (Mt 2,24-27)

Repara que no dije sólo: Cualquiera que escucha mis palabras, sino que precisé, diciendo: el que escucha estas mis palabras. Con ello claramente he manifestado que mi discurso de la Montaña constituye el código fundamental para todos los que quieran practicar la vida espiritual, de modo que, ajustando a él su vida, pueden ser considerados como hombres cuerdos que edifican sobre la roca. (De Serm. Dni. 1,1)

Si quieres, por consiguiente, edificar sobre piedra, has de practicar mis palabras, no contentándote con oírlas solamente, engañándote a ti mismo.

Si es bello escuchar mis palabras, ¿cuánto más lo será el practicarlas?

Si no las oyes ni te preocupas de oírlas, nada edificas.

Si las oyes y no las practicas, edificas una ruina.

Oírlas y practicarlas es edificar sobre roca. Ya el oírlas es edificar ciertamente, porque el que escucha mis palabras y no las practica, escuchando edifica, pero edifica sobre arena.

Viene la lluvia, se salen de madre los ríos, soplan los vientos contra aquella casa, y la casa cae, y es grande su ruina. ¡Triste espectáculo! (Serm. 179,8)

RESPONDE EL ALMA

Señor, si no estoy dispuesto a obrar, ¿qué necesidad tengo de escucharlo? Oyendo y no practicando, edifico una ruina; ¿no me es más seguro no escuchar nada? (Serm. 179,9)

HABLA CRISTO

Hijo, en este mundo las lluvias, los ríos y los vientos se suceden continuamente.

¿No aspiras a edificar sobre piedra tu casa para que estos elementos no te la derriben? Pues si no escuchas la palabra de Dios te quedarás sin abrigo alguno.

Cae la lluvia y crecen los ríos; ¿acaso te creerás seguro porque vas a ser arrastrado tú desnudo?

Fíjate bien qué partido tomas. No estarás seguro por abstenerte de oír, como tú te lo imaginas; sin vestidos con qué cubrirte, sin techo en que cobijarte, serás derribado, arrastrado, sumergido.

Malo es edificar sobre arena, pero es peor no edificar; sólo resta edificar, y edificar sobre piedra

Malo es oír y no practicar; peor es no oír. No te resta, pues, sino oír y practicar.

No digas: «Quisiera saber si el que habla practica todo lo que predica a los demás». Si el que te predica practica lo que dice, sé imitador de él, como él lo es de mí.

Si, al contrario, predica y no practica, tú practica lo que dice y no le sigas en sus obras.

Si tienes motivo para apreciar al predicador, alábale; si no es acreedor al aprecio, aun cuando tú le puedas acusar justamente, esto no te excusa a ti. (Serm. 179, 9-10)

Si escuchas lo que es bueno y practicas lo que es malo eres como campo regado con lluvia benéfica y que sólo produce espinas.

No seas estéril en el bien, no sea que la esterilidad atraiga sobre ti la severidad.

Abundan los predicadores que te anuncian palabras de verdad, que te explican los puntos difíciles, para que fácilmente los comprendas, y con ello tu corazón se eleve hasta mí.

Observa cómo crees, examina qué es lo que prácticas: al predicador sigue el juez; después del que da vendrá el que exige. (In Ps. 103,1,11)

* * *

Tu palabra, Señor, se levanta contra mí si yo amo mi maldad; pero si la combato, me será favorable y ayudará contra el mal.

Odiando mis desarreglos añado a mis esfuerzos el poder de tu palabra, de modo que seremos dos a hacerles la guerra para quitarlos de en medio: yo y tu palabra.

Yo, por mis fuerzas, poco puedo; ayúdame, pues, tú que me has enviado tu palabra, y venceré a mis desórdenes. (In Ps.35,1)

Tus palabras, Señor, son como penetrantes saetas que, disparadas, van a traspasar los corazones; pero en los corazones traspasados con las flechas de tu palabra se excita el amor y no sobreviene la muerte.

Tú sabes, Señor, lanzar saetas amorosas, y nadie dispara estas saetas con más seguro efecto que el que para ello utiliza la palabra; con ellas traspasa el corazón del amante para ayudarle a amar, le traspasa para hacerle amante. (In Ps. 119,5))

CAPITULO V

Bienaventurados los pobres de espíritu

No es posible encontrar un hombre que no desee ser feliz.

Pero, ¡ah, si los hombres, como anhelan la recompensa, practicasen las obras merecedoras de ella!

¿Quién hay que no corra con entusiasmo al oír decir: «Serás feliz»?

Pues bien: que escuche también de buena voluntad lo que sigue: «Si no haces esto».

No huyas del combate si deseas la victoria, y dispón alegremente tu espíritu para el trabajo pensando en el valor de la recompensa.

Lo que quieres, lo que deseas y lo que buscas vendrá después. Lo que al presente se te manda hacer, debes hacerlo ahora para que consigas lo que ha de venir.

Empieza a meditar las palabras de Cristo y los preceptos evangélicos, averiguando al menos el número de ellos.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt.5,3)

El reino de los cielos vendrá después; ahora sé pobre de espíritu. ¿Anhelas que después sea tuyo el reino de los cielos? Examina de quién eres tú ahora. Sé pobre de espíritu. (Serm. 113,1)

El pobre de espíritu es humilde, tiembla al oír la palabra de Dios, confiesa sus pecados, no presume de sus méritos ni se engríe de sus virtudes.

Pobre de espíritu es todo el que, haciendo una obra buena, da gloria a Dios, y cuando obra el mal, se acusa a sí solo.(Serm. 53,1).

Pobre de espíritu es el que pone toda su esperanza en Dios, porque sabe que, esperando en el Señor, no quedará jamás defraudado. (In Ps. 93,7)

El pobre de espíritu abandona todas sus cosas y sigue a Cristo, distribuyendo a los pobres cuanto tiene, para, sin trabas de cuidados terrenos, poder servir más libremente a Cristo, y dejado todo ese peso mundano, ponerse alas para volar. (Serm. 113,1)

Los que así proceden, aunque tengan muchas riquezas, deben ser contados entre los pobres del Señor.

Viendo los muchos peligros de la vida presente y considerándose como peregrinos en el mundo, viven en medio de sus riquezas, como el viandante toma descanso en la posada, esto es, de paso, no de permanencia. (In Ps. 93,7)

Éstos son los que el Evangelio llama pequeños, porque son humildes, porque no son vanidosos, porque no son soberbios. Coloca en la balanza a éstos y verás cómo pesan. (Serm.113,1)

Si por pobres entiendes a los humildes, los ricos son los soberbios.

Si a pesar de no poseer nada, deseas los bienes terrenos y te envaneces, serás contado entre los ricos y los réprobos.

Procura entender bien lo que voy a decir, para que no repruebes en globo a los ricos, y luego tú presumas porque eres pobre y necesitado.

¿Qué te aprovecha tener pocas riquezas si ardes en deseos de poseerlas? (In Ps. 51,14)

El Señor juzga a ricos y pobres por lo que hay en el corazón, no en la casa o en las arcas. (In Ps. 48,3)

Soberbio, o sea, no pobre de espíritu, es el que no confiesa sus pecados para ser curado por la humildad.

Es soberbio aquel que, lo poco bueno que tiene, se lo atribuye a sí mismo, conculcando los derechos de la misericordia divina.

Es soberbio el que, si bien atribuye a Dios el bien que hace, trata mal a los que no practican el bien y se tiene en más que ellos lü.

¿Por qué te vanaglorias de profesar la pobreza cuando yo descubro en tu alma la ambición y la codicia? (Serta. 14,7)

¿Dices que eres pobre? Ten cuidado de que la soberbia no te impida ser lo que dices que eres. (Serm, 14,4)

Alguno ha habido que se convirtió, dejó la casa pobre de su padre, en que apenas había más ajuar que un lecho y un arca, y se fue en busca de los tesoros espirituales. Muy bien, y digno de encomio. No debes increparle, diciendo: «¡Gran cosa es lo que has dejado!»

Tampoco debes ensoberbecerte si has dejado muchas riquezas.

San Pedro, como pescador que era, ¿qué riquezas pudo abandonar para seguir a Cristo?

Y su hermano Andrés, y los hijos del Zebedeo, Juan y Santiago, que también eran pobres pescadores, ¿qué abandonarían? Sin embargo, fíjate en lo que dijeron: *He aquí que hemos abandonado todas las cosas y te hemos seguido*. (Mt 19,27)

Ahora bien: Cristo no replicó a Pedro, dicién- dole: «Te has olvidado de tu pobreza; ¿qué significa lo que has dejado en orden a conseguir el mundo entero?»

En verdad que mucho ha abandonado el que no sólo ha dejado todo lo que tenía, sino que se ha despojado hasta del deseo de tener.

San Pedro abandonó todo el mundo y recibió el mundo entero: no tenía nada y lo poseía todo.

Esto mismo ocurre entre los monjes. Algunos que no tienen grandes riquezas se recogen en los monasterios, y allí vienen a ser como pájaros útiles.

Aparecen pequeños, porque no ostentan grandes dignidades humanas; y hacen sus nidos en los monasterios, como los pájaros en los cedros del Líbano.

Por el contrario, los nobles, los ricos y los grandes según el mundo, si son pobres de espíritu, examinan lo que hay de superfluo en los palacios, en sus haciendas y en todo lo que les hace aparecer grandes y lo entregan a los siervos de Dios; donan tierras y huertos, edifican iglesias y monasterios, recogen pájaros para que aniden en los monasterios como en cedros del Líbano. (In Ps. 103,3,16)

A todos es útil la pobreza de espíritu: al rico y al pobre; al rico, en cuanto es voluntaria y efectiva; al pobre, solamente en cuanto es voluntaria.

Sé pobre, lo mismo si tienes mucho que si no tienes nada en este mundo. (In Ps. 85,10-11).

Si eres pobre, no desprecies al rico humilde. ¡Escucha, pobre! Sé tú pobre también; quiero decir: sé humilde.

Si se ha hecho humilde el rico, ¿con cuánta más razón no debe humillarse el pobre? (Serm. 14,4)

* * *

¡Señor! Nada he traído a este mundo y nada podré sacar de él. Con tal que tenga lo suficiente para comer y vestir, con esto me contento.

Porque si quisiera hacerme rico, caeré en grandes tentaciones y en muchos deseos inútiles y nocivos, que arrastran a los hombres a la muerte y a la perdición.

Porque la raíz de todos los males es la avaricia, por la cual han flaqueado muchos en la fe, atrayendo sobre sí grandes desgracias.

Hazme reconocer en ti al verdadero pobre, pues siendo rico te hiciste pobre por mí.

¿Habrá quien pueda apreciar debidamente tus riquezas? ¿Y habrá quien pueda comprender tu pobreza?

¡Oh, pobreza de mi Señor! Es concebido en el seno virginal de una mujer y queda encerrado en sus entrañas. ¡Qué anonadamiento!

Nace en un mísero portal, es envuelto en pobres pañales y colocado en un pesebre. Luego, el Señor de Cielos y tierra, el Creador de los ángeles y de todas las cosas visibles e invisibles, mama, llora, se nutre, crece, soporta todas las incomodidades de la vida, ocultando su infinita grandeza. Después es apresado como un malhechor y se le hace objeto de todos los desprecios: es azotado, escarnecido, escupido, abofeteado, coronado de espinas y clavado en un madero, y, ya muerto, le atraviesan el pecho con una lanza. ¡Qué pobreza más solemne! (Serm. 14,7-9)

Señor, cuando medito en tu pobreza, como quiera que la considere, me resulta vil toda adquisición mía.

Amo lo que no tengo, y lo que tengo desprecio: ¿cuándo se saciará mi deseo de poseer?

No me saciarán los bienes caducos ni apagarán mi sed los temporales; dame, pues, lo que es eterno, concédeme lo que permanece.

Dame tu Sabiduría, dame tu Palabra, Dios de Dios, dáteme a ti Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. (In Ps. 102,9-10.)

A ti extiendo mis manos, porque mi alma está en tu presencia como tierra reseca, sin agua. (In Ps. 142,11)

A ti levanto mi alma, no como protesta contra ti, sino como cántaro que va a la fuente. Lléname, pues, tú. (In Ps. 142,15)

Siento, finalmente, la dulzura de la patria y la amargura del destierro.

Todo lo que tengo aquí fuera de ti, no me sabe dulce.

No quiero nada de cuanto me has dado si no me das a ti mismo, dador de todas las cosas.

Esté siempre ante ti esta mi súplica, tenia siempre presente en tus oídos. (In Ps.85,10-11)

Señor, ya soy pobre de espíritu por ti, dame, pues, la parte que me corresponde en el reino de los cielos. (In Ps. 142,12)

CAPITULO VI

Bienaventurados los mansos

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. (Mt.5,4)

Muy importante es que seas manso, sobre todo en la adversidad. (Serm. 81,2)

Definamos ahora con palabras, si podemos, qué cosa sean los mansos. Manso es aquel que en todas las obras santas y en todo lo que hace de bueno procura agradar sólo a Dios, y que aunque tenga que sufrir adversidades, no desagrada a Dios.

¡Ea, hermano! Atento a esta regla, a esta norma, conformándote con ella y procurando obrar cada vez más perfectamente, hasta que te ajustes plenamente a ella.

Oye tú, que deseas ser manso, que quieres te sean menos duros los días malos, que amas la ley de Dios; a fin de no padecer turbación interior y disfrutar de mucha paz, dominando la tierra y deleitándote en la abundancia de la tranquilidad; escúchame, repito, tú que quieres ser manso.

En todo el bien que hagas, no busques tu propia complacencia; porque *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*. (St 4,6)

Por tanto, en todas tus buenas obras busca siempre el agrado de Dios; y en todo mal que padezcas, no te quejes contra Dios. Cúmplelo así, y vivirás. (Serm. 81,3)

Tú quizá quisieras poseer la tierra; pero guárdate mucho de ser poseído de ella.

Serás dueño de ella si eres manso, y serás de ella esclavo si eres impaciente.

Cuando escuchas que se te promete como premió la posesión de la tierra, no dilates el seno de la avaricia, deseando poseer la tierra ahora; no te dejes engañar por ese pensamiento.

Serás dueño de la tierra cuando te halles perfectamente unido al que es dueño de la tierra y del cielo. (Serm.53, 2)

¿Deseas que el Señor te conduzca por sus caminos? Sé manso, sé paciente; no seas cruel ni soberbio; no camines con la cabeza levantada y sacudiendo la melena, *como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento*. (Sal 31,9)

En cuanto seas manso, en cuanto seas paciente, el Señor te ensillará y conducirá por sus caminos. (In Ps. 111.8)

El Señor prefiere las cabalgaduras mansas; sé, por tanto, cabalgadura del Señor; sé manso.

Cuando el Señor esté sobre ti y él te guíe, no tengas miedo de tropezar ni de caer.

Tú eres débil, sí, pero piensa quién es el que va encima de la montura.

El caballo y el mulo, alguna que otra vez levantan la cerviz, y con su fiereza dan en tierra con el jinete.

Se doman con el freno, con el serillo y el látigo, hasta que se acostumbran a estar quietos y a llevar a su dueño.

Pero tú, antes de que tu boca se lastime con el freno, sé humilde y lleva animosamente a tu Señor.

No andes buscando alabanzas para ti, sino que éstas sean para aquel que va sentado sobre ti. (In Ps. 33,2,5. 5)

Clama el Maestro de los ángeles, clama la Palabra de Dios, y dice: *Aprended de mí.* (Mt 11,27)

¿Quién es el que dice: *Aprended de mí?* El que hizo la tierra, el que dividió los mares, el que creó todos los peces, el que puso los astros en el cielo el que estableció el día y la noche, el que dio solidez al firmamento y separó la luz de las tinieblas, ése es el que dice: Aprended de mí.

¿Acaso quiere decirte que hagas las mismas maravillas que hizo él? Si eso quiere decirte, ¿quién podrá obedecerle? Esas cosas sólo Dios puede hacerlas.

«No temas, te dice, no trato de imponerte carga alguna: Aprende de mí lo que por ti me he hecho yo.

Aprende de mí no a formar las criaturas, que por mí fueron hechas.

Ni siquiera te digo que aprendas lo que he concedido a algunos hacer, como resucitar muertos, dar vista a los ciegos, abrir los oídos a los sordos. No, no quiero que te preocupes de aprender esto de mí».

Volvían a él sus discípulos llenos de gozo, y diciendo: En tu nombre nos están sujetos los demonios.

Y el Señor les respondió: No os gocéis de que los espíritus os obedezcan, gozaos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo. (Lc 10,17)

A quien quiso concedió la gracia de poder expulsar los demonios, y a quien quiso otorgó la gracia de resucitar muertos.

Estos milagros se verificaron también antes de la Encarnación del Señor, pues según leemos en el libro de los Reyes, (2Re 4,S), también entonces fueron resucitados los muertos y fueron curados los leprosos.

Y ¿quién hizo entonces estos milagros sino el que más tarde fue Cristo hombre, después de David, y Cristo Dios, antes de Abraham?

El fue quien concedió esta potestad; él fue quien lo hizo por medio de los hombres; no por medio de todos, sino por medio de algunos a quienes quiso concedérselo.

¿Creéis que tengan motivo para desesperar los que no hayan recibido esta gracia y para temer no pertenecer a él porque no la merecieron?

En el cuerpo hay muchos miembros, y cada uno de ellos tiene su función propia.

Dios, que ordenó todos los miembros para formar un solo cuerpo, no concedió al oído la facultad de ver, ni a los ojos la de oír, ni puso el olfato en la frente, ni el gusto en la mano; no, no distribuyó así las funciones; en cambio, dio salud a todos los miembros, los ordenó, les dio unidad y los vivificó por el espíritu.

Así, a unos no otorgó el don de resucitar a los muertos, a otros negó el de enseñar, pero a todos dio una cosa. ¿Sabes cuál es? Escucha: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Si, pues, le has oído decir: *Soy manso y humilde de corazón*, ahí tienes una verdadera panacea para ti; está contenida en estas palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

¿De qué te sirve el que hagas milagros, si eres soberbio en vez de manso y humilde de corazón?

¿Acaso no estarás comprendido en el número de los que, al llegar el fin del mundo, preguntarán: *pues ¿no hemos nosotros profetizado y hecho muchos milagros en tu nombre?*

¿Y qué respuesta recibirán? *Jamás os he conocido por míos; apartaos de mí, malvados*. (Mt 7,22 y Serm. 142,7)

Sé humilde y acércate a Cristo. Mira que extiende a ti sus manos y te dice: *Venid a mí todos los que estáis afligidos*. (Mt 11,28)

Tú clamas, riñes y haces ruido; y Cristo, por el contrario, te dice: «Acércate a mí, tú que padeces por causa de la soberbia, y encontrarás descanso en mi humildad. Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarás el descanso apetecido de tu alma».

¿Por qué sufres sino porque no eres manso y humilde de corazón?

Ante un Dios que se ha humillado, avergüénzate de ser soberbio. (In Ps. 54,13)

* * *

¡Oh buen Jesús, a quien el Padre ha dado todo cuanto tiene y a quien nadie conoce sino el Padre, como también sólo tú conoces al Padre! No nos dices: «Aprended de mí a fabricar el mundo o a resucitar a los muertos, sino *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*».

¡Oh, enseñanza saludable! ¡Oh, Maestro y Señor de los mortales, a quienes fue ofrecida y comunicada la muerte en la copa de la soberbia!

Tú no has querido enseñar más que aquello en que nos dabas ejemplo ni mandar cosa que antes no hubieras practicado.

Con los ojos de la fe, que tú me has abierto, te veo, oh buen Jesús, en medio del género humano, reunido en torno a ti para escuchar tus enseñanzas, diciendo a todos: *Venid a mí y aprended de mí.*

¡Oh, Hijo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, y también Hijo del hombre, que fuiste hecho como las demás cosas! ¿Qué es —te ruego— lo que quieres que yo aprenda de ti? ¿A ser manso y humilde de corazón?

Pero ¿tan gran cosa es hacerse pequeño, que si no viniese el ejemplo de ti, que eres tan grande, sería absolutamente imposible aprenderlo? Así es realmente, lo reconozco.

El alma no encontrará el reposo necesario mientras no desaparezca el tumor inquietante que la hacía creerse grande cuando a tus ojos aparecía enferma.

Que te escuchen, que vengan a ti y aprendan a ser mansos y humildes los que buscan tu misericordia y verdad, y empiecen a vivir para ti. Para ti, digo, y no para ellos.

Que preste atención también aquel pecador cansado y oprimido bajo su propio peso, que no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, y que, acercándose, aunque un poco de lejos, se golpeaba el pecho.

Que te oiga el centurión, que no se juzgaba digno de que tú entrases en su casa.

Que os escuche Zaqueo, prefecto de los publícanos, que restituía el cuádruplo de la ganancia injustamente percibida.

Que te oiga la pecadora de la ciudad, que lloró a tus pies con gemidos tanto más sinceros cuanto más en sus obras se había separado de tus caminos.

Que te oigan las mujeres malas y los publicanos, que precederán a los escribas y fariseos en el reino de los cielos.

Que te escuchen todos los enfermos, con quienes te sentabas, aunque viesen esto culpable aquellos sanos que se creían no necesitados de médico; siendo así que tú viniste a llamar no a los justos, sino a los pecadores a penitencia.

A todos éstos es cosa fácil, cuando verdaderamente se convierten, hacerse mansos y humildes en tu presencia, por el recuerdo de su mala vida y la consideración de tu infinita misericordia, porque donde abundó el pecado allí sobreabundó la gracia. (Rm 5,20 y De s. virg. 35-36)

CAPITULO VII

Bienaventurados los que lloran

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (Mt.5,5)

Tan pronto como nacemos empezamos a caminar. ¿Quién hay que esté quieto?

¿Quién es el que tan pronto como entra en el camino no se ve obligado a anclar?

El niño, apenas nacido, empieza a caminar, a crecer, hasta que llega al término, que es la muerte.

¿Quién no llora aquí, en este áspero camino, si el niño mismo lo empieza llorando?

Es cierto que, al nacer, el niño sale de las estrecheces del seno materno al amplio horizonte del mundo, pasando de las tinieblas a la luz, mas en este tránsito de las tinieblas a la luz puede, sí, llorar, pero no puede reír. (Serm. 31,4)

Pregunta al recién nacido por qué empieza su carrera llorando.

Cuando al nacer llora, hace de profeta de su desventura, porque las lágrimas dan testimonio de la desventura.

Aún no habla y ya es profeta.

Profetiza que vivirá en medio de dolores y sobresaltos.

Pues aunque viva bien y sea justo, sin duda, en cuanto asediado de las tentaciones, tendrá siempre motivos para temer. (Serm. 169,1)

Los hombres unas veces ríen y otras lloran; pero aun la risa es digna de lástima.

Uno llora su desgracia; otro llora su tortura, porque está encerrado en la cárcel; otro llora la muerte de uno de sus más íntimos; uno por una cosa y otro por otra.

Pero de todos éstos, el que principalmente y de verdad llora es el justo, que llora por todos los que lloran estérilmente.

Este llora por los que lloran y llora por los que ríen; por los que lloran sin causa y por los que ríen para su mal.

El justo es, por consiguiente, el que más llora siempre; y llora más que todos.

Llora al ofrecer sus obras buenas a Dios por medio de la oración.

El peregrino que no llora da muestras de no tener deseos de llegar a la patria.

Si deseas lo que no tienes, deber llorar. ¿Cómo, si no, podrás decir a Dios: *has puesto mis lágrimas en tu presencia?* (Sal 55,9)

¿Cómo le podrás decir: mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche? (Salm. 41,4)

Mis lágrimas se convirtieron en mi pan, esto es, consolaron al que gemía y alimentaron al que padecía hambre.

¿Qué justo hay que no haya tenido estas lágrimas? El que no las haya tenido, no ha sentido la pena de ser desterrado.

Y ¿con qué cara podrá llegar a la patria el que no suspiró por ella cuando estaba ausente?

Copiosas son las lágrimas de los justos; pero mientras peregrinan en esta vida, porque en la patria no se llora.

Aquellos, por el contrario, que ahora frívolamente ríen y sin razón lloran, porque viven a merced de sus pasiones, gimen cuando se ven engañados y se alegran cuando son engañadores. Lloran también éstos a lo largo del camino; lloran, sí; ¿y no hay llanto en medio de sus risas? ¿Y qué podrán recoger los que nada sembraron? Sin embargo, harán, sí, cosecha: siembran espinas y recogerán fuego. (Serm. 31,4-5)

Si yo quisiera exponer todas las miserias de esta vida, ¿tendría tiempo suficiente? (In Ps. 37,11)

Este mundo es una cárcel: su tristeza es verdadera y su alegría falsa; cierto el dolor e incierto el placer; dura la fatiga y el descanso con sobresaltos; infeliz la realidad y vana la esperanza de felicidad. (Ep. 26,2)

Es infeliz todo corazón enredado en el amor de las cosas perecederas, cuya pérdida lo destrozan, descubriendo así cuán miserable era aun antes de perderlas. (Conf. 4.6)

Considera este siglo como un mar en que rema un viento fuerte y domina una gran tempestad. Tempestad es para cada uno la pasión que le domina.

¿Amas a Dios? Caminas sobre las aguas, es decir, tienes bajo tus pies la soberbia del mundo.

¿Amas el mundo? Te anegará: el mundo sabe devorar a sus amadores, no llevarlos.

¿Piensas que sopla el viento contrario cuando ocurre alguna adversidad en este mundo? Cuando sobrevienen las guerras, los tumultos, el hambre, la peste; cuando a cualquier hombre amenaza una calamidad privada, entonces se piensa que sopla viento contrario y que es necesario invocar al Señor.

Al contrario, cuando el mundo sonríe con la felicidad temporal no se juzga que el viento sea contrario.

Pues bien: no debes atender a estos indicios para saber si el tiempo es bueno; pregunta, sí, pero a tus inclinaciones.

Mira si hay bonanza dentro de ti, examina si no te trastorna el viento interior: esto es lo que debes observar.

Señal de gran valor es luchar contra la prosperidad, para que ésta no seduzca, corrompa o trastorne.

Gran virtud, en verdad, es luchar contra esta felicidad; y gran, felicidad es no ser vencido por la felicidad

En medio de tantas calamidades, ¿acaso te atormenta también el remordimiento de alguna culpa grave? Apaga con tus lágrimas el fuego del pecado, llorando en la presencia del Señor; sí, llora sin temor delante de Dios, que te ha hecho, y no despreciará en ti la obra de sus manos.

Gime ante el Señor, derrama lágrimas en su presencia, confiésate a él, adelántate a ofrecerle el arrepentimiento de tu culpa.

¿Quién eres tú, que lloras y te confiesas en su presencia, sino una criatura suya?

Gran motivo de confianza en presencia del Creador debe ser esta consideración de ser criatura suya y no una criatura hecha de cualquier manera, sino creada a su imagen y semejanza. (In Ps. 94.10)

* * *

Lloraré, Señor, pero no con un llanto que proceda de la carne, porque el que llora según la carne, ¿qué consuelos puede tener? Consolaciones molestas y dignas de ser temidas.

El consuelo del que llora es el temor de volver a llorar.

El verdadero consuelo consiste en recibir lo que

jamás se ha de perder. Puedo, pues, gozarme con la esperanza de ser consolado, si ahora lloro mi destierro. (Serm. 53,3)

Que yo llore hasta tanto que mi alma se despoje de sus ilusiones y mi cuerpo se revista de salud, de la verdadera salud, digo, que es la inmortalidad. (In Ps. 37,11)

Nadie me diga: «Tú eres feliz». El que tal cosa me diga, quiere seducirme.

Es engaño, sí, porque esta tierra es región de escándalos, de tentaciones y de todos los males; es, en verdad, la morada de los muertos; pero esta región de los muertos pasará para dar lugar al reino de los vivos.

En la región de los muertos abundan los trabajos, las penas, las tribulaciones, las tentaciones, los gemidos y los suspiros.

Aquí, los dichosos, aparentemente, son realmente infelices, porque la felicidad falsa es una desdicha verdadera.

Si, por el contrario, reconozco ahora mi infelicidad, encontraré después la felicidad verdadera. Y precisamente porque ahora me considero infeliz, me parece escuchar que me dices: bienaventurados los que lloran.

Ciertamente, ¡bienaventurados los que lloran! Nada más unido a la desgracia que el llanto, como nada más distante y contrario a la desdicha que la felicidad, y, sin embargo, ¡hablas de los que lloran y los proclamas felices!

Hazme entender, Señor, sus palabras. Llamas felices a los que lloran: felices en esperanza, tristes en la realidad. (In Ps. 85,24)

CAPITULO VIII

Bienaventurados los hambrientos

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de ser justos, porque se saciarán. (Mt.5,6)

Tú deseas ser saciado. Importa saber de qué. Si es de carne de lo que deseas saciarte, pasada la hartura volverás a tener hambre.

El que bebe de esta agua, -dijo Jesús a la Samaritana- volverá a tener sed. (Jn.4,13)

Si por la medicina que se aplica a la herida, ésta sana, cesa el dolor; pero el remedio que se aplica contra el hambre, el alimento, se pone solamente como un alivio transitorio.

Pasada la hartura, vuelve el hambre. Todos los días se hace uso de este remedio, que sacia el hambre; pero no se consigue con él que desaparezca la causa de la enfermedad.

Ten, por tanto, hambre y sed de justicia, para que seas alimentado con la misma justicia, que ahora deseas.

El hombre interior es el que debe sentir esta hambre y sed: dispone de alimento y bebida adecuados. (Serm. 53,4)

Principio de tu justificación es la confesión de tus pecados. En cuanto desistes de buscar excusas de ellos, comienzas a ser santo, y esta santidad será perfecta en ti cuando no tengas otro anhelo que deleitarte en ella.

Conseguirás esta perfección cuanto no te soliciten ya las pasiones, cuando cese toda lucha contra la carne y sangre, cuando obtengas la corona de la victoria y el triunfo sobre tu enemigo y cuando, en fin, la muerte haya sido absorbida por la victoria: entonces alcanzarás la santidad en toda su perfección. (In Ep. Jo. 4,3)

Ama la justicia; ten hambre de ser justo. Tiene sus dulzuras la maldad y ¿no ha de tenerlas la justicia? ¿Ha de deleitar el mal y no ha de deleitar el bien?

Deleita, sin duda, pero es Dios el que te ha de dar la suavidad, y tu corazón el que dará su fruto.

Si Dios no diera antes su suavidad, la tierra de tu corazón quedaría totalmente estéril.

Desea ser justo, y todas las demás cosas te parecerán viles. Todo lo que tenías en grande estima se convertirá en daño, detrimento y basura. (Serm. 159)

Ama la justicia, y sabe que en este amor hay diversos grados.

Lo primero es no anteponer a este amor ninguna cosa de las que causen placer: en esto consiste el primer grado.

Más que cualquiera otra cosa te debe deleitar la justicia; no significa esto que no deba haber otras cosas que te agraden, sino que la justicia te debe agradar más que todas las demás.

Hay ciertamente cosas que instintivamente agradan a nuestra naturaleza, como es, por ejemplo, la comida y la bebida al que tiene hambre y sed. También deleita la luz que se difunde en el cielo a la salida del sol; agrada asimismo una voz dulce cuando canta alguna suave melodía; gusta un buen perfume y deleita a nuestro tacto cualquier cosa que produce en nosotros una sensación agradable.

De todos estos placeres sensitivos algunos son lícitos y otros no. Deléitanse, por ejemplo, nuestros ojos con los grandiosos espectáculos de la naturaleza, como también se deleitan con los espectáculos de los teatros paganos. Lo primero es lícito; lo segundo, ilícito.

Un himno sagrado, suavemente cantado, deleita nuestro oído; pero también le deleita el canto de los histriones. Este deleite es ilícito; el otro, en cambio, lícito.

Deleitan al olfato los perfumes de las flores, que son criaturas de Dios, como también le deleita el aroma del incienso, que se quema delante de los ídolos. Lo primero es lícito, lo segundo ilícito.

Se deleita el paladar con manjares que no están prohibidos, como también deleitan las viandas que han servido de sacrificio sacrílego ante el altar de los dioses paganos; pero este deleite tampoco es lícito.

Ya ves, pues, como hay en estos sentidos del cuerpo satisfacciones lícitas y satisfacciones ilícitas. Ahora bien: el deleite de la justicia debe ser tal, que supere a todos los permitidos, de modo que lo antepongas a todo placer de que pudieras lícitamente gozar.

Prefiere los deleites del espíritu al deleite de la carne, porque tu carne se complace generalmente en los placeres ilícitos. Deléitese tu mente con la invisible, bella, casta, santa, armoniosa y dulce justicia, de modo que no seas impelido a ello por el temor.

Si el temor te impulsa a amar la justicia, es señal de que aún no te deleita.

Debes huir del pecado, no por temor al castigo, sino por amor a la justicia.

Dime, si no: cuando pecabas, te complacías en tus pecados; pero ¿era el temor el que te inducía a pecar o era el deleite del pecado?

No fue el temor, sino la suavidad, me responderás. El placer, pues, es el que te induce a pecar, ¿y ha de ser el temor el que te incline a la justicia?

Compara la justicia y la maldad. ¿Es por ventura de igual valor la justicia como lo fue la maldad? ¿Ha de ser amada la justicia como lo fue la iniquidad?

De ningún modo; pero, ¡ojalá fuese amada siquiera aquélla como ésta!

Como te entregaste al mal por el incentivo del placer, así debes soportar el dolor por amor a la justicia, con lo que habrás dado un paso adelante.

Es poco despreciar todo lo que te causaba placer; desprecia también lo que te atemorizaba: la cárcel, las cadenas, los tormentos y la muerte.

¿Has conseguido ya estas victorias? Pues bien: has conseguido también la justicia.

Sea en uno, sea en otro grado, demuestra que verdaderamente amas la justicia. (Serm. 159,6-7)

Cuando deseas obtener alguna cosa, te enciendes en deseo de conseguirla, de modo que ese deseo es como una sed del alma.

Todos los hombres se encuentran inflamados de diversos deseos; pero apenas hay uno que pueda decir que su alma arde en deseos de ser justo.

Los hombres tienen sed del mundo, porque no se dan cuenta que viven en un desierto, donde es necesario que su alma tenga sed de Dios.

Tú, ten sed de sabiduría y de justicia; pero no olvides que no serás saciado ni lleno sino cuando concluya esta vida y llegues a poseer el premio prometido por Dios.

Dios ha prometido hacerte igual a los ángeles; los cuales no padecen el hambre y la sed como tú, pues están sentados a la mesa de la verdad, de la luz y de la inmortal sabiduría.

Por eso son bienaventurados, y, no obstante esta suma bienaventuranza —porque están en la Jerusalén celestial, de la cual tú eres ahora peregrino— esperan tu llegada, y se compadecen de ti, y por orden de Dios te auxilian, para que vuelvas a la patria común: y

allí con ellos seas saciado finalmente en la fuente de la verdad y eternidad de Dios. (In Ps. 62,3-6)

* * *

¡Oh Señor! Corro a las fuentes, deseo llegar a las fuentes de agua, y es en Vos donde está la fuente de la vida, el manantial que jamás se agotara, como en vuestra luz brilla un resplandor que nada podrá oscurecer.

Este es el resplandor que yo deseo: deseo una fuente, una luz como la que conocen mis ojos; luz para cuya vista se viene preparando mi ojo interno; fuente en la que mi sed interna desea saciarse.

Corro a la fuente, deseo la fuente; y no corro así como así, ni como un animal cualquiera, sino que corro como el ciervo.

No hay lentitud en el correr, sino que es un correr incansable, un continuo anhelar la fuente.

Sedienta está mi alma de ti, Dios de la vida; como anhela el ciervo sediento las fuentes dé aguas, así, Dios mío, clama a ti mi alma. (Sal. 41,2)

¡Cuándo será que yo llegue y me presente delante de ti! Tal es la sed que me devora de llegar y de presentarme a ti.

Padezco sed en el destierro, sed en la carrera pero no me hartaré sino a la llegada.

¿Cuándo será que yo llegue? Lo que para ti es muy pronto, para mí es lentísimo.

Una sola cosa te pido, ésta solicitaré siempre, y es la de habitar en tu casa todos los días de mi vida. (Sal. 26,4)

Sí; que yo habite en tu casa y allí contemple tu felicidad.

Ahora, mientras vivo en este mundo, mientras medito, corro, soy peregrino, mi pan día y noche son las lágrimas de mis ojos.

Dulces me son las lágrimas, pues sediento como estoy de aquella fuente, a que ahora no puedo acercar mis labios, más ávidamente bebo mis lágrimas, y al tratar de apagar mi sed en ellas, se excita más y se hace más ardiente, sin duda, el deseo que tengo de las fuentes.

Tanto en las prosperidades como en las adversidades del mundo, derramo lágrimas de deseo; y, sin embargo, el ardor de mi deseo no disminuye. Aun cuando todo en el mundo fuera de mi gusto, tendré siempre este desasosiego hasta que llegue el momento de presentarme a ti. (In Ps. 41,2-6)

CAPITULO IX

Bienaventurados los misericordiosos

Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos tendrá Dios misericordia. (Mt 5,7)

Haz y se hará: haz con otros y se hará contigo.

Abundas, y estás necesitado: abundas en lo temporal y necesitas de lo eterno.

Oyes al mendigo, y tú eres también mendigo de Dios.

Se te pide, y tú pides: lo que hagas con tu mendigo, eso hará Dios contigo.

Estás lleno y estás vacío; llena con tu plenitud al que está vacío para que se llene el vacío que tú tienes con la plenitud de Dios. (Serm. 53,5)

Lo que tú haces en favor de otro te aprovecha a ti más que a él. Tú das al mendigo que pide y después se marcha; pero tú tienes necesidad de buscar un justo a quien dar, para ser por él recibido en las mansiones eternas; porque *el que recibe al justo por ser justo, recibirá el galardón del justo.* (Mt.10, 51 e In Ps. 102,12)

Las obras de misericordia son semilla de la cosecha futura. (In Ps. 111,3)

El que con mano estrecha siembra, poco recogerá; (2Co. 9,6) el que mucho siembra, mucho recogerá; y el que nada siembra, nada recogerá. (In Ps. 115,11)

Por consiguiente, ahora siembra, después recogerás; siembra aquí, y en el cielo encontrarás una cosecha que no se siega en verano: se come y se conserva de nuevo con alegría. (Serm.45,4)

¿Cómo pretendes recibir lo que eres remiso en dar?

Algunas cosas tienes y algunas otras deseas; da de lo que tienes para que merezcas recibir lo que no tienes. (In Ps. 38,4)

Observa qué es lo que hace el usurero: quiere dar poco y recibir mucho. Haz tú también lo mismo: da cosa de poco valor a fin de recibir tesoros inapreciables.

Fíjate cuán fácilmente pueden aumentar tus intereses: das las cosas temporales y recibirás las eternas; das tierra y recibes cielo.

El mismo Dios, que te manda no prestar con usura, te alienta para que le prestes con usura.

Dios no tiene necesidad de recibir de ti, pero a mano tienes al necesitado. Lo que le das a él, el Señor lo recibe

El pobre no tiene medios de devolverte lo que le das. Bien quisiera devolvértelo, pero no dispone más que de la buena voluntad de orar por ti.

Y al orar parece que dice a Dios: «Señor, he tomado prestado; sal fiador por mí».

Aunque en el pobre no tengas un deudor solvente, tienes en Dios un buen fiador.

Da con toda confianza, que el Señor te lo restituirá. (In Ps. 36,3,6)

Da posada al peregrino. ¿Ignoras que si se la das a un peregrino, es al mismo Cristo a quien hospedas?

¿No dijo él: *Yo fui peregrino y me hospedasteis?* Y cuando se le responda: *¿Cuándo, Señor, te vimos peregrino?* Contestará: *Siempre que hicisteis algún bien a uno de mis hermanos, a mí lo hicisteis*. (Mt 25,35)

Por tanto, cuando un cristiano recibe a otro cristiano, es un miembro que sirve a otro miembro, y Dios, que es la cabeza, se regocija entonces y considera como hecho a sí lo que se dispensa a un miembro.

Da, pues, de comer a Cristo hambriento; de beber cuando está sediento; vístele cuando le veas desnudo; hospédale cuando sea viandante, y visítale cuando se encuentre enfermo.

Tal ha de ser tu conducta, mientras vives en este destierro, donde Cristo es pobre: pobre en la persona de los suyos, rico en sí mismo.

Mas el que es pobre en los suyos y opulento en sí, envía los necesitados a ti. (Serm. 236,3)

¡Animo, usurero desconfiado! Examina lo que has dado y reflexiona que, aunque no lo hubieras dado, se pudriría en la tierra.

¿Qué habrías hecho con ello no dándolo? Lo que hubiera perecido en la tierra lo has colocado a buen recaudo en el cielo.

Y lo que allí has colocado volverás a poseerlo; colocaste el mérito, y de este mérito tuyo se ha formado tu tesoro. (In Ps. 36,3,6)

Hay otra obra de misericordia. ¿Quieres que el Señor te dé? Da tú.

En una misma línea del Evangelio está escrito: *Perdonad, y se os perdonará; dad, y os dará.* (Lc 6,37)

Si Dios tiene créditos contra ti, tú también los tienes con el prójimo. *Perdona tú, y Dios te perdonará.*

Como tú pides al Señor, también el prójimo te pide a ti. Da tú, y el Señor te dará.

¿Tienes en poca estima las obras de misericordia? Medita esta sentencia: *Un juicio sin misericordia le espera al que no usó de misericordia*. (Sant 2,13)

Sin misericordia será juzgado el que antes del juicio no haya usado de misericordia para con el prójimo.

Pero la misericordia sobrepuja al rigor del juicio. (St.2,13) Se sobrepone la misericordia al juicio. De hecho, para el que haya practicado la misericordia, aunque se descubra en el juicio alguna cosa merecedora de castigo, el agua de la misericordia apagará el fuego del pecado.

¿Y es acaso injusto el Señor cuando en tales casos socorre, libra, perdona?

No, por cierto. La justicia de Dios permanece, porque la misericordia no es contraria a la justicia ni la justicia opuesta a la misericordia.

Atiende dónde está la justicia: *con la hayas usado, con ésa se te medirá.* (Mt. 7,2)

..

Atiende también en qué consiste la misericordia: *perdona,* -te dice- *y también serás perdonado.*

En tu mano tienes la medida del perdón que debes dar; en el tribunal de Dios encontrarás la misma medida para el perdón que has de recibir.

En tu mano está la medida para dar de lo que tienes; y ésta misma encontrarás en el tribunal de Dios para recibir lo que no tienes. (In Ps. 143,7-8)

¿Qué más puesto en razón que no puedas esperar la misericordia del juez si antes de su venida no hubieras querido usar tú de misericordia?

Por el contrario, si has usado de misericordia, con misericordia serás juzgado.

Tal es la perfecta equidad. Por consiguiente, perdona las ofensas recibidas y da de lo que tienes en abundancia.

¿Y de quién es lo que das sino de Dios? Si das de lo tuyo, será liberalidad; pero dando de lo que pertenece a Dios, es una sencilla restitución. *¿Qué tienes, te dice el Apóstol, que no hayas recibido?* (1Co.4,7)

Las oblaciones más gratas a Dios son la misericordia, la humildad, el arrepentimiento, la paz y la caridad. (In Ps. 95,15)

No hay que juzgar como pobres sólo a aquellos que no tienen dinero.

Examina en qué es pobre cada uno, y considera si tú eres rico en aquello en que otro es pobre, y, si puedes, procura remediarlo.

Quizá puedas prestar a alguno un servicio con los miembros de tu cuerpo y serle más útil que si le procurases dinero.

Alguno quizá necesita consejo y tú puedes proporcionárselo; y entonces, tratándose del consejo, él es pobre y tú rico.

No necesitas, pues, fatigarte ni perder nada; da el consejo y con ello habrás dado una limosna.

De este modo debes amar al prójimo. No pienses en ti solo, atiende también a los necesitados que hay a tu alrededor.

De este modo siembras con lágrimas y recogerás con júbilo. (In Ps. 125,13)

Pero ten presente que la verdadera limosna procede del corazón. Si alargas la mano sin sentir la piedad en el corazón, tu dádiva no es verdadera limosna; y, al contrario, cuando no tuvieras qué dar con la mano, si el corazón se compadece, Dios acepta igualmente la limosna que deseas dar. (In Ps. 5)

Da la limosna con alegría, porque Dios ama al que da con alegría;(2Co.9.7) así harás el bien y lo harás bien.

Si lo haces de mala gana, entonces se hace a expensas tuyas, pero no eres tú el que lo hace. (In Ps. 91,5)

Da con la liberalidad de la caridad y dilata tu corazón para no equipararte con los infieles.

La liberalidad de la caridad es la sola que obra el bien. Procura esta liberalidad para no perder nada del bien que haces. (Serm. 165,4)

* * *

Señor, tú quieres poseerme a mí, no a mis cosas; por eso el sacrificio que te ofrezco es la piedad para con el pobre.

Por ella te vuelves propicio para con el pecado; y si tú no te muestras misericordioso con los pecados, ¿qué quedará en el hombre más que un reo?

Perdona, me dices, y se te perdonará; da, y se te dará.

Hazme entender a quién hablas cuando dices: da, y te será dado.

Lo dices al hombre tú, que eres Dios; lo dice el Inmortal al mortal, lo dice el gran dueño de la casa a un mendigo.

Y jamás rechazarás lo que haya dado. He encontrado, pues, un buen medio de negociar: Daré prestado, pero no al hombre, sino a ti.

Te daré a ti que abundas de todo; a ti daré todo lo que tengo, porque, al fin, tú me lo diste para que yo lo dé.

Y por estas nonadas y bagatelas, cosas caducas, corruptibles y terrenas, me darás bienes eternos, incorruptibles y perpetuos.

Pero ¿para qué tanto hablar? El bien prometido eres tú mismo, que lo prometes. (Serm. 42,1-2)

¡Oh morada feliz, oh patria segura! Viviré allí sosegado y sin deseos de abandonarla, pues no se puede encontrar un asilo más tranquilo.

Dondequiera que elija mi morada sobre la tierra, me acompañará el temor y viviré inseguro.

Por eso quiero elegir un lugar en que pueda domiciliarme, mientras peregrino en este valle de desdichas; elegiré, digo, una morada adonde pueda emigrar desde esta región llena de maldad.

Pero debo tener presente que no podré emigrar desde un lugar malo a otro bueno si no he hecho el bien en la región del mal.

Si quiero habitar en la región del bien, en que nadie padece hambre, en la del mal debo partir mi pan con el necesitado.

En la patria de los bienaventurados no hay peregrinos; todos viven en su país. Si, pues, quiero llegar a esa morada feliz en que no hay peregrinos, debo hospedar al peregrino en mi casa.

Daré, por tanto, hospedaje al peregrino, en esta tierra de miserias, para que merezca llegar a la patria donde no seré huésped.

En aquella tierra bendita nadie necesitará vestidos. No habiendo allí frío ni calor, ¿a qué las magníficas habitaciones y los buenos vestidos?

Si aquí recibo en mi casa al que no la tiene, llegaré al país afortunado, donde encontraré un abrigo que no necesitará reparaciones, porque los vientos y la lluvia no podrán deteriorarlo.

Ayúdame, Señor, a obrar el bien en este lugar del mal para que merezca llegar hasta ti en el lugar del bien. Ascendiste a prepararle para que yo llegue a él confiado.

Y, pues tú me lo has preparado, contigo quiero estar unido por toda la eternidad. (Serm. 217,2-3)

CAPITULO X

Bienaventurados los limpios de corazón

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. (Mt.5,8)

Todo tu empeño durante esta vida debe dirigirse a mantener sanos los ojos del espíritu para poder ver a Dios. A esto se encamina la celebración de los divinos misterios; con este fin se predica la palabra divina; a esto se dirigen las exhortaciones morales de la Iglesia, quiero decir, las que se dirigen a corregir las malas costumbres, refrenar las concupiscencias carnales y renunciar al mundo, no sólo de palabra, sino con el cambio de vida.

Este es el blanco de las divinas Letras: purgar tu interior de aquellas impurezas que te impiden ver a Dios.

Como el ojo corporal, hecho para ver esta luz material, cuando se introduce en él se ofusca y queda impedido para ver esta luz, así también el ojo del corazón, cuando está perturbado o herido, él mismo se aparta de la luz de la rectitud y no se atreve a contemplarla, ni puede hacerlo aunque quiera. (Serm. 88,5)

Todo lo que haces, todo lo bueno que realizas, todo lo que buscas con tus esfuerzos, todo lo que laudablemente anhelas, y lo que culpablemente deseas, cuando hayas llegado a la visión de Dios no volverás a hacerlo.

¿De qué tendrás necesidad si tienes a Dios presente?

Y ¿qué podrá saciarte si no tienes bastante con Dios?

Tú quieres ver a Dios, buscas el modo de verlo, tienes un ardiente deseo de llegar a contemplarlo; y ¿quién no?

Pero mira lo que está escrito: bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Ya ves cómo has de prepararte para que lo veas.

Hablemos en estilo vulgar. ¿Qué importancia tiene para ti la salida del sol cuando tienes los ojos enfermos?

Cuando los ojos están sanos, la luz es alegría; cuando están enfermos, sólo sirve de tormento.

A ti no se te permitirá ver con corazón inmundo lo que sólo se puede ver con un corazón puro; serás rechazado, arrojado de allí, no verás nada.

Al enumerar Cristo las demás bienaventuranzas e indicar las causas, obras, oficios, méritos y premios, de ninguna de ellas dijo: Ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán con- solados.

Bienaventurados los que tienen hambre j sed de ser justos, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia.

En ninguna de estas promesas entra la visión de Dios.

Pero llega a los limpios de corazón y les promete la visión de Dios.

Y no por otro motivo sino porque sólo en un corazón puro existen los ojos con que puede Dios ser visto. (Serm. 53,6)

Y ¿qué es lo que ofusca el ojo del corazón? La codicia, la avaricia, la iniquidad, la concupiscencia del siglo; esto es lo que turba, lo que cierra, lo que ciega el ojo del corazón.

Ahora bien: ¡con qué prontitud se acude al médico cuando se turba el ojo del cuerpo! ¡Qué diligencia para abrirle y lavarle, a fin que sane y pueda ver la luz material!

No descansas ni sosiegas hasta que te sacan la brizna diminuta que te ha entrado en él.

Ahora bien: el sol que deseas ver con los ojos sanos, lo hizo Dios.

Pero mucho más brillante que el sol debe ser el que lo hizo: y su luz no es de igual naturaleza que la del sol, pues está destinada a ser vista con los ojos de la mente.

Esta luz es la eterna sabiduría.

Pero Dios te hizo, ¡oh hombre!, a su imagen y semejanza.

Ahora bien, ¿puedes suponer que te diera órganos para ver el sol que creó y que te negara el medio de verle a él habiéndote hecho a su imagen y semejanza?

Pues no dudes que te los ha dado: como el cuerpo tiene órganos, los tiene también el espíritu.

Pero tanto cuanto amas los ojos exteriores, tanto y más descuidas el interior; lo llevas destrozado y herido.

Por eso sería para ti un castigo si Dios quisiera mostrársete: sería, sí, un tormento para tu ojo si antes no se cuida y sana.

Cuando pecó Adán en el paraíso, se escondió de la vista de Dios. Mientras tuvo sano el corazón, con la pureza de la conciencia gozaba de la presencia de Dios; pero tan pronto como pecó, quedó turbado su ojo y empezó a tener miedo a la luz divina, y se refugió en las tinieblas y en la espesura del bosque, huyendo de la Verdad y buscando la oscuridad. (Serm. 88,6)

* * *

Sepa yo, Señor, pensar de ti según tu bondad, y dame gracia para buscarte con sencillez de corazón.

A ti se dirige mi corazón: «Buscaré tu rostro».

Busco tu rostro, Señor, cuando te busco con el corazón.

Tú tienes tu asiento allí donde habitas. Y ¿dónde habitas sino en tu templo?

Templo tuyo es nuestro corazón. Ilumíname con tu gracia para que te reciba dignamente en el mío.

Eres Espíritu, y en espíritu y verdad debo adorarte yo.

Entre en mi corazón el Arca del Testamento y destruya todos sus ídolos.

Escucharé ahora tu voz, y aprenderé a desearte; aprenderé el modo de verte y me prepararé para ello.

Bienaventurados son todos aquellos que te ven; y los que te ven, no es porque hayan sido durante esta vida pobres de espíritu, ni porque fueron mansos, ni porque lloraron, ni porque tuvieron hambre y sed de la justicia, ni porque ejercitaron la misericordia, sino porque fueron limpios de corazón.

Buena es la humildad para poseer el reino de los cielos; buena la mansedumbre para poseer la tierra; bueno el llanto para recibir el consuelo; buena el hambre y la sed para ser plenamente satisfecho; buena la misericordia para conseguir misericordia; mas para verte a ti, lo bueno es el corazón puro. (Serm. 53,7)

Quiero verte, Señor. Gran cosa es la que deseo, y tú me exhortas a que la quiera.

Ayúdame a purificar mi corazón, porque purísimo es lo que quiero ver, e impuro es el medio con que quiero conseguirlo,

Para que yo pueda verte, tú quieres venir a mí, según dijiste: *Yo y el Padre vendremos a él, y haremos morada en él.* (Jn 14,23)

Ven a mí, Señor, y purifícame con tu gracia; purifica mi corazón con tus auxilios y consolaciones.

Ayúdame para que con tu auxilio y en unión contigo produzca abundantes obras buenas de misericordia, de benignidad, de bondad. (Serm. 261,4-9)

Purifica e ilumina mi corazón, y sé para mí lugar de refugio.

Tú eres mi morada; habita en mí, para que yo pueda habitar en ti.

Si te recibo en mi corazón durante la vida, tú, después de la vida presente, me admitirás a tu presencia. (In Ps. 30,8)

CAPITULO XI

Bienaventurados los pacíficos

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Mt.5,9)

La perfección de la paz se encuentra solamente donde no hay oposición; y así a los pacíficos se los llama hijos de Dios, porque no hay nada en ellos que resista a Dios. Es natural que los hijos sean semejantes a su padre.

Son pacíficos consigo mismos aquellos que, dominando todos los movimientos de su alma y sometiéndolos a la razón, es decir, a la mente y al espíritu, teniendo refrenadas las pasiones de la carne, se convierten en reino de Dios, en el que todo está tan perfectamente ordenado, que lo que hay de más noble y excelente en el hombre es lo que gobierna, sin encontrar resistencia alguna, a todas las demás potencias que son comunes al hombre con los animales; y a su vez, lo que es más excelente en el hombre, esto es, el alma y la razón, esté sujeto a lo que es superior a él, es decir, a Dios.

No podrás dominar tus bajas pasiones si no te sometes a quien es superior a ti.

Esta es la paz que el Señor da en la tierra a los hombres de buena voluntad; ésta es la vida del hombre que es verdadero y perfecto sabio. (De Serm. Dni. 1,2)

¿Anhelas la paz? Observa la justicia y tendrás la paz. Y se cumplirá en ti lo que está escrito: La justicia y la paz se besan. (Sal 84,11)

Si no amas la justicia no conseguirás la paz, porque son dos cosas que mutuamente se aman y se dan el ósculo, de modo que, si practicas la justicia, encontrarás la paz que besa la justicia.

Pregunta a todos los hombres « ¿Quieres la paz?» Y con una sola voz te responderá el género humano: «La deseo, la anhelo, la quiero, la amo».

Pues bien: ama también la justicia, porque la justicia y la paz son dos amigas que se dan el beso de hermanas.

Si no amas a la amiga de la paz, tampoco amarás la paz ni vendrá a ti.

¿Es gran cosa desear la paz? Cualquier malvado la desea; la paz es cosa buena.

Pero tú practica la justicia; porque la justicia y la paz se dan el beso y no hay enemistad entre ellas.

¿Por qué litigas con la justicia? La justicia te dice: «No hagas el mal», y tú no la escuchas.

La justicia te dice: «No hagas a otro lo que no quisieras que te hagan a ti; no digas de otro lo que no quieras que te digan a ti ni te agradaría escuchar».

«Eres enemigo de mi amiga, te dice la paz, ¿por qué me buscas?»

«Yo soy la amiga de la justicia, y cuando encuentro a alguno que sea enemigo de mi amiga, no me acerco a él».

Por tanto, si quieres conseguir la paz, practica la justicia. Huye del mal y haz el bien, en lo cual consiste el amor a la justicia; y cuando hayas empezado a huir del mal y a practicar el bien, entonces busca la paz y corre en su seguimiento. (In Ps. 84,12)

Si amas la paz, ama a tu hermano, porque el M que ama a su hermano lo soporta todo con tal de conservar la concordia. (In Ep. Jo. 1,12)

Ama a tu hermano de tal modo que estés dispuesto a dar la vida por él. (Serm. 332,1)

El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo.

Si de este modo sirves a Dios, recibirás el premio de Dios y el aplauso de los hombres.

Busca lo que favorece a la paz y procura agradar al prójimo, a fin de edificarle.

Si eres fuerte, debes soportar la debilidad de los débiles y no buscar lo que es de tu gusto. (De Mor. Munich. 32)

Guárdate de los fraudes en los negocios, huye de la mentira y del falso testimonio y evita la locuacidad. (Serm.260)

Cuando oigas a uno contar cosas malas de otro, no lo comuniques a nadie.

¿Oíste decir a otro, en un arrebato, una palabra airada, injuriosa o de despecho? Que muera dentro de ti mismo.

¿Para qué repetirla? ¿Por qué propalarla? Con guardarla dentro de ti mismo no te hará reventar. (Serm.49,6)

Ama la paz; ten en gran estima a la paz; ésta debes procurar y ésta debes desear; ámala en tu casa, en tus negocios, con tu mujer, con tus hijos, con tus criados, con tus amigos y con tus enemigos.

La paz no juzga de lo que no tiene certeza ni sostiene lo que no es cierto o conocido; es más propensa a pensar bien del prójimo que inclinada a sospechar el mal.

No se apura porque se haya equivocado, pensando bien de lo que es malo; por el contrario, estima una gran desgracia cuando por casualidad piensa mal de aquello que es bueno. (In Ps. 147, 15-16)

Sea, pues, la paz tu amable compañera; sea tu corazón la casta morada de esta virtud; ten con ella amistad inalterable y no áspera compañía; vive a ella unido por vínculos de indisoluble unión y amistad.

Es más difícil alabar la paz que tenerla.

Al querer alabarla, te esfuerzas para encontrar conceptos y adaptar las palabras; al contrario, si la quieres tener, la tendrás y la poseerás sin fatiga alguna.

Son dignos de alabanza los que aman la paz. A los que la odian, es mejor, mientras están en esta disposición, pacificarlos con alguna buena máxima o con el silencio que irritarlos con el reproche.

El verdadero amigo de la paz ama a los que son enemigos de ella.

Si verdaderamente amas la paz, tendrás compasión de quien no ama lo que tú amas y no tiene lo que tú tienes.

Es tal la cosa amada por ti, que no debes envidiar a cualquiera otro que la posea, pues cualquiera que posea contigo la paz no te quita a ti nada de tu posesión.

En las demás cosas humanas es difícil no sentir la envidia de aquel que las posee.

Si amas, si tienes, si posees la paz, llama a cuantos te plazca para disfrutar contigo de su posesión; tendrás más cuanto mayor sea el número de los poseedores.

Una casa no puede contener muchos inquilinos a la vez; pero la paz es una posesión que, con multiplicarse los poseedores, se multiplica ella misma. (Serm. 357,1)

* * *

¡Oh Señor, qué bueno es amar la paz! Amarla es lo mismo que tenerla.

¿Y quién no desea ver aumentado aquello que ama? Si quiero que sean pocos los que estén en paz conmigo, será poca también la paz que tendré.

Para que esta posesión crezca, es necesario que yo aumente el número de poseedores.

No necesito dinero para procurarme el objeto amado ni debo acudir a un abogado para obtenerlo; dondequiera que esté, me basta amar la paz para tenerla.

Es un bien del espíritu, y, por tanto, no lo reparto con los amigos al modo que reparto el pan.

Si distribuyo el pan, cuanto más sean los que de él participen tanto más pequeña será la cantidad que tomo para darles.

La paz es como aquel pan que se multiplicaba en las manos de tus discípulos a medida que lo iban repartiendo.

Dame, Señor, la paz para poder atraer a ella a los demás. Poséala yo en primer lugar.

Arda primeramente en mí el fuego, para que yo pueda encender a otros. (Serm. 337,2-3)

CAPITULO XII

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt. 5,10)

Muchos son los que sufren tribulaciones. Pero si es idéntica la pena, no lo es la causa.

Muchos y grandes males sufren los malhechores, los ladrones, los homicidas, los malvados de toda clase; muchos son también los que padecen los mártires; pero lo que hace al mártir no es la pena, sino la causa.

Por tanto, cualquiera que seas tú, que vives en este mundo, trata de que tu casa sea buena; así, aunque tengas que sufrir en este mundo, saldrás de él acompañado de la bondad de tu causa. (Serm. 327.1-2)

Atiende a la bondad de la causa y no te inquiete la pena.

Si no aciertas en esta elección, tendrás que sufrir en esta vida y en la otra.

No te hagan mella los suplicios y penas de los malhechores, sacrílegos y enemigos de la paz y de la verdad. Estos no mueren por la verdad, sino que mueren porque quieren impedir que la verdad sea anunciada, que la verdad sea predicada, que la verdad sea abrazada, que la unidad sea amada, que la caridad sea apreciada y que la eternidad sea alcanzada.

¡Oh, qué pésima causa! Así que sus sufrimientos nada valen.

Tú, que de tus padecimientos haces gala, ¿no ves que había tres cruces sobre la montaña cuando padeció el Señor?

Murió Cristo entre dos ladrones; la diferencia entre el uno y los otros estaba no en los padecimientos, sino en la respectiva causa.

El justo no teme el juicio porque nada en él encontrará el fuego que purificar. Donde no hay más que oro puro, ¿qué temor puede haber al fuego?

Dice el Salmista: *Defiende mi causa.* ¿Dijo por ventura: «Defiende mi pena»? No; pues se le hubiera respondido: «También el ladrón sufrió la pena».

¿Dice acaso: «Defiende mi cruz»? También allí fue colgado el adúltero.

¿Dijo quizá: «Defiende mis cadenas»? ¿No las llevaron muchos bandoleros?

No dijo tampoco: «Defiende mis llagas». Porque muchos criminales a hierro murieron.

Así, pues, viendo el Salmista que los sufrimientos eran comunes a buenos y malos, alzó la voz y dijo: *Defiende mi causa de la gente no santa,* que si defiendes mi causa, coronarás mi paciencia. (Sal 42,1; Serm. 325,2)

Son verdaderamente mártires aquellos de quienes el Señor dice: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.*

No se comprenden, por tanto, los perseguidos justamente por sus iniquidades, sino los perseguidos inicuamente por causa de la justicia; éstos son los verdaderos mártires. (Ep. 185,9)

Si no fuera la causa, y sí la pena lo que hace al mártir, habría dicho más exactamente: Bienaventurados los que son perseguidos, sin necesidad de añadir: por la justicia. (Ep. 106,14)

No te glories de sufrir; manifiesta antes la causa.

Tú muestras la pena; yo busco la causa.

Tú dices: «He padecido»; yo pregunto: ¿por qué has sufrido?

Porque si miramos nada más los sufrimientos, también los ladrones serán coronados.

Si toda la gloria estuviese en los sufrimientos, el mismo diablo se podría gloriar.

Elige bien primero la causa y sufre luego tranquilo la pena; que si sufres la pena por la buena causa, después de la pena recibirás la corona. (Serm. 328,4)

* * *

Tú, Señor, te has hecho mi refugio y el sostén de mi esperanza.

Y darás a los limpios lo que han merecido sus obras, y en pago de su malicia los destruirás.

Estoy convencido que por medio de los malvados me pruebas y afliges, haciéndolo así para enseñarme a merecer la herencia eterna. Por medio de los hombres perversos me procuras la ventaja de ejercitar y de perfeccionar mi amor, que tú quieres que extienda hasta mis enemigos.

No; no será perfecta mi caridad hasta tanto no procure el bien y se lo proporcione al que me haya hecho mal y hasta que no ruegue por el que me persigue. (Mt 5,44)

De este modo será vencido el mismo demonio y yo alcanzaré la corona de la victoria.

Este es el bien que me procuras por medio de los hombres malvados; pero no recibirán el pago de sus acciones según el bien que a mí me causan, sino según lo que merece su malicia.

¡Cuán inmensos no son los beneficios que nos has procurado por medio de la traición de Judas!

Su traición fue causa de tu Pasión, por la cual fueron redimidos y salvados todos los pueblos; mas no por eso recibió el traidor recompensa alguna, sino que le fue aplicado el suplicio debido a su malicia.

Porque no te entregó a tus enemigos por nosotros, sino que fue la codicia del dinero lo que le indujo a venderte, si bien tu entrega a los enemigos ha sido nuestra recuperación y tu venta ha sido causa de nuestro rescate.

Lo mismo los perseguidores de tus fieles; al perseguirlos en la tierra, les abrían las puertas del cielo; de modo que mientras intencionalmente les inferían daños en la vida presente, sin saberlo les procuraban una ganancia cierta para la vida futura.

Como la bondad de los justos es perjudicial para los malos, así también para mí puede ser de provecho la iniquidad de los malvados.

Mis armas de defensa son, a mi izquierda, la malicia de los injustos, y a mi diestra, tu gloria, la buena reputación, la verdad y la virtud

Por tanto, retribuirás a los malvados no según los bienes de que son ocasión para mí, sino según la malicia por la que aborrecieron sus propias almas, ni tampoco los honrarás según el beneficio que por ellos me proporcionas, sacando, como tú sabes hacerlo, de los males bienes, sino que los destruirás conforme lo merece su malicia. (In Ps. 93,28)

CAPITULO XIII

La paciencia con los malvados

Es manifiesto que muchos que se dicen fieles no viven como tales ni sus costumbres están en armonía con la gracia que recibieron. Alaban al Señor con la boca, pero le ultrajan con su vida.

Es también cierto que entre el número de estos fieles andan muchos como granos perdidos entre un montón de paja y que, como granos, soportan el trillo en la era; pero se consuelan con la esperanza de ser recogidos en el granero.

Estas son las dos clases de hombres que constituyen la Iglesia de Dios.

En la Iglesia reconocemos la era del Señor, donde tendrá lugar la separación el día del juicio; allí deseamos pertenecer después de la resurrección al montón de trigo y anhelamos ser llevados al granero de la vida eterna.

En el cielo no habrá paja, como en el infierno no habrá trigo. (Serm. 376,3)

La separación entre los buenos y los malos tendrá lugar el día del juicio; entonces habrá una separación verdadera y cesará la mezcla de ahora.

También al presente estamos separados, si no por el lugar, al menos por las costumbres, los sentimientos, las aspiraciones, la fe, la esperanza y la caridad.

Vivimos en medio de los malvados, pero es diferente nuestra vida; hay una distinción oculta y una separación que no aparece; como están los granos en la era, no como en el granero.

En la era, los granos están mezclados y separados: separados, porque ya están desgranados de la espiga; mezclados, porque aún no han sido separados de la paja.

En el día del juicio la separación será manifiesta a todos; como lo fue la de las costumbres, lo será entonces la de la vida, y como ahora la hay de las almas, la habrá entonces de los cuerpos. (In Jo. 19,18)

En el día del juicio el fuego precederá al Juez, y a su alrededor se formará una gran tempestad. (Sal 49,3)

Esta tempestad arrebatará toda la paja de la era, y el fuego destruirá todo lo que el viento haya arrastrado. (In Jo. 4,2)

No te separes, no te dividas: ¿Eres trigo? Sufre la compañía de la paja hasta que llegue el tiempo de la limpia.

¿Deseas ser separado de la era? Mira que fuera de la era te distinguirías como trigo y estarías expuesto a que los pájaros te comiesen. (Mt 3,12)

Además, ten presente que por el hecho de poder ser llevado por el viento y volar, manifestarías que eras paja; y siendo tan ligero, vendría el viento y te arrastraría de entre los pies de los bueyes que trillan.

Los que verdaderamente son trigo, soportan con la paja la trituración, y mientras se congratulan de ser grano, gimen entre la paja, en espera del aventador, que saben es su verdadero libertador. (In Ps. 149,3)

Por tanto, para que puedas llegar al reino de la inmortalidad, procura permanecer en la era con el peso de la caridad. (Serm. 228,2)

Oye lo que dice el Señor: *Yo juzgo entre oveja y oveja y entre carneros y cabritos*. (Ez 34,17)

¿Qué hacen aquí los cabritos en el rebaño de Dios? Se alimentan de los mismos pastos y beben en las mismas fuentes; y aunque destinados a la izquierda, se mezclan con los que estarán a la derecha; y si bien son ahora tolerados, serán después separados,

ejercitando, entre tanto, la paciencia de ovejas, que imitan el ejemplo de la paciencia de Dios.

Dios, pues, hará la separación de los otros a la derecha.

Ahora que Dios calla, ¿tú desearías hablar?

Y ¿de qué, pregunto, querrías tratar? Precisamente de lo que él calla, esto es, de la venganza del juicio, no de la invitación a la enmienda.

¿Quieres separar cuando todavía no separa él?

Tolera Dios que viva mezclado todo lo que sembró y te empeñas tú en limpiar el trigo antes que esté en sazón, sin darte cuenta de que, con el aire que tú puedas darle, quedará muy mal limpio y separado.

Disgustados los criados al ver la cizaña, y doliéndose de que estuviese mezclada con la buena semilla, dijeron al dueño: *¿No sembraste buen grano en tu tierra? ¿De dónde procede esa cizaña?* (Mt 13,28)

Contestó dando explicación de la existencia de la cizaña, pero no les permitió arrancarla hasta que llegase tiempo oportuno.

Aunque dichos criados estaban indignados contra la cizaña, sin embargo, solicitaron un consejo y un mandato de su señor.

Les desagradaba, es cierto, verla mezclada con el trigo, pero comprendían, como buenos siervos, que sí por propia iniciativa se resolvían a arrancar la cizaña, serían ellos contados entre la mala hierba.

En previsión de ello esperaron el precepto del dueño y pidieron instrucciones a su señor: *¿Quieres que vayamos a arrancarla? No,* -fue la respuesta, y les indicó la causa de la negativa-: *No sea que al arrancar la cizaña, arranquéis juntamente el trigo.* (Mt 13,28)

Así calmó la indignación de los criados sin dejarlos descontentos. Grave cosa les parecía que hubiera cizaña entre el trigo, y grave era sin duda alguna; pero una cosa es la condición del campo y otra el descanso del granero.

Sé tolerante, puesto que para eso has nacido; sé tolerante, porque quizá tú también has sido tolerado.

Si fuiste siempre bueno, sé misericordioso, y si alguna vez fuiste malo, no pierdas la memoria.

¿Quién hay que sea siempre bueno? Si Dios te examinase a fondo, le sería más fácil encontrarte aun ahora malo que a ti demostrar que has sido siempre bueno.

Por tanto, hay que tener paciencia con la cizaña entre el trigo, con los cabritos entre las ovejas y con los malos entre los buenos.

Pasará la mezcla del campo, y vendrá la separación en el tiempo de la siega.

Ahora quiere el Señor que, a su ejemplo, ejercites la paciencia, diciéndote: «Si yo quisiera juzgar con toda rectitud ahora, ¿correría peligro de ser engañado?

Pues si yo que juzgo siempre rectamente, y que no puedo equivocarme, difiero mi juicio, tú, que ignoras cómo has de ser juzgado, ¿tendrás atrevimiento para juzgar a la ligera?»

Repara cómo, deseando los criados arrancar la cizaña antes de tiempo, no les permitió el dueño hacerlo ni aun en el tiempo de la siega. *Cuando llegue,* -dice-, *el tiempo de la cosecha, mandaré a los segadores.* No dijo: «Os mandaré a vosotros».

Y después, explicando la parábola, añadió: Los segadores son los ángeles. (Mt 13,28)

Y tú, cargado con el peso de tu carne, y que acaso eres todo carne, es decir, carne en cuanto al cuerpo y carnal por el espíritu, ¿te atreverás a usurpar un derecho que corresponde a otros y que ni aun durante la siega estará reservado para ti? (Serm. 47,6)

¡Oh, vosotros, que, siendo pocos entre muchos, vivís bien y pasáis la vida suspirando y gimiendo entre ellos! Pasará el invierno y llegará para vosotros con el verano la hora de la siega; y entonces vendrán los ángeles, que pueden separar el bien del mal sin riesgo de equivocarse.

Nosotros somos siervos, no segadores; nosotros somos hombres, y los segadores son los ángeles.

Nosotros también seremos segadores si como ángeles de Dios concluimos nuestra carrera; pero al presente, cuando nos enojamos por la compañía de los malos, aún somos hombres.

Por tanto, el que cree estar en pie, tenga cuidado de no caer.

¿Pensáis que esta cizaña no sube hasta las sillas episcopales? ¿Pensáis que solamente se la encuentra abajo y nunca en las alturas? ¡Ojalá que no subiera! Os digo de verdad que en lo alto del santuario hay también cizaña y trigo; como en el valle hay cizaña y trigo.

Toleren los buenos a los malos y los malos enmiéndense e imiten a los buenos.

Pertenezcamos todos a Dios, si puede ser, y esforcémonos por acercados a su misericordia, huyendo de la malicia de este siglo.

Busquemos los días buenos, ya que vivimos días malos; procuremos vivir bien estos días malos, para que podamos llegar a los días buenos. (Serm. 73.4)

* * *

¡Oh Señor! ¿Adonde tendré que retirarme para no gemir rodeado de falsos hermanos? ¿Adonde he de ir? ¿Qué debo hacer? ¿Me bastará retirarme a un desierto? También allí me seguirán los escándalos.

Yo camino por la senda de la virtud, ¿será esto motivo para huir de los hombres y no tener que sufrir a ninguno? Pero, y si antes de vivir ordenadamente, nadie hubiera querido soportarme, ¿qué habría sido de mí?

Por tanto, si porque sigo el camino de la virtud rehúso sufrir a los demás, esta falta de paciencia en soportar al prójimo es un indicio cierto de que es nulo mi aprovechamiento.

¿Acaso soy yo tan perfecto que los demás no tengan motivo para aguantarme muchas cosas?

Maravilloso sería que tal ocurriese. Pero supongamos que así es, que nada tienen que sufrirme los demás. Siendo así, tanto más paciente y animoso debo ser para sufrir a los demás cuanto menos ellos deban tolerar en mí. Si no soy carga pesada para los demás, llevaré la de mis prójimos. (In Ps. 99,9)

Toleró Moisés aquellos miles de israelitas que murmuraban contra ti y blasfemaban frecuentemente de tu santo Nombre.

Sufrió David las persecuciones de Saúl, que con su mala vida se había olvidado del cielo y con sortilegios consultaba al infierno; más aún, vengó su muerte y le proclamó digno de respeto como ungido del Señor por el rito sagrado de su consagración.

Soportó Samuel a los indignos hijos de Helí, y a sus perversos nietos; el pueblo, en cambio, poíno querer sufrirlos, fue acusado por la divina verdad y castigado por la divina

severidad; toleró también Samuel al mismo pueblo orgulloso y des- preciador de ti. (Ep. 43,23)

También tú, Señor, sabías quién te había de entregar, y, sin embargo, lo elegiste y asociaste a tu obra.

Por su mala acción obraste un gran bien; y, no obstante, le incluiste en el sagrado colegio de los doce, para que aun en estos pocos no faltase un malvado.

Todo lo dispusiste para darme a mí ejemplo de paciencia, porque tendría que vivir en medio de los malos, y era necesario que, conociéndolos o no, los soportase. Sí, me diste este ejemplo de paciencia, para no desfallecer, cuando tenga que vivir entre los malvados.

Y como aquel colegio no se deshonró por la traición de uno, ¿cuánto más firme debo yo estar al ver que en la Iglesia universal se cumple todo lo que has profetizado acerca de la mezcla de los buenos y malos? (In Ps. 1,31,10)

Si el pintor sabe el modo de colocar las sombras para que por el contraste resulte bella la pintura, ¿no sabrás tú colocar adecuadamente al pecador para que exista orden en la creación?

Si permites a los malvados es para que contribuyan a formar a los buenos.

¿Hay algo más perverso que el demonio? Y, sin embargo, ¡cuántos beneficios has sacado de su perversidad! No habría sido derramada para redención nuestra la sangre del Salvador si no hubiera existido la malicia del traidor. (Serm.301,4)

¡Oh Señor! Ayudado por ti toleraré con paciencia al mundo, soportaré las tribulaciones, sufriré la guerra de las tentaciones.

Que no me separe del camino, y viva dentro de la unidad de la Iglesia, unido a ti y en la caridad.

Que jamás me separe de los miembros de tu Esposa ni me aparte de la verdadera fe, para poder estar con honor en tu presencia. Unido a ti, permaneceré tranquilo, ahora por la fe y después por la visión, de la que tenemos prenda preciosa en el don del Espíritu Santo. (In Ep. Jo. 9,11)

CAPITULO XIV

El amor a los enemigos

Mi recomendación es que imites a Cristo. Si amas a Cristo, ama a todos los hombres; ama a los amigos, ama a los enemigos.

Cristo, pendiente de la cruz, dijo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (Lc 23,34, y Serm. 90,9)

Por ti profirió estas palabras, para que fuesen oídas de todos.

Pudo haber rogado por sus verdugos en silencio, pero así te hubiera privado de este ejemplo.

Pocas son las palabras que constituyen sus enseñanzas; tan pocas, que puede repetirlas cualquier analfabeto; pero de ellas ha hecho depender el éxito de tu causa.

El celestial abogado te enseñó el tenor de tu alegato.

Te enseñó a ser orador; más aún, lo fue él por ti, porque tú eras el reo.

Alégrate porque después será tu juez el mismo que ahora hace de abogado.

Eres deudor de aquel que no puede equivocarse; pero también tienes tú algún deudor.

Lo mismo que tú tienes deudas con Dios, también el prójimo las tiene contigo. Ahora bien: el Señor te tratará según tú te portes con tu deudor.

Puedes descontar tu deuda perdonando las del prójimo.

Si pides al Señor su misericordia, no seas estrecho para concederla.

El Señor prefiere la misericordia a los sacrificios.

No ofrezcas, por tanto, sacrificio que no vaya acompañado de la misericordia, pues si tus ofrendas no van acompañadas de ella, no obtendrás la remisión de tus pecados. (Serm. 386,1-3)

Pero no basta perdonar; es necesario amar.

Desea y pide para tu enemigo "que goce contigo de la vida eterna; ruega también para que sea para ti como un hermano.

Si amas al enemigo con el deseo de que llegue a ser tu hermano, ya amas a un hermano.

No ames en él lo que es ahora, sino lo que quieres que sea.

Dios ama a los pecadores, pero ¿acaso los ama para que sigan siendo pecadores?

Cuando Cristo rogó en la cruz por los pecadores, lo hizo para que se convirtieran; y sólo bajo esta condición se dignó tenerlos como hermanos, y de hecho lo hizo.

Imita a Cristo. ¿Está alguno enojado contigo? El está irritado, pero tú ruega; él tiene odio, tú ten compasión.

Es una fiebre del alma la que le hace odiarte; en cuanto se cure, te dará las gracias.

Si tu enemigo te tiene odio, y éste es injusto, ten presente que es porque le domina el amor del mundo.

Si también tú le odiases, le devolverías mal por mal.

Antes yo lloraba la enfermedad de uno: de aquel que te odiaba; ahora lamento la enfermedad de dos, porque también tú odias.

Si no respeta tu hacienda y te usurpa algo de lo que tienes en este mundo, le odias porque, por causa suya, padeces estrecheces en la tierra.

Pues bien: si no quieres sentir estas penurias, levanta tu consideración al cielo, en cuya inmensidad se dilatará tu corazón, y con la esperanza de la vida eterna, te resultarán llevaderas todas las estrecheces materiales.

Repara cuán poco es lo que te quita, y, además, que ni aun este poco te lo usurparía sin la permisión del Señor, el cual, muchas veces, usa del látigo con sus hijos.

El enemigo es en las manos de Dios a manera de cauterio.

Si Dios ve que es útil para ti, le permite que te despoje, que te maltrate y que te hiera. De este modo, el Señor, por medio de él, te cura; desea tú también la salud de tu enemigo.

Si amas a tu enemigo, Dios morará en ti, y el amor de Dios será perfecto en ti.

Empieza a amar y serás perfecto.

En cuanto comiences a amar, empieza el Señor a habitar en ti. Ámale, pues, cuando comienza a morar en ti, para que, habitando en ti más perfectamente, te haga a ti también perfecto. (In Ep. Jo. 8,10-12)

Cristo, pendiente de la cruz, dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Imita a tu Maestro, Dios y Señor tuyo. ¿Será muy trabajoso para ti imitarle? Pues bien: él te ha dado ejemplo para que obres conforme a lo que él practicó.

Y si te parece mucho pedirte que imites a tu Señor, pon los ojos en Esteban, siervo suyo como tú.

Ya que por tener los ojos enfermos no puedes fijarlos en el sol, ponlos al menos en esta antorcha. (Serm. 317,3)

Cristo, al morir en la cruz, dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (Lc 23,46)

Habló así como hombre, como crucificado, como nacido de mujer, como revestido de un cuerpo mortal; como próximo a morir por ti y ser depositado en el sepulcro; como destinado a resucitar al tercer día y subir a los cielos.

Ahora escucha a Esteban: Señor Jesús, recibe mi espíritu. (Hech 7,58)

Rogaba por sí mismo, pero se acordó también de otra cosa en la que debía imitar a su Maestro. (Serm. 316,3)

Ruega por sí estando en pie; pero para rogar por sus enemigos se puso de rodillas.

Sabía que oraba por grandes culpables, y que era tanto más difícil ser oído cuanto ellos eran más pecadores.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, dijo el Señor en la cruz.

No les imputes, Señor, este pecado, exclamó Esteban de rodillas y bajo una granizada de piedras. (Serm. 319,3)

Cuando el primero de los mártires, Esteban, derramó su sangre por Cristo, parece que una corona descendió del cielo, como ofreciéndose por galardón a cuantos siguiesen las huellas de tan generoso luchador.

Desde entonces la tierra viene presenciando numerosos martirios.

Cuantos dieron su sangre por Cristo, se ciñeron a las sienes aquella espléndida corona, dejándola intacta a los venideros.

Ahora está suspendida del cielo. Cualquiera que sienta deseos vehementes de ceñírsela, tienda rápidamente al vuelo hacia ella.

Quien suspire por la corona, siga las huellas de Esteban. (Serm.314,2)

* * *

Así, Señor, obró Esteban; pero no lo hizo con sus fuerzas o de por sí, sino por obra de tu gracia.

Si con la ayuda del cielo lo hizo, ¿acaso penetró en los tesoros de la gracia, cerrando tras sí la puerta? ¿Derribó el puente cuando hubo él pasado?

¿Es mucho empeño para mí? Pediré también como él. La fuente no se agotó; aún mana copiosamente. (Serm. 315,8)

Sé qué es lo que debo hacer; acudiré a la oración.

En vez de responder a las injurias con injurias, rogaré por el que me ofende.

Cuando sienta impulsos de responder con palabras ofensivas, te hablaré a ti en su favor.

Sí, Dios mío, hablaré en tu presencia; para lo cual no necesito hablar ni mover los labios, basta el grito del corazón.

Allí donde nadie me ve, procuraré ser bueno con él.

Y aun cuando él fuera perturbador de la paz y litigase contra mí, le responderé pacíficamente: «Di lo que quieras; por mucho que me odies, por mucho que te empeñes en ofenderme, eres mi hermano".

Reconozco en ti la imagen de mi Padre.

Eres mal hermano, pero hermano al fin, pues dices como yo: Padre nuestro, que estás en el cielo.

Siendo una misma nuestra plegaria, ¿por qué no hemos de estar unidos?»

«Atiende, te suplico, a lo que dices conmigo y detesta lo que contra mí obras.

Repara en las palabras que tú mismo dices; escucha no lo que yo digo, sino lo que tú pronuncias».

«Atiende a que decimos: Padre nuestro, que estás en el cielo.

lo decimos no a un amigo, no a un vecino, sino al mismo que nos manda vivir concordes.

Si ante el Padre común son idénticas nuestras oraciones, ¿por qué no hemos de profesarnos mutuamente el mismo amor?» (Serm. 315,3,4,7)

LIBRO SEXTO

La purificación del corazón

SEXTO GRADO DE LA PERFECCION CRISTIANA

Se llega al sexto grado con la purificación del corazón. A fin de que nuestras acciones buenas y laudables y nuestros puntos de vista, ingeniosos y sagaces, no tengan por mira agradar a los hombre ni satisfacer las exigencias de la carne (Ep. 171, A,1.2.)

CAPITULO I

El peligro de la humana alabanza

Aunque tu alma se encuentra en gran parte ya purificada, es difícil que no la empañe algún afecto desarreglado, derivado de la misma bondad de las acciones rectas, como es, por ejemplo, el de la humana alabanza.

No vivir virtuosamente es un gran daño; vivir rectamente y no querer ser alabado por ello, ¿no sería ir contra la inclinación humana, cuyas condiciones son ciertamente tanto más infelices, cuanto menores simpatías encuentra la vida virtuosa de los hombres?

Si aquellos entre quienes vives no te alaban por tu buena vida, están en un error; si te alaban, tú estás en peligro, a no ser que tu corazón sea tan puro y sencillo que el móvil de tus buenas obras no hayan sido las alabanzas de los hombres, y que

te complazcas en las alabanzas de los que aprueban tu buen comportamiento, más por ellos que por ti; que estás dispuesto a obrar bien, aunque nadie te alabe, y comprendes que la alabanza que a ti te dan, les aprovecha a ellos, si no pretenden honrarte a ti, sino al Señor, de quien es templo santo todo el que vive bien.

No debes, por tanto, atender a las alabanzas en el bien que haces ni tenerlas como fin de tus acciones virtuosas, de modo que no obre jamás cosa alguna buena por agradar a los hombres.

No tendrás sencillez de corazón si no eres superior a las alabanzas humanas y si, al obrar bien, no atiendes únicamente al agrado de aquel que con su mirada penetra las conciencias.

Todo lo que procede de la pureza de tu conciencia es tanto más laudable cuanto menos desees las alabanzas de los hombres.

Debes evitar ante todo practicar el bien, y en ello cifrar tu dicha, para que te vean los hombres; de otra suerte no tendrás derecho a recompensa alguna de parte del Padre, que está en el cielo. No digo si eres visto de los hombres, sino si vives virtuosamente para ser visto de los hombres. (De Serm. Domin. II, 1)

No es la voluntad del Señor que tú escondas a los ojos de los hombres el bien que haces por el temor de ser visto.

Si recelas tener quien te vea, no tendrás tampoco imitadores. Debes, por tanto, ser visto; pero no debes obrar para ser visto.

Ño debes cifrar el colmo de tu gozo en ser visto ni hacer consistir en ello tu mayor alegría, creyendo que has conseguido el mayor fruto de la buena acción cuando hayas sido visto y alabado.

Todo esto es nada: cuando te alaban, despréciate a ti mismo y deja que sea alabado en ti aquel que por ti obra.

Jamás busques en el bien obrar la alabanza, sino procura la gloria de aquel que te da la gracia para hacerlo.

De tuyo no tienes más que el obrar mal; del Señor te viene el vivir virtuosamente. (In Ep. lo. 8,2)

Importa mucho saber cuál es la mira que te propones al obrar el bien.

El cumplimiento de un deber no se aprecia por el deber que cumples, sino por eljin que te propones.

Por amor de las alabanzas humanas, ¡cuántas cosas grandes no hayan realizado esos que el mundo llama grandes! Mas porque buscaron la gloria, no ante Dios, sino ante los hombres, y por ello vivieron al parecer con prudencia, fortaleza, templanza y justicia, ya recibieron su recompensa: una recompensa vacía, como vacíos fueron ellos.

No hay, sin embargo, por qué culpar a las humanas alabanzas; porque ¿qué otra cosa mejor pueden desear los hombres sino que les agrade lo que deben imitar?

Más bien corrígelas, refiriéndolas a la gloria de Dios, del cual procede todo lo que en ti justamente es alabado.

Finalmente, ni aun por el mismo bienestar temporal debes hacer las obras virtuosas, sino por el que esperas en la eternidad, donde gozarás de aquel bien inmutable, que Dios te dará, o mejor, que será para ti Dios mismo.

Si los santos hubieran tenido como fin de sus obras el bienestar temporal, jamás los mártires de Cristo habrían realizado la proeza de confesar la fe con la pérdida de su vida. (In Ps. 118,12,2)

Para el virtuoso es una gran virtud despreciar la gloria, porque este desprecio sólo es manifiesto a los ojos de Dios y no al juicio y a las miradas de los hombres.

Porque cualquier cosa que haga delante de los hombres, por la que aparezca como despreciador de la gloria humana, aunque se crean que lo hace para conseguir mayor alabanza, esto es, para procurarse mayor gloria, no tiene por qué hacer manifiesto a los demás que no obra por aquello que se sospecha de él.

El que no se preocupa de los falsos juicios de los que le alaban no se preocupa tampoco de los juicios temerarios. (De Civ. Dei 5,19)

Si has abrazado la continencia, ten presente que esto es motivo de sospechas por parte de nuestros prójimos, malos y envidiosos.

Sus críticas son la prueba de la virtud.

Si en la práctica de la continencia buscas las alabanzas de los hombres, desfallecerás ante las humanas murmuraciones.

Aun siendo perfecto observador de la virtud profesada, verás que el mundo te juzga quizá disoluto, y sospecha de ti, te censura y tiene placer en denigrarte, porque las almas malévolas experimentan cierta dulzura en sospechar lo peor.

Y así, si por las alabanzas humanas profesaste esta virtud, las críticas y murmuraciones de los hombres harán vano tu intento y perderás todos los méritos que esperabas alcanzar.

Si aprendes a decir con el Apóstol: *Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia,* (2Co 1,12) la maledicencia no sólo no te disminuirá el premio, sino que te acrecentará la recompensa.

Tú, no obstante, ruega por tu enemigo, a fin de que lo que a ti te acrecienta el premio no le sea a él causa de muerte. (Serm. 354,3)

En el tribunal de Cristo recibirás según lo que de bueno o de malo hayas en esta vida.

Si el móvil de tus acciones han sido las alabanzas de los hombres, quitadas éstas, pierden tus obras todo su valor, y te acostumbrarás a no buscar más que aquello en que tu espíritu suele recrearse.

No busques el testimonio de los hombres, que no ven el corazón, sino la aprobación de aquel que lee en el fondo de tu conciencia.

Ante el tribunal de Cristo cada uno dará cuenta de sus actos, sin que pueda servirle de provecho el testimonio de los demás; a los ojos de Dios están patentes los secretos del corazón, y nosotros apenas podemos obtener sobre ellos el testimonio de la propia conciencia.

Huye de los aduladores: los que te alaban te inducen a error.

Es preferible la reprensión de los justos a la aprobación de los pecadores. (De Civ. Dei 22,59)

Ponte en guardia para no ser engañado por otro y para no engañarte a ti mismo.

Si crees que vales algo, cuando en realidad eres nada, te engañas a ti mismo.

No son tus aduladores los que te engañan, sino más bien tú mismo, porque, debiendo conocerte mejor que los otros, prefieres conocerte por la opinión de los demás antes que por el dictamen de tu propia conciencia.

Procura, pues, que tu modo de obrar sea recto, y entonces solamente en ti mismo buscarás tu gloria, esto es, en la aprobación de tu conciencia y no en la ajena, en las alabanzas engañosas de otro.

Tú solo deberás llevar tu carga; los aduladores no podrán disminuir en nada el peso que gravita sobre tu conciencia.

¡Quiera el Señor que acaso no lo aumenten!, porque muchas veces ocurre que, por temor de disgustarlos, disminuyes tu mérito, sea porque descuidas el deber de la corrección o porque realizas en su presencia y con jactancia alguna obra tuya en vez de darles ejemplo de constancia en las obras virtuosas.

No me refiero ahora a los engaños y a las mentiras a que pudieras recurrir para captarte la estimación ajena.

¿Es posible suponer ceguedad más perniciosa que la de explotar el engaño del prójimo, para alcanzar una gloria vana y despreciar el testimonio de Dios presente en tu corazón? (In Ep. Ad Gál. 59)

* * *

Mírame, Dios mío, en tu presencia; sabes que no miento y que mis labios reflejan fielmente mi corazón.

¡Ay de mí, que ni siquiera sé qué es lo que no sé!

Enciende Señor, Dios mío, mi antorcha e ilumina mis tinieblas. (Conf. 5,25)

Iluminado por ti, diré: «Corríjame el justo, repréndame con caridad; pero que el bálsamo del pecador no unja jamás mi cabeza». (Ep. 108,6)

Prefiero ser humillado por la severidad sincera del misericordioso que elevado por adulaciones mentirosas.

Desearé siempre ser caritativamente reprendido, y aun abofeteado por el justo, antes que recibir alabanzas adulatorias del pecador. (Ep. 140,74)

Aquellos que se congratulan de sí mismos, te desagradan a ti, sea porque se gloríen de las cosas, que son tuyas, como si fueran suyas propias; sea porque lo hagan como dones tuyos, pero creyéndolos merecidos; sea, en fin, porque los atribuyan únicamente a tu gracia, pero sintiendo que otros los tengan, y envidiándoles si los tienen.

En todos estos y semejantes peligros y trabajos, tú ves que tiembla mi corazón, y que siento más el que tengas que sanar mis heridas que el que no se me inflijan. (Conf. 10,37)

Bien veo en ti, Verdad eterna, que de las alabanzas que me den no debo alegrarme por el bien mío, sino por el provecho de mi prójimo.

Mas no sé si lo hago así, porque mejor te conozco a ti que a mí mismo en este punto.

Te lo suplico, Dios mío: que yo me conozca perfectamente para que a todos mis hermanos, que te pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesión todo cuanto haya en mí de heridas y de llagas.

Quiero examinarme de nuevo y con mayor cuidado.

Si es verdad que me complazco en mis alabanzas por el provecho del prójimo, ¿por qué la crítica que injustamente se hace a otro me contrista menos que si se me hiciera a mí?

¿Por qué me duele más el ultraje que a mí se me hace que el que en mi presencia se infiere a mi prójimo, siendo igual la malicia de uno y otro? ¿También ignoro esto?

¿Había de llegar a tanto que me engañase a mí mismo y que en presencia tuya faltase a la verdad con el corazón y con la boca?

Aparta, Señor, lejos de mí tan gran locura, y no permitas que mi boca, delante de ti, oculte mis defectos, ni sea como el aceite con que, en frase de David, desfigura el pecador su rostro. (Conf. 10,37)

.

CAPITULO II

La rectitud de intención

Con la santidad de tus actos, prepárate para alabar todo el día al Señor.

¿Será posible que alguien pueda alabarte durante todo el día? Escucha un medio, por el que, si quieres, puedes alabar a Dios todo el día: «Cuanto hagas, hazlo bien», y alabas a Dios.

Cuando cantas salmos, alabas al Señor; pero ¿qué importa el canto de la lengua si no lo acompaña el de tu conciencia? (In Ps. 34,2,16.)

Dios no te pide palabras, sino tu corazón.

Si el Señor tuviera oídos corporales y tuviera necesidad de escuchar el sonido de la voz, en el caso de que quedaras privado de la lengua estarías en la imposibilidad de alabarle; pero como lo que él busca es el corazón, a éste atiende, y allí en tu interior es testigo y juez que aprueba, ayuda y corona; basta que le ofrezcas tu voluntad.

Cuando buenamente puedas, alábale con la boca; cuando esto sea imposible, alábale con el corazón, bendícele interiormente, ofrécele con el corazón sobre el altar de tu conciencia víctimas santas. (In Ps. 134,11)

Dios no atiende tanto a aquello que se hace cuanto a premiar la buena voluntad.

Sabe que no realizaste lo que deseabas; pero, si tu voluntad era recta, lo registra en su libro, como si de hecho lo hubieras ejecutado. (Serm. 18,5)

Si no puedes imitar a los mártires, síguelos con el deseo; si no puedes alcanzar su gloria, alégrate por sus victorias; si no puedes imitarlos en el martirio, hazlo, por lo menos, con la intención; si no puedes sufrir sus tormentos, compadécete de sus sufrimientos, y si no puedes conseguir su dignidad, conserva con ellos la unidad.

No es poco para ti ser miembro de un cuerpo del cual son también miembros aquellos a quienes no puedes igualarte.

Gran cosa es, tratando de la imitación, alegrarnos de las virtudes de los buenos.

Ellos son grandes y tú pequeño; pero el Señor bendice lo mismo a los pequeños que a los grandes. (Serm. 280,6)

Frecuentemente los buenos y los malos hacen y padecen las mismas cosas; de aquí que no son las acciones ni los sufrimientos los que distinguen a unos de otros, sino el motivo por el cual obraron y sufrieron.

Faraón oprimía al pueblo escogido con trabajos pesados; Moisés también afligía con duros castigos a este mismo pueblo cuando lo veía abandonar a su Dios.

Igual era el modo de obrar; pero no era idéntica la voluntad de producir bien; aquél lo hacía hinchado de su poder; éste, inflamado de amor.

En un mismo lugar se levantaron tres cruces: de una pendía un ladrón para recibir la absolución; de otra, otro que había de escuchar la confirmación de su condena; en la del medio estaba Cristo, que había de absolver al primero y condenar al segundo. ¿Puede darse mayor semejanza que estas tres cruces? ¿Puede haber mayor diversidad que la de los tres crucificados?

Los malos persiguen a los buenos y los buenos a los malos: aquéllos, dañando injustamente; éstos, corrigiendo disciplinariamente; aquéllos, con ensañamiento; éstos, con moderación; aquéllos, influidos por la codicia; éstos movidos de la caridad.

El que descuartiza no se preocupa de como saja; el que cura atiende a lo que debe cortar: el uno quiere destruir el cuerpo, el otro extraer la infección.

Los impíos martirizaron a los Profetas, y los Profetas dieron también muerte a los impíos.

Los judíos azotaron a Cristo, y Cristo azotó a los judíos.

Los Apóstoles fueron entregados por los hombres al poder de las potestades humanas, y ellos entregaron a los hombres al poder de Satanás,

En todos estos casos, ¿de qué se trata sino de saber quién obró por la verdad, quién por la injusticia, quién con intención de dañar y quién con el deseo de corregir? (Ep. 93,6-8)

Una acción es verdaderamente buena cuando la intención del que obra va impulsada por la caridad, y retrocediendo, por decirlo así, a su propio puesto, vuelve a descansar en la caridad. (De Cat. Rud. 11)

¡Cuántos son los cismáticos y herejes que se hacen pasar por mártires! Se ilusionan creyendo darla vida por sus hermanos; pero si así fuese, no se separarían de la unión universal de todos los hermanos.

¡Cuántos otros, por ostentación, distribuyen largamente favores y dones, y no tienden sino a conquistar alabanzas humanas y popularidad, que son como una pompa dejaban, sin consistencia alguna!

Entra en tu conciencia y examina con detención qué es lo que haces, y mira a ver si las ramas que fructifican buenas obras tienen sus raíces en la caridad.

Reflexiona sobre lo que obras, y entonces es como tendrás la gloria en ti mismo y no en los otros. No busques la aprobación del testimonio ajeno; conténtate con que sea bueno el testimonio de tu conciencia.

Podrás disimular tus intenciones a los hombres, pero ¿cómo podrás engañar a Dios? Acércate a él confesando tus delitos; no huyas de él para ocultarlos, pues esto es imposible, mientras lo otro puedes hacerlo siempre.

Alimenta en ti la caridad: ella sola conduce a la vida, y que tu conciencia dé testimonio de su conformidad con Dios.

No quieras justificar tu conducta ante los hombres, pues ni sus alabanzas te elevan al cielo ni sus vituperios te pueden hacer caer de esa altura.

Conténtate con que te vea aquel que te ha de dar el premio y no quieras más testimonio que el del juez que te ha de coronar. (In Ep. Io. 6,2-3)

Si tu corazón se pega a tierra, esto es, si en el obrar te propones como fin de tus actos el ser visto de los hombres, ¿cómo puede ser puro lo que se contamina con cosas bajas?

Si, por el contrario, se eleva al cielo, se purificará, porque puras son todas las cosas del cielo.

Cualquier naturaleza comienza a ser impura cuando se mezcla con otra de inferior calidad, aunque no sea impura. El mismo oro es impuro si se mezcla con plata auténtica. Así le ocurre a tu espíritu: los deseos terrenos lo mancillan, aunque la tierra de por sí nada tenga de impuro.

Desprecia todo lo terreno si quieres atesorar en el cielo.

Ten presente que tus obras serán puras y agradables a los ojos de Dios, siempre que vayan acompañadas de la sencillez de corazón.

No te detengas, pues, solamente en lo que haces, sino atiende muy de veras al espíritu e intención que te mueve a obrar. (De Serm.Dm.2,13)

* * *

Dame, Señor, un corazón sencillo: que yo pueda merecer tu reino haciendo el bien a todos y no pensando, después de obrar rectamente, en motivos temporales, sino eternos. (De Serm. Dm. 2,17)

Si atiendo a una ocupación, que te alabe mi alma.

Si tomo alimento, que cumpla lo que dice el Apóstol: *Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo a la mayor gloria de Dios.* (1Co. 10,13)

Hasta cuando duermo, que mi alma te alabe, y no me despierte el pensamiento torpe, ni la idea del hurto, ni cualquiera otra inmundicia.

La sencillez de mi corazón, aunque en el sueño, sea la voz de mi alma, que continuamente dice: «Que te bendiga, Señor, mi alma, y todas mis potencias alaben tu santo Nombre».

Sí, que te bendiga mi alma, y para que siempre os alabe, que no se olvide jamás de todos tus beneficios. (In Ps.102.2-3)

Ilumíname, Señor, para que aprenda a examinarme interiormente; ayúdame a meditar y ponderar todas mis obras buenas y a hacerlas movido de la caridad y sin esperar recompensa alguna terrena, sino poniendo los ojos tus promesas, en la dicha de verte cara a cara.

Nada son para mí todas las cosas que me prometes si no eres tú mismo.

¿Qué es toda la tierra? ¿Qué el inmenso mar? ¿Qué todo el cielo? ¿Qué son todos los astros?

¿Qué el sol? ¿Qué la luna? ¿Qué el ejército de los ángeles? Más que sed y hambre de todas estas cosas la tengo de ti, Creador de todas ellas.

A ti te digo: *En ti está la fuente de la vida*. A lo que tú me respondes: *Yo soy el pan bajado del cielo.* (Sal 35,10 y Jn 6,41)

Tenga sed y hambre mi alma durante la peregrinación para que quede satisfecha cuando llegue la hora de estar en tu presencia.

El mundo me sonríe con muchas cosas hermosas, variadas y consistentes, pero eres más hermoso, más fuerte, más suave tú, que las hiciste. *Me saciaré cuando se manifieste tu gloria.* (Sal 16,15 y Serm. 158,7

CAPITULO III

La soberbia, principio de todos los pecados

La soberbia es el amor de la propia excelencia. (Serm.364,6)

Gran delito pienso que es la soberbia, porqué delito grave tuvo que ser el que precipitó a los ángeles del cielo, pecado horrible el que los convirtió en demonios, excluyéndoles para siempre del reino de los cielos.

Verdaderamente es gran pecado y principio o cabeza de todos los demás, según lo atestigua la Escritura, que dice: El origen de todo pecado es la soberbia. (Eclo 10,15)

Y para que no lo tengas en poco y lo desprecies como una bagatela, te advierte: *El principio de la soberbia humana es apostatar de Dios.* (Eclo 10,15,14)

He aquí el vicio por el cual, arrojándose a las tinieblas y abusando del libre albedrío, se separa de Dios el alma y, consiguientemente, da en toda clase de pecados, de suerte que quien era compañero de los ángeles queda obligado por la miseria, reducido a ser pastor de puercos, después de haber disipado su hacienda con gente de mala vida.

Para combatir este vicio y grave pecado de la soberbia, Dios nació en humildad.

He aquí la causa, el gran pecado, la grave enfermedad de las almas, que hizo descender del cielo al médico omnipotente bajo la forma de siervo, sufrió afrentas y murió en la cruz, a fin de que, con la eficacia de tan poderoso remedio, desapareciese esta hinchazón humana. (In Ps. 18,2,15)

No te dejes engañar por la soberbia, al ver que es abundante en obras; ten presente que hace algunas muy semejantes o casi iguales a las inspiradas por la caridad.

La caridad da de comer al hambriento, y también lo hace la soberbia; pero la caridad lo hace para que el Señor sea glorificado y la soberbia para ser ella alabada.

La caridad viste al desnudo, y le viste también la soberbia; ayuna la caridad y ayuna la soberbia; la caridad entierra a los muertos y lo hace también la soberbia.

Toda obra buena, que la caridad quiere hacer y hace, pone en movimiento a la soberbia y como que guía sus caballos.

Pero como la caridad es interior, no deja jugar a la mal movida soberbia; no digo que se mueve mal, sino que va mal guiada.

¡Ay. de ti si tu cochero es la soberbia! El precipicio es inevitable.

Y que no sea la soberbia la que mueve a obrar el bien, ¿quién lo sabe? ¿Quién lo ve? ¿Cómo se puede discernir? Observar sus actos.

La misericordia y la soberbia dan de comer al hambriento, hospedan al peregrino e interceden en favor del pobre.

La caridad, es decir, el hombre movido por la caridad, confiesa el nombre de Cristo y sufre por ello el martirio; también el soberbio da la vida confesando a Cristo; pero el uno tiene la caridad y el otro no.

El que no lo hace guiado por la caridad, que escuche lo que dice el Apóstol: *Aunque distribuyese todos mis bienes entre los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovechan estas obras.* (1Co 13,3)

La divina Escritura te invita a prescindir de hacer ostentación, a dejar a un lado esas exterioridades aparatosas y a entrar dentro de ti mismo.

Recógete, pues, en tu conciencia; a ésta es a quien debes preguntar; no atiendas a la pomposidad del ramaje, sino a la raíz que está dentro de la tierra.

¿Es la soberbia la raíz? Pues aunque la apariencia sea la del bien obrar, de hecho no producirá obras buenas. ¿Es la caridad la raíz? Descansa tranquilo; nada malo sucederá.

El soberbio es adulador, como el caritativo es severo. El primero da un vestido y el segundo una bofetada; aquél viste para agradar a los hombres, éste abofetea para corregir con el castigo.

Mucho más acepto al Señor es el castigo de la caridad que la limosna de la soberbia.

Entra, pues, dentro de ti mismo, y en todo lo que hagas ten presente que Dios es testigo.

Y como él ve la intención con que obras, tú examina si tu conciencia no te remuerde de obrar por ostentación. Si así es, todo va bien; estáte tranquilo.

Por tanto, cuando obras rectamente, no debes recelar ser visto, sino el hacerlo por ser visto y alabado. Te vean, si, los hombres, pero para que el Señor sea glorificado.

Cuando, para obrar el bien, te escondes a la vista de los hombres, privas al prójimo del buen ejemplo y disminuye la gloria que Dios pudiera recibir de ello.

En este caso son dos a los que haces limosna, dos los hambrientos: uno de pan y otro de justicia.

Entre estos dos hambrientos te encuentras tú, que obras el bien. Si la caridad da de comer al primero, de ambos se compadece y a los dos procura aliviar, sino que el segundo sólo necesita un buen ejemplo que imitar.

Al dar de comer al primero, debes ofrecerte a ti mismo al otro, ejercitando así la caridad con entrambos; uno quedará agradecido porque has saciado su hambre y el otro bien edificado con el buen ejemplo que le has dado. (In Ep. Jo. 8,9)

No temas: si los soberbios tienen sus festines, también los tienen los humildes.

Manjar del humilde es la justicia, como la soberbia lo es del impío: no es maravilla, pues, que el corazón del soberbio sea insaciable.

Los soberbios pretenden también servir al Evangelio; pero, en realidad, se sirven a sí mismos, porque *sólo piensan en lo que a ellos les interesa, no en lo que se refiere a la gloria de Cristo Jesús*. (Flp 2,2) ¡Ay de aquel que sólo busca su propio interés! (In Ps. 100,10)

Aun cuando obrases milagros, no te vanaglories, alégrate más bien si tu nombre está escrito en los cielos. ¡Desventurado de ti si tu nombre no está escrito en el cielo!

¿Acaso te amenaza porque no resucitas muertos? ¿O porque no caminas sobre las aguas? ¿O porque no arrojas los demonios?

Si has recibido la gracia de hacer cosas grandes, usa de ellas con humildad, no con soberbia, porque, según el testimonio del Señor, algunos profetas falsos obraron milagros y prodigios. (Mt 24,24)

Lejos de ti, por tanto, la ambición mundana; la ambición mundana es soberbia. (In Ep. Io. 2,13)

* * *

¡Oh Señor! Si no estoy perfectamente limpio de este gran vicio que es la soberbia, mis palabras serán agradables a los hombres, pero no lo serán en tu presencia.

El soberbio no tiende más que a agradar a los hombres; el humilde, por el contrario, pone la mirada en su interior, donde tú lees claramente, y procura agradaros a ti, y asi, si agrada a los hombres con sus obras buenas, se alegra con aquellas a quienes placen las acciones rectas, sin pensar en sí, cuya única satisfacción es la de haber realizado el bien.

Mi verdadera gloria, por tanto, consiste en el testimonio de mi conciencia, y así diré: *¡Oh Señor, mi ayuda y mi libertador!* (Sal 18,15)

Mi ayuda en el bien, mi libertador del mal; mi auxilio, para mantenerme en tu amor; mi libertador, para emanciparme de mi maldad. (In Ps. 18,2,16)

CAPITULO IV

La soberbia es el mayor impedimento de la perfección cristiana

La soberbia te impide que seas perfecto; nada hay que se oponga tanto a la perfección. (In Ps. 58,5)

Frecuentemente habrás oído repetir aquella sentencia del Señor: Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos. (Mt 19,14)

Y aquella otra: El que no reciba el reino de Dios como un niño no llegará a conseguirlo. (Mc 10,14-15)

Y en muchos otros pasajes nuestro Señor, queriendo con un señalado ejemplo de humildad abatir la soberbia del hombre viejo, y renovar en la humildad su vida, recurre a la comparación de la niñez.

La soberbia te hace presuntuoso con una grandeza hueca, que te impide caminar por la senda estrecha y entrar por la puerta angosta.

El niño, en cambio, pasa fácilmente por una puerta angosta.

Por tanto, el que no es como un niño, no entra en el reino de los cielos. (In Ps. 112, 1)

Medítalo, pues, medítalo bien y reflexiona: la perfección cristiana consiste en que no hagas tu propia voluntad, sino la de aquel que te ha creado.

Cristo, el maestro de la perfección, dijo: *He venido a cumplir, no mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado.* (]n 6 38)

El soberbio hace su voluntad; el humilde cumple la de Dios.

Pon remedio al vicio de la soberbia y no habrá más iniquidad. Para remediar la causa de todos los males, que es la soberbia, vino al mundo y se humilló el Hijo de Dios.

¿De qué te ensoberbeces, oh hombre? Dios por tu salud se ha hecho humilde.

Comprendo que te desdeñes de imitar la humildad de un hombre; pues bien: imita, al menos, la humildad de Dios.

Vino el Hijo de Dios en forma humana y se humilló; a ti te impone que seas humilde, no que de hombre te hagas bestia. El, en cambio, siendo Dios, se hizo hombre. Toda la humildad se reduce a que te conozcas a ti mismo. (In Jo. 24,15)

Si has encontrado el camino recto, ponte alerta para que la soberbia no te haga perderlo. (Serm. 354,4)

Si ya caminas por él, sirve al Señor sin prescindir del temor de desviarte. Guárdate de la soberbia, porque en el momento que ella entra, huyen los dones de Dios. (Serm. 131,5)

Hasta me atrevo a decir que es beneficioso para el soberbio caer en alguna falta cierta y manifiesta, para que sienta disgusto de sí mismo al ver que su autocomplacencia le ha hecho caer.

Más saludable fue para San Pedro el disgusto de sí mismo, por el cual lloró, que la complacencia que experimentó en el momento de su presunción. (De Civ. Dei 14,13)

Y aún se puede afirmar que puede ser conveniente que un célibe, orgulloso de su virtud, tropiece y caiga, para que se humille en aquello mismo de lo que se enorgullece.

En efecto: ¿de qué te sirve la continencia si te dejas dominar de la soberbia? Has renunciado a aquello que hizo nacer y anhelas lo que hizo caer al diablo.

Renunciando al matrimonio, has obrado bien, porque has abrazado lo que es mejor; pero no te envanezcas por eso, porque del matrimonio nace el hombre y por la soberbia cayeron los ángeles.

Mejor es, sin duda, la pureza virginal que la castidad conyugal.

Comparadas entre si, es cierto que una es mejor que otra. ¿Quién lo duda?

Pero repara que la comparación se establece entre dos cosas buenas, no entre una mala y otra buena: sólo se hace aquí distinción entre lo que es bueno y lo que es mejor.

Pero si comparase otras dos cosas, como la soberbia y la humildad, ¿podría decir igualmente «que es buena la soberbia, pero mejor es la humildad»?

La soberbia es un mal, la humildad un bien. Si entre un mal y un bien tú eliges el mal y lo juntas a otra cosa que es mejor, resulta un compuesto malo; en cambio, si unes un bien con el bien menor que hay en la persona casada, obtendrás un bien mayor.

Los casados tendrán en el reino de los cielos un puesto inferior a las vírgenes; la virgen estará sobre la casada: pero las dos estarán allí; lo mismo que una estrella es más resplandeciente que otra y las dos están en el firmamento.

Si la casada hubiera sido humilde y la virgen soberbia, la primera tendrá un lugar en el cielo y la segunda será excluida.

Y el que no obtenga un puesto en el cielo, ¿dónde encontrará lugar sino en compañía de aquel que cayó de allá, y después es causa de que caigan los que estaban en pie?

El demonio cayó del estado del que también hizo caer al hombre. El hombre estaba en pie, y el diablo le abatió a la tierra; pero descendió Cristo para levantarle de nuevo.

Tu Señor es humilde, ¿y tú serás soberbio? Si es humilde la cabeza, ¿podrá ser soberbio un miembro? ¡Jamás suceda este desorden! No puede ser miembro de un cuerpo que tiene la cabeza humilde el que ama la soberbia.

Y si no es miembro, que deduzca adonde irá a parar.

Yo no quiero decirlo claramente para no parecer que quiero atemorizar; sin embargo, bien quisiera atemorizar y causar este buen efecto.

¡Oh, si aquel o aquella que antes era así se corrigiese en adelante!

¡Oh, si estas palabras cayeran dentro de ti, y no se perdiesen inútilmente!

Todo debemos esperarlo de la misericordia de Dios; porque él, aterrando, contrista, y contristando, consuela, con tal que el contristado piense en enmendarse. (Serm. 354,9)

* * *

Oh Señor, no quiero gloriarme de mis buenas obras. Y ¿por qué he de ensoberbecerme, sabiendo que mi justificación viene de ti?

¿He dado yo algo mío para ser salvo? ¿Qué he dado para ser hombre? (In Ps. 142,10)

Todo cuanto poseo de bueno lo he recibido de ti, que eres el solo bueno, y si quisiera atribuirme la sabiduría, me haría necio.

¡Que sea yo humilde, a fin de que tú vengas a mí para iluminarme! Si antes de tu venida yo me juzgase sabio, es que estoy en tinieblas.

Tú, ¡oh luz de mi alma!, ya ha surgido; pues bien, yo me levantaré después de ti, y no antes.

Me levanto antes si quiero aventajarme a ti; y aventajarme a ti no es otra cosa que pretender ser soberbio en esta tierra, donde tú fuiste humilde.

Por tanto, quiero de verdad ser humilde aquí, porque anhelo ser elevado en el cielo, donde tú eres altísimo. (In Ps. 126,4)

Sé que me coronarás por tu misericordia, pues no fui digno de que me llamases ni de que, después de llamarme, me justificases y, finalmente, justificado, me glorificases.

Considerando, imparcialmente, mis méritos, descubro que son dones tuyos. (Serm. 131,8)

Si obro movido de la soberbia, no encontraré lugar en tu corazón. No, no lo conseguiré, si no soy humilde y pacífico. Si soy soberbio no encontraré morada en ti. (In Ps. 100,11)

Si soy humilde, tú me exaltarás; si soy soberbio, seré despreciado y humillado por ti, pues nunca te faltará peso con el que doblar mi engreimiento.

Este peso será el cúmulo de mis pecados; con esta carga sobre mi cabeza andaré inclinado, y tanto, que no podré enderezarme. (In Ps. 37,10)

Ayúdame, por tanto, a levantarme y ser curado; deseo sanarme. Ayúdame para que la soberbia no me haga pasar de la diestra a la siniestra, de la humildad al orgullo.

Cuando la salud rehabilite mis miembros y empiece a ser justo, a ti lo atribuiré y no a mí.

Sé que mi salud tendrá lugar no alabándome, sino condenándome. Vanagloriarme me haría enfermar de nuevo con mayor gravedad. (Serm. 175,9)

CAPITULO V

Falsa grandeza de la soberbia

No es grandeza la soberbia, sino hinchazón. (Serm. 80,2)

Intentas entrar por una puerta estrecha y te lo impide la hinchazón, y es tanto más pernicioso tu esfuerzo cuanto mayor impedimento te pone la hinchazón.

El que está hinchado tiene que comprimirse para pasar por un lugar estrecho; pero la hinchazón comprimida se irrita, la irritación la aumenta; y si cada vez aumenta más, ¿cuándo entrarás?

Es necesario deshincharse tomando la medicina de la humildad y bebiendo contra la hinchazón un trago amargo, pero saludable: la poción de la humildad.

¿Por qué forcejeas? No te es posible moverte con la mole que llevas contigo; pero sí abultada.

Lo que realmente es grande, es pesado: el tumor no es más que un abultamiento. No te creas grande, porque estás hinchado; deshínchate, y entonces serás grande real y sólidamente. (Serm. 142,5)

¿Por qué te empeñas en aparecer hinchado? Conténtate con estar lleno, sin inflarte. El que se llena es rico, y vacío el que se hincha. (Serm. 266,3)

Figúrate dos odres, de los cuales el uno está lleno y el otro hinchado; los dos tienen el mismo volumen; pero no tienen los dos el mismo contenido.

Si solamente te fijas en lo que aparece, te engañarías; tómalos al peso, y te convencerás que el primero es difícil moverlo y que el segundo se levanta fácilmente. (Serm. 36,2)

Huye de la hinchazón y busca la verdadera grandeza. De los humildes, de los espiritualmente niños, es el reino de los cielos.

No los desprecies, no los aborrezcas: esta pequeñez es la de los verdaderamente grandes.

La soberbia es la aparente grandeza de los realmente pequeños; en cuanto se posesiona del corazón del hombre, queriendo elevarlo, lo degrada; inflándolo, lo deja vacío, y queriendo ensancharle, le disipa.

El humilde es incapaz de hacer daño a nadie; el orgulloso siempre es nocivo. (Serm. 353,1)

¿De qué te ensoberbeces si eres gusano que mañana ha de morir? ¡Oh, soberbio mortal!, deberías avergonzarte, comparándote con el demonio, porque, si él es soberbio, al fin es inmortal; es espíritu, aunque maligno.

Padecerá una eternidad de penas y castigos, mas no sufrirá la pena de muerte, que nosotros tenemos que padecer.

Tú, en cambio, ya has oído tu sentencia: *Morirás de muerte.* (Gn. 2,17) Saca algún provecho de tu castigo. No te engrías, pues la soberbia ha sido causa de tu castigo. Piensa que eres mortal, y con ello se desvanecerá tu orgullo.

Has escuchado también aquellas otras palabras: *¿De qué te ensoberbeces, tierra y ceniza?* (Eclo 10,9) Aunque el diablo es soberbio, no es tierra y ceniza.

No te fijas en que eres mortal, y te empeñas en ser como él, soberbio.

Por tanto, aprovéchate de tu castigo y saca bien de tu mal, utilizándole para mayor perfección. (Serm. 97,2)

Huye de la soberbia si quieres entrar en la Casa del Señor. ¿Qué has de llevar para entrar?

Entra, pero no vayas vacío: lleva un corazón humilde: ésta es la oblación más a propósito para entrar.

El soberbio entra sin nada, porque, ¿quién puede engreírse sino el que está completamente vacío? En efecto, si estuvieses lleno sería imposible la hinchazón. (In Ps. 95,9)

¿Por qué buscas movido del orgullo un lugar más elevado que más fácilmente conseguirías practicando la humildad?

Para saber qué es lo que te perfecciona, pregunta a tu alma y examina si acaso está mejor con la hinchazón. Donde hay hinchazón, existe el vacío.

El diablo procura hacer su nido donde encuentra un vacío. (Serm. 354,8)

¿Quién como el miserable digno de misericordia? ¿Y quién más indigno de misericordia que el pobre orgulloso? (De lib. arb. 3.10)

Porque tienes dinero en abundancia te envaneces; porque has llegado a la cumbre de los honores te engríes, y porque te crees perfecto te ensoberbeces con un orgullo de la peor clase.

¡Oh, infeliz! Estás lleno de iniquidad, rezumas malicia. Tanto mayor es tu maldad cuanto más te parece que abunda en ti la justicia. (In Ps. 122,10)

No seas soberbio. Mira que todo el bien que posees lo has recibido del autor de ti mismo. Lo que hay en ti y es obra tuya es causa de condenación, lo que tienes como don suyo es lo que serviría de mérito para ser coronado. (In Ps. 99,15)

Dime; si no fuese por la gracia de Dios, ¿dónde estarías?

Si la gracia de Dios no te hubiese sostenido, ¿no habrías también tú doblado tus rodillas ante Baal?

¡Guárdate lejos, muy lejos, de la soberbia! Aun cuando seas imitador de los santos, atribúyelo siempre todo a la gracia de Dios, porque el haber en ti algo bueno es efecto de la gracia de Dios y no mérito tuyo. (Serm. 100,3-4)

No presumas, por tanto, de tus cualidades cuando haces alguna exhortación; ni confíes en tus fuerzas cuando sufras alguna tentación; porque si hablas prudentemente de cosas buenas, de Dios procede tu sabiduría; y si con fortaleza sufres las contrariedades, tu paciencia es don de Dios. (Serm. 276,1)

* * *

¡Oh Señor! No quiero ensoberbecerme por socorrer al pobre: tú fuiste pobre.

Tampoco porque recibo al peregrino: tú también fuiste peregrino.

Mejor es el que es hospedado que el que hospeda; más rico es el que recibe la limosna que el que la da.

El que la recibe, dueño es de cuanto existe; el que la da, antes lo ha recibido de aquel a quien lo da.

Lejos, pues, de mí la soberbia cuando socorro al pobre. Que jamás diga en mi interior: «Yo doy y él recibe, yo soy el que hospeda, mientras él carece de techo».

Quizá él es más rico en aquello que yo necesito. Es muy posible que aquel que recibo en mi casa sea un santo; él necesita hospedaje y yo tengo necesidad de cielo; él carece de dinero y yo de virtud. (Serm. 239,4)

Tú, señor, has venido a este mundo para que disminuyese la gloria del hombre y aumentase la tuya, puesto que viniste sin pecado y encontraste a todos manchados de él.

Si has venido para perdonar los pecados, sé largo en conceder el perdón, y que yo consiga el arrepentimiento. Mi confesión será mi humillación y tu misericordia mi exaltación.

Por tanto, si tu venida fue para perdonar mis pecados, concédeme que reconozca sinceramente mi miseria para hacerme digno de tu misericordia.

Es menester que tú seas glorificado por mí y que yo me humille en tu presencia; a ti corresponde el dar, a mí el recibir; a ti la glorificación, a mí la contrición.

Que yo comprenda mi condición y te glorifique; que entienda que todo lo he recibido, y que aquello que pretendía llamar mío no es mío. Ayúdame a humillarme para que tú seas en mí glorificado.

Por tanto, humílleme en mí para ser engrandecido en ti. Crezca en mí tu gloria para que disminuya la mía, a fin de que también la mía encuentre en ti su acrecentamiento. (In Jo. 14,5)

CAPITULO VI

La envidia

Donde domina la soberbia pronto surge la rivalidad, porque la soberbia es madre de la envidia. (Ep. 140,54)

Tal madre nunca es estéril; dondequiera que se encuentre, da muestras de su fecundidad. (Serm.354,5)

La envidia es un pesar del bien ajeno.

Este vicio es propio del demonio; pues si la malicia se complace en el mal de otro, la envidia se entristece del bien del prójimo. (Serm. 353,1)

Este sentimiento del bien del otro es un pecado, que Dios aborrece grandemente. (De Civ. Dei 15,7)

No es posible encontrar un envidioso que pueda dañar al prójimo sin perjudicarse a sí mismo. (Cont. Sec. 10)

El corazón del envidioso es como una polilla maléfica, que todo lo roe y reduce a polvo. (Serm. 85,6)

¿Cómo es posible que el orgulloso y el envidioso tengan verdadera caridad? Veamos quién es el que está en el error: si el envidioso, que pretende amar al prójimo, o yo, que sostengo lo contrario.

Estoy cierto de no equivocarme; no se puede sostener que el envidioso tenga caridad. Lo dice el Apóstol: *La caridad no es envidiosa.* (1Co.13, 4 y Serm. 142,8)

No hay que confundir la envidia con la emulación: existe entre ellas algún parecido, y por eso algunas veces se confunden y aun muchos emplean estas palabras indistintamente.

La emulación es una tristeza del alma que nace de la consecución de un bien, al cual aspiraban dos o más individuos y que no puede ser alcanzado más que por uno.

Este sentimiento tiene su remedio en la paz, polla que, cuando se desea un bien, todos los que lo desean se ponen de acuerdo y conforman con que uno cualquiera lo consiga.

La envidia, en cambio, es una tristeza del alma, que se experimenta cuando se juzga que uno ha conseguido inmerecidamente una cosa que tú ni siquiera deseabas para ti.

El remedio de este vicio es la mansedumbre, la cual, dejándolo todo al juicio de Dios, no murmura de sus divinas disposiciones, sino que juzga ser mejor que fuera concedido al otro más bien que a sí mismo aquello que creía inmerecido. (In Epi. ad Gal. 52)

Para huir de la envidia y verte libre de ella debes tener una disposición habitual de no apreciarte en más que los demás.

Dios te ha creado superior a las bestias, esto es, mejor que éstas; tal es tu naturaleza, por la cual serás siempre mejor que las bestias. Pero si pretendes ser más que otro hombre, le tendrás envidia en cuando le veas igual a ti.

Y debes desear que todos los hombres sean iguales a ti, y aunque cuando fueras más avisado que otro, debes desear que sea también él prudente como tú.

Si es más torpe que tú, debe aprender de ti; si es ignorante, necesita de ti y tú debes hacer de maestro con relación a él; él, como discípulo, es inferior a ti.

Si no quieres que sea tanto como tú, es que quieres tenerle siempre de discípulo, y queriendo que sea siempre tu discípulo, será maestro envidioso.

si te domina la envidia, ¿cómo desempeñarás con él el oficio de maestro? ¡Por favor, no le enseñes a ser envidioso!

Escucha lo que dice el Apóstol, movido de su entrañable caridad: Quisiera que todos fueran como yo. (1Co. 7,7)

¡He aquí cómo quería él que existiera la igualdad! Por eso era superior a todos, porque con caridad sincera deseaba que todos fueran iguales.

Si, pues, te has excedido en los límites y has aspirado a grandes cosas, deseando ser más que los demás hombres, como lo eres a las bestias, esta soberbia es la que es madre fecunda de la envidia. (In Jo. 8,8)

No te forjes ilusiones: la envidia es incompatible con el amor fraterno. Si eres envidioso, no amarás; cometes el mismo pecado que el demonio, porque la envidia fue la que lo arrojó del cielo.

Después de caído tuvo envidia del que estaba en pie, y no paró hasta hacerle caer también, no para levantarse él, sino para arrastrarle a su misma desgracia.

Persuádete de que la envidia es incompatible con la caridad.

No tuvo caridad Caín, y si Abel no hubiese tenido esta virtud, Dios no hubiera recibido su sacrificio.

En efecto, si los dos hermanos ofrecieron a Dios, el uno los frutos de la tierra y el otro los corderos de su rebaño, ¿por qué razón Dios rechazó los frutos de la tierra y aceptó los corderos?

Ciertamente que Dios no miró las manos, sino la disposición del corazón, y por eso despreció la ofrenda del que veía sacrificar con envidia.

Caín no se contentó con odiar a su hermano; tuvo envidia de sus buenas obras, y en vez de imitarle prefirió quitarle la vida.

En lo cual Caín mostró que era hijo del diablo, y Abel se manifestó como justo en la presencia de Dios. (In Ep. lo. 5,8)

Dime, hombre injusto: ¿por qué envidias al hombre recto: porque quieres parecer como justo? Comienza por practicar el bien y verás cuán fácilmente serás lo que deseas parecer.

Sé justo, y éste será el mejor medio de amar a quien tenías envidia; porque, siendo tú como te desagrada que sea el otro, te amarás en él y le amarás en ti.

Si envidias al rico, no depende de ti el serlo; si a un ilustre y noble, no está en tu mano ser ilustre y noble; si a un hombre hermoso, no está en tu poder el ser hermoso; si a un fuerte y vigoroso, la envidia no te dará fuerza y robustez; pero si envidias al virtuoso, esto ya depende de tu voluntad: sé tú lo que envidias que sea el otro.

No has de comprar lo que no eres y el otro es: son cosas que se dan gratuitamente y pronto se consiguen: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. (Lc 2,14 e In Ps. 139,8)

* * *

¡Oh Señor! Con razón nos amonestas, como miembros tuyos, para que levantemos nuestros corazones a lo alto.

La envidia quiere corroer mi corazón; haz que lo levante a ti de esta tierra, donde se encuentra a disgusto. El corazón quedará inmune contra la podredumbre si se eleva hasta ti.

Si tuviera trigo en los sotamos de mi casa procuraría con toda presteza colocarlo en los pisos superiores, para evitar que se corrompiese.

Y ¿cambiaré de lugar aquél y permitiré que éste se pudra y corrompa en la tierra?

Como la solicitud natural me lleva a transportar a otra parte el trigo, así tú ayúdame a levantar mi corazón al cielo.

¿Y cómo podré conseguirlo? ¿Qué cuerdas, máquinas y escalas son necesarias? Grados para subir son los afectos, y camino es mi voluntad.

El amor me hace subir, la pereza descender; pero aunque mis pies estén en la tierra, mi morada es el cielo si te amo a ti.

Mi debilidad es la que me hace caer. Cúrame y me mantendré en pie, confórtame y estaré firme. (In Ps. 85,6-7)

CAPITULO VII

La hipocresía

No te dejes arrastrar del aparentar a la manera de los hipócritas.

Como decimos «hipócritas» (en griego) a los actores, que representan lo que no son, así también al que quiere aparentar lo que no es se le llama hipócrita.

El hipócrita simula ser virtuoso, pero no se muestra tal, pues coloca toda su satisfacción en conseguir las alabanzas de los hombres, las cuales pueden conseguir también los que semejan apariencias de virtud y engañan a los que los creen buenos en realidad, y por ello les alaban.

Pero del Señor, que ve el corazón, los hipócritas no pueden recibir más premio que el castigo de su engaño. En verdad, dice el Salvador, que ya recibieron su recompensa de los hombres. Y, por tanto, con toda justicia se les podrá decir: «Apartaos de mí, falsos: os habéis servido de mi nombre, pero no habéis cumplido con mis preceptos». (Mt 7,2)

Han recibido ya el premio los que, al hacer la limosna y demás obras buenas, no buscaban otra cosa que las alabanzas humanas; no ya por haberlas hecho siendo alabados de los hombres, sino por haber obrado precisamente con este único fin.

El que obra bien, no debe buscar las alabanzas de los hombres; éstas deben ser consecuencia del bien obrar, en interés de aquéllos, que pueden imitar lo que alaban, y excluyendo la intención de servir de estímulo a quien alaban.

Todo lo que se reprueba como culpa en los hipócritas te está a ti prohibido hacerlo.

La culpa está ordinariamente en obrar por sólo procurarse las alabanzas de los que lo ven. (De Serm. Dom. 2,23)

Para no separarte del camino verdadero, escucha los preceptos del Señor, Dios tuyo: son las instrucciones dadas por tu divino Maestro en el sermón de la montaña.

VOZ DEL MAESTRO

Guárdate bien de hacer tus obras en presencia de los hombres, con el fin de te vean; de otra manera no recibirás galardón de tu Padre, que está en los cielos.

Y así, cuando des limosna, no lo publiques a son ele trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, a fin de ser honrados de los hombres. Te aseguro que ya recibieron su recompensa.

Tú, cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve lo oculto, te recompensará.

Asimismo, cuando ores, no has de hacer como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres. Te aseguro que ya recibieron su recompensa.

Tú, al contrario, cuando ores, entra en tu aposento, cierra la puerta y ora al Padre, y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará.

Cuando ayunes, no te pongas triste como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para demostrar a los hombres que ayunan. En verdad te digo que ya recibieron su galardón. (Mt 6,1-16)

Cuando realices alguna buena acción cuida de que no se deslice en tus actos ninguna vana ostentación o deseo de gloria humana, con doblez de corazón, y no sea lo bastante puro y sencillo para poder comprenderme.

Aplica toda tu atención a los bienes internos, porque no te suceda que, al buscar la recompensa al exterior, te amoldes a la conducta del mundo, y así pierdas el premio por mí prometido.

Es de advertir que puede ser objeto de vanidad no sólo el esplendor y pompa de las cosas externas, sino hasta algunas bajezas dignas de llanto; es tanto más peligroso cuanto más engaña con apariencias de servicio a mi causa.

Si te singularizas por el exquisito cuidado de tu persona y el lujo en el vestir, o por tu elegancia en general, esto fácilmente demuestra que vas en pos de la frivolidad mundana, y a nadie engañas con apariencias de falsa santidad. (De Serm. Dom. 12)

No te contentes con las apariencias de virtud descuidando practicarla. (Serm. 269,3)

Una virtud simulada no es virtud; una rectitud fingida no es rectitud, sino doble maldad, pues es a la vez malicia y falsedad. (In Ps. 63,11-12)

No imites a los hipócritas, porque son falsos cristianos; son cristianos por la fe que profesan, mientras que son verdaderamente infieles por la corrupción de sus costumbres. (Serm. 260,1)

Hablan de cosas que no creen, y por ello han sido por mí reprobados; aunque sean útiles a aquellos a quienes advertí cuando dije: *Haced lo que os dicen, pero no obréis como ellos, porque dicen y no hacen.* (Mt 23,3; la Ps. 115,1)

¡Cuántas amenazas no lancé contra las paredes blanqueadas! Son innumerables los testimonios de los profetas con que yo condené esta clase de paredes. (Ez 13)

Y ¿qué es la pared blanqueada sino la hipocresía? Brilla al exterior, mas por dentro no hay más que lodo.

Cuando en un muro blanqueado, que no está unido a otros, sino aislado, se hace una puerta, el que entra por ella queda siempre a la intemperie; así también el que al obrar no se preocupa más que de levantar una pared y blanquearla y no de unirla con otras, ¿para qué le sirve la puerta?

Si entras, te quedas fuera, porque al entrar por esta puerta es lo mismo que no entrar: a ninguna parte conduce.

Pero yo digo: *Yo soy la puerta, y por mí se pasa*, (Jn 10,7) y así sólo entran verdaderamente por la puerta, aquellos que buscan mi gloria. Los hipócritas sabido es que no buscan mi gloria, sino la suya. (In Ps. 95,3)

Esta es la razón por que, a causa de los hipócritas, ha habido muchos cismas. Aparentan éstos escandalizarse entre los pecadores, cuando en realidad son peores que ellos, y aparentan que les es imposible la vida entre los malvados.

¡Ah!, si fueran trigo escogido, sufrirían con paciencia la paja hasta la hora de la separación; pero como no son más que paja, y sopló el viento antes de la hora de la limpia, arrebató la paja y la esparció por los zarzales. (In Ps. 25,2,6)

En cualquier ocupación o profesión a que te dediques, disponte para sufrir a los hipócritas; porque si no estás preparado, al encontrar después lo que no esperabas, caerás o, por lo menos, te escandalizarás.

Aun en mi religión hay buenos y los hay hipócritas: también de entre los cristianos y de entre mis siervos uno será elegido y otro abandonado. (In Ps. 36,1,2)

* * *

Resplandezca, Señor, tu luz a los ojos de los hombres, para que vean que son buenas mis obras, y por ello den gloria a ti, que estás en los cielos.

Busquen los hipócritas las alabanzas de los hombres, ambicionen los honores y vayan en pos de esa gloria. Yo, por mi parte, sólo anhelo agradarte a ti y no a los hombres, porque, si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo tuyo. (De Serm. Dni. 1,7)

En ti, pues, me alegraré y gozaré, y no ya en este mundo ni en las necesidades de las alabanzas humanas, sino en ti sólo me alegraré y gozaré, y en aquella parte de mi ser en que llevo impresa la imagen de tu ser. (In Ps. 9,3)

Quédense los hipócritas con la gloria terrena y temporal: mi herencia eres tú, que eres eterno.

Apuren otros las copas de los placeres mortíferos: mi cáliz preferido eres tú, que eres mi Señor.

Que jamás aparte mi vista de ti, que siempre permaneces, y así obtendré en ti mi refugio para cuando hayan pasado todas las cosas que desaparecen con el tiempo.

Por esto se alegra mi corazón y se desata en tus alabanzas mi lengua; y esta sola consideración comunica alegría a mis pensamientos y júbilo a mis palabras. (In Ps. 15,5-9)

Si quedan aún en mi interior tinieblas, líbrame de ellas, líbrame de mí mismo, a fin de que yo sea todo luz, sin sombras, y no haya cosa en mí contraria a la caridad, opuesta a la verdad, sujeta a la debilidad y defectuosa en la moralidad. (Serm. 182,5)

CAPITULO VIII

La adulación

Despojado de toda malicia, de todo engaño y de toda clase de fingimientos, ansia, como niño recién nacido, la leche auténtica, sin mezcla de fraude, para que con ella vayas creciendo sano, ya que has gustado cuan bueno es el Señor. (1 Pe 2,1-2)

Obra, por tanto, en conformidad con estas enseñanzas y sea tu conducta parecida a la del niño inocente, sin malicia, sin dolor, sin adulación.

Procura conservar esta inocencia, de modo que no la pierdas cuando vayas creciendo.

La malicia es un deseo de hacer daño; el dolor es la doblez de corazón; la adulación es engañar empleando falsas alabanzas.

La malicia se regocija del mal ajeno; el dolor destierra la sinceridad del corazón; la adulación despoja al lenguaje de la sencillez.

Huye de la adulación; sé sencillo como la paloma y astuto como la serpiente, no para causar daño con esta astucia, sino para librarte de los que dañan. (Serm. 353,1)

Desecha toda palabra aduladora, pues la adulación alaba al pecador en sus insensatos deseos.

Huye del adulador, porque las lenguas de los aduladores ligan el alma con sus pecados.

Huye del adulador, aunque agrade hacer las cosas, cuando por ellas no se teme reprensión, sino que, por el contrario, se recibe alabanza.

No te alegres con el hombre que es feliz en sus deseos, y no recibe el castigo merecido por sus pecados, antes bien es alabado por ellos. Esto es manifestación de gran enojo por parte del Señor. (In Ps, 9,21)

Cuando alguno te alaba, di en tu interior: Que el justo me corrija con misericordia y me reprenda. (Sal. 140,5)

Más debes desear ser corregido con misericordia que alabado con mentira.

Si tuvieras un amigo virtuoso y caritativo, te corregirá con misericordia al verte cometer pecado.

Quiera el Señor hablarte por medio de un corrector, a fin de que no tenga después que excluir de sí a la persona del corregido.

El que reprende no quiere mal; más aún, arguye porque no odia.

Dice la Escritura: *Corrige al sabio y te amará.* (Prov. 9,8)

El aceite del pecador no ungirá la cabeza del sabio. Adulación es la falsa alabanza, y ésta es precisamente el aceite del pecador.

Según el proverbio, cuando alguien ha engañado a otro por medio de limosnas, suele decirse: «Le ha perfumado la cabeza».

Desea, por tanto, ser corregido por el justo con misericordia y no anheles ser alabado por el pecador con burla. (In Ps. 140,13)

Hay dos géneros de perseguidores: los que nos vituperan y los que nos alaban.

Es más cruel la lengua del adulador que la mano del asesino.

La lengua de los aduladores es como un crisol. *La prueba del oro y de la plata es el fuego. El hombre es el probado con las palabras del que le alaba.* (Prov. 27,21)

La persecución es un fuego, y fuego son también las adulaciones; es necesario salir triunfante de una y otra prueba.

Si la reprensión te molesta, eres como un vaso de arcilla que se quiebra en el horno.

La palabra de Dios te ha formado, y después viene la prueba de la tribulación. La obra, después de moldeada, debe ser cocida, y si está bien moldeada, al pasarla por el fuego adquiere consistencia.

La pasión y la tribulación fueron el crisol que fortificó a los mártires.

Por otra parte, si aceptas como sinceras las alabanzas de serviles aduladores y te complaces en ellas, te compararé a las vírgenes fatuas, que en vez de tener consigo las lámparas dispuestas con el aceite, tuvieron que ir a comprarlo; la boca de los aduladores es como el homo en que tu arcilla se convierte en polvo.

Por tanto, si alguno te alaba, debes decirle: « ¿Por qué me alabas? Alaba a Dios; pues yo, ¿qué soy para merecer tu alabanza? ¿Qué he hecho? ¿Qué tengo que no haya recibido? Y si lo he recibido, ¿por qué he de vanagloriarme, como si no lo hubiese recibido?». (In Ps. 69,5)

Pero me dirás: «Soy víctima de los aduladores, que no cesan de atormentarme los oídos; me alaban contra mi voluntad, ensalzan lo que no me gusta y no hacen caso de lo que más aprecio: tan falsos y engañadores son».

¿No cesan de adularte? Pues bien: que tal adulación no te sea agradable, porque es aceite de pecador; y si no te es agradable, no perfumará tu cabeza.

Procura, pues, cerrar tus oídos a tales alabanzas, no darles entrada, no consentir en ellas, no alegrarte; y así, aunque el otro te ha dado el aceite de la adulación, tu cabeza ha quedado firme, no se ha hinchado ni entumecido.

Cuando se hincha o entumece, pesa más y te hace perder el equilibrio. (In Ps. 140,17)

Hay también otros que, al escuchar la adulación, aunque conozcan ser despreciable lo que oyen, sin embargo, por no disgustar a los que se lo dicen, no protestan; más aún, consienten con su silencio.

Poco sería que no dijesen: «Has hecho mal», sino que dicen: «Has hecho bien», no obstante que saben que es malo, y es que su boca está llena de malicia y su lengua es lazo de engaño.

Este engaño es un fraude del lenguaje, ya que piensan una cosa y dicen otra.

Huye de esta doblez. Si eres adulador, no sólo haces el mal, sino que te deleitas en él, pues alabas con los labios y te burlas en el corazón.

Precipitas la caída del prójimo que incautamente manifiesta sus vicios, no conociendo tal vez su gravedad; y tú, que sabes que son vicios, no le dices: « ¿Adonde vas?»

Si le vieras caminar descuidadamente por un sitio oscuro, donde tú sabes que hay un pozo, y no le avisaras, ¿qué nombre merecerías? ¿No serías su más capital enemigo? Y, sin embargo, si llegara a caer, no perdería más que la vida del cuerpo, no la de su alma.

Ahora bien: el pecador se precipita en los vicios; tú sabes que son criminales sus actos, y, sin embargo, le alabas en su presencia, y después, allá en tu interior, ¿te burlas de él?

¡Quién sabe si algún día se convertirá a Dios éste, de quien te burlas y a quien no quieres reprender, y dirá: *Sean confundidos los que me dicen: ¡bravo, bravo!* (Sal 33,16)

* * *

¡Señor! Si quisiera agradar a los hombres y con este fin ejecutase obras buenas, es señal de que llevo mi lámpara sin aceite.

Haz que la lleve conmigo, haz que la tenga en mi interior, donde tú ves; haz que allí encuentre el testimonio de mi buena conciencia.

Si voy en busca de la aprobación de los demás, es que llevo mi lámpara sin aceite.

Si me abstengo de las cosas ilícitas y hago las buenas para ser alabado de los hombres, prueba es de que no tengo aceite en mi interior, y así, en cuanto me falte la alabanza, se apagarán todas las lámparas.

Prefiero que me reprenda, que me increpe, que me abofetee, que me castigue el justo, a que perfume mi cabeza el aceite del pecador. (Serm. 93,10-12)

Haz que yo desee que se me corrija y reprenda, y no que se me corteje y adule.

Que yo prefiera siempre ser corregido por la severa misericordia del justo antes que ser alabado por la blanda voz del adulador.

El que me llama feliz, me induce a error. (Ep. 33,3)

Si quisiera ser alabado de los hombres en aquello que tú reprendes, tendré presente que los hombres no me han de alabar cuando tú me juzgues, ni podrán librarme cuando tú me condenes.

Señor, soy de tu rebaño, sí, tuyo soy: toma posesión de mí.

Extiende tus alas protectoras: me refugiaré en ellas. Sé tú mi gloria. Que sólo por amor tuyo quiera ser amado, y que tu palabra infunda en mí respeto. (Conf. 10,36)

CAPITULO IX

La humildad, fundamento de la perfección cristiana

¿Quieres seguir a Cristo hasta la suma felicidad, la paz suprema y la seguridad perpetua?

Bueno es seguirle hasta allí; pero importa conocer el camino por donde hay que ir.

¿Te deleita la contemplación de las alturas? Pues el primer escalón para subir es la humildad.

¿Por qué intentas poner el pie más allá de ti mismo? Hacer esto es caer, no subir.

Empieza por dar el primer paso, y poco a poco llegarás a la altura. (Serm. 96,3)

¿Quieres ser grande? Comienza por lo más pequeño.

¿Te propones edificar un edificio de gran altura? Procura primero que los cimientos sean profundos.

Cuanto más alto sea el edificio que se desea levantar tanto más profundos se cavan los cimientos.

La construcción de un edificio continuamente va subiendo; en cambio, el que abre las zanjas va bajando.

Por consiguiente, todo edificio, antes de alcanzar su altura, debe descender, y el remate se yergue después de haber descendido. (Serm. 69,2)

Hay distintos tramos en el camino: no te detengas por pereza ni caigas por soberbia. (In Ps. 120,14)

Humildad de corazón, abnegación de la propia voluntad, no presumir de sí ni atribuirse arrogantemente un poder que no se tiene, nada de esto se encuentra en los libros no cristianos: ni en los epicúreos, ni en los estoicos, ni en los maniqueos, ni en los platónicos.

Es fácil encontrar excelentes preceptos morales y doctrinales, pero de nuestra humildad no se habla.

Este camino de la humildad mana de otra fuente: viene de Jesucristo.

En efecto, al humillarse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8) ¿qué otra es la significación al pagar la deuda, que él no había contraído, para librarnos a nosotros de la nuestra?

¿Qué otra cosa nos dio a entender queriendo ser bautizado sin tener pecado, y dejándose crucificar no teniendo culpa alguna?

Todo esto, ¿qué otro fin tenía sino enseñarnos la humildad? (In Ps. 2,31,18)

Tan útil al hombre es la humildad que la Majestad divina quiso aconsejárnosla con su ejemplo; pues el hombre, soberbio, se habría perdido para siempre si Dios no se hubiese humillado para venir a rescatarle.

Te perdiste, por tanto, siguiendo la soberbia del engañador; es preciso, pues, que ahora que has sido rescatado, sigas los pasos humildes del Redentor. (In Jo. 55,7)

Cristo el Señor es como una puerta de baja altura; si quieres entrar por ella sin lastimarte, es preciso que te abajes.

Si en lugar de humillarte levantas orgullosamente la cabeza, saltas por una tapia, te elevas para caer.

Sé humilde y podrás entrar por la puerta; camina por lo llano y no tropezarás. (In Jo. 45.5-6)

Medita lo que Dios se ha hecho por ti, y aprende las enseñanzas de tan alta humildad de la boca de un Doctor, que lo es antes de poder hablar.

Tú, cuando apareciste en el Paraíso, tenías tal facundia, que pudiste dar nombre a todos los seres vivientes y por amor a ti se hizo niño tu Creador, y estaba tendido en un pesebre sin poder llamar por el nombre ni a su madre.

Tú te perdiste en el dilatado bosque donde gustabas sabrosas frutas, negándote a obedecer. El vino por obediencia en carne mortal a un establo estrechísimo para buscar, muriendo, al que estaba muerto.

Tú eres hombre y te perdiste por empeñarte en ser Dios, él es Dios y se hizo hombre para encontrar al que se había perdido.

Tan bajo te precipitó la humana soberbia, que sólo podía levantarte la divina humildad. (Serm. 188.3)

El, que es Dios, se hace hombre, y tú, que eres solamente hombre, no quieres reconocerte tal, no quieres reconocerte mortal y enfermo, para, como enfermo, buscar siquiera al Médico. Al contrario, con gran peligro para ti, te crees sano.

El Señor, siendo Dios, se hizo hombre para hacerte entender que tú no eres más que hombre. ¡Gran medicina es ésta! Si ella no te cura de la soberbia, no sé qué remedio podrá curarla. El es Dios y se hace hombre; deja a un lado su divinidad, esto es, se despoja, por decirlo así, de ella, oculta lo que era propio suyo, y deja ver solamente lo que había tomado. (Serm. 77,11)

Entra por Cristo: imita a Cristo en su pasión, estudia la humildad de Cristo, para que, sabiendo que Dios se hizo hombre por ti, te reconozcas a ti por lo que eres: hombre y no Dios.

Si quieres parecer lo que no eres, no imitas al que, siendo Dios, se hizo hombre.

No se te dice que seas menos de lo que eres; lo que se te dice es que conozcas lo que eres. (Serm. 137,3)

Cuando te mires a ti mismo, fíjate en tu miseria, y no te engrías, porque si algo bueno tienes, debido es a la gracia de Dios, misericordia es el Señor. (In Ps. 102,24)

Excava en ti el cimiento de la humildad, y así llegarás a la altura de la caridad.

Dice la Escritura: *Cuanto mayor eres, humíllate más en todas las cosas y hallarás gracia delante de Dios.* (Eclo 3,20)

Quiero inculcártelo una vez más: no seas de aquellos que, oyendo que deben ser humildes, se abandonan y no quieren aprender nada, creyendo que, si algo aprenden, la ciencia los hará soberbios. Estos son como niños que se contentan con sola leche.

Yo deseo que tú te alimentes de leche, pero que no te contentes con ella sola: la leche debe hacerte crecer de modo que puedas llegar a tomar otro alimento más nutritivo.

No se engría tu corazón con la soberbia, elévelo con la doctrina de la palabra divina.

No te digo: «Sé humilde, procurando no aprender cosa alguna», sino: «Humíllate, sí, por temor de la soberbia; pero álzate por amor de la sabiduría».

No seas niño en cuanto al espíritu. Sino en cuanto a la malicia, para poder conseguir la perfección de tu espíritu.

Toma la leche como alimento para nutrirte con ella y crecer, y crece para que puedas comer pan.

Cuando puedas tomar el pan, deja la leche; pues no tienes ya necesidad de ella, sino de un alimento más sólido. (In Ps. 130,12)

Más hermoso es el rubor de la humildad que la arrogancia de la soberbia. (In Ps. 4,103, 16)

Más vale una piadosa ignorancia que una ciencia presuntuosa.

Es más apreciable una sencilla confesión de carencia de ciencia que la jactancia temeraria de mucho saber. (Serm. 117,5)

La confesión de la propia ignorancia es el primer paso para la sabiduría. (Serm. 301,3)

La humildad, acompañada de acciones malas, desagrada menos a Dios que la soberbia que se mezcla con las buenas.

El fariseo era un soberbio con obras buenas, y el publicano un humilde que tenía obras malas.

Lo que haces de malo es obra tuya; lo que haces de bueno es mérito de la misericordia de Dios.

Por tanto, cuando hagas el bien no te lo atribuyas, y además de no atribuírtelo, da gracias a Dios como de un don suyo.

Si practicas el bien, no desprecies al que no lo hace ni te creas superior a él. No se ha agotado la gracia de Dios para con él, de modo que no pueda transformarle. (In Ps. 93,15)

Debes pensar más en lo que te hace falta que no en lo que posees.

Respecto de lo que tienes, procura no perderlo, y en cuanto a lo que falta aún, ruega para conseguirlo.

Medita en lo que eres inferior a otros más que en aquello en que los superas.

Si piensas en lo que aventajas a otros, fácilmente se insinuará el orgullo.

Si piensas en lo que te falta, encontrarás motivo para gemir, y así curarás tu dolencia, serás más humilde y caminarás con cautela, a fin de no tener que lamentar caídas ni engreimientos. (Serm. 354,5)

No te alabes cuando practiques alguna obra buena, porque alabándote como bueno te haces malo.

Bueno te había hecho la humildad y malo te hace la soberbia.

No te tengas por luz; porque de ti mismo, por la mala inclinación de tu voluntad y por tus desarregladas costumbres eres tinieblas, aunque ahora resplandezcas.

Otro tiempo fuiste tinieblas y ahora eres luz en el Señor.

Si fuera de Dios no eres luz, y si ahora eres luz en el Señor, *¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué gloriarte como si no lo hubieses recibido?* (1Co. 4,7)

El que da al humilde, quita al soberbio, porque el que da puede también quitar. (In Ps. 25,2, 11)

¿Por qué te atribuyes lo que no procede de ti?

Reconoce a tu bienhechor y confiesa que lo has recibido, para que así él te conceda largamente sus dones.

¿Qué harías si no estuvieses necesitado, tú, que siendo mendigo eres orgulloso? (Serm. 333,1)

Donde está la humildad, allí está la grandeza; donde está la debilidad, allí está el poder; donde la muerte, allí la vida. Si quieres llegar a éstos no desprecies aquéllas. (Serm. 160,4)

Desagrádate siempre lo que eres si quieres llegar a ser lo que aún no eres.

Porque en cuanto te complaces de ti, al instante te paras; y en el momento que dices: «me basta», allí empieza tu perdición.

Crece siempre, anda sin cesar, avanza continuamente, no te detengas en el camino, no te vuelvas atrás, no te salgas de él.

Se detiene el que no aprovecha; vuelve atrás el que cae en las primeras faltas que había detestado; se sale del camino el que apostata. Mejor va el cojo por el camino que el veloz atleta fuera de él. (Serm. 169,18)

* * *

Tú me has enseñado, Dios mío, que debo acordarme frecuentemente de tu bondad, que es sólo tuya.

Meditando en mi vida pasada, comprendo qué era lo que me esperaba y conozco lo que he recibido a cambio de lo que merecía.

Esperaba el castigo, y me ha sido concedido el indulto; merecía el infierno, y me ha sido dada la vida eterna.

Me has mostrado desde el primer instante de mi fe cómo me renovaste. Sí, me has enseñado que antecedentemente no había nada en mí que fuese motivo para creer que me era debido lo que me has dado.

¿Quién hay que, al convertirse, no venga a ti de la culpa? ¿Quién es remedio que no esté en esclavitud? ¿Y quién puede decir injusta su esclavitud después de haber abandonado a su capitán y pasado a las filas del enemigo?

Sí, creí buenas las promesas del enemigo, y he aquí que justamente encontré tus castigos.

Pero apenas me convertí a ti, por ti fui renovado, después de haber sido por ti hecho; recreado después de creado, y reformado después de formado. Apenas me convertí descubrí que anteriormente no había méritos míos, sino tu gracia, que se me había concedido gratuitamente, a fin de que me acordase de tu bondad, que es sólo tuya. (In Ps. 70,2,2)

Examinando detenidamente todos los bienes que puedo tener, tanto naturales como en el trato de fe, de esperanza y de caridad, de buenas costumbres, de justicia y de tu temor, comprendo que todo es misericordioso don tuyo.

¡Oh Dios mío, misericordia mía! ¡Oh, nombre, bajo cuyo amparo nadie debe desesperar!

Tú eres mi salvación, porque me das la salud.

Tú eres mi único refugio, porque a ti acudo con confianza.

Tú eres mi fortaleza, porque de ti procede mi valor. Tú eres mi misericordia, porque todo cuanto .soy, es efecto de tu misericordia.

¿Qué había hecho para existir? ¿Qué mérito he tenido siquiera para poder invocarte?

Si hubiera podido hacer algo para existir, hubiera existido antes de tener la existencia. Por tanto, si nada era antes de existir, de ningún modo pude merecer la existencia.

Tú me has dado el existir, ¿y no vas a ser tú también el que me ha hecho ser bueno?

Si tú me has dado el ser, ¿es posible que otro me haya dado el ser bueno?

Si fuera otro el que me ha dado el ser bueno, es mejor que el que no me ha dado más que el ser.

Pero nadie hay mejor que tú, ni nadie más sabio, ni nadie más poderoso, ni nadie más rico en misericordia; evidentemente que quien me ha dado el ser me ha dado también el ser bueno. ¡Oh Dios mío, misericordia mía! (In Ps. 58,2, 11)

CAPITULO X

Elogio de la gracia

Gracia se dice todo lo que se da gratuitamente y que no es debido a los méritos del que obra, sino que procede únicamente de la bondad del dador. (Ep. 140,48)

La gracia divina es amor, y el que está en gracia posee también el amor.

Si observas los preceptos de Cristo, permanecerás en su amor.

No que sea necesario observar sus preceptos para que él te ame, sino que si él no te ama, tú no podrás observar sus preceptos.

Esta es la gracia concedida a los humildes y negada a los soberbios. (Jn lo. 82,3)

Escucha la doctrina del Señor y Dios tuyo: *Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros.*

Al modo que el sarmiento no puede producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo.

Yo soy la vida, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer.

El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y lo recogerán, y arrojarán y quemarán en la hoguera.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis y se os otorgará. (Jn 15,3-7)

Permanece, pues, en Cristo para que él permanezca en ti. No es, sin embargo, igual la permanencia de Cristo en ti que la de ti en Cristo; pero ambas son de provecho para ti y no para él.

En efecto: los sarmientos están en la vid, no para comunicar vitalidad a la vid, sino para recibir de ella la savia vital; y así la vid está en los sarmientos porque les suministra lo que necesitan para vivir, sin recibir nada de ellos.

Así también se ha de entender su permanencia en Cristo y la de Cristo en ti: son dos cosas útiles para ti, no para él.

Cortado un sarmiento, la raíz sigue produciendo renuevos, pero si eres cortado no puedes vivir sin la raíz.

¡Oh, qué grande es la gracia! Ella instruye los corazones de los humildes y cierra la boca a los soberbios.

Si juzgas que por ti mismo puedes dar fruto, es que no estás unido a la vid; y si no estás unido a la vid, no estás tampoco unido a Cristo; y si no estás con Cristo, tampoco eres cristiano. He aquí el precipicio a que conduce la soberbia.

No se te ocurra pensar que puedes tú dar ni el más pequeño fruto.

No dice Cristo: «Sin mí poco podréis hacer», sino sin mí, no podéis hacer nada.

Por tanto, sea poco o mucho lo que hagas, no lo puedes hacer sin Cristo. No, sin su auxilio no puedes hacer cosa alguna.

Pues aunque, algunas veces, cuando un sarmiento da poco fruto, el agricultor poda el sarmiento para que dé más fruto; sin embargo, si no permanece en la vid para ser vivificado por la savia, no puede dar ni el más insignificante fruto.

Los sarmientos son tanto más despreciables, separados de la vid, cuanto eran más apreciados cuando estaban a ella unidos; pues separados no sirven de provecho al agricultor ni al carpintero sirven tampoco para nada.

El sarmiento no tiene más que dos destinos: la vid o el fuego. Si no está unido a la vid, irá al fuego. Por tanto, para no ser destinado al fuego, el sarmiento debe permanecer en la vid. (In Jo. 81,1-3)

Reconoce que por ti mismo eres nada, y que todo lo que eres debes atribuirlo, no a tus fuerzas, sino a la gracia de Dios.

Mira lo que se ha dicho: *Me gloriaré en mis debilidades.* (2Co.12,9) Mira lo que se ha dicho: Dará su gracia a los humildes. (Snt. 4,6)

Mira lo que se ha dicho: Si ha estado afligida, tú la has consolado, pues la virtud se perfecciona en la debilidad. (2 Co.12,9. In Ps.67,12)

Escucha la invitación de Cristo: Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre, que me ha enviado. (Jo.6,44)

No puedes ir a Cristo si no eres atraído.

El Padre, pues, es el que atrae o no atrae. Por qué atrae a éste y no al otro, no quieras juzgarlo si no quieres errar.

¿Tú no has sido atraído aún? Ruega para que lo seas.

No creas que vas a ser atraído a la fuerza: nuestro corazón es atraído por el amor. Si el poeta pudo decir: «Cada cual es traído por lo que le agrada»; no lo es por la necesidad, sino por el deleite; no por la violencia, sino por el placer, ¿cuánto mayor no será la atracción que ejerce Cristo sobre el hombre? Porque el hombre se deleita en la verdad, se deleita en la felicidad, se deleita en la bondad, se deleita en la vida eterna, y Cristo es precisamente todo esto.

Los sentidos corporales tienen sus deleites propios, y ¿no los tendrá lamben el alma?

Dadme un enamorado, y entenderá lo que digo; dadme uno que tenga anhelos, dadme uno que tenga hambre, uno que peregrine muerto de sed por esta soledad y anhele llegar a la fuente de la eterna patria, dadme uno así, y entenderá lo que digo.

Pero si sólo me escucha el que está frío, no entenderá lo que estoy diciendo.

Aprende a ser llevado por el Padre al Hijo: que el Padre te enseñe; tú escucha su palabra. (In Jo. 26,2,7)

El Padre te atrajo cuando por vez primera recibiste la fe. Si en ella permaneces, permaneces también en la gracia.

¿Cómo podrías haber merecido este don? ¿Con qué méritos precedentes?

No te engañes a ti mismo, entra en el secreto de tu conciencia, escudriña los repliegues de tus pensamientos, examina todas tus acciones, prescinde de lo que eres, si ya eres algo, y atiende a lo que fuiste antes de ser algo, y descubrirás que no fuiste digno más que de castigo.

Si solamente fuiste digno de castigo, y ahora no lo eres por haber venido aquel que perdonó nuestros pecados en vez de castigarlos, gracia es que te ha sido concedida, no recompensa que te haya sido asignada.

Esta es la primera gracia que recibiste siendo pecador: el perdón de tus pecados.

¿Dónde estaban tus méritos para ello? Pregúntate según justicia y encontrarás que mereciste castigo; pregúntate según la misericordia y hallarás que obtuviste gracia.

Obtenida ya esta gracia de la fe, serás justo en virtud de la misma fe, porque está escrito que *el justo vive por la fe* (Rm 17,1) y viviendo de la fe, merecerás ver a Dios; y cuando con una vida de fe hayas merecido ver a Dios, recibirás el premio de la inmortalidad y de la vida eterna. Y esto también es una gracia.

Si la fe es gratuita y la vida eterna fuera como un premio de la fe, se seguiría que Dios da la vida eterna como un premio debido. Y no es así, porque si la misma fe es una gracia, también la vida eterna es gracia procedente de otra gracia. (In Io. 3,8-9)

Teme y no te arrogues el honor de haber encontrado la senda del bien, no sea que tu arrogancia te haga desviar de ella.

No digas jamás: «He venido yo; he venido por mi libre albedrío; he venido por mi propia voluntad».

¿De qué te envaneces? ¿Por qué te hinchas? A Cristo nunca podrás llegar si no te atrae el Padre. (Serm. 30,10)

Con temor y temblor trabaja por tu salvación; Dios es el que da el querer y el obrar, según su querer. (Flp 2,12-13)

Si la gracia de Dios es la que obra en ti, lo bueno que haces a ella es debido y no a tus propias fuerzas.

Teme aun en medio de tus alegrías, no sea que lo que se te ha dado por humilde se te quite por soberbio. (In Ps. 65,5)

Por tanto, no digas: «Yo lo he merecido, y por eso se me ha dado».

No, no te figures que lo que has recibido lo recibiste en virtud de tus merecimientos, pues nada hubieras merecido si antes no hubieras recibido lo que se te dio.

La gracia fue anterior a tu mérito: no vino la gracia después del mérito, sino el mérito después de la gracia.

Si la gracia viniese del mérito, la habrías comprado, no recibido gratuitamente. (Serm. 169,3)

En cuanto de ti depende, conserva la fe, y no dudes de la bondad de Dios.

No es posible imaginar que pueda haber maldad en él sin caer en el abismo de la impiedad.

Firmemente convencido de que no puede haber maldad en Dios, si no consigues ver ahora esa rectitud, espera a que concluya el camino y llegues a la patria.

Lo que no se puede ver en el tiempo de la fe, se verá cuando llegue el tiempo de la claridad.

Entonces veremos la rectitud de Dios, y podrás leer en su palabra sin necesidad de libro.

Cuando hayas llegado a gozar de la visión, comprenderás la bondad de Dios, y ya no se te ocurrirá preguntar: « ¿Por qué ha venido en auxilio de éste y no del otro? ¿Por qué la Providencia dispuso los acontecimientos para que uno fuera bautizado y otro no? ¿Por qué aquel que llevaba una vida desarreglada enfermó, hizo penitencia y le fueron perdonados sus pecados?»

Si buscas los méritos, sólo encontrarás materia de castigo; pero busca la gracia y tendrás que exclamar: *¡Qué abismo de riqueza!* (Rm 11,13)

Pedro niega a su Maestro, el ladrón cree en el Crucificado: *¡Qué abismo de riqueza!*

¿Te atreverás tú a escudriñar lo que fue causa de la admiración del Apóstol? Cuando él contempló tan inefable excelsitud y profundidad, sintió un estremecimiento que le hizo exclamar: *¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!*

Buscas tú la razón, y yo estoy asombrado de la profundidad.

Tú discurre, que yo me contento con admirar; discute, si te parece; yo tengo bastante con creer: veo una profundidad, pero no alcanzo a medir su dimensión. *¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables son sus decisiones y que irrastreables sus caminos!*

El Apóstol dice que son insondables los juicios de Dios, y tú ¿quieres escudriñarlos?

Te dice también que son irrastreables sus caminos, ¿y tienes la pretensión de seguirlos?

Si te empeñas en escudriñar lo insondable y en seguir lo irrastreable, puedes creerme, estás perdido.

Intentar analizar lo insondable y seguir lo irrastreable es lo mismo que pretender ver lo invisible o expresar lo inefable. (Serm. 27,6-7)

* * *

¡Oh señor! ¿Qué méritos puedo tener, yo, pecador? ¿Cuáles pueden ser mis merecimientos, si soy un malvado?

De Adán sólo nace otro Adán, y todo hijo de Adán nace con un montón de pecados.

Yo soy hijo de Adán; soy, por tanto, un condenado, hijo de condenado, que con mi mala vida he acumulado pecados propios sobre el de Adán.

¿Qué pude, pues, merecer yo, que era otro Adán? Y, no obstante, tú, misericordiosamente, me has amado, no porque yo fuese agraciado, sino para hacerme agraciado. (In Ps. 132,10)

Si busco lo que tengo propio mío, no encuentro más que el pecado.

Si busco lo que tengo propio mío, no encuentro sino la mentira.

Suprimo estas dos cosas mías, y todo lo demás es don y misericordia tuya. (Serm. 32,10)

Quiero examinarme a mí mismo. ¿Qué méritos tenía yo, pecador? ¿Qué servicios podía alegar yo, que te había despreciado?

Nada más que el castigo, nada más que la pena es lo que descubro.

Veo lo que me era debido y lo que me has dado, y dado gratuitamente.

A mí, pecador, me fue concedido el perdón, el espíritu de la conversión, la caridad, el amor, con el que puedo realizar todo el bien; y me darás además la vida eterna y me concederás la compañía de los ángeles: todo esto por sola tu misericordia.

Que jamás me gloríe de mis méritos, porque hasta mis mismos méritos son don tuyo. (In Ps. 144,11)

Haz que yo entre en mi corazón y te confiese sinceramente: nada hay en mí que te pueda agradar fuera de lo que de ti he recibido, y todo cuanto es propiedad mía es cosa que te desagrada.

Si considero mis bienes, ¿por qué he de gloriarme, como si a nadie lo debiera? (1Co 4,7)

Por mí mismo no he podido hacer otra cosa que perderme, y ni ahora sabría encontrarme si tú, que me has creado, no vinieras ahora en mi busca. (Serm. 13,3)

CAPITULO XI

La avaricia

Si el principio de todo pecado es la soberbia, la raíz de todos los males es ciertamente la avaricia.

Aun en la soberbia se encuentra ya la avaricia, pues es un excederse de la recta medida.

Porque ¿qué significa ser avaro? No otra cosa que desear más de lo que se necesita. (In Ep. Jo. 8,6)

No sé qué poder es el que ejerce la avaricia en el corazón del hombre, pues se da el caso de que casi todos la condenan de palabra, pero la defienden con los hechos.

Muchos poetas e historiadores, oradores y filósofos han dicho de ella muchas, muy graves, muy grandes y muy verdaderas cosas: todas las literaturas y escuelas han condenado la avaricia.

Pero lo importante es no tenerla, pues mucho más vale no tenerla que ocuparse en manifestar sus vicios.

Muchos han dicho: «La raíz de todo mal es la avaricia»; pero ningún filósofo se atrevió a decir: *Huye de las pasiones juveniles y sigue la rectitud, la fidelidad, la caridad y la paz con aquellos que invocan el nombre del Señor con puro corazón.* (2Tim 2,22)

Ningún filósofo habló así; está muy lejos de sus grandilocuentes discursos la sólida piedad.

Debes tener en cuenta, por tanto, que todo lo que haces debes hacerlo por Dios, porque donde se sirve al verdadero Dios, el amador de la avaricia encuentra la reprobación.

Sería una vergüenza y motivo de confusión que dominaran la avaricia los adoradores de los ídolos, y que se viera por ella subyugado el adorador del verdadero Dios, después de haber sido redimido con la sangre de Cristo.

Eres de la familia de Dios, adoptado en ella, eres hijo suyo, y no por méritos, sino por su gracia.

Muy grave y muy horrendo será que te tuviera la avaricia sujeto a la tierra mientras dices: Padre nuestro, que estás en el cielo (Mt 6,9) a aquel en cuya presencia todo parece vil; pues no son ya apreciables para ti las cosas entre las que has nacido, después que por gracia suya has renacido.

Estas cosas te sirvan para las necesidades de la vida, no como incentivo de tu codicia; sean como la posada del peregrino, no como el precio sobre el cual se tiene propiedad. Repara tus fuerzas y sigue adelante.

Para realizar el viaje de la vida mortal son necesarios los alimentos y el vestido: conténtate con lo suficiente para el viaje. ¿Para qué te has de cargar?

¿Para qué, siendo tan breve el camino, llevar tanto bagaje, que más que ayudar a llegar al fin te sirve de impedimento para que no llegues jamás?

Es bien extraño lo que pretendes: te cargas, y no ves que lo mucho que llevas te oprime en el camino, ya que sobre la carga del dinero se te echa encima la de la avaricia; pues la avaricia es la inmundicia del corazón.

Nada llevarás de este mundo que tanto amaste; pero sí llevarás los vicios en que pusiste tus aficiones.

Y si perseveras obstinadamente en el amor al mundo, no te encontrará limpio el Creador del mundo.

Como encadenes tu corazón al dinero, traerá sobre ti muchos dolores.

Huye del oro como del enemigo. Tú querrías huir con el oro; pero no, no es eso, sino huye del oro. Sólo con que tu corazón huya del oro, el oro será tu siervo.

No haya codicias en ti y reine en ti la piedad. Si eres señor y no esclavo del oro, no te faltará en qué emplearlo.

Si eres señor del oro, sabrás hacer con él cosas buenas; si eres siervo, el oro se servirá de ti para el mal.

Si eres señor del oro, alabará a Dios el que de tus manos ha recibido con qué vestirse. Si eres su siervo, blasfemará contra Dios el que fue por ti despojado.

La codicia te hace siervo, la caridad libre. Por tanto, serás siervo si no huyes del oro.

En este asunto te es preciso escoger entre estas dos cosas: o hacerte esclavo del oro o huir de él.

Has oído de lo que debes huir. Escucha ahora lo que debes buscar. No se trata de una fuga en vano o de una renuncia sin compensación.

Abrácate a la rectitud, a la fidelidad, a la piedad, a la caridad: he aquí lo que te hace rico.

Ten dentro de ti estas riquezas, que no pueden robar los ladrones si no les abre la puerta tu mala voluntad.

Fortifica tu arca interior, que es tu conciencia. Allí es donde tienes esas riquezas que no pueden ser robadas, ni por los ladrones, ni por los enemigos, ni por los piratas, ni, finalmente, por mar, aunque naufragues, porque aunque salieras del mar desnudo, no dejarás de salir lleno por dentro.

¿Por qué buscas el oro con tantos trabajos y largos viajes?

Ama las riquezas celestiales, y desde ahora quedarás saciado: no está escondida la fuente de donde manan; basta tener abierto el corazón. El corazón se abre con la llave de la fe, que, además de abrir, purifica el lugar donde debes depositarlas.

No juzgues que eres demasiado estrecho y miserable, porque tu riqueza es tu Dios, que, cuando entra en tu corazón, lo ensancha. (Serm. 177,1-4)

La avaricia es una mala dueña, pues te prohíbe que obres el bien; y como mala que es, malamente te aconseja. ¿Y qué es lo que te dice? «Guarda las riquezas para ti y los tuyos. Si algún día te vieres necesitado, nadie te socorrerá. No quieras vivir al día; mira al futuro».

Avergüénzate, oh libre y llamado a la libertad, avergüénzate de la servidumbre de una tal tirana y reconoce a tu Redentor y libertador.

Sírvele a él, que te manda cosas más fáciles y no te obliga a algo difícil y malo.

Dígnese el Señor venir y llamarte para sí; pero advierte que si no quieres seguirle, en su casa no se admiten siervos forzados.

Libérate de la avaricia y sigue a tu Dios.

Si eras antes siervo del desorden, empieza a serlo ahora de la rectitud.

Supongamos que quieras complacer a la avaricia; dile dónde has de guardar tu oro; ella te mostrará un lugar fortificado, una habitación bien murada, un arca de hierro.

Fortifícalo todo y asegúralo; pero ten presente que quizá no falte un ladrón doméstico que penetre en el interior de esas fortificaciones y te haga temer por tu vida a causa de tu dinero.

No sería difícil que mientras tú atiendes a defenderlas, él, que quiere arrebatarlas, piense en darte muerte.

Por lo demás, asegura con cuantos cerrojos quieras tu tesoro y todas tus cosas contra los ladrones; después, prueba y discurre cómo las has de preservar de la herrumbre y de la polilla. ¿Cómo te las arreglarás? No se trata de un enemigo que venga de fuera a robar, sino que es algo interno que existe en ellas y las consume.

Malo es, por consiguiente, el consejo que te ha dado la avaricia; te ha dicho que guardes tus bienes, pero no sabe indicarte un lugar apto para guardarlos

Quizá se sirve de otro motivo: «Atesora, te dice, para el provenir». ¿Qué porvenir es éste? Seguramente que se reduce a muy pocos días y muy inciertos.

Dice: «Piensa en tu futuro», y lo dice a un hombre que no sabe si vivirá mañana.

Pero vamos a suponer que este hombre viva tanto tiempo cuanto espera la avaricia; no tanto cuanto ella puede hacer ver, ni cuanto puede persuadir, ni cuanto puede hacer esperar, sino cuanto, según sus cálculos, ha de vivir hasta envejecer y llegar al fin de la vida; y que este hombre, ya anciano, encorvado bajo el peso de los años, apoyado en un bastón, continúa buscando ganancias y dando oídos a la avaricia, que le dice: «Piensa en tu futuro».

¿Para qué futuro, ¡oh avaricia!, si hablas a quien está ya expirando? (Serm. 86,5-9)

* * *

¡Señor! ¡Cuántas angustias padecen los avaros! Ni la persecución les arredra. La misma avaricia es intimada; pero el avaro roba, y aunque teme la pena, se inflama en deseos de rapiña.

Otros padecen hambre durante el tiempo de sus adquisiciones y ganancias; pero, cuando se les recuerda la obligación del ayuno se excusan con el dolor de estómago; emplean todo el día en contar sus riquezas y se acuestan a la noche sin haber comido.

Otro hecho común es ver cómo los negociantes, después de haber perdido hasta su ropa en un naufragio, vuelven de nuevo a exponerse al mismo peligro.

Por lo demás, ¿qué es lo que mantiene a los hombres en continuo peligro sino el deseo de adquirir riquezas? Ni la misma espada les intimida.

La falsedad es un crimen capital, y, no obstante, con él acecha las herencias.

Diga, pues, el avaro en su corazón lo que quizá no se atreve a decir de viva voz: « ¿Quién me separará del deseo del oro?» Diga también al oro: «Por ti estoy muriendo todo el día». Yo diré aquello que dicen los mártires, siguiendo el salmo: *Júzgame, Señor, y defiende mi causa contra gente sin piedad*. (Salm. 42,1)

Defiende, dice, mis tribulaciones: también son atribulados los avaros.

Defiende mis penas: también las soportan los avaros.
Defiende mis persecuciones: también sufren angustias los avaros.
Defiende mi hambre: también los avaros padecen hambre por adquirir dinero.
Defiende mi desnudez: por el oro se dejan despojar los avaros.
Defiende mi muerte: por el oro mueren también los avaros.

Por amor a ti estoy muriendo todo el día; el avaro, por el oro; yo, por ti, mi Dios y Señor.

La pena es semejante, pero la causa es distinta; y siendo diferente la causa, la victoria es segura. (Serm. 335,2)

CAPITULO XII

Peligros de las riquezas

No quiere Dios que perdamos nuestras cosas ni nos manda que las destruyamos, sino que nos señala el lugar donde podamos con seguridad colocarlas

Nadie puede pensar en otra cosa que en su tesoro ni concentrar sus afectos más que en sus riquezas.

Si se guardan en la tierra, es natural que en ella quede sepultado el corazón. Si se guardan en el cielo, al cielo se levantará el corazón.

Si quieres, por tanto, tener el corazón en las alturas del cielo, pon en el cielo lo que amas; y asi, aunque obligado a vivir en la tierra con el cuerpo, tu corazón habitará con Cristo; y como a la Iglesia le precede su Cabeza, así vaya por delante de ti tu corazón.

Y lo mismo que los miembros han de ir adonde fue la cabeza, Cristo, así también, cuando resucites, irás adonde te haya precedido tu corazón.

Sal, pues, de aquí en la forma que puedes, que ya seguirá nuestro todo a la parte que nos precedió.

La casa terrena amenaza ruina; la que adquieras en el cielo ha de ser eterna. Marcha con anticipación al lugar en que has de habitar después.

Has oído que cierto joven rico pidió consejo al divino Maestro sobre el modo de conseguir la vida eterna. (Serm. 86,1-2) Y ¿cuál fue la respuesta que obtuvo aquel joven del Maestro bueno? Si quieres conseguir la vida- eterna, guarda los mandamientos. (Mt. 19,7)

¿Quién es el que no quiere conseguir la vida eterna? Y, sin embargo, ¿quién hay que quiera observar los mandamientos?

Y si no quieres guardar los mandamientos, ¿por qué buscas la vida eterna?

Si eres perezoso para obrar, ¿por qué has de ser solícito para pedir la recompensa?

El joven del Evangelio respondió que había guardado los mandamientos, y entonces oyó preceptos de mayor compromiso: si quieres ser perfecto, te falta una cosa*: anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres;* no perderás con ello tus riquezas, sino que *tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígneme.* (Mt.19,21)

Porque ¿de qué te serviría haber puesto en práctica todas estas cosas si después no sigues a Cristo?

Se marchó aquel joven triste y apenado: tenía muchas riquezas.

Lo mismo que oyó aquel joven lo has oído tú; el Evangelio es la boca de Cristo, que, aunque está sentado en el cielo, no deja de hablar en la tierra.

No te hagas el sordo, pues él clama.

No te hagas el muerto, porque su voz retumba como el trueno.

Después que hubo marchado contristado el rico, dijo el Señor: ¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos! (Mt.19,23)

Y para ponderar esta dificultad, puso una semejanza, según la cual parece del todo imposible.

Todo lo que es imposible es difícil; pero no todo lo difícil es imposible.

Fíjate en la semejanza, si quieres comprender hasta dónde se extiende la dificultad: Os aseguro que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos. (Mt.19,24)

¿Cómo ha de pasar un camello por el ojo de una aguja, si es imposible que pase una pulga?

Finalmente, al oír estas palabras, los discípulos se pusieron tristes, y preguntaron: Y si esto es así, *¿quién se podrá salvar?* ¿Qué rico se podrá salvar? (Serm.2,20)

Fíjate en los ejemplos que la historia te ofrece, y aprende a no presumir de las riquezas, pues muchos, por causa de sus riquezas, fueron arrojados por precipicios; otros perecieron por cuidarlos otros, a causa de sus muchas riquezas fueron víctimas de saqueos. Todos éstos habrían vivido tranquilos si no hubieran tenido para sus perseguidores el cebo de las riquezas. (In Ps.131,25)

* * *

¡Señor, que no me deje seducir por estos tesoros caducos, tesoros aparentes!

No quiero, bajo el pretexto de la piedad, acumular riquezas. (Serm. 9,20)

Si me concedes con abundancia las riquezas del mundo, ayúdame a no poner en ellas mi corazón. No quiero presumir de mí, no quiero vivir pegado a las riquezas.

De sobra sé que, poniendo en ellas el corazón, también yo me desvaneceré con ellas.

Seré feliz si tú, Dios mío, eres mi única esperanza, y yo no vuelvo mis ojos a las locuras vacías y tramposas. (In Ps.41,16)

Aun en el supuesto de que yo fuese por siempre dueño de mi oro, ¿qué es lo que tengo? Si a ti no te poseo, ¿qué bien puedo tener?

Tú me prometes a ti mismo, y además me aseguras que este tesoro lo podré poseer por toda la eternidad.

Tal es mi tesoro, tesoro que no disminuirá jamás ni jamás perderé. ¡Qué gran felicidad: tú eres mi herencia!

Yo quiero amarte sin recompensa alguna; ningún otro premio te pido.

El que pretende de ti otro premio y por él te sirve, juzga más valioso lo que quiere recibir que a ti, de quien pretende recibirlo.

Y no; yo no busco otra recompensa; nada quiero fuera de ti: tu serás mi premio.

Tal es el objeto de mi amor, tal el objeto de mis ansias; si amase otra cosa, no sería puro mi amor. (In Ps. 41,16)

CAPITULO XIII

La ira y el odio

La ira es el deseo de venganza; cuando se hace duradera se convierte en odio. (Serm.58, 8)

La ira es una paja, el odio una viga; si a la paja se la alimenta, llega a ser viga. (Serm, 49,7)

La viga en su comienzo es una paja; pero regando la paja, llega a ser viga; así también, alimentando la ira con malas sospechas, llegas al odio.

Cuando el que odia reprende al que se aira, trata de arrancar una paja del ojo de su hermano; pero como tiene él una viga en el suyo, no puede conseguir lo que desea.

Hay bastante diferencia entre el pecado del que se deja dominar por la ira y la crueldad del que odia: nos airamos con nuestros hijos, pero ¿quién es el que los odia?

Entre los mismos animales se observa esto. La madre, como enojada, rechaza con ira a la cría que mama, y no obstante, tiene para ella entrañas de madre.

La rechaza como si le causara tedio; pero corre en busca de ella si se le marcha.

No se suele castigar a los hijos sino después de haberse encolerizado e indignado con ellos. Sin embargo, no se usaría con ellos de rigor si no fuera por el amor.

Por tanto, no todo el que se enoja lo hace porque odia; muchas veces sucede que el rencoroso no aparece airado.

Figúrate que un niño se empeña en jugar en un río de mucha corriente con peligro de que el agua le arrastre y se ahogue. Si eso ves y lo toleras con paciencia, demuestras que sientes odio por ese niño; tu paciencia es causa de su muerte.

¿Cuánto mejor no será que te enfades con él y le corrijas antes que dejarle jugar a su antojo con peligro de su vida?

Lo primero que has de hacer es arrojar el odio de tu corazón: ésta es la viga que es preciso quitar del ojo.

Es muy distinto airarse y pronunciar alguna palabra impropia, de la que nos arrepentimos al punto, que permanecer aparentemente tranquilos, fomentando rencores dentro del alma.

Como hay diferencia entre la sentencia del salmo: *Mi ojo está irritado por la ira* (Sal 6,8) y lo que nos enseña San Juan: *El que odia a su hermano es homicida.* (1Jn 3,5)

Gran diferencia hay entre un ojo ofuscado y un ojo apagado; la paja ofusca, la viga apaga.

Cuando no tengas esa viga en tu ojo te será sumamente fácil ver con claridad cualquier arenita que tenga tu hermano en el suyo, y no descansarás hasta que logres quitarla del ojo de tu hermano.

La luz que hay en ti te obligará a velar por la de tu hermano.

Pero si estás poseído por el odio, ¿cómo podrás procurar la luz a otro, estando tú ciego?

Muy claramente se enseña esto también en las Sagradas Escrituras: *Cualquiera que aborrece a su hermano es homicida, y el que aborrece a su hermano está aún en tinieblas.* (Jn 2,9)

Escucha, hijo mío, los preceptos de tu padre (Prov. 1,8).Es imposible odiar a otro sin antes causarse daño a sí mismo.

Cuando intentas causar daño externamente a tu enemigo ya has devastado tu interior.

Y cuanto el alma es más excelente que el cuerpo, tanto más diligentemente debes procurar que no sufra daño tu hermano en ella; tú dañas tu alma si odias a otro.

¿Qué daño puedes hacer al que odias? Puedes quitarle el dinero, pero no le perjudicarás en su crédito. Puedes quitarle la fama, pero no lograrás mancillar su conciencia.

Todo lo que hagas contra tus hermanos será externo; en cambio, considera el perjuicio espiritual que te haces a ti mismo.

Te conviertes en tu mayor enemigo cuando odias a tu prójimo.

Y lo más triste es que no conoces el mal que te haces, porque el afán de perjudicar al prójimo te hace perder la noción de tu propio bien.

Te ensañaste con tu enemigo y le despojaste, pero tú te has hecho un verdadero malvado.

Y hay gran diferencia entre el malvado y el despojado: éste ha perdido el dinero, tú la inocencia.

Mira a ver quién ha perdido más: él ha perdido una cosa perecedera, y tú te has perdido a ti mismo. (Serm. 82,1-3)

¡Homicida! ¿Cómo es posible que ames a Dios? ¿No has oído lo que se lee en la carta de San Juan: *El que odia a su hermano es homicida?*

El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo amará a Dios, que nunca ha visto?

Este es el precepto que de Dios tenemos: que el que ama a Dios, ame también a su hermano. (1Jo 4,20-21)

Tú ciertamente no amas a Dios si odias a tu hermano. Dios nos ha puesto el precepto de que nos amemos los unos a los otros; pero ¿cómo podrás amarle si desprecias sus mandatos?

¿Dices que amas a Cristo? Pues guarda su mandato de amor a tu hermano, porque si no amas a tu hermano, ¿cómo podrás amar a aquel cuyo mandato desprecias? (In Ep. Jo. 9,11)

Llénate de espanto, al menos cuando oyes decir estas palabras: *¡El que aborrece a su hermano es un homicida!*

No has desenvainado la espada, ni has causado herida alguna a tu hermano, ni mutilado parte alguna de su cuerpo, pero hay en tu corazón un sentimiento de odio, y esto basta para que seas considerado como verdadero homicida y reo ante Dios.

Vive tu enemigo, y, sin embargo, le mataste, porque, por lo que a ti respecta, mataste al que aborreciste. ¡Enmiéndate, corrígete!

Si hubiera escorpiones o serpientes en tu camino, ¡cuánto trabajarías, cuántos esfuerzos no harías, para poder verte libre de ellos y poder vivir tranquilo!

En cambio, te encolerizas y dejas que la ira se apodere de tu corazón y dé lugar a odios, que son otras tantas vigas, otros tantos escorpiones, otras tantas serpientes, y ¿no das un paso por limpiar la casa de Dios, que es tu corazón?

Algunas veces perdonas con la boca y guardas el rencor en el corazón: perdonas con la boca por respeto a los hombres y guardas rencor en tu corazón sin hacer cuenta ni temer la vista de Dios.

Perdona, y perdona de corazón. No debió ponerse el sol sobre tu indignación y ya han pasado varios días.

No, no pase ni uno más sobre tu ira, no sea que, mientras estás airado, se oculte para ti el sol de justicia y quedes en tinieblas.

No tomes la ira como cosa de poca importancia. Por la ira se turban los ojos, y con los ojos turbados no se puede ver el sol; y si lo ves, no es para darte placer, sino para herirte con sus rayos.

Perdona y hazlo de corazón. Si Dios exigiera la venganza de cuanto le has ofendido, ¿dónde estarías?

Si el que no te ha hecho mal alguno y a quien tú has ofendido, no quiere vengarse de ti, ¿tendrás atrevimiento para vengarte tú, que casi todos los días ofendes a Dios? (Serm. 58,7-8)

* * *

¡Oh Señor, amador verdadero de tus enemigos! Cuando viniste a este mundo no encontraste más que enemigos. Todos eran pecadores sin excepción alguna, ni uno sólo encontraste que fuese amigo.

Por los enemigos derramaste toda tu sangre y con ella los convertiste.

Porque con ella limpiaste de pecados a tus enemigos; de este modo los convertiste de enemigos en amigos.

Estabas, Señor, rodeado de judíos, que llenos de odio y de ira te insultaban y escarnecían, y en la misma cruz dijiste: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. (Lc 23,34)

Te crucificaron los judíos, porque estaban ciegos, y tu sangre fue el colirio que les curó de su ceguera. (Serm. 317,2)

Desde la cruz, como sentado en una cátedra, me enseñabas los deberes de la caridad.

¡Oh Maestro bueno! ¡Qué bien hablado! ¡Qué bien me has instruido!

Me has enseñado cómo debía imitarte yo, pequeño, a ti, altísimo; yo, criatura, al Creador; yo, víctima, al mediador; yo, hombre, al Dios hombre.

Los santos te han imitado; pero ¿hicieron acaso con sus propias fuerzas? Y si el haberlo hecho fue don tuyo, ¿por ventura penetraron ellos cerrando tras sí la puerta? ¿Derribando el puente después que ellos pasaron?

¿Será demasiado para mí? Te lo pediré como ellos; la fuente no se agotó; aún mana copiosamente.

Comprendo cuán perjudiciales me son la ira y el odio. Reconozco en ellos a un enemigo contra el cual tengo que luchar sobre la arena de mi corazón. El escenario de la pugna es angosto; mas, angosto y todo, allí estás tú de espectador.

Asísteme en mis combates, para que, como he sido espectador de la victoria de tus santos, también yo pueda salir triunfante en el combate que tiene lugar en mi corazón. (Serm. 315,8-10)

CAPITULO XIV

La paciencia

La paciencia verdadera, laudable y digna de ser tenida como virtud, es aquella cualidad del espíritu con la cual sufres serenamente los males que te afligen, y no pierdes de vista los bienes conducentes a otros mayores.

El impaciente, al intentar no tener que sufrir nada, no consigue librarse de los males, sino que concluye por tener que sufrirlos más graves.

El paciente, en cambio, prefiriendo soportar el mal sin cometerlo a cometerlo sin soportarlo, alivia con la paciencia los trabajos que tiene que sufrir y evita otros más graves a que le arrastraría la impaciencia.

Sufriendo, además, con resignación los males temporales y de corta duración, no correrá riesgo de perder los bienes inefables de la eternidad, porque *no pueden compararse los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros*. (Rm 8,18)

Fíjate a cuántas penas y trabajos se someten los hombres para conseguir la satisfacción de sus vicios, y cómo cuanto se juzgan más felices en esta satisfacción, tanto más infelizmente la desean.

¡A qué peligros se exponen y cuántos males sufren para conseguir las engañosas riquezas por adquirir una falsa honra o para satisfacer las inclinaciones frívolas!

En todos estos casos, la paciencia es más digna de admirarse que alabarse, o, más bien, no merece ni admiración ni alabanza, porque no es verdadera paciencia; puede admirarse la resistencia, sí, pero no hay motivo para hablar de paciencia.

La verdadera paciencia es compañera de la sabiduría y no esclava de la concupiscencia.

La paciencia es amiga íntima de la conciencia pura, no enemiga de la inocencia.

Si alguno resiste con fortaleza los golpes de la adversidad, antes de alabar su paciencia estudia los motivos de su conducta.

Si los motivos son buenos y santos, será meritoria y buena su paciencia; si nacen de la ambición y de la avaricia, es virtud falsa.

Cuando el motivo es criminal, te equivocarías lamentablemente si hablaras de paciencia.

Como no todos los que saben algo se pueden llamar sabios, así no todos los que sufren se puede decir que son pacientes: solamente aquellos que saben padecer como se debe son

acreedores a la alabanza de la paciencia, y éstos son los que reciben en recompensa la corona.

Si el alma sufre tanto para llegar a conseguir aquello que es causa de su perdición, ¿cuánto no deberá sufrir para no perderse?

Una buena lección de paciencia nos dio el Señor cuando nos prefirió que aquel dueño de la casa, al aconsejar la paciencia a los siervos, que querían arrancar la cizaña nacida con el trigo, les dijo: *Esperad que el trigo y la cizaña 'Crezcan hasta la cosecha.* (Mt.13,30)

Es necesario saber esperar con paciencia y sufrir aquello que no puede de pronto quitarse de en medio.

De esta paciencia nos dio también un elocuente ejemplo cuando antes de su Pasión sufrió a su discípulo Judas, que era ladrón, sin denunciarle como traidor; y aun acercándose el tiempo de padecer, no le rehusó el beso de paz que le ofreció con labios hipócritas. (Jn. 12,6; 13,29)

Escucha, finalmente, los preceptos de las Sagradas Escrituras sobre la paciencia: *Hijo, al comentar el servicio de Dios, persevera firmemente en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la prueba.*

Humilla tu corazón y ten paciencia, y al final serás enaltecido.

Acepta gustoso todo cuanto te envíe; en los dolores, aguanta y sufre con paciencia tu abatimiento.

Pues como en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos a Dios se prueban en la fragua de la tribulación. (Eclo 2,1-4)

Y en otro lugar: *No rehúses, hijo mío, la corrección del señor ni desmayes cuando te castigue.*

Porque el Señor castiga a los que ama y envía su azote a los que adopta como hijos. (Prov 3,11-12)

Es muy justo que los que fuimos arrojados de la primitiva felicidad del paraíso por el deseo desordenado de placer podamos ser recibidos en el cielo mediante la humildad y la paciencia en los sufrimientos.

Huimos obrando el mal; tornamos sufriendo males; allí obrando contra la virtud, aquí sufriendo por ella.

Resta, pues, averiguar dónde se deba buscar la paciencia para que merezca el nombre de virtud.

Hay algunos que la atribuyen a las solas fuerzas de la voluntad humana, sin auxilio de la gracia, regida sólo por la libertad.

Este es un error inspirado por la soberbia. De esta paciencia podíamos decir lo que el apóstol Santiago dice de cierta especie de sabiduría: *Esta sabiduría no desciende de arriba, sino más bien es una sabiduría terrena, irracional, diabólica.* (Snt 3,15)

¿Cómo no van a tener los soberbios una falsa paciencia si tienen una falsa sabiduría?

El que da la verdadera sabiduría, concede también la virtud de la paciencia.

La paciencia de los buenos desciende de arriba, es un don del Padre de las luces.

La paciencia de los malos es terrena; la de los buenos, celestial; una es animal y otra espiritual; aquélla diabólica, ésta divina.

Porque como la codicia, que es la que hace a los pecadores soportar toda suerte de contrariedades, procede del mundo, así la caridad, que es la que hace soportar a los buenos con resignación todos los males, procede de Dios.

De aquí que aquella paciencia falsa puede proceder de la voluntad humana sin el auxilio de la gracia; y en ella es tanto mayor la obstinación cuanto más intensa es la pasión, y tanto más sufre calladamente cuanto más inicuamente procede. Para la otra, en cambio, que es la verdadera paciencia, no bastan las fuerzas de la humana voluntad; es necesaria la gracia que viene del cielo, porque el Espíritu Santo es su fuente y principio, sin cuyo auxilio, así como no puede amar convenientemente el bien exento de padecimientos, así tampoco puede sufrir el mal que la aflige.

Sin caridad es imposible la verdadera paciencia; porque en los buenos es el amor de Dios el que les da fuerzas para sufrir todas las cosas, como el amor del mundo es el estímulo que sostiene a los malos.

Aquel que nos da la caridad es quien nos da la verdadera paciencia.

El amor del mundo, cuando soporta pacientemente los gravosos efectos de una calamidad cualquiera y se vanagloria de las fuerzas de su voluntad, es como si el enfermo se envaneciese de la fiebre que soporta más que de la robustez de su salud. Esta vanagloria es estúpida, efecto más de demencia que de paciencia.

Este proceder de la voluntad es una manifestación, más que de paciencia en soportar los males, de avidez de los bienes temporales, porque está vacía de los eternos.

Por tanto, no hay duda alguna que, como la caridad en aquellos que santamente aman, así también la paciencia en aquellos que pacientemente sufren, es don de Dios. (*De Patientia, passim.)*

* * *

¡Oh amado de mi alma, háblame, enséñame! (Serm. 138,10)

Y desde la cruz, de la que no quisiste descender, ¿qué me enseñas sino la paciencia en los insultos y la fortaleza que me viene de ti? (In Ps. 70,11)

Cuando los judíos, estando tú pendiente de la cruz, te insultaban, diciendo: *Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz* (Mt 27,40) no quisiste descender: y con sólo quererlo, podías haberlo hecho.

¿Qué dificultad habría para descender de la cruz, tú que tenías el poder para levantarte del sepulcro?

Pero como querías enseñarme la paciencia, diferiste el uso de la potencia. (Serm. 37,10)

Me has dado el ejemplo, pero necesito el auxilio. Ayúdame; me encuentro aprisionado, líbrame tú, Dios mío, sin tardanza.

Nadie fuera de ti me podría librar de mis impedimentos.

Una multitud de cuidados diversos me enreda; siento las punzadas de los dos setos de espinas que bordean este estrecho sendero por donde camino.

Yo soy pobre y desgraciado; Dios mío, socórreme, que tú eres mi auxilio. ¡Señor, no tardes! (Sal 69,6)

A mí me parece largo lo que no es para ti, a quien mil años son como un día, o como las tres horas de una vigilia.

Sin la virtud de la paciencia todo me parecerá lento, y la idea de esta tardanza me hará separarme de ti como en el desierto aquellos que se cansaron querían obtener antes de tiempo las delicias que les reservabas en la patria. Y como no se les concedían aquéllas mientras duraba el viaje, porque quizá con ellas se hubieran pervertido, murmuraron de ti y su corazón volvió a Egipto, de donde habían salido con el cuerpo. (In Ps. 27,2,7)

Ayúdame, Señor y Dios mío. No me desampares, dejándome solo en el camino. Una sola cosa te pido, y es la de habitar en tu casa todos los días de mi vida, y contemplar tu felicidad. Esto únicamente te suplico, mientras peregrino por el mundo para llegar a ese feliz término.

Lejos de mí presumir de mis fuerzas. Si me abandonas, desfalleceré y caeré, o cuando menos me desviaré o me detendré.

Te diré, por tanto: Tú me has dado la libertad de querer, pero sin tu auxilio todo mi esfuerzo es inútil.

Sé tú mi ayuda. No me desampares, no me desprecies, ¡oh Dios, Salvador mío! (Salm. 26,9)

Ayudas al que has formado; no abandonas al que creaste. (In Ps. 27,2,17)

En esto, pues, consiste toda mi ciencia: en saber que por mí mismo no soy nada y que todo lo que soy lo debo a ti y debe ser para ti.

Sea, pues, ésta toda mi ciencia: no presumir de mis fuerzas, no sea que atribuyéndome lo que no me pertenece pierda incluso lo que recibí. (In Ps. 70,1,1)

Así como la tierra espera del cielo la lluvia y la luz, así debo esperar de ti la misericordia y la verdad. (In Ps. 46,13)

En todas las cosas, felices o tristes, tengo necesidad de ti. Sin ti, en la desgracia no encuentro alivio ni orientación en la felicidad. (In Ps. 32,3,4)

No hay nada, por áspero y difícil que sea, que no se haga fácil con la ayuda de la gracia de Dios. (De lib. Arb. 1,6)

Señor, quiero amarte a ti y no a mí mismo; para que te ame habita en mí y ámate desde mí; enciéndeme, ilumíname, excítame a que te ame.

Porque mientras dure la vida, durará la batalla, y mientras haya batalla, hay peligro; pero de todo saldré victorioso por el amor con que me amas 2".

Una sola cosa sé: que lo puedes todo sin mí y yo no puedo nada sin ti. (In Ps. 30,2,4)

CAPITULO XV

Las cuatro virtudes cardinales

Si la virtud es el camino que nos conduce a la felicidad, pudiera decirse en síntesis que la virtud no es otra cosa que el sumo grado del amor de Dios.

Y así, a lo que entiendo, la división de las virtudes en cuatro tiene como base las diversas relaciones de ese amor.

Por tanto, esas cuatro virtudes —que ojalá estuviesen radicadas en el alma de todos, como en boca de todos andan sus nombres— yo no dudaría definirlas de este modo: la templanza es el amor que se entrega totalmente al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo sufre con facilidad por el ser amado; la justicia, el amor que sólo sirve al objeto amado, y por ello a él subordina todas

las demás cosas; la prudencia es el amor que con sagacidad elige lo que le es útil y que con prontitud rechaza lo que les impedimento.

Pero este amor se ha de entender no hacia un objeto cualquiera, sino a Dios, esto es, al sumo bien, a la suma sabiduría y a la suma concordia.

También se pueden dar estas otras definiciones: la templanza es el amor que se mantiene puro e íntegro por Dios; la fortaleza es el amor que todo lo sufre con facilidad por Dios; la justicia, el amor que únicamente sirve a Dios, y de este modo domina todas las cosas sujetas al hombre; la prudencia es el amor que aprecia rectamente qué es lo que ayuda para acercarnos a Dios y evita lo que pudiera ser impedimento.

Oficio de la templanza es moderar y calmar las pasiones que nos hacen desear cosas contrarias a la ley de Dios e incompatibles con el goce de su bondad, es decir, con la felicidad.

Allí está la fuente de la verdad, con cuya contemplación y posesión somos ciertamente bienaventurados. Separándonos de ella, caemos en un laberinto de dolorosos errores.

Dice el Apóstol: *La avaricia es la raíz de todos los males; algunos, por su causa, se desviaron de la fe y se sujetaron a muchas penas.* (1Tim 6,10)

El primer hombre, como hecho de la tierra, era terreno; el segundo, que descendió del cielo, es celestial.

Como fue el terreno, así también son todos los terrenos; y como el celestial, así también los espirituales.

Como has llevado la imagen del terreno, lleva también la imagen del celestial: despójate del hombre viejo y vístete del nuevo.

El objeto, por tanto, de la templanza es despojarnos del hombre viejo y renovarnos en Dios; es decir, hacernos despreciar los atractivos materiales y las lisonjas de los hombres, haciendo converger todo nuestro amor hacia los bienes invisibles y divinos.

Ama, pues, a Dios solo y desprecia todos los bienes sensibles, sirviéndote de éstos únicamente para las necesidades de la vida.

Reprime en ti los deseos e imaginaciones frívolas si te has propuesto ser casto en la presencia de Dios.

De la fortaleza hablaré brevemente: el amor, santamente enamorado de Dios, se dice moderado, templado, cuando no anhela los bienes temporales; se dice fuerte cuando sabe soportar la pérdida de ellos. Perdió el santo Job todas sus riquezas, quedando en un momento reducido a la mayor pobreza; pero conservó una serenidad de ánimo y una confianza en Dios que demostraron claramente que las riquezas no eran gran cosa para él, sino que él había sido grande ante ellas, y para él lo más grande, Dios.

Si los hombres de hoy pudieran tener tal serenidad de ánimo no insistiría tanto la Sagrada Escritura, recomendando el prescindir de estos bienes para llegar a ser perfecto.

Es acto de mayor virtud no tener adherido el corazón a ellas, aun cuando se posean, que carecer totalmente de ellas.

¿Qué diré de la justicia, que dice relación a Dios? La justicia dicta la norma del vivir a todo el que ama a Dios, para que de buen grado sirva a Dios, a quien ama, y le sirva como al sumo bien, a la suma sabiduría y a la suprema paz; y tenga, subordinadas a este amor, todas las demás cosas o se esfuerce en someterlas.

A la prudencia corresponde estar en guardia y vigilar con gran diligencia para que no nos sorprendan las malas insinuaciones que de improviso suelen asaltarnos.

Por ello nos amonesta el Señor: *Vigilad y caminad mientras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan.* (Jn 12,35)

Contra esa somnolencia espiritual que nos impide advertir el progresivo insinuarse del mal, ¿qué recomendación más propia que aquel aviso del Profeta: El que desprecia las cosas pequeñas poco a poco caerá? (Eclo 19,19) Sin la prudencia no podemos conseguir nada de cuanto llevamos expuesto.

¿Qué más podré añadir? Si Dios es el sumo bien para el hombre, se deduce evidentemente que, consistiendo la recta vida en tender al sumo bien, el buen vivir consiste en amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente; para lo cual es necesario que ese amor se conserve integro y puro mediante la templanza; que no disminuya en las contrariedades con la fortaleza; que no sirva a ningún otro con la justicia, y que vigile en la selección de los medios, no dejándose sorprender por el engaño o dolo, que es lo propio de la prudencia.

Esta es la verdadera perfección del hombre, con la que puede llegar a gozar de la verdad en toda su pureza. (Se mor. Eccl. 15-25)

* * *

Escucha, Señor, mi oración. Que mi alma no decaiga ante el rigor de tus enseñanzas ni yo desfallezca en confesar tus misericordias. Ellas me libraron de todos mis torcidos

caminos. Sigue siendo para mí más dulce que todas las seducciones que antaño me dominaban, para que te ame con todas mis energías y sepa agarrarme a tu mano con todas mis fuerzas y toda mi ternura, y así me saques de toda tentación para siempre. ((Conf. 1,15)

Gracias, dulzura mía, honor mío, confianza mía, Dios mío.

Gracias por tus dones. Sigue conservándomelos.

De este modo me guardarás a mí, y los dones que me hiciste se verán incrementados y perfeccionados. Yo estaré contigo, porque mi misma existencia es un don tuyo. (Conf. 1,20)

Tienen su encanto las cosas inferiores, pero no como el que tú tienes, creador de todas estas cosas, porque en ti se recrea el justo, y constituyes las delicias de los rectos de corazón. (Conf. 2,5)

Ahora, Señor Dios mío, me pregunto cuál ha podido ser lo que constituyó mi complacencia en el pecado, y veo que no tenía ninguna belleza.

La soberbia es la caricatura de la grandeza. Y el único grande de verdad, grande sobre todo, eres tú, mi Dios.

¿Y qué persigue la ambición sino la honra y la fama? Pero eres tú el único acreedor a todos los honores y glorioso por siempre.

También la crueldad de los tiranos trata de provocar el temor. ¿Y quién es el temible sino el único Dios, de cuyo poder nada ni nadie puede librarse ni sustraerse? ¿Cuándo, por qué, de quién lo ha conseguido?

Sí, las caricias lascivas provocan el amor. Pero no hay nada más seductor que tu caridad ni amor tan saludable como el de esa verdad tuya, bella y radiante sobre todas.

La curiosidad semeja afición por la ciencia, pero el único sabedor por excelencia de las cosas todas eres tú.

La misma ignorancia y la estupidez se arropan bajo el manto de sencillez y candor. Pero más sencillo que tú no hay nadie.

La pereza se disfraza de descanso. Pero ¿dónde sino en ti puede haber un descanso garantizado?

El lujo aspira a ser sinónimo de hartura y abundancia. Pero tú eres la plenitud y el caudal inagotable de suavidad incorruptible.

El derroche se disculpa con excusas de liberalidad. Pero tú, Señor, eres el dispensador a manos llenas de todos los bienes.

La avaricia busca la posesión de no sé cuántas cosas. Y tú eres el dueño de todas.

La envidia compite por los primeros puestos. ¿Y quién se pone delante de ti?

El rencor trama la venganza. ¿Y hay venganza más justa que la tuya?

El temor se alarma ante lo inesperado o anormal que le pueda ocurrir a lo que amamos. Pero ¿qué es para ti lo anormal? ¿Qué hay para ti de inesperado? ¿Quién será capaz de privarte de lo que amas? ¿Y dónde sino a tu lado hay seguridad completa?

La tristeza se consumecon la pena y sentimiento de haber perdido aquellos bienes con que se deleitaba la codicia: porque no quisiera perder nunca nada como a Vos nada se os puede quitar.

He aquí como el alma se hace delincuente cuando se aparta de Vos y busca fuera de Vos aquellos bienes que no podrá hallar cabales y sin mexcla, sino cuando se vuelva a Ti.

Todos pretenden imitarte, aunque sea depravadamente, cuando se alejan de ti y se rebelen contra ti.

Pero, incluso al imitarte así, ponen de relieve que tú eres el creador de toda naturaleza y que no hay modo de apartarse totalmente de ti.

Aquí me tienes, Señor. Yo soy aquel esclavo que escapó de su amo y buscó el amparo de la sombra.

¡Qué podredumbre! ¡Qué vida monstruosa! ¡Qué muerte tan profunda! (Conf. 2,6)

LIBRO SEPTIMO

La sabiduría

SEPTIMO GRADO DE LA PERFECCION CRISTIANA

Finalmente, después de haber recorrido con mayor o menor presteza los diversos grados de la vida virtuosa y conseguido la pureza de la inteligencia, puede decirse que estamos ya dispuestos de alguna manera para que nuestro entendimiento pueda investigar la unidad de la suma e inefable Trinidad, en cuya contemplación reside la suma paz, ya que no hay otro objeto que pueda desearse, cuando, regenerados y hechos hijos de Dios, participemos de la inmutabilidad de esta paternidad divina (Ep. 171 A,2).

CAPITULO I

El camino para llegar al conocimiento espiritual de Dios

En tanto seremos felices en cuanto participemos de la felicidad de Dios. (De Div. Quaest. 69)

Cualquiera que sea el progreso de nuestro entendimiento en el conocimiento de Dios, mientras estemos en este mundo, aparecerá siempre como un espejo y bajo imágenes oscuras (Ep. 120,17)

Es el alma la que ve; pero para que vea le son necesarias tres cosas: tener los ojos en buen estado, mirar y ver.

Tener los ojos sanos es tener la mente purificada de toda mancha corporal, es decir, alejada y purgada de toda codicia de bienes perecederos, beneficio que solamente podrá poseerlo por la fe.

No se puede hacer que el alma enferma y manchada por los vicios vea lo que sólo podrá ver estando sana, y mientras no se convenza de lo que necesita no empezará a cuidar su salud.

¿Y qué ocurrirá si, aun creyendo que las cosas son como se le dice y que en esa forma las ha de ver, en el caso de que pueda verlas, desespera de su salud? ¿No se abate con esto y se desprecia a sí misma y se niega a someterse a los mandatos del médico?

Ello es muy cierto, principalmente porque es natural que la enfermedad encuentre duros estos mandatos. Luego a la fe será preciso añadir la esperanza.

¿Y qué, si se convence de que todo ello es muy cierto y tiene esperanza de poder sanar, pero no ama ni desea la luz que se le promete, y juzga que debe vivir contenta en medio de las tinieblas, que ya le parecen agradables a fuerza de la costumbre? ¿No desprecia con eso igualmente al médico?

Luego, en tercer lugar, se necesita la caridad, como cosa absolutamente necesaria.

Sin estos tres requisitos, ningún alma puede estar sana para ver a Dios, es decir, para entenderle.

¿Y qué resta, una vez que tiene sanos los ojos? Mirar.

La mirada del alma es la razón; pero como no es consecuencia necesaria que todo el que mira vea, estamos en el deber de buscar y encontrar otro requisito.

Para poder ver hace falta mirar con rectitud y perfección; y esta mirada, a la que sigue la visión, recibe el nombre de virtud, pues la virtud no es sino la razón recta o perfecta.

Pero, aunque el alma tenga sanos los ojos, no puede dirigir sus miradas a la luz si no posee habitualmente los tres dones citados, que son: la fe para que crea que tiene un bien hacia el cual debe dirigir sus miradas, y que es de tal naturaleza que puede hacerla feliz con su vista; la esperanza, para que tenga seguridad de que ha de ver lo que mira, y la caridad, para que desee ver y gozar.

A la mirada sigue la visión de Dios, que es el fin de la misma, y no en el sentido de que cese ya de existir, sino en el de que ya no tiene otra cosa a que atender, y ésta es la virtud verdaderamente perfecta: cuando la razón toca a su fin, que es la vida eterna.

Esta visión no es otra cosa que el conocimiento del alma, resultante del espíritu que percibe y del objeto que se manifiesta; como la vista resulta del órgano visual y de los objetos exteriores: faltando uno de estos elementos no es posible ver.

Examinemos ahora si cuando el alma llegue a ver a Dios, es decir, a entenderle, necesita de las tres condiciones de que hemos hablado.

¿Por qué le ha de ser necesaria la fe si tiene delante la realidad? Tampoco ha de tener necesidad de la esperanza, puesto que ya posee lo que esperaba. En cambio, a la caridad no sólo no se le quitará nada, sino que se le añadirá mucho.

Tan pronto como el alma contemple aquella hermosura verdadera y singular, la amará más; y sólo por el amor inmenso con que habrá fijado en ella su mirada y por la circunstancia de no apartarla de allí jamás, podrá gozar siempre de esta vida beatífica.

Pero mientras el alma viva en este cuerpo, aunque consiguiese ver con toda perfección a Dios, aunque le comprendiese, no obstante, como los sentidos corporales conservan su modo de obrar propio —que, aunque no induce a error, tampoco excluye toda duda— se podría llamar fe aquella resistencia que tiene que vencer para creer ser cierto lo que ve con los ojos del alma.

Por la misma razón, a pesar de la dicha que puede alcanzar el alma en la tierra con el conocimiento de Dios, por hallarse expuesta a sufrir todas las enfermedades corporales, tiene necesidad de esperar y espera que todas esas molestias físicas concluyan con la muerte.

Por tanto, la esperanza no abandonará por un momento al alma mientras viva en este mundo.

Pero, una vez concluida esta existencia, cuando el alma se abisme toda entera en el seno de Dios, no necesitará ya de otros lazos que los del amor.

No se puede decir que tiene fe o cree que son verdad aquellas cosas que ve, porque no está expuesta a ningún peligro de equivocarse; ni queda ya nada que esperar, porque ya está en posesión tranquila de todo.

Tres requisitos, por tanto, son indispensables al alma: que esté sana, que mire y que vea. Las otras tres disposiciones: fe, esperanza y caridad, son siempre necesarias en esta vida; las dos primeras, sólo en esta vida; la caridad, también en la otra.

Escucha ahora lo poco que yo puedo enseñarte respecto de Dios utilizando una comparación tomada de las cosas sensibles, como exige nuestra condición presente.

Nosotros podemos llegar a conocer a Dios. Como respecto del sol podemos entender que existe, que resplandece y que ilumina, así respecto de Dios, bien que ocultísimo,

podemos entender que él existe, que es inteligible y que es la explicación de todo cuanto existe.

Cuando consigas que ninguno de los placeres terrenos te atraiga, créeme, en el mismo momento verás lo que anhelas.

No ignora el Señor cuándo es el momento de mostrarse; es médico, y como tal conoce quiénes están sanos mejor que los mismos pacientes curados por él.

Cree constantemente en Dios y abandónate totalmente a él cuanto puedas.

No quieras vivir en estado de independencia y a tu capricho y confiésate siervo de tan clemente y generoso Señor.

No dejará él de levantarte hacia sí, ni permitirá que suceda nada que no sea para provecho tuyo, aunque tú lo ignores.

Por ahora basta con esto; ya harás después todo lo que ordene aquel que ya has visto. (Sol. 1,6-15)

* * *

¡Desgraciado el hombre que, sabiéndolo todo, no te conoce a ti, Dios y Señor mío! ¡Dichoso aquel que te conoce a ti, aunque ignore todo lo demás.

El que une en sí este doble conocimiento no es más feliz por conocer las cosas terrenas. Lo es por conocerte a ti, si, conociéndote, te honra y glorifica como a Dios, te da gracias y no se envanece con sus pensamientos.

Pues así como el que posee un árbol y te da gracias por el fruto que recoge de él, aunque no sepa cuántos codos tiene de alto ni cuánto mide su perímetro, es mejor que el que lo mide y cuenta todas sus ramas pero no posee ni conoce ni ama al que lo creó; así, el hombre fiel, cuyas son todas las riquezas del mundo, y todas las posee como si no tuviera cosa alguna, pero está unido a ti, a quien sirven todas las cosas. Y esto es así aunque este hombre no tuviera idea de la órbita de la Osa Mayor. Sería disparatado negar que es mucho mejor éste que quien se dedica a tomar las medidas del cielo, a hacer el cómputo de las estrellas y a pesar los elementos, teniéndote abandonado a ti, que todo lo has dispuesto conforme a número, peso y medida. (Conf. 5,4)

Por más que los hombres insatisfechos y perversos pretenden retirarse y huir de ti, no pueden evitar que les vean tus ojos, que penetran y distinguen las más oscuras sombras. La visión de conjunto es bella, aunque ellos sean feos.

Porque ¿en qué pueden hacerte daño, en qué pueden menoscabar la majestad de tu imperio, que desde los cielos a los profundos abismos es justo y cabal?

¿Y adonde se fueron cuando se alejaron de tu presencia? ¿Adonde podrán irse que tú no los halles? Huyeron por no verte a ti, que los estás viendo a ellos, y, ciegos, vienen a tropezar en ti, que nunca desamparas cosa alguna de todas cuantas has creado.

En ti vienen a tropezar los injustos para ser justamente castigados; huyendo de tu misericordia tropezarán con tu rectitud, y caerán en los rigores de tu justicia.

No parece sino que ignoran que estás en todas partes, por lo mismo que ningún lugar te puede cercar ni contener y que estás siempre presente, aun para aquellos que se alejan de ti.

Que se conviertan y vuelvan a buscarte; pues si ellos dejaron a su Creador, tú no desamparas a tus criaturas.

Que ellos se conviertan a ti y vuelvan a buscarte, que en su mismo corazón te hallarán; en el corazón estás de los que te alaban y se abandonan en tus brazos y lloran en tu seno los extravíos que les han sido tan penosos. Tú, sin hacerte rogar, suavemente enjugas sus lágrimas, y esto hace que las derramen más copiosas y que tengan gusto en derramarlas; porque eres tú, Señor, y no ningún hombre de carne y sangre, tú eres, Señor, que los has hecho, quien los repara y consuela.

Y ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Te tenía delante de mí, pero yo me había alejado incluso de mí mismo, a mí mismo no me hallaba. ¡Cuánto menos podía hallarte a ti! (Conf. 5,2)

CAPITULO II

En busca de la felicidad

No está en tu mano acabar la vida según te plazca, pero sí el ordenarla de modo que tu fin sea tranquilo.

Si es noble la causa, ningún daño te ha de traer la pena; pero si es mala, sábete que no es acreedora a premio, sino digna de castigo.

Todo hombre sin excepción quiere ser feliz.

No hay quien no lo quiera, y esto por encima de todas las cosas; más aún, todo cuanto se quiere va encaminado a ese fin.

Arrastrados los hombres por muy diversas pasiones, uno quiere una cosa y otro, otra; como en la sociedad humana hay diversos estados de vida, y en esa diversidad uno abraza un modo y otro, otro; pero no hay ningún hombre, en cualquier género de vida que haya elegido, que en él no busque la felicidad.

Por tanto, la vida feliz es común aspiración de todos; pero cuando se quiere determinar el modo de conseguirla, o de buscarla, o el camino para llegar a ella, surge diversidad de pareceres.

Y he ahí por qué, si te das a buscar la felicidad en la tierra, no sé si la encontrarás; y no es porque sea malo el objeto que buscas, sino porque lo buscas donde no existe.

Uno dice: « ¡Dichosos los militares!» Otro lo niega y exclama: «¡Felices los labradores!»

Algún otro les lleva la contraria y agrega: « ¡Bienaventurados los que se dedican a la abogacía y defienden las causas, porque con su elocuencia son árbitros de la vida y de la muerte de los otros!»

Otro discrepa y afirma: « ¡Bienaventurados los jueces, porque tienen potestad para oír y decidir!»

Y otro, finalmente, exclama: « ¡Felices son los marinos, porque recorren muchos países y adquieren grandes ganancias!»

Ya ves que no se halla en tan variados géneros de vida uno solo que guste por igual a todos; y sin embargo, la vida feliz a todos atrae.

¿Cómo, no habiendo un modo de vivir a pleno gusto de todos, la vida feliz sí agrada por igual a todos? ¿Qué es la felicidad a que todos aspiran y no todos poseen?

El deseo de vivir y la repugnancia a la muerte nacen del fondo mismo de la naturaleza.

Si pregunto a un hombre: « ¿Quieres gozar de salud?», pienso que ninguno me responderá: «No quiero»; pues a nadie le agrada estar enfermo.

La salud es a la vez el único patrimonio del pobre y el más precioso tesoro del rico.

¿Qué le aprovecha al rico la opulencia si carece de salud, herencia única del pobre?

De muy buena gana cambiaría el rico su dorado lecho por el camastro del pobre si con su lecho pudiera irse también la enfermedad.

Hay, pues, dos cosas que agradan igualmente a todos: la vida y la salud. ¿Sucede así con la carrera militar? ¿Ocurre esto con la agricultura? ¿Hay esta conformidad respecto de la vida marinera? Ciertamente que no; en cambio, respecto de la vida y de la salud todos están de acuerdo.

Ahora bien: una vez que ya tienes la vida y gozas de salud, ¿no ambicionas alguna otra cosa? Si eres hombre sabio, sin duda que nada más debes ambicionar.

Porque donde la vida es perfecta y perfecta es la salud, cuanto de más se busque, ¿no es capricho desordenado?

Pero si la salud y la vida han de acabarse, ya no hay tal salud y vida; ya no es vivir para siempre, sino temer sin interrupción; y este temor continuo es incesante tortura; y si es un padecer sempiterno, ¿dónde está la eterna vida?

Estás muy cierto de que nada hay digno de llamarse feliz a no ser la vida eterna; más aún, de que sin la vida no hay felicidad; porque de no ser eterna y con hartura perpetua, sin duda que ni es feliz ni es vida.

En esta conclusión todos se hallan de acuerdo; pero también has visto que esta conformidad de pareceres es sólo intencional, no que llegue a realizarse.

Todos buscan poseerla, todos sin excepción anhelan llegar a esta posesión.

Todos, sean buenos o malos, anhelan poseerla; pero el bueno con lealtad, el malo con descaro.

¿Por qué al bien lo buscas mal? Tu mismo deseo, ¿no te dice cuán malvado eres al buscar el bien, siendo tú malo? ¿Por ventura no es esto como buscar algo que no te pertenece?

Si buscas el sumo bien, es decir, la vida, sé tú bueno y lo conseguirás. *Si quieres llegar a la vida, guarda los mandamientos*. (Mt. 19,18)

Cuando se habla de llegar a poseer la vida, ¿qué necesidad hay de añadir que es la eterna, la feliz? Harto es decir simplemente la vida, porque la vida auténtica es a la vez feliz y eterna. Como llegues a conseguir la vida, tendrás la seguridad de poseerla siempre.

Si ya, poseyéndola, no tuvieras certeza de gozar de ella siempre, estarías allí con temor.

Y donde hay temor hay tormento, no del cuerpo, sino del corazón, que es peor. Y donde hay tormento, ¿qué felicidad es posible?

Conseguiremos la felicidad en aquel reino grande y eterno; grande y eterno, porque es justo.

Nadie allí engaña, nadie allí es engañado; tampoco allí habrá motivo para sospechar mal del hermano, y sabido es que la mayor parte de los males que sufre la humanidad se derivan de falsas sospechas.

Piensas que fulano te odia cuando tal vez es tu amigo, y esta sospecha detestable hace que te vuelvas enemigo encarnizado de un muy leal amigo.

¿Qué puede hacer él para sacarte del error si no le das te y le resulta imposible ponerte en las manos su corazón? Con la lengua te dice: «Soy tu amigo»; pero, como puede hablar con fingimiento, optas por no creerle y sigues odiándole.

Ama, pues, a tus enemigos para no odiar quizá a tus amigos.

Te resulta imposible en esta vida sondear el corazón del prójimo; pero *ya vendrá el Señor, y cuando llegue iluminará los escondites de las tinieblas y manifestará los sentimientos del corazón, y entonces Dios será el que califique a todos.* (1Co.4, 5)

Nosotros querríamos, sí, que la vida y la verdad fueran unidas, para que, conociendo mutuamente nuestros corazones, no nos engañáramos en nuestras sospechas; también en la vida deseamos la continuidad segura, para estar ciertos de no perderla jamás.

Une, pues, la verdad a la vida y tendrás la felicidad.

Nadie quiere ser engañado, como nadie quiere morir.

Muéstrame un hombre que quiera ser engañado. Hay, sí, muchos aficionados a engañar; pero que quieran ser engañados, ninguno.

Entra en cuentas contigo mismo. No quieres ser engañado, ¿verdad?; no quieras tampoco engañar a otros; no hagas a otro lo que a ti te molesta.

¿Quieres entrar en la vida, donde no hay decepción alguna? Obra ahora sin fingimiento. ¿Quieres de verdad entrar en la vida, donde te halles a salvo de toda trampa? ¿Quién no lo quiere? Si el galardón te gusta, no rechaces el trabajo para merecerlo.

Vive ahora sin engañar y llegarás a la vida donde no serás engañado.

El hombre veraz tendrá la verdad por recompensa, y quien se conduce así en el tiempo, tendrá en premio la eternidad. (Serm. 306)

* * *

Señor, ansío la vida y la verdad; mas ¿cómo llegaré a conseguirla? ¿Qué camino seguiré? El fin que tengo que conseguir, aunque aún no lo posea, con la fe y la razón lo toco ya; aspiro a la vida y a la verdad.

Y esto lo eres tú Cristo Jesús. ¿Busco el camino que debo seguir? Tú dijiste: Yo soy el camino. ¿Busco la meta que tengo que conseguir? Yo soy la verdad y la vida, añadiste.

He aquí lo que los santos amaron; he ahí por lo que menospreciaron lo presente y lo efímero.

Quiero, pues, seguir las huellas de los santos, fijos los ojos en ti, guía de los mártires y mío; y si deseo llegar a un bien tan grande, no me acobardaré ante las dificultades del camino.

Tú, que me lo has prometido, eres fiel, veraz e incapaz de engañarme.

Haced que os diga con toda sinceridad: *por respeto a las palabras de tus labios he seguido la senda rigurosa.* (Sal 16,4)

¿Por qué temo la senda fatigosa del sufrimiento y de la tribulación? Fuiste delante tú, que eres mi cabeza; pasaron después los Apóstoles y han pasado otros muchos hombres.

¡Qué vergüenza para mí! Pasaron muchas mujeres, muchos jóvenes, a quienes sonreía la vida; pasaron, finalmente, hasta jóvenes doncellas.

¿Cómo ha de ser aún áspero un camino que tantos pies han trillado? (Serm. 306,10)

CAPITULO III

Dios, principio de la vida del espíritu

Morir a la carne es perder la vida de la carne, como morir en el alma es perder la vida de tu alma.

La vida de tu carne es tu alma, como la vida de tu alma es tu Dios.

Como muere el cuerpo cuando se separa el alma, que es su principio vital, así muere el alma cuando pierde a Dios, que es su vida.

Es muy cierto que el alma es inmortal; y tan inmortal, que vive aun estando muerta.

Muy perfectamente le conviene al alma, después de haber perdido a Dios, lo que el Apóstol dijo de aquella viuda, dada a los placeres: *Está muerta en vida.* (1Tim 5,6 e In Jo. 47,7)

Ambos viven, Dios y tú alma; pero muy diversamente. La vida de Dios no está sujeta a mudanzas, mientras que la del alma, sí.

Dios no aumenta ni disminuye, su ser permanece inmutable y eterno.

La vida de tu alma, en cambio, sufre diversas modificaciones; ahora es de un modo y después de otro; primero ignorante, después sabia; antes mala, después buena; ahora se acuerda y luego se olvida; tan pronto aprende como olvida lo aprendido. ¡Qué mudable es la vida del alma!

Apartándose de Dios, se hace prevaricadora; acercándose a él, se convierte en justa.

¿No te has fijado que es como un cuerpo opaco, que cuando se acerca a la luz, resulta claro, y cuando se le quita la luz, se vuelve oscuro?

¿No te parece que es también como un objeto frío, que si se acerca al fuego se calienta, y si se aleja se entibia y se enfría?

El alma es siempre el alma; aunque no sea discreta ni virtuosa, es siempre alma; aunque no sea piadosa, es alma; una cosa es para ella ser alma y otra ser sabia, ser virtuosa, ser piadosa.

Por ciertas acciones se demuestra la vida del alma, aunque nada digan estos actos de su sabiduría, de su justicia y de su piedad.

Con sus acciones demuestra que vive y que es ciertamente algo superior al cuerpo; pero ¿acaso con ellas prueba ser sabia, justa y piadosa?
¿No es manifiesto que andan, ven, oyen y hablan también los necios, los impíos y los malvados?

Cuando se eleva a algún objeto que no es ella misma; más aún, que está sobre ella y del cual depende, entonces percibe la sabiduría, la justicia y la piedad, sin las cuales, aun existiendo, estaba muerta; porque no tenía la vida propia con que debe vivir, sino solamente aquella energía con que vivifica al cuerpo.

Una cosa es en el alma el principio con que vivifica al cuerpo y otro aquel con que se vivifica a sí misma.

El alma, naturalmente, es más excelente que el cuerpo; pero mucho más excelente y superior a ella es Dios, creador de las almas.

Aunque sea necia, injusta e impía, es siempre la vida del cuerpo; pero, porque su propia vida es Dios, de la misma manera que ella da al cuerpo energía, belleza, movilidad y las funciones orgánicas, así Dios, cuando está en el alma, le comunica sabiduría, piedad, santidad, caridad. (In Jo. 9,11-13)

* * *

¡Oh Señor y Dios mío! Para que mi alma sea digna de tu abrazo, quiero renunciar a todas las cosas de la tierra; deseo unirme a ti por puro amor y exclamar: «¡Qué bien me va cuando estoy unido a ti! Unirme a ti: he ahí lo que es mi bien, mi único y desinteresado bien. No quiero otra cosa sino a ti mismo». (Serm.385, 6)

Tú eres el que me estimulas a que halle satisfacción en alabarte, porque *nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.* (Conf. 1, 1)

Escucho tu voz, llena de misericordia, que dice a mi corazón: *«Tú eres mi ovejuela: oveja de mi rebaño; tú eres hombre, yo soy tu Dios»*. (Ez. 34,31)

¡Dichoso de mí, con tal posesión y tal poseedor! Porque tú me posees a mí para educarme, y yo te poseo a ti para servirte; te doy culto a ti como a mi Dios, y tú me cuidas a mí como una heredad; tú me cultivas para que dé frutos, y yo te doy culto, ofreciéndote mis frutos.

Y todo redunda en provecho mío, porque tú nada necesitas de mí. (Serm.47,30)

Mi descanso es tu don; aquí encuentro yo mi gozo; pues donde está mi descanso allí está mi lugar propio. El amor es el que me lleva allí, y tu Espíritu, que es bueno, realza mi humildad, sacándola de las puertas de la muerte.

Mi paz está en la buena voluntad. El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar propio; las cosas desordenadas están inquietas; pero luego que se ordenan, descansan.

Mi peso es mi amor; él es el que me lleva a donde soy llevado. Con tu Don me enardezco y soy llevado hacia lo alto.

Me inflamo y avanzo; subo las ascensiones dispuestas en mi corazón, y canto el cántico de las gradas.

Con tu fuego, sí, con tu fuego divino me enciendo, y con él voy subiendo y caminando hacia arriba, a la paz de la celestial Jerusalén; porque me he alegrado en lo que me han dicho: que iremos a la casa del Señor.

Allí me ha señalado lugar tu amable voluntad, para que no anhele otra cosa que permanecer allí eternamente. (Conf. 13,9)

CAPITULO IV

Dios, descanso del hombre

Cristo jesús te advierte que hay una cosa a la cual debes atender en medio de los trabajos y cuidados de este siglo.

Y a ella debes tender mientras seas peregrino, sin morada estable; mientras estás en el camino y no hayas llegado a la patria; mientras tienes que contentarte con el deseo, por no poder disfrutar de la posesión.

Avanza, no obstante, en esa dirección, y avanza sin pereza y sin tregua, para que algún día llegues allá. (Serm. 103,1)

Dirige, pues, tus aspiraciones al fin, dirígelas a Cristo; todo cuanto hagas, refiérelo a él, y cuando en él descanses, no quieras tener más anhelos. (In Ps. 54,1)

Pon en Cristo tu mirada, para que no te detengas en el camino y llegues al fin. (In Ps. 55,1)

Acércate a Cristo; él es tu fin; todo lo demás no es más que el camino.

A cualquier otra parte que llegues, pasa adelante hasta que llegues a la meta.

¿Te has unido a Dios? Terminaste el camino; descansarás en la patria.

¿Ansias riquezas? No las conviertas en fin último; pasa de largo como peregrino.

Busca camino para avanzar, no morada para detenerte.

Porque si te agrada el dinero, caerás en los lazos de la avaricia; y la avaricia será como una cadena enredada a tus pies, que concluirá por impedirte avanzar. Sigue adelante, aspira a tu fin.

¿Anhelas la salud corporal? Ni aun por esto debes detenerte.

La salud es frágil, transitoria y mortal, debilitada de continuo por las enfermedades, y se acaba con la muerte.

No te digo que no la desees, porque un estado enfermizo puede ser obstáculo para el cumplimiento de tus deberes; pero no es ella el fin, pues que se quiere para conseguir otra cosa.

Cuando una cosa se ordena a otra, aquello no es el fin: el fin es lo que se desea por sí mismo y no se ordena a otra cosa.

¿Aspiras a altos cargos? Quizá los buscas con intención de realizar alguna obra o para llevar a cabo alguna empresa en el servicio de Dios: no ames, sin embargo, el honor por el honor, para que no te detengas en él.

¿Buscas alabanzas? Si son las de Dios, tu deseo es óptimo; si ansias las tuyas, tu obra es mala; te estás deteniendo en el viaje.

Pero suponte que los otros te quieren y te alaban; no te alegres por eso, sea tu orgullo el Señor para que cantes: *Mi alma se enorgullece en el Señor*. (Sal 33,3)

¿Has pronunciado un elocuente discurso y por ello eres alabado? Que no sea alabado como tuyo, porque no está el fin en esto.

Si en esto colocas el fin, también tú concluirás; y concluirás no por haber llegado al fin, consiguiendo la perfección, sino por haber llegado a la ruina.

No debes pretender tu ruina, sino tu consumación. No es lo mismo decir: «He terminado un pan», que decir: «He terminado una túnica».

Son dos fines distintos: el pan se termina comiéndolo, y la túnica se concluye tejiéndola.

Uno y otro hacen relación al fin; sin embargo, el pan se termina cuando se consume, y la túnica se termina cuando se concluye; el pan se termina y no queda nada, y la túnica se termina perfeccionándola.

Por tanto, no refieras los aplausos a tus palabras, como hechas por ti, o como si fueran tuyas, antes bien di con el Profeta: *El discurso lo alabo en Dios; en Dios confío y no temo lo que pueda hacerme un mortal*. (Sal 55,5)

Cuando todas tus obras son alabadas en el Señor, no temas la pérdida de tus aplausos, porque Dios no falta a nadie y te lo tendrá en cuenta; pasa más allá de tu alabanza. (In Ep. Io. 10,5)

Sea tu Salvador el único fin de tus deseos, porque no has sido creado para quedarte en la tierra, sino para conquistar el cielo: tu destino no es la felicidad terrena, sino la celestial; no para cosechar triunfos pasajeros ni para contentarte con una dicha incierta y efímera, sino para conseguir la vida eterna en compañía de los ángeles. (Serm. 296,7)

Sea el fin de tus aspiraciones tu mismo Redentor; él es tu esperanza, tu fortaleza y tu ayuda en los trabajos. (In Ps. 32,3, 23)

Gran bien es para ti que tu Dios sea tu norte; y si abandonas a tu Dios y vuelves las espaldas a tu Creador, te precipitarás en la amargura maliciosa del siglo, como los ríos van al mar. (In Ps. 113, 1, 7)

Si verdaderamente Dios es el fin de tus deseos, tu corazón se sentirá angustiado en esta peregrinación, pues que todavía no vives con Cristo y suspiras por la patria.

En medio de tales angustias de espíritu, aunque seas feliz según el mundo, estarás gimiendo. Sí, aunque todo te suceda prósperamente y el mundo te sonría, tú, sin embargo, gimes, porque te hallas en el destierro; posees, es verdad, la felicidad según la apreciación de los necios, pero no la dicha según las promesas de Cristo. (In Ps. 122,2)

Si Dios no es tu fin, te encuentras como un hombre sin pies o como el que los tiene torcidos y no puede caminar. Si, además, ansias los bienes de este mundo, corres, sí, pero corres fuera del camino: tu marcha es más bien andar errante que caminar al fin.

Es necesario, pues, correr y correr por el verdadero camino.

Si corres extraviado, avanzas inútilmente; y lo que es peor, sólo caminas para fatigarte.

Tu error es más grande cuanto más corres fuera del camino.

Corre, pero corre por la vía de Cristo, porque él dijo: *Yo soy el camino*. (Jn 14,6)

Corre con dirección a la patria, pues el mismo Cristo añadió: *Yo soy la verdad*. (Jn.14,6)

Corre por él y dirígete a él, y encontrarás el descanso.

Precisamente para que corrieses a Cristo descendió él hasta ti. Tú estabas alejado, andabas errante en países remotos y con una debilidad que no podías moverte.

Descendió hasta ti el Médico, se acercó a ti, que estabas enfermo, y el camino quedó trazado en este valle de peregrinación.

Anda, pues, por esa senda, que es Cristo, y te salvarás. (In Ep. lo. 10,1)

Corre ahora para gozarte después en la patria.

No ames el destierro, no pongas tu felicidad en el camino; todo, fuera de Dios que te llama, te sea amargo, hasta que unido a él puedas decir: ¡Qué bueno para mí es estar mido a mi Dios! (Sal 77,27 y la Ep. Jo. 9,10)

* * *

Arda yo, Señor, en amor, deseoso de la vida eterna de los Santos, donde el obrar será sin trabajo y el descanso sin hastío; donde tu alabanza resuena continua sin fastidio y sin mengua, donde no habrá tedio en el alma ni cansancio en el cuerpo, ni necesidad alguna propia que tenga que ser remediada, ni ajena que deba yo remediar. (De catech. rud. 27)

Busca el cuerpo en esta vida descanso y seguridad; pero por sus depravados apetitos no los halla.

Quiere encontrar quietud en las mudanzas y fluctuación de las cosas, y como éstas se desvanecen y pasan con el tiempo, yo vivo torturado por innumerables temores y dolores sin poder jamás conseguir la paz.

Si el hombre instintivo apetece descansar en las riquezas, en vez de asegurarse se hace más soberbio.

¿No me fijo en cuántos las han perdido súbitamente y cuántos han perecido por ellas? ¿O cuando ansiosamente las deseaban, e incluso las conseguían, cómo les han sido arrebatadas por otros más avaros? (De catch. rud. 16)

¡Dichoso el que te ama! A ti nadie te pierde, sino el que te deja. Y el que te deja ¿adonde va, adonde huye, sino de ti amoroso a ti enojado? (Conf.4,9)

¡Oh Dios de los ejércitos! Vuélveme a ti, muéstrame tu rostro y estaré a salvo.

Porque a cualquier parte que me vuelva, fuera de ti, no encontraré más que dolores, aunque me abrace con las bellezas criadas que están fuera de ti y fuera de mí.

Alábate por todas ellas mi alma, ¡oh Dios, Creador de todo!, pero no sea de modo que por los sentidos del cuerpo se quede con algún apego a ellas.

Porque no por eso detendrán su curso, que es caminar al no ser, y con ello despedazan mi alma con pestilentes pasiones; ella ama el ser y el descanso en las cosas que ama.

Pero en todas estas cosas transeúntes no tiene dónde descansar, porque no permanecen, están en continua huida, y ¿quién es capaz de seguirlas con los sentidos corporales, o quién hay que pueda retenerlas aun cuando están presentes?

Los sentidos de la carne son tardos, precisamente por ser corpóreos y por ser tal su condición.

Son, sí, suficientemente hábiles para lo que fueron criados; pero no lo son para detener las cosas que fluyen, que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin a ellas señalado.

Porque tu eterna Palabra, que las creó, les señala el fin cuando dice: «Desde aquí comenzaréis y hasta allí llegaréis». (Conf.10)

Me volveré a ti, que me has criado. Si de ti me aparto, me entibio; si a ti me acerco, me enciendo; si me desvío, me cubren las tinieblas; si permanezco junto a ti, me circunda la luz.

De ti me viene el ser y en ti encuentro mi felicidad. ((In Ps. 70,2, 6)

CAPITULO V

El deseo de la felicidad

Habrás oído y seguramente sabes que hay en este mundo dos ciudades entre sí mezcladas y a la vez mutuamente distintas; mezcladas en cuanto al cuerpo y separadas en cuanto al espíritu, y que siguen el curso de los siglos hasta el fin del mundo: una tiene como término y meta la eterna felicidad, y se llama Jerusalén; la otra, el gozo y descanso temporales, y se llama Babilonia. (In Ps. 136,1)

Babilonia significa confusión; Jerusalén, visión de paz.

A estas dos ciudades las forman dos amores opuestos: la ciudad de Jerusalén se origina del amor de Dios; la ciudad de Babilonia tiene su principio en el amor al mundo.

Pregúntate qué amas y sabrás a qué ciudad perteneces. Si hallas que eres ciudadano de Babilonia, ahoga tus malos deseos y planta en tu corazón la caridad; mas si eres ciudadano de Jerusalén, soporta con alegría la cautividad y espera la libertad. (In Ps. 64,2)

El pueblo de Israel peregrinó por el desierto durante cuarenta años antes de entrar a reinar en la tierra de promisión.

Así, también tú en esta vida, toda llena de afanes y temores, de peligros y tentaciones, por temporánea disposición divina eres llevado como por el desierto. (Serm. 252,11)

Lo que Dios te promete es dulzura y bien inefable, el único bien verdadero. Y como dice la Escritura: es cosa que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano alcanzó a sospechar. (1Co 2,9)

Para tener vivo el deseo, los trabajos temporales, te sirvan de estímulo y de escuela las tentaciones de la vida presente.

Pero si no quieres morir de sed en los calores de este desierto, bebe de los raudales de la caridad.

Es esta virtud la fuente cristalina colocada por Dios aquí en la tierra para que no desfallezcas durante el camino, y de la cual beberás más copiosamente cuando hayas llegado a la quietud de la patria. (In Ep. Jo. 7, 1)

Si encuentras agradable la peregrinación, no amas la patria; pero si la patria es tu gozo, la peregrinación te será amarga; y si es así, todo el viaje te verás atribulado.

Aquí se sufre, allí ya no habrá trabajos ni lamentos; aquí los labios modulan oraciones, allí entonarán alabanzas; aquí se gime, allí en unión de los ángeles se canta el Aleluya; aquí se vive de la esperanza, allí de la visión sin término y del amor sin fastidio.

Mientras que allí no te veas, no posees el bien.

Supongamos que esta vida abundase en todo; sea así, pero examina qué seguridad tienes de tal posesión, porque todo es perecedero.

Más aún: supongamos que tienes riquezas, que nadas en la abundancia de las cosas del mundo y que tienes la seguridad de no perderlas jamás, y que el Señor te dice: «Vivirás siempre en esta abundancia de bienes, que permanecerán eternamente contigo; pero no llegarás nunca a ver mi rostro».

No pidas consejo a tu carne, consulta a tu espíritu; hable tu corazón; escucha la voz de la fe, de la esperanza y de la caridad que hay en ti.

Por tanto, si recibieses esa seguridad de vivir eternamente en la abundancia de todos los bienes mundanos, y Dios te dijera: «No verás nunca mi rostro», ¿estarías contento con estos bienes?

Si en la abundancia y en el bienestar no anhelas otra cosa, es señal de que no amas a Dios ni suspiras por la patria como peregrino.

¡Jamás! ¡Fuera de ti todas las seducciones; lejos de ti las blanduras engañosas!

Eleva tus pensamientos sobre todo lo terreno, arrepiéntete con lágrimas; une al arrepentimiento el gemido, suspira en medio de tus miserias.

Todo cuanto fuera de Dios posees no tiene atractivo alguno.

Di, pues, al Señor: «Oh Señor, no quiero nada de cuanto me has dado si no me das a ti mismo, dador de todo». (In Ps. 85,11)

¡Oh, si tu corazón suspirase un poco al menos por la gloria del cielo!

¡Oh, si gimieras al sentir el peso de tu peregrinación, y despreciaras el mundo, y llamaras continuamente a la puerta de aquel que no se cansa de llamarte!

El deseo es como el seno del corazón; y tanto más poseerás cuanto mayor sea la vehemencia de tu deseo.

Esto es lo que pretenden de ti la Escritura divina y la Iglesia; a esto se dirige la celebración de los divinos misterios, la administración del santo bautismo, el canto de las divinas alabanzas, es decir, todo tiende a que este deseo no sólo comience y aumente, sino que crezca y agrande su capacidad, de modo que pueda poseer lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo concebir. (In Jo. 40,10)

* * *

¡Señor!, haz que no me cautive el amor de Babilonia a fin de que no me olvide de la santa ciudad de Jerusalén.

Aunque mi cuerpo esté prisionero aún en Babilonia, que mi corazón vuele ya a Jerusalén.

Si no gimo en este destierro como peregrino me será imposible regocijarme como ciudadano, porque no siento en mí el deseo de la patria. (In Ps. 148,4)

¡Oh, santa Sión, donde todo permanece y nada se acaba! ¿Quién me precipitó en los abismos de Babilonia? ¿Por qué he abandonado a mi Creador y su dulce convivencia?

Colocados en medio de las olas de los bienes efímeros y mudables, apenas si hay uno de los arrastrados por esta corriente que, a duras penas, pueda salvarse asiéndose a una tabla.

En esta mi humillante cautividad, que al menos permanezca sentado a la orilla de los rios de Babilonia y no tenga el atrevimiento de arrojarme a sus aguas; no, que jamás me levante altivo en mi duro y triste destierro, sino que permanezca sentado y pacientemente llore.

Lloraré, sí, pero recordando la celestial Sión. Si por el recuerdo de Sión me hace llorar, también debo llorar cuando, según Babilonia, todo me sonría.

¡Qué venturosa paz la que gozaré con la visión de Dios! ¡Qué dichosa la igualdad con los ángeles! ¡Qué visión deslumbrante y espectáculo grandioso!

Sin duda que pueden agradarme también las bellezas de Babilonia, pero que nunca me engañen y cautiven.

Una cosa es el consuelo de los cautivos y otra el gozo de los hombres libres. (In Ps. 136,4-5)

¡Oh bienes dulces, inmortales, incomparables, sempiternos e inconmutables de mi Señor! ¿Cuándo os gustaré, bienes de mi Señor?

Espero gozaros, mas no en la tierra de los mortales.

Sácame, Señor, de este valle de muerte. Tú que te dignaste morar en la tierra de los que mueren y por manos de mortales quisiste recibir la muerte.

A Dios clamo suspirando, sufriendo, pereciendo entre el tropel de tentaciones, pero también clamo esperándolo todo de tu misericordia. Para que vea tus bondades en la tierra de los que viven, establece, Señor, una ley para mí. (In Ps. 26, 2, 22)

CAPITULO VI

De la humilde sumisión a la voluntad divina

¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!

¡Qué bueno para aquellos que no se lamentan de él; para aquellos que someten su voluntad a la divina y no intentan acomodar la de Dios a la propia!

He aquí un precepto breve para gobernar tu corazón: Cumple la voluntad de Dios y no pretendas que Dios se someta a tus deseos.

Si eres capaz de penetrar los divinos designios y de comprender la razón de por qué hace esto así y lo otro de distinta manera, te conviene someterte a su divina sabiduría y creer en la rectitud de su obra, aunque desconozcas el motivo. (In Ps. 124,2)

Graba en tu corazón esta máxima y no permitas que jamás el enemigo te haga dudar de ella: Dios puede obrar sin que sepas las razones que tiene; pero nunca obra injustamente, porque en Dios el mal es imposible.

Si ignoras las razones, piensa en tu ignorancia y reflexiona lo que eres.

Ten presente este consejo: *No te metas a inquirir lo que es sobre tu capacidad ni a escudriñar las cosas que exceden a tus fuerzas, sino piensa siempre en io que te ha mandado Dios*. (Eclo 3,22 e In Ps. 61,21)

Sabe muy bien Dios qué es lo que hace; témele y obra el bien.

Todo lo que sucede en este mundo, aunque sea contra tu voluntad, ten por cierto que no ocurre sin la permisión de Dios, sin su querer, fuera de su providencia; sin su ordenación, sin su indicación, fuera de su ley; y si no entiendes por qué una cosa sucede, rinde a la Providencia divina el homenaje de creer que no es sin motivo.

Si te atrevieras a criticar las obras de Dios: « ¿Porqué esto y por qué aquello?», o diciendo: «No debió obrar así y ha obrado mal haciéndolo de ese modo», ¿dónde está la alabanza de Dios en tus labios?

Considera, pues, todas las cosas de tal modo que sólo busques cómo has de agradar a Dios y alabar al artífice. Si entraras en un taller de forjador no te atreverías a criticar los fuelles, yunques y martillos.

Suponte, en cambio, que un ignorante entra en un taller u oficina, y desconociendo la razón de cada herramienta, lo criticara todo.

Pongamos también otro que, sin tener el conocimiento del herrero, tuviera un poco de prudencia, ¿qué es lo que pensaría? «No sin razón, diría, los fuelles e instrumentos están dispuestos de cierta manera: el maestro de obras sabe lo que hace, aunque yo lo ignore».

Por tanto, si tú no te atreverías a censurar al obrero en su taller, ¿cómo te atreves a reprender a Dios en el orden del mundo? (In Ps. 148,12)

Bueno es para ti que te conformes con la voluntad de Dios, que puede querer que unas veces goces de buena salud y otras que estés enfermo. Si cuando estás bueno te parece agradable su voluntad y te desagrada cuando estás enfermo, no obras con rectitud.

Si no te sometes a la voluntad de Dios, no obras con rectitud, porque esto es no conformar tu voluntad con la de Dios, sino querer que la de Dios se acomode a la tuya.

La voluntad de Dios es recta y la tuya torcida; la tuya, pues, debe rectificarse según la voluntad divina, y no querer torcer la de Dios según la tuya.

¿Eres dichoso en este mundo? Bendice al Señor por los consuelos que te prodiga.

¿Tienes que sufrir? Alaba a Dios, porque te corrige y te prueba. (In Ps. 35,16)

¿Buscas la salud del cuerpo? Te conviene no desasosegarte por ella; basta que la pidas a Dios.

Si te conviene, te la dará; si no te la da es porque te sería nociva.

¡Cuántos enfermos yacen en sus camas sin pecado que, de estar sanos, quizá se dejasen arrastrar a cometer pecados!

¡Para cuántos es ocasión de pecado la salud! Para el asesino que asalta a un caminante, ¿no le hubiera sido más provechoso estar enfermo?

El que a merced de la oscuridad de la noche escala la casa ajena, ¿no le hubiera sido más útil estar con fiebre? Estando enfermo habría sido más inocente, y sano es un malvado.

Sabe bien el Señor qué es lo que te conviene; tú procura que tu corazón esté limpio de pecados, y si acaso te ves afligido por la enfermedad, suplica al Señor.

¿De dónde deduces que Dios te abandona y que no quiere sanarte? Más rectamente juzgarías que te conviene estar humillado bajo el azote.

¿Cómo puedes saber tú hasta dónde llega la podredumbre de la herida que el médico está curando con el bisturí?

El es el que sabe el modo de hacerlo y hasta dónde es preciso llegar.

¿Acaso deben detener su mano tus continuos lamentos?

Tú gritas, y él sigue operando; ¿le hemos de acusar de crueldad porque no atiende a tus súplicas o más bien alabar su caridad al agrandar la herida para curarte del mal? (In Jo. 7,12)

El Hijo de Dios dice: *No pretendo hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado* (Jn 5,30) y tú quisieras hacer tu voluntad. (In Jo. 22,15)

Procura la rectitud de corazón conformándole con la voluntad de Dios, y entonces, cuando la fragilidad humana te conturbe, encontrarás consuelo en la bondad divina.

Y cuando, humanamente hablando, prefirieras alguna cosa especial, que juzgas útil a tus intereses o negocios, o para remedio de una necesidad del momento, y llegases a conocer que otra era la voluntad divina, antepon la voluntad perfecta a la tuya imperfecta, la del Omnipotente a la del débil, la voluntad de Dios a la voluntad del hombre.

Por el contrario, si te inclinas a alabar a Dios cuando todo te sucede prósperamente, y le maldices cuando las cosas no te suceden según tus deseos, eres como el hijo insensato que quiere a su padre cuando le acaricia y le odia cuando le corrige; como si el cariño de un padre no te preparara la herencia tanto en las caricias como en los castigos. (In Ps. 32, 2, 2-3)

* * *

Te bendigo Señor en todo momento; tu alabanza está siempre en mi boca. (Sal 33,2)

Aunque toda clase de servidumbre es amarga y todos los que gimen en la condición servil sirven murmurando, yo no temo ser tu siervo.

En tu servicio no gemiré, ni murmuraré, ni me enojaré, ni pediré ser vendido a otros; porque todo me lo endulza la consideración de haber sido rescatado.

Gran fortuna es servir en tu casa, aunque sea con grillos en los pies; reconozco que he merecido estos grillos, y a pesar de ellos te alabo, porque deseo que se conviertan en collar de perlas.

Quiero servirte con alegría de corazón: hay una santa esclavitud en tu casa, porque bien libre es la servidumbre donde no es la necesidad sino la caridad la que obliga.

Yo soy siervo y libre al mismo tiempo: siervo, porque he sido creado por ti; libre, porque me has amado tú, Creador mío; más aún, soy libre, precisamente porque te amo a ti, que me has hecho.

No quiero servirte murmurando, porque sé que mis quejas no me eximirán de la obligación de servirte, sino que sólo conseguirán que te sirva como un mal siervo.

Soy tu esclavo y tu liberto; no debo, pues, buscar una libertad que me arroje fuera de la casa de mi libertador. (In Ps. 39,7)

Ven, Señor Jesús, y habita en mi alma por la fe; inspírame y dame la paciencia; enséñame a no engreírme en la prosperidad y a no dejarme abatir en la adversidad; hazme libre en el uso de las cosas de este mundo, sin envanecerme cuando me rodea la dicha ni envilecerme cuando la contradicción me oprime; que en todo y siempre te bendiga, tanto en la abundancia como en la escasez, no sólo en la salud, sino también en la enfermedad.

Cuando la fortuna me sonríe, así también en las adversidades de la fortuna, tu alabanza estará siempre en mi boca. (In Ps. 138,16)

Tú me lo has dado todo; tú me lo has quitado; cúmplase lo que es de tu agrado; sea tu nombre bendito. (Job 1,21)

Sí, día tras día alabaré, porque quiero bendecirte, en el día de la adversidad.

Sé que obras con misericordia cuando me das y misericordiosamente cuando me quitas lo dado; y no juzgo que me abandona tu misericordia, lo mismo cuando me acaricias dando, para que no desfallezca, que cuando me corriges en mis alegrías para que no perezca.

En tus dones como en las pruebas, no cese jamás tu alabanza en mi boca.

Tu alabanza cuando me afliges es medicina para mi herida.

En todo tiempo te bendeciré; te bendeciré en cualquier circunstancia, próspera o adversa. (In Ps. 144,4)

CAPITULO VII

La imitación de Cristo

Cristo te dice: Yo *soy el camino, la verdad y la vida.* (Jn. 14,7)

¿Quieres caminar? Yo soy el camino. ¿Deseas no equivocarte? Yo soy la verdad. ¿No quieres morir? Yo soy la vida.

No hay adonde ir sino a mí; no hay por dónde ir sino por mí. (In Jo.22,8)

Fíjate bien adonde vas y fíjate por dónde vas. ¿De qué recelas? ¿Quién puede errar siguiendo a la verdad? Errarás si te separas de mí. ¿Acaso temes desfallecer antes de llegar? No temas: caminas por mí, caminas hacia mí y en mí encontrarás tu descanso. (In Ps. 66,5)

Yo estoy con el Padre, por eso soy verdad y vida; al revestirme descarne me ha echo camino.

No te digo trabaja para buscar el camino que conduce a la verdad y a la vida». No, no es esto lo que te digo.

Lo que te digo es: «Levántate. Yo, que soy el camino, he descendido hasta ti; tú dormías y yo te he despertado. Levántate y anda». (In Jo. 24,9)

Áspero por demás era el camino, pero yo le allané al pasarlo el primero de todos.

Y si muchos se decidieron a marchar por él, fue por haber pasado yo primero. (Serm. 328,1)

Si quieres imitarme, no sigas otro camino distinto del que yo he seguido.

Quizá te parezca escabroso, pero es seguro; cualquier otro te podrá ofrecer más encantos, pero entiende que está lleno de peligros. (In Ps. 36,2,16)

Vete, pues, seguro por el camino; pero no dejes de temer las emboscadas que te acechan a su vera.

No se atreve el enemigo a asaltarte en el camino mismo; pero no cesa de hacerlo en sus orillas.

No te asustes, no temas, si es que vas por el camino. Teme solamente si te sales de él.

Porque si Dios permite al enemigo tender sus lazos a la vera del camino, es para que la seguridad que te inspira el gozo no te haga abandonar la senda recta y caigas en una emboscada. (Serm. 142,)

Anda, pues, tranquilo por el camino; pero camina con tu conducta, no con los pies.

Muchos andan bien con los pies, pero andan mal de costumbres.

A veces caminan bien, pero corren fuera del camino.

Seguramente que encontrarás hombres que viven honestamente y que no son cristianos.

Esos corren bien, pero no van por el camino. Y como van extraviados, cuanto más corren más yerran, porque a cada paso se separan más de la ruta.

Si esos hombres llegan al camino y permanecen en él, ¡qué seguridad para ellos, puesto que andan bien y no yerran!

Pero si no marchan por el verdadero camino, aunque anden bien, ¡qué lástima! Más vale renquear por el camino que marchar con paso firme fuera de él. (Serm. 141,4)

Si quieres venirte conmigo, reniega de ti mismo, toma tu cruz y sígueme. (Mt 16,24)

Toma tu cruz, sufre tu tribulación; acepta con paciencia todo lo que tienes que sufrir por mí. (Serm. 330,2)

Este es el camino: marcha por la vía de la humildad si deseas llegar a la eternidad.

Yo te he dado ejemplo; padecí hambre, sufrí la sed, experimenté la fatiga, tuve sueño; fui maniatado, herido, crucificado y muerto. (Serm. 123,3)

Yo desprecié todos los bienes de la tierra para enseñarte que son despreciables; soporté todos los males del mundo que recomendé sufrir, a fin de que tú no buscases en aquéllos la felicidad ni temieses la infelicidad en éstos.

Nací de una madre que lo fue sin conocer varón. Ella vivió y murió siempre virgen: virgen antes del parto, en el parto y después del parto hasta la muerte; pero que estaba desposada con un carpintero. Fue mi intento con ello ahogar todo orgullo que procede de la nobleza de la sangre.

Naciendo en Belén, la más- pequeña de las ciudades de Judá, lo hice para que ninguno se gloriase de la patria terrena.

Me hice, además, pobre, yo que soy el creador de todas las cosas, para que ninguno de los que habían de creer en mí tuviera motivo para ensoberbecerse con la posesión de las riquezas terrenas.

No permití que me proclamasen rey los hombres, porque quise con la humildad enseñar el camino a los más dignos de lástima, separados de mí por la soberbia; no obstante que toda la creación proclama mi eterna realiza.

Padecí hambre, yo que doy el sustento a todos; sufrí la sed yo que he creado todo género de bebidas y que espiritualmente soy el pan de los hambrientos y la fuente de aguas vivas de los sedientos.

Padecí el cansancio del camino, yo que te he hecho de mí mismo el camino que conduce al cielo.

Me hice sordo y mudo a las ofensas, yo que di el habla a los mudos y oídos a los sordos.

Fui maniatado, yo que desaté los lazos de la enfermedad.

Fui azotado, yo que ahuyenté de los cuerpos el azote de todos los dolores.

Fui crucificado, yo que he puesto fin a todas tus cruces.

Morí, yo que había resucitado a otros muertos.

Pero he resucitado para no volver a morir jamás, a fin de que tú aprendieses de mí a despreciar la muerte, sabiendo que después te espera la vida. (De cat. rud. 22)

Fui despreciado yo, tu dios y Señor, ¿y tú anhelas ser honrado de los hombres?

No ambiciones lo que no haya tenido yo antes que tú.

Ningún discípulo debe ser más que el maestro ni el siervo más que su señor. (In Ps. 55,8)

No pretendas ir delante de mí, sino que tu intento sea seguir mis pasos; no pretendas dar consejos, sino recibirlos.

San Pedro, cuando yo le hablaba de mi futura Pasión, quiso adelantárseme y hasta darme consejos; ¡gran atrevimiento querer aconsejarme el que era débil y enfermo, a mí, su Salvador! (In Ps. 34,8)

Por eso, para que no fuera delante de mí, sino para que me siguiese, le dije: *¡Retírate, Satanás!* (Mc 8,32)

Se había convertido en Satanás por haber querido caminar delante de mí, que era a quien debía seguir; en cambio, cuando se propuso seguirme, en premio le dije: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (Mt 16,18 e In Ps. 39,25)

También los hijos del Zebedeo querían adelantárseme cuando antes de mi Pasión habían elegido los primeros puestos para sentarse uno a mi derecha y el otro a la izquierda.

Porque querían adelantarse, corrían inútilmente; por ello les advertí la necesidad de la humildad cuando les dije: *¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?* (Mt 20,22)

Si yo he venido para humillarme, ¿cómo es que vosotros pretendéis dignidades por delante de mí?

Vuelve atrás y camina detrás de mí; yo iré delante; tú sígueme.

Por donde yo marche, camina también tú, y no quieras que yo vaya por donde vayas tú. (In Ps. 126,4)

Si quieres ir delante es que no quieres corregirte; más provechoso para ti es caminar detrás de aquel a quien querías adelantarte. (In Ps. 55,15)

No te desalientes: yo me he hecho camino, y este camino no puede sufrir interrupción ni ser deteriorado por las lluvias o aluviones, ni asaltado por los ladrones.

Marcha tranquilo y seguro por este camino; descansa en mí; marcha adelante sin tropezar, sin mirar atrás, sin detenerte, sin salirte del camino.

Atiende únicamente a evitar todos estos peligros y llegarás al fin. (Serm. 170,11)

* * *

¡Oh Dios mío! Yo caminaba errante y me iba separando de ti: me llamaste e inspiraste la confesión de mis pecados; los he confesado y me has concedido el perdón.

Ahora quiero empezar a seguirte, porque tú has sido el primero en buscarme y llevarme sobre tus hombros. (In Ps. 69,6)

Tú me has dicho: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Sí, Dios mío, tú eres el verdadero camino; vas a ti mismo y por ti mismo; yo, en cambio, ¿adonde iré sino a ti?, ¿y por dónde sino por ti?

Tú vas a ti por ti mismo, y yo voy a ti por ti, y los dos, tú y yo, vamos al Padre.

Porque como de ti has dicho: *Voy al Padre* (Jn 14,10) antes habías dicho: *Nadie va al Padre sino por mí.* (Jn. 14,6)

Por tanto, como tú por ti vas al Padre, así también yo, por ti, voy a ti y al Padre.

Iré a ti siguiendo tus pasos. Es difícil el camino que has andado, pero también son grandes las promesas que has hecho.

No quiero preocuparme del camino que tengo de recorrer, sino del término adonde debo llegar.

Soportaré las penas y trabajos corporales, pero al fin llegaré a la posesión de bienes eternos.

Pensando en lo que he de recibir, me parecerá pequeño todo lo que tengo que sufrir, y jamás lo estimaré proporcionado al bien que recibiré.

Gran maravilla es que se dé tanto por tan poco. (In Ps. 36,2,16)

Dame la gracia de imitarte a ti y a tus santos, compañeros míos de servicio; hombres eran ellos, mis consiervos eran; nacidos en las mismas condiciones que yo, y no obstante, fueron coronados por ti. (Serm. 284,6)

Los santos mártires te siguieron hasta el derramamiento de su sangre, hasta asemejarse a ti en la pasión. Sí, te han imitado los mártires, pero no ellos solos.

No se hundió el puente después que pasaron ellos, ni se agotó el manantial después que ellos bebieron.

Hay, sí, las hay, en el vergel del Señor rosas de martirio, pero también hay azucenas de virginidad, la hiedra del matrimonio y las violetas de la viudez.

Hazme entender cómo sin la efusión de mi sangre ni pasar el trance del martirio debo imitarte.

Tú te has humillado, te has anonadado, has tomado la forma de siervo; he aquí el camino que debo imitar. (Serm. 304,2-3)

Los amadores de la vida regalada desean para su daño las riquezas; tú quisiste ser pobre.

Anhelan los honores y las dignidades; tú no quisiste que te proclamasen rey.

Aborrecen los desprecios; tú soportaste todo género de afrentas.

Juzgan intolerables las injurias; pero ¿qué mayor injuria que ser condenado a muerte tú, justo e inocente?

Detestan los dolores corporales, y tú fuiste azotado y atormentado.

Temen la muerte, y tú precisamente fuiste condenado a muerte.

Consideran la cruz como la mayor ignominia, y tú fuiste crucificado.

Toda tu vida en la tierra, para salvar al hombre, cuya naturaleza tomasteis, es una escuela de virtud. (De uer. relig. 16)

A ti, pues, luz del mundo, seguiré para no caminar en tinieblas. (In Jo. 25,1)

CAPITULO VIII

Excelencia de la vida monástica

¡Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos! (Sal 132,1)

¡Oh, qué agradable es la caridad que hace vivir a los hermanos en unidad!

Hay, en efecto, algunos perfectos que viven en comunidad, y digo algunos porque no a todos los cristianos se refiere esta bendición, sino sólo a unos pocos que deben hacer sentir sus buenos efectos a todos los demás.

Estas palabras cantadas con el salterio han sido la suave melodía que ha originado los monasterios.

Este dulce canto es el que ha despertado en los hermanos el deseo de vivir en comunidad. Ha sido este verso del salmo como la trompeta que los ha reunido.

Sonó por toda la tierra, y los hombres que antes estaban dispersos se reunieron.

La voz de Dios, la voz del Espíritu Santo, la voz de los Profetas, que ya nadie escuchaba en Judea, fue escuchada en todo el mundo.

A esta música se hacían sordos aquellos entre los que resonaba; pero una vez curada su sordera, también hubo quienes abrazaron la doctrina de Cristo.

Aunque bien mirado, de los judíos partió esta bendición.

¿De dónde, si no, surgieron los Apóstoles, hijos de los Profetas?

¿De dónde aquellos quinientos que menciona San Pablo, que vieron al Señor después de la Resurrección?

¿De dónde aquellos otros, en número de ciento veinte, que estaban reunidos después de la Resurrección y Ascensión del Señor a los cielos, y sobre los que descendió el Espíritu Santo el día de Pentecostés?

Todos éstos habían escuchado esa voz: éstos fueron los primeros que vivieron en comunidad, pues vendieron todos sus bienes y entregaron el importe a los apóstoles, y se daba a cada uno según su necesidad, y nadie poseía cosa alguna como propia, sino que todo era de todos. (Hech. 2,45) Además, todos tenían una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios. (Hech,4,32)

Estos fueron los primeros que escucharon; pero no fueron ellos solos.

No se limitó a ellos este amor y unión fraterna, sino que se propagó a los posteriores el mismo entusiasmo de vivir la caridad y el mismo anhelo de consagrarse a Dios.

Por estos acentos del Salmo, por esta suave melodía, fueron denominados monjes.

¿Qué significa la palabra monje? Quiere decir uno, pero no uno cualquiera; la muchedumbre también es una, aunque compuesta de muchos; pero monje *(del griego monos)* quiere decir uno solo; monje, por tanto, significa uno solo.

Aquellos que viven en comunidad de tal modo que forman un solo hombre, y que se cumple en ellos realmente lo que está escrito: el tener un solo corazón y una sola alma, y que aunque sean muchos individuos, haya un solo corazón, a éstos conviene exactamente el nombre de monje, es decir, que son uno solo.

El monje representa la mudad de la Iglesia.

Es lógico que reprueben el monacato los que se han separado de la unidad de la Iglesia.

Con razón les desagrada hasta el nombre de monje, porque rehúsan vivir en unidad con sus hermanos; han abandonado a Cristo para correr tras el error.

Fue ésta la gracia que recibieron en primer lugar los Apóstoles; la recibieron también aquellos que fueron los primeros en resistir los asaltos del mundo; sobre ellos descendió el Espíritu Santo.

Pues también aquellos que en un principio vivieron en comunidad tuvieron que sufrir persecuciones.

Uno de éstos fue San Esteban, pero como había descendido sobre él el Espíritu Santo, aunque sufrió, no fue vencido.

Muchos otros soportaron con fortaleza terrible persecuciones; y si el Señor no les hubiera infundido la caridad que los mantenía unidos entre sí, no tendríamos hoy los monasterios.

Pero por haber descendido la caridad, como ungüento, hasta la orla de la túnica de Cristo, surgió la Iglesia, que del vestido de Cristo engendró los monasterios. (In Ps. 132,1-9)

Cosa buena es querer vivir en compañía de los que han elegido una vida retirada, lejos del mundanal ruido, fuera del alboroto de las muchedumbres, a salvo de las tormentas del siglo; los que tal hicieron, ya viven como en el puerto.

Pero tampoco en el claustro se goza de perfecta paz; también allí hay que gemir a causa de la molestia de las tentaciones.

En efecto, todo puerto tiene que tener una entrada; de lo contrario, ninguna nave podría entrar 'en él; por lo mismo es necesario que esté abierto por un lado.

Ahora bien: por esa misma abertura penetran los efectos de las enfurecidas olas, y aunque en el puerto no haya peñascos, las naves pueden chocar entre sí y romperse.

Es menester que las naves se amen mutuamente, y permaneciendo en el puerto, estén bien unidas y eviten los golpes de unas con otras, esto es, que se mantenga el justo equilibrio y una perseverancia en la caridad, y que si acaso por la abertura al mar irrumpiese el viento huracanado, intervenga la acertada mano del piloto.

Procede con cautela y no admitas a ninguno mal dispuesto. Es necesaria gran discreción, porque para conocer a un hombre es menester probarle en su interior.

Ahora bien: si no se conocen a sí mismos aun aquellos que desean entrar, ¡cuánto más difícil será que los conozcas tú!

Muchos son los que creen poder practicar una vida tan santa, en la cual nadie posee cosa en particular, sino que todo es común hasta llegar a tener una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios; pero sometidos a la prueba, el horno redujo a cenizas sus aspiraciones.

También el monje batalla diariamente en su corazón, porque, aunque solo, batalla en su corazón con una multitud.

Tiene que sufrir los ataques de la avaricia, de la lujuria, de la gula; todo le tienta; contra todo tiene que luchar, y es difícil que no sufra alguna quiebra.

¿Dónde, pues, encontrar la seguridad? En esta vida, jamás; en este mundo no existe, solamente se encuentra en la esperanza de las promesas del Señor.

Una de las causas de error por el que los hombres, o abrazan inconsideradamente la vida perfecta, o se retraen de ella, es porque a veces, cuando quieren alabarla, lo hacen como si no hubiera dificultad alguna; o al contrario, cuando quieren motejarla, lo hacen con ánimo tan perverso, que no descubren bien alguno y exageran sus defectos reales o imaginarios.

Toda profesión, cuando malamente se la alaba, esto es, cuando se hace sin discernimiento, puede inducir a error a los que la abrazan; pues ocurre que encuentran en ella algunos individuos que no creían encontrar; de modo que por el disgusto que causan los malos, se huye de los buenos.

La vida religiosa se puede vituperar con mala intención, como también se puede alabar inconsideradamente. Tú, al alabarla, notarás que hay algunos no buenos, y al vituperarla, deberás salvar a los buenos que allí viven.

Porque hay siempre en un monasterio hombres venerables y santos, cuya vida es cantar himnos, hacer oración y alabar al Señor, además de ocuparse en santas lecturas, y que atienden a los trabajos manuales para procurarse el sustento: hombres a quienes no mueve la avaricia, que usan con moderación y con caridad cuanto les ofrecen piadosos hermanos.

Sin embargo, el que ignora lo que en el interior acontece, y cómo al soplar el viento, en el mismo puerto pueden chocar las naves, entra en el monasterio creyendo hallar la tranquilidad y con la esperanza de no tener que sufrir a nadie, y cuando se encuentra con hermanos de poco espíritu, se agita víctima de la impaciencia.

Y exclama: «¿Quién me ha hecho entrar aquí? Yo creía que aquí reinaba la caridad».

E irritado por la molestia de unos pocos, no persevera en la práctica de lo que ha prometido al Señor, abandona la obra comenzada y se hace reo del incumplimiento de un voto.

Más aún: vuelto al siglo, es él también un vituperador y maldiciente, narrando, quizá, cosas verdaderas, pero que expone como insufribles para él, sin atender que la compañía de los buenos debe hacer soportables las deficiencias de los malos.

Y lo peor es que este tal va como exhalando el hálito pestífero de su indignación para asustar a aquellos que quisieran abrazar este género de vida, porque después de haber él empezado, no ha podido permanecer.

« ¡Hay que ver, dice, qué clase de hombres son! Envidiosos, litigantes, intolerantes, avaros; fulano ha hecho esto; mengano, lo otro».

¡Miserable! ¿Por qué no hablas algo de los buenos? ¡Tanto lamentarte de aquellos a quienes no has podido soportar y no tienes una palabra de agradecimiento para aquellos que sufrieron tu mala compañía! (In Ps.99,10-12)

Confieso con toda la sinceridad de mi alma y en la presencia del Señor mi Dios, que ve mi corazón, que desde el día que comience a servirle no he encontrado gente mejor que la que vivía fervorosamente en los monasterios; pero tampoco he encontrado peor gente que la que había prevaricado en la casa del Señor.

Por tanto, aunque verdaderamente me entristezcan las deficiencias, me consuelan, sin embargo, las muchas virtudes.

No es justo, pues, a causa de la mala impresión que producen las heces, reprobar los molinos de aceite en que se abastecen las bodegas del cielo del aceite más puro. (Ep. 78,9)

Una vez entrado en el monasterio, no vuelvas la vista atrás.

Acuérdate de la mujer de Lot, que, después de haber sido librada del incendio de Sodoma y ya en el camino, se volvió a mirar atrás.

Donde se volvió, allí quedó convertida en estatua de sal. Así, la consideración de este hecho te sirve como condimento de tu vida. Obra cuerdamente, no seas fatuo, no vuelvas la vista atrás, no sea que dando mal ejemplo quedes también como escarmiento para los demás. (In Ps. 75,16)

No te olvides jamás del voto que has hecho y de la profesión de santidad que has abrazado; atente al parecer de Dios, no al de los hombres.

¡Oh, qué triste cosa es profesar una vida de santidad y no realizarla!

Una virgen, si ha hecho el voto de virginidad sin entrar en el monasterio, no puede contraer matrimonio, si bien no hay nada que la obligue a vivir en el convento.

En cambio, si ha entrado y después abandona, aun permaneciendo virgen ha perdido la mitad de su mérito.

Así también tú: has hecho una doble profesión, una de vida perfecta y otra la del sacerdocio; la vida perfecta se refiere a tu interior, como las obligaciones inherentes a la ordenación, que Dios te ha impuesto, y que son para ti más carga que honra, miran al provecho del pueblo.

Al hacer profesión de vida perfecta, la has hecho de vida común, has profesado aquello de «qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos»; (Salm.132,1) pero no cumpliendo esta obligación, también tú has perdido la mitad del mérito.

Aunque practiques en el siglo la vida perfecta, estás como medio caído; y si la sigues hipócritamente, estás caído del todo. (Serm. 355,6)

* * *

¡Oh Señor! ¡Qué dulce es la caridad que hace a los hermanos vivir unidos!

Haz que en mí sea perfecta tu caridad; porque sin ella, aun cuando haga vida común, seré odioso, molesto, turbulento y mi inquietud será causa de trastornos a los demás.

Haz que sea perfecta en mí tu caridad, y entonces seré amable, pacífico, humilde, tolerante, y en vez de murmurar, oraré.

Tú bendices a los hermanos que viven en concordia, y ellos te bendicen con este género de vida. (In Ps. 132,12-13)

No presumo, Señor, con mis fuerzas de cumplir lo prometido.

Me alienta la esperanza de que tú, que me has inspirado que prometa, me ayudaras a cumplirlo.

¿Y qué he prometido sino ser templo tuyo?

Nada, más aceptable te puedo ofrecer que decirte de corazón: «Toma posesión de mí».

Muchos, para no daros este lugar preeminente, piensan en sus intereses, aman las cosas terrenas, ambicionan autoridad, sólo les mueve el interés particular.

Yo, si quiero concederte un lugar en mi corazón, debo gloriarme no de mi interés particular, sino del provecho común.

Lejos de mí el deseo de poseer o amar algo como propio para así hacerte a ti un lugar.

Yo deseo, Señor, tu amistad, como tú deseas hospedarte en mí; ayúdame a prepararte convenientemente mi corazón.

No quiero amarme a mí mismo, anhelo amarte a ti; porque sé que amándome a mí, te cierro la puerta, y amándote a ti, la abro.

Y si yo la abro, tú entrarás; no pereceré amándote, sino que me encontraré con quien me ama. (In Ps. 131,3-6).

CAPITULO IX

La obediencia

Hablemos ahora de la obediencia, que consiste en la observancia de los preceptos. (De bono coniug. 30)

Es la obediencia, para la criatura racional, como una madre y, en cierto modo, la salvaguardia de todas las virtudes. (De cvi. Dei 14,12)

Si comparas la obediencia con la castidad, fácilmente te convencerás de que la obediencia es más perfecta que la continencia.

Porque si es verdad que en las Sagrada Escrituras no hay condenación alguna del matrimonio, en cambio encontrarás muchas contra la desobediencia.

Por tanto, puede darse obediencia sin virginidad, porque la virginidad es de consejo y no de precepto.

La obediencia a los preceptos puede darse sin la virginidad, pero no sin la castidad.

La castidad comprende la prohibición de toda impureza, y, por ende, el que la comete viola los preceptos de Dios y obra contra la obediencia.

La virginidad puede estar sin la obediencia, porque puede una mujer hacer voto de virginidad y observarlo despreciando los demás mandamientos; y así sabemos de algunas que profesan virginidad y son murmuradoras, charlatanas, bebedoras, litigantes, avaras, soberbias, todo lo cual está prohibido en los preceptos, y conduce a la muerte por la culpa de la desobediencia, como ocurrió a Eva.

Por tanto, se debe no sólo preferir la obediente a la desobediente, sino la casada obediente a la virgen poco obediente. (De bono coniug. 29,39)

Ninguna cosa acarrea tantos bienes al alma como el obedecer; y si es ventajoso que el siervo obedezca al Señor, y el hijo al padre, y la mujer a su marido, ¿cuánto más no será para el hombre obedecer a Dios? (In Ps. 70,2,1)

Era, por tanto, conveniente que el hombre, como sujeto a Dios, recibiese alguna prohibición, para que de este modo la razón de llegar a poseer a su Dios fuese la virtud de la obediencia, de la cual se puede con razón decir que es la virtud de las virtudes en toda criatura racional, sujeta a la autoridad de Dios; como vicio capital y peor, causa temible de ruina, es el querer hacer su capricho, que es en lo que consiste el vicio de la desobediencia.

No sería posible al hombre el pensamiento y el sentimiento de que tenía un Señor si no le hubiese impuesto algún mandato.

Ni tampoco hubiera sido posible hacerle ver mejor la gravedad de la desobediencia que presentándole a la consideración el castigo impuesto a nuestros primeros padres por haber tocado contra el precepto divino una cosa que sin culpa habrían podido comer de no haberles sido prohibido.

Ahora bien: el tocar una cosa, que no dice disconformidad alguna con el que la toca, a no ser por la prohibición, y que no acarrearía daño alguno a ningún otro que a aquel a quien se prohibió, ¿qué otro motivo pudo haber para prohibirla sino mostrar en qué consiste el mérito de la obediencia y la malicia de la desobediencia? (De Gen. Sd litt. 8,6-13)

Al crear Dios al hombre, le impuso un precepto como signo de dependencia: *No toques el fruto de este árbol*, le dijo. (Gn. 2,17)

— ¿Qué cosa? —Este árbol. —Y ¿qué de especial tiene este árbol? Si es bueno, ¿por qué no he de comer de sus frutos? Y si es malo, ¿por qué está en el Paraíso terrenal?

—No hay duda de que es bueno, y la prueba es que está plantado en el Edén; es bueno, pero no quiero que toques sus frutos.
¿Por qué me prohíbes comer de sus frutos?

—Porque quiero que seas obediente y no discutas mis mandatos.

Sírveme en esto, siervo mío; pero no me sirvas mal.

Siervo mío, escucha primero el precepto del Señor, y más tarde conocerás lo que se ha propuesto al imponerte este precepto.

El árbol es bueno, pero no quiero que lo toques.

— ¿Por qué? —Porque yo soy tu Señor y tú eres mi siervo; he aquí cuál es el motivo. Ahora bien: viendo la insignificancia de la cosa, ¿desdeñas mostrarte mi servidor?

¿Qué mayor bien para ti que estar bajo la dependencia de tu Señor? ¿Y cómo mostrarías esta sumisión sino obedeciendo sus mandatos?

No podía Dios ciertamente mostrar mejor el valor de la obediencia que prohibiendo una cosa en sí indiferente; medio único de poder premiar la obediencia y castigar la desobediencia.

La cosa es en sí buena, pero no quiero que la toques. ¿Qué te falta? Mi mandato es que no toques este fruto ni comas de él. La cosa es buena en sí, pero la obediencia es mejor.

Y aun cuando lo tocases, ¿podría ser el árbol la causa maléfica de tu muerte?

No; fue la desobediencia la que te dio la muerte, por haber tocado lo que estaba prohibido. ¿Y qué te faltaba, que así te decidiste a tocarlo? Nada, sino que quisiste hacer tu capricho; preferiste violar el precepto, a fin de no tener superior alguno y así llegar a ser como Dios, que no tiene quien pueda mandarle.

Grande fue el error del hombre al presumir de sí yendo al encuentro de la muerte y alejándose del camino de la justicia. Violó el precepto, sacudió el yugo suave de la autoridad, rompió soberbio las riendas que le guiaban, y ahora, ¿cuál en su condición? (In Ps. 70,2-7)

Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos; piensa siempre en lo que te ha mandado el Señor. (Eclo.3,22)

Guarda la obediencia si quieres conseguir la sabiduría; y después de haber conseguido la sabiduría, continúa en la práctica de la obediencia. (In Ps. 118,22,8)

Recibe el mandato de tu padre, como si fuera precepto del Señor Dios tuyo; porque aunque Dios no mande lo que el padre ordena, sin embargo Dios ha ordenado que los hijos obedezcan a sus padres.

En una cosa sola debes negarle esta obediencia, y es cuando mande algo que fuera contra la voluntad manifiesta del Señor Dios tuyo.

Pero mientras no te ordene algo que sea contrario a la ley de Dios, debes obedecerle como a Dios, porque Dios es el que ha mandado que se obedezca a los padres.

Según la doctrina del Apóstol, el siervo debe servir y obedecer a su dueño, no por fuerza, sino de buena gana, a fin de poder llegar, mediante esta sumisión voluntaria, a ser libre en su corazón.

Si tal es la advertencia del Apóstol con relación a los siervos, ¿cuánta mayor y más rendida debe ser la obediencia que se debe prestar al Señor, que no atiende solamente a la obra externa, sino que ve tu corazón? (In Ps. 70,1,2)

¿Qué mayor contradicción que querer tú ser obedecido de tus inferiores, mientras rehúsas tú obedeces a tus superiores?

No atiendas a la habilidad del que manda; mira únicamente a la autoridad del superior. (De op.Monach. 21)

Lo que interesa es que la parte inferior obedezca a la superior, y que el que exige la obediencia de la parte inferior esté él sometido a la superior.

Respeta el orden establecido por Dios: obedece tú al Señor, y tu carne quedará sometida al espíritu; obedece tú al que es mayor, y la parte inferior se te someterá; sirve tú a tu Creador, a fin de que te esté sometido todo lo que ha sido hecho para ti.

Si desprecias tú al Señor, jamás llegarás a conseguir que la carne te esté sometida.

El que no obedece al Señor será atormentado por su siervo. (In Ps. 143,6)

Más presto es escuchada una oración del obediente que diez mil del soberbio. (De op. Monach. 17)

* * *

Obedeced, hermanos míos, a vuestros pastores. Escuchad con sumisión que sois ovejas de Cristo, pues también ellos oyen con temor que son vues- tos pastores.

Si ellos con temor apacientan las ovejas, y temen por ellas, ¿cuál será el temor que las ovejas deben tener por sí?

A los superiores corresponde la vigilancia; a los inferiores, la obediencia; a aquéllos, la autoridad del pastor; a éstos, la sumisión de las ovejas. Por lo demás, también los pastores que os hablan con potestad, con temor se humillan ante vuestros pies, porque saben la cuenta rigurosa que deben dar del desempeño de esta potestad casi sublime.

Por tanto, hermanos carísimos, renuevos preciosos de la Iglesia católica y miembros de Cristo, pensad quién es vuestra cabeza. Hijos de Dios, pensad en el Padre que os ha sido dado, en la herencia que se os promete. No es ésta como la que en la tierra suelen poseer los hijos, que sólo se consigue con la muerte de los padres, pues en la tierra nadie hereda hasta que el padre ha muerto.

Nosotros, viviendo nuestro padre, poseeremos lo que nos ha dado, porque nuestro padre no puede morir.

Más os diré, y con toda verdad lo digo: nuestra herencia será nuestro mismo Padre. (Serm. 146,1)

CAPITULO X

La santa virginidad

Si son pocos los que viven la virginidad de la carne, todos, sin embargo, deben conservar la virginidad del corazón.

La virginidad de la carne consiste en la integridad del cuerpo; la virginidad del corazón en la fe pura. (In Ps. 147,10.)

La virginidad es un gran tesoro, y cuanto más pondero su mérito, más temo su pérdida por el ladrón de la soberbia.

Guardiana de la virginidad es la caridad, pero el puesto de guardia corresponde a la humildad.

Acércate a Jesús y aprende a ser manso y humilde de corazón. (Mt 11,29)

No irás, pues, al que no se atrevía a levantar los ojos al cielo a causa de su iniquidad; (Lc 18,13) sino a aquel que descendió del cielo movido de la caridad. (Jn 6,28)

Tampoco acudirás a aquella que con sus lágrimas regó los pies de Jesús, (Lc 7,38) suplicando el perdón de sus pecados; sino a aquel que, además de perdonar todos los pecados, lavó los pies a sus discípulos. (Jn 13,5)

Conozco el mérito de tu virginidad, y no te propongo que imites al publicano que humildemente se acusaba de sus culpas; pero temo no te suceda lo que al fariseo, que soberbiamente se vanagloriaba de sus méritos. (Lc 18,12)

Tampoco te digo que seas como aquélla, de la que fue dicho: *Le fueron perdonados muchos pecados porque amó mucho;* (Lc.7, 47) pero recelo que, creyendo que es poco lo que tienen que perdonarte, ames también poco.

Temo grandemente por ti, no sea que gloriándote de seguir de cerca al Cordero por dondequiera que va, la hinchazón de la soberbia no te permita seguirle allí donde el camino es estrecho.

Con toda sinceridad te lo digo: es más fácil a los casados humildes que a las vírgenes soberbias seguir al Cordero, no adondequiera que él vaya, es la verdad, pero sí hasta donde pueden.

¿Cómo se ha de poder marchar tras de quien no se quiere estar cerca? ¿Y cómo acercarse, no yendo a él para aprender que *es manso y humilde de corazón?*

El cordero conduce adondequiera que va a aquellos de sus seguidores que están dispuestos a ofrecerle su corazón para descansar.

Por tanto, virgen del Señor, obra de este modo: sigue al Cordero adondequiera que vaya; pero antes acércate a aquel a quien deseas seguir y mira qué manso es y humilde de corazón.

Acércate humildemente al humilde si le amas; y no te separes de él para no caer.

Vete por el camino que conduce a la altura con pasos de humildad.

El Señor eleva a aquellos que humildemente le siguen, pues él no rehusó descender hasta aquellos que yacían en la mayor miseria.

Entrégale sus dones para que te los guarde; pon en él tu fortaleza.

Todo el mal que bajo la custodia de él no cometes, considéralo como perdonado; no te suceda que, convencido de que es poco lo que se te ha perdonado, le ames poco y desprecies con lamentable jactancia a los publícanos que se golpean el pecho.

Desconfía de tus fuerzas para la lucha, y no porque hayas obtenido alguna victoria tomes motivo para envanecerte. Respecto de las futuras tentaciones, ruega para no ser tentada más allá de tus fuerzas.

Considera en secreto como superiores a ti a algunos que exteriormente son inferiores.

Cuando algunos méritos del prójimo quizá desconocidos para ti son benévolamente creídos por ti, los tuyos, que tú conoces, no disminuyen con la comparación, sino que se consolidan con el amor; y así las buenas cualidades, de que quizá careces, te serán más fácilmente concedidas cuanto más humildemente las desees.

Te sirvan de ejemplo los perseverantes y de motivo de temor los caídos. Ama a los perseverantes para imitarlos; llora por los caídos para no enorgullecerte.

No juzgues que la santidad es debida a tus esfuerzos, sino sométete a Dios, que es el que santifica.

Compadécete de los pecados de otros y ruega por los tuyos; evita con la vigilancia las culpas que pudieras cometer y borra con el arrepentimiento las cometidas.

¡Adelante, pues, fieles del Señor, jóvenes y doncellas, hombres y mujeres, célibes y solteros; adelante con perseverancia hasta el fin!

Alabad con el más fino afecto al Señor, vosotros, los que pensáis en él con más frecuencia; esperad en su bondad más confiadamente, vosotros, que le servís con más celo; amadle con más fervor, vosotros, que ponéis mayor cuidado en servirle.

Ceñidos los vestidos y con antorchas encendidas en las manos, esperad al Señor a que vuelva de la boda. (Lc 12,35)

A la boda del Cordero iritis cantando un cántico nuevo que acompañaréis con vuestras cítaras.

Un cántico singular que ninguno fuera de vosotros podrá cantar.

Así lo vio en las revelaciones del Apocalipsis Juan, que fue amado singularmente del Cordero, que reclinó su cabeza sobre el costado de Cristo, donde bebió a raudales las celestes maravillas que después escribió sobre el Verbo de Dios.

También os vio entre aquellos doce mil cantores santos que en sus cítaras celebraban la intacta virginidad en el cuerpo y la pura fe en el corazón; y porque vosotros sois los que podéis seguir al Cordero adondequiera que vaya, de vosotros es de quien él escribe.

¿Adonde va el Cordero para que ninguno fuera de vosotros se atreva ni pueda seguirle?

¿A qué lugar se dirige? ¿A qué bosques y prados camina? Creo que allí donde campea la amenidad del prado, donde no se encuentran los falsos gozos de este mundo, locuras falaces, ni los placeres reservados en el reino de Dios a los que no conservaron la virginidad, sino donde existen gozos distintos de todos los demás.

El gozo reservado a las vírgenes de Cristo es el gozo de Cristo, en Cristo, con Cristo, siguiendo a Cristo, por medio de Cristo y por amor a Cristo.

Son gozos propios de las vírgenes de Cristo, distintos de los de aquellos que no son vírgenes, aunque estos gozos vienen también de Cristo.

Todos tendrán sus gozos propios, pero ninguno semejante a los vuestros.

Marchad a la posesión de estos gozos, siguiendo al Cordero, porque también la carne del Cordero es virginal.

El se ha reservado para sí, y con mayor perfección, todo cuanto de noble conservó en su madre al ser concebido y nacer.

Justo, pues, es que le sigáis a todas partes con la virginidad del cuerpo y la del corazón.

¿Y qué es seguirle sino imitarle? Cristo padeció por nosotros y nos dio con ello ejemplo para poder seguir sus pasos.

Cada uno le sigue en aquello en que lo imita; no en cuanto es el Hijo Unigénito de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, sino en cuanto es Hijo del hombre, que nos dio ejemplo de las virtudes que debemos imitar. Muchas por cierto son las virtudes que propone a la imitación de todos; pero la virginidad de la carne no es para todos, pues no pueden recobrarla los que la han perdido.

Sigan también a Cristo los demás fieles que no poseen la virginidad física, no adondequiera que vaya, sino adonde les sea posible.

Y sabido es que les es posible en todo fuera del esplendor de la virginidad.

Bienaventurados los pobres de espíritu: imitad al que siendo rico se hizo pobre por vosotros. (2Cor 8)

Bienaventurados los mansos: imitad a aquel que ha dicho de sí: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* (Mt 11,29)

Bienaventurados los que lloran: imitad a aquel que dijo: *mi aliento es hacer la voluntad del que me envió.* (Jn 4,34)

Bienaventurados los misericordiosos: imitad al que socorrió al viandante herido de los salteadores y abandonado en el camino, medio muerto y privado de toda esperanza. (Lc 10,33)

Bienaventurados los limpios de corazón: imitad a aquel que no cometió pecado alguno y cuyos labios no pronunciaron jamás una palabra dolosa. (1Pe 2,22)

Bienaventurados los pacíficos: imitad al que por sus perseguidores rogó al Padre, diciendo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* (Lc 23,34.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: imitad al que, al padecer por vosotros, os dejó un ejemplo que imitar, para que sigáis sus pasos. (1Pe 2,21)

Los que imitan estas virtudes siguen con ellas al Cordero; y ciertamente que también los casados pueden ir por estos pasos, aunque no adaptando a ellos perfectamente el pie, sino caminando por el mismo sendero.

Porque cuando el Cordero va por la vía de la virginidad, ¿cómo han de poder seguirle aquellos que han perdido lo que no pueden ya jamás recuperar?

Vosotros, vírgenes del Señor, seguidle de cerca; sí, seguidle muy de cerca, pues por esta virtud de la virginidad podéis seguirle adondequiera que vaya; mientras que los casados pueden seguirle en todas las demás virtudes menos en esta perfección, que irreparablemente perdieron.

Seguidle, por tanto, cumpliendo con perseverancia el voto que habéis hecho con fervor.

Esforzaos varonilmente para no perder la prerrogativa de la virginidad, porque una vez perdida no podréis rehacerla.

Os contemplará el resto de los fieles que no pueden seguir de cerca los pasos del Cordero; os admirará y no os envidiará, porque congratulándose con vosotros, juzgará que lo que no tiene en sí, lo posee en vosotros.

Ciertamente no podrá cantar aquel cántico nuevo, reservado a vosotros; pero lo escuchará con complacencia y se congratulará de vuestro especial privilegio.

Y vosotros, que cantáis, os escucharéis - porque también escucharéis vuestro canto- y por ello os alegraréis con mayor gozo y reinaréis con mayor alegría.

Y nadie sentirá tristeza de esta vuestra mayor alegría.

Porque aquel Cordero, que vosotros podéis seguir de cerca a todas partes, no abandonará a ninguno que no pueda seguirle hasta donde vosotros le seguís.

Hablo de aquel Cordero omnipotente, que irá delante de vosotros y no andará lejos de los demás cuando Dios lo sea todo en todos.

Y aquellos que tienen menos, no os mirarán con malos ojos, porque donde no existe la envidia reina una concorde diversidad.

Animo, pues; con confianza y fortaleza perseverad en vuestro propósito, vosotros los que habéis hecho al Señor Dios vuestra promesa de perpetua continencia y procuráis cumplir este voto, no por algún interés de este mundo, sino por sólo el amor del reino de los cielos. (De S. virg. 27,53)

* * *

Mira, Señor, con benignidad la muchedumbre de vírgenes, doncellas y varones consagrados a ti. Sólo en tu santa Iglesia se encuentra esta casta descendencia; allí nació

de su maternal seno para ti, en tu nombre empezó a hablar, tu nombre ha sido como la leche, suministrada por ti, de que se alimentó en su infancia.

Sin que mediase mandato expreso tuyo, han abrazado voluntariamente un género de vida que sólo aconsejaste, cuando dijiste: *El que pueda entender, que entienda.* (Mt 19,12) y sólo por conseguir el reino de los cielos se ofrecieron en holocausto de sí mismos, movidos no del temor de tus amenazas, sino solamente por docilidad y sumisión a tus consejos.

Y cuanto son más nobles tanto más se humillan en todo para conseguir tu beneplácito.

Son justos; pero ¿acaso son iguales a ti, que justificas al impío? Son castos; pero tú eres, además, el Santo de los santos.

Son vírgenes, pero no nacieron de vírgenes.

Conservan la integridad del cuerpo y del alma, pero no son el Verbo hecho carne.

Por ello, a pesar de todas sus prerrogativas, deben aprender no de aquellos a quienes perdonas sus pecados, sino de ti, Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, porque eres manso y humilde de corazón. (De S. virg. 35,37)

CAPITULO XI

Los Pastores

Las tempestades que azotan la nave de la Iglesia preocupan al piloto.

El piloto recibe los honores, pero cuanto mayores son tanto más grandes son los peligros a que se ve expuesto.

¿Hay abismo más profundo que el humano corazón? De aquí es de donde se desencadenan frecuentemente los vientos que levantan las tempestades de sediciones y discordias, que, a su vez, ponen en peligro la estabilidad de la nave.

Los que tienen en sus manos el timón y sienten celo por la tranquilidad de la nave, saben cuánta verdad es ésta.

Es cierto que cuando hablan, leen y exponen dan muestras de su saber; mas, ¡ay, si estalla la borrasca!

Frecuentemente fallan todos los cálculos humanos; a cualquier parte que uno se vuelva, ve que las olas se encrespan, que la tempestad ruge, que los brazos se cansan y que los capitanes no saben adonde enfilar la proa, cómo sortear las olas, en qué dirección dejarla a la deriva, de qué escollos librarla para que no se estrelle.

Es necesario, pues, rogar por los Prelados y rogar sin interrupción. Porque, a la verdad, aunque vosotros no estéis en el timón, ¿acaso no estáis en la nave? (In Ps. 106,7-12)

No debe tampoco juzgarse que los Prelados, por el hecho de serlo, no estén también expuestos a algún injusto resentimiento.

Considerad más bien que, en cuanto hombres, viven también en gran peligro y están expuestos a los embates de las tentaciones. (Ep. 250,3)

Porque ¿qué es cualquiera de vuestros Prelados sino lo que vosotros sois?

Lleva consigo la carne mortal; debe comer, dormir y estar despierto; nació y ha de morir.

Si reflexionáis, pues, qué es por sí mismo, es hombre. Vosotros, sin embargo, honrándole como a un ángel, extendéis un velo sobre lo que constituye su debilidad. (Serm. 46,4)

Es cierto que es hombre; pero, no obstante, oíd las palabras de Cristo: *El que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia.* (Lc 10,16)

Si esas palabras fueron dichas solamente de los apóstoles, podéis despreciar a vuestros Prelados cuanto queráis; pero si la palabra de Cristo ha llegado hasta vosotros y Cristo os ha llamado es porque ha puesto a los Prelados en lugar de sus apóstoles. Cuidaos, pues, de no despreciarlos, porque habría de llegar al Señor la injuria que les infirierais.

Por tanto, si no teméis a vuestros Prelados, temed al que ha dicho: *El que a vosotros desprecia, me desprecia a mí.*

¿Qué es lo que quiero decir con esto? Que si no quiero ser despreciado de vosotros, es únicamente para poder congratularme de vuestras virtudes.

Sean, pues, vuestras buenas obras mi consuelo en mis peligros. (Serm. 102,1)

Yo soy solamente vuestro siervo en Jesucristo. Sí; soy siervo, puesto que yo os sirvo y no pretendo ser más que vosotros. Seré mayor si soy más humilde.

Es sentencia del Señor que cualquiera que quiera ser algo entre vosotros debe hacerse vuestro siervo. (Mt 20, 26 e Jn Ps. 146,16)

Ahora me dirijo a los Prelados. No os contentéis con el buen testimonio de vuestra conciencia, porque el puesto que ocupáis es tal, que esto sólo no basta.

Si, pues, sois siervos de Dios, dignos de aprobación; si arde en vosotros al menos una chispa de aquel celo con el que la caridad no busca sus propios intereses, debéis esmeraros en obrar el bien, no sólo en la presencia de Dios, sino ante los hombres. De este modo, mientras bebéis en vuestra conciencia agua cristalina no resultará contra vosotros que, por proceder incautamente, enturbiéis la corriente, y las ovejas del Señor tienen que beber aguas cenagosas. (Ep. 125,2)

Hombres como vosotros y hermanos vuestros no pueden penetrar en el lugar que sólo a Dios está reservado, cual es vuestra conciencia.

Vuestra conciencia es aquello que sois en la presencia de Dios; pero vuestra vida es lo que ven vuestros hermanos. Ahora bien: si vuestros hermanos, sospechando mal de vosotros, se equivocan, y de ello toman motivo para realizar alguna obra que, a juzgar por el exterior, suponen que también vosotros la hacéis, ¿de qué sirve a vuestras conciencias beber agua pura si vuestro hermano la bebe turbia por causa de vuestra pereza?

Hay hombres propensos a formar juicios temerarios, detractores, susurrones, murmuradores, inclinados a sospechar lo que no ven, perspicaces para descubrir lo que no

pueden sospechar. Contra tales sujetos, ¿de qué sirve el testimonio de la propia conciencia?

Buscad, por tanto, su salvación, edificándoles con el ejemplo, de tal modo que, siguiéndoos, no yerren el camino.

No es, pues, vuestro interés lo que buscáis cuando queréis agradar a los hombres, sino que, al obrar así, os complacéis en que les agrade lo que

es bueno por la utilidad que les resulta a ellos, no por el honor que os puede venir a vosotros.

Agradad a todos en todo, como el Apóstol se hizo todo para todos; tomad vuestro alimento y vuestra bebida sin pisotear ni enturbiar la corriente.

Escuchad las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, maestro de apóstoles: *Resplandezcan vuestras acciones ante los hombres, para que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.* (Mt 5,16)

Si sois buenos, que sea alabado aquel que os hizo buenos, y no vosotros, que de vuestro natural hubierais sido malos.

No hagáis, pues, el bien en presencia de los hombres con la intención de ser vistos de ellos; no sea éste el fin de vuestras obras.

Atended a que las hacéis en la presencia de Dios, y en él encontraréis vuestra gloria; porque aun el testimonio de vuestra conciencia, en tanto redunda en gloria vuestra en cuanto se funda en él.

Si colocáis vuestra gloria en la complacencia de vosotros mismos, seréis amadores de vosotros mismos; y el que es amante de sí mismo es amante de un gran necio.

Cuidad, por tanto, no sólo de vivir, sino de aparecer buenos ante los hombres; cuidad no sólo de tener buena conciencia, sino también, en cuanto sea posible a vuestra fragilidad, de no hacer ninguna cosa que pueda dar lugar a falsas sospechas a vuestros hermanos; no suceda que, comiendo hierba buena y bebiendo agua cristalina, piséis los pastos de Dios y las ovejas tengan que comer lo pisado y beber agua turbia. (Serm. 47,11-14)

* * *

Señor, tú me exiges cuenta de lo que me has dado no pata que lo guarde, sino para que lo reparta.

Para el caso en que lo guardara, o lo escondiera, ya me has dicho: Siervo inútil y perezoso, ¿por qué no negociaste con lo que te di para que a mi venida pudiera retirar mi dinero con los intereses devengados? (Lc 19,23)

¿De qué me servirá, pues, no haber perdido nada de lo que se me dio? Eso sería muy poco para ti, que eres avaro, pero con una avaricia que es mi salvación.

Sí, eres avaro y buscas tus dineros, porque recoges todo lo que lleva tu imagen. (Serm. 125,8)

¡Oh, qué felices son los que escuchan! Lo son mucho más que los que tienen que predicar.

El que aprende, naturalmente es humilde, pero el que enseña debe combatir la soberbia, no sea que, mientras quiere buscar el agrado de los hombres, te desagrade a ti.

Con razón temo este escollo; sí, tú sabes con cuánto temor hablo al pueblo. (In Ps, 50,13)

¡Predicar, reprender, corregir, enseñar y procurar el bien de cada uno es carga pesada, grave responsabilidad, dura fatiga! (Serm. 339,4)

Me mandas corregir a los inquietos, consolar a los débiles, recibir a los enfermos, a los que contradicen, guardarme de los insidiosos, enseñar a los ignorantes, excitar a los perezosos, cohibir a los pendencieros, humillar a los soberbios, aplacar a los disputadores, ayudar a los necesitados, librar a los oprimidos, aplaudir a los buenos, tolerar a los malos, amarlos a todos.

En tal difícil, múltiple y varia labor ayúdame para que prefiera más bien ayudar a tu rebaño que presidirle. (Serm.340,2)

CAPITULO XII

Los mercenarios

Hay pastores que anhelan la honra de este nombre, pero que no quieren cumplir los deberes de su estado. (Serm. 46,1)

Ambicionan las cátedras pastorales para recibir- honores temporales y disfrutar de comodidades humanas.

Los hubo ya en tiempo de los apóstoles: eran aquellos falsos hermanos de quienes se queja el Apóstol cuando dice haber tenido que soportar peligros de los falsos hermanos; (2Co.11,26) y no los separó con intolerancia, sino que los sufrió con paciencia. Así que no es maravilla que los haya al presente, pues escrito está que, cuando se acerque el fin del mundo, *abundará la iniquidad y por ello se resfriará la caridad de muchos*. (Mt. 24,12)

Pastores de tal género habrá, pues, hasta el fin del mundo, hasta el día del juicio.

Por ello te recomiendo que no te dejes sorprender por estos escándalos, que precisamente fueron profetizados para que, cuando ocurriesen, acordándote de su anuncio, no te causasen demasiada impresión. (Ep. 208,2)

La primera reprensión que se hace en las Sagradas Escrituras a estos pastores es que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas

Escucha qué es lo que dice a los pastores, que sólo se, cuidan de sí y no de las ovejas, la palabra divina, que no adula a nadie:

¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!

Coméis su leche y os vestís con su lana y matáis las más gordas, pero no apacentáis mis ovejas.

No fortificasteis lo que estaba flaco, ni curasteis lo enfermo, y lo que estaba quebrado no lo vendasteis, y lo descarriado no lo recogisteis, y no buscasteis lo que estaba perdido; sino con aspereza y con imperio dominabais sobre ellas. Se descarriaron mis ovejas, porque no tenían pastor. (Ez 34,2-5)

Dice el mercenario: « ¡Qué más me da! Obre cada uno como le plazca; esté asegurado mi alimento y a salvo mi honor, que esto me basta; viva cada uno a su antojo!»

¡Oh pastor negligente! Si así discurres y predicas, quizá reunirás grandes muchedumbres en tu iglesia, aunque haya algunos a quienes no parezcan bien tus palabras, una multitud inmensa se pondrá a tu lado.

Si eso hicieras, no predicarías la palabra de Dios ni el Evangelio de Cristo, sino el tuyo; serías pastor que se apacienta a si mismo, no a las ovejas.

No es lo peor que abandones a las enfermas, a las débiles, a las descarriadas y a las caídas; lo peor es que, en cuanto puedes, matas a las robustas.

Estas viven por la misericordia de Dios; sin embargo, por lo que a ti se refiere, las matas.

Sí, las matas viviendo mal y dándoles malos ejemplos.

También la oveja sana ve que tú vives mal; y si pierde de vista las máximas del Señor y se fija en el ejemplo que le das, nada de particular tiene que diga en su interior: «Si mi prelado vive así, ¿por qué no he de poder obrar yo como él?»

Ahí tienes cómo das muerte a las ovejas robustas; y si con tu mala vida matas la oveja sana, aquella que tú no has fortalecido y acaso encontraste ya gruesa, ¿qué podrás esperar que suceda con las otras?

Te digo y repito que si vives mal a los ojos del pueblo, ten entendido que, en cuanto de ti depende, matas a todo el que lo ve.

Que no te sirva de disculpa el que viva y no muera; porque aunque él viva, tú eres homicida.

El que te imita, muere; y el que no, vive; pero por lo que a ti se refiere, a los dos das muerte. (Serm. 46,2-9)

Cuando uno peca, y peca gravemente, debe ser reprendido; pero ocurre que, al reprenderle, se convierte en enemigo y hasta, si puede, te pondrá asechanzas y causará daño.

Y quizá tú, por no perder el placer de una amistad e incurrir en la ojeriza de alguno, callas y no corriges.

Supone que el lobo apresa la oveja por el cuello; y tú, en vez de gritar, callas. ¡Mercenario! ¡Has visto acercarse el lobo y huyes!

Huyes porque callas, y callas porque tienes miedo. El temor es una huida espiritual.

Has estado presente en cuanto al cuerpo, pero en cuanto al espíritu has huido vergonzosamente.

Nuestros afectos son los movimientos del ánimo: la alegría es una dilatación del ánimo como la tristeza es una contracción; la codicia es un adelantarse como el temor es huir.

Por eso, cuando estás alegre, se ensancha tu corazón; y cuando afligido, el corazón se ahoga; te haces fuerte cuando deseas, y huyes cuando temes.

He aquí por qué digo que el mercenario huye cuando ve venir el lobo. (In Jo. 46,8)

Huye el mercenario, viene el lobo y el lobo roba y dispersa las ovejas.

Si buscas tu intereses y no los de Cristo, si no amas a Cristo desinteresadamente, si no buscas a Dios únicamente por Dios, si anhelas los bienes temporales, si buscas ganancias, si ambicionas los honores humanos, eres un mercenario.

Sí, amando estas cosas y sirviendo a Dios por ellas eres un mercenario; Dios no te cuenta entre sus hijos.

Con toda verdad te digo: ya has recibido tu recompensa.

Y si, aun amando estas cosas terrenas, predicas a Cristo, y eres la voz de Cristo, y las ovejas van en pos de ti, no es porque oyen al mercenario, sino al Pastor verdadero por boca del mercenario.

Escucha lo que dice el Señor Jesucristo al referirse a estos mercenarios: *Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad lo que os digan, pero no imitéis sus obras*. (Mt 22,2)

Luego si estás sentado en la cátedra de Moisés, y enseñas la ley de Dios, es Dios el que por tu boca enseña.

Cuando obras mal no predicas desde la cátedra de Cristo; el mal que causas procede del mal que haces, no del bien que predicas.

¡Oveja de Cristo! Recoge el fruto y ten cuidado con las espinas.

A veces ocurre que el racimo, si bien procede de la vid, pende de una zarza, porque al desarrollarse el sarmiento se ha enredado en los zarzales, y por ello muestra la zarza un fruto que no es el suyo.

La vid no produce espinas, pero el sarmiento se ha entrelazado con ellas.

Si buscas la raíz de las espinas, encontrarás que no está en la vid. Si examinas de dónde proceden las uvas, descubrirás que proceden de la vid.

La doctrina de Cristo es la vid; tus malas costumbres son las espinas.

La doctrina de Cristo que sale de tu boca es como sarmiento enredado en la zarza y racimo entre espinas.

Oveja de Cristo, apaciéntate con cautela, no sea que al tratar de llevar el fruto te lastimes la mano. Cuando escuchas al que predica la buena doctrina no imites sus malas costumbres.

Haz lo que dicen, y así recogerás las uvas; no obres como ellos, y así evitarás las espinas. (In Jo. 46,5-6)

No te preocupes de las intenciones del predicador; atiende únicamente a lo que predica; recoge la palabra que sale de su boca; sus actitudes no te interesan.

¿Escuchas de él palabras saludables? Pues recoge de su boca la salvación y no te constituyas juez de su corazón.

Y es que se ha propuesto un fin torcido, ¿qué te importa? Tú escucha lo bueno que dice sin tomar nota de lo malo que practica. (Serm. 101,10)

Aunque haya muchos que tienen continuamente la palabra de Dios en sus labios y no en su corazón, no te importe; porque si tu prelado es uno de estos que dicen y no hacen, puede ser de provecho para ti, aunque él no obtenga provecho alguno. (In Ps. 48,1,4-5)

¡Qué inmensa felicidad es la del rebaño de Dios! Es Dios el que vela por ti, cuando está alerta el pastor; es más, vela cuando el pastor duerme.

Si está seguro el rebaño de un hombre bajo la custodia pastoral de otro hombre, ¡cuánto mayor ha de ser tu seguridad custodiándote Dios como pastor, no sólo porque te apacienta, sino también porque es él el que te creó! (Serm. 47,3)

* * *

¡Señor! ¿Qué harán los corderos si ven a los carneros vacilar?

Eres tú quien con tu misericordia nutres a los corderos, los perfeccionas y los coronas; pueden, pues, estar tranquilos. (Serm. 80-1)

Aunque los corderos se hallen firmes, haz, Señor, que no sea yo de aquellos de quienes dice el Apóstol que evangelizan ocasionalmente, buscando su propio provecho, ya pecuniarios, ya de otra clase de bienes o las humanas alabanzas. (Serm. 137,5)

Que sea yo de aquellos que entran por la puerta. Esta puerta eres tú, y yo anhelo entrar a tus ovejas pasando por ti, y hacerlas escuchar mi voz para que te sigan y encuentren pastos saludables.

Si quiero ir a las ovejas por ti es para predicarles a ti mismo; pues de querer predicar otra cosa debería buscar otra entrada.

Tú eres para mí la puerta para entrar a tus ovejas, y por ti entro, porque no intento sólo penetrar en su aprisco, sino llegar hasta su corazón.

Que entre pasando por ti, para que escuchen de buen grado tu palabra de mis labios. (In Jo. 47,1-2)

Hazme ejemplar para los fieles con la vida que hago en su presencia, de modo que se muevan a imitarme; así podré no sólo invitarles a escuchar, sino también a obrar. (Conf. 13,30)

Pero hágalo todo sin olvidarme de mi condición humana ni del concepto sobrenatural, de modo que me dé cuenta de los peligros a que estoy expuesto cuando predico a tus ovejas tu palabra.

Sin embargo, me consuela el saber que en los peligros del ministerio me asiste siempre tu gracia.

Preferiría escuchar a tener que predicar, porque conozco la sentencia del apóstol Santiago, que dice: *Sed prontos para oír y tardos para hablar*. (St.1,19)

Gozo más escuchando que predicando.

El gozo que entonces experimento no está mezclado con inquietud alguna; ésta es una satisfacción que no hincha: no hay por qué temer la ruina del edificio cuando éste se apoya sobre la firme roca de la verdad.

Cuando oigo me es fácil ser humilde; predicando, en cambio, aun cuando no corra el peligro de envanecerme, es cierto que debo al menos proceder con cautela.

Y aunque no me envanezca, corro el peligro de ello; en cambio, cuando escucho, gozo sin menoscabo alguno; me deleito sin testigos. (Serm. 179,1-2)

Conozco también cuán peligroso sea callarme, porque me amonestas: Yo mismo pediré cuenta de mi grey a los pastores. (Ez.34,10. y Serm.46,20)

Infúndeme la caridad para que enseñe la dulzura; concédeme la paciencia para que enseñe la resignación; ilumina mi inteligencia para que enseñe la verdadera sabiduría. (In Ps.118,17,4)

CAPITULO XIII

Los beneficios de la Encarnación de Cristo

Todo lo que Cristo Jesús ha llevado a cabo lo ha hecho para tu instrucción y tu formación (Ep. 12,1)

Fíjate en estos dos nacimientos, el de Adán y el de Cristo: los dos son hombres; pero el uno es puro hombre y el otro Hombre-Dios.

Por el solo hombre eres pecador; en cambio, del Hombre-Dios recibes la justificación.

El nacimiento según Adán te ha acarreado la muerte; el nacimiento según Cristo te ha dado la vida; el primero trae consigo el pecado, el segundo libra de él.

Cristo se hizo hombre precisamente para borrar los pecados de los hombres. (In Ep. Jo.11)

Nace Cristo y es reclinado en un pesebre, pero sustenta el mundo; se alimenta con leche, y apacienta a los ángeles; es envuelto en pañales, y te reviste de inmortalidad; es amamantado, pero es adorado; no encuentra sitio en el mesón, y se forma un templo en el corazón de los creyentes. Para hacer fuerte la debilidad se hizo débil la fortaleza.

Admirable, sí, y no despreciable es su nacimiento según la carne; en éste debes descubrir la humillación a que por ti se sujeta la soberana excelsitud.

Sirva esta consideración para que se encienda tu caridad y así llegues a su eternidad. (Serm.4)

Era para ti cosa bien ardua llegar a gustar la suavidad de Dios, que estaba muy elevada y alejada; y tú habías caído muy abajo, yacías en el fondo.

Para unir estas dos enormes distancias fue enviado un mediador.

Y no pudiendo tú, hombre, acercarte a Dios, Dios se hizo hombre, para que, siendo posible la unión de hombre a hombre, e imposible la del hombre con Dios, de este modo por el hombre llegaras hasta Dios. Así quedó constituido mediador entre Dios y los hombres el hombre Cristo Jesús

Porque si fuera sólo hombre no podría ser camino para llegar a Dios; y si fuera Dios solamente, no pudiendo tú alcanzar lo que no eres, tampoco llegarías hasta Dios. Por eso Dios se hizo hombre: para que siguiendo al hombre, cosa que está en tu poder, llegases a Dios. De otro modo no te era posible.

Y precisamente para ser tu mediador se ha revestido de suavidad. (In Ps. 134,5)

Estabas enfermo y no querías sanar; porque, para no ser curado, hacías alarde de salud; fue dada la Ley, que te ató, porque te encontró culpable, y tú te quejabas de su carga.

Vino después el Señor para sanarte con remedios algún tanto amargos y difíciles, pues te dijo: «Soporta y sufre; no ames al mundo; ten paciencia; sea tu remedio el fuego de la continencia; aplica a tus llagas el cauterio de la persecución».

El remedio te causaba terror, a pesar de estar atado; pero el Señor, que era libre y no atado, bebió él primero el brebaje que él mismo te suministraba. Primero padeció él para que sirviese de consuelo. Fue como decirte: «Lo que te asusta tener que padecer por ti, lo he padecido yo antes por ti».

Esta es una gracia, una muy grande gracia. (In Jo. 3,14)

He aquí por qué vino Cristo: para rescatarte a ti que estabas bajo la Ley y no estés ya más bajo la Ley, sino bajo la gracia.

El que dio la Ley fue el mismo que nos granjeó la gracia, pero la Ley nos la dio por ministerio de un siervo suyo, y para darnos la posesión de la gracia descendió él en persona.

Estabas bajo la Ley, sin observar sus preceptos, puesto que el que cumple la Ley, no está bajo la Ley, sino con la Ley; y para el que está bajo la Ley, la Ley no es un alivio, sino un peso.

A ti, por tanto, que estabas bajo la Ley, la Ley te acusa, porque está sobre tu cabeza para denunciar tus pecados más que para perdonarlos.

Aunque la Ley manda, el legislador suele usar de misericordia en lo que la Ley impone.

Tú pretendías cumplir las prescripciones de la Ley con solas tus fuerzas, y esta temeraria presunción bastó para hacerte caer. Por eso no estabas ya con la Ley, sino que caíste bajo la Ley; y porque eras impotente para observar con solas tus fuerzas la Ley, como caído y culpable bajo la Ley, has implorado el auxilio del libertador de la enfermedad que tu soberbia había contraído al traspasar la Ley.

La enfermedad del soberbio se convirtió en confesión de humildad: he aquí, pues, que ahora, sintiéndote enfermo, confiesas que lo estás; y con esto ya puede venir el médico a curarte de la enfermedad. (In Jo. 3,2)

Vino vestido de carne para limpiar la carne de sus vicios; vino vestido de una tierra medicinal para curar tus ojos interiores, cegados por tu tierra exterior, y para que, una vez sanos, el que fuiste tinieblas, te hagas luz en el Señor; y no ya la luz presente que alumbra en las tinieblas al ausente, sino de modo que aparezca clara al que la contempla.

Para eso salió como Esposo de su lecho nupcial y saltó como gigante para recorrer su camino.

Es bello como esposo, fuerte como gigante; es amable y temible; es severo y afable; sonriente para los buenos, rigurosos para los malos. (Serm. 195,3)

Dios te ha hecho hermano de su Hijo, constituyéndote, si no por generación, ciertamente por adopción, coheredero suyo.

Ha hecho a Cristo partícipe de tu naturaleza mortal para que creyeses posible participar tú de su divinidad. (In Ps. 66,9)

La fortaleza de Cristo hizo que existiese lo que no existía; y su debilidad hizo que no pereciese lo que ya existía: con su fortaleza te creó y con su debilidad te rescató.

Con su debilidad sostiene tu debilidad, como hace la gallina con sus polluelos, a cuya semejanza nos dice que obra: ¡Cuántas veces, dice a Jerusalén, *he querido reunir tus hijos como la gallina bajo sus alas a los polluelos, y tú lo has rehusado!* (Mt 23,37)

Mira cómo la gallina se hace débil con sus hijos. En ninguna otra especie de aves se manifiesta más claramente la maternidad.

Vemos a las otras especies de pájaros hacer sus nidos en nuestra presencia; todos los días lo contemplamos en las golondrinas, las cigüeñas, las palomas; pero a no ser que los veamos en sus nidos, no descubrimos cuál sean los padres.

La gallina, en cambio, de tal modo se debilita que, aunque no vayan los pollos con ella, no verás a sus hijos, pero reconocerás a la madre.

La reconoces en las alas caídas, las plumas en desorden, la voz clueca y todos sus miembros desmadejados, de modo que, como antes decía, aunque no veas a los hijos, descubres que es madre.

Del mismo modo se hizo débil Cristo, fatigándose en su camino; en aquel camino, digo, que es la carne que tomó por nosotros. (In Io. 15,6-7)

¡Cuánto te amó Dios antes que tú le amases! Si antes de amarle has sido tan tiernamente amado, que por tu amor hizo hombre a su Hijo, consustancial con él, ¿qué no te reservará ahora que tú le amas? (In Ps. 62,11)

Dale gracias y aprecia el don que te ha hecho para merecer gozar el bien al que has sido llamado. (Serm. 166,4)

* * *

¡Oh Señor Jesucristo, que has venido a este mundo para salvar lo que estaba perdido!

Si yo, hombre, no me hubiera perdido, no habrías venido tú, Hijo del hombre.

Por haberme perdido yo, hombre, has venido tú, Dios y hombre, y fui encontrado yo, hombre.

Había perecido yo, hombre, por mi libre voluntad, y viniste tú, Dios y hombre, con tu gracia liberadora.

Por la soberbia había perecido el primer hombre, y ¿dónde estaría yo si no hubieses venido tú, el segundo hombre? (Serm. 174,2)

Estaba enfermo y me creía sano: recibí una Ley que no podía cumplir, conocí de qué enfermedad estaba atacado e imploré la intervención del médico; deseé sanar, porque me di cuenta de mis dolencias, y no lo hubiera conocido de no haberme percatado que no podía cumplir la Ley que se me dio.

Me creía inocente, y la soberbia de mi falsa inocencia agravaba mi enfermedad.

Con objeto de que quedara domada y desenmascarada esa soberbia, tú me has dado la Ley, sí, me la has dado, no para librar de la enfermedad, sino para poner en claro la soberbia. (Serm. 152,2)

¿Cómo alabaré tu caridad? ¿Cuántas gracias no deberé dar? Me has amado de tal forma, que por mí entraste en el tiempo, siendo tú el Creador de los tiempos; y en el mundo eras menor en edad que algunos de tus siervos, tú que eres el más antiguo en el mundo; te hiciste hombre, tú que has hecho al hombre; naciste, como criatura, de la madre que tú habías creado; fuiste llevado por las manos que formaste; llenaste los pechos que te amamantaron; y lloraste, reclinado como infante balbuciente en el pesebre, tú que eres la palabra sin la que es muda toda elocuencia humana. (Serm. 188,2)

CAPITULO XIV

Cristo nuestro médico

Bien sabes que el Señor y Salvador Jesucristo es el médico que tiene cuidado de tu salud eterna; y el motivo porque tomó la debilidad de tu naturaleza fue para que tu enfermedad no fuera eterna.

Tomó, pues, un cuerpo mortal para dar en él muerte a la misma muerte. Todo esto lo conoces por la fe.

Pero es preciso que conozcas asimismo que todos los milagros que obró en los cuerpos no tuvieron otro objeto que atraer tu atención para que aprendas de él lo que no es transitorio ni tendrá fin.

Devolvió a los ciegos los ojos, que alguna vez había de cerrar la muerte; resucitó también a Lázaro, que había de morir por segunda vez.

Todo lo que hizo en bien de los cuerpos no lo hizo con el fin de que durasen eternamente, no obstante que también los cuerpos al fin del mundo han de recibir vida eterna.

Pero como no eran creídas las cosas que no se veían, se sirvió de cosas temporales y visibles para afirmar la fe en aquellas que eran invisibles.

esta fe, al presente, se conserva ferviente en la Iglesia, extendida por todo el mundo, y produce ahora mayores curaciones que las que no se desdeñó de obrar entonces.

Como el alma es más noble que el cuerpo, así también la salud del alma es más preciosa que la corporal.

Ahora no es la carne ciega la que abre sus ojos para admirar los milagros del Señor, sino que abre sus oídos el espíritu ciego para escuchar la palabra de Cristo.

Ahora no resucita un cadáver muerto, pero resucita el alma, que yacía muerta en un cadáver vivo.

Ahora no son ya los sordos oídos del cuerpo los que se abren, pero ¡cuántos no son los que tienen obturados los del alma, que se han abierto al sentir el sonido penetrante de la palabra de Dios, y los que no creían, creen, y viven bien los que vivían mal, y obedecen los que eran rebeldes!

¿Por qué, pues, ahora te admiras de la fe, de la bondad o de la piedad de alguien sino porque contemplas que ve el que estaba ciego, descubres que vive el que estaba muerto y observas que oye el que estaba sordo? (Serm. 88,1-3)

El único motivo de la venida de Cristo fue para salvar a los pecadores.

Si no hubiera enfermedades y lesiones corporales no tendría objeto la medicina.

Y si ha venido del cielo un gran médico es porque en el orbe entero yacía un gran enfermo. (Serm.175,1)

Para sanar este enfermo es a lo que ha bajado el omnipotente médico.

Se humilló hasta tomar nuestra carne mortal, que fue como acercarse al lecho del enfermo.

Quizá digas: «El mundo estaba mejor antes que ahora; desde que este médico ha empezado a ejercitar su arte se ven aquí más horrores».

No es esto cierto, no te asustes; antes que se empezase la cura no era fácil ver la sangre donde ahora interviene el médico. Más que impresionarte ahora que ves la sangre, te importa acudir al médico y huir de los halagos del mundo, pues es hora de pensar en la salud más que de entregarte a los deleites.

Por tanto, ponte en cura. Si aún no conoces ni sientes la necesidad del médico, no te irrites contra él, a la manera de un frenético, ni rehúses aceptar sus remedios como un aletargado.

Muchos perecieron presos de esa furia y de ese letargo.

Frenéticos son los que desvarían sin estar dormidos; aletargados, los que padecen somnolencia.

Otros hay que querrían enfurecerse contra este Médico; pero como éste está ya en su trono del cielo, persiguen en la tierra a los fieles, que son sus miembros.

Pues bien: también a éstos alcanza su medicina; muchos se han convertido, y de enemigos se han hecho sus amigos, de perseguidores se han cambiado en predicadores.

A muchos de aquellos judíos, frenéticos contra él, curó de tal locura cuando rogó por ellos en la Cruz con aquellas palabras*: ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!* (Lc 23,34)

Y muchos, pasado aquel furor y curados de aquella locura, conocieron a Dios, conocieron a Cristo.

Después de la Ascensión a los cielos, y luego de haber descendido el Espíritu Santo, se convirtieron y creyeron en aquel a quien habían crucificado, y creyendo en el misterio, bebieron la sangre que en su furor habían derramado. (Serm. 87,13-14)

También tú padecías una grave e irremediable necesidad, y por este motivo descendió hasta ti este excelente médico.

Si al menos tus dolencias hubieran sido tales que hubieras podido ir a buscar al médico, tu enfermedad hubiera podido parecer tolerable.

Pero, como tú no podías ir a buscarle, fue por lo que él descendió hasta ti.

Ha venido para enseñarte la humildad, a fin de que por ella volvieras al camino. Porque como la soberanía te había extraviado del camino de la vida, también era la causa de tu lejanía de la vida verdadera.

Tu espíritu se rebeló contra Dios, y tu corazón, despreciando las prescripciones conducentes a la salud, contrajo una grave enfermedad para que, humillado con la dolencia, aprendieses a escuchar lo que despreciabas cuando estabas sano. Para levantarte, pues, escucha a aquel a quien, por despreciarlo, caíste.

Escarmentado por tu experiencia, presta atención a aquello que no quisiste obtener sometiéndote a los preceptos.

La miseria en que por tu culpa caíste ha venido a enseñarte cuan grande mal es apartarse de Dios.

Faltar a la fidelidad debida al Señor es alejarse de él, único y perfecto bien, para engolfarse en esa multitud de atractivos que se buscan en el amor al mundo y en la corrupción terrena.

Con razón el Señor te reprende y echa en cara este adulterio; pero no lo hace para sonrojarte, sino para inducirte a una saludable confusión.

El amor del mundo hace adúltera al alma como el amor al Creador la purifica; y así, mientras no concibas verdadero arrepentimiento de tu infidelidad al Señor, no puedes concebir deseos de volver a sus castos abrazos.

Confúndete para que vuelvas, tú que te jactabas de no querer volver; humíllate, porque la soberbia era la que se oponía a tu vuelta.

El que te corrige no hace que el pecado exista, sino que pone en evidencia el mal.

Lo que tú no querías ver, he aquí que te viene puesto delante de tu vista; lo que pretendías tener a tus espaldas, te lo ponen delante para que lo mires y lo veas.

Mírate en ti mismo; de esta suerte retornarás a ti, tú que andabas lejos de ti.

En la misma medida con que te alejabas de ti mismo, te apartabas de Dios.

Comenzaste por fijarte en ti mismo, y te complaciste en tus obras, te llenaste de vanidad, te hiciste amador de tu propia excelencia.

Volviendo así las espaldas a Dios y no pudiendo tampoco permanecer en ti, arrojado de ti, rechazado fuera de ti, te derramaste en las cosas exteriores.

Amas al mundo, amas los bienes temporales, amas la tierra; y si amándote a ti mismo con desprecio del Creador, te empequeñecías, mucho más descenderás al amar lo que vale menos.

Tú, ciertamente, eres inferior al Señor, mucho menos, tanto menos cuanto menor es la criatura con relación al Creador.

Ama a Dios, y ámale de tal modo que, si fuera posible, te olvidases de ti mismo.

Si amando al mundo te has olvidado de tu dignidad, justo es que te olvides de ti mismo amando al Creador del mundo.

Desde el momento en que saliste de ti, en cierto modo te has extraviado de ti mismo, dejando de ver y conocer tus actos, haciéndote abogado de tus propios desórdenes y vanagloriándote del desenfreno, del lujo, de los honores, de los cargos, de las riquezas, del poder de las apariencias.

Los reproches y correcciones te hacen abrir los ojos y reflexionar sobre tu estado; sientes disgusto de ti mismo, confiesas tu deformidad, deseas la hermosura, y como antes te alejabas desenfrenado, ahora vuelves humillado. (Serm. 142,2-3)

Llama a Jesús; no creas que estés del todo sano.

El enfermo que recibe gustoso la visita del médico tiene esperanza de recobrar la salud, así como puede desesperarse del que lo maltrata.

Y si injuriar al médico es locura, ¿cuánto mayor será la del que lo mata?

¡Cuánta, pues, será la bondad y el poder de aquel médico, que convirtió su propia sangre en medicina para aquellos mismos que, enfurecidos, le quitaron la vida!

Crucificado sin causa, decía: ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen! (Lc 23,34)

Cierto que son insensatos, pero yo soy su médico; que descarguen sobre mí su furor, lo sufriré con paciencia, y cuando lleguen a quitarme la vida, entonces los curaré.

Sé también tú del número de los curados. (Serm. 174,6)

* * *

¡Oh Señor! Esta tu medicina es tan poderosa que su eficacia no puede ni imaginarse.

Porque ¿qué soberbia podrá curarse si no se cura con tu humildad?

¿Qué avaricia es susceptible de curación si no lo es con tu pobreza?

¿Qué ira podrá extinguirse si no se apaga con tu paciencia?

¿Qué impiedad podrá ser vencida si no se doblega con tu caridad?

¡Oh medicina admirable, que curas todos los males! Tú reduces lo hinchado, restauras lo débil, eliminas lo superfluo, conservas lo necesario, reparas lo perdido, corriges lo .alterado.

¿Quién será tan atrevido que ose levantarse contra ti?

¿Quién podrá desesperar de sí, desde el momento que te has humillado por él?

¿Quién hay que haga consistir su felicidad en los bienes que tú enseñaste como despreciables?

¿Quién se doblegará ante las adversidades si cree que la naturaleza humana ha encontrado en ti su apoyo en medio de tantas persecuciones?

¿Quién podrá creer que está para él cerrado el reino de los cielos sabiendo que las meretrices y publícanos te han llegado a imitar?

¿De qué perversidad no estará exento el que contempla con amor y afán de imitación el mensaje y la conducta de aquel hombre en quien tú, Hijo de Dios, te has ofrecido como modelo de vida? (De agone christ. 12)

CAPITULO XV

Cómo recibir dignamente la Sagrada Eucaristía

Escucha atentamente al Señor, que te dice: *Yo soy el pan de vida.*
Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron.
Este es el pan que descendió del cielo, a fin de que quien lo coma no muera.
Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo.

Quien coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo.

Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él.

Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná y, no obstante, murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente. (Jn 6,48-59)

Cristo es el pan, que ha bajado del cielo; pero pan que alimenta y nunca se acaba; un pan que puede comerse y nunca se consume.

Este pan estaba significado por el maná. Por eso se dijo: *Les dio el pan del cielo, y comió el hombre pan de ángeles.* (Sal 77,24)

El pan del cielo es Cristo; pero para que el hombre pudiera comer el pan de los ángeles hízose hombre el Señor de los ángeles.

De no haberse hecho hombre, no tendrías su carne, y no teniéndola, no podrías comer el pan del altar.

Apresúrate a ir en busca de la herencia, ya que has recibido la prenda; desea la vida de Cristo, porque tienes como prenda su muerte. (Serm. 130,2)

Comer aquella comida y beber aquella bebida es permanecer en Cristo y tener a Cristo como huésped dentro de ti.

Si no permaneces en Cristo y Cristo no está en ti, sin duda que no comes espiritualmente su carne ni bebes su sangre, aunque carnal y visiblemente comas el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo; sino que más bien comes y bebes para tu condenación un sacramento de tanto valor, al presumir acercarte sin la debida pureza a los misterios de Cristo. (In Jo. 26,18)

Para que no le comas y bebas para tu condenación, vive bien.

Sé predicador, no de sermones, sino con tu buena conducta. Así otros se apresurarán a imitarte sin el peligro de que, al hacerlo, trabajen en su propia ruina.

Si estás casado, guarda la fe conyugal prometida a tu mujer y dale lo que de ella exiges.

Si has hecho voto de castidad, castiga tu cuerpo y, no sueltes el. freno a la concupiscencia ni aun en las cosas que te están permitidas, de suerte que no sólo evites lo ilícito, sino que ni te preocupes de mirar lo que lícitamente pudieras ver.

Acuérdate siempre que debes vivir en la tierra una vida como la de los ángeles: los ángeles no se casan.

Sé ahora como serás después de la resurrección. ¡Cuánto mejor te será que empieces a ser ahora, antes de la muerte, lo que serán los hombres después de la resurrección!

Conserva tu estado, pues el Señor te reserva el honor que te es debido.

Se compara la resurrección de los muertos al brillar de las estrellas en el cielo: como una estrella se distingue en resplandor de otra, así sucederá en la resurrección de los muertos.

Una será la luz de la virginidad, otra la de la castidad conyugal, otra la de la santa viudez.

Lucirán de distintos modos, pero todas estarán allí; no será idéntico el resplandor, pero será común la gloria eterna.

Meditando, pues, en lo que exige tu estado y cumpliendo los deberes del mismo, acércate confiadamente a participar de la carne y sangre del Señor.

Si la conciencia te arguye que no es así, no te acerques. (Serm. 132,2-4)

¡Ah! ¡Cuántos participan del altar y mueren; más aún: mueren por el acto mismo de participar! No era veneno el bocado que el Señor ofreció a Judas, y, sin embargo, lo recibió, y en cuanto lo recibió, entró en él el enemigo; no ya por haber recibido una cosa mala, sino porque, siendo un malvado, recibió mal una cosa buena.

Procura, pues, recibir espiritualmente ese pan celestial, llevando al altar un corazón inocente.

Los pecados, aunque son cotidianos, procura que no sean mortales.

Antes de acercarte al altar, medita las palabras que dices: Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. (Mt 6,12)

¿Perdonas tú? Pues te perdonarán a ti; acércate confiado; es pan, no veneno.

Pero mira a ver si perdonas verdaderamente, porque si no lo haces así, mientes, y mientes a aquel a quien no es posible engañar.

A Dios podrás decirle una mentira; pero engañarle, nunca.

El sabe lo que haces; ve tu interior, te mira, te examina y juzga según tus disposiciones interiores, y en conformidad con éstas te premia o te castiga. (In Jo. 26,11)

Acércate a Cristo con alegría. Con tal que te presentes con humildad, no serás rechazado,

El bajó del cielo a la tierra no para hacer la voluntad propia, sino la de aquel que lo envió.

Descendió humilde, vino a enseñar la humildad, apareció como maestro de humildad. Si te acercas a él, te incorporas a él; acercándote, serás humilde; si te unes con él, serás humilde, porque no haces tu voluntad, sino la de Dios. Por eso no serás arrojado fuera, como fuiste arrojado fuera cuando estabas dominado por la soberbia. (In Jo. 25,15-16)

Si te domina la soberbia, estás muy lejos de este pan del cielo y no puedes sentir hambre de él.

El soberbio tiene estragado el paladar del corazón. Aunque tiene los oídos abiertos, es sordo, y aunque tiene vista, permanece ciego.

No entiende nada de este pan bajado del cielo, porque, harto de su justicia, no puede tener hambre de la justicia de Dios.

El humilde, desconfiando de sus fuerzas, es ayudado de la gracia, y la caridad se derrama en su corazón por medio del Espíritu Santo.

El humilde cree, tiene hambre y come; el que místicamente renace, místicamente se robustece.

En su interior es como niño y en su interior se renueva; donde se renueva, allí recibe el alimento. (In Jo. 25,1)

El humilde posee dentro de sí lo que el soberbio no tiene; que no se entristezca por esto, ni se atormente, ni se sienta abatido.

El soberbio tiene el oro en sus arcas; el humilde tiene a Dios en su corazón.

Compara ahora el oro con Dios, el arca y el corazón: el soberbio posee un bien que perece, y el lugar donde lo tiene también desaparecerá; el humilde tiene a Dios, que no puede desaparecer. (In Jo. 25,17)

Acércate a comer, tú que comes, y a beber, tú que bebes. Ten hambre, ten sed; come la vida, bebe la vida.

Es un manjar que restaura. Restáurate, pues, de modo que jamás pierda su eficacia aquello con que te reparas.

Y beber aquella bebida, ¿qué otra cosa es más que vivir?

Come la vida, bebe la vida. Así tendrás la vida, y la vida íntegra. (Serm. 131,1)

* * *

¡Oh, misterio de amor! ¡Oh, signo de unidad! ¡Oh, vínculo de caridad!

El que quiera vivir, tiene dónde vivir, tiene de qué vivir.

Me acercaré y creeré; me incorporaré para ser vivificado.

¡Ah! que no sea yo un miembro separado del organismo, ni un miembro enfermo que haya que cortar, ni un órgano desproporcionado que sirva de sonrojo a los demás, sea yo un miembro bello, bien constituido, sano y unido al cuerpo, y viva de ti y por ti, esforzándome ahora en la tierra para reinar después en el cielo. (In Jo. 26,13)

Embriágame, Señor de la abundancia de tu casa y dame de beber del torrente de tus delicias.

Porque en ti está la fuente de mi vida; no en parte alguna fuera de ti, sino en ti únicamente está la fuente de la vida.

Quiero beber para vivir; no quiero vivir mi vida, que sería como perderme, ni alimentarme de mí mismo, que sería aridecer, sino que anhelo poner mi boca en el surtidor de la fuente, donde jamás disminuye el agua. (In Jo. 25,17)

Quitaré de en medio todas las falsas y culpables excusas, y acudiré al banquete que debe interiormente nutrirme.

No me sirva de impedimento la arrogante soberbia. No, que no me haga altivo la soberbia. Ni siquiera me entretenga la ilícita curiosidad, y me aleje de ti. No me impida el placer carnal gustar el del corazón.

Haz que me acerque y me nutra; deja que me acerque, no obstante ser mendigo, débil, inválido y ciego.

A nuestra cena no vienen los ricos sanos, los que creen caminar bien y tener bien despierta la vista; los que presumen mucho de sí mismos y son, por ende, tanto más incurables cuanto más soberbios.

Yo me acercaré como mendigo, porque me invitas tú, que por mí te hiciste pobre siendo rico, a fin de enriquecerme con tu pobreza.

Me acercaré como débil, porque no son los sanos los que necesitan de médico, sino los que han perdido la salud.(Mt 9,12)

Me acercaré como inválido y te diré: «Afianza mis pasos en tus caminos». (Sal 16,5)

Me acercaré como ciego, y te diré: «Ilumina mis ojos, pasa que yo no me duerma con sueño de muerte». (Salm. 4 y Serm 112,8)

CAPITULO XVI

La sacratísima Pasión de Cristo

Cuando el Señor vino a este mundo, como venía a padecer, vino ocultamente, y aunque fuerte en sí mismo, apareció débil en carne humana.

Convenía que apareciese, pero pasando inadvertido; y que fuese despreciado, para ser finalmente crucificado.

Aunque tenía la gloria de la divinidad, ésta estaba oculta por la carne. *Si le hubieran conocido,* dice la Escritura, *jamás habrían crucificado al Señor de la Gloria.* (1Co 2,3)

Por eso vivió desconocido entre los judíos, entre sus enemigos, si bien realizando obras portentosas y sufriendo grandes trabajos, hasta ser condenado al de la cruz. (In Ps. 49,5)

Cuando Cristo padeció, por ti quiso padecer.

El apóstol San Pedro escribe: *Por vosotros padeció, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.* (1Pe 2,21)

Te enseñó a padecer y te enseñó padeciendo. Poco habría sido la enseñanza verbal si no hubiese añadido el ejemplo.

Pendía de la Cruz; los judíos le rodeaban llenos de furor; eran ásperos los clavos que le sujetaban al madero; pero no por eso disminuyó su dulzura.

Se enfurecían contra él, gritaban en torno suyo, le insultaban, estaba en medio de ellos como un soberano médico, solo y rodeado de una turba de frenéticos.

Pendía en la Cruz, y desde allí los estaba sanando. *Padre,* -decía-, *perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (Lc 23,34)

Hacía esta petición y estaba pendiente de la Cruz; no bajaba de ella porque era su propia sangre la medicina de aquellos frenéticos. (Serm. 284,6)

Presta atención: eres cristiano y eres miembro de Cristo. Piensa en lo que eres; pondera el pecio con que fuiste rescatado. (Serm. 196,4)

La vida eterna se sometió a la muerte; la vida eterna quiso morir; pero tomó la muerte de lo que era tuyo, no de lo que era suyo, tomando de ti aquello en que debía morir por ti.

Tomó de ti la carne, pero no al modo humano. (In Jo. 26,10)

En él estabas tú cuando dijo: *Mi alma padece congojas de muerte.* (Mt 26,38)

No temía la muerte, puesto que había venido para morir y era dueño de dar su vida y tenía poder para volverla a tomar; (Jo 10,18) pero hablaban así los miembros en su cabeza; así hablaba la cabeza por los miembros. (In Ps 40,6)

La deformación de Cristo sirvió para tu formación. Si él no se hubiera dejado deformar, no habrías recuperado tú la forma que habías perdido.

Estaba deforme cuando pendía de la Cruz, y su deformidad era tu hermosura.

En esta vida ten presente la deformidad de Cristo. (Serm. 27,6)

El nada tenía que expirar en la Cruz, por haber subido a ella sin pecado.

Tú, expía tus pecados en su Cruz; pon sobre ella las deudas contraídas, a fin de que puedas ser justificado por su Resurrección. (Serm. 136, 1)

En el cuerpo de Cristo, como en una bolsa, estaba guardado el precio de tu rescate: en la Pasión fue rasgada la bolsa.

El impío parece que se alegra porque la bolsa está suspendida; rasgó esta bolsa el golpe de lanza y el Redentor derramó el precio por ti.

Cante victoria Cristo Redentor y gima Judas, su vendedor, y avergüéncese el judío que lo compró.

Judas vendió, el judío compró; mal negocio hicieron; los dos salieron perjudicados, perdiéndose el vendedor y el comprador.

Aquél vendió, éste compró; pero ¡qué desgraciado comercio! Ni el uno tiene el precio ni el otro tiene a Cristo.

Alégrate, cristiano: tú eres el que saliste ganando en este tráfico de tus enemigos. Lo que aquél vendió y éste compró, tú lo adquiriste. (Serm. 336,4)

Leemos solemnemente y solemnemente celebramos la Pasión de aquel que con su sangre borró nuestras culpas, a fin de reavivar por medio de estos cultos anuales nuestros recuerdos y hacer que este mayor concurso de fieles preste nuevo esplendor a nuestra fe.

Todo ello tiene por blanco ayudarnos a laborar en pro de nuestra salud y al empleo útil de la vida actual, en la que el Señor se dignó darnos altos ejemplos de paciencia, sufriendo lo que sufrió de sus enemigos, a fin de enseñarnos a padecer, si tal fuese su voluntad, análogos dolores a gloria del Evangelio.

Mas no habiendo sobrellevado padecimiento alguno por fuerza, y sí todos por propia voluntad, se trasluce al través de las circunstancias de su Pasión, de intento divino consignadas en el Evangelio, que alguna otra cosa se propuso darnos a entender.

Y en primer lugar, si después de condenársele al suplicio, llevó la cruz por sí mismo, fue para enseñarnos lo que deben estar dispuestos a hacer cuantos quieran ir en pos de él.

Ya lo dijo él mismo: *Si alguno me ama, tome su cruz y sígame*. (Mt 16,24)

Lleva su cruz el que tiene a raya a su ser mortal.

Fue crucificado en el Calvario para enseñarnos que a su Pasión debemos el perdón de todas las culpas, de las cuales está escrito en el Salmo: *El número de mis iniquidades sobrepuja al de cabellos de mi cabeza*. (Sal.33,13)

Con la compañía de los dos crucificados a su lado mostró que en adelante algunos padecerían a su derecha y otros a su izquierda. De los de su derecha había dicho: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia*; (Mt 5,10) de los de la izquierda se dice: .*Aunque entregase mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, de nada me valdría*. (1Co.33, 3)

Permitiendo se colocara sobre la cruz el título donde se le designaba como Rey de los judíos, intentó mostrarnos que, aun llevándole a la muerte los judíos, no eran capaces de impedir que fuese Rey suyo, ya que un día bajaría ceñido de gloria y poder soberanos a juzgarles por sus obras. En el salmo está escrito: *Yo mismo he establecido a mi Rey en Sión, mi monte santo*. (Sal.2,6)

Cuando los príncipes de los judíos fueron a Pi- lato, no dijeron que Cristo era Rey de los judíos, sino que se lo llamaba a sí mismo. Pilatos pasó a ser figura del profético olivo silvestre, que había de ser injertado en las ramas rotas; porque Pilatos pertenecía a la gentilidad y redactaba en aquellos momentos la profesión de fe de los gentiles, de quienes el Señor Nuestro había dicho: El reino de Dios os será quitado y será dado a una nación fiel a la justicia. (Mt 21,43)

No se deduce, empero que no sea Rey de los judíos el Salvador. ¿No sostiene la raíz al injerto silvestre y no el injerto a la raíz? Como derivación de su infidelidad, estas ramas fueron, ciertamente, separadas del tronco; mas nada nos obliga a inferir de aquí que Dios haya repudiado al pueblo predestinado por él.

Y aun cuando se lancen en las tinieblas los hijos del reino, que no quisieron que sobre ellos reinase el Hijo de Dios, sin embargo, muchedumbres vendrán del Oriente y del Occidente a ocupar un asiento en el festín no de Platón o Cicerón, sino con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos.

También Pilatos escribió «Rey de los judíos», y no Rey de los griegos o de los romanos, aunque debiera reinar sobre los gentiles.

Y lo que escribió, escrito quedó, sin consentir que se mudase, a pesar de reclamarlo aquellos impíos, porque mucho tiempo antes se había dicho en el libro de los Salmos: *No mudes el título tal como está escrito*. (Sal 56,1; 57,1)

En el Rey de los judíos es, pues, en quien creen todas las naciones. Reina sobre todas las naciones, pero como Rey de los judíos.

Tal, pues, ha sido la savia de aquella raíz, que pudo 'comunicar su naturaleza al injerto silvestre realizado en ella, sin que este injerto haya podido quitarle su nombre al verdadero olivo.

Los soldados se apropiaron sus vestiduras, después de haber hecho sobre ellas cuatro partes, significando con esto que los misterios evangélicos habían de predicarse a las cuatro partes del mundo.

Si, en vez de repartírsela, echaron a suertes la túnica inconsútil, fue para enseñarnos de modo manifiesto que a buenos y malos les es dado recibir los signos sacramentales, los cuales son así como las vestiduras de Cristo; mas la fe pura que engendra la perfección de la unidad por medio de la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5) no es patrimonio de todos; es don especial, caído como en suerte por la gracia oculta de Dios.

He aquí la razón de haber dicho Pedro a Simón el Mago, quien había recibido el bautismo, mas no estaba en gracia: *No tienes ni parte ni suerte en esta fe*. (Hech 8,21)

Desde lo alto de la cruz reconoció a su madre y se la encomendó al discípulo amados En la hora de morir, en cuanto hombre, muestra su afecto humano.

Hora que no había llegado aún, cuando al cambiar el agua en vino dijo a su Madre: *¿Qué nos importa, mujer, a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora.* (Jn 2,4)

No había tomado de María lo perteneciente a la divinidad y sí lo que pendía de la Cruz.

Si dijo: *Tengo sed,* es que tenía sed de la fe de su pueblo; pero como *al venir a los suyos, los suyos no le recibieron;* (Jn. 1,11) en lugar de la dulce bebida de la fe éstos le ofrecieron un vinagre pérfido y se lo presentaron en una esponja.

¿No eran ellos como esta esponja, hinchados, sin contenido sólido, muy ajenos a ir en derechura a la profesión de fe, antes abrigando negros designios en sus corazones de tortuosos recodos?

La esponja estaba sujeta a una caña de hisopo, planta humilde, cuyas vigorosas raíces se agarran, según dicen, fuertemente a la piedra.

Así, en medio de aquel pueblo, que después había de ser reprobado, había almas para quienes tal crimen había de ser objeto de humillación y arrepentimiento.

El Salvador las reconoció al aceptar el hisopo con el vinagre; y rogó por ellos, según refiere un evangelista, diciendo sobre la Cruz*: Padre mío, perdónalos, porque no saben io que hacen.* (Lc 23,34)

Todo se ha consumado; e inclinada la cabeza, entregó su espíritu: (Lc, 19,30) mostró que su muerte no era forzada, sino voluntaria, puesto que para morir aguardó se cumpliese cuanto habían predicho las profecías con relación a él. Sabido es que este detalle se hallaba profetizado en aquellas palabras: *Y en mi sed me dieron vinagre.* (Sal 68,22) Así demostraba que poseía, como él mismo lo había afirmado, el poder para entregar su vida.

Rindió su espíritu con humildad, es decir, inclinando la cabeza, porque había de volver a recobrar la vida y levantar la cabeza en la Resurrección.

¿Por qué les fueron rotas las piernas a los dos ladrones, y no a él, que fue hallado muerto?

El Evangelio lo aclara: para probar que a él se refería el sentido profético de la Pascua de los judíos, en la que estaba prohibido quebrar los huesos de la víctima.

La sangre y el agua que de su costado, abierto por la lanza, corrieron por la tierra, simbolizan a todas luces los sacramentos de la Iglesia. Ocurrió algo parecido a la formación de Eva, extraída del costado de Adán adormecido, figura del segundo Adán.

José y Nicodemo le amortajaron. Algunos dicen que José significa «enaltecido» y Nicodemo es nombre griego que significa «victoria del pueblo».

¿Quién, al morir, ha vencido al pueblo perseguidor sino aquel que le juzgará después de resucitar? (Jn 12,24)

* * *

¡Hay un tiempo propicio para el llanto; es la conmemoración de tu Pasión, Señor! Este es el tiempo de gemir y llorar, de confesar y orar.

¿Quién podrá derramar lágrimas dignas de tanto dolor? *¿Quién dará a mi cabera agua y a mis ojos una fuente de lágrimas?* (Jer. 3,1) Pero ni aun con una fuente de lágrimas en los ojos podría llorarse convenientemente.

La anual conmemoración representa lo que entonces ocurrió, y así debe impresionarme como si te viera pendiente de la Cruz, no burlándome de ti, sino creyendo en ti.

Pendiente de la Cruz fuiste escarnecido; ahora, sentado en el cielo, eres adorado.

¿Y no eres quizá ahora escarnecido ni tienes motivo para airarte contra los judíos, que, cuando te crucificaron, se burlaban de tu reinado?

¿Quién es el que actualmente te escarnece? ¡Ojalá fuese uno solo, ojalá no fueran más de dos, ojalá pudieran contarse!

Todos los que son paja en tu era se burlan de ti, mientras el trigo gime al ver escarnecido al Señor. (In Ps. 21,1)

Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo, por quien está el mundo crucificado para mí y lo estoy yo para el mundo.

Te contemplo destituido de toda belleza y esplendor, pero ese tu rostro afeado es tu deformidad y tu virtud. Este signo de tu deformidad lo llevo en mi frente; de esta tu humillación no me avergüenzo. (Serm. 27,6)

Lo que padeció la cabeza deben padecerlo también los miembros. ¿Ha de ser acaso el siervo mayor que su Señor, o de mejor condición el discípulo que el Maestro? (Mt 10,24)

Tú dijiste: Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán. Si a! dueño de la casa le llamaron Beelzebú, ¿qué no dirán de sus siervos? (Jn. 20,20 e In Ps. 40,7)

CAPITULO XVII

La eterna bienaventuranza

La vida eterna consiste en la visión de Dios.

Cristo Jesús lo declara: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado.* (Jn 17,3)

Sí, la vida eterna consiste en ver a Dios y comprenderle; entender y penetrar lo que se ha creído y que éramos incapaces de comprender.

El entendimiento comprenderá lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo jamás anhelar. He aquí lo que se dirá al fin del mundo a los escogidos: *venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo*. (Mt 25,24)

Veremos, pues, a Dios, y nuestra felicidad será tan grande que el mundo entero es nada en su comparación. (Serm. 127,11-1)

Aquí se dice que somos dichosos cuando disfrutamos de paz, en la forma que puede gozarse de ella, llevando ana vida ordenada; pero esta dicha es verdadera miseria si se compara con la felicidad del cielo. (De Civ. Dei 19,10)

¿Cuál será allí nuestra ocupación? Me es menos difícil decir lo que no haremos que en qué nos ocuparemos. Sin embargo, me esforzaré para decíroslo

En la mansión divina se vive en perenne fiesta.

Lo que allí se celebra no es transitorio.

Hay allí fiesta sin fin, en la corte de los ángeles, ante la presencia de Dios y en medio de una alegría indefectible.

Tal es esta fiesta, que no tiene principio ni término, al modo de las humanas.

De aquella eterna y perpetua festividad resuena continuamente algo armonioso en los corazones cuando calla por completo el estrépito del mundo. (Sal 41,9)

No necesitarás de la prudencia, porque ningún peligro tendrás que evitar.

Ni de la justicia, porque allí nadie tiene necesidad alguna a la que deba remediar.

Ni de la templanza, porque no habrá pasiones que refrenar.

Ni de la fortaleza, porque no habrá mal alguno que soportar. (In Ps. 83,11)

Cosa grande son las obras de misericordia; sí, son grandes y dignas de alabanza y aplauso; pero ni estas tendrán lugar allí, donde no hay necesidades que socorrer.

¿A quién darás de comer donde no hay ningún hambriento?

¿A quién de beber donde no hay sediento alguno?

¿Cómo vestir al desnudo donde todos están revestidos de inmortalidad?

¿Cómo ejercer la hospitalidad donde todos viven en su patria?

¿Qué enfermos visitar donde todos gozan del don de la incorruptibilidad?

¿Qué muertos sepultar donde la vida es inmortal?

¿Qué desavenencias arreglar donde reina soberana la paz?

¿Qué afligidos consolarás donde el gozar es eterno?

Cesando, pues, todas las miserias cesarán también las obras de misericordia. (Serm. 362,28)

Serás feliz, de tal modo que no tendrás necesidad de nada, poseyendo en abundancia, sin andar en busca de cosa alguna.

Y esta abundancia tuya será el mismo Dios.

Avaro, ¿qué ambicionabas recibir? ¿Qué más puedes pedir a Dios, si Dios no te basta? (Serm. 255,2-6)

Allí nada habrá indecoroso, nada que sea discordante, sino una paz perfecta: nada que sea deforme, nada que moleste la vista, sino que Dios será alabado en todo. (Serm. 243,7)

No sentirás necesidad alguna, y, por tanto, serás feliz.

Plenamente satisfecho de Dios, Dios será para ti cuanto anhelas aquí con tantas ansias.

¿Buscas con afán ahora el alimento? Pues Dios será tu manjar.

¿Te seducen los abrazos de la carne? Escrito está: *Mi bien es unirme a Dios.* (Sal 72,28)

¿Te encantan las riquezas? Y ¿qué te puede faltar poseyendo al que ha creado todas las cosas? (Serm.255, 7)

« ¿Qué haré yo allí?», me preguntas.

¡Ah! ¿Te parece poco el estar allí, el contemplar, amar y bendecir?

Los santos días que siguen a la Resurrección del Señor son símbolo de la vida que llevaremos cuando hayamos resucitado.

Como el tiempo de Cuaresma, que precede a la Pascua, significa la existencia laboriosa en medio de las aflicciones de esta vida mortal, así estos días de júbilo que siguen a la Pascua son indicio de la vida futura, en la que reinaremos con el Señor.

Ahora se vive la vida, simbolizada en la cuarentena que precede a la fiesta de la Pascua; en cuanto a la vida que simbolizan los cincuenta días que siguen a la Resurrección del Salvador, no se tiene ahora, pero se espera; más aún, se ama al mismo tiempo que se espera. Este amor es la alabanza de Dios que ha hecho estas promesas, y esta alabanza se manifiesta por el cántico del *aleluya.*

Aleluya es una expresión hebraica que significa: *alabad al Señor.*

Luego, al cantar el *aleluya,* mutuamente nos ex citamos a alabar al Señor, y con la armonía de nuestros corazones, mejor que con la del arpa, cantamos las alabanzas de Dios repitiendo: *Aleluya.*

Pero después de haber cantado, la flaqueza de nuestros órganos pide que reparemos nuestras fuerzas.

¿Por qué repararlas sino porque se agolan?

De hecho, tal es nuestra debilidad corporal, tales las importunidades de la vida, que las cosas más admirables terminan por engendrar una especie de tedio

Si se nos dijera: «Cantad el aleluya sin interrupción», nos excusaríamos de ello.

¿Por que? Porque nos lo vedaría el cansancio, y por bello que sea, hasta en eso encontraríamos enojo v fastidio.

Permaneced, pues, en pie, y cantad vosotros los que moráis en la casa del Señor, en el atrio del santuario de nuestro Dios. (Sal 133,1)

¿Por qué preguntas lo que harás allí? Dichosos los que habitan en tu casa, Señor; ellos te alabarán por los siglos de los siglos. (Sal. 83,5 v Serm. 243,8)

* * *

¡Oh feliz *aleluya* el del cielo, donde, oh Señor, los ángeles son tu templo!

Reina allí perfecta armonía entre los que alaban, donde existe tranquila alegría entre los que cantan, donde ninguna Ley de los miembros se opone a la Ley del espíritu, donde la codicia no tiene luchas por donde la caridad peligre.

¡Ah, que pueda cantar algún día tranquilo el aleluya que ahora canto inseguro!

¿Y cómo no he de estar intranquilo leyendo que *la vida del hombre sobre la tierra es tentación y campo de batalla?* (Job 7,1)

¿Cómo no he de preocuparme, si llegan a mis oídos las voces de vigilad y orad para no caer en tentación? (Mc 16,38)

¿Cómo no he de preocuparme cuando las tentaciones son tan numerosas que hasta la oración de las oraciones nos prescribe decir: Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. (Mt 6,12)

¡Siempre pidiendo y siempre debiendo! ¿No he de vivir desasosegado y medroso si cada día imploro la remisión de mis culpas y la ayuda contra los peligros?

Si por los pasados digo: *Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden,* mirando el futuro tengo que añadir: *y no nos dejes caer en la tentación.*

¿Qué bienandanza es la mía que clamo: *líbranos del mal?*

Con todo, aun en medio de mis males presentes, quiero cantar el *aleluya* a ti, mi bien, que me libras del mal. (Serm. 256,1)

CAPITULO XVIII

La perseverancia

Perseverancia es la permanencia firme y constante en un propósito bien ponderado. (De div. QQ.. Q. 31)

Yo digo que es un gran don de Dios la perseverancia por la cual permaneces unido a Cristo hasta el fin.

Por este fin se entiende el término de la vida presente, en la cual solamente existe el peligro de caer.

Por tanto, mientras vives sobre la tierra, no puedes saber si has recibido este don, porque si antes de morir caes, ya no has perseverado, y con razón lo afirmo. (De don. persev. 1)

Acuérdate siempre y presente esta breve sentencia que has aprendido en d Evangelio: El que persevere hasta el fin, se salvará. (Mt 24,13 e In Ps. 39,1)

¡Cuánto es de temer que abandones lo empezado y vuelvas la vista atrás! Esto sucede siempre que, renunciando a la esperanza de los premios celestes, y siguiendo las inclinaciones de las pasiones, te vuelves a las cosas visibles y transitorias. (Serm.75,6)

Acuérdate de la mujer de Lot. También ella estaba ya en el camino, después de estar a salvo de Sodoma; pero volvió un solo momento la vista atrás y quedó convertida en estatua de sal para preservarte a ti.

En ella se te ofrece un ejemplo, para que tú reflexiones y no te detengas en el camino.

Si ella se detuvo, tú pasa adelante; y si volvió la vista atrás, tú ten fija la mirada en lo que te falta por andar. (In Ps.63,9)

Ten fijos los ojos en tu guía y no mires atrás para ver el estado de donde te sacó.

El que te salvó va delante de ti; de donde te sacó queda a tus espaldas; sigue con amor al que te guía, para que él no tenga que condenarte por mirar atrás. (In Ps. 75,16)

Olvida lo que has dejado atrás, olvida tu mala vida pasada, y fija tus miradas en lo que tienes delante. (In Ps. 130,14)

No mires atrás, no vuelvan atraerte tus pasados descarríos; no te desvíes del camino recién emprendido volviendo al que ya habías dejado; corre hasta que llegues al fin; corre, pero corre con el deseo.

No presumas de haber llegado mientras estés en este mundo. (In Ps.83,4)

Si crees que eres ya perfecto, tú mismo te alucinas, te engañas y te seduces; la perfección no es cosas de este mundo.

Si crees que has llegado a la cima es que estás al borde con peligro de caer. (In Ps. 38,14)

Sé humilde; andando por debajo es como llegarás a conseguir las mayores alturas. (Serm.142,2)

Cristo humilde se ha hecho tu camino. Sé humilde y no desesperes de llegar.

No te alejes del calor del Espíritu Santo, no te alejes de la luz de la verdad.

Ahora oyes la voz de Cristo; entonces lo verás cara a cara.

Progresa, sí, en el camino de Dios, pero de tal suerte que no" sientas envidia de los que adelantan más, ni desprecies a los que desfallecen en el camino. Así se cumplirá en ti aquella promesa de Cristo en el Evangelio: Yo lo resucitaré el último día. (Jn.6,55 ySerm.170,11)

¿Qué más diré? Creo haber dicho bastante al afirmar que, el perseverar en la fidelidad al Señor hasta el fin es un don de Dios. Del que no tiene este don no dudo decir que cualquier otro no le sirve de nada.

Roguemos, hermanos míos, roguemos para que el Dios de la gracia conceda a nuestros enemigos, y en especial a nuestros hermanos y amigos, la gracia de entender y confesar

que, después de la común y misteriosa ruina en que juntos caímos todos, nadie puede ser liberado sino por la gracia de Dios; y que ésta se da no según los méritos, como algo que es debido, sino que, como verdadera gra cia, se da gratis, sin mérito precedente del que la recibe.

Los que esto leen, si lo entienden, den gracias a Dios; si no lo entienden, nieguen para que les ilumine el Maestro interior, del cual procede la ciencia y la inteligencia. (De don.persev. 25)

* * *

¡Oh Señor! Me salvaré ciertamente si persevero hasta el fin; pero esta esperanza debe ser virtud para merecer la salvación. Tú eres la fuerza que me salva; tú el que me haces perseverar hasta conseguir la salvación.

¡Oh Señor, de quien me viene la fuerza que me salva! Y ¿en qué me fundo para esperar que tú seas mi salvación? Porque en el día de la tentación fuiste sombra protectora sobre mi cabeza.

Ahora estoy en lucha; lucho externamente contra los falsos virtuosos; lucho en mi interior contra mis inclinaciones, pues descubro en mis miembros una Ley que se opone a la Ley de mi espíritu y me hace esclavo de la Ley del pecado, que esta en mis miembros.

¡Infeliz de mí! ¿Quién me librara de este cuerpo de muerte? Tú me librarás, Señor, con tu gracia por medio de Jesucristo, tu Hijo y Señor Nuestro. (Rm. 7,23)

Por tanto, en la lucha de esta guerra invoco tu gracia; y en el ardor y la fatiga, que he comenzado a sentir, ella será mi sombra vivificadora. (In Ps. 139,11)

Asísteme, ¡oh Señor Jesús!, para repetirme: «No te desalientes en la senda estrecha; yo he pasado antes que tú; soy el camino, soy el guia, y llevo sobre mis hombros al que guío y le llevo hasta mí».

Hágame lo que quiera el enemigo, yo no temo, porque tú eres mi poderoso defensor.

Con razón espero en ti, Señor, y en que no seré confundido eternamente.

En ti tengo mi confianza; y eres mi confianza, porque en ti he esperado desde mi juventud. Ahora, mientras vivo en el cuerpo, estoy desterrado, lejos de ti, ya que camino apoyado en la fe y no en la visión.

Llegará el tiempo en que veré aquello que ahora creo sin verlo; y viendo lo que ahora creo, seré feliz.

Tendré entonces en realidad lo que ahora sólo poseo en esperanza. Al presente suspiro y voy en busca de un asilo seguro para colocarme a salvo; estoy enfermo y me dirijo al médico. (In Ps. 70,1,7-9. 14)

Vivo contento en mi esperanza, porque tú eres fiel a tus promesas; pero, como no te poseo aún, gimo bajo el aguijón del deseo.

Ayúdame para que persevere en este deseo hasta que venga lo que has prometido. Entonces cesarán los gemidos y resonarán alabanzas sempiternas. (In Ps. 148)

Oración de San Agustín a Dios

(Sol. 1,1)

¡Oh Dios, Creador de todas las cosas! Concédeme primero el don de saber pedirte; después, el de hacerme digno de ser escuchado, y, finalmente, el de ser libre.

Oh Dios, por quien tienden al ser todas las cosas, que por sí no hubieran podido existir;

Dios, que no permites que perezca lo que por sí mismo se destruye;

Dios, que criaste de la nada este mundo, cuya belleza todos admiran;

Dios, que no haces el mal y que permites que exista para evitar un mal mayor;

Dios, que enseñas a los que se acogen a la verdad que el mal en sí no existe;

Dios, por quien todo es perfecto, aunque tenga alguna malicia;

Dios, que no permites el desorden, porque estableces una armonía entre lo mejor y lo peor;

Dios, a quien ama todo lo que es capaz de amar, sabiéndolo o sin saberlo;

Dios, en quien se mantienen todas las cosas y para quien la fealdad de las criaturas no lo es tal, ni le perjudica la malicia, ni engaña el error;

Dios, padre de la verdad, padre de la sabiduría, padre de la verdadera y suprema vida, padre de la felicidad, padre de lo bueno y de lo bello, padre de la luz inteligible, padre de nuestro despertar y de nuestra iluminación, padre de la prenda con que somos amonestados para volver a ti: yo te invoco.

Te invoco, oh Dios-Verdad: en ti, de ti y por ti son verdaderas las cosas que son verdaderas;

Dios de la sabiduría: en ti, de ti y por ti son sabios todos los seres capaces de sabiduría;

Dios, verdadera y suprema vida: por ti, de ti y en ti vive todo lo que tiene verdadera y suprema vida;

Dios-Felicidad: en ti, de ti y por ti es feliz todo el que goza de felicidad;

Dios-Bondad y Belleza: en ti, de ti y por ti son buenas y bellas todas las cosas en que resplandece la hermosura y la bondad;

Dios, luz inteligible: en ti, de ti y por ti son inteligibles todas ias cosas que pueden ser conocidas por nuestro entendimiento;

Dios, de quien procede la Ley que rige y ordena este mundo.

Oh Dios, separarse de ti es caer, volver a ti es levantarse, permanecer en ti es estar firme;

Oh Dios, salirse de ti es morir, volver a ti es resucitar, habitar en ti es vivir;

Dios, a quien nadie pierde si no es engañado; a quien nadie encuentra si no es purificado;

Dios, a quien no se puede abandonar sin perecer, ni mirar sin amarlo, ni ver sin poseerlo;

Oh Dios, hacia quien nos mueve la fe, nos levanta la esperanza, y nos une la caridad.

Oh Dios, por quien triunfamos del enemigo: a ti estoy invocando;

Dios, de quien hemos recibido el no perecer totalmente;

Dios, que nos avisas para estar vigilantes;

Dios, que nos haces distinguir el bien del mal;

Dios, por quien evitamos el mal y seguimos el bien;

Dios, por quien no desfallecemos ante la adversidad;

Dios, por quien nosotros sabemos mandar rectamente y justamente obedecer;

Dios, por quien aprendemos que son ajenas las cosas que en otro tiempo juzgábamos nuestras, y que son nuestras las cosas que en otro tiempo creíamos ajenas;

Dios, por quien no participamos con los malos en sus banquetes y seducciones;

Dios, por quien no nos empequeñecen las cosas pequeñas;

Dios, por quien lo inferior que en nosotros hay está supeditado a lo superior;

Dios, por quien se verá incorporada la muerte en su victoria;
Dios, que nos conviertes a ti;
Dios, que nos despojas de lo que no es y nos vistes de lo que es;
Dios, que nos haces dignos de ser oídos;
Dios, que nos brindas tu protección;
Dios, que nos encaminas a toda verdad;
Dios, que nos sugieres todo buen pensamiento; que no nos dejas ser insensatos ni permites que alguien nos lo haga;
Dios, que nos devuelves al buen camino;
Dios, que nos conduces hasta la puerta;
Dios, que haces que se abra al que está llamando;
Dios, que nos das el Pan de Vida;
Dios, por quien sentimos sed de beber de aquella agua que, una vez bebida, no volveremos a tener sed;
Dios, que habéis venido para dejar convicto al mundo de pecado, de justicia y de condena;
Dios, por quien nada pueden contra nosotros los que se obstinan en no creer;
Dios, por quien rechazamos el error de los que defienden no tener las almas ningún mérito ante ti;
Dios, por quien no estamos sometidos a los flacos y pobres elementos;
Oh Dios, que nos purificas y nos preparas para
los premios eternos: ven hasta mí, sé benévolo conmigo.

Todo lo que acabo de decir, eres tú, Dios único. Ven en mi auxilio, tú que eres la única sustancia verdadera y eterna, en que ningún desacuerdo existe, ni puede haber confusión, ni transición, ni indigencia, ni muerte.

Eres concordia suma, suma evidencia, suma constancia, plenitud suma y suma vida.

En ti nada falta y nada sobra;

Eres uno mismo el que engendra y el engendrado.

Oh Dios, a quien están sometidas todas las cosas capaces de sumisión; a quien toda alma buena obedece: según tus leyes hacen su rotación los cielos, recorren los astros su camino, alumbra el sol de día e ilumina la luna la noche.

Tú conservas, con aquella constancia invariable de que es posible en la materia sensible, el mundo todo en el cambio sucesivo del día y de la noche, en la sucesión de los meses, siguiendo las fases del crecimiento y del menguante de la luna, en el constante sucederse de las estaciones cada año: de la primavera, del verano, del otoño y del invierno; en la perfección del curso solar, con sus recorridos; y en el retorno de los astros a su origen, después de haber recorrido órbitas inmensas.

Oh Dios, que por tus leyes, permanentes en el tiempo, no permites que sea perturbado el inestable movimiento de las cosas cambiantes, a la vez que, por los frenos de los siglos, que las circundan, das a este cambio constante una semejanza de real estabilidad, y que, mediante estas mismas leyes haces que sea libre el alma humana, y asignas, según normas inviolables y acomodadas a las circunstancias, premios para los buenos y castigos para los malos.

Dios, de quien nos vienen todos los dones y por quien son reprimidos todos los males;

Dios, sobre quien no hay nada, fuera del cual nada existe y sin quien lo que existe es nada;

Dios, bajo el cual está todo, en quien todo tiene su consistencia, y que, con tu presencia, ayudas al ser de todas las cosas;

Tú hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, según lo descubre quien se conoce a sí mismo:

Escucha, escucha, escúchame, oh Dios mío, Padre mío, causa mía, esperanza mía, posesión mía, honor mío, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz y mi vida;

Escucha, escucha, escúchame de esa manera tuya, de tan pocos conocida.

Ya sólo te amo a ti, sólo te sigo a ti, sólo te busco a ti, y sólo a ti estoy dispuesto a servir, porque eres el único que tiene derecho a mandar, y a ti sólo deseo pertenecer.

Dame órdenes, te lo ruego; sí, mándame lo que quieras, pero sáname antes y abre mis oídos para que pueda oír tu voz;

Sana y abre mis ojos para que pueda ver las indicaciones de tu voluntad; aparta de mí la ignorancia, para que te conozca.

Dime adonde tengo que mirar para verte, y confío en que cumpliré fielmente todo lo que me mandes.

Recibe, Señor clementísimo, a este fugitivo que huyó de ti. Recíbeme, pues bastante he sufrido ya al servicio de tus enemigos, que están bajo tus pies; ya está bien de ser juguete de la mentira.

Y ahora que huyo de su tiranía, recíbeme como a un siervo tuyo, lo mismo que tus enemigos me recibieron como a un extraño, cuando andaba huyendo de ti.

Siento necesidad de volver a ti; ábreme la puerta, que estoy llamando; enséñame cómo se puede llegar hasta ti.

No tengo otra cosa que mi voluntad, ni poseo otra ciencia que la convicción de la necesidad de despreciar lo caduco y pasajero, para buscar lo seguro y eterno.

Esto es lo que hago, Padre mío, porque sólo esto es lo que sé. Pero ignoro por dónde se llega a ti.

Inspíramelo tú; muéstramelo tú; ayúdame a recorrer el camino..

Si te encuentran por la fe los que se refugian en ti, dame la fe; si por la virtud, dame la virtud; si por la ciencia, dame la ciencia. Aumenta en mí la fe, afirma mi esperanza, acrecienta mi caridad.

¡Qué admirable y singular es tu bondad!

Todo mi deseo está puesto en ti, y de ti espero conseguir los medios para secundar esta mi voluntad.

Si tú me abandonas, bien perdido estoy; pero tú no abandonas a nadie, porque eres el bien supremo, y nadie te ha buscado con recto corazón sin que te haya encontrado.

Pero sólo te han buscado con recta intención aquellos a quienes tú has concedido esta gracia.

Haz, oh Padre, que yo te busque; preservame del error; haz que al buscarte nada me salga al encuentro en lugar de ti.

Y puesto que no anhelo otra cosa que a ti, haz, te suplico, Padre, que te encuentre.

Si en mí hay algún otro inútil deseo, purifícame de él y hazme capaz de verte.

Por lo demás, en lo que se refiere a la salud de este mi cuerpo mortal, como yo no sé de qué utilidad puede ser para mí o para mis seres queridos, lo dejo a tu voluntad, Padre

sapientísimo y bue- nísimo. Me limitaré a rogarte por él según lo que en las distintas ocasiones me inspires. Sólo pido a tu excelentísima clemencia que me conviertas enteramente a ti y me quites todo obstáculo contrario a la gracia que me sea puro, generoso, justo, prudente, y que tenga un perfecto amor y comprensión de tu sabiduría, y sea digno de alcanzar una morada como ciudadano de tu reino bienaventurado. Amén, amén.